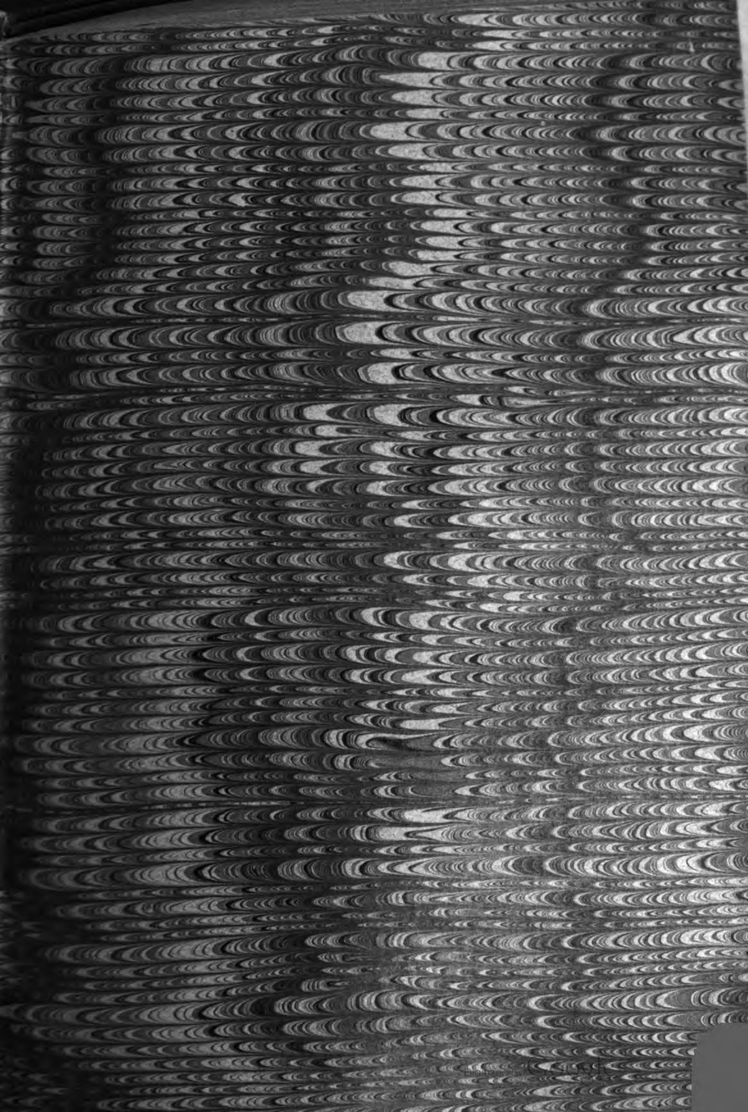



KC
9416



# CONTINUACION

DE LA

# HISTORIA GENERAL

# *de España,*

COMPUESTA, EMENDADA Y AÑADIDA

*por el P. Juan de Mariana*

de la Compañía de Jesus,

ESCRITA EN LATIN

*Por el P. Fr. José Manuel Miñana, del orden de la Santísima Trinidad;*

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

*Por D. Vicente Romero, oficial de la secretaría de Estado, y del despacho de Hacienda de Indias.*

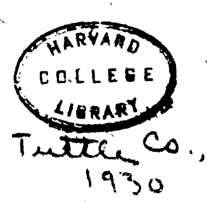
NUEVA EDICION.

TOMO OCTAVO.

MADRID: 1828.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

*calle del Amor de Dios, núm. 14.*


HARVARD
COLLEGE
LIBRARY
Tuttle Co.,
1930

# TABLA

## DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO OCTAVO.

## LIBRO SEXTO.

## LIBRO VII.

## LIBRO VIII.

## LIBRO IX.

## LIBRO X.



# CONTINUACION DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

## LIBRO SEXTO.

### CAPITULO PRIMERO.

*Embaxada del Rey don Felipe al de Francia. Hace causa el Pontifice á los Carrafas. Concede un subsidio al Rey de España. Vuélvese á juntar el concilio en Trento. Maxîmiliano es nombrado por sucesor en el imperio.*

Florecia la paz en España y en sus provincias, sin que la inquietase movimiento alguno, y con su auxîlio hacia grandes progresos la piedad, á la qual se dedicaba tanto el Rey don Felipe, que parecia su reynado en España lo que en Roma el de Numa despues de Rómulo. Edificábanse en muchas ciudades y pueblos, templos, monasterios y hospitales; entre los quales es digno de memoria el célebre colegio

de los Jesuitas erigido en Madrid con la advocacion de San Pedro y San Pablo, cuyo primer rector fue el padre Eduardo Pereyra. El año siguiente se edificó la iglesia y convento de la Santísima Trinidad en medio de la misma villa, promoviéndolo el Rey, quien hizo el plan de toda la obra, porque no ignoraba la geometría, y contribuyó con mucho dinero para los gastos de ella, siendo su primer ministro fray Diego de Medina; y en otras partes erigió otras muchas iglesias, cuya relacion seria muy prolixa. Como el Rey don Felipe era tan zeloso y amante de la verdadera religion, llevaba muy á mal que en Francia se hallase tan alterada por los hugonotes; y para resistir en quanto le era posible á su protervia, envió á su cuñado Carlos, á don Juan de Lara hombre de grande talento y experiencia, y esclarecido por su nobleza. Este pues llegó á París á mediados de enero
1561. de mil quinientos y sesenta y uno, y expuso al Rey las causas de su embaxada. Reducíase ésta á pedirle que no confiriese empleo alguno público á los hugonotes, pésima generacion de hombres, nacidos para trastornar todo lo divino y humano: que recibiese los decretos del concilio Tridentino, tan saludables para él como para todo su reyno; y que los mandase observar á sus vasallos castigando á los contraventores. Intentó con un largo discurso persuadir uno y otro á la Reyna, en quien residia todo el poder; pero todo fue en vano, pues posponia la religion á la ambicion de dominar, y todo su cuidado era entretener los diversos partidos, y favorecer alternativamente á uno y á otro para no ser oprimida por ninguno de ellos. Habia entonces en la corte de Francia dos triunviratos. Monmorenci, el duque de Guisa, y el mariscal de San Andres defendian con todo esfuerzo la religion católica, á la qual era el Rey

muy adicto; y por el contrario Condé, Gaspar Coligni y Andelot su hermano sostenian la heregía de Calvino. De este modo, de las discordias de la corte nacidas de la ambicion, pasaron á las discordias de religion, y despues levantaron exércitos, y tomaron las armas para pelear una parte del reyno contra la otra, hasta destruirse mútuamente.

La misma llama volaba por otros pueblos y ciudades, y no habia cosa alguna que pudiera detener sus progresos. Los pueblos de la Saboya inmediatos á Francia estaban inquietos contra su Soberano, y tocados de la misma peste, que cundió hasta las extremidades de Italia. Salvador Espinel noble napolitano, armado con el favor del virrey, fue el primero que se opuso á este mal, y despues de haber aplicado en vano remedios suaves, arrasó algunos pueblos de sus estados, queriendo mas bien privarse de sus rentas, que dexar sin castigo la perfidia, y en la capital fueron algunos condenados á las llamas, con gran terror y espanto de todos.

En Flandes habian llegado las cosas á tal extremo, que era quasi imposible curar con los acostumbrados remedios á los hombres perversos; y si se ponian en práctica los mas fuertes, corrian las provincias el peligro de una general sublevacion. El Pontífice no omitia cosa alguna para cortar tantos males. Exhortaba á los príncipes por medio de sus legados á que mantuviesen el culto de la verdadera religion, que profesaron sus mayores; pero sus oficios fueron inútiles con los protestantes de Alemania, que cada dia se precipitaban de uno en otro en mas detestables errores, y la Reyna de Inglaterra prohibió por un edicto que entrasen en su reyno los legados pontificios. Ademas convocó á los obispos para que continuasen el concilio, que habia sido

interrumpido, y el año siguiente concurrieron muchos. Entretanto á ruegos de doña Margarita, que se lo pidió con grandes instancias, confirió la púrpura cardenalicia á Antonio Perenoto nombrado arzobispo de Malinas, que despues se llamó el cardenal de Granvela. Hizo formar causa á los Carrafas como reos de muchos y atroces delitos. El cardenal fue ahorcado dentro del castillo de San Angel, y degollados en otras partes el nuevo duque de Paliano, Fernando Carlon conde de Alifano, y Leonardo Candena. Antonio Carrafa temeroso del mal que le esperaba, se habia puesto en salvo; pero su hijo Alfonso arzobispo de Nápoles, acusado de malversaciones, no salió de la cárcel hasta que pagó cien mil ducados en que fue condenado, aunque el Papa le perdonó veinte y cinco mil. Marco Antonio Colona llegó al fin á recobrar á Paliano por la mediacion del Rey don Felipe.

Por este tiempo comenzaron las iglesias de España á contribuir los subsidios que para la guerra habia concedido el Pontífice al Rey, á fin de que con este dinero se armasen sesenta galeras, para arrojar de nuestras costas á los piratas mahometanos, enemigos quotidianos é irreconciliables. Este dinero se empleó despues por sus sucesores en otros usos, y los moros vuelan impunemente por todas partes en ligeros buques, con grave daño de la christiandad. En Valladolid acaeció un terrible incendio, que propagándose por la parte alta de la ciudad, reduxo á cenizas quatrocientas casas. No se pudo saber con certeza el orígen de este estrago, que tal vez fue casual, y compadecido el Rey de la triste suerte de los ciudadanos, los socorrió con una gran suma de dinero. Poco tiempo antes habia trasladado su corte de Valladolid á Toledo, y se cree que no le agradó mucho esta ciudad,

pues al cabo de pocos meses se transfirió á Madrid, y determinó establecer en esta villa su domicilio, erigiendo hermosos edificios los grandes, que de todas partes concurrian á fixar su habitacion en ella. Vino tambien Francisco hijo mayor de Cosme de Médicis, para ser educado con la severa disciplina de los españoles, á la qual su padre era muy adicto.

El pirata Dragut se apoderó en las islas de Lipari de siete galeras sicilianas, que navegaban á Nápoles, y fueron parte de la presa Nicolas Caraciolo arzobispo de Catania, y Francisco Aragon obispo de Cefalonia. El primero consiguió su libertad á muy alto precio, pero el segundo cargado de años acabó su vida entre los mismos bárbaros. Procuró el Rey don Felipe que fuese rescatado el obispo de Mallorca, que, como ya diximos, quedó cautivo en los Gelves, encargando á Guillelmo Rocaful virrey de aquella isla, que recogiese de las rentas eclesiásticas la cantidad competente, y con efecto fue puesto en libertad por la suma de cinco mil y quinientos pesos.

El año de mil quinientos y sesenta y uno se juntaron en Trento los prelados españoles, entre los quales fueron los mas célebres por la fama de su sabiduría don Pedro Guerrero arzobispo de Granada, don Andres Cuesta obispo de Leon, don Martin de Ayala de Segovia, don Diego de Covarrubias de Ciudad Rodrigo, escritor bien conocido, y aquel grande hombre don Antonio Agustin de Lérida. Tambien concurrieron de Francia algunos obispos con el cardenal de Lorena, y muchos embaxadores de los príncipes cathólicos y ciudades libres. Volvió á continuarse el concilio con gran número de prelados, y se concluyó el año siguiente. Asistieron en calidad de legados pontificios los cardenales Juan Moron, Hércules Gonzaga, Gerónimo Seripando, Estanislao

Hossio, Luis Simonetta, Bernardo Naugerio y Marcos Altaemps, hombres muy doctos y virtuosos. El Rey don Felipe envió por su embaxador á don Fernando Quiñones conde de Luna, en lugar de don Fernando Dávalos, que poco antes habia fallecido en Trento. Mientras que los padres deliberaban en esta ciudad sobre las materias de la religion, pactó el César don Fernando con el Otománo treguas por ocho años, en las quales con la permuta de los cautivos alcanzaron su libertad Sande, Requesens, Leyva y Cardona. Habiéndose suscitado dispúta entre los bárbaros al repartir la presa sobre la persona de Cerda, fue muerto con un veneno, para que ni unos ni otros le poseyesen. Al tiempo que regresaban á su patria nuestros cautivos, murió Requesens de una enfermedad, cerca de Ragusa, y don Alvaro de Sande recibió en España los sueldos devengados hasta aquel dia, y en premio de su valor fue remunerado magníficamente con régia liberalidad. Tambien fueron puestos en libertad los cautivos nobles á solicitud del gran maestre de Malta, quien pagó su rescate. Parte de ellos perecieron entre los bárbaros, consumidos de las heridas y de los trabajos.

Viendo el César don Fernando la buena voluntad que le mostraba el Pontífice, procuró olvidar la injuria que le habia hecho su antecesor, y habiendo convocado una dieta en Francfort, señaló por su sucesor en el imperio á Maximiliano su hijo, para lo qual contribuyeron mucho los buenos oficios que en esta ocasion hizo el Rey don Felipe. Despues de haber tomado la diadema de manos del obispo de Herbípolis, se trasladó á Passau, ciudad situada en las fronteras del reyno de Hungría, y fue proclamado Rey de aquella nacion en una numerosa asamblea de la nobleza. Celebráronse magníficos juegos de á ca-

ballo, segun la costumbre de aquellos tiempos, y otros muchos regocijos con extraordinaria alegria y concurrencia de gentes.

## CAPITULO II.

*Junta el Rey don Felipe una poderosa armada contra los moros piratas. Pérdida de veinte galeras españolas. Guerra civil en Francia entre los cathólicos y hugonotes.*

Entretanto el Rey don Felipe hacia construir con inmensos gastos una numerosa armada para limpiar el mar de los piratas, que infestaban todas las costas. Mientras que don Juan de Mendoza recorria las de Andalucía con veinte galeras, arrebatado de una horrible tormenta que se levantó una noche, fue sumergido en las olas con toda su armada cerca de Almuñecar, en el puerto llamado de la Herradura. ¡Calamidad grande y lastimosa en extremo! y tanto mas sensible, quanto se necesitaban mayores fuerzas para reprimir á los bárbaros, que se hallaban muy poderosos en el mar. El año siguiente sitiaron á Oran con increibles preparativos, y faltó muy poco para que se apoderasen de su puerto; pero se anticipó Doria de orden del Rey don Felipe, y fortificó cuidadosamente con nuevas tropas, y todas las demas cosas necesarias para la guerra, las fortalezas situadas en las costas de Africa, y despues recorrió los mares que infestaban los piratas. Lo mismo executó don Bernardino de Avellaneda con la armada napolitana, no sin algun fruto. Es imponderable lo mucho que se gastó en estos armamentos, por lo qual fue preciso imponer nuevas contribuciones á los pueblos de España, que concluida la guerra de Francia esperaban tener

algun alivio. Juntábase á esto las usuras de los genoveses, que por medio de sus banqueros establecidos en diversas partes, prestaban dinero con tan exôrbitantes ganancias, que absorvian todos los tesoros de América. En Milán se originó una nueva causa de exîgir grandes sumas para la obra de la fortaleza mandada ensanchar por el Rey á persuasion de su gobernador don Alfonso Pimentel, con mucho disgusto de los habitantes, á quienes se impuso otra contribucion.

No obstante, se hallaba todavia mucho mas afligida la Francia, implicada en una funesta y intestina guerra, á la que habiendo acudido tarde con los remedios, sirvieron mas de daño que de provecho. El edicto en que se prohibió con severas penas la secta de los calvinistas, produxo furores civiles, que despedazaron y trastornaron el reyno por largo tiempo. En los principios de estas turbulencias se apoderaron de muchos pueblos, entre los quales fue uno la célebre y opulenta ciudad de Ruan, la que habiendo sido sitiada por los cathólicos, mientras que Antonio de Borbon reconocia los muros para dar el asalto, fue herido de una bala perdida, y murió sin que se supiese quál era su religion. Dexó dos hijos, Enrique, que llegó al fin á obtener el reyno, y Catalina. Inflamados de esta suerte los ánimos, procuró cada uno de los partidos buscar socorros. Los calvinistas los recibieron de Inglaterra y Alemania, y el Rey don Felipe envió á los cathólicos tres mil españoles escogidos, baxo del mando del capitan Juan de Solís hombre de gran valor. Entretanto los hugonotes, quitándose la máscara, determinan prender al Rey mismo, y á no ser por el duque de Guisa, que previniendo con gran celeridad sus intentos, le conduxo repentinamente á París con la Reyna su madre, hu-

biera caido sin duda en manos del príncipe de Condé y de los conjurados. Despues que perdieron la esperanza de apoderarse del Rey, dirigieron su marcha ácia Orleans, y establecieron en aquella ciudad el arsenal de la guerra. Desde alli con todas sus tropas se encaminaron á la capital, inspirando terror en todos sus contornos; pero el ánimo generoso del duque de Guisa no pudo sufrir esta ignominia, y marchó contra el enemigo. En el mes de noviembre pelearon cerca de Dreux con grande encarnizamiento, y en el principio se mantuvo indecisa la batalla. El mariscal de San Andres fue hecho prisionero, y despues le mataron de un balazo, y tambien cayó en manos de los enemigos el condestable Monmorenci, pero le conservaron la vida; y de los hugonotes fue preso y herido el de Condé. Peleando con mucha constancia los españoles juntos con la infantería francesa, arrebataron al enemigo la victoria, que estaba muy inclinada á él, y fueron muertos ocho mil de una y otra parte, como refiere Dávila. El almirante Coligni se restituyó á Orleans con las reliquias del derrotado exército. En Italia, Francia y España se hicieron procesiones en accion de gracias quando llegó la nueva de esta victoria. Luego que el duque de Guisa recogió los despojos, pasó á poner sitio á Orleans, donde fue muerto á traicion por Juan Poltrot, el qual sé escapó, pero habiéndosele aprehendido, pereció miserablemente á los tres dias desquartizado por quatro caballos. A la muerte de Guisa se siguió una paz vergonzosa, con la que consiguieron la libertad Condé y Monmorenci, y se permitió á cada uno vivir en la religion que mas le agradase.

En Flandes no se observaba todavia ningun movimiento, pero se esparcian las semillas de los grandes males, que despues sobrevinieron. Murmurábase

altamente de la ereccion de los nuevos obispados, instituidos para extirpar la secta predilecta. Con el mismo objeto erigió en este año el Rey don Felipe una universidad en Dovay baxo las mismas leyes y constituciones que la de Lovayna, habiendo obtenido para ello amplísimas facultades del Papa Pio IV. Este establecimiento, dirigido á que en la parte de Flandes, que usaba la lengua francesa, se enseñase á la juventud la verdadera doctrina, causó gran dolor á los novadores. Finalmente, fue para ellos un terrible golpe los edictos del Emperador don Carlos, en que prohibia que en toda la Flandes se observase otra religion que la cathólica, y que el conocimiento de estas causas fuese privativo de los jueces eclesiásticos, con inhibicion de los seculares, á cuyas leyes añadieron otras mas severas el Pontífice y el Rey. Esta fue la causa, dice un autor flamenco muy verídico, de todas las calamidades que en lo sucesivo padecieron aquellas provincias. Juntábase á esto el odio que tenian los nobles al cardenal de Granvela arzobispo de Malinas, que presidia en el senado, y de cuyos consejos y avisos se valia doña Margarita por mandado del Rey, en la administracion y gobierno público. Asi pues, no nació el mal solamente de las discordias religiosas, sino que á exemplo de la Francia, tuvo mucha parte la envidia y emulacion, que persiguen siempre al poder: vicios perversos de las cortes, que jamás se han podido evitar con remedios algunos. Era grande la inclinacion de los ánimos á la nueva secta, y la favorecian en secreto algunos de los magnates, aunque el vulgo no lo ignoraba. De aqui se siguió que con gran desprecio de las leyes y de los magistrados, predicaban sermones sediciosos por los campos y arrabales de Tornay y Valencienes, los que se jactaban de reformadores de la religion, cuya insolencia suscitó al-

gunos tumultos. Doña Margarita procuró cortarlos con el castigo de los culpados, y de algun modo se reprimió la audacia popular; pero como el mal iba cundiendo, y los magistrados no sabian ya qué partido tomar contra tanta multitud de delinqüentes, su desidiosa inaccion y connivencia llevó las cosas al extremo de que, una vez encendida la llama de la heregía, no se pudo apagar con mucha sangre derramada.

En la Lombardía causó tambien grande inquietud el nombre de la inquisicion española, que á instancias del Papa, habia resuelto el Rey don Felipe establecer en Milán: por lo qual y para que no se originase otro mayor mal, sobreseyó con prudente acuerdo de su intento. Hizo el Pontífice inútiles esfuerzos con los venecianos á fin de que admitiesen las leyes de la inquisicion, para reprimir la heregía en las fronteras de Italia; pues aquellos hombres nacidos en una ciudad libre, persistieron en no alterar cosa alguna de la antigua forma con que en otros tiempos se habian procurado evitar las opiniones perversas en materia de religion.

En este año declararon los moros guerra á los portugueses, dándoles motivo para conseguir una ilustre victoria. Alvaro Carvallo hombre no menos fuerte que prudente, defendia con una pequeña guarnicion á Mazagan, sitiada con un poderoso exército por Mahomet nieto del Xerife, que poco antes habia sido muerto. Levantaron los moros un gran terraplen, en el que colocaron veinte y quatro cañones, que disparaban balas tan enormes, que tenian seis palmos de circunferencia, y ademas de esta terrible batería, abrieron minas para derribar los muros por sus cimientos; pero los portugueses les interceptaron con una contramina que llegó hasta debaxo del terraplen,

y habiéndole volado con mucha cantidad de pólvora, destruyeron en un momento el trabajo de muchos dias, con grande estrago de los moros que estaban encima. Volvieron estos á repararle con insigne constancia, y fue otra vez deshecho, con igual felicidad y mayor ruina que la primera vez. Viendo pues los moros que nada adelantaban con sus máquinas, acudieron á la fuerza, aunque sin efecto alguno, porque los portugueses los rechazaron con extraordinario valor, y escarmentados los bárbaros, levantaron el sitio, y se retiraron á los tres meses. En este tiempo resplandeció admirablemente la actividad y zelo de la gobernadora doña Catalina, pues ademas de los socorros que enviaba á los sitiados, disponia ella misma por sus propias manos las hilas, vendas y todo lo necesario para curar á los heridos. Despues de esto, aquella muger de singular santidad, habiendo convocado cortes en Lisboa, entregó el gobierno del reyno al cardenal don Enrique, y pasó el resto de su vida en una casa retirada, dedicándose enteramente á obras de piedad.

Dos años antes habia sido trasladado á Tarragona don Fernando Loaces, y le sucedió en el obispado de Tortosa fray Martin de Córdova del orden de Santo Domingo, que pasó á la iglesia de Plasencia, y finalmente á la de Córdova su patria, donde acabó sus dias. A principios del año anterior falleció don Jayme Cazador obispo de Barcelona, y le sucedió Guillelmo su sobrino, que habia sido su coadjutor. En Roma murió á últimos de julio de este año don Bartolomé de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, obispo de Córdova, y cardenal esclarecido por su piedad y liberalidad para con los pobres, y fue sepultado en Santiago de los Españoles, donde se lee su epitafio. Tambien pasó de esta vida á la eterna bienaventu-

ranza San Pedro de Alcántara, del orden de San Francisco, á los sesenta y tres años de edad. Restauró con todas sus fuerzas la primitiva austeridad, y la mas severa disciplina de su instituto, que se hallaba muy decaido. Fue un varon muy exercitado en todo género de virtudes, y ilustre en el don de milagros, á quien veneramos en los altares, habiendo sido canonizado en nuestros dias por el Papa Clemente IX, y los que abrazaron su austera reforma han adquirido gran fama de santidad.

## CAPITULO III.

*Sitian los moros las plazas de Oran y Mazalquivir, y son derrotados por los españoles. Conclusion del concilio de Trento. Toma de la fortaleza del Peñon.*

Divulgóse por este tiempo el rumor de que en Africa se disponia guerra contra las fortalezas que el Rey don Felipe tenia en aquella parte del estrecho; con cuya noticia mandó inmediatamente á los moriscos valencianos, y á los demas esparcidos por nuestras costas, que entregasen las armas, temeroso de la perfidia de aquella gente, siempre dispuesta á unirse con los africanos á la primera señal de guerra. El virrey de Valencia don Alfonso de Aragon executó esta orden con mucho acierto, habiendo dado la comision á hombres valerosos y diligentes, que en un solo dia despojaron á todos de las armas, y si no se hubiera tomado esta precaucion oportuna, habria sido preciso pelear con el enemigo doméstico, no menos que con el extraño. Entretanto vino la armada de Italia para defender las costas, pues habiéndose perdido el año anterior la española, volaban impune-

mente los bárbaros por todas partes. Proveyóse á la seguridad de todo con la posible diligencia, y en la
1563. primavera de este año de mil quinientos sesenta y tres se juntaron los piratas mandados por Dragut, y comenzaron á combatir con extraordinario furor por mar y tierra á Oran, y Mazalquivir, que es el mismo que los romanos llamaban Puerto Magno.

El exército de los bárbaros se componia de cien mil infantes, y quarenta mil caballos, con los preparativos militares correspondientes á tanta multitud. Era gobernador de Mazalquivir don Martin de Córdova, que poco tiempo antes habia sido rescatado, y de Oran el hermano del conde de Alcaudete, ilustres uno y otro por sus propias hazañas, y las de sus mayores. Despues que los bárbaros se apoderaron del baluarte que domina á Mazalquivir, batieron el pueblo con la mayor fuerza de su artillería, y le invadieron por las ruinas del muro, pero desgraciadamente, pues fueron rechazados con muerte de dos mil hombres. Reiteraron hasta diez veces el asalto, y se peleó en la brecha con increible ardor, para que con tan multiplicadas victorias triunfasen los españoles. La armada que iba á socorrerlos, se vió obligada por una tormenta á retroceder desde la mitad de su curso al puerto de Cartagena, y mientras se detenia allí, comenzaron á padecer escasez de víveres los sitiados, que ademas se hallaban fatigados de otros muchos trabajos. Entretanto se disponian á toda priesa diez galeras, en las que se embarcaron muchos voluntarios de la nobleza castellana y valenciana, á fin de que con este suplemento fuese nuestra armada igual á la de los bárbaros. De esta suerte se juntaron treinta y quatro galeras á las órdenes de don Francisco de Mendoza, y marcharon intrépidamente al enemigo con grande esperanza de

vencer. Luego que Dragut descubrió la armada que venia contra él á vela tendida, se puso en fuga inmediatamente, arrojando al mar su artillería, para escaparse con mas celeridad. No obstante fueron tomados por los españoles algunos navíos, y otros quedaron destruidos. En medio de esta confusion hizo Córdova una salida con parte de sus tropas, y mató á muchos de los turcos, que se refugiaban á las naves, y les tomó dos banderas. Por otra parte Assan, noticioso de la fuga de sus socios, abandonó su campo, y huyó tambien con toda la presteza que pudo, y siguiéndole los nuestros hicieron mucho estrago en su retaguardia. Despues de saqueado el campo enemigo, y conducida al pueblo la artillería, el vencedor Córdova, que resistió con tan heróyca constancia noventa y dos dias (aunque otros minoran este número) el sitio y ataques de los bárbaros, regresó á España con mucha gloria.

Deseosos los piratas de resarcir esta pérdida, volaron á la Italia que estaba desnuda de fuerzas navales, y cometieron impunemente muchos latrocinios, recorriendo todas sus costas. Los venecianos, que estaban menos expuestos á sus invasiones, los persiguieron y maltrataron; y al fin los arrojaron del golfo. En este intermedio los caballeros de Malta, enemigos capitales de los otomanos, habian entrado con sus galeras en el Archipiélago, y con increible audacia, y casi á la vista de Soliman, apresaron muchas naves con sus mercaderías y pasageros. Irritado en extremo el bárbaro de verse tan despreciado, comenzó á juntar muchas tropas, y hacer grandes preparativos para declarar la guerra á los malteses.

En el Abruzo causaba turbaciones Marcon noble cosentino, desterrado de su patria, habiendo junta-

do un esquadron de foragidos, que se componia de seiscientos caballos, y mayor número de infantes, con los que robaba y talaba por todas partes. Fastidiado Marcon del título de general, tomó el nombre de Rèy, y en una entrada que hizo en Cosencia, ciudad célebre y grande, executó en ella muchos actos de magestad: exîgió tributos, y expidió títulos de capitanes, autorizándolos con el sello real. Pero no le duró mucho tiempo este reyno imaginario y de farsa, pues habiendo sido preso por los españoles, fue ahorcado con la corona y insignias reales, con muchos de sus compañeros.

Despues de concluida la feliz empresa de Mazalquivir, se armaron en España cincuenta galeras, para tomar la fortaleza llamada del Peñon, que antes se habia intentado en vano, á fin de arrojar de aquella guarida á los piratas. Entretanto que se disponia lo necesario para esta expedicion, falleció don Francisco de Mendoza hijo de don Antonio, almirante de la armada, y le sucedió en el mando don Sancho de Leyva. Este pues, arribó á la costa de Africa, pero habiendo tenido noticia de sus designios los que guardaban la fortaleza, no pudo llevarlos á efecto. Para sacar algun fruto de tan costosa expedicion, entregó el pueblo, que estaba opulento con las muchas presas que por largo tiempo se habian recogido alli, al saqueo del soldado, y regresó á las costas de España, sin conseguir su principal objeto.

El Rey don Felipe llamó á estos reynos á Rodulfo y Ernesto, hijos de Maximiliano, los quales habiéndose embarcado en Génova en la armada que mandaba Adan Centurion, llegaron á Barcelona en el invierno de este año con navegacion adversa. Desde alli marcharon á Madrid, siendo muy festejados en todos los pueblos del camino; y fueron recibidos

de su tio con sumo regocijo. El motivo que tuvo el Rey don Felipe para traer á España á estos excelsos jóvenes, fue la poca salud de su hijo el príncipe don Carlos, para que si Dios se le quitaba, estuviese instruido en los usos, costumbres y lengua de la nacion española, el que destinaba por sucesor en el reyno. Parece que adivinaba la desgracia que en breve tiempo hubiera padecido, si Dios no le favoreciese con un milagro; pues hallándose estudiando en Alcalá de Henares el príncipe don Carlos, rodó de una escalera, y fue el golpe tan grande, que quedó sin sentido alguno, y se creyó que habia muerto. Desahuciado pues de todo humano auxîlio, y estando ya para espirar, fue llevado al enfermo el cuerpo del venerable fray Diego, del orden de San Francisco, que habia muerto con grande opinion de santidad, y se conservaba íntegro y incorrupto, á fin de que por su intercesion consiguiese de Dios la salud; y á la verdad luego que tocó el príncipe el milagroso cuerpo con gran confianza y devocion de los que se hallaban presentes, recobró inmediatamente los sentidos, y por singular beneficio de Dios, como todos creyeron, convaleció en muy poco tiempo. Por tanto á instancias del Rey don Felipe fue puesto fray Diego en el número de los Santos, como diremos en su lugar. En este año echó el Rey los cimientos de la inmortal y magnífica obra del Escorial, que apuró por largo tiempo las fuerzas del reyno, y que se halla distante siete leguas de la corte, á la parte del Occidente, situada á la falda de unos montes, en parage saludable, pero frio y expuesto al sol del Mediodia, siendo su principal arquitecto Juan Bautista de Toledo. No hay necesidad de detenernos en describir por menor este edificio, quando otros lo han hecho de propósito en voluminosos libros; y solo di-

remos que no hay en él cosa alguna que no llene de admiracion y deleyte.

Por este tiempo era embaxador en Roma don Luis de Requesens, el qual, no pudiendo tolerar que el Pontífice le pospusiese al embaxador de Francia, se retiró muy irritado de aquella capital, para que no se creyese que le cedia la preferencia. Pero el Rey don Felipe, despues de muchos debátes y contestaciones de una parte á otra, como era tan piadoso y amante de la paz, creyó que convenia disimular este agravio, para evitar que el sumo Pontífice no se hiciese mas odioso á los franceses, en un tiempo en que era tan despreciado por los sectarios. La contienda excitada entonces sobre esta vana sombra de honor, ha continuado hasta nuestros dias, con grande empeño de una y otra nacion, y todavía se halla indecisa. Entretanto no cesó el Rey de aumentar las armadas navales, haciendo fabricar muchas galeras, y equipándolas de todo lo necesario. Juntó pues mas de cien baxeles, persuadido de que no podrian estar bien defendidas las provincias sin una armada fuerte y numerosa, y confirió el mando de ella á don García de Toledo, que gobernaba la Cataluña, enviándole por virrey de Sicilia, para que con estas fuerzas navales refrenase al Otomano en aquellas partes donde era mayor el peligro.

A fines de este año, y en el dia quatro de diciembre se finalizó el concilio Tridentino por la autoridad y desvelos del Papa Pio IV á los veinte y siete años de su apertura, y despues de celebradas veinte y cinco sesiones: confirmóle el mismo Pontífice el año
1564. siguiente de mil quinientos sesenta y quatro. El Rey don Felipe fue el primero de todos los príncipes católicos, que mandó obedecer sus decretos en toda la extension de sus dominios, y exhortó á los obispos á

que juntasen sínodos, para arreglar en ellos todo lo concerniente al culto divino, á la disciplina eclesiástica, y á la correccion de las costumbres. Pero á fin de que no se creyese, que siendo cuidadoso y diligente en las cosas agenas, abandonaba las suyas propias, celebró cortes en Monzon y Barcelona, y despues en Valencia, en las quales acordó muchas cosas útiles al bien de los pueblos.

Mientras se detenia en esta última ciudad, corrió las costas con seis galeras Cara Mustafá gobernador del Peñon de Velez, y hizo algunas presas impunemente, por hallarse tan lejana la armada. Ofendido el Rey de la audacia del pirata, mandó á don García que dexándolo todo pasase á tomar por fuerza de armas el Peñon. Inmediatamente juntó socorros de toda la Italia, y navegó al Africa con una poderosa armada, á la qual se unió la portuguesa, mandada por Francisco Barreto. Habiendo desembarcado en tierra trece mil soldados, infundieron tanto miedo á los bárbaros, que en breve se concluyó la empresa, mas con el terror que con la fuerza, poniéndose en fuga la guarnicion. Luego que Doria tuvo esta noticia por un renegado albanes, corrió á la fortaleza con un pequeño esquadron, y halló á la puerta al alferez, y algunas pocas centinelas que le ratificaron la fuga de sus compañeros; por lo qual se les concedió la libertad. Envió al punto Doria á Juan Zanoguera, para que diese noticia de todo el suceso á don García, y firmase éste las condiciones, y fue entregada la fortaleza un martes á cinco de septiembre. En ella y en el pueblo se hallaron víveres y municiones para un año entero, y veinte y cinco piezas de artillería. Concluida tan felizmente esta empresa, se retiraron de alli alegres, y sin heridas los portugueses y malteses. Los moros luego que supieron el peligro que

corrian los suyos con la llegada de la armada, acudieron á socorrerlos con gran número de caballos y infantes, pero vinieron tarde, pues ya estaba tomado el castillo, y fortificado con guarnicion y todo género de provisiones para su defensa, quedando por su gobernador Diego Perez Arnalte. Hubo en la retaguardia algunas escaramuzas mientras se embarcaban las tropas, y los bárbaros llenos de furor hicieron los mayores esfuerzos. Don Luis Osorio nieto del marques de Astorga, cayó atravesado de una bala, y don Pedro de Guzman murió en Málaga de resultas de una herida que recibió entonces. A Doria le mataron el caballo, pero los enemigos padecieron tambien alguna pérdida. Don Alvaro de Bazan dió otro golpe á los moros, pues habiendo pasado á Tetuan con su armada cerró la embocadura de aquel rio con los despojos de las naves, que habia destrozado, y quitó á los piratas aquella guarida, á pesar de los esfuerzos que hicieron los bárbaros para impedírselo.

## CAPITULO IV.

*Guerra de Córcega. Muerte del Emperador don Fernando; sucédele su hijo Maximiliano. Expedicion de Pedro de Ursua en busca del Dorado. Crueldades de Lope de Aguirre: sucesos de la India Oriental.*

Habiendo regresado don García á las costas de España con la armada y exército sanos y salvos, fue recibido con las mayores demostraciones de alegria, y dexando aquí una parte de las galeras mandó á Leyva que con la otra fuese á socorrer á los genoveses, maltratados en Córcega por Sampetro, que habia suscitado contra ellos un tumulto. Este pues,

con pretexto de precaverse de los piratas, habia comenzado á edificar una casa muy fortificada, y los genoveses le prohibieron concluirla. Si fue con justicia ó sin ella, lo disputarán otros, pero lo cierto es que esta fue la causa de la guerra. Los corsos para defender á su conciudadano tomaron las armas contra los genoveses, á quienes aborrecian en extremo. Los franceses enviaron ocultamente socorros á este hombre, que en la anterior guerra habia seguido su partido, y el Rey don Felipe auxîlió á los genoveses con dos mil españoles, y de este modo se renovó la guerra en Córcega. Leyva rechazó á los rebeldes hasta los bosques, y habiendo castigado su audacia, partió poco despues á invernar en Nápoles.

Algunos hombres ilustres por sus hazañas y nobleza, que habian quedado cautivos en Gelves, conducian en una galera materiales para levantar una fortaleza en el estrecho de los Dardanelos, y ostigados de su miserable esclavitud, mataron á los que los custodíaban, y precipitando á otros en el mar, se escaparon á Italia, por el heróyco valor de Diego de Mendoza, Juan Bautista Doria, y Antonio Olivera. Habia ademas diez y seis capitanes, y otros ciento y treinta cautivos, que con tan feliz arrojo se pusieron á sí mismos en libertad; pero otros setenta que descónfiaron del buen éxîto de la empresa, se arrojaron al mar, y llegaron á nado á la costa, para tolerar una perpétua servidumbre en pena de su cobardía.

Por este tiempo se hallaba en gran tristeza la corte de Alemania, habiendo fallecido el Emperador don Fernando, despues de una larga enfermedad. Fue ciertamente príncipe de admirable humanidad, y de singular prudencia: y entre otras prendas muy dignas de inmortal alabanza, resplandeció en él

el amor á la religion católica, y su incesante zelo en conservarla. Embalsamaron su cuerpo, y despues de haberle hecho las exêquias en la catedral de Viena, fue llevado á Praga con espléndida pompa, y sepultado en un magnífico túmulo. Tuvo por sucesor en el imperio á Maxîmiliano su hijo, que algun tiempo antes habia sido electo Rey de romanos.

El dia diez y nueve de mayo pereció en Ginebra Juan Calvino, autor de la impía secta de su nombre, y de todos los males que de ella se siguieron, y le sucedió en el magisterio Theodoro Beza, hombre no menos perverso. Quáles eran sus costumbres, lo demuestran suficientemente los versos amatorios qué dexó escritos, y era en una palabra digno patriarca de tal secta. El mes de abril del año anterior falleció en Trento con grande opinion de santidad y sabiduría fray Pedro de Soto del orden de Santo Domingo, acérrimo impugnador de todos los hereges. Castaldo célebre soldado de Carlos y Fernando, despues de muchas hazañas ilustres en la guerra, murió en Milán, y le sepultaron allí provisionalmente. Tambien falleció á mediados de mayo don Francisco de Navarra arzobispo de Valencia, y fue sepultado en el sepulcro de los canónigos. Entre otras constituciones útiles, estableció un método muy arreglado y expedito, para que los canónigos votasen en los capítulos. Dícese que escribió una historia de España, cuyo paradero se ignoraba enteramente. Su sucesor don Aciscio de Contreras obispo de Vich, falleció en breve el año siguiente antes de tomar posesion, y fue electo en su lugar don Martin de Ayala, trasladado de la iglesia de Segovia.

La América se hallaba inquieta, y tranquila, y con el beneficio de la paz se propagó, y extendió en gran manera la religion christiana. Es de admirar

lo que se refiere de fray Agustin de Coruña del orden de San Agustin, y obispo de Popayán, que en un solo dia bautizó á tres mil catecúmenos. Por estos tiempos el reverendo padre fray Luis Beltran del orden de Santo Domingo, natural de Valencia, se ocupaba en la predicacion de la divina palabra, en las provincias de Cartagena, y Santa Marta, y aunque hablaba la lengua española, le entendian los indios como si les predicase en su mismo idioma. Obró Dios por su intercesion muchos milagros: entre otros se refiere, que habiéndole dado un veneno, hizo sobre el vaso la señal de la cruz, y lo bebió sin daño alguno, y tambien resucitó algunos muertos. Finalmente permaneció en aquellos paises por espacio de siete años, con increible utilidad de las almas, y se restituyó á su patria. Don Diego de Magiscazin, gobernador de Tlascala, obtuvo un decreto del Rey don Felipe para que no fuesen enagenados los indios, especialmente los de su jurisdiccion; en lo qual siguió las intenciones del Emperador su padre, que les habia dado la misma palabra.

En el año mismo en que murió el virrey del Perú marques de Cañete, conmovido éste con la fama de las riquezas de la provincia del Dorado, que Pizarro habia buscado en vano en otros tiempos, mandó explorarla de nuevo, y dió esta comision á Pedro de Ursua noble navarro. Seguíanle trescientos hombres armados, entre los que se contaban mas de quarenta de á caballo, y ademas cien mulatos esclavos, algunos rebaños de bueyes y ovejas, y todo lo demas necesario para la expedicion. Atravesó con estas tropas muchos rios, y comenzó á caminar por regiones desiertas; pero la aspereza del capitan y la malicia de algunos soldados lo echó á perder todo; y habiendo formado una conjuracion, asesinaron á Ur-

sua en la cama. Fue saludado capitan de aquella gente Fernando de Guzman noble sevillano; y se dice que el autor de esta maldad fue el maestre de campo Lope de Aguirre, cuyas crueldades y delitos seria largo referir. Dispuso pues que Guzman, que era un jóven de carácter sencillo, se llamase Rey del Perú, y á los que no le obedecian les hizo quitar la vida, sin perdonar al sacerdote Oñate; pero lo que es mas que todo, mandó tambien degollar al mismo Rey, que se hallaba muy descuidado y seguro. Despues de esto juntó á sus soldados, y les hizo un discurso, ofreciéndoles que se apoderaria del reyno del Perú, y se le entregaria al saqueo, con otros delirios semejantes. Oyéronle con mucho gusto, porque no se habian olvidado de sus antiguas rapiñas, y se encaminaron al grande rio de Orellana por incultos desiertos, padeciendo hambre y fatigas inmensas, y finalmente arribaron á la isla de la Margarita, habiendo perecido cincuenta hombres en tan calamitosa peregrinacion. Fueron degollados cruelmente treinta y seis nobles soldados, porque no podian tolerar la insolente y cruel dominacion de Aguirre. No paró aqui su detestable barbarie; pues quebrantando los derechos de la hospitalidad, mató á Juan de Villandrando gobernador de la isla, á algunos de sus habitantes, á dos religiosos de Santo Domingo, y á dos mugeres. Robó el dinero público y los bienes de los particulares, y dió tantos exemplos de inhumanidad, que muchos soldados le desampararon, escapándose por donde pudieron. Su demencia llegó á tal extremo, que en el mes de septiembre de mil quinientos sesenta y tres escribió una carta al Rey don Felipe, en la que, entre otras cosas, confesaba su rebelion, y le amenazaba que le quitaria á fuerza de armas el reyno del Perú, cuya carta asegura Herrera haberla

visto. Este hombre tan arrogante era de pequeña estatura, y del todo despreciable. Habiendo pues pasado Aguirre al Continente, para dirigirse al nuevo reyno de Granada, y entrar desde alli en el Perú, le salió al encuentro con un esquadron de gente armada el gobernador de la provincia de Venezuela don Pablo Collado, el qual, por medio de García de Paredes que le acompañaba, ofreció el perdon á los soldados de Aguirre que le abandonasen, y con efecto lo hicieron, por el grande odio que tenian á una fiera tan abominable. Entretanto agitado por los remordimientos de su propia conciencia, bramaba y rugía como un leon, y enviando al diablo á los pocos que le habian quedado, degolló por su misma mano, con crueldad mas que bárbara, á una hija única que tenia, compañera de su peregrinacion, para que si le faltaba su padre, no viviese expuésta á los agravios y injurias que él merecia. Finalmente fue preso con algunos de sus compañeros, y despojado de las armas, cayó muerto de las muchas heridas que habia recibido. Despues de esto fueron castigados en varias partes los mas culpados, de los quales padecieron ocho el último suplicio.

Gobernaba la India con gran rectitud y prudencia el virrey Constantino de Berganza, cuyo zelo por la propagacion de la religion christiana no perdonaba gasto ni trabajo alguno en tan santa obra. Mientras se ocupaba en estos cuidados tuvo noticia de que los indios neophitos esparcidos por el Cabo de Comorin, que los portugueses habian recibido baxo de su proteccion, eran molestados por los badagas sus confinantes, y por el Régulo de Janapatan. Aquella parte de la costa que se extiende ácia el Mediodia por espacio de doscientas millas, se llama de la Pesquería, á causa de que sus habitantes viven principal-

mente de la pesca de las perlas, y son muy pacíficos y pusilánimes. Contra estos pues saciaban los comarcanos su odio con obras y palabras; y el Régulo procuraba retraherlos del christianismo con el terror y los castigos, sin respeto alguno á los portugueses. No pudiendo tolerar esto el piadoso virrey se puso en marcha con una armada bien equipada, para socorrer á aquellos miserables tan beneméritos del christianismo. El bárbaro Régulo, que no tenia fuerzas suficientes para resistir la tempestad que le amenazaba, ni queria abandonar sus malos designios, á la llegada de la armada se puso inmediatamente en fuga, refugiándose en los montes y bosques. Desembarcó sus tropas Constantino, y hallando desierta la ciudad, se hizo dueño de ella; pero aquel clima fue tan contrario á los portugueses, que murieron y enfermaron muchos de ellos. Sentia esto en extremo el virrey, pues para socorrer á los suyos se veia obligado á retirarse, y dexar á los neophitos expuestos á las injurias de los bárbaros. Mientras discurria el medio de acudir á uno y otro mal, le pidió el Régulo la paz y el perdon, prometiéndole que executaria todo quanto le mandase, y en prenda de su palabra le envió á su hijo mayor. Obligado el virrey de la necesidad, le concedió la paz, baxo la condicion de que pagase el tributo acostumbrado al Rey de Portugal, y que no hiciese injuria alguna á sus súbditos, que voluntariamente quisiesen abrazar el christianismo. Finalmente para que no quedase sin castigo si faltaba á su palabra, le quitó la isla de Manar, separada de tierra firme por un rio; y observando que tenia un cielo mas saludable, levantó una fortaleza, que dominaba al estrecho, y la fortificó con una guarnicion, y todo género de provisiones, dexando tambien diez navíos, para que como otras tantas cadenas

contuviesen al bárbaro en su deber, de grado ó por fuerza. De esta suerte, habiendo restituido la libertad á aquellos naturales, se propagó y extendió admirablemente el christianismo en toda la costa; y concluida esta expedicion tan felizmente, regresó á Goa con próspero viage. Tuvo varios combates con Hidalcan, y los confinantes, en los que con sus heróycas hazañas y victorias adquirió nuevo lustre el nombre Portugues. Constantino mereció tanta fama con su admirable conducta en la posteridad, que á los virreyes que pasaban á la India, se les proponia como el único exemplar que debian imitar, segun lo afirma Mafei. Dexó en Goa un insigne monumento de su piedad, en el magnífico templo que edificó al Apóstol Santo Tomás, adonde se trasladaron sus sagradas reliquias. Finalmente regresó á Portugal con una navegacion muy próspera y alegre, del mismo modo que la tuvo quando pasó á la India, para que en todas sus cosas fuese feliz y venturoso.

## CAPITULO V.

*Conferencia en Bayona del Rey de Francia, y la Reyna Catalina, con su hija la Reyna de España. Movimientos de Flandes. Sitio de Malta por la armada turca, y sucesos de esta guerra.*

Aunque al parecer se hallaban en Francia apaciguadas las discordias con el anterior convenio, sin embargo no habia esperanzas de conseguir una verdadera tranquilidad, siendo tanta la multitud de los que estaban imbuidos en perversas opiniones; y al paso que recíprocamente se temian unos á otros, ocultaban todos sus designios con la máscara del disimulo; por lo qual juzgaban los mas prudentes que

esta calma duraria poco tiempo. La Reyna con el pretexto de arreglar las cosas públicas, determinó visitar el reyno, llevando consigo al Rey su hijo para ganarle el afecto de los pueblos; pero su verdadero objeto era fortificarse con el apoyo de los príncipes católicos confinantes, contra los males que amenazaban. De esta suerte, habiendo pasado de una á otra provincia, tuvo en las fronteras una secreta conferencia con el Saboyano sobre los medios de reprimir á los hugonotes, para cuyo fin le ofreció aquel príncipe sus auxîlios. En Aviñon habló tambien con los ministros del Pontífice, descubriéndoles sus intenciones, y les dixo que habia tratado con blandura á los hugonotes, á fin de adormecer sus ánimos, entretanto que disponia lo que tenia pensado exècutar, y que luego que quebrantase sus fuerzas, procuraria que los decretos del concilio fuesen recibidos por toda la Francia; pero que en el ínterin convenia llevar adelante este negocio mas con el arte que con la fuerza. Desde alli pasó á Bayona, para visitar á su hija doña Isabel Reyna de España, manifestando que este solo era el objeto de su viage, y como si en su interior no tuviese otro cuidado alguno. La Reyna se apresuró á venir á aquella ciudad con grande acompañamiento de grandes del reyno, entre los que se distinguian el duque de Alba, el del Infantado, el de Osuna, el conde de Benavente, el cardenal de Burgos y otros; y se dieron mútuamente muchas señales de amor y benevolencia. El duque de Alba presentó al Rey el Toyson de Oro, engastado en piedras preciosas, que le enviaba el Rey don Felipe en prueba de su cariño. Hubo juegos y espectáculos de diversos géneros, y entretanto que se divertian en ellos comenzaron á tratar de los negocios del estado. Los dos Reyes se unieron con mas estrecha amistad, conspirando ambos en

la ruina de la heregía aunque disentian en los medios de llevarla á efecto. El duque de Alba, como tan zeloso de la mas severa disciplina, propuso que se debian cortar las principales cabezas de aquella gente, persiguiéndolos á fuego y sangre, y que á un mal tan arraygado convenia aplicar los mas fuertes remedios. La Reyna Catalina pensaba de distinto modo, ó por natural timidez, ó por el conocimiento que tenia del carácter de la nacion, ó finalmente porque estaba demasiado confiada en sus manejos, con los quales esperaba concluir felizmente esta empresa sin derramar sangre alguna, á lo qual parecia muy opuesta. Despues de muchas conferencias y discursos de una parte y otra, convinieron al fin en que los Reyes se prestasen mútuos auxîlios para restablecer la antigua religion, destruir la heregía, y mantener á los súbditos en su deber, por los medios que á cada uno le pareciesen mas oportunos. Esto último interesaba mucho á ambos príncipes; pues al mismo tiempo que la Francia se hallaba agitada miserablemente con estos males intestinos, comenzaba á encenderse en Flandes otro igual incendio, siendo los autores de la sublevacion el príncipe de Orange y los condes de Egmont y Horn.

El cardenal de Granvela habia pasado á la Borgoña de orden del Rey, por causa de ciertos negocios propios, con mucha alegria de los envidiosos, que no dexaban piedra por mover para arrojarle de Flandes. Ademas rehusaban admitir los edictos severos publicados contra la heregía, los nuevos obispos, y los decretos del concilio Tridentino, que eran los tres baluartes de la religion católica, los quales una vez destruidos, quedaba expuesta á una total ruina. Para solicitar la derogacion de estas tres cosas, vino en posta á España el conde de Egmont, á quien el

Rey don Felipe, despues de haberle manifestado su buena voluntad y amor á los flamencos, respondió: «que no les pedia otra cosa que la observancia de la »religion católica, y el obsequio que á él era debido." Esto mismo les repitió en una carta concebida en términos muy graves, y sirvió de pretexto á la conjuracion que se siguió, y de la que se originó un diluvio de calamidades. La Reyna Catalina, despues de concluido el convenio con el Rey don Felipe, y habiéndose despedido de su hija dentro de los confines de España, se volvió á Bayona, y marchó luego á París con el Rey su hijo.

A la entrada de la primavera de este año de mil
1565. quinientos sesenta y cinco se hizo á la vela desde Constantinopla la armada otomana, tan formidable á la christiandad. Componíase de doscientos navíos de todas clases, en los que sin contar la restante multitud, iban embarcados cinco mil y quarenta soldados. Las tropas marítimas las mandaba Piali natural de Hungría, y las de tierra Mustafá primo hermano de Soliman, hombre de mucha edad, y ambos generales eran de la primera grandeza. A estos pues, les encargó Soliman que quitasen á los caballeros de Malta la isla de su domicilio, y la agregasen á su imperio. Excitaron la ira del bárbaro los muchos daños que los malteses habian hecho en los mares de Turquía, y las exhortaciones del Mufti ó cabeza de la secta mahometana, el qual predicaba que no se aplacaria la cólera de Dios, si no se tomaba venganza de las injurias hechas por los malteses á los musulmanes. Todo esto lo sabia el gran maestre por medio de las espías que mantenia en Constantinopla; por lo qual suplicó al Pontífice, y al Rey don Felipe, que le ayudasen con socorros oportunos en aquella ocasion, en que se hallaba en peligro por la causa comun

del christianismo. El Papa le auxilió con todo lo que pudo; y el Rey mandó á don García, que no omitiese diligencia alguna para conservar una isla que era el baluarte de la Italia. Está situada Malta en el mar de Africa, distante de la tierra firme ciento y noventa millas, y sesenta del promontorio de Paquino en Sicilia, y solo tiene ciento de circunferencia. Su terreno es muy fértil, y en sus costas hay muchos puertos. La isla de Gozo, separada de ésta por un pequeño estrecho, tiene de circuito treinta millas, y la defiende una fortaleza muy guarnecida.

Entretanto el gran maestre juntaba tropas, víveres, armas, y todo lo demas necesario para la guerra, sin perdonar cuidado ni fatiga alguna. Otro tanto hacia don García para juntar y disponer la armada, y inmediatamente navegó á Malta, reconoció sus fortificaciones, y previno al gran maestre que añadiese otras obras en ciertos parages, las que en breve se executaron con suma actividad. Despues de asegurarle con la esperanza de sus socorros, pasó don García á la Goleta, y la proveyó de todo, y aumentó su guarnicion con quatro compañías de veteranos para evitar qualquiera sorpresa del bárbaro, pues amenazando á una parte podia acometer á otra. Tenia el gran maestre baxo de sus banderas ocho mil y quinientos soldados de diversas naciones, entre los quales se hallaban quatrocientos españoles, enviados poco tiempo antes de Sicilia, endurecidos en muchas guerras; y habian acudido tambien quinientos y quarenta cruzados, que componian un esquadron de gran fuerza. Procuró que fuese transportada á Sicilia toda la multitud inútil para la guerra, y á los demas habitantes los encerró en lugares fortificados, y mandó á Juaneton Torrella, noble mallorquin, que defendiese á Gozo con una guarnicion de ochenta

hombres armados. Mientras se hacian estos preparativos, arribó la armada otomana el dia veinte y uno de mayo, y desembarcó su exército en un parage remoto de la ciudad, donde hubo algunos combates favorables á los nuestros. Comenzó la multitud de los enemigos á levantar trincheras de orden de Mustafá, que ignoraba todavia el valor de los sitiados, no sin disgusto de Piali general experimentado, que tenia grandes pruebas de lo mucho que podian con las armas en la mano, y desconfiaba del buen éxîto de la empresa, declarando que habia sido enviado á morir, y no á pelear.

La primera tempestad cayó sobre la fortaleza de San Telmo, situada entre ambos puertos, en un promontorio que se extiende en el mar en forma de una lengua, y era su gobernador Luis Brolla saboyano, hombre de ilustre nacimiento. Por la parte del mar no podia recibir daño alguno, pues el capitan Francisco Zanoguera habia cerrado la entrada del puerto con una cadena de hierro, para alejar á la armada enemiga; pero por la parte de tierra batian sus muros con muchos y grandes cañones, que arrojaban balas de ochenta libras de peso, y algunas de ciento y sesenta. A este mismo tiempo llegó Dragut con mil y quinientos soldados en quince galeras. Habia mandado Soliman que dirigiese la empresa, y aunque no aprobaba el proyecto de batir los muros, continuó sin embargo lo comenzado, y aun añadió una nueva batería de cañones contra el otro extremo del puerto donde se hallaba la iglesia de Santa María, con lo qual en breve tiempo arruinó gran parte de las fortificaciones. Hecho esto, y habiendo atravesado los bárbaros el foso por un puente construido de mástiles de navíos, dieron el asalto, y de una parte y otra pelearon atrozmente con gran pérdida de los que

acometian. Arrojados de allí á viva fuerza, volvieron otra vez á batir con la artillería, renovando el ímpetu con tanta obstinacion, que apenas quedaba esperanza alguna de mantener la fortaleza. No por esto se desanimó Juan de Miranda, que mandaba á los españoles, pues distribuyendo entre sus soldados el dinero que habia recibido del obispo don Domingo Cubel, natural de Aragon, y mucha cantidad de víveres, infundió en ellos nuevo espíritu para la pelea. El gran maestre retiró á Brólla oprimido ya de su mucha edad y achaques, y puso en su lugar á don Melchor Monserrat noble valenciano, hombre insigne en valor y piedad, y mandó á los soldados que peleasen sin dar quartel á ninguno. Siguióse de aquí tanta mutacion en los ánimos, y pelearon con tan extraordinario ardor, que parecia estar cansados de vivir. Fueron muy dignos de admiracion los exemplos que dieron de valor y constancia. Trabajaban para fortificarse, y combatian de dia y de noche, porque la multitud de los bárbaros no les dexaba respirar un momento. Ocupábase de noche el gran maestre en introducir en barcas nuevas tropas de refresco, y municiones de guerra, en sacar á los heridos, y en socorrerlos con todo género de auxîlios. Observaron esto los bárbaros, y poniendo centinelas contínuas por todas partes, impidieron que ni aun á nado pudiera pasar persona alguna. Entretanto, y estando Dragut un dia señalando el sitio donde habia de colocarse una batería, vino una bala (no convienen los autores de qué parte fue disparada) y habiendo dado contra la trinchera, arrancó de ella una piedra que le hirió en una sien, y le derribó á tierra sin sentido. Lleváronle los suyos á su tienda, y habiendo perdido el habla, espiró dentro de pocos dias. Despues de una infinita multitud de balas disparadas de todas partes, dieron

los bárbaros el asalto con todas sus fuerzas. Monserrat cayó de frente peleando, Eguiara noble aragones, que le sucedió, y Miranda fueron heridos, pero no se retiraron de la pelea hasta haber rechazado al enemigo, y duró el combate por espacio de seis horas enteras.

El dia siguiente al amanecer volvieron los enemigos con horrible gritería, y acometieron la fortaleza, y llevado Miranda en manos de sus soldados y puesto en una silla, peleó con su lanza hasta el último aliento. Los enemigos fueron derrotados con grande estrago; pero despues de haber tomado algun descanso, volvieron á pelear con increible pertinacia, estando resueltos á vencer ó morir. Eguiara sin detenerle su herida ni sus muchos años, fue el primero que hizo frente á los que acometian, armado con una hacha de dos filos, y combatió largo tiempo sin cuidado alguno de su vida, hasta que oprimido por la multitud de los enemigos, pereció con una gloriosa muerte. No se portó con menos intrepidez Pedro Massio uno de los principales cruzados, de nacion frances, el qual con una grande espada que manejaba á diestra y á siniestra, mató á muchos enemigos, y él mismo perdió la vida. De este modo fueron muriendo en los combates otros muchos hombres valerosos, y al cabo de un mes de una cruelísima espugnacion, fue tomada la fortaleza con inexplicable dolor del gran maestre, que tenia en ella puesta la esperanza de sostenerse hasta la venida de don García. Ensangrentáronse inhumanamente los bárbaros en los enfermos y heridos, pero les costó la victoria seis mil de los mas intrépidos. De los nuestros fueron muertos mil y novecientos, y ciento y diez nobles cruzados de diversas naciones, cuya memoria será elogiada en todos los siglos.

La otra fortaleza llamada de San Miguel la defendia Garcerán Ros catalan, hombre de valor y prudencia. Hállase situada esta fortaleza en un escollo que domina á la embocadura del puerto principal. Inmediatamente la acometieron los bárbaros con parte de su artillería, y con el resto batieron la ciudad, causando mucho estrago en sus murallas. Mientras tanto llegó Juan de Córdova enviado por don García con quatro galeras, en que conducia setecientos soldados veteranos, mandados por el maestre de campo don Melchor Robledo caballero del orden de Santiago, entre los quales venian quarenta cruzados, y algunos nobles españoles voluntarios, y artilleros. Habiendo desembarcado en la parte opuesta á los reales, se encaminaron á la ciudad por una peligrosísima costa, y llegaron felizmente sin ser sentidos de los enemigos, lo que fue una especie de prodigio, hallándose tan cercanos. Encargóse á estos la defensa de los parages mas próximos al peligro: lo que en la guerra se mira como el mayor premio del valor. A este tiempo arribó el Argelino Assan con veinte y ocho galeotas, y un fuerte esquadron de piratas; y los bárbaros con su acostumbrada gritería acometieron por mar y tierra por diversos parages. Por la parte que defendia Francisco Zanoguera, fue el combate cruel y sangriento, y peleando él mismo acérrimamente entre los primeros fue hecho pedazos con una bala. Igual desgracia acaeció á don Fadrique de Toledo, hijo de don García, jóven de grande esperanza, á Santiago Zanoguera, y Francisco Ruiz. Tambien fue viva la pelea en el puesto donde estaba Robledo; y rechazados por su esfuerzo los enemigos con pérdida, acometieron al puesto mas cercano, donde cayó muerto Simon Melo portugues, y otros españoles. Despues de pelear seis horas con el mayor en-

carnizamiento, disparando infinita multitud de tiros y fuegos, alucinadas las legiones enemigas con el miedo y el terror, echaron á huir precipitadamente, habiendo recibido mucho daño. En esta pelea murieron quarenta y dos cruzados, y doscientos soldados, y fueron tomadas en diversos parages las banderas de los enemigos, las quales se colgaron en el templo, y se dieron gracias á Dios solemnemente por la victoria. Seria cosa muy prolixa referir por menor todos los sucesos de esta guerra: el enemigo repitió muchas veces el asalto con todas sus fuerzas, pero fue rechazado y derrotado por los nuestros: su artillería nunca estaba ociosa, y del mismo modo se les correspondía, molestándole tambien en su campo con freqüentes salidas. En una de estas murió peleando valerosamente Enrique de la Valeta; y noticioso su tio el gran maestre, dixo á los que estaban presentes, que en ningun otro lugar podía perder la vida con mas gloria de su hermano.

Entretanto no cesaban los bárbaros de abrir minas, y los nuestros les interceptaban sus trabajos con las contraminas, pues por medio de los desertores de una y otra parte se sabia todo quanto pasaba, asi dentro de los muros, como de los reales. Fue tanta la crueldad del asedio, que alguna vez duró la pelea por espacio de doce horas. Peleábase de dia y de noche, y en un solo dia hubo siete combates con gran mortandad; por lo qual se amedrentaron de tal manera los turcos con el estrago de los suyos, que apenas podian sus capitanes á fuerza de golpes obligarlos á acometer por la brecha del muro. Habia perecido Robledo de un balazo, y el gran maestre procuró dar á su cuerpo la mas honrosa sepultura: tambien murió Fernando su sobrino en la flor de su edad. Aunque las cosas habian llegado al mas peligroso ex-

tremo, acudia el gran maestre á todas partes con alegre semblante, exhortando á todos con la voz y el exemplo á pelear fuertemente. Enviaba socorro á los necesitados: visitaba armado, y hacia la ronda á las centinelas, y con grande ánimo dirigia sus cuidados á todas partes. Enviaba á don García contínuos mensageros con cartas, en que le daba noticia del estado en que se hallaban las cosas, á fin de que se apresurase á venir con el socorro. Para esto fue muy útil Pedro Mezquita portugues, hombre activo y valeroso, que era gobernador de la antigua ciudad llamada Medina distante ocho millas tierra adentro, y Torrella que como ya diximos, mandaba en Gozo, con cuya industria iban y venian los correos, y se burlaban fácilmente de las centinelas enemigas. Instado pues don García de las contínuas súplicas del gran maestre, pasó á Malta, llevando en sus galeras ocho mil y quinientos soldados, y los desembarcó en un lugar distante del campo enemigo, siendo sus generales don Alvaro de Sande y Ascanio de la Corne que estaba preso en el castillo de San Angel, y á peticion de don García le puso el Papa en libertad. Inmediatamente regresó á Sicilia para transportar en otro viage el resto del exército.

## CAPITULO VI.

*Prosigue la guerra de los turcos en la isla de Malta, y son derrotados. Intentan los moros apoderarse del castillo de Melilla. Muerte del Papa Pio IV, y eleccion de Pio V. Tumultos de Flandes suscitados por los hereges.*

Seria obra muy larga formar un catálogo de todos los que se ocuparon en tan piadosa guerra. Acu-

dieron á ella muchos italianos y españoles de la principal grandeza, á los que seguia un fuerte esquadron de nobles, y veteranos retirados. Vinieron tambien franceses y borgoñeses: muchos voluntarios y cruzados de diversas naciones; y treinta y tres caballeros de la orden nuevamente instituida con la advocacion de San Esteban. Desembarcáronse con el exército víveres para quarenta dias; y habiéndose puesto en marcha á Medina, estableció su campo cerca de esta ciudad. Luego que llegó á los enemigos la noticia de su venida, comenzaron á toda prisa de dia y de noche á recoger sus bagages, y conducirlos á sus navíos, con gran alegria y regocijo de los sitiados; y aunque deseaban estos perseguir á los que manifestaban tanto miedo, lo prohibió el gran maestre con prudente y saludable consejo, rezeloso de caer en alguna emboscada. Entretanto Mustafá marchó contra los nuestros con doce mil hombres, que eran los únicos que le habian quedado, mas con intento de explorar que de pelear, pues conocia la cobardía de los suyos. No obstante hubo algunas escaramuzas: algunos pocos de los nuestros rechazaron de sus puestos á los bárbaros, y Mustafá para animarlos, poniéndose á igual peligro, se apeó del caballo, y le desjarretó con su alfange. Mas no por eso pudo detener la fuga de su exército, y faltó muy poco para que él mismo no fuese hecho prisionero. Habia introducido Piali la armada en la ensenada de San Pablo para recibir las tropas, y era tanta la confusion y atropellamiento con que se embarcaron, que muchos de ellos perecieron ahogados en el mar, y otros fueron muertos por los nuestros, que deseosos de herir se entraban en el agua. Desde alli navegó la armada otomana, ácia el Oriente, y Assan al Occidente; y todos con mucha pérdida y ignominia. Hallán-

dose don García próxîmo á conducir las demas tropas, avistó la armada enemiga desde una alta torre de la catedral de Siracusa, desembarcó los soldados y los despidió; y navegó á Malta á recoger el exército. Recibióle el gran maestre con admirable regocijo, y le dió gracias con las mas expresivas palabras. Embarcó al punto don García sus tropas, y determinó seguir al enemigo fugitivo, por si se le presentaba ocasion de molestarle; pero temerosos de esto los turcos navegaban muy unidos, para evitar que las naves separadas unas de otras fuesen expuestas á una invasion. Viendo pues don García frustrados sus deseos, se restituyó á Sicilia, y envió las tropas á los presidios. Todo esto sucedió en el espacio de quatro meses. De los enemigos, se asegura que con el hierro, el fuego y las enfermedades perecieron mas de treinta mil. Murieron tres mil de nuestros soldados, y seis mil de la multitud que defendia la ciudad: ciento treinta y un cruzados, y quinientos esclavos que se sacaron de las galeras, para las fortificaciones, ademas de la guarnicion de la fortaleza de San Telmo, que fue pasada á cuchillo. Un cañon de extraordinaria magnitud, que no pudo ser conducido á las naves, por haberse roto la cureña, se conserva junto á la puerta de la ciudad, para perpétua memoria.

Libres ya don García y el gran maestre de tan grandes cuidados, envió el primero á don Alvaro de Bazan á la Andalucía con las galeras españolas, y restituyó las suyas al Saboyano, al Florentino, y al Pontífice. Aunque para esta guerra tuvo mas de cien galeras, y sesenta navíos, procuró únicamente hacer levantar el sitio, y no pelear en campo abierto, pues si perdia la victoria quedaria desnuda la Italia de las guarniciones de mar y tierra, y expuesta á las inva-

siones de los otomanos, con grave daño del orbe christiano. El gran maestre envió embaxadores al Pontífice y al Rey don Felipe para que en su nombre, y en el de aquella nobilísima orden les diesen las gracias. Despues de esto comenzó á igualar las ruinas, y reparar las murallas y fortificaciones destruidas por tantas partes, y proveyó por todos los medios posibles á la seguridad de la isla, estimulado de la voz que corria de que el año siguiente volveria el Turco á vengar su ignominia; y en toda la christiandad se dieron á Dios solemnes gracias por el feliz éxîto de esta empresa.

Mientras se hallaba en su mayor fuerza el sitio de Malta, intentaron los moros apoderarse por encantos de Melilla fortaleza muy respetable situada en las costas de Africa. El autor y móvil de este hecho fue el moravito Ademahamet Bualat que se jactaba de ser inspirado por Dios, y predicaba á los suyos que nada tenian que temer de los christianos, pues con sus oraciones les impediria que hiciesen daño. Como los moros son tan inclinados á semejantes delirios, dieron crédito al impostor, y le siguieron diez mil hombres desarmados, sin sospechar el menor fraude; pero tuvo noticia del intento don Pedro Venegas gobernador del presidio, hombre astuto y diligente. Este pues, habiendo dispuesto todas las cosas conforme á la disciplina militar, luego que se presentó á la vista aquella necia multitud, fingió que no tenia fuerzas, y mandó tapar las bocas de los cañones, y que disparasen pólvora los soldados, que estaban repartidos por el muro, aparentando en todo mucha floxedad. Viendo esto desde lejos los bárbaros, y animados con los discursos de Bualat, se acercaron con mucha intrepidez á la fortaleza, y de repente dió el gobernador la seña para hacer contra

ellos una general descarga. Bualat perdió un brazo que le atravesó una bala; y cayendo unos sobre otros, se dispersaron y pusieron en fuga. Despues de esto vinieron algunos judíos á comerciar, y fingiendo Venegas el peligro en que habia estado de perder la fortaleza, les refirió por menor todo el suceso, y que habiéndose abierto las puertas por una fuerza oculta, se quedaron los soldados atónitos con los encantos de los moros, como si hubieran visto la cabeza de Medusa. Finalmente que habia vuelto los ojos á Dios, y recobrando los ánimos derrotaron á los moros; y todo esto lo dixo con mucha seriedad, y con semblante muy grave. Los judíos lo refirieron inmediatamente á los moros, y entretanto no cesaba Bualat de reprehender la cobardía de los suyos, y su poca fe en Mahoma, y los exhortó á que le siguiesen con mayor confianza que antes, que no serian vanos sus esfuerzos. Añadióse á esto la fábula de los judíos, que confirmó mucho sus ánimos; y asi pues se dispusieron con sus acostumbradas expiaciones, determinaron castigos, concibieron lisonjeros deseos, y llenos de buenas esperanzas se pusieron otra vez en camino. Noticioso de ello el gobernador, fingió como antes miedo, y alzando las puertas de la empalizada del foso, dexó entrar en él á los moros; pero baxando de improviso las puertas, hizo disparar la artillería contra los que se hallaban apiñados y encerrados, y fue mucho mayor el estrago que la vez primera. Por otra parte, la caballería acometió al resto de la multitud, y la destrozó impunemente hasta que el gobernador mandó tocar la retirada. Quatrocientos que quedaron cautivos fueron destinados al remo, y de esta suerte con la segunda derrota dexaron de ser necios.

En la isla de Córcega lo revolvia todo Sampe-

tro, contra el qual envió don García parte de la armada de orden del Rey don Felipe, porque los genoveses no se atrevian á pelear con él en campo abierto; y con este socorro se reprimió la audacia de los rebeldes, y se les arrasó su territorio. En este año fue trasladado de Francia á España con solemne pompa el cuerpo de San Eugenio primer arzobispo de Toledo, y colocado en su catedral; y porque Mariana refirió por menor esta traslacion en su historia, no hay necesidad de repetirla aqui. Falleció don Luis de Beaumont conde de Lerin, condestable de Navarra, sin dexar ningun varon, y Brianda su hija mayor y heredera de sus estados casó con don Diego de Toledo hijo menor del duque de Alba. De este modo se extinguió el nombre de aquella esclarecida familia, que descendiendo de los Reyes de Navarra, les fue odiosa por largo tiempo.

A fines del año el César Maxîmiliano envió á Italia con ilustre y expléndida comitiva á sus dos hermanas Juana y Bárbara, que tenia prometidas en casamiento á los duques de Florencia y Ferrara, y en Trento las obsequió el cardenal con ricos presentes. En medio de los regocijos de estas bodas, fue acometido el Papa de una calentura que á los ocho dias le quitó la vida. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano en un sepulcro erigido para él. Traxo á Roma á sus parientes, y los colmó de riquezas; pero no los admitió al gobierno ni á los grandes empleos escarmentado con los errores de su antecesor. Levantó muchos y excelentes edificios: rodeó de murallas la ciudad de Borgo: mandó construir el camino y la puerta llamado Pia en memoria de su nombre: y hizo otras muchas obras en Roma y otras partes, excitado de la pasion que tenia á edificar. La silla de San Pedro estuvo poco tiempo vacante, pues el dia

siete de enero del año siguiente de mil quinientos 1566.
sesenta y seis fue declarado sumo Pontífice Miguel Gislerio cardenal Alexandrino, religioso Domínico, natural de Lombardía, de una pobre familia, y varon de costumbres santísimas. Rehusó quanto pudo la suprema dignidad de la iglesia; pero vencido al fin por los ruegos de sus amigos, y mas por la razon que por el honor, la aceptó por el bien público. En su coronacion se llamó Pio, y fue el quinto de este nombre. Como tan zeloso y amante de la providad y de la modestia, ordenó y reformó su familia, alejando la vanidad y el fausto, tan ageno de su sacrosanta persona y ministerio, que debe ser respetado mas por la santidad que por la régia opulencia. Siguieron su exemplo los cardenales; y siendo acérrimo observador de lo justo y de lo recto, castigó severamente los delitos; pero procuró aliviar al pueblo de los tributos que le oprimian.

El Rey don Felipe noticioso de que en Constantinopla se disponia una nueva armada, hizo reclutar tropas en Alemania, y las envió á Nápoles y á la Goleta para aumentar con ellas sus guarniciones. Ademas de otros auxîlios que concedió al gran maestre de Malta mandó pasar á esta isla tres mil peones de Sicilia para trabajar en la fortaleza que aquel levantaba, y por su nombre se llamó la Valeta, á fin de rechazar á los turcos si volvian, enviándole para el mismo efecto una considerable suma de dinero; y tambien le socorrieron con otra el Pontífice, y el Rey de Portugal. Pareció lugar muy oportuno para edificar la nueva ciudad aquel donde diximos se hallaba situada la fortaleza de San Telmo, á saber, el promontorio que se extiende en el mar entre uno y otro puerto. Acaeció entonces una cosa admirable, pues abriendo sus cimientos salió de una peña viva

una fuente muy abundante, con grande admiracion y alegria increible de todos. Pero mientras el gran maestre se ocupaba en adelantar la obra, cayó enfermo, y no hubo remedios algunos que pudiesen contener la fuerza del mal. Finalmente habiendo recibido los sacramentos con mucha piedad, rindió á Dios el espíritu á los sesenta y ocho años de su edad, dexando inmortal fama este hombre, no menos esclarecido por su nacimiento que por sus hazañas. Fue electo en su lugar Pedro del Monte, natural de Florencia, que procuró con grande ánimo concluir la obra comenzada, sin aterrarle el trabajo ni el gasto.

Por estos tiempos se hallaba afligido Milán con tantos asesinos y ladrones, que ninguna persona tenia segura su vida ni sus bienes; y para refrenar su audacia el gobernador de la provincia don Gabriel de la Cueva determinó perseguirlos con la mayor actividad y diligencia; y habiéndolos sacado de sus guaridas y escondrijos, los castigó severamente, y de este modo restituyó la quietud y seguridad pública. La Pulla fue molestada con las hostilidades de los turcos, corriendo Piali sus costas con una armada de ochenta galeras, despues que se apoderó de la isla de Chio en el Archipiélago, famosa en otros tiempos por la suavidad de sus vinos, y hizo un infinito número de cautivos. Consiguió don García arrojar al enemigo de las costas de Nápoles y Sicilia, y desde Mecina navegó al Golfo Adriático con una armada de ochenta y cinco galeras. Pero no presentándosele ocasion de tomar venganza de los turcos, porque se apresuraron á retornar á la Grecia, se restituyó al puerto sin haber hecho cosa alguna memorable. Entretanto rompió la paz Soliman, y marchó en persona con un poderoso exército contra Zigeto ciudad de Hungría; y acometido en su campo de una diar-

rea, pereció el dia cinco de septiembre. Estuvo oculta su muerte, por el cuidado del visir Mahomet, que habiendo sacado fuera de la tienda al médico, que le habia asistido, le mandó ahorcar inmediatamente, á fin de que no lo divulgase en el exército; y al punto envió correos á Selim, hijo del difunto, para que se apresurase á ocupar el sólio vacante, y procurase mantener á los pueblos en su deber, en caso que la muerte de su padre suscitase alguna inquietud. Continuaban en el campo las fatigas militares como si nada hubiese acaecido y pelearon muchas veces en la brecha del muro; y finalmente fue tomada la ciudad, y incendiada quasi toda ella con muerte de su guarnicion.

Las cosas de Flandes una vez conmovidas, no podian restituirse á la tranquilidad, sin embargo de haber sido removido del gobierno y llamado á España el cardenal de Granvela; pues aunque se quitó á los flamencos la causa de sus quejas permanecia en ellos el deseo de trastornarlo todo. Crecia el mal cada dia mas y mas con la audacia de los pueblos, y la connivencia de los grandes; y hallándose doña Margarita consternada, y sin fuerzas para resistir á tan formidable tempestad, pensaba en retirarse de alli á lugar mas seguro, quando uno de los grandes de conocida fidelidad al Rey (que segun se asegura fue Barlemont) la exhortó á que recobrase el ánimo, diciendo en presencia de la multitud que se habia juntado en la plaza, que no temiese á unos hombres mendigos, y despreciables embusteros; lo qual expresó con la palabra flamenca *Gueux*, que tomada por los conjurados como de buen agüero, quisieron de alli adelante ser llamados Gueusios. La conjuracion tuvo principio á fines del año anterior por seis nobles jóvenes, que habian aprendido fuera de

Flandes los errores de Calvino; y se creyó entonces que fue cabeza de ellos Felipe Marnissio llamado de Santa Aldegunda, por un señorío que poseia de este nombre. Estos pues procuraron esparcir por las ciudades la fórmula de la conjuracion subscripta por algunos pocos; y á la verdad fue esto un rayo terrible disparado contra la antigua religion, cuyo incendio no pudo extinguirse con una guerra de quarenta años, que inundó de sangre los campos flamencos. Entretanto fue conducida á Flandes por Pedro Ernesto conde de Mansfeld la infanta doña María de Portugal hija de Eduardo, y nieta del Rey don Manuel, y contraxo matrimonio con Alexandro Farnesio, que antes habia regresado de España acompañado del conde de Egmont, celebrando todos estas bodas con banquetes, bayles, y todo género de regocijos. Es de admirar quanto se promovia el negocio de la conjuracion, que con tanto ardor fomentaban aquellos hombres perversos, especialmente en sus particulares convites y borracheras, como si deliberasen sobre una cosa de ninguna importancia, segun la costumbre de esta nacion, que entre la alegria del vino suele tratar de los negocios públicos y domésticos; y no es necesario referir el desprecio con que hablaban de la religion católica, y del príncipe Farnesio. Juntábanse con mucha freqüencia en la casa del conde de Culemburg, y allí se agitaban los proyectos contrarios á la religion y á la autoridad real, los que despues cayeron sobre las cabezas de sus mismos autores, alcanzando tambien la pena á la misma casa. Octavio padre de Alexandro, que habia concurrido á las bodas, despues de pasada la alegria de ellas, se volvió á Italia con su hijo y la nueva esposa. La gobernadora doña Margarita, á instancia de los flamencos, envió al Rey don Felipe al

conde de Berghes y al señor de Montigni con una representacion que habia compuesto Enrique Brederodio á nombre de los conjurados, en que solicitaban se aboliese la inquisicion, con otras peticiones no menos absurdas, deseosa de disipar el torbellino de la sedicion, que estaba próxîma á un rompimiento. Habian dado palabra de que permanecerian tranquilos hasta que el Rey determinase sobre estos puntos; lo que de ningun modo cumplieron aquellos hombres, que no tenian religion ni fidelidad: antes por el contrario comenzaron á sublevar la multitud en sermones sediciosos contra los católicos y la antigua creencia, sin respeto alguno á los magistrados. Quejábanse amargamente, y con muchas calumnias del príncipe Farnesio, y de los grandes que gobernaban las provincias, aunque estos clamores fueron inútiles, como destituidos de fuerza: pero creciendo mas cada dia la audacia con la impunidad, se declaró repentinamente la guerra á la religion católica. En la mayor parte de Flandes los templos y altares fueron arruinados, y violadas y destruidas todas las cosas santas, sin horror ninguno de aquella impía gente. En algunos pocos pueblos se opusieron los hombres piadosos á estos furores, y acometieron á los sacrílegos, no sin muertes y derramamiento de sangre. Las provincias de Artois, Hainault, Luxêmburgo, Namur, y parte del Brabante, donde no habia echado raices la heregía, se conservaron intactas por el zelo de sus habitantes; y en medio de tantos tumultos pudieron algunas ciudades preservarse por su propio esfuerzo de la rabia de los gueusios. Entre estas se distinguió Nimega, cuya piedad es muy elogiada por los escritores, al mismo tiempo que reprehenden el detestable desenfreno de los de Amberes, que no tuvo igual en todo Flandes. Finalmente en todas las par-

tes donde entraron los gueusios, fue tal su furor en arruinar, destruir y robar, que en solos diez dias hicieron un estrago tan horrible y espantoso, que apenas podian creerlo los mismos que lo veian. Despues que se apaciguó algun tanto el furor de los iconoclastas, se dedicaron los magistrados á sosegar los tumultos, aterrando á aquellos perversos hombres con la amenaza de los castigos; y viéndose Farnesio rodeado de tanta multitud de peligros, capituló con los gueusios del mejor modo que pudo, (lo que despues se le reprehendió) para evitar que el estado padeciese mayores daños. Atraxo á su deber con halagos á los grandes, que entretanto se mantenian en inaccion; y á fin de precaverse mas contra la inquieta multitud, que habia quebrantado el freno, rodeó su persona de un gran número de tropas, que sacó de las fortalezas; y de este modo fue apaciguada de alguna manera la plebe, que con insolente desvergüenza trastornaba y confundia todas las cosas sagradas y profanas, habiéndose concedido permiso á los hereges para predicar impunemente en algunas ciudades.

## CAPITULO VII.

*Preparativos contra los sublevados de Flandes. Concilios celebrados en España y Portugal. Fin de la guerra de Córcega. Continuacion de las turbulencias de Francia.*

Las turbulencias de Flandes, y el miedo de mayores males, conmovieron de tal suerte al Rey don Felipe, que pensó sériamente en marchar á aquellas provincias, aunque antes se habia negado á las instancias de muchos que lo solicitaban; y tenia

esperanzas de que con su presencia se desvanecería la tempestad. Pero sin embargo no llevó á efecto este viage, alegando que habian sobrevenido muchas causas para suspenderlo. En una carta que escribió al príncipe de Orange y á otros grandes se disculpa con la guerra que recelaba de los turcos, en venganza de las recientes pérdidas que habian padecido. Y para no hallarse desprevenido en el caso de alguna invasion repentina, envió á las fortalezas de Africa veinte navíos cargados de víveres y todo género de municiones de guerra, los quales fueron apresados por los bárbaros, que tenian tomado el estrecho con once galeras. Por tanto fue preciso enviar á aquellas partes nuevos socorros, para que por falta de las cosas necesarias no estuviesen expuestas á las incursiones del enemigo. No obstante amonestó en secreto á doña Margarita, que en las provincias que no habian mudado el culto católico, y en Alemania juntase un exército, y procuró enviarla dinero para los gastos. Esta noticia causó mucho temor á los conjurados, el qual se aumentó con una carta de Montygni al conde de Horn, en que le significaba, que amenazaba á Flandes la ira del Rey y del senado, por las turbulencias suscitadas con motivo de la religion, por cuya causa seria abolida la antigua forma del estado, y se veria reducido á una simple provincia. Asi pues, para fortificarse los sublevados, tomaron las armas, y dieron principio á una especie de guerra tumultuosa.

Mientras tanto nació al Rey don Felipe una hija en el bosque de Segovia, la que en el bautismo fue llamada Isabel Clara Eugenia, y la amó su padre mas que á todos los demas hijos. Por este tiempo se celebraron sínodos en España, en que se decretaron muchas cosas útiles acerca de la decencia del culto

divino, y de la vida y costumbres de los clérigos, con otros puntos semejantes. Don Christóbal de Sandoval obispo de Córdova presidió el concilio de Toledo, por hallarse impedido el arzobispo Carranza, que habia sido llamado por el Papa á Roma, adonde llegó en la primavera del año siguiente. Don Gaspar de Avellaneda arzobispo de Santiago celebró tambien un concilio en Salamanca, que fue llamado Compostelano Provincial; y en Granada le congregó su arzobispo don Pedro Guerrero. Fue celebrado el de Braga por los obispos de Portugal. En el de Ebora presidió don Juan de Melo; en el de Zaragoza don Alfonso de Aragon, y don Martin de Ayala el de Valencia; todos los quales se celebraron en este año y en el anterior, y de ellos escribió copiosa y elegantemente el cardenal de Aguirre. Despues fueron aprobados sus decretos por la Santa Sede Apostólica, que por su autoridad suprema en las cosas sagradas debe sancionar los estatutos de los concilios. En este mismo año falleció el arzobispo de Valencia Ayala, y su sepulcro de mármol se reconoce en la capilla de San Pedro de la iglesia catedral. Sucedióle don Fernando Loazes patriarca de Antioquía, trasladado de la metrópoli de Tarragona. Falleció en Roma don Miguel de Silva cardenal portugues, y fue sepultado en la iglesia de Santa María trans Tyberim. Don Luis de Mendoza, despues de haber adquirido mucho nombre con sus ilustres hazañas dentro y fuera del reyno, se retiró de los negocios del siglo, para dedicarse únicamente á los de su alma; y habiendo pasado algun tiempo en Mondejar ocupado en piadosos exercicios, murió con fama de varon exemplar, y fue sepultado en el convento de San Francisco en el sepulcro de sus antepasados. En estos dos años cundió por España una peste que hizo grandes estragos.

Resonaba todavia el ruido de las armas en Córcega; cuya guerra seguia con mucha lentitud el senado de Génova; y viéndose libre el Rey don Felipe del cuidado que le daba el Turco, determinó concluirla en este año de mil quinientos sesenta y siete, deseoso de la quietud de Italia. La armada de Nápoles acometió de órden del Rey las costas de la isla, y en breve se apoderó de algunos puestos de los enemigos. Rafael Justiniano, á quien el senado de Génova habia confiado el mando de las tropas de tierra, los estrechó por otra parte con mucha actividad, y habiendo armado una emboscada á Sampetro, cuyo valor y experiencia en la guerra sostenia á los facciosos, pereció éste con sus compañeros. Algunos refieren que fue entregado por los suyos; pero todos concuerdan en que le mató Miguel Dordano, hermano de su muger, á la qual y á sus propios hijos habia quitado la vida con sus mismas manos este hombre cruel por una leve causa. Su cabeza fue llevada á Génova, y expuesta en la plaza á la vista de todo el pueblo, y á Dordano se le levantó el destierro que padecia, en premio de haber muerto al enemigo público. Los isleños luego que faltó Sampetro decayeron de ánimo, y se les concedió la paz, habiendo prometido que executarian todo quanto se les ordenase. Los principales cabezas de partido fueron despojados de sus bienes, y condenados á destierro, como se acostumbra siempre en semejantes casos, para asegurar la tranquilidad de los pueblos, que han sido agitados con sediciones.

1567.

Quando todo se hallaba tranquilo en Italia, rehusaban los casalenses permanecer sujetos al dominio de Guillelmo duque de Mántua, con pretexto de que habia quebrantado sus inmunidades y privilegios. Convenia al Rey don Felipe evitar en esta parte toda novedad; por lo qual habia prevenido antes en sus

cartas á don Gabriel de la Cueva gobernador de la Lombardía, que procurase oponerse á qualquier tumulto, ó que aunque fuera con el terror de las armas, contuviese en su deber á los casalenses. Pero habiendo crecido el peligro en este año, acudió inmediatamente con tropas Vespasiano Gonzaga, quien con astucia sacó al duque de las manos de los conjurados, y reprimió la sedicion que estaba próxîma á romper, castigando con el último suplicio á algunos de los ciudadanos mas culpados. Apaciguada esta turbulencia, se volvió el duque á Mántua, y se detuvo Gonzaga en el Casal á fin de extinguir las reliquias de la sedicion. Puso freno á la ferocidad de los soldados italianos que habia llevado consigo, los quales á cada paso peleaban entre sí mismos, prohibiendo en un edicto que ninguno sacase la espada dentro de la ciudad; pero fuera de ella les permitia el desafio, y impuso una grave pena á los que intentasen separarlos; y de este modo dexaron de reñir aquellos fanfarrones, viéndose en la necesidad de pelear sin que nadie se interpusiese.

En Francia se renovó la guerra por los hugonotes, cuyo principal deseo era coger al Rey descuidado. Juntáronse pues con increible silencio, caminando de noche en pequeños esquadrones; y el Rey que solo pensaba entonces en la caza, apenas tuvo tiempo para juntar seis mil esguízaros, que tenian cerca su campamento, mandados por Luis Fifer, hombre valeroso y de incorrupta fidelidad. Este pues habiendo recibido en medio de sus tropas al Rey, y á la Reyna madre, marchó con ellos á París en orden militar. El duque de Nemours se habia adelantado con la caballería de Guardias para explorar los caminos, y despues de los primeros seguia Monmorenci con la comitiva de la corte. Salieron al encuentro

Condé y Coligni con su caballería; pero llegaron tarde, y se les escapó la ocasion de poder executar su intento. Los esguízaros doblando la rodilla segun su costumbre, fixaron en tierra sus lanzas con las puntas enarboladas, para oponerse al ímpetu de los caballos. Parte de ellos descargó una lluvia de balas sobre los enemigos, y viendo estos que á pesar de todos sus esfuerzos no podian vencer la constancia de la infantería, y que el combate de la caballería no producia el efecto que esperaban, mudan de parecer, y se resolvieron á sitiar á París. Entretanto se trató de composicion; pero la insolencia de los hugonotes, que no querian moderarse en cosa alguna, y que despreciaban todo lo divino y humano, fue causa de que no llegase á efecto. Viendo pues que era preciso recurrir á las armas, juntó de todas partes el condestable un poderoso exército, y le sacó á campaña el dia diez de noviembre, á fin de hacer levantar el sitio, aunque fuese á costa de una batalla. Las tropas reales á vista de que no podian evitar la pelea, marcharon con gran presteza contra el enemigo, y pelearon acérrimamente, porque la caballería de los contrarios era muy fuerte. El condestable, que tenia cerca de ochenta años, cayó peleando en medio del combate atravesado de heridas; y como si hubiese sacrificado su vida por el exército, quedó la victoria por los suyos. En el número de los muertos varían de tal suerte los historiadores, que es imposible averiguar la verdad. Los vencidos se refugiaron en San Dionisio; pero no teniéndose alli por seguros, se retiraron mucho mas lejos. De este modo se encendió otra vez el fuego de la guerra, que afligió á la Francia con grandes calamidades. Por la muerte del condestable Monmorenci confirió el Rey el mando del exército á su hermano Enrique, jóven de excelsa in-

dole, y de grandes esperanzas, que derrotó muchas veces á los hugonotes.

En Flandes se oyó el primer estrépito de las armas cerca de Amberes, y habiendo desembarcado Jacobo Marnisio una tropa de gentes perdidas, marchó contra ellos Beavor, y los derrotó. Los de Amberes miraban la pelea desde las murallas, porque el príncipe de Orange les prohibió salir al socorro de los suyos, y tomando las armas se sublevaron, llenándole de injurias y maldiciones. Este pues se unió á los magistrados, y levantando un esquadron de los buenos ciudadanos, infundió tanto temor á los calvinistas, que los obligó á dexar las armas, y encerrarse dentro de sus casas. Noticioso el Rey de estos y otros excesos semejantes, fue grande la ira que concibió en su ánimo al ver despreciado el verdadero culto de Dios, y su autoridad. Era cosa muy arriesgada intentar remediarlo con la fuerza, y ignominioso el dexar sin castigo tan graves injurias. Por tanto respondió el Rey don Felipe, que doña Margarita con sus consejeros deliberasen lo que les pareciese mas conveniente. Algunos eran de dictámen que se debian usar los medios de suavidad y clemencia, para dar tiempo á los culpados á que se arrepintiesen. Ruigomez se prometia conseguirlo, y del mismo parecer fue Figueroa duque de Feria. Otros creian que debia defenderse la magestad del imperio, y vengar con el terror de las armas las injurias hechas á Dios: que de este modo se consolidaria la potestad régia, quitando á los flamencos el arbitrio de abusar de su libertad, con cuyo exemplo escarmentarian las otras provincias, y se mantendrian en su deber, haciéndose mas prudentes con el mal ageno. El duque de Alba fue autor y promovedor de este consejo, que adoptó el cardenal de Granvela incitado

del odio que tenia á los flamencos por los anteriores motivos que ya diximos, y el cardenal Espinosa deseaba establecer en Flandes los derechos del Rey y de la inquisicion; lo qual aprobó finalmente don Felipe, como tan zeloso de la verdadera religion, y de su propio decoro. Pero pareciendo menos conveniente su clemencia y facilidad para concluir con buen éxito este negocio, y habiendo ademas otras cosas, que le disuadian el ir en persona á aquella expedicion, confirió el mando al duque de Alba con amplísimos poderes, y dió orden tambien para que los veteranos sacados de los presidios de Italia se conduxesen por mar á las costas de Génova y marchasen á la Lombardía, y que se supliesen los que faltaban, con las nuevas reclutas hechas en España. No se ocultaba á los grandes de Flandes el intento á que se dirigia esta guerra, y temian el castigo de sus anteriores excesos; por lo qual se juntaron en Dendermunda para deliberar sobre lo que deberian hacer en una situacion tan crítica, y fueron varios los pareceres de los que concurrieron á esta junta. El de Orange discurria que debia atenderse á la seguridad de todos en el comun peligro. Su hermano Luis y el conde de Horn, que debian rechazarse las fuerzas extrangeras con las fuerzas propias, y que en breve les vendrian socorros de los príncipes de Alemania, con quienes se hallaban ligados por el parentesco y por la religion. A otros les parecia mejor el salirse de Flandes, y dar lugar á que se aplacase la ira; y que con el tiempo y los medianeros se compondrian sus cosas, estando persuadidos de que este era el menor de los males que podian sucederles. El conde de Egmont no pudo ser persuadido á que desconfiase de la clemencia del Rey, á la que por natural carácter le conocia muy inclinado, y aseguró con mucha con-

fianza que estaba resuelto á ponerse en sus manos. De este modo se disolvió la junta sin haber convenido en cosa alguna; y despues muchos nobles, renunciando á la confederacion, volvieron á la gracia del príncipe Farnesio, incitados del exemplo de Egmont, que se habia separado del partido de los gueusios, por estar muy irritado de su perfidia é impiedad. La audacia de estos hombres perversos habia llegado á tal extremo, que los habitantes de Valencienes ciudad muy populosa, obstinados contra las órdenes de Farnesio, tomaron las armas para rechazar la guarnicion que se les enviaba. Noicarm teniente del conde de Berfied gobernador de la provincia de Hainault, intentó en vano con sus discursos reducir á aquella ciudad, y fue preciso recurrir á las armas. Pero mientras las disponia, vino á Tornay, noticioso de que esta ciudad comenzaba á sublevarse contra la autoridad legítima, y mandó ahorcar en ella á los hereges declamadores, y á otros cómplices de la misma culpa; y dexando arregladas todas las cosas, se volvió al campo. Doña Margarita envió delante á Valencienes á Egmont, y Arescot para que ofreciesen el perdon á los ciudadanos, con tal que volviesen á su deber; y habiendo sido inútiles todas sus razones y esfuerzos, proscribió á los contumaces. Pero como es cosa mas facil rebelarse que pelear, luego que vieron derribar con la artillería una parte del muro, se entregaron inmediatamente al arbitrio del vencedor, para hacer por fuerza lo que habian resistido de buena voluntad. El golpe del castigo recayó contra los autores de la sedicion, y los hugonotes, que de la cercana Francia habian pasado á socorrer á los de Valencienes: unos fueron depuestos de sus empleos, otros aplicados á las armas, y arrojados los sectarios; y finalmente quedó asegurada la ciudad con una guar-

nicion. Esta calamidad causó tanta mutacion en los ánimos, que las otras ciudades á porfia volvian á la debida sumision, expeliendo á los hereges suscitadores de los tumultos, y en algunas se pusieron guarniciones, y se les quitaron las armas. Obligado Brederodio á salir de la Holanda, por haber sido arrojados de allí sus compañeros, y convertido en desterrado de cabeza que antes era de los sediciosos, le acometió un accidente que le dexó frenético, y pereció miserablemente en Alemania.

Despues que se restableció la tranquilidad en Amberes con la expulsion de muchos hereges de varias sectas, y habiendo recibido una guarnicion mandada por Carlos Mansfeld hijo de Ernesto, se trasladó Farnesio á esta ciudad acompañado de muchos nobles, para arreglar las cosas que estaban desordenadas por los anteriores tumultos. Hizo morir en ella á las cabezas de la sedicion y de los alborotos; atendió con gran cuidado al bien de la religion, y promovió el culto divino. Hecho esto pasó á Bruselas con muchas esperanzas de que en adelante cesarian las turbulencias, habiendo intimidado á los flamencos con el terror de las armas. Mientras tanto se hizo á la vela el duque de Alba en el puerto de Cartagena á principios de mayo, y llegando á Génova en breve tiempo, se puso en camino para la Lombardía, donde fue recibido por don Gabriel de la Cueva con todo género de obsequios. Pasó revista al exército entre Alexandría y Aste, y en él se contaban ocho mil y setecientos españoles de infantería, mandados por Alfonso de Ulloa, Gonzalo de Bracamonte, Julian Romero, y Sancho Londoño capitanes veteranos. Los caballos eran cerca de mil y quinientos, la mayor parte españoles, y nombró por general de ellos á don Fernando su hijo natural. Mandó tambien que le siguie-

sen los esquadrones de las milicias nuevamente reclutadas, y de los retirados, entre los quales se distinguian Chapin Vitelio, Gabriel Cervellon, Sancho Dávila, Gerónimo Salinas, Juan Despuche, y Andres Salazar, para valerse de sus obras y consejos. Obtuvo del Saboyano el director de la artillería Pacioto de Urbino, hombre de grande ingenio; y trató largamente de las cosas de Flandes con aquel príncipe, el qual unido con el Papa intentó en vano, segun se creyó entonces, que el duque de Alba recobrase al paso á Ginebra, y apresuró su marcha, despues que convaleció de una leve calentura. Habiendo recibido en la Borgoña quatrocientos caballos muy bien guarnecidos, se encaminó á la Lorena, y desde alli á Namur en la frontera de Flandes, donde aguardaban su venida quince mil alemanes nuevamente reclutados, baxo el mando de Alberico Londronio.

## CAPITULO VIII.

*Conducta del duque de Alba en Flandes. Prision y muerte del príncipe don Carlos. Muerte de doña Isabel Reyna de España. Rebelion de los moriscos de Granada.*

Luego que se divulgó la llegada del duque de Alba á Flandes, temerosos los grandes del mal que les amenazaba se retiraron de alli como lo tenian resuelto. El príncipe de Orange no pudo atraer á su dictámen al conde de Egmont, aunque le advirtió el peligro que corria; deseábalo con mucho ardor por la conexion que entre ambos habia, y principalmente porque con su autoridad y riquezas apoyase el partido, y la empresa que tenia proyectada en su ánimo. Muchos nobles, y aun gran número de plebeyos con

sus hijos y mugeres se desterraron voluntariamente para poner á salvo sus cabezas. Grande era el pavor y consternacion de todos, porque el vulgo exâgeraba las cosas mucho mas de lo que en realidad eran. En medio de tan crítica situacion fue recibido el duque de Alba espléndidamente por Egmont y otros grandes, y marchó á Bruselas á visitar á doña Margarita. Despues de saludarse recíprocamente, le declaró aquella muger prudentísima el estado en que se hallaban las cosas: que todo podria componerse con la clemencia, y que muchos se mantendrian en su deber, si el crímen de la rebelion y su castigo se atribuyese á algunos pocos, y no al público. Pero que por el contrario si se exâsperaban los ánimos con una severidad importuna, iria la cosa de mal en peor, como sucede muchas veces. Oyó estas reflexiones con disgusto aquel hombre de carácter tan severo, que estaba altamente persuadido de que doña Margarita habia cometido muchos errores en su gobierno, por su excesiva indulgencia nacida del temor, y que esto debia corregirse con remedios contrarios. Declaróla despues las órdenes que traia, habiéndola ocultado sus ámplios poderes, lo que llevó á mal la Parmesana que no los ignoraba, y que siendo hermana del Rey, la hubiese dado una potestad incompleta y reducida en mas estrechos límites. Por esto pues, y viendo que Alba conferia los gobiernos sin consultar con ella, determinó retirarse á Italia, para no sufrir una cosa tan contraria á su decoro. Despues de esto fueron distribuidas las tropas por las ciudades, para que los habitantes no pudieran moverse, y se reformaron y despidieron las guarniciones flamencas. Acudieron los grandes llamados con pretexto de que queria conferenciar con ellos, y vino tambien el conde de Horn, persuadido por las ofertas que le hizo en sus cartas

Egmont hombre de un natural sencillo. Despidiólos Alba despues del fingido coloquio; y habiendo mandado prender á Egmont y Horn por medio de gente armada, fueron encerrados en la fortaleza de Gante y se confió su custodia á solos los españoles: otros muchos hombres de inferior condicion fueron igualmente encarcelados en diversas ciudades por el ministerio de los españoles. Executadas estas cosas á medida de su deseo, renovó los edictos del César don Carlos, y del Rey don Felipe su hijo contra las heregías, habiendo establecido un tribunal compuesto de doce jueces entre flamencos y extrangeros, que por su severidad fue llamado vulgarmente el Tribunal de la Sangre, y quiso él mismo presidirle. Propuso en él un grande edicto de proscripcion, por el que eran condenados todos los que habian turbado la religion cathólica con túmultos y sediciones, declarándolos reos de lesa magestad divina y humana. Esto pues infundió en todas partes nuevo terror y espanto, ausentándose de Flandes mas de treinta mil hombres que se hallaban culpados de aquellos delitos; y valiéndose del ingenio de Pacioto, mandó levantar en Amberes una fortaleza con cinco baluartes, obra de admirable artificio. Algunos sediciosos, que en los tiempos anteriores habian sido puestos en prision por la Parmesana, fueron ahora condenados al último suplicio. En Alemania y en Flandes se hicieron reclutas de soldados cathólicos porque habia apariencias de que seria preciso reprimir con la fuerza á los grandes confederados. En el mes de diciembre los mandó citar por voz de pregonero, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacian, que fue lo mismo que tocar la trompeta para comenzar la guerra. Poco despues los proscribió como rebeldes, aplicó al fisco sus bienes, y remitió á España con segura

custodia á Guillelmo hijo menor del príncipe de Orange, que estudiaba en la universidad de Lovayna. En virtud de la alianza contraida con el Rey Carlos IX, le envió el duque de Alba auxîlios contra los hugonotes, que habiendo alcanzado socorros de Alemania y Inglaterra, caminaban á perder á la Francia, y tambien le enviaron otros no pequeños el Pontífice, y el Saboyano. La Parmesana que no podia sufrir compañero en el gobierno, obtuvo aunque con dificultad, el permiso del Rey don Felipe para retirarse, y luego que dió noticia de ello á los estados de Flandes, se puso en camino para Italia á fin del año, acompañándola una espléndida comitiva.

En España causó grande regocijo el parto de la Reyna, que habia dado á luz una niña, á la que en el bautismo se puso el nombre de Cathalina. Pero á esta alegria se siguió, por la inconstancia de las cosas humanas, una grave tristeza y desolacion con la calamidad del príncipe don Carlos, á quien su padre mandó encerrar en una prision, obligándole á esta severidad el bien del público, con el dolor que puede considerar qualquiera que lo juzgue con rectitud. Los motivos de este hecho se refirieron con mucha variedad, porque el Rey no los descubrió á persona alguna. Noticioso pues don Felipe de la fuga que su hijo tenia dispuesta para el dia siguiente, llamó al conde de Feria, Ruigomez, don Juan Manrique, don Antonio de Toledo, y don Luis Quixada, cuya fidelidad le era muy conocida, y á algunos de sus domésticos, y á la media noche del dia diez y ocho de enero
del año de mil quinientos sesenta y ocho entró en el 1568.
quarto donde dormia su hijo, á quien llenó de pavor una visita tan inesperada, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos. Mandóle tuviese buen ánimo, y habiendo hecho sacar de alli las armas y todo gé-

nero de instrumentos de hierro, y clavar las ventanas, le entregó para su custodia á algunos caballeros con una guardia de soldados armados: esto irritó de tál manera á aquel feroz jóven, que en sus palabras y acciones parecia haber perdido el juicio. El dia siguiente convocó el consejo, y refirió que se habia visto obligado á acelerar el encierro de su hijo por causas gravísimas, las que indicó no era conveniente manifestar por entonces. Escribió cartas de un mismo tenor al César, al Pontífice, y á las principales ciudades, en las que decia: que como padre de un hijo muy amado y educado para sucederle en la corona, le habia impuesto Dios la obligacion de corregirle, y que debia hacerlo por el bien público: que era indispensable reprimir con la severidad las perversas costumbres y desordenadas inclinaciones de aquel jóven, para impedir los males que podia ocasionar, y que él cuidaria de que no recibiesen detrimento alguno los reynos que Dios le habia confiado. Esto es lo único que quiso el Rey se supiese de este suceso, y quizá calló lo demas por vergüenza. No obstante se divulgó entonces que habia proyectado el príncipe invadir las provincias del imperio español, y que mas queria arrebatar el cetro á su padre, que heredarle despues de su muerte. Pero no descubrió ninguno de los cómplices de este atentado, por la prudente cautela de don Antonio de Toledo, que habiendo hecho pedazos ocultamente las cartas, que se encontraron á don Carlos, puso á salvo de esta manera la vida y la fama de muchos, como lo dice un historiador español. Los extrangeros refieren muchas cosas vanas, absurdas, y que deben tenerse por sueños. Un italiano hace á Egmont autor de este perverso designio, porque habló con el príncipe muchas veces en secreto, quando se hallaba en la corte en

calidad de diputado de Flandes. Otro nombra al conde de Berghes y á Montigni, y acaso será lo mas cierto. Todos concuerdan en que el negocio fue descubierto al Rey don Felipe por don Juan de Austria, á quien poco antes habia conferido el mando de la armada, nombrándole por sucesor de don García. Mas como aquel jóven, de un carácter ardiente, soberbio y ambicioso, no pudiese tolerar tan grande ignominia, se obstinó en acelerarse la muerte, á pesar de las amonestaciones y ruegos de Honorato Juan, hombre insigne en piedad y doctrina, á quien habia sido entregado para instruirle en las letras humanas. Para conseguir su intento se abstenia unas veces de la comida, y otras comia inmoderadamente, y bebia agua de nieve con mucho exceso: con lo qual, y otras cosas semejantes (alguno escribió falsamente que intervino tambien la fuerza) se le debilitó de tal modo el estómago, que cayó en una enfermedad tan peligrosa, que los médicos desconfiaron de que viviese mucho tiempo. En este estado llamó á su confesor fray Diego de Chaves del orden de Predicadores, varon de gran fama y santidad, y habiendo comunicado con él todas sus cosas, se confesó, recibió el sagrado Viático y la Extrema-Uncion con muchas muestras de arrepentimiento, y murió el dia veinte y quatro de julio á los veinte y tres años de su edad. Su cuerpo fue depositado provisionalmente en la real iglesia de las monjas de Santo Domingo. Aun no se habian enxugado en parte las lágrimas por la muerte del príncipe don Carlos, quando acaeció otra nueva calamidad que lo llenó todo de luto y tristeza. España y Francia lloraron con lágrimas comunes la temprana muerte de la Reyna doña Isabel, arrebatada en la flor de su juventud, quando solo tenia veinte y tres años. Lloró don Fe-

lipe la cruel desgracia de su amantísima esposa, aunque en los otros males manifestó un ánimo invencible. Atribuíase la culpa de su muerte á la imprudencia de los médicos, pues hallándose preñadá la Reyna, la dieron los remedios que acostumbran aplicarse á los hidrópicos, los que causaron la pérdida de la madre, y del hijo que tenia en sus entrañas. Quitóles Dios entonces el conocimiento por una causa impenetrable á los mortales. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de las Descalzas Reales, para trasladarle despues á otra parte. Mandó el César á su hermano don Carlos que pasase quanto antes á España, para consolar al Rey don Felipe en esta calamidad; y el Rey de Francia hizo otro tanto, enviándole el cardenal de Lorena, cuyas demostraciones de uno y otro fueron muy gratas á este príncipe de carácter facil y suave. Pero de ningun modo quiso dar oidos á Carlos, que en nombre del César le exhortaba á que sacase de Flandes á los españoles, para evitar mayores males que amenazaban por las conexiones del príncipe de Orange con los protestantes de Alemania: antes por el contrario, habiendo escrito cartas á los príncipes de aquella nacion, de tal modo les probó en ellas la justicia de su causa, que al parecer, desde entonces se entibió mucho el afecto que tenian á los rebeldes flamencos. En otras cartas escritas de su propia mano exhortó al César á que defendiese la religion cathólica, que intentaban destruír sus adversarios, solicitando con grande esfuerzo que se admitiese en el dominio austriaco la confesion de Ausburg. Despues de haber tratado con Carlos de los negocios públicos, trataron tambien de los domésticos, de que hablaremos despues; y habiéndole regalado cien mil ducados, y muchas alhajas preciosas, le permitió volverse á Alemania,

Por este tiempo movido el Rey don Felipe de aquella piedad que tanto en él resplandecia, encargó á algunos varones ilustres en virtud y doctrina, que exâminasen la vida y costumbres de los eclesiásticos, para restituir á su primitivo vigor la disciplina, si en algunos puntos la hallasen relaxada; y de resultas de esta visita fueron desterrados de España los Franciscanos, llamados vulgarmente Claustrales. Sus conventos y iglesias se entregaron el año anterior á los religiosos del mismo orden, que conservan la antigua austeridad y observancia. En esto imitó don Felipe la piedad de su predecesor don Fernando el Cathólico, que setenta años antes, en virtud de un breve del Papa hizo una severa reforma de aquellos regulares, que vivian con sobrada licencia. El dia siete de marzo fueron trasladadas las sagradas reliquias de San Justo y Pastor desde Huesca donde habian estado largo tiempo, á Alcalá de Henares, y se colocaron en el mismo lugar en que derramaron su sangre por Jesu-Christo. En este año fueron perseguidos los piratas, con no poca pérdida de ellos, habiéndoseles tomado diez galeras en el Estrecho, en Ibiza, y en Córcega. Otras fueron apresadas en varias partes por los caballeros de San Esteban, despues de una sangrienta pelea. La armada de Doria salió contra la otomana, que habia arribado á Aulon, pero no tuvo efecto alguno su empresa, porque los turcos se retiraron á toda priesa á Constantinopla. Luego que don Juan de Austria limpió el mar de los piratas que le infestaban, y habiendo socorrido con todas las provisiones necesarias al presidio de la Goleta, se restituyó á las costas de España, donde comenzaba á turbarse la alegre paz, que sin interrupcion habia florecido en ella por espacio de quarenta y ocho años.

Despues de las anteriores guerras habia quedado

en el reyno de Granada una grande multitud de mahometanos, que por un exceso de piedad fueron obligados á abrazar el christianismo, para libertarse de la pena de destierro que se les habia impuesto. Como la voluntad no tenia parte en su conversion, y en su interior eran mahometanos, despreciaban fácilmente la religion christiana; y no pudiendo durar largo tiempo el disimulo, volvian públicamente á sus antiguas supersticiones, y daban muchos indicios y señales de la obstinacion de sus ánimos. Castigáronse pues sus perversas costumbres; y habiendo mandado el Rey que dexasen la lengua y el trage árabe, y usasen solo del español, lo llevaron tan á mal aquellos hombres de poca lealtad, y natural inconstante, que resolvieron morir antes que sufrirlo. Juntábase á esto el grave peso de los tributos, y el rigor de los recaudadores; y irritados con estos males se echaron primero á robar, lo que executaban impunemente en unas tierras tan quebradas y montuosas. Despues de esto, habiendo formado entre sí una conspiracion, y comunicándose mutuamente sus proyectos, dieron principio á su rebelion en Cadiar, pueblo situado entre Granada y el mar, al pie de un monte, siendo el autor Farax hombre valeroso, de la familia de los Abencerrages, habiendo saludado por Rey á Mahomet Abenhumeya, descendiente de los Reyes de Córdova. Luego que llegó esta noticia á la ciudad, causó en todos sus habitantes una general consternacion y espanto, pues se creia, que los moros que vivian en el Albaicin, habian conspirado con los demas, y que tenian á los enemigos dentro de los muros. A la verdad, una noche se introduxo Farax en aquel barrio para excitar con amenazas y promesas á sus compatriotas á que tomasen las armas; pero no consiguió de ellos cosa alguna, porque los

principales moriscos rehusaron abrazar sus precipitados consejos, y se retiró con sus compañeros antes de amanecer, persiguiéndole en vano el gobernador Mondejar con la gente que pudo recoger á la ligera. Habiéndose huido los moros, y permaneciendo quietos los que habitaban en la ciudad, se desvaneció la mayor parte del miedo; mas el gobernador informó al Rey en sus cartas de todo lo sucedido, á fin de que pusiese los remedios oportunos para cortar la sedicion. Mientras tanto los mahometanos cometian muchas muertes en diversos lugares, y se ensangrentaban en los christianos, sin perdonar ninguna edad ni sexô; pero principalmente exercitaban su rabia y crueldad en los eclesiásticos, á los quales sacaban de las iglesias y asilos donde se habian refugiado, y les quitaban la vida con todo género de tormentos. Se asegura que perecieron entonces tres mil christianos de todas condiciones con exquisitos suplicios. Profanaron y destruyeron los templos, y todas las cosas sagradas, en odio y vilipendio de la religion que habian abjurado, y no hubo exemplo alguno de impiedad y furor que no cometiesen. Todo esto acaeció á fines del año; y lo demas lo referiremos en su lugar.

Falleció entonces don Fernando de Valdés, que pasaba de noventa años, como escribe Gil Gonzalez Dávila, habiendo sido condecorado en su larga vida con muchos empleos eclesiásticos, y políticos. Dexó una gran suma de dinero para que se distribuyese á los pobres. Erigió en Salamanca un colegio para los asturianos; en Oviedo una universidad, y en una villa de aquel territorio llamada Salas donde habia nacido, edificó una iglesia, en la que quiso ser enterrado, dotándola con seis capellanes, para que perpétuamente hiciesen sufragios por su alma. Antes de su muerte fue nombrado para sucederle en

la dignidad de inquisidor general, don Diego Espinosa obispo de Sigüenza, y cardenal. A fines de febrero murió Loazes arzobispo de Valencia, de mucha edad, sin haber cumplido un año entero en esta diócesis. Dícese que fue doctísimo en la jurisprudencia civil y canónica, y que escribió varias obras. Su cuerpo fue llevado á Orihuela su patria y sepultado en el magnífico colegio que habia edificado para los religiosos de Santo Domingo. Sucedióle don Juan de Rivera, obispo de Badajoz, hijo de Perafan, á los treinta y seis años de su edad, y el Pontífice le confirió el título de patriarca de Antioquía por su admirable piedad y doctrina. Tambien falleció don Pedro de la Gasca, dexando inmortal fama en la posteridad por las grandes cosas que hizo en el Perú, y por su zelo en el ministerio episcopal, y fue sepultado en Santa María Magdalena de Valladolid, en el sepulcro que él mismo se habia erigido.

## CAPITULO IX.

*Sucesos de la guerra movida en Flandes por los rebeldes. Discordia entre la Reyna de Inglaterra y el Rey de España sobre la presa de tres navíos.*

El duque de Alba castigaba en Flandes con gran severidad los excesos cometidos en los tiempos anteriores: hizo derramar mucha sangre en aquellas provincias, confiscó los bienes de muchos, y disminuyó sus privilegios. Las magníficas casas del conde de Culemburg, que habian sido la oficina de la conjuracion, fueron arrasadas, y en su lugar se levantó una columna con una inscripcion, para que conservase en la posteridad la noticia de aquel impío atentado. Con este rigor se adquirió el duque un odio implaca-

ble, que llegó al extremo de ponerle asechanzas para matarle; pero no produxeron efecto alguno. A estos castigos que tanto irritaron á los flamencos se juntaba el haberles quitado la libertad de religion, y las contribuciones extraordinarias para levantar fortalezas, y reclutar tropas para sujetar á los mismos que las pagaban. Tal ha sido en todos los siglos la calamidad de los rebeldes, que quando toman las armas para conseguir su libertad, vienen á caer en una total servidumbre. Entretanto tenian freqüentes juntas los grandes para conferenciar sobre los medios de hacer la guerra: pedian socorros á los príncipes de Alemania, juntaban soldados, y disponian todo lo demas necesario. Por las ciudades, y por los campos se divulgó el rumor de que en breve llegarian los vengadores de la libertad, y los libertadores de la patria; pero á los sediciosos que estaban tan confiados, les engañó su esperanza y su opinion, pues habiéndose atrevido un esquadron de dos mil desterrados á invadir las fronteras del Brabante, fueron muertos casi todos por Londoño y Dávila, y quedó prisionero su capitan Villers. Coqueville amenazaba por otra parte á la provincia de Artois con un gran número de hugonotes y gueusios; mas fue rechazado en San Valeri á la embocadura del Soma por Cosse maestre de campo, á quien el Rey de Francia habia mandado le persiguiese; y habiéndole hecho prisionero fue degollado con algunos gueusios. Mandó el duque de Alba al conde de Aremberg, que poco antes se habia restituido de Francia, que saliese al encuentro á Luis de Nasau, el qual con un poderoso exército se atrevió á entrar en la Frisia. Esta empresa fue desgraciada, y aunque los autòres varían en muchas de sus circunstancias, concuerdan en que el mal se originó de la inconsiderada audacia de los españoles, y del

desprecio que hicieron del enemigo. El general cayó muerto peleando intrépidamente, y perecieron en esta batalla quinientos soldados muy valerosos, y fueron ahorcados los españoles prisioneros. Cuéntase que Adolfo hermano de Luis acometió á Aremberg, y que uno y otro perecieron con recíprocas heridas.

Habiéndose apoderado el vencedor Nasau del campo español, sitió á Groninga, ciudad opulenta, y esclarecida por el nacimiento de Rodulfo Agrícola; pero aunque algunos ciudadanos intentaron entregarla á traicion, fueron inútiles todos sus conatos. Entretanto el duque de Alba, sin conmoverse con la noticia de la desgracia referida, hizo degollar en medio de la plaza de Bruselas á diez y ocho nobles condenados como reos de lesa magestad; y despues al conde de Egmont, con grande compasion de los ciudadanos, que le amaban mucho, y ciertamente era digno de mejor fortuna. La noche antes de su suplicio recomendó con mucha instancia al Rey don Felipe sus once hijos, y Sabina su muger hija del duque de Baviera. Finalmente fue degollado el conde de Horn hermano de Montigni, que se hallaba en España. Ambos se dispusieron christianamente, haciendo una ilustre confesion de la fe cathólica, que les dictó el obispo de Ipres varon docto y exemplar. Tambien fueron castigados otros muchos con diferentes suplicios en diversos lugares y tiempos. Libre ya de este cuidado el duque de Alba, marchó con las tropas á Frisia, y á su llegada levantó el sitio Nasau, y fortificó sus reales en un parage oportuno, resuelto á no pelear mientras no recibiese auxîlios de su hermano el príncipe de Orange. Para impedirlo Alba, y conociendo que el buen éxîto dependia de la prontitud, envió delante un cuerpo ligero de españoles, y acometió al campo enemigo. Despues de vencida por los nuestros la estacada y el

foso, fue mas bien una carnicería, y una torpe fuga, que una batalla. Habiendo saqueado los reales, determinó Alba seguir á los enemigos fugitivos; pero mientras que se detuvo dos dias para dar algun descanso á sus soldados, recibió Nasau los socorros y se acampó en un buen parage; y á fin de alejar al Español, mandó alzar los diques de un rio inmediato, inundó los campos, y cerró con artillería la entrada de los reales. Todo esto fue en vano, porque habiéndose dado orden á los españoles para que acometiesen al enemigo, y no deteniéndoles cosa alguna, se apoderaron del campo, y hicieron un grande estrago con increible celeridad, tomando completa y cruel venganza de la anterior ignominia que habian padecido, mas por la desigualdad y mala situacion en que estaban, que por el valor de los enemigos. La caballería siguió con mucho teson á los que huian, y mató á un gran número de ellos; y se asegura que perecieron entonces siete mil de los enemigos, y que Luis de Nasau se escapó por el rio en una lancha. Del exército real fueron muertos cerca de cien soldados, y la presa se repartió á las tropas como don gratuito.

Mientras pasaban estas cosas, llegaron de España quarenta mil pesos por el Océano, y dos mil y quinientos soldados que conducia don Fadrique, hijo del duque de Alba, y teniente del gran maestre de Calatrava; de cuyas nuevas tropas se compuso el regimiento que se llamó de Flandes. Pero el príncipe de Orange habiendo juntado en Alemania un exército, en que se contaban diez y ocho mil infantes y cerca de diez mil caballos, auxîliado por algunos príncipes y ciudades libres, invadió la Flandes, atravesando de noche y con gran silencio, por la parte inferior de Mastrik el rio Mosa, que llevaba poca agua, con grande admiracion del duque de Alba,

que estaba acampado alli cerca. En el principio tuvieron algunas pequeñas escaramuzas, por los ardides de los generales, pues cada qual se mantenia adicto á su parecer. Deseaba Orange dar la batalla, por la grande esperanza que tenia de la victoria, confiado en que el odio que los flamencos tenian á los españoles, y el amor de la libertad los moverian á sublevarse, y tomar inmediatamente las armas. Pero no sucedió lo uno ni lo otro; porque noticioso Alba del estado de las cosas del enemigo, que no tenia dinero para la paga de la tropa, ni víveres para mucho tiempo, habia resuelto abstenerse de dar batalla, inventando un nuevo modo de vencer al enemigo con no acometerle; y de esta suerte aseguró la quietud de los pueblos, de tal manera que no pudieran moverse sino para su daño. Viendo pues Orange frustrados sus deseos, levantó de alli su campo á fin de unirse con Genlis enviado por el príncipe de Condé con tropas auxiliares. Siguióle el general español, enviando delante á don Fadrique su hijo mayor, para que acometiese á la retaguardia al tiempo de pasar el rio. El suceso correspondió á sus esperanzas, pues habiendo trabado pelea, fueron muertos mas de tres mil de los enemigos, y solo ochenta de los españoles.

Despues de tan grave pérdida, no pudiendo Orange hacer frente al Español, ni volverse con seguridad á Alemania, desesperando tambien de sublevar á los flamencos, y no siéndole finalmente posible permanecer en el campo por falta de víveres, se juntó con Genlis, el qual fue llamado por el de Condé para que le socorriese, porque habia vuelto á tomar las armas con un nuevo pretexto, y caminó á Francia á largas jornadas. Seguíale el Español, buscando segun su costumbre, todas las ocasiónes de molestarle, y con efecto le hizo no poco daño en la retaguardia. Muchos

alemanes que los nuestros hicieron prisioneros, no solo fueron puestos en libertad sin ninguna molestia; sino socorridos con dinero. A la entrada de Orange en Francia, le salió al encuentro un nuevo enemigo, que fue Aumale con Cosse, cuyas fuerzas se habian aumentado con quatro mil y quinientos soldados armados, que le envió el Español; y á vista de que no podia penetrar en lo interior de la Francia, para juntarse con el príncipe de Condé, atravesó el rio Mosela, y se retiró á Alemania, y pagó á su exército que se hallaba muy disminuido con los males de la guerra. Perecieron muchos de los nobles desterrados, entre los quales se cuenta al conde de Hachstratan, que falleció de una herida haciendo profesion de la fé cathólica. Apaciguada la Flandes, y rechazado el enemigo á costa de muy poca sangre del exército, se volvió el duque de Alba como en triunfo á Bruselas, con grande alegria y regocijo de todos los buenos.

Por este tiempo suscitó una discordia la Reyna de la Gran Bretaña, muger codiciosa, y enemiga implacable del nombre Español. Habian arribado al puerto de Hampton en Inglaterra, para libertarse de los piratas, que tenian infestado el Océano, unas naves españolas que conducian á Flandes mas de quatrocientos mil ducados; y noticiosa de ello la Reyna, se apoderó inmediatamente de esta cantidad, á pesar de las reclamaciones del embaxador español. Procuró el duque de Alba que la Reyna restituyese un dinero interceptado contra todo derecho y justicia; pero no pudiendo adelantar cosa alguna con oficios amistosos, mandó pagarla en la misma moneda, habiendo puesto en prision á los comerciantes ingleses que pudo hallar en sus dominios, y confiscándoles sus caudales y mercaderías. La Reyna hizo otro tanto con

los españoles, y aun puso en segura custodia al embaxador. Esta discordia era fomentada por la astucia y mala fé de Roberto Dudley ministro de la Reyna, y muy favorecido suyo, y por el carácter violento del duque de Alba, queriendo uno y otro llevarlo todo por la fuerza. Este pues envió á la Reyna dos embaxadores, y viendo que todo era en vano, se irritó de tal modo, que prohibió por un edicto el comercio con Inglaterra, y todo el tráfico de Flandes se trasladó á Hamburgo, y otros puertos, con mucha pérdida de la nacion inglesa, y con poco honor de la española. Por este mismo tiempo excomulgó el Santo Pontífice Pio V á la Reyna de Inglaterra por el crimen de heregía; y al duque de Alba como vengador de la piedad cathólica, le envió por su nuncio apostólico el sombrero y la espada bendita, con muchas muestras de amor y benevolencia, habiendo el duque dado á uno y otro las debidas gracias. En España falleció el conde de Berghes, diputado de Flandes, y creyeron muchos que le quitaron la vida con veneno. Su compañero Montigni fue encerrado en el alcázar de Segovia, donde estuvo preso largo tiempo con parte de su familia; y en este año le condenó el Consejo á muerte. Tan caro costó á los flamencos su vana supersticion, y el haber tomado las armas contra su legítimo príncipe.

## CAPITULO X.

*Viage de Miguel de Legaspi al mar del Sur, y principio de la poblacion de las islas Philipinas. Entrada desgraciada de los franceses en la Florida. Combate del ingles Juan de Aquins en el puerto de Vera-Cruz. Descubre Alvaro de Mendaña la isla de Salomon. Sucesos de la India.*

Habia ya largo tiempo que los españoles deseaban llevar adelante sus navegaciones, y explorar las mas remotas partes del orbe, indignándose de que les faltasen tierras que descubrir. Movido pues el virrey de México don Luis de Velasco del deseo de extender el imperio Español, ó mas bien de que no tuviese otros límites que los del mundo, envió á Miguel de Legaspi natural de Vizcaya, con dos grandes navíos de carga, y otros dos pequeños, para que navegase por el mar del Sur ácia Poniente, siguiendo el mismo rumbo que en otro tiempo llevó Magallanes. Hízose á la vela en el puerto de la Natividad, y con próspera navegacion arribó á una de las islas de los Ladrones. Inmediatamente se le acercaron los bárbaros con suma confianza, desnudos de todo el cuerpo, vellosos, ágiles, y muy diestros en nadar, y no de todo ignorantes del arte náutica. Recibió de ellos algunos víveres á cambio de otras cosas, y solo podian entenderse por señas. Reconoció Legaspi otras muchas islas, sirviéndole de intérprete un bárbaro marinero de un navío que habia apresado. Entre estas hay una llamada Cebú, donde habiendo encontrado una imágen del niño Jesus, perdida tal vez en la expedicion de Magallanes, dió su nombre á una iglesia, que comenzó á edificar para los religiosos de San Agustin, sus

compañeros en aquella trabajosa navegacion; y tambien fundó otro pueblo con el nombre de San Miguel. Desde alli pasó á Manila, situada en la isla de Luzon, la qual tomó á fuerza de armas, y se apoderó de otros muchos lugares, sucediéndole todas las cosas á medida de su deseo. Envió al virrey Velasco un navío cargado de ricas mercaderías, para que tuviese noticia de la prosperidad de su empresa, y de lo que en ella habia executado; y se dice que navegó este buque setenta mil y setenta y tres millas. Un autor afirma que estas islas son las que Ptolomeo llama Barussas; pero habiéndose descubierto por los españoles en el reynado de don Felipe, se llaman ahora Philipinas, y son tenidas en grande estimacion desde que se estableció en ellas el culto del verdadero Dios. No puedo menos de trasladar aqui lo que dexó escrito el célebre Tomás Bozio al principio del libro VIII de *signis ecclesiæ*: «desde que Adan tuvo hijos, dice, »no ha habido nacion alguna que haya atraido á tan»tas naciones, tan diferentes en sus costumbres y en »su culto, al conocimiento de la única religion ver»dadera, ni que las haya reducido á la observancia »de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nacion »Española. Apenas podrá ninguno numerar la varie»dad de gentes, y de costumbres enteramente opues»tas entre sí, que los españoles subyugaron á su im»perio, y á la religion de Jesu-Christo, y al culto de »un solo Dios." Pero esto nadie hay que lo ignore.

Los franceses navegaban á la Florida, no solo con permiso, sino con beneplácito de su Rey Carlos, que de este modo queria purgar el estado de hombres facinerosos. En el puerto de Dieppe se hizo á la vela Juan Ribaus con dos navíos, y habiendo robado en su viage todo quanto encontraba, arribó á la Florida, y levantó una fortaleza en Puerto Real, para

establecer despues colonias en los parages que habia reconocido. Mas como para esto necesitaba de mayor número de tropas, le fue preciso regresar á Francia, y en breve le siguieron los presidarios que habia dexado alli, los quales abandonaron la fortaleza, y en el viage les apretó el hambre de tal modo, que se comieron á uno de sus compañeros. Mientras tanto Renato Laodomer llegó al cabo de Santa Elena con tres navíos bien equipados á costa de la Reyna madre, y edificó una fortaleza que dominaba el rio Mayo, á distancia de treinta y un grados del Equador; y en el año siguiente arribó á la misma costa Ribaus con siete navíos. Luego que llegó á España la noticia de estos atentados, navegó de orden del Rey Pedro Melendez con ocho navíos para arrojar de la Florida á los franceses. Desembarcó en aquella provincia quinientos soldados armados, y habiendo acometido á los franceses, que estaban muy descuidados en la fortaleza, mató á ciento y cincuenta de ellos: los demas huyeron á los montes, y á los navíos que se hallaban fondeados en el rio, de los quales tomaron tres los españoles inmediatamente, y destrozaron otros con la artillería que hallaron en la fortaleza. Apoderáronse tambien de todos los repuestos que tenian los franceses para establecer las colonias de su nuevo imperio. Marchó despues Melendez con parte de las tropas, y dió sobre unos franceses que tuvieron la desgracia de hacérseles pedazos el navío entre los peñascos, y con gran dificultad escaparon á tierra. Conservó la vida á los que profesaban la religion cathólica; pero á los demas en número de ciento y once, los pasó á cuchillo el dia de San Miguel, en odio de la nueva secta. Entre estos pereció Ribaus, y Laodomer se restituyó á Francia con los demas navíos. Al cabo de un año se vengaron del Español, con la llegada

de Domingo Gurgio con dos navíos muy bien provistos. Apoderáronse los franceses de los lugares fortificados, auxîliándoles con mucha actividad los naturales, y mataron á los soldados de la guarnicion; pero Melendez consiguió escaparse, como refiere el flamenco Juan Laet.

En este intervalo de tiempo Monluc el hijo, y Pompadur nobles franceses, navegaron con tres navíos á la isla de la Madera, y habiendo saltado en tierra tuvieron algunos combates con los portugueses, en los que se hicieron recíprocos daños, alternando la fortuna los sucesos de la guerra. Monluc pereció de una herida, y rechazados á los navíos Pompadur con los demas compañeros, despues de haber perdido la presa, se retiraron á Francia muy tristes y derrotados. Sin embargo de estos agravios, no fue quebrantada la paz entre los Reyes de las dos naciones, convirtiendo la necesidad en virtud, pues uno y otro tenia sobrada ocupacion en sus estados para defender la religion.

Por estos mismos tiempos abordó á las costas de América el inglés Juan Aquins con nueve navíos. Vendió en Margarita y Santa Marta algunos negros esclavos, que en aquellas regiones se aplican á la labor de las minas, y al cultivo de los campos. En otras partes le prohibieron salir á tierra teniéndole por enemigo; pero habiendo arribado al puerto de Vera-Cruz obtuvo permiso del virrey de México para carenar libremente sus navíos. Mientras executaba esta obra con mucha diligencia, teniendo dispuesta la artillería en la costa contra qualquiera invasion extraña, llegaron trece navíos de la armada española, que conducian al nuevo virrey don Martin Enriquez sucesor de marques de Falces don Gaston de Peralta, el qual desembarcó en tierra, y se puso en camino para Mé-

rico, sin sospechar fraude alguno de parte de los ingleses. Pero Francisco Luxan que mandaba la armada los juzgó piratas (como en realidad lo eran) á vista de la multitud de hombres armados que corrian por las calles, y sin respeto alguno á la palabra dada, mandó matar á los ingleses, que estaban descuidados en la playa, en medio de la alegría de un convite, á que asistieron lós españoles llevando ocultas sus armas. Apoderáronse despues de la artillería, y las naves españolas comenzaron á disparar contra las inglesas, y aunque estas fueron sorprehendidas, no dexaron de corresponderlas intrépidamente. Entretanto que peleaban con el mayor furor, se escapó del combate Francisco Drak, y embarcándose en una nave en que estaba recogida la mayor parte del oro, huyó velozmente por el Océano. Aquins resistió con mucho esfuerzo casi todo el dia á los españoles; pero finalmente, viéndose muy desigual en fuerzas para contrarrestar las del enemigo, pegó fuego á la capitana, y encubierto con las tinieblas de la noche se puso en fuga en la vice-capitana, siguiéndola otro navío, y dexando todos los demas por presa á los españoles. El navío que le seguia no pudo continuar su carrera, y quedó hecho pedazos en el rio de Panuco, y su tripulacion en número de setenta personas fue conducida á México, y tratada con humanidad. Aquins despues de haber perdido en su viage muchos compañeros por el hambre y las heridas, se escapó por el canal de Bahama entre la Florida y las islas Lucayas, y lleno de tristeza arribó á Inglaterra, á donde se habia adelantado Drak: y para colmo de sus miserias, no pudo sacar á éste ni una pequeña parte del oro que habia traido de aquellas regiones, excusándose con maliciosos pretextos.

En el Perú se hallaban ya olvidadas las discordias

de los anteriores tiempos, y don Lope de Castro, que exercia interinamente el empleo de virrey determinó explorar el inmenso Océano austral para no estar ocioso y extender el imperio Español mientras que sus dominios gozaban de tan profunda paz. Asi pues, en el dia diez de febrero despachó del puerto de Lima á don Alvaro de Mendaña su sobrino, hijo de una hermana suya, con dos navíos bien equipados, y le mandó navegar ácia el Occidente. Con mar tranquilo y favorable viento arribó á unas islas en las que no se detuvo, porque el piloto le aseguró que en reconocerlas no sacaria fruto alguno. Despues de haber navegado contínuamente á vela tendida en aquel vasto piélago por espacio de diez y seis dias, llegó á una isla que tiene de circunferencia mas de ochocientas millas, á la que el virrey dió el nombre de Isabela, y entró en un puerto que quiso se llamase de la Estrella, á causa de que á la hora del medio dia fue vista alli una refulgente estrella, ó porque el mismo puerto tiene esta figura, pues uno y otro dicen los historiadores. Los bárbaros quedaron admirados, y llenos de temor á vista de aquellas naves tan grandes, de sus velas hinchadas, y de la magnitud de sus palos y mástiles. Sin embargo deseoso el cacique llamado Viley de exâminar estas cosas desde mas cerca, acudió inmediatamente, conducido en una canoa, y adornado á la manera de los bárbaros. Quedóse inmóvil mirando la capitana, y detuvo los remos, como si el miedo le impidiese manejarlos; pero habiendo oido de improviso el sonido del tambor, subió al navío intrépidamente, y como si le hubiese arrebatado una especie de locura, comenzó á danzar no sin gracia, con mucha complacencia de los españoles. Finalmente habiéndose hecho la paz por señas, tomó Mendaña el nombre de virrey

y éste el de Mendaña, cuya permuta, segun la costumbre de aquellas gentes, es una muestra de mútua benevolencia y una prenda muy segura de amistad. Pero estas apariencias tan bellas carecieron del deseado efecto, pues aquellos hombres feroces y antropófagos, cuya lengua no se podia entender, tomaron luego las armas, con la inconstancia tan genial de todos los bárbaros. Para reconocer aquellas costas se fabricó una galera, á fin de no exponer los navíos á un gran peligro en aquellos parages desconocidos. Executóse este reconocimiento con gran diligencia, y habiendo descubierto veinte islas, á las que se pusieron diversos nombres, omitiendo otras menos considerables, y que mas parecian escollos que islas. Todas estan situadas entre el séptimo y el décimo grado de esta parte del Equador. En ellas se crian perlas, y las dieron á los españoles en cambio de una canoa que habian tomado. Abundan de palmas y de los demas frutos que produce la América, y ademas en nogales y almendros. Sus vestidos y sus armas no se diferencian de las de los otros indios, y en fuerza y estatura son iguales á los de la Florida. Aliméntanse principalmente con la carne de puerco y gallinas, y tambien viven de la pesca, y de las frutas y raices. La isla Isabela dista del Perú seis mil y setenta y quatro millas. Perecieron muchos de los españoles con enfermedades nacidas del clima mas bien que de otra causa; y no es posible referir las miserias y peligros que padecieron en su regreso, habiéndose conjurado contra ellos el cielo y el mar. Finalmente al cabo de un año entero arribó la Capitana al puerto de Acapulco en la Nueva España, y á los tres dias la segunda Capitana, una y otra sin mástiles y sin velas en cuyo lugar traian las mantas de las camas, y desde alli pasaron al Perú. Dieron á estas islas el nombre

de Salomon, por haber creido sin fundamento, que sacó de ellas sus grandes tesoros aquel Rey sapientísimo enviando su armada por el mar Roxo.

Despues que Constantino virrey de la India se restituyó á Portugal gobernaron aquellos dominios Francisco Coutiño, y Juan de Mendoza, y fue muy breve el mando de uno y otro, pues el primero murió de repente, y el otro se retiró por la llegada de su sucesor. Este fue Antonio de Noroña, el qual edificó la fortaleza de Mangalor: defendió prósperamente el dominio portugues, acometido por diversas partes, y castigó á los bárbaros que estaban muy insolentes; pero no pudieron tomar ni vencer la fortaleza de Cananor. Finalmente vencidos muchas veces en el mar con grave daño y pérdida por Pedro de Silva y Pablo de Lima, y fatigados ya de la guerra, recibieron la paz. Embarcóse Noroña para Portugal, y murió en el viage, y su cuerpo fue arrojado al mar. En el año de mil quinientos sesenta y
1568. ocho entró en el gobierno Luis de Atayde, y navegó con una grande armada para sujetar á los bárbaros, que rehusaban pagar el tributo, y lo consiguió por medio de algunos valerosos capitanes. Pedro de Silva, y Francisco Mascareñas, peleando con los bárbaros, les quitaron las fortalezas de Bracalor y de Onor, con cuyas desgracias se mostraron mas obedientes. Los malabares que infestaban los mares con sus latrocinios, fueron castigados y reprimidos por algun tiempo. Una sola vez pelearon con ellos desgraciadamente los portugueses con pérdida de sesenta hombres. El Régulo de Achen, enemigo perpétuo del nombre christiano hizo la guerra á los de Malaca con una armada de doscientos navíos. Defendia la fortaleza Leonisio Pereyra con una guarnicion de doscientos habitantes,

y no pudiendo el bárbaro apoderarse de ella con sus ardides, determinó combatirla á viva fuerza, aunque con vano esfuerzo, y con ignominioso éxîto, porque despues de treinta y siete dias se vió obligado á retirarse, con pérdida de su hijo y de tres mil soldados. Esta guerra era casi contínua, pues unas veces combatia á Malaca el Régulo de Achen y otras el de Teva. Pero volvamos ahora á nuestro hemisferio.

## CAPITULO XI.

*Continúa la guerra de los moriscos de Granada. Nombra el Rey por general de ella á don Juan de Austria.*

Despues que las armas habian estado quietas largo tiempo en lo interior de España, se encendió á principios de este año de mil quinientos sesenta y 1569.
nueve la llama de la guerra de Granada, y volvió otra vez á renovarse el cúmulo de los anteriores males. Habiendo juntado el marques de Mondejar algunas pequeñas tropas, cuya mayor parte eran de voluntarios, tomó por fuerza de armas á Poqueyra, pueblo bien fortificado, donde los moros habian encerrado sus riquezas. La presa fue grande, y toda se repartió al soldado. Tambien se halló una gran cantidad de trigo, de la qual se reservó lo necesario para el consumo, y todo lo demas se reduxo á cenizas. Como los moriscos estaban divididos en muchos esquadrones, fue preciso hacer la guerra á un tiempo en muchas partes. El gobernador de Almería don García Villarroel hombre activo y diligente, acometió de improviso á los que estaban descuidados, y hizo en ellos una terrible carnicería: huyeron los demas vergonzosamente, y fueron ahorcados los que

cayeron prisioneros. Pedro Arias gobernador de Guadix libertó del peligro en que se hallaba la fortaleza de Calahorra con mucho estrago de los moros que la tenian sitiada; y el marques de los Velez gobernador de Murcia se introduxo de orden del Rey con un exército en el territorio de Granada. Hizo la guerra prósperamente Mondejar en diversas partes; y enriquecidos con la presa, y los cautivos los soldados, que se habian reclutado á la ligera, se volvian á su casa disimulándolo los capitanes; porque de todas partes acudian á alistarse nuevas tropas. El marques de los Velez habiendo ganado las alturas, venció en batalla á los enemigos en Oan no lejos de Almería, y los obligó á retirarse fugitivos á los montes con algun estrago. Tomáronse las banderas, y mil y seiscientas personas de la multitud indefensa, con otra presa, que fue repartida á la tropa, y se le concedió el saqueo del pueblo en premio de su valor.

A pesar de tantas pérdidas, no se daba por vencida la obstinacion de los moros, antes por el contrario se aumentaba cada dia el número de los sublevados, que abandonando los campos por el deseo de la libertad, se escapaban á los montes y lugares ásperos sin que aterrase el miedo de tantos peligros á estos hombres de carácter tan duro y terco. Entretanto recorria la costa de Andalucía la armada de Italia mandada por don Gil de Andrade hombre muy experimentado en las cosas del mar, para perseguir á los piratas africanos, que transportaban á España armas y soldados á fin de fomentar la sedicion, como lo habian hecho hasta entonces, sin que nadie se lo impidiese. Francisco de Córdova enviado poco antes por el Rey á esta guerra expugnó con grande ánimo los parages montuosos que ocupaban los moros: ma-

tó á quatrocientos de ellos, y los demas se pusieron en salvo en los riscos y asperezas, habiéndoles tomado la bandera, y mil setecientas mugeres y niños, con mucha ropa, ganados y víveres, en todo lo qual se derramó muy poca sangre de los christianos. ¿Qué mas diremos? En el espacio de un solo mes peleó Mondejar ocho veces felízmente, y hubo tambien algunos combates adversos, por la mala conducta y insolencia de los soldados, que tenian mas cuidado de la presa, que de vencer á los enemigos. Cometian á cada paso latrocinios, muertes y otros excesos; y muchas cosas se hacian mas por el antojo de los soldados, que por las órdenes y consejos de los capitanes.

Quebrantadas las fuerzas de los moros con tantos males, comenzaron á desear el descanso: pero convenia prender al Reyecillo para que se acabase la guerra: y aquellos á quienes se confirió esta comision procedieron con mucho desorden, pues por la necia confianza de los capitanes, le acometieron á fuerza abierta en lugar de apoderarse de él por medio de asechanzas, y pospusieron todo lo demas á la codicia de la presa. No pasó mucho tiempo sin que pagasen la pena de su falta de obediencia, porque habiendo caido en una emboscada de los moros, los mataron estos á flechazos, junto con los capitanes Antonio de Avila, y Alvaro de Flores, siendo tanto el apego que tenian á la presa, que embarazados en llevarla quisieron mas morir que pelear. El Reyecillo se puso en salvo por la fuga, y no se creia seguro en parte alguna, ni se confiaba de nadie. Entonces el miedo de los nuestros se convirtió en crueldad, y pasaron á cuchillo á muchos de los principales moros; lo que llevó muy á mal el marques de Mondejar, que por medio de ellos esperaba concluir en breve

tiempo el negocio por su propia persona, y antes que llegase don Juan de Austria, á quien el Rey don Felipe habia encargado esta guerra. Finalmente habiéndose retirado del campo por mandado del Rey, dexando en él á don Juan de Mendoza para que sostuviese la guerra, se volvió á Granada á fin de recibir honoríficamente al Austriaco, y consultar con él sobre los medios de continuar aquella empresa.

Mientras estuvo ausente Mondejar no habia en los reales mas orden ni disciplina, que el militar desenfreno, y irritaban con las muertes y robos á los moros, que se hallaban ya medio apaciguados, como si á cada soldado raso le fuese lícito castigar á su arbitrio las cosas pasadas. Irritábanlos de intento á que tomasen las armas, para que concluida la guerra no se concluyese el saqueo; y aquellos miserables no hallaban refugio alguno en los capitanes, pues estos participaban de las rapiñas del soldado. Pero ¿qué habian de hacer estos nuevos reclutas á quienes no se daba estipendio alguno? Consternados pues los moros, volvieron á tomar las armas en muchas partes, y se renovó con mas furor la guerra. En unas emboscadas fueron muertos doscientos y cincuenta christianos con su capitan, habiéndose escapado solo dos con vida; con lo qual, cobrando ánimo el Reyecillo, juntó un exército, que se componia de diez mil hombres armados. En vano solicitó auxilios del Africa, por hallarse Uluc-Ali gobernador de Argel, implicado con la guerra de Tunez. El Sultan de Turquía Selim, que meditaba la guerra de Chypre no le dió otra cosa que buenas palabras, con el deseo de que tuviesen ocupadas las fuerzas de España en la guerra doméstica, á fin de impedir que se juntasen con las venecianas; y de este modo alejaron los cielos aquella peste que nos amenazaba. Sin embargo no falta-

ron piratas, que con su mismo peligro introduxeron en las costas de España armas, y provisiones de guerra, y un esquadron de turcos, sin haber sido vistos por la armada.

Intentó el Reyecillo inútilmente apoderarse de Almería por ardid ó por fuerza, á cuyo tiempo, que era á mediados de abril, llegó á Granada el Austriaco, acompañándole el duque de Sesa, Requesens, y Quixada su ayo, hombres valerosos y prudentes á los quales se juntó el marques de Mondejar, que tenia gran conocimiento de aquellas gentes, y lugares. Vencidos los moros, se sacaron de la ciudad tres mil y quinientos, y mayor número de mugeres, y fueron conducidos con guardias á lo interior de Andalucía, asegurándose la ciudad con una guarnicion mas fuerte. Y porque habia corrido la voz de que intentaban los moros incendiarla, se sublevó el pueblo, y pasó á cuchillo sin misericordia á ciento y cincuenta que se hallaban presos. El miedo era mayor que la causa que habia para tenerle; y en todas las iglesias se hacian rogativas públicas como se acostumbra quando amenaza guerra. Mientras tanto que conferenciaban sobre las providencias que debian tomar, llegaron órdenes muy severas del Rey, por lo qual se comenzó á perseguir con todo esfuerzo á los moros. Apoderóse Requesens del peñon de Frigiliana, situado en lo mas alto del monte de Bentomiz, cuya empresa habia intentado antes desgraciadamente Suazo. Con las tropas que Arévalo sacó de Málaga, se juntaron mil soldados que habia conducido de Nápoles en la armada el capitan Pedro de Padilla, y ochocientos soldados de marina, y aunque los moros defendieron el puesto valerosamente, arrojando desde lo alto del monte peñas, y flechas contra los que subian, vencieron sin embargo la aspereza del lugar, y llegaron

á lo mas elevado. Quedaron muertos en la pelea dos mil de los enemigos sin contar los muchos que perecieron en la fuga por los riscos y precipicios. La victoria fue muy sangrienta para los nuestros, pues murieron en ella ochocientos soldados, y muchos nobles, y quedaron heridos Leyva, Avellaneda, Zúñiga, que poco despues obtuvo el título de conde de Miranda, y el virrey de Nápoles. Fueron parte del saqueo tres mil cautivos, los quales se vendieron en pública subhasta, y su importe se distribuyó por los tesoreros del exército entre las tropas. Andrade saltó en tierra con un esquadron de la armada, y arrojó de unos peñascos á otra multitud de moros, y se volvió á las naves con una presa considerable, y mil cautivos, habiendo sido muy corta la pérdida de los suyos.

Por este tiempo venció el marques de los Velez al Reyecillo que habia caido en una emboscada, en la que perecieron mil y quinientos de los enemigos, y veinte y quatro de los nuestros, y conduxo á su campo diez banderas, y un botin importante. Acaeció esta pelea en el territorio de Berja. Marchó despues á Adra, villa marítima, situada cerca de las ruinas de la antigua Abdera, y habiendo recibido del Austríaco seis mil hombres armados, se dice que compuso un exército de doce mil infantes y setecientos caballos. No habia procurado recoger dinero para la paga de ellos, ni tenia provision de víveres y granos en los almacenes, para mantener al soldado en el campo, y apenas se traia por mar y tierra lo necesario para el dia. En una palabra todo estaba desordenado, por las disensiones que habia entre los grandes. La potestad estaba dividida entre don Juan de Austria y Quixada, y aun era mayor la autoridad de éste. Unos rehusaban obedecer á éste, y otros á aquel, con insolente pertinacia, co-

mo acontece siempre que mandan muchos. De aqui se originó la total corrupcion de la disciplina militar en el campo del marques de los Velez, que no queria hacer la guerra baxo las órdenes del Austriaco. El soldado comenzó á afloxar con el ocio y la desidia, y á pervertirse unos á otros con sus vicios, detestando todos el excesivo orgullo de su general. Juntábase á esto las enfermedades y el hambre; y viendo que desertaban y abandonaban á cara descubierta las banderas, sin que los contuviese el miedo, ni el pudor, intentó su hijo don Diego oponerse á la fuga de los soldados, reprehendiéndoles esta maldad con palabras muy ásperas. La respuesta que le dieron fue una lluvia de balas, con las que le hirieron en la mano, y en el costado. No obstante habiendo el marques trabado batalla con el Reyecillo, le derrotó, y le puso en fuga, y impidió que le persiguiesen la asperesa, y fragosidad de aquellos lugares. Peleó desgraciadamente con los habitantes del valle de Bolodina, porque el soldado mas codicioso de retener la presa, que de pelear, se retiró de alli con pérdida é ignominia, despreciando el mandato de su general.

Entretanto el Reyecillo no pudo con sus fuerzas apoderarse de Adra; y tambien intentó en vano tomar otros pueblos; pero taló á fuego y sangre una parte del dominio del de los Velez. Finalmente, para decirlo todo en pocas palabras, irritados los turcos contra el Reyecillo por las calumnias de los moros, determinaron quitarle la vida. A la verdad se habia hecho tan aborrecido de los suyos con sus rapiñas, disoluciones, y crueldades, que parecia no poder ya tolerar tantas injurias. Oprimido pues por la conspiracion de los turcos, declaró al tiempo de perder la vida que queria morir christiano; y que se habia rebelado solamente por los agravios que los ministros reales le habian

hecho á él y á su padre. Pereció ahogado en la cama á los veinte y quatro años de su edad, y su cuerpo fue arrastrado á un muladar, y enterrado en él con la mayor ignominia. Sucedióle su pariente Abdalla Aben Abo, habiendo tomado las insignias reales, y levantado en hombros de los suyos, segun la costumbre de aquella nacion, fue proclamado Rey este hombre de la mas baxa esfera, audaz, pérfido, suspicaz, y de pésimas costumbres. Envió á Argel y Constantinopla á unos hombres de su confianza con muchos regalos, pidiendo se le concediesen armas, navíos, y un poderoso auxîlio de gente armada, pues que hacia la guerra en defensa de la secta mahometana, y de la libertad de la nacion. Y á fin de adquirirse mientras tanto fama con alguna accion memorable, puso repentinamente sitio á Orbiga, que al principio de la sublevacion habia preservado del peligro el marques de Mondejar, hallándose Abdalla con diez mil hombres, entre los quales se contaban los socorros, que le habian venido de Argel. Todas sus tentativas para apoderarse del pueblo fueron vanas, rechazándole intrépidamente los soldados de la guarnicion con su capitan Francisco de Molina. Intimidado de la llegada del duque de Sesa con nuevas tropas, levantó el sitio con pérdida de quinientos de los mas audaces. Puso Abdalla algunas emboscadas, en las que cayeron temerariamente los nuestros, y pagaron la pena de su descuido con la muerte de cien soldados. Recorrieron despues uno y otro general las villas y aldeas, talando y robando quanto encontraban, y á principios del otoño se volvió el de Sesa á Granada. La villa de Orbiga fue abandonada de orden de don Juan de Austria, y Molina con la guarnicion y los equipages se retiró á lugares seguros, dexando enterrada la artillería, para que no viniese á

poder de los enemigos. En este intervalo de tiempo hubo otros combates, se pusieron emboscadas unos á otros, y se hicieron recíprocos daños, cuya relacion individual seria demasiado prolixa.

## CAPITULO XII.

*Vuelven los hugonotes á tomar las armas en Francia. Batallas de Jarnac y Moncontour, y sucesos de Flandes. El duque de Florencia es declarado gran duque de Toscana. Expedicion de Uluc-Ali contra la Goleta.*

Las cosas de Francia iban cada dia de mal en peor, y parece que habian dexado las armas, menos por el deseo del descanso, que para volver á tomarlas con mayor esfuerzo. El pretexto era la religion y la libertad de opinar cada uno lo que quisiese; pero el verdadero motivo era la ambicion de los grandes, y el odio inextinguible que de ella habia nacido, encubriéndose los cathólicos con el velo de una aparente piedad; por lo qual con leve impulso volvia á encenderse la llama que abrasaba la miserable Francia. Desconfiado el Rey de la sinceridad de los hugonotes, no habia querido despedir el exército; y estos para precaverse de que el Rey los oprimiese repentinamente, no querian sacar las guarniciones de los pueblos fortificados, como lo habian ofrecido. De esto pues se originó el volver á tomar las armas; y habiendo hallado el Rey la ocasion de oprimir á sus adversarios, mandó guardar los pasos de los rios, á fin de que no llegaran á juntar las fuerzas que tenian divididas. Executaron los cathólicos esta orden con descuido, por sus fines y particulares intereses, y proporcionaron á los hugonotes el

ponerse á salvo por medio de la fuga. Habiéndose escapado Odet, que antes se llamaba el cardenal de Chatillon, hermano de Gaspar Coligni almirante de la armada, el qual abjurando la verdadera piedad y la sagrada púrpura habia abrazado la milicia y la secta de Calvino, pasó á Inglaterra. Recibióle la Reyna Isabel con mucha humanidad, y le ayudó benignamente con socorros para sostener el partido, faltando en esto á la palabra que tenia dada al Frances de que no protegeria á los hugonotes. El príncipe de Condé y el almirante se huyeron á la Rochela, donde fixaron el asiento de la guerra; y habiendo llamado á sus mas zelosos partidarios, renovaron todos los anteriores males de la guerra, quando apenas habian pasado quatro meses despues de la publicacion de la paz. Expugnaron algunas ciudades y pueblos, y con horrenda impiedad arruinaron los templos y todas las cosas sagradas; porque no contentos con emplear sus detestables armas contra el Rey, declararon tambien la guerra á Dios y á sus Santos. El duque de Anjou hermano del Rey, habiendo juntado tropas, marchó contra los rebeldes, y en el camino derrotó á un fuerte esquadron del príncipe de Condé, y tuvo ademas algunas felices batallas. Entretanto abolió el Rey los edictos, que habia publicado á favor de la tolerancia de la secta, y por medio de sus embaxadores exhortó á los príncipes cathólicos á que defendiesen con la fuerza y con las armas la religion, que se hallaba tan lastimosamente combatida en Francia. No fueron vanos sus deseos, pues muchos se prestaron desde luego á su defensa. El sumo Pontífice, ademas de otros auxilios, le envió cinco mil y quinientos caballos y infantes, á los quales juntó el duque de Florencia mil y setecientos, mandados por el conde de Santa Flor: el

Rey don Felipe tres mil infantes y dos mil caballos del exército de Flandes, baxo el mando de Pedro Mansfeld, capitan veterano y valeroso guerrero: los venecianos cien mil escudos de oro para los gastos de la guerra; y el César y los príncipes orthodoxos le permitieron levantar tropas en Alemania. Mas no pudo impedir á Volfango de dos Puentes, que hiciese tambien reclutas para socorrer á los hugonotes, ni el que fuesen introducidas en Francia, aunque envió á Aumale y Nemours con tropas, para que las cerrasen la entrada.

El duque de Anjou ardia en deseos de dar batalla al enemigo, y los hugonotes por el contrario deseaban que se les juntasen las tropas alemanas que esperaban de un dia á otro, antes que se viesen en la necesidad de pelear. Mientras tanto que aquel estrecha, y estos procuran evitar el combate, se vieron al fin obligados á venir á las manos; porque los realistas pasáron el rio, lo que de ningun modo habian creido sus adversarios, los quales para no pelear, se apresuraban á retirarse. El almirante Coligni fue de improviso rodeado por las tropas reales, y no pudiendo resistir su ímpetu y fuerza, llamó en su auxîlio á Condé. Acudió éste con la caballería, y peleó con el mayor esfuerzo, para libertar de aquel peligro á los suyos. Pero habiendo caido á tierra con su caballo, fue hecho prisionero; quitáronle el morrion, y reconociendo quién era, le tiró Montesquiou escudero del duque de Guisa un pistoletazo á la cabeza, y de este modo pereció aquel hombre insigne por su valor y destreza militar, si no hubiera obscurecido los dotes de la naturaleza y del arte con la impía secta, y con su obstinacion contra el Rey. Fue hombre de ánimo inquieto y feroz, y muy ambicioso, cuyos vicios le precipitaron en el partido de

los hugonotes. Esta victoria se llamó de Jarnác por el pueblo inmediato al campo de batalla, y fue mayor por la fama, que por los efectos que produxo. Habiéndose escapado el almirante, y Andelot, recogieron prontamente sus tropas dispersas, mientras que el duque de Anjou, que debia completar la victoria siguiendo el alcance á los enemigos casi derrotados, se detuvo imprudentemente en expugnar, y pasar á cuchillo la guarnicion. Mientras tanto murió Andelot de una herida, ó con un veneno, segun se divulgó entonces.

Por la muerte de Condé fue nombrado general de las tropas de los hugonotes Enrique príncipe de Bearne, y Coligni su teniente. El duque de dos Puentes introduxo las tropas en Francia, y falleció poco despues. Fortificados los hugonotes con este auxîlio combatieron con gran vigor á Poitiers, pero fueron vanos sus conatos. Juntáronse al duque de Anjou las tropas españolas y italianas, con las quales compuso un exército de diez y seis mil infantes, y diez mil caballos. El número de los enemigos, que era menor, se disminuyó no poco con la desgraciada empresa de Poitiers; por lo qual rehusaba Coligni aventurar una batalla, aunque aparentaba lo contrario. Los alemanes ostigados de una milicia de que sacaban poca utilidad, le amenazaban que se volverian á su patria, si no los conducia á pelear con el enemigo; y habiéndole acometido el duque de Anjou, no pudo evitar la suerte de la batalla. Peleó una parte de las tropas con la otra, y á la entrada de la noche se pusieron en fuga los hugonetes, pero el dia siguiente se renovó el combate. Los jóvenes príncipes de Bearne y Condé fueron sacados del peligro de la pelea, y enviados con una escolta de caballería á lugar seguro. La accion fue cruel y sangrienta, y Co-

ligni despues de haber sido herido en la cara, estuvo muy próxîmo á quedar prisionero. El duque de Anjou fue arrojado del caballo, y apenas pudieron los suyos levantarle, por la multitud de enemigos que acudió á oprimirle, con lo qual se enardeció mas la pelea. Finalmente ganaron la victoria los orthodoxôs, y se dice que perecieron diez mil de los enemigos, y quinientos infantes y caballos de los realistas. Las tropas pontificias y españolas merecieron grande alabanza por haber ganado las banderas enemigas, y Pedro Ernesto de Mansfeld fue herido peleando intrépidamente. La crueldad de los vencedores concebida por el odio que tenian á la secta, hizo poco humana la victoria. Acaeció esta batalla en los dias dos y tres de octubre, cerca de Moncoutour; y en otra pelea fue tomado el campo y los bagages de los enemigos, y los puestos fortificados sin dificultad alguna, y en muchas partes se dieron á Dios solemnes gracias por tantas victorias.

En Flandes descansaban las armas, y se peleaba con opuestos dictámenes en la junta de los estados convocados por el duque de Alba. Pedia pues, que para los gastos de la próxîma guerra se exîgiese á las provincias un triplicado tributo, por todo el tiempo que permaneciese esta causa. Pareció esto muy duro á los flamencos, como acostumbrados á ser tratados por sus príncipes mas con un imperio precario, que con régia autoridad. Despues de muchos debates de una y otra parte, no se resolvió cosa alguna, porque los procuradores de las provincias se resistieron con mucha firmeza á que se aumentase en lo mas mínimo la antigua contribucion. A la verdad parecia muy árduo, y arriesgado exîgir dinero á los flamencos, quando se hallaban tan irritados. Inclinábanse algunos al dictámen del duque de Alba, pero sin embar-

go nada pudo conseguir de los mas obstinados, aunque suavizó la forma de la contribucion. Habiéndose dexado indeciso el negocio para otro tiempo, perseveraron los mas de ellos en su dictámen con mayor obstinacion, y con ánimos mas irritados. Bramaba el duque de Alba, acostumbrado á llevar adelante las empresas árduas con próspero suceso, y no se abstenia de proferir amenazas, declarando que pensaria en lo que habia de executar contra los que rehusasen obedecer sus mandatos. Pero todo se convirtió en humo, y solo se les exîgió algun dinero de la centésima de los bienes raices, habiendo dado principio por los habitantes de la provincia de Hainault, que eran los mas obedientes. Los mas se resistieron á consentir en la décima y veintena de los bienes vendibles y muebles, con increible pesar del duque de Alba, que tenia el dinero seqüestrado en Inglaterra, y le negaban en Flandes con indecible pertinacia lo necesario para tantos gastos.

Mientras tanto llevó á efecto el Pontífice lo que sus predecesores habian intentado, enviando una bula al Florentino, en que le dió el título de gran duque de Toscana, condecorándole con las insignias régias. Habia hecho esclarecidos méritos para con la Sede Apostólica, y no omitió cosa alguna que pudiese contribuir á ganarse la benevolencia del Papa. Causó esta gracia una alegria extraordinaria á aquel hombre tan codicioso de honores, y algunos príncipes se manifestaron muy quejosos. El Rey de Francia, que se hallaba obligado del duque por el reciente beneficio que de él habia recibido, le envió un embaxador para congratularle de una gracia digna de un príncipe tan benemérito de la piedad christiana. Por el contrario, el Rey don Felipe por medio de su embaxador dió muchas quejas al Pontífice, lo uno de

que hubiese pensado en condecorar á su feudatario por el dominio de Sena, sin haberlo consultado con él; y lo otro porque con el deseo de restablecer la disciplina eclesiástica, y defender la dignidad de la Sede Apostólica, habia deprimido las inmunidades y privilegios reales en Nápoles, Milán y otras partes, y especialmente en Sicilia, enviando á Pablo Odescalco con potestad de legado á Latere, donde lo son los Reyes por privilegio de Urbano II. Disputaron ambos con mucha modestia, y el Papa aplacó fácilmente al Rey con una prudente respuesta, derogando ademas algunas constituciones, y el Rey como tan piadoso creyó que debia ceder en todo lo demas en obsequio de aquel santo Pontífice, dando este loable y religioso exemplo á los príncipes.

En el Africa hubo por este tiempo algunas turbaciones, pues habiendo hecho Amida Régulo de Túnez, alianza con don Alfonso Pimentel, gobernador de la Goleta, temeroso del poder de los turcos, excitó contra sí mas y mas el inveterado odio de sus adversarios. Por esta causa le declaró la guerra Uluc-Alí de orden del Sultan Selim, en la qual fue vencido y derrotado Amida, menos por la audacia del pirata, que por la perfidia de los suyos; y finalmente arrojado de su misma corte, se refugió en la Goleta con sus hijos. Pero mientras que el pirata, desconfiado de sus fuerzas, intentaba tomar con ardides esta fortaleza, hicieron una salida segura, y Salazar con las tropas de su guarnicion, le pusieron en fuga, y le incendiaron los navíos que tenia prevenidos en la laguna, con poco ó ningun daño de los españoles.

## CAPITULO XIII.

*Piden los moriscos de Granada la paz á don Juan de Austria, y se la concede. Vuelven á rebelarse. Muerte de Aben-Aboo, y conclusion de esta guerra. Casamiento de los Reyes de España y Francia. Este da la paz á los hugonotes.*

Los moriscos de Granada perseveraban en su rebeldía, confiados en la aspereza de los lugares que habitaban, y confirmados en sus ideas con los depravados exemplos de los nuestros. A estos les incitaba la ira y el odio, que tenian á aquella nacion, y á ésta el amor y adhesion á su secta, y el deseo de hacer robos y defenderlos, les movia á pelear á cada paso unos y otros. La emulacion y discordias suscitadas entre nuestros generales, prolongaban la guerra con increible ignominia y daño; y para dirimir el Rey las contiendas que tenian los marqueses de los Velez, y Mondejar, llamó á éste á la corte á fin de que le informase individualmente del estado de la guerra. Despues que aquel intentó con poca fortuna apoderarse de Galera, pueblo muy fortificado, obtuvo fácilmente permiso del Austriaco para volverse con sus pequeñas tropas, adonde habia venido. Determinó don Juan de Austria expugnar por su persona este presidio, que estaba situado en los montes cerca de Baza, en el camino de Cartagena, y salió de Granada con un exército de diez mil hombres á
1570. principios del año de mil quinientos setenta. Arruinó las murallas con la artillería, y las minas subterráneas, y se abrió paso al pueblo, y pelearon muchas veces en las contínuas salidas que hicieron, con mucha sangre de una parte y otra; pues los turcos y moros se resistian, no tanto para vencer, quanto

para perecer, no teniendo esperanza alguna de conservar la vida. Finalmente se introduxeron los christianos en el pueblo abriéndose camino con la espada, y combatieron acérrimamente en las calles y plazas, donde á cada paso tenian que superar nuevos obstáculos. Perecieron dos mil y quatrocientos mahometanos, y el ciego furor del soldado pasó á cuchillo quinientas mugeres, conservándose la vida á quatro mil con sus hijos pequeños. De los nuestros quedaron muertos ochocientos, entre los quales se contaban quince capitanes, y muchos alféreces y nobles, y fueron heridos quinientos. El botin que fue opulento, se repartió á los soldados, y se halló una cantidad de trigo suficiente para alimentar la multitud por espacio de un año, y el pueblo fue arrasado de orden del Austriaco. El Rey don Felipe pasó desde Madrid al santuario de nuestra Señora de Guadalupe en accion de gracias por la victoria; y porque corria peligro Cartagena, si los turcos enviasen una poderosa armada para socorrer á los moriscos, envió por gobernador de aquel puerto á Vespasiano Gonzaga, hombre muy experto en las cosas de la guerra. Desde Guadalupe se puso en camino á Córdova donde habia convocado cortes.

Entretanto el duque de Sesa con un valeroso esquadron talaba á fuego y sangre las tierras del enemigo. Despues de esto, emprendió la expugnacion del castillo de Hierro, ayudándole Andrade por la parte del mar. A este mismo tiempo llegaban los socorros que venian del Africa en catorce navíos largos; pero habiendo oido el estruendo de nuestra artillería, volvieron las proas, y se retiraron á Argel. Finalmente se apoderaron del castillo, habiéndose puesto en fuga su guarnicion. El Reyecillo, para vengarse de esta pérdida, y abrirse una puerta para recibir los

socorros que le enviasen por mar, intentó á un mismo tiempo escalar á Almuñecar y Salobreña; pero fue rechazado de una y otra parte por el valor y industria de Lope de Valenzuela y Diego Ramirez, que defendian aquellos pueblos. El portugues Lorenzo de Silva marques de Fabara, cayó desgraciadamente en una emboscada de los moriscos; y habiendo perdido la infantería, atravesó por medio de los cuerpos de guardia, con que el enemigo ocupaba las angosturas de los montes, y con solos cien caballos, y una escolta de los habitantes de Guadix, pudo al fin llegar al campo de don Juan de Austria. Otro esquadron que el duque de Sesa enviaba á Calahorra, fue tambien derrotado por los moros desde una emboscada, como tan ligeros y prácticos en aquellos lugares fragosos, y hubo otros muchos combates con varia fortuna. El Austriaco, despues de haber arrasado á Galera; arrebatado de una suerte feliz tomó á Tijola y Seron, donde Quixada fue herido de un balazo, y falleció de allí á poco tiempo con gran dolor de aquel príncipe, y tambien se tomaron en breve otros pueblos, que habian dado mucho que hacer á las armas christianas.

Derrotados los moriscos con tantas pérdidas, y no quedándoles ninguna esperanza de sostener la guerra, les pareció mejor darse por vencidos, antes que exponerse ellos, sus mugeres y hijos á la muerte, y á la esclavitud. Movidos pues de este pensamiento, pidieron composicion al Austriaco, y éste que deseaba concluir la guerra, les concedió que entregando las armas, y asegurados con su palabra pública por escrito, se volviesen con seguridad á sus campos, sin temor de que en adelante se les hiciese mal alguno. Habiendo juntado el duque de Arcos por mandado del Rey un esquadron de gente armada en las mon-

tañas de Ronda, publicó el perdon á una gran multitud de moriscos. Compuestos de esta suerte aquellos movimientos, se hallaba todo tranquilo, quando por la perfidía de Aben-Aboo, que temia perder la cabeza por sus maldades, volvieron otra vez á sublevarse, y á renovar la guerra con las armas, que para qualquier trance habian ocultado los que se entregaron. El Austriaco entró por una parte en las montañas, y por otra Requesens con un poderoso trozo de gente. Divididos los soldados en muchos esquadrones, y corriendo por todas partes, saqueaban, mataban, y cautivaban á los moros armados y desarmados, sin dexar guarida alguna que no escudriñasen, y no perdonando ni aun á los que se rendian. Los despojos fueron vendidos, y su importe se repartió por los tesoreros entre la tropa. Las importunas vexaciones de los soldados, que mandaba Antonio de Luna, exásperaron á los moriscos que el duque de Arcos habia recibido benignamente, y con ánimo pacífico, y conmovidos tambien por las exhortaciones de Melqui hombre de grande autoridad entre ellos, volvieron otra vez á las armas. Marchó contra ellos inmediatamente el de Arcos, y en el mismo lugar donde en otro tiempo fueron derrotados por los moros el conde de Ureña su abuelo, y don Alfonso de Aguilar, asistido él de mas favorable fortuna, los arrojó de sus puestos fortificados, y mató á Melqui autor de la sublevacion, recogiendo un considerable botin. Los moros, que por culpa agena habian sido precipitados en este exceso, pidieron de nuevo la paz y el perdon, y porque Aben-Aboo no queria sujetarse á la necesidad, fue abandonado de todos los suyos, y pereció á manos de Algeniz con quien tenía antigua enemistad. Su cuerpo fue llevado á Granada, y quemado en la plaza, y su cabeza se colgó en un

parage público. Algenis en premio de su hazaña obtuvo una pension anual de cien mil maravedís. Concluida la guerra, y habiendo nombrado por gobernador del reyno de Granada á don Pédro Deza presidente de la chancillería, se restituyó el Austriaco á Madrid. El Rey don Felipe, despues de haber celebrado cortes en Córdova, donde se detuvo poco tiempo, se volvió á Castilla por Jaen, Ubeda y Báeza, acompañado de Ernesto y Rodulfo, hijos del César. A los moriscos se les concedió el perdon de todo lo pasado, y á los turcos y africanos, que con ellos habian pasado á la Andalucía, se les permitió restituirse á Argel. Pero á fin de quitar á los moriscos el deseo de rebelarse, fueron transportados á lo interior de Castilla, y se trasladaron á sus tierras asturianos y gallegos, con lo qual recobró España á fines de este año su antigua paz.

Convenia mucho persuadir al Rey don Felipe que contraxese nuevas nupcias, por no haberle quedado sucesion masculina de la difunta doña Isabel. Este era el deseo de todos por el bien público, y ya se trataba de ello quando llegó á España Carlos, hermano del César; y al fin convinieron en que el Rey don Felipe casase con doña Ana, hija mayor de Maximiliano, y el Rey de Francia Carlos con doña Isabel su hermana. Ambas pues salieron del Austria, y la una vino á Francia, y la otra se embarcó en Flandes en una armada dispuesta por el duque de Alba, con Alberto y Wenceslao sus hermanos, y á los nueve dias de navegacion arribó á España. Fue recibida magníficamente, y festejada con todo género de obsequios por don Gaspar de Zúñiga hijo del conde de Miranda, arzobispo de Sevilla, y por don Francisco de Zúñiga duque de Bexar. Habiendo dispensado el Papa el impedimento del paren-

tesco, se celebraron las bodas en Segovia el dia doce de noviembre con aparato y opulencia régia, y hubo fiestas públicas con admirable regocijo y aplauso de todos.

Casi en los mismos dias se hallaba tambien la corte de Francia con igual alegria por las reales nupcias celebradas en Meziers, cerca del rio Mosa. Compadecido poco antes el Rey Carlos de los males de su reyno, afligido con tantas calamidades, habia dado la paz, y tratado con mucha blandura á los hugonotes, que estaban muy próximos á su ruina; y para asegurarles su palabra, y libertarlos de todo temor, les dexó algunas ciudades fortificadas, admirándose todos de tan extraordinaria benignidad. Mostrábase severo contra los cathólicos quando cometian alguna culpa, y muy blando con los hereges, lo que dió motivo á muchos y varios discursos; pues unos reprehendian su demasiada facilidad, y otros la perfidia de sus consejeros, de los quales algunos eran hereges, y se creia que favorecian ocultamente á la secta. Algunos de los cortesanos del Rey sospechaban que habia maquinacion oculta, y cada uno juzgaba segun sus luces y afectos, de una mudanza tan absoluta y repentina. El Papa y el Rey de España le exhortaban por medio de sus embaxadores á que extinguiese las reliquias de la impiedad, ofreciéndole á este fin sus auxilios. Pero el Rey Carlos respondió, que los pueblos de Francia estaban afligidos con los remedios ásperos, y que no solo se hallaba exhausto el erario, sino cargado de muchas deudas, con otras excusas semejantes. En medio de tan profundo disimulo, se observó alguna vez, que arrebatado de la ira á que era propenso, elogiaba entre dientes el consejo que le dió el duque de Alba en la conferencia de Bayona; pero no se confiaba de

nadie. Hallábase continuamente á su lado la Reyna madre, que era la árbitra de todas sus deliberaciones, de cuya voluntad parecia depender enteramente, y la que le enseñaba á disimular en su semblante, y en sus palabras. Con este aparente ocio se fraguaba una cruel venganza, que habia de romper á su tiempo.

El duque de Alba reparaba con sus edictos en Flandes el gobierno público, que se hallaba en un general trastorno; y comenzaron á restablecerse las iglesias, imágenes, y demas cosas sagradas, destruyéndose las capillas de los calvinistas. En Malinas y Cambray celebraron sínodos los nuevos obispos, para restaurar la antigua piedad, y reducir á su vigor la disciplina eclesiástica. Entretanto llegó un decreto del Rey (que fue publicado por el duque de Alba en un tablado erigido en la plaza de Amberes) en el qual concedia indulto, y perdon general á todos, exceptuando á los que habian sido incitadores y cabezas de los tumultos, á los que habian profanado los templos y altares, y á los que al principio de la sedicion hubiesen firmado el libelo que se entregó á la Parmesana, y á otros semejantes. Aprovecháronse muchos de la régia benignidad, y se volvieron á sus casas; y habiendo dado muestras de su fidelidad, fueron restituidos en sus bienes y honores; pero la mayor parte permaneció obstinadamente en el destierro. Las tropas españolas auxiliares del Frances, despedidas por éste se volvieron á Flandes, y las pontificias á Italia, muy derrotadas y aniquiladas con la falta que padecian de todo lo necesario, y con las calamidades de la guerra, segun lo afirma Mariana en sus apuntamientos como testigo ocular, pues las vió al tiempo que pasaba desde Sicilia á Francia.

## CAPITULO XIV.

*Dispone el Turco una grande armada contra los venecianos, y pierden estos á Nicosia y Famagusta en la isla de Chipre. Alianza de los príncipes christianos contra el Otomano. Derrota de la armada de éste en la célebre batalla de Lepanto.*

Deseoso el gran Turco Selim de unir á su imperio la fertilísima isla de Chipre, declaró en este año una sangrienta guerra contra los venecianos. Envióles antes una embaxada pidiéndoles esta isla, y amenazándoles que si no se la restituian prontamente, tomaria venganza con las armas. La respuesta fue, que de ningun modo le entregarian una posesion, que por legítimo derecho era del dominio de Venecia; y que si se les movia la guerra, repelerian la injuria con sus armas y con sus riquezas. Habiendo despedido los venecianos al embaxador turco, comenzaron con grande actividad á disponer todo lo necesario para la defensa. No faltó el Pontífice á su deber en esta ocasion, pues además de haberles socorrido con todo el dinero que pudo recoger, procuró hacer una alianza de los príncipes para esta guerra. Rogó principalmente al Rey don Felipe, que mirase por el bien comun en el peligro tan grande que amenazaba á la christiandad, y le dió facultad para exîgir una considerable suma de las rentas eclesiásticas por via de subsidio; y al mismo tiempo mandó equipar doce galeras, para que no se dixese que solo les ayudaba con palabras. El Rey don Felipe como tan zeloso de la defensa del nombre christiano, envió al Oriente la armada de Doria compuesta de quarenta y nueve galeras. Mientras tanto los generales turcos Piali y Mustafá arribaron á Chipre con una grande armada

de doscientos y noventa navíos de todos géneros, y conduxeron su exército á la ciudad de Nicosia, situada á treinta millas del mar, la qual se hallaba defendida por Nicolas Dandalo con una corta guarnicion. No fue posible resistir mucho tiempo á la multitud de los enemigos, que se abrieron la entrada á costa de mucho estrago. En el último combate pereció Dandalo peleando valerosamente, y fue grande el botin que recogieron. A este tiempo se juntó la armada de los aliados en la isla de Candía, adonde se habia adelantado la de los venecianos mandada por Gerónimo Zani. Contábanse en ella doscientas y once galeras; y habiendo tenido un consejo de guerra, acordaron despues de muchos debates, marchar contra el enemigo, que creian se hallaba ocupado en la conquista de Nicosia. En el viage recibieron la noticia de estar ya tomada por los turcos, lo que causó en los ánimos de todos una extraordinaria consternacion. En aquella noche dispersó una tempestad las galeras, pero habiéndose aplacado el mar, se reunieron todas en breve tiempo. Los generales estaban discordes en sus dictámenes. Decian algunos que el provocar en batalla á un enemigo tan poderoso con la toma de Nicosia, y que tenia tan superior armada, y tan excesivo número de tropas, parecia una gran temeridad, que podria tener el mas desgraciado éxito: que la fortaleza de Famagusta, que era otra de las principales defensas de la isla, podria sostenerse por mas tiempo con una poderosa guarnicion, proveyéndola cuidadosamente de todo lo necesario; y que de ningun modo se debia exponer la armada á un mar tempestuoso, y en una estacion tan importuna, con vano esfuerzo y peligro gravísimo. Este dictámen fue seguido de todos. La armada otomana, dexando algunas pocas galeras, y un esquadron de

soldados cerca de Famagusta, para que impidiesen la entrada de víveres, se volvió á Constantinopla á la mitad del otoño. La veneciana arribó á Canea muy disminuida de gente, por las enfermedades que la afligieron. Navegaron á Italia por diversas partes Doria, y Colona que mandaba las galeras pontificias, y combatido este último por una tormenta, se halló á pique de perecer, habiéndole incendiado un rayo la galera Capitana. Pasó despues á otra, que fue estrellada contra la costa por la fuerza de los vientos, y se refugió en Ragusa donde pudo ocultarse, y se burló de la diligencia de los turcos que le reclamaban, en lo qual se distinguió mucho la fidelidad de los habitantes. Finalmente llegó á Italia despues de haber padecido nuevas calamidades, y Doria entró en Mecina con su armada íntegra y salva. De las quatro galeras que habia enviado el gran maestre de Malta, para que se juntasen á la armada, baxo las órdenes de Pedro Justiniani, dos fueron tomadas por Uluç-Ali en un combate, y las otras se salvaron por la fuga. Tal fue el éxito que tuvo aquella expedicion, emprendida al parecer contra la voluntad del cielo.

Los venecianos que habian quedado en Candía consultaban entre sí sobre el modo de socorrer la ciudad sitiada, y habiéndose resuelto á ello, entregaron á Marco Antonio Quirini doce galeras y quatro navíos de carga con tropas, víveres y todo género de municiones de guerra. Este pues se hizo á la vela á mediados de enero de mil quinientos setenta 1571.
y uno, y con feliz navegacion introduxo todos sus buques en el puerto de Famagusta, habiendo echado á fondo tres galeras enemigas, y tomado dos de carga, que se esforzaban á impedirle la entrada. Finalmente despues de haber desembarcado todas las cosas

que llevaba, y animado á la guarnicion con la esperanza de nuevos socorros, regresó á Candía con su armada en buen estado. Entretanto se dedicaba el Pontífice con el mayor conato en establecer la alianza para la guerra contra el Otomano, y pudo tanto con sus fervorosas y piadosas oraciones, y con los buenos oficios que practicó, que vencidas todas las grandes dificultades de este negocio, nacidas de las recíprocas pretensiones sobre el mando, y sobre lo que habia de contribuír cada uno, lo llevó felizmente al deseado efecto. Fue firmada la alianza por el cardenal Pacheco, y don Juan de Zúñiga embaxador á nombre del Rey don Felipe, porque el cardenal de Granvela que era el ministro plenipotenciario de España, habia marchado de Roma, para suceder en el virreynato de Nápoles á don Perafan, que falleció en el mes de abril. Por los venecianos la firmaron Miguel Suriani y Juan Soranci: y finalmente la subscribió el Pontífice y algunos cardenales. Esta alianza contenia muchos capítulos, y el principal era que la guerra se hiciese á expensas de los tres, disponiendo que el Rey don Felipe contribuyera con la mitad, los venecianos con la tercera parte, y el Pontífice con la sexta. Dióse orden para que se juntasen todos en Mecina, y fue nombrado generalísimo para esta empresa don Juan de Austria, el qual habiéndose hecho á la vela en Barcelona con quarenta y siete galeras, navegó á Génova acompañado de Requesens comendador mayor de Castilla, y de la principal nobleza. Llevaba consigo á Rodulfo y Ernesto hijos de su hermana, y desde Génova los envió á Alemania, adonde los llamaba el César su padre. Mandó á don Miguel de Moncada, de cuyo valor se habia servido en la guerra de Granada, que pasase prontamente á Venecia para dar noticia al senado de su llegada á Italia.

Recogida pues la armada italiana, pasó de Génova á Nápoles, y inmediatamente á Mecina donde le esperaban con ansia. Habiendo fallecido tiempo antes el marques de Pescara virrey de Sicilia, fue nombrado por su sucesor interino el duque de Terranova, el qual y los almirantes de las armadas recibieron á don Juan de Austria con admirable alegria y regocijo. Mandaba la veneciana Sebastian Venieri, porque acusado Zani de mala conducta en la desgraciada expedicion del año anterior, habia sido puesto en prision, en la que murió. Viendo el Austriaco el corto número de soldados, y la escasez que padecia de muchas cosas el almirante veneciano, procuró suplirle con los que á él le sobraban, y proveyéndole ademas de víveres y municiones de guerra. Contábanse en la armada veneciana ciento y ocho galeras; seis galeazas, que son unos navíos mucho mas grandes, y que siempre navegan al remo, armados de dos órdenes de cañones, dos naves de carga, y algunas fragatas. La armada española se componia de ochenta y una galeras, y veinte y dos naves de carga armadas en guerra, en las que iban embarcadas las tropas alemanas. Del Pontífice fueron solamente doce galeras mandadas por Marco Antonio Colona, á las que se juntaron tres de Malta, y otras tantas del Saboyano, y las seguian otros muchos buques ligeros. El número de soldados pasaba de veinte mil, y dos mil voluntarios españoles y italianos de la principal nobleza, entre los quales se distinguian los hijos de los duques de Parma y Urbino, jóvenes de excelsa índole.

A mediados de septiembre se hizo á la vela toda la armada del puerto de Mecina. Mientras tanto Famagusta, que se cree ser la antigua Salamina, combatida vigorosamente por largo tiempo, y no pudiendo ya sostenerse despues de once meses de sitio, fue

entregada á Mustafá por Marco Antonio Brodagini baxo de ciertas condiciones, obligándole á ello la falta de las cosas mas indispensables. Pero el bárbaro con una perfidia mas que púnica, despues de haberle cortado las orejas y las narices, le mandó desollar por mano de un judío, mientras que el infeliz llamaba á Dios como testigo y vengador de tan horrible engaño y maldad: y habiendo extendido la piel sobre una estera, la hizo colgar en la antena de una galera para que sirviese de público espectáculo. Astor, Balleoni, y los demas que se habian entregado, unos fueron pasados á cuchillo, y otros llevados cautivos. Entretanto la armada turca, mandada por el almirante Ali, invadió las costas del dominio veneciano donde hizo y recibió muchos daños. La confederada, cuyos generales estaban ya resueltos á dar la batalla, vino á las islas Echinadas situadas cerca de la desembocadura del rio Achelois. La armada otomana salió del golfo de Lepanto donde habia entrado, y se componia de doscientas y sesenta galeras, seguidas de otros muchos buques de diversas formas. Estaban discordes entre sí los capitanes turcos; pero habiéndose publicado una cédula del Sultan, venció el dictámen de que se diese la batalla. Ordenáronse pues para la pelea con admirable ardor en aquel fatal golfo, tan célebre por otros combates navales, animando á unos y otros la esperanza de la victoria. Ocupaba Doria el ala derecha, Agustin Barbarigo la izquierda, y don Juan de Austria el centro. En el frente se colocaron las seis galeazas al mando de Francisco Duodo capitan experimentado, para que con la multitud de la artillería que llevaban, destrozasen y desordenasen la armada enemiga. Don Alvaro de Bazan á quien el Rey don Felipe habia condecorado con el título de marques de Santa Cruz,

iba con treinta galeras auxîliares, para acudir adonde lo exîgiese el peligro.

Luego que don Juan de Austria dió vista á la armada enemiga mandó enarbolar en lo mas alto de su galera la bandera de la santa cruz; y con un cañonazo hizo la señal de que se previniesen todos á la batalla. Inmediatamente entró en una galera mas pequeña, y recorriendo tóda la armada, exhortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles que en aquel dia se trataba de la suerte de la religion, y de la patria, y de los padres y parientes: que en su diestra llevaban la victoria; y que el no conseguirla seria ignominioso á unos hombres tan fuertes; por lo qual era preciso vencer valerosamente, ó perder la vida con honra. Habló en particular á cada una de las naciones; las recordó sus mas heróycas hazañas, y las animó á la pelea. Otro tanto hicieron los generales de las armas; y al mismo tiempo se publicó por los sacerdotes la indulgencia plenaria concedida por el Pontífice á todos los que muriesen en tan piadosa empresa. La armada otomana navegaba en forma de media luna con viento en popa; pero la incomodaban mucho los rayos del sol que les daba de frente. Mandaba el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Uluc-Ali, y el cuerpo del centro Ali. Amurates fue destinado para que sirviese de auxîlio con algunas galeras y treinta fragatas, que tenian muy pocas fuerzas. Al tiempo mismo de dar el combate, advirtió don Miguel de Moncada al Austriaco, que en aquel dia se celebraba con mucha devocion la fiesta de nuestra Señora de los Remedios en la iglesia de los Trinitarios de Valencia. Como aquel príncipe era tan devoto de la Madre de Dios, se encomendó á ella con fervorosa piedad, y habiendo hecho el enemigo la señal de la batalla, le correspondió con un

cañonazo; y dispuestas ya todas las cosas se encaminaron á la pelea. Luego que estuvieron á tiro de cañon, las seis galeazas venecianas descargaron su artillería sobre la armada enemiga, y la desordenaron, haciendo en ella grande estrago, echando á fondo algunas galeras y destrozando otras.

Para evitar los turcos tan terrible ímpetu, y la lluvia de balas que caia sobre ellos, dividieron su armada en muchas esquadras; y juntándose otra vez, acometieron con una feroz gritería, y los nuestros los recibieron con mucho ruido de trompetas. Las naves capitanas trabaron una pelea atroz y sangrienta, y á su exemplo las galeras se embistieron unas contra otras, con grande estruendo de la artillería. El humo de la pólvora formó una niebla tan espesa, que obscureció enteramente el sol, y el dia parecia noche. Acaeció entonces una cosa admirable, y fue, que de repente calmó el viento que soplaba á los turcos por la popa, y levantándose el de Poniente, que era favorable á los nuestros, arrojó el humo ácia el enemigo. En el espacio de hora y media fueron rechazados por tres veces los genízaros por los españoles de la capitana, haciendo en ellos mucha mortandad; pero entrando por la popa otros de refresco en lugar de los heridos, rechazaron á los españoles otras tres veces. Cayó el almirante Ali herido en la frente de un balazo, y los españoles renovaron el combate con mucha gritería; derribaron y destrozaron todo quanto les servia de estorbo para la victoria; y se apoderaron de la capitana enemiga. Un historiador dice, que al tiempo que un español se aceleraba á llevar al Austriaco la cabeza de Ali, fue arrojada al mar; pero otros muchos afirman, que se clavó en la punta de una lanza, para que sirviese de espectáculo á todos, y este unánime testimonio me parece digno de mayor

crédito. Fueron hechos cautivos los dos hijos de Ali, el uno de diez y siete años, y el otro de trece. Levantóse en toda la armada un gran clamor de los que con ánimo alegre proclamaban la victoria, aunque todavia se peleaba atrozmente en muchos parages. Todo quanto se ofrecia á la vista era triste y lastimoso; pues por todas partes solo se oian los gritos de los que peleaban, y los gemidos de los que caian: no se veia otra cosa que muertos, heridos, y sangre, galeras apresadas en gran número, y otras despedazadas y echadas á fondo con sus defensores y remeros. Peleaban los venecianos intrépidamente en el ala derecha; pero habiendo sido herido Barbarigo en un ojo con una saeta, se abatieron de tal suerte los ánimos de los soldados que estuvo muy á pique de ser tomada su galera. El marques de Santa Cruz conociendo el peligro en que se hallaban sus socios, acudió prontamente al socorro, y reprimió el furor de los enemigos, que ya habian derrotado ocho galeras. Reanimáronse los venecianos con su exemplo, y pelearon con nuevo esfuerzo; y habiéndose mudado la fortuna, se apoderaron de muchas galeras enemigas; otras huyeron ácia tierra, de las quales encallaron veinte en la playa, y abandonándolas sus tropas, las incendiaron los vencedores. Doria que en el ala izquierda hacia frente á Uluc-Ali para pelear, habia extendido su esquadra (separada de la armada) para evitar que le rodease el enemigo. Este para librarse de la artillería de las galeazas, que tenia mucho alcance, se retiró del lugar de la pelea, y acometiendo repentinamente á nuestras galeras dispersas, apresó doce de ellas, con mucho estrago de su gente. La capitana de Malta fue muy maltratada: perecieron casi todos sus soldados y cincuenta caballeros, y su capitan Justiniani recibió muchas heridas, y perdió

la bandera. Pero viendo Uluc que venia contra él la esquadra de Doria, echó á huir en alta mar para evitar la pelea, y abandonó la presa. Salióle al encuentro don Juan de Cardona con ocho galeras sicilianas, de las que era almirante, para que no quedase impune su audacia. La pelea fue desigual con un enemigo que se hallaba con muy superiores fuerzas, y Cardona hubiera pagado su temeridad; pero el bárbaro viendo que se dirigia ácia él la esquadra vencedora del Austríaco, se puso en fuga á vela y remo, dexando libre á Cardona. Los vencedores procuraron seguirle el alcance, mas no pudiendo conseguirlo, se tornaron á recoger los despojos.

## CAPITULO XV.

*Repartimiento de la presa ganada en Lepanto. Varones ilustres que murieron en esta memorable batalla. Toman los españoles la fortaleza de Final.*

A esta feliz batalla se siguió el saqueo de las naves enemigas, en las quales encontraron gran cantidad de oro y plata en moneda, y muchos vestidos y otras cosas de valor. Fueron hechos cautivos siete mil novecientos y veinte de los enemigos, sin contar los que ocultó el soldado; y las naves apresadas ciento sesenta y siete, algunas de las quales quedaron enteramente inútiles; las despedazadas y quemadas pasaron de setenta; y mas de trece mil cautivos christianos que estaban al remo fueron puestos en libertad. La armada vencedora perdió diez y siete galeras, y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres; y es constante opinion que el número de los enemigos muertos en el combate, abrasados y sumergidos, llegó á

treinta y cinco mil. Sucedió esta batalla un domingo á siete de octubre, la que se sostuvo con suma fuerza desde la hora de sexta hasta la de nona, á cuyo tiempo comenzaron á decaer los turcos; y desde aquella hora mas fue una carnicería que un combate. Refiérese que las aguas del mar se tiñeron de sangre, y que todo él se hallaba cubierto de antenas, mástiles, cadáveres y todo género de instrumentos navales. Congratulábanse mútuamente los vencedores, y se elogiaban unos á otros sus hazañas, valor y audacia; y el Austriaco dió á todos muchas gracias con las mayores muestras de alegria, y especialmente á Duodo que mandaba las galeazas, por su admirable pericia, habiéndole dado cartas para que sirviesen de testimonio de su valor y destreza; pues como dice un autor italiano de aquel tiempo sin estas galeazas, ó no hubieran vencido los nuestros, ó hubieran vencido con mucho trabajo. Por el contrario las de los turcos, que eran mucho mas altas, hicieron poco daño en las nuestras porque la mayor parte de sus balas pasaban sobre ellas quasi sin tocarlas. Los galeotes christianos, libres de sus cadenas, pelearon como hombres valerosos, para conseguir la libertad que se les habia ofrecido en premio. Pero los christianos que remaban en la armada enemiga, luego que los nuestros proclamaron la victoria, rompieron sus cadenas, y tomando las armas de que habia mucha copia en las galeras, se apresuraron á ponerse en libertad.

Perecieron en esta batalla hombres esclarecidos por sus hazañas y nacimiento: Barbarigo atravesado de una saeta: don Bernardino de Cárdenas de una bala, y otros. A don Alvaro de Bazan le libertó la vida su escudo, y Venier fue herido de una saeta en una pierna. De los turcos murieron muchos anti-

guos capitanes, gobernadores de provincias, y gran número de piratas muy célebres. Viendo Amurates el mal estado de la batalla, se puso en salvo por la fuga, y Partan otro de los grandes, habiendo perdido la galera, se escapó en una fragata ligera. Reservóse para sí el Austriaco quarenta y siete cautivos de los mas principales, y los hijos del muerto Ali, los que despues envió con Colona al Pontífice, y el mayor de ellos murió de tristeza. Para evitar las contradicciones que se encuentran en los historiadores de este suceso, hemos seguido en las mas de las cosas á Gerónimo de Torres, que se halló en la batalla, y escribió con mucho cuidado y diligencia. Recogidos los despojos, fue conducida la armada en aquella noche al puerto que en otro tiempo se llamó Régia Fuente, situado en la tierra firme enfrente de Corfú; lo que fue muy oportuno, pues habiéndose levantado una tempestad, turbó extraordinariamente el mar, y arrojó á la costa todos los fragmentos de las naves despedazadas en la batalla. Alli se repartió la presa conforme á lo pactado en la alianza; y tocaron al Papa veinte y siete galeras, quarenta y seis piezas de artillería de todos calibres, y mil y doscientos cautivos: al Rey don Felipe ochenta y una galeras, con la Capitana que habia sido apresada, doscientos quarenta y ocho cañones, y dos mil y seiscientos cautivos: á los venecianos cincuenta y quatro galeras, ciento veinte y ocho cañones, y dos mil y quatrocientos cautivos: y á don Juan de Austria la décima parte de toda la presa, conviene á saber, diez y seis navios, y setecientos y veinte cautivos; y por entonces no se le adjudicó ninguna artillería, por haberse suscitado controversia sobre esto, cuya decision quedó al arbitrio del Pontífice. Envió aquel príncipe con dos galeras á Lope de Figueroa al Rey

don Felipe con cartas en que le anunciaba la victoria el conde de Priego al Papa, y don Pedro Zapata al senado de Venecia. Finalmente envió á Ascanio de la Corne á Leucata para que reconociese las fortalezas de la ciudad, y si podria ser tomada por asalto ó en pocos dias. Volvió Ascanio de su comision, y le informó que la ciudad estaba muy guarnecida, y situada en un lugar pantanoso, y que no podia ser conquistada en poco tiempo: por lo qual, temeroso el Austriaco de las tempestades del otoño, y de que le faltasen víveres, desistió de aquella empresa, y se dirigió á Corfú donde se hallaban detenidos algunos navíos, que por los vientos contrarios no habian podido seguir la armada. Regaló á los soldados con las provisiones que tenian estos buques, y habiendo despedido á sus socios, navegó á Mecina, y entró en el puerto con una especie de triunfo, llevando las banderas cautivas arrastrando por el agua y las galeras á remolque. Desde el puerto pasó á la ciudad en medio de las festivas aclamaciones, y extraordinario regocijo de sus habitantes. Lo primero que hizo fue dar gracias á Dios por tan insignes beneficios, y lo mismo se practicó con gran solemnidad en todo el orbe christiano. Para cumplir el voto que habia hecho, mandó don Juan de Austria á Moncada que diese orden para entregar cien escudos á la iglesia de nuestra Señora de los Remedios de Valencia; y otra igual ofrenda hizo á la Vírgen en Mecina. Pero deseoso Moncada de extender el culto de la Madre de Dios, y de enriquecer con tesoros espirituales aquel templo, que para sepulcro de los Moncadas habia edificado su tio don Guillelmo obispo de Tarazona, marchó á Roma y obtuvo una bula del Santísimo Pontífice Pio V, por la que concedió muchas indulgencias á los que confesados y comulgados dignamente

hiciesen oracion en aquella iglesia en el dia en que se ganó esta victoria; cuya bula traduximos antes de ahora en lengua española, y la hicimos colocar sobre la pila del agua bendita, para que todos puedan leerla. Finalmente llegó Moncàda á Valencia y entregó los cien escudos á fray Juan Ruesta ministro del convento, como consta de su recibo auténtico. Tambien llevó la bandera de la alianza, para que fuese colgada en la media naranja en memoria de la victoria ganada, y el vestido de escarlata que llevaba Ali al tiempo de dar la batalla bordado de cipreses de oro con admirable artificio, para que haciendo de él un frontal, se dedicase al culto divino en el altar mayor, lo qual se manifiesta al público el dia siete de octubre, en que se celebra el aniversario de esta victoria con extraordinaria concurrencia del pueblo; y el predicador refiere en su sermon todos los sucesos de la batalla.

Gozoso en extremo el Rey don Felipe con la alegre nueva, dió humildes gracias al Señor á quien atribuia tan grande beneficio, y mandó que se diesen en todas las iglesias de España, y que en la metropolitana de Toledo se celebrase perpétuamente la memoria del dia en que fue derrotada la armada de los turcos. Al mismo tiempo llegaron á las costas de Andalucía las flotas de Nueva España y del Perú con ricos tesoros; y para colmo de alegria le nació un hijo, que en el bautismo fue llamado don Fernando. Habia alguna sospecha de que los franceses deseaban apoderarse de Final, ciudad situada en las costas de Génova, habiéndose sublevado sus habitantes contra el marques Carreto. Esta novedad incomodaba mucho á los españoles que se hallaban dueños de la Lombardía; y para oponerse á ella envió el duque de Alburquerque á don Beltran de Castro su sobri-

no, hijo de su hermana, con tropas, y despues de una ligera expugnacion fue entregada la fortaleza por Juan Carreto, pariente del marques, que habia ido á defender su causa á presencia del César. Concedióse á Juan la facultad de sacar sus bienes, como se acostumbra con los que se entregan voluntariamente; y hecho esto se confió la fortaleza al mando del capitan Antonio Olivera, con una guarnicion de doscientos españoles. Poco despues falleció el duque de Alburquerque, y le sucedió Requesens en el gobierno de la Lombardía.

# LIBRO SÉPTIMO.

## CAPITULO PRIMERO.

*Nuevas rebeliones de los hereges en Flandes, y piraterías de los gueusios. Muerte de San Pio V, y eleccion de Gregorio XIII. Expedicion de los venecianos y don Juan de Austria contra el Turco.*

El principal cuidado que tenian en Flandes los rebeldes era impedir que los arrojasen fácilmente de su patria, como habia sucedido en los años antecedentes, establecerse en un lugar fortificado, y asegurar su partido. Tomó á su cargo esta empresa Hermano Ruiter hombre astuto y audaz, natural de Bolduc, que habiendo juntado un esquadron de hombres perdidos, tomó por ardid la fortaleza de Lovestein situada en la isla de Bomel, que forma el confluente de los rios Mosa y Vahal, y pasó á cuchillo su guarnicion, cuyo hecho encendió la llama de la guerra y incitó los ánimos de otros, que en los años

siguientes la fomentáron con mas ardor. Gozosos los desterrados con este suceso, juzgaban que aquel puesto era oportuno para el asiento de la guerra; pero los españoles que se hallaban de guarnicion en Bolduc inutilizaron sus designios, pues inmediatamente envió don Rodrigo de Toledo á Lorenzo Perea con doscientos soldados expeditos, el qual acometiendo á la fortaleza, la recobró antes que les llegasen los socorros que esperaban. Quedó muerto Ruiter con algunos de sus compañeros; y su cabeza fue llevada á Bolduc y clavada en un palo en medio de la plaza. Los pocos que fueron presos perecieron ahorcados, y rotas las piernas en diversos lugares. Entretanto arrojados de Flandes los gueusios, y confiscados sus bienes, se dedicó la mayor parte de ellos á la piratería para sustentar la vida, habiéndoselo permitido el príncipe de Orange baxo la condicion de que le darian la quinta parte de las presas. Á estos gueusios llamados vulgarmente Aquáticos, comenzaron á perseguir los Reyes de Dinamarca y Suecia como á públicos ladrones y enemigos del género humano, y la Reyna de Inglaterra, á peticion del duque de Alba, les prohibió la entrada en los puertos de la isla. Creciendo pues la audacia de estos hombres con la multitud que se les juntaba, causáron graves é irremediables daños, tal vez por la errada conducta del duque de Alba, que no procuró como debia, quitarlos del mar con una poderosa armada, quando se hallaba tan superior á ellos en fuerzas terrestres, que de ningun modo se atrevian á hacerle frente. Pero apenas los habia quebrantado, y no derrotado, hizo colocar por este tiempo en la fortaleza de Amberes su estátua, fabricada del dinero confiscado, con varios símbolos y inscripciones griegas y latina de sus hazañas: cosa á la verdad intempestiva, y que fue

censurada por los historiadores flamencos y extrangeros, segun el afecto que dominaba á cada uno. No obstante permaneció allí poco tiempo la estátua, habiendo sido quitada de orden del Rey don Felipe por Requesens que sucedió en el gobierno al duque de Alba, cuya arrogancia fue tácitamente reprehendida.

En España, despues que fueron sujetados los moriscos, se hallaban tranquilas todas las cosas. El cardenal Zúñiga que caminaba á Sevilla luego que se concluyeron las bodas del Rey, murió de repente en Jaen, y su cuerpo fue conducido á aquella capital. Sucedió en el arzobispado don Christóbal de Sandoval, trasladado que fue de la iglesia de Córdova; y don Francisco Blanco fue electo arzobispo de Santiago, en lugar de don Christóbal Vertodano, muerto poco antes. Tambien falleció en este año el cardenal Espinosa, y se confirió la presidencia del consejo supremo de Castilla á don Diego de Covarruvias obispo de Segovia, el mayor jurisconsulto de aquellos tiempos, como le llama un italiano que le antepone á Budeo, y Cujacio. Murió al mismo tiempo Muñatones obispo de Segorve, despues de haber concluido un puente de piedra cerca de Xérica sobre el rio llamado Uduba por Plinio, que desde allí atraviesa los campos de Segorve y Morviedro, y desemboca en el mar, obra de gran comodidad para los caminantes. Tuvo por sucesor á don Francisco de Salazar. En este año erigió el Rey una nueva audiencia en la isla de Mallorca para administrar justicia á todas las inmediatas, y fueron nombrados seis oidores de mucha probidad, isleños, y catalanes.

Entretanto el Pontífice hacia todos sus esfuerzos por medio del cardenal Alexandrino, y del padre Francisco de Borja prepósito general de la Compañía

de Jesus, á fin de que los príncipes cathólicos hiciesen alianza para la guerra sagrada. El Portugues deseaba con ardor destruír la impía y cruel secta mahometana, y intentó atraher al Frances á esta guerra, ofreciéndole que casaria con Margarita su hermana, y que el dote seria la alianza que él híciese contra el Turco. Pero el Rey Carlos le respondió, que no convenia á la Francia implicarse en guerras extrañas, quando en lo interior del reyno habia tantos súbditos rebeldes; y que no podia ya disponer cosa alguna de su hermana, por haberla prometido al príncipe de Bearne, á quien habia recibido en su gracia. Sigismundo Rey de Polonia pedia muchas cosas absurdas, atendiendo solo á sus particulares intereses. El César alegaba que la alianza jurada que habia contrahido con el Turco, le impedia hacerle guerra. Los venecianos enviaron una embaxada al Rey de Persia, exhortándole á que juntase con ellos sus armas contra el comun enemigo; pero todo fue en vano. De este modo mirando cada uno á sus conveniencias domésticas, se escapó la ocasion de oprimir al tirano. Los confederados tenian diversos pareceres y proyectos, y cada qual queria disponer las cosas á su arbitrio. Creian algunos que seria facil apoderarse de la Morea, que estaba llena de christianos, los quales poco tiempo antes habian pedido secretamente á don Juan de Austria que los libertase del yugo de los turcos, ofreciéndole para esto todas sus fuerzas; cuya propuesta no desagradó á aquel jóven deseoso de reynar. Estando ya todo dispuesto para la navegacion, y mientras que esperaba la orden del Rey don Felipe, falleció el Santo Pontífice Pio V
1572. el dia primero de mayo de mil quinientos setenta y dos á los sesenta y ocho de su edad, con grave sentimiento de todo el orbe christiano, despues de ha-

ber tolerado con admirable paciencia los cruelísimos dolores de la piedra, y habiendo recibido con exemplar devocion los Santos Sacramentos. Su cuerpo fue depositado en el Vaticano hasta que el Papa Sixto V le mandó trasladar á la iglesia de Santa María la mayor, en la capilla donde se conserva el pesebre donde la Vírgen María recostó á Jesus recien nacido; y finalmente el Papa Clemente XI le colocó solemnemente en el número de los Santos.

Para reparar tan grave pérdida, se congregó el colegio de los cardenales, y al dia siguiente de haber entrado en cónclave, que fue el trece de mayo, crearon sumo Pontífice á Hugo Boncompagno natural de Bolonia, y con extrordinaria alegria de todos recibió la sagrada thiara en el dia de Pentecostés. En su coronacion se llamó Gregorio, y fue el XIII de este nombre. Al principio de su pontificado corrió la voz de una próxima guerra entre los príncipes christianos, y procuró con el mayor cuidado que no se impidiese llevar á efecto la alianza contrahida. Habíase extendido por todas partes este rumor, y el duque de Alba y Requesens temian la invasion de Flandes y la Lombardía; porque á la verdad habia indicios nada obscuros de que el Frances se disponia para introducir la guerra en una y otra parte. Por tanto dió el uno aviso del peligro á don Juan de Austria, y el otro suplicó al Frances que no enviase socorros á los gueusios. Tambien le escribió cartas el Rey don Felipe para retraherle de la guerra, recordándole el parentesco de afinidad que entre los dos mediaba, y los beneficios que le habia hecho. Pero todo parecia en vano, porque el viejo Monluc aconsejaba y persuadia al Rey Carlos, que convenia volver sus armas contra España: que de otro modo nunca estaria quieta la Francia: que abra-

zarian su partido muchos príncipes, á quienes importaba mucho quebrantar la potencia española, para impedir que una sola nacion se hiciese árbitra de todas. Estas y otras cosas semejantes decia Monluc, y ciertamente Isselmo apoyado en la autoridad de otros escritores, asegura de Cosme que habia firmado en secreto la alianza con el Frances; y que se habia tratado con el príncipe de Orange de dividir la Flandes baxo de ciertas condiciones. No obstante, otros quieren persuadir que esto fue una guerra simulada, y una astucia para hacer caer en el lazo á los hugonotes; pero es obra muy dificil escudriñar los secretos de los príncipes, por lo qual muchas cosas jamás llegan á saberse con certeza. Finalmente, noticioso de todo el Rey don Felipe por las cartas de don Francisco de Álava su embaxador en la corte del Rey Carlos, y de que en Flandes agitaban la guerra con mayores fuerzas los gueusios y los hugonotes, mandó á don Juan de Austria que sostuviese la guerra contra el Turco, y que previniese la armada y el exército, á fin de acudir prontamente al socorro de la Lombardía, en caso que fuese invadida. Conmovido gravemente el Pontífice con esta nueva, amenazó que revocaria la concesion de las rentas eclesiásticas, destinadas solo para los gastos de la guerra otomana, si con este pretexto se impidiese la proyectada expedicion. Tambien se quejaban los venecianos de que con la fingida guerra francesa se inutilizaba la alianza, y que con esta demora se perdian los gastos, con poco ó ningun fruto. Don Juan de Austria hizo por su parte los buenos oficios que pudo en favor de la causa comun, incitado por su propia esperanza, pues amonestó con disimulo á su hermano del peligro que amenazaba á la Italia, si no salia al encuentro del Turco con una armada.

El Rey don Felipe, aunque no ignoraba que los designios del senado veneciano en aparentar una guerra formidable, ó en derrotar otra vez la armada enemiga, eran el conseguir del Turco la paz con equitativas condiciones, pues tenia noticia de que al mismo tiempo se trataba de ella en Constantinopla por el embaxador de Francia; no obstante para cumplir con la palabra, y atender á su fama aunque fuese con su propio peligro, ofreció á Antonio Tiepolo embaxador de Venecia sesenta y cinco galeras, con algunas naves de carga, para que se juntasen á la armada confederada. Entretanto á instancia del Pontífice habia enviado don Juan de Austria al marques de Santa Cruz á la isla de Corfú con quatro navíos, en que conducia los víveres y municiones. Despues entregó á Colona veinte y cinco galeras al mando de Andrade, para juntarlas tambien á la armada, dándole palabra de que en breve se haria á la vela con las demas. Uluc-Ali que en el año anterior fue creado almirante del mar, dispuso con increible celeridad una armada compuesta de doscientos y ocho navíos de todos géneros, con la qual desembocó el estrecho de los Dardanelos á tiempo oportuno para defender la Morea, que iba á ser invadida por los enemigos. Colona, y Jacobo Foscarini que mandaba aquel año la armada veneciana, salieron de Corfú sin esperar la llegada de don Juan de Austria, y habiendo descubierto á la armada enemiga en el promontorio de Malea, se ordenaron en batalla para pelear, aunque era muy inferior el número de sus navíos. El bárbaro para no perder su fama dispuso toda su armada, y se mostró pronto á combatir; y alegres los nuestros con la esperanza de la victoria, se dirigieron contra él, y comenzaron desde luego la pelea, con grande estruendo de la artillería. Pero el enemigo

que tenia muy distintas ideas, para evitar el encuentro, volvió la proa de sus galeras ácia los nuestros, y encubierto con el mucho humo que hacia la artillería, se puso en salvo, y se retiró á Tenaro. Burlados de este modo los nuestros por el bárbaro, y no pudiendo seguirle porque ya era de noche, se recogieron á la isla de Cyterea distante cinco millas del promontorio de Malea, para observar desde alli los movimientos del enemigo.

Despues que don Juan de Austria recibió las órdenes de su hermano, mandó á Doria que se quedase en Sicilia con parte de la armada y del exército, á fin de acudir adonde le llamase el peligro, y navegó á Grecia con el resto de los buques muy bien equipados y provistos. Luego que arribó á Corfú, llamó á Colona, para que no se hallase expuesto al encuentro del enemigo, que navegaba con duplicado número de velas. Al tiempo que la armada confederada volvia á Corfú, fue descubierta por los turcos desde lo alto de un monte; y dexando inmediatamente la aguada, salió la armada otomana ordenada en batalla. Los nuestros se encaminaron intrépidos á la pelea con viento favorable, pero cesando éste de improviso, se colocaron de frente los navíos á remolque, formando una especie de muro. Algunos que se adelantaron tuvieron varias escaramuzas mientras llegaban los demas que estaban detenidos por la calma; y temiendo el bárbaro su encuentro, procuraba con ardid apoderarse de las naves, que se hallaban separadas de las galeras, extendiendo á este fin las alas de su armada. Soranzo que mandaba el ala derecha trabó desde lejos la pelea con inconsiderada audacia. Pero habiéndose retirado á los navíos, de los quales era poco seguro el separarse, se concluyó el combate con la pérdida de una galera, y algunas

quedaron maltratadas. El bárbaro se retiró al promontorio de Malea con trece de las suyas derrotadas y sin remos, habiéndole seguido en vano los nuestros, que pasaron aquella noche en Cyterea. Desde alli se volvieron á Corfú, como les era mandado, donde fueron recibidos por don Juan de Austria con rostro poco alegre, porque sin esperarle á él habian acometido al enemigo, que tenia mas numerosa armada. Disculpáronse lo mejor que pudiéron; y habiendo recibido un esquadron de soldados para mayor defensa, navegaron á Cefalonia. Componíase la armada de ciento y sesenta navíos, galeras y galeazas, á las que seguian otros buques menores. Tuvieron noticia de que el enemigo se hallaba anclado en Novarino, que es la antigua Pylos, patria de Nestor, y se resolvió de comun acuerdo apoderarse de noche de las entradas del puerto. Pero se desgració la empresa por un vergonzoso error de los pilotos, pues dirigieron la armada á la isla de Proudo distante ocho millas de Pylos. Habiéndola reconocido los enemigos al amanecer, salieron de alli inmediatamente, y se retiraron á Modon puerto muy fortificado, con increible dolor de don Juan de Austria al ver que se le escapaba la victoria, que tenia entre las manos. Intentó en vano con varios ardides atraher al bárbaro á la pelea. Los venecianos deseaban tomar á Pylos para poseer en el continente un puerto capaz de muchos navíos, y se encargó este negocio á Alexandro Farnesio, dándole un buen esquadron de gente. Pero lo impidieron las copiosas y pertinaces lluvias, y con mucho trabajo se retiraron las tropas. Don Juan de Austria propuso en un consejo de guerra acometer con todas las fuerzas al puerto de Modon, asegurando que á costa de algunas pocas galeras conseguirian del enemigo una ilustre victo-

ria, si los favorecia la fortuna que siempre era propicia á los hombres audaces. Este proyecto no llegó á tener efecto, por considerarlo muy peligroso los demas capitanes. Detúvose todo un dia delante del puerto provocando á la batalla, para que éste que tantas veces habia huido se confesase vencido. Una sola galera peleó en singular combate, y fue apresada por el marques de Santa Cruz. Finalmente no pudiendo el Austriaco saltar á tierra, por la mucha caballería enemiga que se lo impedia, ni teniendo tampoco ocasion de pelear en el mar, se hizo á la vela para el Occidente el dia diez y siete de octubre. Una galera del Pontífice pereció encallada en los baxos de la isla de Paxin, distante cinco millas de Corfú, y se salvó del peligro la mayor parte de su tripulacion. Los venecianos se detuvieron en Corfú; Colona llegó sano y salvo á Roma; y don Juan de Austria entró felizmente en el puerto de Mecina.

## CAPITULO II.

*Casamiento de Enrique príncipe de Bearne. Muerte de su madre en París, y del almirante Coligni. Memorable mortandad de hugonotes comenzada en el dia de San Bartholomé. Movimientos de los hereges en Holanda.*

No se hablaba en Francia de otra cosa que de hacer la guerra á Flandes, y del casamiento del príncipe de Bearne, y corria la voz de que Coligni seria nombrado general de las tropas. Su teniente Genlis hacia en las fronteras algunas hostilidades con un pequeño esquadron. Habiendo sido llamado por el Rey el de Bearne, se traxo consigo á París á Coligni, y al príncipe de Condé, á quienes seguian mucha nobleza

y gente armada. Juana su madre, aunque repugnaba estas nupcias, se habia adelantado á aquella capital para hacer los preparativos necesarios. A la verdad parecia desgraciado este casamiento, no habiéndose obtenido antes la defensa Pontificia; y lo cierto es que despues se justificó con muchos documentos que habia sido nulo. Para decirlo todo en pocas palabras, Juana murió repentinamente, y se creyó no sin fundamento, que la habian dado un veneno, que la trastornó el cerebro. No obstante dió el Rey muchas señales de dolor, y despues de concluidas sus exêquias, se celebró el matrimonio con magnífica pompa. Pero el comun regocijo se convirtió en llanto con la calamidad de Coligni, á quien un criado del duque de Guisa disparó un balazo por una ventana. Conmovidos en gran manera con este suceso los de su partido, comenzaron á desconfiar del Rey, el qual habiendo llegado á saberlo manifestó mucho disgusto en su semblante y palabras. Clamaban los hugonotes que tomarian á mano armada satisfaccion de esta maldad, si el Rey no se adelantaba á hacerlo; y estas amenazas las proferian á presencia del mismo Rey, á quien se presentaron en gran número. La insolencia de estos hombres aceleró la mortandad executada en la famosa noche de San Bartolomé, para la qual dió el Rey permiso en secreto á Guisa y Aumale. Estos pues movidos por el zelo de la religion, y incitados de sus odios particulares, acometieron con un esquadron de gente armada á la casa de Coligni, y derribando la puerta del aposento, arrojaron por una ventana á aquel viejo, que ya estaba tan cercano á la muerte. Entretanto el pueblo dividido en compañías baxo la conducta de ciertos capitanes, habiendo oido el sonido de una campana, corria por las calles y por las plazas, registraba las casas de los hugonotes, y ar-

rastraba y degollaba todos los que encontraba, sin distincion alguna de edad ni dignidad: en el patio mismo del palacio real fueron asesinados muchos sequaces de los príncipes Borbones, y el estrago duró en todas partes por espacio de tres dias seguidos. El cuerpo de Coligni fue llevado arrastrando á la horca, y le colgaron de los pies. Un escritor de aquel tiempo afirma que perecieron en París mas de diez mil personas, y entre ellas quinientos nobles, y que en el resto de la Francia llegaron á sesenta mil, alcanzando la calamidad á todas las ciudades por mandado del Rey. Los dos príncipes Borbones se libertaron de la muerte, y uno y otro fueron puestos en libre custodia, ofreciendo que se emendarian de allí adelante, y el cardenal y el Jesuita Maldonado pusieron todo su conato en instruirlos. Finalmente fueron recibidos en el gremio de la iglesia con los hermanos de Condé, los quales perseveraron constantemente en la verdadera religion; pero los Borbones, despues de haber obtenido su libertad, volvieron otra vez á sus antiguos errores.

El duque de Alba se esforzaba en Flandes á exîgir los tributos impuestos, á pesar de la repugnancia de los estados; y aunque enviaron cartas y diputados al Rey, exponiéndole el excesivo rigor de estas providencias, no alcanzaron alivio alguno; con gran dolor y llanto de los flamencos: por lo qual el incendio que estaba mal apagado, volvió á tomar nuevo aumento, para no extinguirse jamás. La primera chispa cayó sobre la isla de Walkeren en la Zelanda, habiendo sido tomado Brill por Guillelmo de la Marca señor de Lume, con el auxîlio de un esquadron de piratas: y los españoles mandados por don Fernando de Toledo no pudieron recobrar esta ciudad, que se hallaba muy fortificada. Gobernaba aquella provincia

Maximiliano conde de Bosú, hombre de no menor valor que talento; que no pudiendo alcanzar por medios suaves de los habitantes de Roterdam, que recibiesen á los españoles dentro de los muros, los introduxo al fin por la fuerza y el arte. Los soldados irritados castigaron la contumacia de aquellos con el saqueo de la ciudad: hecho á la verdad detestable y executado en el mas importuno tiempo; pues aterradas con él otras ciudades, que se hallaban fluctuantes en la fidelidad, cerraron sus puertas. Flesinga tomó las armas para impedir que entrase en ella una guarnicion de españoles, á causa de haberse esparcido la voz de que los enviaba el duque de Alba para exîgir los tributos impuestos. Alvaro Paric que estaba encargado de levantar la fortaleza, fue preso con engaño y padeció el suplicio de la horca. Midleburg fue acometida inutilmente por los gueusios que acudieron de todas partes; y habiendo llegado Sancho Dávila con un valeroso esquadron, hizo levantar el sitio, no sin pérdida de los enemigos.

Como la sedicion se propagó á un mismo tiempo en toda Flandes por las instigaciones y manejos de Luis de Nasau, los gueusios mezclados con los franceses se apoderaron casi en unos mismos dias de Mons ciudad capital de la provincia de Hainault, y de Valenciennes, aunque fue con diversa fortuna, pues habiendo retenido aquella, perdieron ésta á la llegada de don Juan de Mendoza con tropas. Gerónimo Serasio, que mandaba en Flesinga, puso asechanzas de orden de Orange á Brujas y Gante, pero sin efecto alguno; y aunque tambien acometieron á Goetz, fueron rechazados los gueusios y ingleses con ignominia y pérdida. Despues de esto se rebeló la Exclusa; y finalmente toda la Holanda, á excepcion de Amsterdam y Sconou, arruinando los sediciosos

las iglesias y edificios sagrados; con muerte de muchas gentes. La misma llama invadió á Gueldres, apartó de la obediencia del Rey no pocos pueblos, y se extendió tambien en la Frisia. Esta repentina consternacion de los flamencos tuvo su origen en la décima impuesta; pues habia corrido la voz por las ciudades de que para exigirla eran enviados los españoles á Holanda. El odio y envidia que se atraxo el duque de Alba concilió tanto favor al príncipe de Orange, que las ciudades se le entregaban á porfia como á vengador de la libertad, y de este modo sujetó una buena parte de Flandes. Tantos movimientos, y tan súbita mudanza de cosas dexaron atónito y en alguna manera confuso á aquel hombre tan magnánimo, hallándose tan perplexo, que no sabia á qué parte dirigiria primero sus armas. Despues que hubo deliberado en consejo de guerra, mandó á su hijo don Fadrique á principios de julio que marchase con parte de las tropas á sitiar á Mons. Pero Genlis que no estaba lejos de alli, se puso en camino á la ligera con mas de siete mil hombres armados, para introducir socorros en la ciudad. Acometióle el Español en campo raso, y le derrotó con gran facilidad: se asegura que murieron en la pelea mil y doscientos hombres, y que fueron hechos prisioneros quatro mil con quasi todas sus banderas. Los dispersos cayeron en manos de los labradores, que se vengaron cruelmente de las injurias que habian recibido; y Genlis fue llevado á Amberes, donde murió poco despues.

A este tiempo llegó el duque de Alba con la fuerza de sus tropas acompañado del duque de Medinaceli nombrado por su sucesor, que poco antes habia arribado á las costas de Flandes con dinero y gente. Habia puesto Nasau su campo alrededor de la ciudad para defenderla, y sus muros fueron batidos con mu-

cha artillería. Entretantó habiendo juntado el príncipe de Orange en Alemania un poderoso exército de veinte y dos mil hombres, pasó con ellos el Rhin, y tomó á Ruremunda al segundo asalto por la traicion de algunos habitantes hereges, que le abrieron una puerta. Despues de haberse ensangrentado en los cathólicos, y saqueado y destruido todas las cosas sagradas, atravesó el rio Mosa; se hizo dueño de Malinas, por entrega de algunos hombres perdidos, antes que lo supiese su gobernador, y la aseguró con una guarnicion. Para tomar á Lovayna necesitaba de mayores fuerzas; porque sus habitantes volaron armados inmediatamente á las murallas. Por esto pues, y á fin de no llegar tarde á Mons para sacar á su hermano del peligro, habiendo recibido de los lovanienses diez y seis mil escudos, como lo afirma Isselt que estudiaba entonces en aquella ciudad, se retiró de allí. Luego que llegó á la vista del duque de Alba le provocó á la pelea; pero la rehusó el Español, noticioso de que las tropas no podian permanecer en el campo por carecer de dinero y de víveres. Hubo no obstante algunas leves escaramuzas; y una noche los españoles encamisados penetraron en el campo, y pasaron á cuchillo á muchos, y aun el mismo Orange estuvo muy próximo á perecer, como dice Estrada. Despues de esta desgracia, y viendo que no podia expugnar el campo español, procuró hacer saber á su hermano que mirase por sí, y se pusiese en salvo, y no tardó mucho en tomar este consejo, habiendo entregado á Alba la ciudad con ciertas condiciones. Irritado el de Orange contra su mala fortuna, y temeroso de su mismo exército que estaba muy exásperado por la falta de paga, se escapó como pudo á Delft, para evitar que tumultuándose los suyos le entregasen al duque de Alba. Este levantó su campo y marchó al

Brabante, donde recobró sin tardanza á Malinas, y aunque los sacerdotes en hábito de rogativa le salieron al encuentro para aplacarle, entregó no obstante la ciudad al saqueo de los soldados, que cometieron todo género de excesos, absteniéndose solo de derramar sangre: Perdonó á los de Lovayna por la mediacion del duque de Arescot, que disculpó quanto pudo el hecho.

Viendo el duque de Medinaceli que todo Flandes ardia en sediciones mucho mas de lo que habia creido; que el de Alba rehusaba entregarle el gobierno hasta que todo estuviese arreglado; y que las cosas empeoraban mas cada dia, se volvió á España poco despues que habia llegado á Flandes. No pueden referirse sin horror las crueldades que en este intervalo de tiempo executaron los hereges con los eclesiásticos en todas partes, y especialmente en Alcmar y Sconou, de cuyas ciudades se apoderó Lume por descuido que habian tenido los españoles en socorrerlas. Los gueusios mandados por Serasio acometieron de nuevo á Goetz que defendia don Isidoro Pacheco con quatrocientos españoles y flamencos. Habiendo mandado don Fadrique de Toledo á Christóbal Mondragon hombre intrépido y valeroso que corriese prontamente al socorro de Pacheco con un esquadron de soldados, le impedia la armada de los enemigos desembarcar en la isla. Deseoso pues de executar quanto antes el mandato de su general, discurrió un nuevo arbitrio, digno de inmortal alabanza, que debe compararse con las hazañas de los héroes, pues faltándole navíos, consiguió con su industria y constancia pasar las tropas. Consultó primero don Fadrique á los marineros si se podria llegar á pie á la isla; y habiéndole respondido que sí, determinó que ellos mismos con algunos españoles hiciesen la experiencia,

Asegurado de la certeza, mandó á Mondragon que vadease á pie el Océano, siguiéndole las tropas con los sacos de pólvora sobre la cabeza; lo qual executaron á fin de octubre al tiempo del refluxo del mar, conducidos por Theoderico Blomart, que era muy práctico en aquellos parages. ¡Cosa admirable! En el espacio de cinco horas atravesaron siete millas de mar con el agua hasta los pechos, causando tanto terror á los enemigos, que abandonaron sus reales, y se precipitaron al mar, y á los navíos como unos freneticos. Marcharon contra ellos sin enxugarse los españoles, flamencos y alemanes, que de todas estas naciones se componia aquel esquadron, y acometiendo intrépidamente á setecientos de los enemigos que habian permanecido alli, mataron á unos y obligaron á los otros á arrojarse al agua. Habiéndose apoderado de los reales, conduxeron á la ciudad los víveres y municiones que encontraron en ellos, y nueve cañones de artillería, y fueron recibidos con extraordinario regocijo de los soldados y ciudadanos.

Concluida felizmente esta empresa, volvieron Dávila y Mondragon al campo del duque de Alba con las victoriosas tropas. Despues que este general castigó tan severamente á Malinas, para que sirviese de escarmiento y terror á las demas ciudades, recobró á Ruremunda, habiéndose escapado de ella la guarnicion; y permitió al soldado el saqueo de Zutphen, en el que se derramó poca sangre. Trató con todo rigor á los traidores, y intimidadas con estos exemplos las ciudades inmediatas que se habian rebelado, se entregaron voluntariamente. El conde de Berghes que estaba casado con una hermana del príncipe de Orange, y el de Escovemburg, que las habian forzado á rebelarse, no atreviéndose á hacer frente á los españoles, se retiraron á Alemania; y de este modo todos los pue-

blos de la otra parte del Rhin, que se habian separado de la autoridad régia, volvieron á su deber, escapándose los autores de la rebelion, y los principales de entre los hereges. Desde el principio de las turbulencias habian acudido alli de Inglaterra, Francia y Alemania todo género de sectarios, que lo infestaban todo con sus pestilentes doctrinas. Concluidas estas cosas, entregó el duque de Alba las tropas á su hijo don Fadrique, y se restituyó á Bruselas á la entrada del invierno. Narda es una ciudad situada entre lagunas, y de muy dificil entrada, y confiados por la naturaleza del lugar muchos franceses, y otros sectarios, estaban muy orgullosos al principio, profiriendo mil injurias desde los muros contra los soldados del Rey. Pero habiéndose acercado aunque con mucho trabajo la artillería, se entregaron luego, vencidos de su cobardía. No obstante se encarnizó el furor militar en los que se habian rendido, y despues de sacada la presa, fue incendiado el pueblo, y pasada á cuchillo por el exército la mayor parte de sus habitantes. De este modo se hallaban trastornadas y confundidas en Flandes, no menos que en Francia, todas las cosas divinas y humanas, asi por la contumacia y obstinacion de los hereges, como por la excesiva severidad de los príncipes.

## CAPITULO III.

*Ereccion de algunos obispados. Aparicion de un cometa. Acometen los Reyes de la India á los Portugueses con poderosos exércitos, y sucesos de esta guerra.*

Por este tiempo estableció el Santo Pontífice Pio V nuevas sillas episcopales en España para la mayor

comodidad de los pueblos; y habiendo fallecido don Pedro Agustin obispo de Huesca, se desmembró de esta diócesis la parte que hoy compone la de Jaca. Su primer obispo fue don Pedro de Fraga natural de Aragon, trasladado de Cerdeña, el qual asistió al concilio Tridentino. Tambien Balbastro fue condecorada con silla episcopal, separándola igualmente de la de Huesca, y tuvo por primer obispo á fray Felipe de Urrea noble aragones, del orden de Santo Domingo. Los que escribieron las cosas de aquellos tiempos afirman, que una y otra ciudad tuvieron en lo antiguo sillas episcopales. El Papa Julio III habia erigido en obispado la ciudad de Orihuela en el reyno de Valencia, pero hasta el año de mil quinientos sesenta y seis no se eligió su primer obispo que fue don Gerónimo Gallo á peticion del Rey don Felipe, como tan zeloso del bien espiritual de sus súbditos. Por este tiempo falleció en Roma con gran fama de santidad el padre Francisco de Borja, tercer prepósito general de la Compañía de Jesus, á los sesenta y un años de su edad, y movido el Papa Clemente X de sus heróycas virtudes y milagros, le colocó en el número de los Santos. Murió tambien en la misma ciudad Ascanio de la Corne, ilustre por su valor y pericia militar: su cuerpo fue llevado á Perusa, su patria, á costa del Pontífice, y sepultado alli con magnífica pompa, y creemos justo hacer aqui por la última vez memoria de este varon tan benemérito de España.

En el mes de noviembre apareció en la constelacion de Cassiopea, no lejos de la Via Lactea, un cometa de figura enteramente redonda, y sin ninguna cola. Su magnitud aparente excedia al principio á la estrella Sirio, y aun á Júpiter, y se acercaba mucho en grandeza al planeta Venus: dexábase ver de dia

y aun de noche entre las nubes algo densas, y resplandecia mas que las estrellas fixas: en el mes de diciembre se minoró alguna cosa, y insensiblemente fue disminuyéndose, hasta que desapareció enteramente en el mes de marzo de mil quinientos setenta y quatro. A los principios era su color claro y blanquecino: despues roxo y resplandeciente; finalmente se vistió de un color de plomo semejante al del planeta Saturno, y le conservó hasta su fin. Nunca mudó lugar en el cielo, como si fuese una de las estrellas fixas, y segun las observaciones de Tycho Brahe permaneció en el grado VI min. LIV de Tauro, con longitud boreal en el grado LIII min. XLV. Nunca se le encontró paralaje, por lo qual se inclinan los astrónomos á que habia permanecido en el firmamento. Este cometa dió motivo á Tycho para observar las fixas, y ordenar su millar, del mismo modo que la nueva estrella que apareció en tiempo de Hiparco ciento veinte y cinco años antes del nacimiento de Christo, le dió ocasion para numerar las estrellas á la posteridad, y inventar ciertos nombres para distinguirlas, como dice Plinio en el libro segundo. De este cometa Cassiopeo escribiéron treinta y seis astrónomos, y casi todos adoptaron como la mas meridional la observacion de Gerónimo Muñoz, profesor de lengua hebrea y matemáticas en la universidad de Valencia. Se ignora del todo el dia en que comenzó á aparecer, pues Tycho la observó el dia once de noviembre, y Muñoz que enseñaba á sus discípulos los nombres, número y asiento de las estrellas, dexó escrito que aun no se habia visto el dia dos; y aunque de su materia y formacion discurren mucho los inteligentes, sin embargo no averiguaron cosa alguna con certeza.

Gozaba la América de una profunda paz, á excep-

cion de que sus mares eran infestados por los piratas. En Yucatán hicieron los franceses un desembarco: saquearon la iglesia de los religiosos Franciscos; profanaron los vasos sagrados, y despedazaron las imágenes de los Santos; y habiendo salido de Mérida Juan de Arévalo con un esquadron de gente armada, no pudo alcanzar á los piratas que se pusieron en fuga. Estos pues arribaron á la isla de Cozumel que no está muy distante, y carecia de guarnicion que la defendiese, y molestaron á los habitantes con todo género de vexaciones. Pasó á ella Gomez Castillo, y habiendo desembarcado sus tropas, sin que lo sintiesen los enemigos, los cercó, y reduxo á la necesidad de pelear. El Español victorioso recobró la presa, y á los piratas que no habian muerto en la batalla los hizo conducir á México, donde pagaron la pena de la profanacion de la iglesia, porque el Rey don Felipe, cuidadoso de la pureza de la fé, habia establecido dos años antes el tribunal de la Inquisicion en Nueva España, y en el Perú. Despues de una larga enfermedad falleció Montufar arzobispo de México, á la edad de sesenta y nueve años, y fue sepultado en la iglesia de los Dominicos: tuvo por sucesor á don Pedro Moya de Contreras.

En la India se hallaron los portugueses muy próxîmos á su ruina por la conspiracion de los Reyes confinantes; pues de comun acuerdo los acometieron con todas sus fuerzas por diversas partes. Idalcan, que era el que mas se distinguia entre ellos, conduxo contra Goa cien mil hombres, cuya tercera parte era de caballería: seguíanle dos mil y cien elefantes armados, grande número de esclavos, y una artillería tan monstruosa, que disparaba balas de cinco palmos y medio de circunferencia, y llevaba trescientos y cincuenta cañones de todos calibres. Nisa-

maluc con ciento y veinte mil infántes, y quarenta y quatro mil caballos, puso sitio á Chául ciudad poco fuerte, aunque con una fortaleza bien guarnecida. Tenia en su campo treinta y ocho cañones de bronce de enorme tamaño, y trescientos y sesenta elefantes armados. El Zamorin que estaba implacablemente irritado contra los portugueses, acometió á Ciale con muchas tropas y grandes preparativos. El virrey Ataide tenia mayor ánimo que fuerzas, y para sostener una guerra tan formidable, entregó las armadas equipadas, y provistas de todo lo necesario, y guarnecidas de escogidas tropas, á los capitanes mas valerosos, para que socorriesen á sus socios, y causasen contínuamente, y sin intermision el mayor terror y daño á los enemigos, en quanto alcanzasen sus fuerzas. El mismo virrey defendia la isla de Goa con seiscientos y cincuenta portugueses, y encargó la defensa de la ciudad á trescientos sacerdotes. Armó á los esclavos, y formó compañías de los naturales, que se habian convertido al christianismo, distribuyendo armas á mil y quinientos de ellos. Parece increible que con tan leves fuerzas pudiese resistir á una conspiracion tan espantosa. Los bárbaros hicieron grandes esfuerzos, y derramaron mucha sangre para atravesar el rio que separa la isla del continente; pero todo fue en vano. Pelearon con la fuerza y el ardid en diversos lugares: muchas veces introduxeron los navíos en el rio con detrimento de los enemigos, en lo qual resplandeció mucho el valor de Jorge de Meneses y Pedro de Castro. Los bárbaros disparaban desde lejos su artillería con horroroso estruendo, y los portugueses reparaban por la noche con tablas, vigas, y céspedes el estrago que hacian los enemigos en las fortificaciones. Tampoco se descuidaban en molestarlos con sus tiros,

consumiendo gran cantidad de pólvora y balas. Acometieron una vez al campo de los enemigos, y hicieron en ellos gran carnicería. Pero como Marte es comun de todos, Fernando de Vasconcelos fue oprimido por la multitud de los enemigos, y atravesado de flechas, pereció con algunos pocos de sus soldados, despues de haber hecho grandes hazañas. Su cuerpo fue conducido á los reales, y sepultado con militar pompa. El virrey fue tambien herido de una bala, pero convaleció en breve tiempo. Manuel Picoto hizo mas de una vez no poco daño en el campo de los enemigos, desbaratándoles su trinchera, y pasando el rio en barcos; otros capitanes pegaron fuego á sus edificios, y talaron sus tierras. Peleaban á un mismo tiempo por el rio y por la tierra, y con increible valor impidieron que los bárbaros entrasen en la isla. Perecieron tres mil y seiscientos de los mas audaces, y quatro elefantes, y solos quince de los portugueses, aunque fueron muchos mas los heridos. Nisamaluc promovia con poca actividad la empresa de Chaul. Defendia la fortaleza Luis de Andrade, que se hallaba falto de todas las cosas; pero llegó á tiempo oportuno Francisco Mascareñas con seiscientos portugueses, y otros acudieron de diversas partes excitados del peligro que corrian sus socios, juntándose alli prontamente mil y doscientos hombres. Dió el enemigo muchos asaltos, y se peleó atrozmente en la brecha del muro, quedando destruida una parte de la ciudad con el fuego y la contínua lluvia de balas.

Entretanto Esteban Trellez conservó con indecible valor la pequeña fortaleza llamada Carangia, que se hallaba combatida, y la guarnecian solos setenta portugueses; y haciendo una salida con sesenta hombres, derrotó una inmensa multitud de enemigos,

les tomó la artillería, y saqueó su campo. Temerosos los vencidos del castigo que les esperaba si volvian al campo de Nisamaluc, se huyeron juntos en un esquadron á Cambaya. Los bárbaros estrechaban con mas vigor á Chaul. La guarnicion se hallaba afligida del hambre, que es la mas poderosa arma; y fue preciso sacar de allí á los que no eran útiles para la pelea. El enemigo penetró alguna vez con espada en mano hasta la fortaleza; pero fue rechazado con valeroso esfuerzo, y aun perdió algunas banderas. El virrey Ataide, sin embargo de que apenas tenia fuerzas para hacer frente á Idalcan, procuraba enviar socorros á los sitiados de Chaul. Un dia al amanecer acometió Nisamaluc la fortaleza con todas sus fuerzas, y se trabó un sangriento combate; pero fue vencida la multitud por los mas fuertes, y se retiró con ignominia y pérdida. Viendo pues que nada adelantaba con las armas, recurrió á los ardides y fraudes, y comenzó á incitar á los Régulos de las pequeñas naciones contra los portugueses, para que acometiendo á estos por diversas partes, no pudiesen socorrerse los unos á los otros. Mas le salió vano este intento, trastornándole con igual astucia Alvaro de Tabora gobernador de la fortaleza de Daman, que con el auxilio de un indio muy fiel, y de talento superior al de los bárbaros, aseguró la amistad de los Régulos. Desconfiado Nisamaluc de conseguir cosa alguna por este medio, volvió otra vez á las armas y á la fuerza, y emprendió de nuevo la toma de la fortaleza, rodeándola por todas partes. Duró la pelea desde el medio dia hasta la noche, pero con infeliz suceso, pues perecieron tres mil de los enemigos, y pocos de los portugueses, aunque la mayor parte de ellos quedaron heridos. Entretanto comenzaron los bárbaros á combatir la

fortaleza de Onor, que defendia Jorge de Mora. El campo enemigo fue acometido por las tropas de socorro, que habia enviado Ataide en dos galeras, y al mismo tiempo, y de comun acuerdo hizo la guarnicion una salida, y unos y otros derrotaron á los bárbaros, que se dispersaron en fuga por aquellos campos, y quedaron los portugueses dueños de sus reales.

Tampoco favorecia la fortuna al Zamorin en la expugnacion de Ciale, siendo mucho mas propicia á Diego de Meneses, que atravesando el campo de los enemigos introduxo en la fortaleza los soldados, víveres y municiones que habia conducido en una armada. Despues de esto saqueó la costa Malabarica, y trabando pelea con su armada, la derrotó, y tomó once navíos, y reduxo los demas á cenizas. En Goa era tanto el valor de los portugueses, que mas bien provocaban que rechazaban al enemigo. Tomaron y saquearon parte del campo de los bárbaros, y les interceptaron los víveres y municiones. Finalmente quebrantado Idalcan con diez meses de inútil guerra, levantó el sitio, y pidió la paz con humildes condiciones; y no habiéndose concluido, se retiró de alli cubierto de ignominia, y con gran pérdida. Lo mismo executó Nisamaluc, habiendo perdido doce mil soldados y muchos elefantes; pero se le concedió la paz que pidió, cuya principal condicion fue, que él y el Rey de Portugal don Sebastian tendrian los mismos amigos y enemigos. De los portugueses murieron pocos, pero muy esclarecidos por su nacimiento y hazañas. Un autor de esta nacion asegura que conservaron tambien á Ciale, y que el Zamorin se retiró con unas condiciones muy ignominiosas. Pero consta de la narracion de Faria, que fue entregada al enemigo por capitulacion de Jorge de Castro su gobernador

vencido de las lágrimas de su muger Felipa, de quien se dexaba dominar como viejo, por cuyo delito fue degollado de orden del Rey don Sebastian tres años despues en la plaza de Goa. El valor y magnánima constancia de Ataide varon fortísimo mantuvo firme el imperio portugues en la India. En el mismo espacio de tiempo derrotó en Malaca Luis de Silva en una gran batalla la armada del Régulo de Achen, enemigo perpétuo de los malacenses, habiéndole echado á fondo muchos navíos, y incendiándole otros. Perecieron en este combate mil y doscientos soldados de marina, junto con el hijo mayor del Régulo, general de la armada, y quedaron trescientos prisioneros. La fortaleza fue combatida con el mayor esfuerzo por mar, y tierra, y la conservó y defendió Tristan de Vega con heróyco valor y industria. Estos sucesos acaecidos aquel tiempo en el Oriente, ni son nuevos, ni maravillosos para los que conocen la excelsa y belicosa índole de la nacion portuguesa. Pero volvamos ahora á las cosas de Europa.

## CAPITULO IV.

*Vuelve don Juan de Austria á Nápoles. Los venecianos hacen la paz con el gran Turco. Envia el Rey don Felipe una armada contra los piratas de Africa.*

Habiendo mandado don Juan de Austria hacer en Sevilla todos los preparativos necesarios para la guerra del año siguiente, se trasladó á Nápoles, donde fue recibido con extraordinaria alegria y regocijo de todos. Mientras pasaba el invierno en esta ciudad, volvió de Constantinopla (adonde le habia

permitido navegar despues de la victoria de Lepanto) Mahomet ayo de los hijos del almirante Ali, muerto en la batalla, y traia regalos de mucho valor en una nave muy adornada. Recibióle el Austriaco con mucha humanidad, y le entregó Mahomet una carta de Fátima Cadin sobrina del Sultan Selim, y hermana de aquellos jóvenes, escrita con palabras muy honoríficas. Para su rescate conducia vestidos de pieles olorosas, telas de seda, persianas excelentes, lienzos bordados de oro y seda, tapicerías exquisitas, armas turcas guarnecidas de oro y piedras preciosas, perfumes, cuchillos damasquinos engastados en piedras con maravilloso artificio, y otras muchas cosas de este género que son muy estimadas por los turcos. Prendado don Juan de Austria de la urbanidad de la carta, rehusó admitir los regalos, diciendo que sus antepasados nunca acostumbraron recibir cosa alguna de los que se hallaban necesitados de su socorro. Por tanto mandó que todas aquellas alhajas se enviasen á Roma al cautivo Sain Boni, (porque como ya diximos habia muerto su hermano Mahomet Bey) el qual las distribuyó entre el Pontífice, los cardenales, y los principales de la nobleza romana. Habiéndole pues permitido los venecianos y el Papa dar libertad al cautivo Sain, mandó que quedase libre, junto con un enano y otras quatro personas principales que pidió. En señal de gratitud envió don Juan de Austria á Fátima telas preciosas de seda, un collar de oro, caballos de extremada belleza, y gran cantidad de frutos exquisitos y delicados, acompañado todo de una carta muy obsequiosa. Todo esto lo encargó al cuidado de Antonio Avellano, que con el largo cautiverio que habia padecido entre los turcos, estaba muy instruido en su lengua y costumbres.

Entretanto recibió don Juan de Austria la noticia de la paz que Selim habia concedido á los venecianos, que se la pidieron, la qual fue muy vergonzosa, pues la consiguieron por el ignominioso medio de vender por dinero el dominio y derechos que tenian á la isla de Chipre. Llevólo muy á mal el Austriaco, y inmediatamente mandó quitar de la capitana de la armada las banderas y insignias de la alianza, y poner en su lugar las españolas. El general Mocenigo descubrió á los embaxadores del Pontífice, y del Rey don Felipe, que aquel negocio se habia ajustado en secreto con los turcos por mediacion de los franceses, y disculpó á la república que se habia visto obligada á condescender, por hallarse muy exhausta de dinero con la anterior guerra. Conmovido el Papa extraordinariamente con esta noticia, se quejó de que los venecianos por su autoridad propia hubiesen quebrantado la alianza jurada, y no quiso admitir á su presencia al embaxador. El Rey don Felipe, que sin omitir gasto ni cuidado alguno disponia ciento y cincuenta galeras para este año, respondió al embaxador Tiepolo: «Que atendiendo á su deber, y aunque »estaba ocupado con multiplicadas guerras, habia en»trado en la alianza á peticion del Pontífice Pio, sin »ser provocado de los turcos, y solo por la causa de »la religion christiana: que no reprobaba la paz he»cha por los venecianos por su propia utilidad; pero »que no obstante estaba prevenido á continuar la »guerra con la misma actividad que la habia em»prendido."

Establecida pues la paz con el Sultan á fin de
1573. marzo de este año de mil quinientos setenta y tres, determinó don Felipe dirigir sus armas al Africa para arrojar de alli á los piratas. Habia irritado su ánimo la maldad de Uluc-Ali, el qual arrojando de Tunez á su

legítimo Rey Amida, se habia apoderado de esta ciudad; y mandó á don Juan de Austria que hiciese la guerra á tan perjudicial pirata, y que destruidos los muros, y arrasada la Goleta hasta los cimientos, librase á España de aquel inmenso gasto. Pero eran muy diversos los intentos del Austriaco, á quien el Pontífice habia dado esperanzas de obtener la corona del reyno de Tunez, sobre lo qual escribió antes al Rey don Felipe solicitando su consentimiento. No debe admirarse que con tales apoyos aspirase al trono aquel excelso jóven hijo del César. Causó esto un grave disgusto á don Felipe, que poco antes le habia quitado de su lado á Juan de Soto, porque no cesaba de inflamar su ánimo naturalmente elevado; y que aspiraba á cosas mayores, lisonjeándole con la esperanza de reynar, y habia mandado que Juan de Escobedo le sirviese de secretario amonestándole de su deber. Conmovido don Juan de Austria con esta idea, se embarcó en la armada, vino á Sicilia, y pasó revista á las tropas. Contábanse ciento cincuenta y dos galeras con las Pontificias y las de Malta. Pero habiendo llegado la noticia de que la ciudad de Génova estaba sublevada, marchó Doria al socorro de su patria con quarenta y ocho galeras, quarenta y quatro navíos grandes y doce pequeños, y quarenta y siete fragatas y bergantines. El número de las tropas embarcadas ascendian á diez y nueve mil doscientos y ochenta soldados, sin contar los voluntarios. Arribó don Juan de Austria á la Goleta, despues de haber padecido algunas tormentas. Los turcos que guarnecian la ciudad de Tunez, y la multitud de los habitantes, luego que vieron la armada, se pusieron en acelerada fuga; y finalmente, sin que nadie se lo impidiese, introduxo en la ciudad sus tropas. Concedió el saqueo al soldado, mandándole que se abstuvie-

se de derramar sangre alguna; y porque en el resto de la ciudad solo habia quedado la turba de gente débil y desarmada, convocó á los bárbaros para que viniesen á habitarla, y con efecto concurrieron á ella de todas partes. Escribió al Rey su hermano dándole cuenta de todo lo que habia executado; pero no obedeció como debia las órdenes que le tenia dadas para destruir las fortificaciones, lo que se atribuyó á los depravados consejos de los aduladores, y á la esperanza que habia concebido de reynar, no sin tácita ofensa del Rey, que se dió por agraviado de este hecho.

Mientras tanto arregló don Juan de Austria el gobierno de la ciudad, nombrando para él á Hamete; y por justas causas fue sacado de allí su hermano Amida y transportado á Sicilia por justos juicios de Dios, para que padeciese el mismo destierro, que por la ambicion de reynar habia hecho padecer á Muley Assen su padre. Mandó á Gabrio Cervellon, caballero de Malta, y teniente del gran maestre en Hungría, que levantase una fortaleza entre la ciudad y la laguna, dándole á este fin quatro mil españoles y italianos, y cien caballos. Pedro Zanoguera se encargó de la defensa de la isla fortificada en la laguna. Los de Viserta se entregaron voluntariamente á don Juan de Austria, habiendo pasado á cuchillo la guarnicion de los turcos en prueba de su fidelidad, y en la fortaleza se puso una guarnicion española mandada por Francisco de Avila. En el puerto fue tomada una galera, y se pusieron en libertad doscientos cautivos christianos que estaban al remo. Estando pues próximo á partir de la Goleta, nombró por gobernador de ella á don Pedro Portocarrero, hombre de ilustre nacimiento, pero que no era conocido por ninguna hazaña militar. Embarcadas todas las cosas se hizo á la

vela, y tuvo una navegacion desgraciada; pues se estrelló una galera napolitana, aunque se libertó la gente y las armas. Inmediatamente que llegó á Palermo, despidió las armadas, y mandó á don Bernardino de Velasco que con parte de las galeras navegase á Malta, para transportar de alli á los españoles auxîliares, y regresó á Nápoles para pasar el invierno en aquella ciudad, llevando consigo á Amida y á su hijo. Este recibió el sagrado bautismo, y fue llamado Carlos de Austria, y el Rey don Felipe le señaló una renta para que se sustentase con la dignidad correspondiente. Amida su padre alcanzó por súplicas y ruegos volver á Palermo lejos de la vista de su hijo, ya que no habia podido conseguir que le enviasen á España, y poco despues acabó su desgraciada vida. Su cuerpo fue llevado por sus domésticos á Tunez, donde le sepultaron honoríficamente segun su costumbre.

Continuaban con mucho furor las discordias civiles de Génova, y todo el mal tuvo su orígen en la ambicion de dominar. Los plebeyos, siempre opuestos á la prepotencia de los patricios, pedian que se gobernase la república conforme á los usos y estatutos de sus antepasados, y que se abrogasen las leyes nuevas. Los patricios para fortificarse contra la plebe habian admitido en su cuerpo á muchos nobles, pero sin darles parte alguna en el gobierno, burlándose de ellos con freqüentes repulsas quando solicitaban las magistraturas, y llamándolos por desprecio hombres nuevos. De aquí nació que dividida en dos facciones la nobleza antigua y la nueva, no podian contrarrestar á la multitud, la que finalmente tomó las armas contra los antiguos, injuriándolos con muchas calumnias. Las cosas llegaron á tal extremo, que faltó muy poco para que no viniesen á las manos uno y otro partido. A la verdad podian mas los agraciados que

los autores de la gracia, y estuvo muy á pique de que la nueva nobleza oprimiese la dignidad de la antigua; lo qual trastornó la república de Roma en el tiempo de la dominacion de Cinna. Deseoso el Rey don Felipe de la paz y tranquilidad de los genoveses, que había recibido baxo de su proteccion, mandó á don Sancho de Padilla, sucesór de don Alvaro de Sande ya difunto, en el gobierno de la fortaleza de Milán, que acompañado de don Juan Idiaquez pasase prontamente á Génova, y procurase apaciguar aquella discordia. Arribó despues Doria, confiado de que podria componerla con su autoridad; pero todo fue en vano, pues creciendo mas y mas el ardor de los enemigos, veia que era preciso usar de la fuerza para reducir el pueblo á la autoridad de sus magistrados. El terror de las armas que se disponian en Lombardía, produxo tanto efecto, que aplacándose el senado, creó á fines de diciembre gobernadores con potestad tribunicia, con lo que se restableció la quietud, á lo menos en apariencia.

En Francia se renovó con mayor furor la guerra; y viendo el Rey que no podria apaciguarse el reyno mientras que subsistiese la Rochela, que era el inexpugnable asilo de los hugonotes, mandó al duque de Anjou que marchase contra ella con las tropas. Defendia esta plaza Nuan, hombre no menos fuerte que experimentado y prudente, y la Reyna de Inglaterra le ayudaba con su armada, por causa de religion, y para sacar utilidad del daño ageno. Mientras que el duque de Aumale reconocia las fortalezas de la plaza para colocar la artillería, fue despedazado por una bala perdida, y entretanto que continuaba con actividad el sitio, llegaron embaxadores muy ilustres de Polonia con la noticia de que en la dieta del reyno había sido electo Enrique de Anjou por sucesor del Rey Sigismundo, que poco antes había fallecido. Los

pretendientes á esta corona fueron muchos, y los principales Anjou y Ernesto hijo del César. El gran Sultan se hallaba inclinado á aquel, y envió á su favor una embaxada á los estados del reyno, persuadido que el Frances no intentaria cosa alguna contra él, conforme á la antigua alianza. Por el contrario temia mucho mal del príncipe Austriaco si subiese al trono de Polonia, como lo procuraba con gran diligencia el Rey don Felipe, habiendo enviado á este fin á don Pedro Faxardo, para que en su nombre lo solicitase, y el César ofreció muchas cosas en beneficio de aquella nacion. Finalmente habiendo el de Anjou dado audiencia á los embaxadores, levantó inmediatamente el sitio de la Rochela, y el Rey concedió la paz á los hugonotes.

## CAPITULO V.

*Pasa don Fadrique de Toledo á Amsterdam para reconciliar con el Rey don Felipe las ciudades de Holanda. Resístese Harlem, y la toman los españoles.*

En el año antecedente despues del saqueo y ruina de Narda, pasó don Fadrique á Amsterdam, ciudad opulenta de Holanda, que se mantenia fiel al Rey, para arrojar de alli á los enemigos que la tenian sitiada. Y habiéndolo executado y elogiado, como era justo, la lealtad y constancia de sus habitantes, intentó reducir á la obediencia las ciudades de aquella provincia. Valióse de la mediacion de los ciudadanos de Amsterdam para que Harlem volviese á su deber, y no lo rehusó al principio; pero mudando despues de parecer, tomó la multitud del pueblo las armas para impedir á los españoles la entrada en la ciudad. Noticioso de esto don Fadrique, se puso en

marcha con sus tropas á fin de vengar este agravio; pues el popular desenfreno ni respetaba á Dios ni al Rey. Temerosos los harlemenses de los españoles, enviaron inmediatamente diputados al príncipe de Orange, suplicándole que los socorriese, y ofreciéndole que se sujetarian á su dominio. Fue llamado Lázaro Muller, que estaba acampado no lejos de alli con diez compañías de alemanes, de las quales solo quatro entraron en la ciudad; en cuyo dia profanaron y destruyeron las iglesias y imágenes sagradas, y tomaron públicamente las armas para pelear contra su Rey. Abandonados de esta suerte á todo género de maldades, y como si estas fuesen el juramento de su nueva milicia, salieron al encuentro al Español hasta el fuerte de Sparedam, para impedirle que se acercase mas á la ciudad. Era entonces lo mas fuerte del invierno, y todas las lagunas y los rios estaban helados. No podian hacer uso de las corrientes de las aguas para rechazar al Español, el qual rodeó la fortaleza, y se apoderó de ella, habiendo pasado á cuchillo á los que la defendian. Despues de haber derrotado y puesto en fuga á Lume, que se apresuraba á introducir en la ciudad tres mil hombres, y un socorro de víveres, puso sus reales en las cercanías de ella, y batió sus murallas con la artillería. Los habitantes reparaban á porfia las ruinas, y trataban con mucha crueldad á los prisioneros que caian en sus manos, no menos que á los vecinos de quienes tenian la mas leve sospecha. Irritados los del Rey con esta inhumanidad, les correspondian con otra igual, y una vez arrojaron dentro de las murallas una cabeza humana con esta inscripcion: «Cabeza del capitan Felipe Coninxo." Esta injuria inflamó de tal suerte á los harlemenses, que hicieron ahorcar á once prisioneros alemanes y de Amsterdam, y habiéndoles cortado las cabezas,

las metieron en un saco, y las arrojaron al campo del Rey con este epígrafe: «Estas cabezas se envian al »duque de Alba por el diezmo extraordinario que ha »mandado exîgir, y la una que hay de mas por la »usura de la dilacion en la paga." Con estas y otras cavilaciones semejantes se insultaban los unos á los otros con militar insolencia.

Entretanto peleaban con todo género de máquinas de guerra, y con pertinacia increible; y ademas se procuraba con la mayor vigilancia impedir que pudiese entrar cosa alguna en la ciudad. Por el lago helado se les enviaba á los sitiados los víveres y municiones en muchos trinaos ó rastras, y muchas veces caian en poder de los soldados del Rey, que hacian huir las escoltas que los acompañaban; y para estorbarlo absolutamente, fueron puestas centinelas en diversos parages. Por este tiempo falleció Lope de Acuña, capitan de la caballería, (despues de haber dado heróycos exemplos de valor), oprimido de los trabajos y vigilias, y finalmente de una enfermedad, siendo digno de contarse en el número de aquellos ilustres y esforzados varones de que es tan fecunda la España. Luego que comenzó á mitigarse el rigor del invierno, habiendo Bossú introducido la armada en el lago de Harlem, peleó con feliz suceso, derrotando mas de una vez la armada enemiga; y tomándole y destruyéndole los puestos fortificados que tenia al rededor del lago. Conmovido don Fadrique de una carta picante que le escribió su padre desde Bruselas donde estaba enfermo, no omitió ningun cuidado ni trabajo para hacerse dueño de Harlem. Los enemigos estaban resueltos á pelear atrozmente en defensa de su libertad, habiéndoles prometido el príncipe de Orange que los socorreria. Acometieron una vez al campo de los alemanes; y haciendo en ellos algun

estrago, les tomaron unas banderas y las colgaron en lo alto del muro. Orgullosos con esta victoria no cesaban de provocar á los realistas con todo género de injurias, y de insultar á los Santos. Pusieron altares en los parages mas elevados, donde imitaban el santo sacrificio de la Misa y otras ceremonias sagradas, cantando por irrision himnos al toque de campana, como se acostumbra en las rogativas. Hacian tambien figuras de paja de los eclesiásticos, monjas y españoles, y despues de azotarlas y apedrearlas, las ahorcaban con gran mofa y risa; y finalmente les cortaban las cabezas, y las arrojaban á los reales. Pero esta alegria se convirtió en breve en llanto. Las tropas reales se aumentaban cada dia con nuevos suplementos, ademas de un poderoso esquadron de españoles que vino de la Lombardía; por lo qual todas las salidas que despues hicieron los sitiados fueron desgraciadas. Los españoles por el contrario, en un asalto que dieron, se hicieron dueños de una fortificacion, y la guarnicion de los enemigos se disminuyó notablemente por los muchos que perecian cada dia; y habiéndoles cerrado todos los caminos por mar y tierra, para que no recibiesen socorro alguno, como no podian enviar ni aun mensageros, dieron aviso al de Orange por medio de unas palomas, siguiendo en esto el exemplo de los antiguos. Orange por los mismos correos les prometia mucho, y no les enviaba nada; pero incitado por las quejas de los suyos, se aventuró á enviar un socorro de gente y víveres. Juntó pues un exército bastante poderoso, si el valor y experiencia hubiera correspondido á su número, y acometió al campo español; pero los realistas le rechazaron tan valerosamente, que en breve se declaró por ellos la victoria, quedando muertos mil y seiscientos de los enemigos, con su general Batemburg,

y los demas se pusieron en fuga, costando muy poca sangre á los vencedores, los quales conduxeron á su campo catorce banderas, diez cañones y muchos carros cargados de víveres y municiones. Esta calamidad abatió en extremo los ánimos de los harlemenses: añadíase á esto el hambre, domadora de la obstinacion, la que reduxo á aquellos miserables á usar de los manjares mas repugnantes. Arrojaron de la ciudad á la multitud indefensa; pero los realistas la rechazaron al pueblo, sin moverles á compasion las lágrimas y lamentos de esta calamitosa gente. En el de Orange no hallaban socorro alguno, aunque no cesaba de engañarlos con vanas esperanzas; ni tampoco tenian medio para ponerse en fuga. Habíase introducido en todos una general consternacion y terror, y abatiéndose su contumacia y soberbia, se vieron en la necesidad de entregarse, y quisieron experimentar mas bien la misericordia que la fuerza del vencedor. Las condiciones que el Español les impuso fueron muy duras, á saber: «que su vida ó su muerte »quedasen al arbitrio del vencedor; y que los habi»tantes redimiesen el saqueo con doscientos mil escu»dos." Fue entregada la ciudad el dia catorce de julio, á los siete meses de comenzado el sitio. Despues de haberles quitado las armas, se procedió á una horrible carnicería, dando principio por el gobernador Vivaldo de Riperdá autor de todos los males. Fueron ajusticiados los magistrados que poco antes habian elegido, junto con algunos pocos ciudadanos incitadores de la sedicion, y los predicantes que temerariamente blasfemaron contra los Santos, y injuriaron á los españoles. Finalmente fueron pasados á cuchillo dos mil hombres, la mayor parte franceses, escoceses y ingleses, que habiendo sido puestos en libertad en Mons, habian prometido con juramento que no

tomarian las armas contra el Español. Vindicadas de esta manera las injurias hechas por la heregía, la sedicion, y el perjurio contra Dios y contra los hombres, no puede decirse con certeza, si fue mayor la pena, que la atrocidad de los delitos.

## CAPITULO VI.

*Prosigue la guerra en Flandes y Holanda. Es nombrado don Luis de Requesens por sucesor de Alba en aquel gobierno. Muerte de doña Juana hermana del César y madre del Rey de Portugal. Nacimiento del príncipe don Carlos.*

Entretanto que proseguia con ardor el sitio de Harlem, intentaron los soldados del príncipe de Orange escalar y tomar á Midelburg, aunque en vano. Cerrado despues el mar de tal suerte que no podia introducirse por él cosa alguna en aquella ciudad, la socorria Dávila, gobernador de la fortaleza de Amberes, llevando víveres y municiones en pequeños barcos, que atravesaban por medio de las naves enemigas con gran peligro, y poco daño. Finalmente habiendo partido con la armada, que con suma actividad juntó el duque de Alba, y dirigiéndose á Midelburg, fue arrebatada por los vientos á Flesinga, y vino á dar entre la armada enemiga, que era muy superior en el número de navíos. Trabóse aqui una atroz pelea, en que murieron muchos de una y otra parte; y habiéndose concluido con pérdida de cinco navíos, arribó á Midelburg y desembarcó las tropas y víveres. Poco despues executó otro tanto Beauvoir, de la familia de Lanoy gobernador de la Zelanda, que noticioso de haber tomado el enemigo la fortaleza de Ramek, torció el curso de su navegacion, y

dando vuelta á la isla, desembarcó en un lugar secreto los víveres y municiones, y los introduxo por tierra en la ciudad, habiendo dexado por su teniente á Mondragon, para que defendiese la isla. Por este tiempo se apoderaron con astucia los enemigos de Gertrudemburg, ciudad bien fortificada, contribuyendo á ello la cobardía de la guarnicion, y la perfidia de sus habitantes; mas los soldados pagaron la pena de su culpa, habiendo sido unos pasados á cuchillo, y otros ahorcados. El gobierno de esta ciudad se confirió á Seraio, pero poco despues le asesinaron sus mismos soldados. Lume fue desterrado por los estados de Holanda, por su irregular conducta, y excesivo desenfreno en hablar.

Despues de la toma de Harlem, comenzó el soldado español á tumultuarse, y á rehusar la obediencia á sus superiores, á causa de que no se le habia pagado su estipendio, ni dado cosa alguna por la presa redimida; y era tanto mayor su insolencia, quanto sabia que era entonces muy necesario para sujetar las ciudades de Holanda, dando un perverso exemplo, que en los años siguientes fue imitado por las demas tropas con gravísimo daño de la causa pública. No fue pequeño el que causó en este tiempo semejante maldad; porque entretanto que el soldado se negaba á pelear, se aprovechaba el enemigo de aquel espacio de tiempo para hacer sus preparativos, y fortificar sus fronteras. Tanto como esto importa á veces el no dexar pasar la fortuna, y sacar el partido posible de los casos fortuitos, pues habiendo el duque de Alba, despues de repartir algun dinero á las tropas, puesto sitio á Alcmar, que poco antes habia sido entregada á los orangianos, por traicion de algunos de sus habitantes, á pesar de la oposicion que hicieron los cathólicos, la halló ya forti-

ficada y dispuesta á resistirle mucho mas de lo que habia pensado; por lo qual se vió obligado á retirarse, no sin mengua de su fama. El principal cuidado del duque de Alba era la conservacion de Midelburg, porque era tan útil esta ciudad por su situacion oportuna, que desde ella confiaba poder recuperar todo quanto habia perdido en aquellas partes. Habiendo intentado inútilmente los orangianos apoderarse de ella por la fuerza de las armas, procuraban obligarla á entregarse por hambre, á cuyo fin la cerraron por mar con una armada. El general español, para hacerles levantar el sitio, entregó á Bossú hombre muy práctico en las cosas del mar, doce navíos de alto bordo, y él mismo con algunos nobles se embarcó en la capitana, que era de extraordinaria magnitud, y muy bien equipada. La guarnicion se componia de alemanes y españoles. Hubo al principio algunas escaramuzas con los enemigos, que navegaban con una grande armada; y habiéndose trabado la pelea, combatieron unos y otros acérrimamente, igualando el valor al número de las tropas. Los enemigos reemplazaban al momento navíos de refresco en lugar de los derrotados. La nave de Bossú, destituida de todo humano auxîlio con la fuga y destrozo de las demas, y acometida por muchas de los enemigos, les resistió con increible constancia por espacio de veinte y ocho horas; y habiéndose escapado algunos pocos alemanes que quedaban, se obstinó en pelear hasta la muerte con los españoles que no eran muchos. Pero movido por las súplicas del capitan Christóbal Cervera, y de la exhortacion de los enemigos, hizo la entrega con honrosas condiciones. Bossú pues con algunos pocos criados, y once españoles heridos, fue conducido á Horn, y custodiado con gran diligencia. Luego que el duque de

Alba tuvo noticia de la desgracia de Bossú, se retiró á Bruselas, y poco despues le siguió don Fadrique su hijo, habiendo entregado el exército á don Francisco de Valdés, que encargado de combatir á Leyden, tomó á los enemigos una fortificacion en la embocadura del Mosa, y tambien hizo prisionero á Aldegunde, que en vano se ocultaba en un cañaveral.

Por este tiempo llegó de la Lombardía Requesens, enviado por el Rey con facultades limitadas; porque movido don Felipe de las freqüentes instancias del duque de Alba para que le nombrase sucesor, y por el consejo de los cortesanos, que atribuian la sublevacion de los flamencos á la severidad de aquel, á fin de experimentar todos los medios, envió en su lugar á un hombre de mas suave carácter, que con su benignidad mitigase á los que el otro habia irritado con su aspereza. Pero en vano lo intentó el Rey, porque la fuerza del mal resistia todos los remedios que le aplicaban, y la culpa de todo la hacian recaer sobre el de Alba, que con inhumana crueldad habia condenado á muerte á diez y ocho mil personas: habia oprimido la libertad de la nacion heredada de sus mayores, obligándola á admitir usos y costumbres extrangeras; y que entre otros agravios la habia arruinado con tributos intolerables. Pero no eran estos motivos los que mas apretaban; pues quando en los años siguientes se trató de hacer la paz, estaban prontos á obedecer en todo, con tal de que se les concediese libertad de conciencia. Mas el Rey cerró sus oidos á tan impía peticion, y aseguró, que antes perderia la corona del reyno, que permitir que padeciese detrimento alguno la verdadera religion. El príncipe de Orange aunque ostentaba mucho zelo por la nueva secta, y procuraba con mucho cuidado

que la abrazasen los pueblos, para que al odio què tenian los flamencos al nombre Español se úniese la diversidad de creencia, para quitar toda esperanza de reconciliacion entre unos y otros; no obstante lo dirigia todo á sus particulares intereses, y á la ambicion de retener y vindicar la autoridad que obtenia de los rebeldes, segun la costumbre de los príncipes que tienen erradas ideas de Dios, los quales posponiendo la religion, solo miran á su propia utilidad. Finalmente las cosas de Flandes se hallaban en el mismo estado que las de Francia en el propio tiempo, donde con pretexto de religion lo trastornaban todo las pasiones y odios particulares, con lastimoso desprecio y menoscabo de la verdadera piedad. Despues que el duque de Alba conferenció largamente con Requesens sobre el estado de aquellas provincias, dispuso su viage acompañándole don Fadrique su hijo, y una escolta de caballería; y habiéndose embarcado en las galeras en la costa de Génova, arribó finalmente á España en el mes de marzo del año siguiente, y fue recibido con mucha humanidad por el Rey, que por largo tiempo se valió de sus consejos, asi en las cosas de la guerra como en las de la paz.

El dia siete de septiembre falleció doña Juana hermana del Rey don Felipe, y madre del Rey don Sebastian de Portugal, á los treinta y ocho años de su edad, llena de virtudes y buenas obras, para adquirir el premio de ellas en la bienaventuranza. Luego que murió su marido, y habiendo encomendado su hijo á doña Catalina su abuela, se retiró á Castilla, donde en ausencia de su hermano gobernó estos reynos con mucha prudencia. Fundó dos conventos y un hospital, y dió muchos exemplos de caridad christiana, empleando copiosas riquezas en socorrer á los pobres, y en atraer á los bárbaros al

culto del verdadero Dios por medio de varones insignes en piedad y doctrina, que enviaba á su costa. Su cuerpo fue sepultado en otro convento que habia edificado para las religiosas de San Francisco. Pocos dias antes le nació al Rey don Felipe un hijo, que en el bautismo fue llamado Carlòs en memoria de su afortunadísimo abuelo. Tambien falleció en este año Andres Resende, que habiendo dexado el hábito de Santo Domingo con dispensa pontificia, obtuvo un canonicato de la iglesia de Evora. Fue muy apasionado al estudio de las antigüedades, y las muchas obras que escribió en prosa y verso, manifiestan su grande erudicion.

## CAPITULO VII.

*Envia el Sultan una poderosa armada al Africa contra los españoles. Sitio y toma de las fortalezas de Tunez y la Goleta. Desgraciada expedicion del Rey de Portugal en Africa. Discordias de Génova.*

En el Africa fue causa de una pérdida muy lamentable la falta de obediencia de don Juan de Austria á las órdenes dadas por el Rey don Felipe en el año anterior, de suerte que pareció habia sucedido con justa razon esta desgracia, para que los hombres no acusen injustamente á la fortuna, sino á sus propios errores y vicios. El Rey don Felipe se habia persuadido que en Africa no convenia edificar sino destruir, pues era imposible establecer un imperio, que no estuviese sujeto á muchas calamidades entre unas naciones tan bárbaras y feroces, y de costumbres tan opuestas. Pero el deseo de reynar precipitó á don Juan de Austria, creyendo que apro-

haria el Rey su hermano lo que en realidad aborrecia en extremo; por lo qual no fue infundado el rumor que corrió entonces, de que noticiosos los virreyes Granvela y Terranova de los designios del Rey, habian suministrado maliciosamente socorros á Cerbellon para edificar la fortaleza de Tunez, despreciando las voces de que venia el Turco al Africa con su armada, para que junto con las fortalezas se arruinasen las esperanzas de don Juan de Austria. Persuadido pues el Sultan de que el Español tenia pocas fuerzas, por haberse separado de él la armada veneciana, mandó armar una muy numerosa, para hacerse dueño del imperio del mar. Componíase ésta de doscientas y treinta galeras, y de otros setenta navíos de todos géneros, que conducian quarenta mil soldados baxo el mando de Uluc-Ali, y de Sinan Baxá, los quales comenzaron á navegar
1574. ácia el Africa en la primavera de este año de mil quinientos setenta y quatro.

Habiendo arribado la armada á aquellas costas, desembarcaron las tropas sin que nadie se lo impidiese, pues Hamet vendido y desamparado de sus súbditos, procuró antes guardar su cabeza que su reyno. Juntáronse á Sinan por mar y tierra poderosos socorros de los turcos de Trípoli y Argel, y un gran número de peones para los trabajos. A un mismo tiempo fueron combatidos los castillos de la Goleta, y el de Cerbellon que aun no estaba fortificado, al qual pasó la guarnicion que habia en Tunez, libertándola de la perfidia púnica; y de esta suerte volvió la ciudad al bárbaro, sin costarle sangre alguna, del mismo modo que la habia tomado el Español. Entretanto don Juan de Austria que guardaba las costas de Génova, para estar dispuesto en qualquier movimiento de guerra, solicitado por las cartas y mensageros

de Portocarrero, se hizo á la vela en el puerto de Specia, y navegó á Nápoles y Mecina, para juntar de una vez toda la armada, y pasar con ella al socorro de los sitiados. Hallábase la Goleta mas fuertemente estrechada, no tanto por el valor de los enemigos, quanto por la impericia de su comandante, que á pesar de las reclamaciones de sus capitanes, impedia la defensa del baluarte por donde se comunicaba el mar á la fortaleza, habiendo reconcentrado dentro de ella la guarnicion, porque en el baluarte perecian algunos. Habiéndole ocupado los turcos con mucho ardor, penetraron al foso sin ninguna dificultad.

A este mismo tiempo intentó en vano el Austriaco socorrer á los sitiados, pues una tempestad le dispersó sus galeras. Arrebatado Andrade por la fuerza de los vientos, corrió hasta Cerdeña con algunas, y no pudiendo la armada arribar á las costas de Africa, la obligó el temporal á entrar en Trepani, y faltó muy poco para que no naufragase en el mismo puerto. Defendian la Goleta dos mil españoles: otros tantos tenia Cerbellon, é igual número de italianos, mandados por Andres de Salazar, y Pagano Doria; y la guarnicion de Viserta, cuyo pueblo no podia defenderse por sus pocas fuerzas, fue trasladada á la Goleta con todas las provisiones de guerra. Reducidos á un pequeño número los presidiarios de la Goleta por lo rigoroso del asedio, los socorria Cerbellon enviándoles por la laguna algunos pequeños navíos cargados de víveres. Pero los goletanos, á pesar de sus repetidas instancias, no pudieron conseguir de Cerbellon que desamparase su fortaleza, y se les juntase con sus tropas, porque lo creia inútil, y perjudicial á su fama. En un parage elevado de la laguna ocupaba Juan Zanoguera una pequeña fortificacion defen-

dida por pocos soldados, y habiéndola acometido al mismo tiempo los bárbaros, no sacaron otra cosa que ignominia y heridas, por lo qual dirigieron todas sus fuerzas contra la Goleta. Derribada por la artillería una parte del muro, se abrieron camino á la fortaleza, y fueron rechazados de alli muchas veces con admirable constancia por los nuestros, cuyo número se hallaba ya reducido á mil, hasta que oprimidos finalmente por la multitud de los enemigos, penetraron estos con espada en mano dentro de la fortaleza, despues de un combate de cinco horas contínuas, en que murieron con mucha gloria sus defensores. Solos trescientos fueron hechos cautivos, y entre ellos Portocarrero, Hamet, y Gerónimo de Torres que escribió la historia de este suceso. Los que estaban con Cerbellon, aunque veian claramente lo que podian esperar despues de tomada la Goleta, no obstante hicieron frente al enemigo con grande ánimo. Todas las veces que vinieron á las manos fueron rechazados los bárbaros con mucha pérdida, y para evitar Sinan el estrago de los suyos, mandó levantar una trinchera mas alta que los muros de la fortaleza. Desde alli hacia su artillería un contínuo fuego que arruinaba las fortificaciones, y con minas y todo género de máquinas trabajaba dia y noche para conseguir su empresa. Finalmente pelearon por espacio de muchas horas, y fueron arrojados los enemigos de la brecha, y precipitados de las escalas con muerte de muchos; pero habiendo renovado el asalto con todas las fuerzas por cinco partes distintas, á fin de separar y dividir el pequeño esquadron de los nuestros, que estaba reducido á solos seiscientos hombres, se trabó una sangrienta pelea con increible obstinacion, y no se veia otra cosa por todas partes, que armas, cuerpos muertos y despedazados, y la

tierra regada de sangre, todó lo qual presentaba un cruel y horrible espectáculo. Ultimamente fue tomada la fortaleza, despues de muertos los que la defendian, el dia trece de septiembre, y quedaron vivos solos treinta con Cerbellon, que habiendo sido conducido á la presencia de Sinan, le dió una bofetada, y le injurió con malas palabras en recompensa de su valor. Pagano fue degollado con perfidia púnica por sus mismos esclavos, en quienes habia confiado su vida con grandes promesas. Zanoguera entregó la pequeña fortificacion, habiendo conservado cincuenta soldados, con los quales llegó salvo á Sicilia en un navío frances, para anunciar como testigo ocular tan grande pérdida. La victoria no fue de ningun modo alegre para los turcos, pues perdieron treinta y tres mil hombres. Despues de recogida la presa, en la que entraron quinientas piezas de artillería de todos calibres, arrasó Sinan las fortalezas. Trató con mucha crueldad á los africanos, y especialmente á los de Viserta que se habian pasado al Español; y habiendo dexado en la ciudad de Tunez una guarnicion de quatro mil turcos, se volvió con su armada victoriosa á Constantinopla, en cuyo viage falleció Portocarrero. Desvanecidas de esta suerte las esperanzas del imaginario reyno de don Juan de Austria, regresó triste y melancólico á Nápoles.

En el Africa Occidental tuvo principio en este año otra calamidad mucho mas lamentable, á que dió causa la repentina navegacion de don Sebastian, Rey de Portugal. La culpa de tan inconsiderada audacia se atribuye por unos escritores á unos, y por otros á otros. Pero ¿de qué serviria entrar en esta averiguacion? Faria dice que el Rey no tenia su juicio cabal. Otros añaden que incitado con las freqüentes con-

versaciones, que sobre estas cosas tenia con algunos jóvenes que le adulaban, emprendió la expedicion africana: tan cruel mal es la adulacion de los cortesanos, que siempre es compañera de las grandes fortunas para conducir á la perdicion. El cardenal su tio no pudo impedir tan precipitado consejo, ni todos los hombres de recto juicio y prudencia que habia en Portugal, y que miraban por el bien público, ni tampoco adelantó cosa alguna el Pontífice, que procuró disuadírselo en sus cartas. Despreciando pues todas estas exhortaciones, navegó al Africa con un pequeño exército en el mes de julio: tuvo algunos combates con los moros que le salian al encuentro, con mayor peligro que daño, pues los bárbaros eran superiores en número, y en el arte de pelear á caballo. Por esto, habiendo reconocido la dificultad de la empresa, y siguiendo el aviso de los mas prudentes, se volvió prontamente á Portugal, divulgando la voz de que habia pasado al Africa á reconocer, y visitar las fortalezas. Pero tenia tan fuertemente impreso en su ánimo el deseo de la guerra africana, que en los años siguientes, no pudiendo nadie por ningun medio apartarle de la idea de extirpar aquella impía nacion, se perdió á sí mismo, y perdió la flor de su reyno.

En Génova se encrudecia mas y mas el mal cada dia de tal manera, que si los embaxadores, y los ancianos no hubieran apaciguado á la sediciosa plebe, se hubieran acometido á mano armada. El desorden llegó á tal punto, que los antiguos nobles tuvieron que retirarse de la ciudad para libertarse del peligro que les amenazaba. Tampoco estaban muy acordes entre sí los nuevos nobles y el pueblo; de tal suerte, que la ciudad se hallaba despedazada en tres partidos. El Pontífice y el César procuraban por medio

de hombres prudentes apaciguar aquella discordia,
pero todo fue en vano; porque la obstinacion de los
sediciosos rechazaba todos los consejos saludables, y
como la multitud incauta está siempre dispuesta á
creer lo peor, con qualquier rumor y sospecha re-
curria al momento á las armas, y lo llenaba todo de
tumulto y confusion. Con la llegada de don Juan de
Austria á aquellas costas tomó nuevo cuerpo la sedi-
cion, y el vulgo arrebatado del zelo de conservar su
libertad, acudió á las armas para impedirle la entra-
da. No obstante el senado le hizo todo género de ob-
sequios, y solo se dió por ofendido el Austriaco de
que envió á suplicarle, que no entrase armado en la
ciudad, para que no se irritase mas el pueblo, que
estaba exásperado contra él por las falsas voces que
habian corrido. Oido esto por el Austriaco, se irritó
algun tanto, y respondió á los legados: «que se ad-
»miraba en extremo de que le juzgasen por tan in-
»constante, y olvidado del honor, que con ánimo
»bastardo quisiese quitarles la libertad que les habia
»dado su invicto padre: que considerasen el notable
»agravio que hacian á su propio decoro en formar un
»juicio tan injusto de su sinceridad: que ignoraba ab-
»solutamente haber hecho cosa alguna que mereciese
»el ser tratado tan indignamente por los genoveses:
»que si atribuian la culpa al Rey don Felipe su her-
»mano, no podia menos de acusar su desverguenza,
»y las calumnias de aquellos hombres ingratos, des-
»pues que con una equidad escrupulosa, y digna de
»tan gran Rey, no habia perdonado cosa alguna para
»asegurar y defender la libertad de los genoveses: fi-
»nalmente que se despedia de ellos para siempre, que
»cuidasen de sus cosas acordándose de los antiguos
»beneficios recibidos de los príncipes austriacos; y
»que de alli adelante hiciesen otro juicio mas favora-

»ble de él y de su hermano." Habiendo despedido á los legados, navegó para España confiado en que su hermano le elevaria á alguna dignidad, pues no habia hecho cosa alguna que desdixese de sus mayores. Pero el Rey don Felipe pensaba por el contrario, que debia reprimir la viveza de su espíritu y carácter, y abatir su fausto. Por tanto le pesó aunque tarde el no haber seguido los consejos de su augusto padre, el qual era de dictámen que aplicase al muchacho al ministerio eclesiástico, lejos de las armas, para que algun dia no causase turbulencias por la ambicion de dominar. Finalmente el duque Carlos de Gandía marchó á Génova por mandado del Rey don Felipe, y fue recibido honoríficamente por el senado; habiendo concebido éste la esperanza de que se apaciguarian las discordias con la autoridad, y prudencia de este ilustre varon, y que se desvaneceria el peligro de que aquella chispa originase un gran incendio en la Italia. Por este tiempo falleció Cosme, gran duque de Toscana, despues de una molesta y larga enfermedad, dispuesto christianamente. Fue hombre de grande ánimo, de grande ingenio, y muy piadoso. Embalsamado su cuerpo, y armado fue sepultado con magnífica pompa en la iglesia de San Lorenzo. Entre los sollozos y lágrimas derramadas en sus exéquias, fue proclamado con extraordinario regocijo del pueblo por gran duque de Toscana Francisco su hijo; y de este modo se convirtió el llanto en alegria, segun la acostumbrada vicisitud de las cosas humanas. Habia ya largo tiempo que conociendo su padre Cosme la buena índole y carácter del jóven, le habia confiado el cuidado del gobierno, y le pedia razon de sus providencias y determinaciones, y instruido de esta manera, se adquirió grande alabanza por su prudencia.

## CAPITULO VIII.

*Proyectos de los hugonotes de Francia descubiertos y castigados. Muerte del Rey Carlos IX. Le sucede su hermano Enrique III. Sucesos de la guerra de Flandes.*

No cesaban en Francia las turbulencias, asi como el mar despues de una tormenta continúa todavia inquieto. Permanecian en armas aquellos que aborrecian el nombre de la paz, la qual decian era una red con que el Rey y el duque de Guisa oprimian á los incautos. Los que mas se distinguian eran Mombrun, Nuan, y otros que en diversas partes fomentaban el partido con todas sus fuerzas. En este tiempo se formaba otra nueva faccion llamada de los políticos, enemigos de las ideas del Rey, y de los Guisas, y nacida de la envidia, que acomete con furor á los que ensalzó la fortuna. Los cabezas de la sedicion procuraron atraer á su partido á Francisco hermano del Rey, duque de Alenzon, que llevaba á mal el no ser admitido al gobierno, y en cuyo lugar habia sido nombrado su hermano Enrique para hacer la guerra á los hugonotes, y casi habian ya pervertido á aquel jóven, que ardia en deseos de dominar. Pero no se ocultó al Rey y á la Reyna su madre, que agitaba proyectos contrarios al bien del estado; por lo qual le rodearon de centinelas, para que no pudiera escaparse. Finalmente se descubrió el negocio por la intempestiva aceleracion de los políticos, que enviaron á San German, donde entonces estaba el Rey, doscientos caballos para que le escoltasen en su fuga. Francisco pues, que no se habia declarado abiertamente, ni creia seguro confiar su persona á unos pocos caballos, resolvió es-

tarse quieto con Enrique de Bearne. El príncipe de Condé se evadió intrépidamente, y se encaminó á Alemania, y el Rey temeroso de alguna asechanza, se retiró apresuradamente á Paris. El de Alenson y el de Bearne se disculparon de tal modo, que parecia no haber cometido culpa alguna. Fueron presos algunos de los principales del partido, que habian dado vehementes sospechas de su mala conciencia, y los reos pagaron sus delitos en el suplicio. De aqui pues volvió á encenderse la guerra en diversas partes. Mongomeri, que habia herido á Enrique en un torneo, despues de varios sucesos y trabajos padecidos por la secta, fue preso y degollado en Paris. Poco despues se le agravó al Rey la enfermedad que le habia afligido largo tiempo, y habiendo recibido los Sacramentos, falleció el dia veinte y nueve de mayo á los veinte y cinco años de su edad, sin dexar ningun hijo varon. Nombró por heredero de la corona de Francia á su hermano Enrique, que reynaba en Polonia, y por gobernadora interina á la Reyna su madre.

Sintió en gran manera el Rey don Felipe la muerte de Carlos, porque esperaba que durante su reynado se extinguiria en Francia la heregía, y desarraygado de alli este contagio, se disminuirian las fuerzas, y deseos de los que trastornaban los estados de Flandes. Habiendo sido Enrique llamado con repetidas cartas y embaxadas á poseer el reyno hereditario, salió de Polonia á manera de fugitivo, dexando escrita una carta á los estados del reyno en que disculpaba su partida. Fue recibido con mucha magnificencia por el César, y despues por los venecianos y los príncipes de Italia entre los quales se aventajó el Saboyano, deseoso de merecer su favor. El gobernador de la Lombardía no faltó á ningun

obsequio, y envió á don Pedro de Sotomayor, para que desde las fronteras le acompañase con una escolta hasta Saboya. Desde alli pasó á Leon, y despues á Aviñon, donde falleció Carlos cardenal de Lorena hombre docto, eloqüente, y adornado de otras prendas de alma y cuerpo, y lo que es mas principal, defensor acérrimo, y observador de la piedad cathólica. Su cuerpo fue trasladado á Rems donde habia sido arzobispo.

Luego que Requesens llegó á Flandes, puso todo su conato en socorrer con todo género de auxîlios á Midleburg sitiado por los orangianos. Previno una armada de sesenta navíos de todos géneros, y confirió á Dávila el mando de los buques mayores, y á Glymes noble flamenco el de los menores, acompañado de Romero con los españoles. Fue constante fama en aquellos tiempos, dice Bentivollo, que habiendo sido ganados por dinero los pilotos, dieron en bancos de arena con nuestra armada, la qual rodeada y acometida por la de los enemigos, parte de las naves fueron sumergidas, otras apresadas, y las demas se pusieron en fuga. Glymes murió peleando, y Romero se escapó á nado, mirando Requesens tan grave calamidad desde una fortificacion inmediata. Para evitar Dávila ser estrechado de los enemigos, y viéndose con muy desiguales fuerzas, conduxo su esquadra sana y salva al puerto de Amberes. Habiendo llegado los midleburgenses al extremo de sustentarse con los manjares mas desusados, y no quedándoles esperanza alguna de socorro, por estar el enemigo apoderado del mar, entregó Mondragon la ciudad al príncipe de Orange baxo de honrosas condiciones. El crédito de Mondragon era tan grande para con el de Orange, que salió de alli sin dar rehenes algunos, habiéndose llevado consigo á los sol-

dados con sus equipages integros y tambien á los sacerdotes, y alhajas sagradas, habiendo prometido que dentró de seis meses daria libertad á Aldegonde y á otros tres prisioneros; y que si no pudiese cumplirlo, volveria él mismo á ponerse en manos del vencedor.

Pasó pues Mondragon al Brabante, y fue recibido honoríficamente por Requesens, quien le prometió dar libertad á los prisioneros, y desempeñó con fidelidad su palabra. No le sucedió tan felizmente á los enemigos, que se hallaban muy soberbios en Walchren, en la batalla terréste que acaeció poco despues cerca de Mock. Habiendo juntado Luis de Nasau un exército en Alemania, habia puesto sus reales entre Aquisgran y Mastrik; desde donde ponia asechanzas á varias ciudades. Pero le salieron vanos sus intentos, habiendo sido descubiertos por los españoles, y castigado á los traidores. Marchó contra Nasau Dávila de orden de Requesens, acompañándole Mondragon y Romero, á los que siguieron con alegria los españoles, por la esperanza de que se les pagaria su estipendio, que por no estar corriente habian empezado á rehusar el servicio. La suma total de las tropas era de quatro mil infantes, y ochocientos caballos la mayor parte de ellos españoles, los quales estaban tan habituados á pelear, que en oyendo la señal de la batalla se ordenaban por sí mismos de tal manera sin auxîlio de su capitan, que todos y cada uno de ellos se hallaban dispuestos como si los hubiese arreglado un diestro general. Tenian los enemigos seis mil infantes y dos mil caballos por lo menos. Hubo primero entre unos y otros algunas leves escaramuzas favorables al Español, habiendo obligado muchas veces al enemigo á levantar su campo. Finalmente no pudiendo juntar sus tropas con las de su

hermano, ni pasar adelante, ni permanecer allí sin mucho peligro, se acampó en un lugar fortificado entre los rios Vahal y Mosa. Deseoso Dávila de pelear se encaminó al enemigo en orden de batalla: trabóse un sangriento combate; y se juntaron á los españoles tres compañías, que desde el camino fueron conducidas á la batalla, con cuyo auxîlio y valor fue puesta en fuga la caballería enemiga y ganada la victoria, en la qual se excedieron los vencedores encarnizándose demasiado en los vencidos. Se dice que murieron de los enemigos quatro mil infantes y quinientos caballos. Perecieron en el combate Luis y Enrique su hermano, con Christóbal hijo del conde Palatino; pero es mas creible que fueron anegados en las lagunas, porque jamás se encontraron sus cuerpos. Apoderáronse los nuestros de treinta banderas y de todos los bagages; mas sin embargo no produxo fruto alguno una victoria tan ilustre, por la insolencia de los españoles, que pedian con gran protervia la paga. Como no era posible satisfacerles por la escasez del real erario, arrojaron de su cuerpo á los capitanes, y se encaminaron en un esquadron á Amberes, resueltos á saquear aquella ciudad opulenta. Habíanse juntado alli quatro mil veteranos, y el reducirlos por la fuerza de su deber, era una empresa muy arriesgada. Acudió Requesens para apaciguar la sedicion; pero nada pudo la autoridad de un varon tan respetable contra la obstinacion de aquellos hombres perdidos. No obstante se abstuvieron de hacer daño alguno á los ciudadanos de Amberes, antes por el contrario levantaron una horca para castigar á los malhechores. Finalmente no pudiendo aplacar sus ánimos con razones algunas, entregó la ciudad á Requesens la suma de quarenta mil escudos que la habia pedido: juntóse otra cantidad

del real erario, y lo restante lo suplió él mismo, habiendo empeñado para esto su plata labrada. Habiéndoseles pagado el estipendio de quince meses, fueron enviados á los reales de Leyden, cuya ciudad habia muchos dias que estaba sitiada, defendiéndola Juan Douza poeta célebre, cuyos escritos que son muchos son muy estimados de los hombres doctos.

Entretanto sucedió otra desgracía ocasionada por los zelandeses, los quales derrotaron una armada de treinta navíos que estaba armando Requesens en la fortaleza de Liló cerca de Amberes. Alegres los enemigos con la victoria, conduxeron á la Zelanda al comandante de esta armada Adolfo Hamsted, á quien hicieron prisionero mientras peleaba valerosamente. Los leydenses sitiados por todas partes no podian recibir ningun auxîlio, y habiendo apurado todo género de alimentos buenos y malos, se veian reducidos al mayor extremo del hambre, y á cada paso se caian muertos. En esta situacion conmovido el príncipe de Orange de la miserable suerte de los de Leyden, y con el consejo de Luis Busolo almirante de la armada, formó un proyecto verdaderamente temerario y dañoso, pero el éxîto demostró que fue segurísimo este conato, para librar la ciudad de su ruina. Juntó hasta ciento y cincuenta naves chatas y de carga, en las que embarcó los soldados mas valerosos de la armada, con muchos víveres y municiones de guerra. Entretanto que hacia estos preparativos mandó abrir en diversos parages los diques de los rios, y derramándose el agua en mucha cantidad por aquellos campos pantanosos y baxos, se convirtieron estos en una inmensa laguna, quedando sorprendidos todos los realistas de una cosa tan nueva. Pero luego que conocieron el intento de los enemigos, se levantó en los reales una horrible gritería de los

que fortificaban los cuerpos de guardia con céspedes y esteras para impedir el ímpetu de las aguas: cavaban la tierra con las bayonetas y la llevaban apresuradamente en los morriones, hasta que acercándose la inundacion, se vieron obligados á recoger con mucha confusion sus equipages, y retirarse á los parages mas elevados. Sin embargo no podia navegar la armada porque aun no habia crecido el agua á la altura necesaria; pero habiendo soplado el cierzo, y juntándose tambien la creciente de la luna, se hincharon las olas de tal manera, que la llanura parecia un mar. Levantada de tierra la armada y agitada con la fuerza de los vientos, navegó ácia la ciudad; y aunque los realistas desde sus fortificaciones se esforzaban con la artillería á impedirles su curso, no pudieron conseguirlo, antes por el contrario con la inundacion y los tiros de los enemigos eran muchos los que perecian. Por tanto determinaron retirarse á lugares seguros, porque el pelear contra los hombres y los elementos era una locura furiosa. Refiérese un hecho de Pedro Chacon digno ciertamente de memoria, el qual arrojado en una barca como si ya estuviese muerto, viendo á los enemigos que eran seis ó siete muy engolfados en la pelea, se levantó, tomó un hacha de dos filos, les acometió de repente por las espaldas, y mato á tres de ellos. Consternados los demas con el miedo se arrojaron al agua, y el vencedor español arribó donde estaban sus compañeros con la barca llena de trigo. Desesperando pues los españoles de apoderarse de la ciudad, y cuidadosos únicamente de ponerse en salvo, comenzaron á recoger á toda prisa sus equipages; y finalmente habiendo dexado en el campo muchas provisiones de guerra, se retiraron aquella misma noche por sus trincheras fortificadas á

unos lugares inaccesibles al enemigo. De este modo se perdió el trabajo de muchos meses. Los leydenses que se mantenian de las yerbas que produce la tierra expontáneamente, y de las hojas de los árboles, contraxeron muchas enfermedades causadas de tan extraños alimentos, y se asegura que habian perecido cerca de diez mil personas. Los que quedaron con vida quedaron inmediatamente á las puertas para congratularse con los que venian, y recibiendo el socorro de los víveres, aliviaron el hambre que por tan largo tiempo habian padecido. Rechazados los españoles del sitio de Leyden, acometieron al capitan Valdés, llenándole de injurias y maldiciones, y atribuyéndole la culpa de que por su codicia no habia sido tomada la ciudad, cuyos despojos les servirian de estipendio. Desde alli se encaminaron sublevados á Utrech con intento de escalarla; pero fueron repelidos de su vana empresa por el intrépido valor de sus habitantes, ayudados de Osorio Ulloa comandante de la fortaleza, no sin estrago de una y otra parte. Finalmente habiendo llegado el dinero para la paga, volvieron á su deber.

Entretanto resonaba tambien el ruido de las armas en otras partes de Flandes. Tomaron los españoles algunos puestos fortificados; y otros fueron defendidos por los orangianos con la inundacion de los campos, cuyo daño apenas puede calcularse. Compadecido el Rey don Felipe de los males de Flandes, y para que los rebeldes no se perdiesen del todo, les habia ofrecido este año el perdon general de todo lo pasado, con tal que guardasen la religion cathólica, y le tributasen á él el debido obsequio. Esta indulgencia surtió muy poco efecto; y solo algunos particulares desterrados se volvieron privadamente á su patria: pero todos los pueblos que

habian abrazado el partido del príncipe de Orange, persistieron en su obstinacion. En este año se suscitó una controversia con la Reyna de Inglaterra, habiéndola enviado unos diputados flamencos, para reclamar la presa que referimos en el cap. IX del libro anterior; y con su actividad y oportunos oficios fueron restituidos al Rey con mucho pesar de los negociantes doscientos mil florines, como asegura Isselt, ú ochenta mil, como dice Estrada.

## CAPITULO IX.

*Muerte del Sultan Selim. Sucédele su hijo Amurates. Es declarado Rey de romanos Rodulfo hijo del César. Continuacion de las discordias de Génova. Congreso de Breda para tratar de la paz de Flandes.*

El Sultan Selim, que habia comenzado á construir una poderosa armada, y hacia grandes preparativos de guerra para el año siguiente, con el deseo de dilatar su imperio, falleció á mediados del mes de diciembre. Sucedióle su hijo Amurates á los veinte y siete años de su edad; el qual para reynar con mas seguridad, subió al trono á principios de este año de mil quinientos setenta y cinco, ha- 1575.
ciendo quitar la vida á sus hermanos, segun la antigua costumbre. Sin embargo no emprendió cosa alguna contra los príncipes christianos, porque se hallaban afligidos sus súbditos de la peste, de los naufragios y de otras calamidades, y puso todo su cuidado en establecer y asegurar su imperio, cuyos principios se hallan expuestos muchas veces entre los turcos á grandes turbulencias. Comenzó á corregir severamente la depravada licencia introducida en los

tiempos anteriores: arrojó del serrallo á quinientas mugeres esclavas de la régia liviandad: refrenó con mucho rigor los fraudes de los comerciantes, y dió otros exemplos de prudencia, agena de un bárbaro.

El Rey don Felipe aunque corria la voz de que en el Oriente no habria movimiento alguno, creyó que convenia fortificar con guarniciones las costas marítimas de Italia, para que se hallasen prevenidas contra qualquiera invasion repentina, y no padeciesen algun daño por su negligencia. El mismo cuidado tenia el César para la seguridad de sus fronteras, que no cesaban de molestar los turcos; pues sin respeto á las treguas pactadas, se habian apoderado por engaño de quatro ciudades. Habiendo convocado una dieta en Ausburgo, procuró en ella que su hijo Rodulfo Rey de Bohemia y Hungría fuese declarado Rey de romanos; lo que consiguió fácilmente por la buena voluntad que le tenian los electores. Uno solo de ellos, que fue el conde Palatino, rehusó asistir por sus antiguas desavenencias; pero envió despues á su hijo mayor, para que concurriese á la inauguracion.

Las cosas de Génova se hallaban cada dia en peor estado, y en mayor peligro de su ruina, por la obstinacion de los nuevos, que habian invadido la república. Orgullosos con el mando, no querian condescender á las justas peticiones de los antiguos, los quales con el deseo que tenian de la tranquilidad, se inclinaban á que se decidiesen sus discordias por árbitros. Juzgó este medio por equitativo el cardenal Moron legado pontificio, varon muy benemérito de la república, y tambien los españoles, que habian padecido muchos trabajos y peligros por ella; y finalmente los legados del César ostigados ya de tan prolixos debates. El pueblo decia que no

convenia á la república recibir leyes dictadas por ninguna potencia extrangera, y que cuidase cada una de sus propios negocios: que no se fiaba de nadie, y que no sufriria que fuese oprimida su libertad, y á la verdad para defenderla tomaban á cada paso las armas, excitando tumultos por qualquiera causa leve; pero los legados hacian muy poco aprecio de estas vanas amenazas. Entretanto el Rey de Francia envió con dos galeras á los desterrados Marcos Virago, de Lombardía, y Galeazo Fregoso, de Génova, para que asegurasen á la república de su benevolencia. Oyó el senado esta embaxada, y les dió gracias con una prolixa arenga; pero no ignorando los artificios con que los príncipes suelen buscar su propia conveniencia á costa del daño ageno, despidió inmediatamente á los dos enviados, para evitar que el Frances rompiese con el Español, y que de esto se originasen á la república mayores males que los que padecia. El Rey don Felipe habia escrito al senado mucho tiempo antes, que de ningun modo toleraria que se intrometiese ningun príncipe en las cosas de un pueblo que estaba baxo su proteccion, para que con pretexto de hacer la paz, no padeciese detrimento su libertad. Pero tampoco él mismo pudo librarse de la sospecha que atribuia á los otros, por haber mandado que se acercasen las tropas á las fronteras de Lombardía, aunque lo hizo con el fin de reducir en caso necesario con la fuerza al partido que rehusase obedecer. Mientras tanto, no cesaban de infamarse recíprocamente con varias calumnias, habiendo enviado diputados al Pontífice, al César, y al Rey don Felipe á fin de justificar cada uno su causa, y acriminar la de sus contrarios. Para abreviar este negocio, se disponian el Pontífice y el Rey don Felipe á tomar las armas contra los refractarios; pero

los legados no omitian medio ni diligencia alguna para apaciguar los ánimos y reducirlos á una buena composicion. Visitaban benignamente ya á unos ya á otros, conferenciaban con ellos, y les proponian condiciones. Pero al fin como nada adelantasen con su blandura y halagos, les pareció ser necesario recurrir á la fuerza. Movido pues el Rey don Felipe de las súplicas de los antiguos que imploraban su socorro, y manifestándose claramente que sin el terror de las armas no podria restablecerse la concordia, previno á su hermano que habia vuelto á enviar á Nápoles, y á quien tenia confiado el gobierno de sus dominios de Italia y del exército que alli tenia, que obligase con la fuerza á recibir la paz los que la rehusaban.

Luego que don Juan de Austria llegó á Génova, mandó á Doria que se apostase en las costas con una armada poderosa, y que por la parte de Lombardía acometiesen las tropas, para cuya manutencion habian juntado dinero los antiguos. Los nuevos por el contrario alquilaban otras tropas, y hacian todo quanto podian para sostener su partido, arrebatados de la ambicion de dominar. Hubo algunos combates de no mucha importancia, y fueron tomados los lugares fortificados; principios á la verdad de una grande guerra, si las fuerzas hubiesen sido iguales á los conatos. Pero considerando que si perseveraban en hacer frente á las armas españolas, les costaria muy cara su obstinacion, se rindieron al fin, conviniendo en que se arreglasen las cosas de la república al arbitrio de los legados; y habiéndose aceptado este justo medio, se dieron recíprocamente rehenes y despidieron las tropas. Formáronse en Casal ciudad del duque de Mantua, las leyes sobre el modo de elegir los magistrados que habia de observar en adelante el pueblo

de Génova, y fueron promulgadas con grande alegria y complacencia de todos; y de esta suerte terminaron con la paz los males de una torpe discordia, y los ciudadanos fueron reducidos á la tranquilidad.

Celebróse en Roma el año Santo con gran concurrencia de los fieles, y con admirable piedad, aunque muchas ciudades de Italia estaban afligidas de una cruelísima peste, que hacia horribles estragos, habiendo quedado tan miserablemente desolada la provincia de Abruzo, que apenas bastaban los vivos para dar sepultura á los muertos. En Milán el santo arzobispo y cardenal Borromeo empleó su ardiente caridad y todas sus facultades en socorrer á los ciudadanos en aquella calamidad, de tal manera que ni aun perdonó las albajas y muebles que mas necesitaba. Nápoles fue preservada por singular beneficio de Dios. El cardenal de Granvela, despues de haber exercido largo tiempo el empleo de virrey de aquel reyno, fue llamado á España por el Rey don Felipe, y le nombró presidente del consejo de Italia. Sucedióle en el virreynato don Iñigo de Mendoza marques de Mondejar, que adquirió tan ilustre nombre en la guerra de Granada. Agotado por este tiempo el real erario con los gastos de tantas guerras, y oprimido con muchas deudas, se vió el Rey obligado á aumentar las contribuciones, aunque los pueblos se hallaban muy cargados; y con permiso Pontificio comenzó á vender las villas y lugares que la piedad de los antiguos Reyes habia donado á los obispos. Procuró poner remedio á las excesivas ganancias de los banqueros que suministraban en diversas partes el dinero para la paga de las tropas: y prohibió tambien sus enormes usuras, y que no se les exigiesen á ellos por sus acreedores. Despues de esto fueron pagadas las deudas públicas, y exônerado de esta carga el real erario, con

mucho disgusto de los negociantes y cambistas. Cerbellon y otros que habian sido hechos cautivos en la Goleta, fueron puestos en libertad á solicitud de los venecianos, y por medio de la permuta de los turcos apresados en la batalla naval de Lepanto, que don Juan de Austria habia hecho conducir á Roma.

Suscitáronse en Francia nuevas turbulencias, que habrian causado mayores males, si no se hubiera puesto remedio á tiempo con las armas y la prudencia. El duque de Alenzon, hombre de natural inconstante, y que ardia en la ambicion de dominar, salió de palacio con pretexto de la caza, y habiendo burlado á las guardias, se escapó de la corte, y fue recibido por muchos nobles sabedores del hecho, para que el nuevo partido se asegurase con la autoridad de la sangre real. No causaba menor mal el príncipe de Condé, que juntando entre tanto un exército en Alemania, envió delante parte de él á las órdenes de Thore, que le habia acompañado en su fuga, para que socorriese á los suyos en Francia. Este pues fue acometido en Castel Tierri, y le venció en batalla el duque de Guisa, que sacó una herida en el rostro. La Reyna madre deshizo otro torbellino; pues movida por el amor de su hijo, y por el deseo de la tranquilidad, marchó á hablar al de Alenzon, y pudo tanto con sus halagos, en cuyo arte era muy diestra, que ajustó con él treguas por seis meses. Confirmólas el Rey á fines del otoño á pesar de los cathólicos, para que mediando este tiempo, se apaciguase el ardor del duque de Alenzon, y diese oidos á mas saludables consejos.

Deseoso el César de apagar el incendio de la guerra en que ardia Flandes, por el peligro á que estaba expuesta la Alemania por su cercanía, mandó á Gunter conde de Suat-zemburg, que ademas de su escla-

recida sangre era muy ilustre por su prudencia, que pasase á aquellas provincias y procurase componer la paz, con utilidad de ambas partes en quanto fuese posible. Juntáronse unos y otros en Breda, que ocupaban los españoles, y fueron dados en rehenes Romero, Mondragon, Cruillas y Alentour. Los realistas extendieron las condiciones de la paz, en las que por el deseo que tenian de la tranquilidad, cedieron benignamente en muchas cosas, á excepcion del exercicio de la nueva secta. Pero este era el punto esencial en que insistian los rebeldes con pertinacia increible, por la astucia del príncipe de Orange, que aunque se hallaba ausente, era el árbitro y director de todo quanto hacian. Dieron pues una respuesta picante y llena de palabras insolentes, la que fue rechazada por los realistas con muy sólidas razones. Lo que pedian era, que hecha la paz saldrian los españoles de Flandes; y que asi como quando el Rey don Felipe regresó á España en los años anteriores, mandó salir sus tropas para satisfacer á las peticiones de los flamencos, del mismo modo lo hiciesen ahora, para que no quedase motivo alguno de queja. Pero se les replicó, que el pedir que los españoles fuesen sacados de toda la Flandes antes que unos y otros dexasen las armas, era una cosa muy ofensiva de la magestad real, y muy opuesta á las leyes de la guerra, pues ellos rehusaban despedir sus tropas, y era una cosa justa que la condicion que querian exigir, la cumpliesen ellos igualmente: que ademas de esto erraban enormemente en pedir que los negocios de religion se decidiesen en la junta de los estados, que solo trataban de las cosas civiles; y que desde el principio de la Iglesia siempre se habian tratado y decidido las cosas sagradas en los concilios: que la razon y la justicia pedian que restituyesen al Rey lo que le

habian quitado durante la guerra, pues así lo hacian unos príncipes con otros quando ajustaban las paces, y mucho mas obligados estaban los súbditos, que sin derecho alguno le habian despojado de sus posesiones. Finalmente que asi como el Rey no tiene potestad para mudar la religion á su antojo, tampoco los súbditos pueden abjurarla sin cometer un gran delito, quando en la inauguracion se prometió con recíproco juramento conservar y defender la religion cathólica: que sin embargo concedia el Rey por un acto de benignidad, que todos los que estuviesen inclinados á la nueva secta, saliesen de todos sus dominios, llevando consigo sus bienes, dándoles para esto el término de diez años, con tal que entre tanto fuesen gobernados por los cathólicos. Habiendo recibido los holandeses este escrito, deseaban con ardor ausentarse del congreso, para tratar el negocio en la junta general de los pueblos. El enviado del César procuraba con mucho empeño oponerse á esto, pues si una vez se retiraban de allí, no habia esperanza alguna de que volviesen, ni se podria establecer la concordia. Mas no fue posible vencer la pertinacia de los holandeses que rehusaban la paz, si no se hacia á su modo y segun su conveniencia; y de esta suerte, habiendo restituido los rehenes, se retiraron para no volver mas. Indignado el legado imperial de esta obstinacion, y viendo que no podia adelantar cosa alguna, se apresuró á volver al César, para declararle que no se cansase mas en solicitar la paz, pues antes se reconciliaria el agua con el fuego que el Holandes con el Español. Al cabo de muchos dias dieron una respuesta muy larga, en la que aseguraban que no alterarian cosa alguna de lo que tenian pedido. Omitimos referir todo lo demas que acaeció en este congreso, porque no lo permite la brevedad que nos he-

mos propuesto en esta obra. A la verdad el príncipe de Orange, cuyos consejos seguian en todo, estaba obstinado en retener la potestad, que á costa del mal público habia adquirido, y estaba resuelto á perecer en el mismo fuego en que ardiese la república, si la fortuna le fuese contraria. Veia ademas que habiendo tomado una vez las armas contra el príncipe, no las podia dexar con seguridad; pues vendria á parar en manos de aquel á quien habia hecho tantos agravios; y de esta suerte el miedo y la ambicion, que son muy malos consejeros, le arrebataban muy lejos de los límites de la razon. Finalmente su extremada perversidad, y su profundo talento, le hicieron mirar como el mayor y mas perjudicial enemigo que jamás ha tenido España.

## CAPITULO X.

*Prosigue la guerra de Flandes y de Holanda. Empresa memorable de los españoles para apoderarse de las islas de Scaldia y Duvelanda, y otros varios sucesos.*

Habiéndose desvanecido la esperanza de la paz, volvieron otra vez á las armas, y Requesens dió orden á Egidio hijo de Barlemont señor de Hierges, para que hiciese la guerra. Este pues habiendo juntado un exército, acometió á Bura, ciudad del dominio de Orange. Despues de arruinar parte de la muralla, y no dando los habitantes señal alguna de rendirse, entraron las tropas por la brecha y por un puente que mandó hacer sobre el foso. Refugiáronse los vecinos á la fortaleza; y habiendo pactado desde allí que no se les haria mal alguno en sus personas, salieron desarmados, y fue entregado el pueblo al

saqueo del soldado. Despues de esto cercó con las tropas á Udevater, y habiendo exhortado á la guarnicion á que se entregase, insultó ésta con tiros y oprobrios á los realistas, haciendo de ellos gran desprecio; pero le costó muy caro su arrogancia, pues en el segundo asalto fue rechazada y puesta en fuga. El pueblo fue arrasado, y todos sus habitantes pasados cruelmente á cuchillo sin diferencia alguna de edad ni sexô. Inmediatamente comenzó el sitio de Scoonou, situada en la cercanía de un terreno pantanoso á la orilla del rio Lech. Los habitantes se inclinaban al partido del Rey, y estaban disgustados de la guarnicion, y viéndose frustrados de sus auxîlios, pues de las naves que venian al socorro solo entró una, habiéndose perdido las demas, se apresuraron á entregarse. Tomó Egidio á los enemigos otros puestos fortificados, y los aseguró con guarniciones, y concluida felizmente esta expedicion, se retiró á Utrech. Entretanto Mondragon atravesó á pie con los suyos el mar por espacio de una milla, y tomó la pequeña isla de Finaert, que los enemigos tenian ocupada, habiéndose escapado la guarnicion en unas barcas.

A este mismo tiempo meditaba Requesens una hazaña que no carece de exemplar, pero que por la grandeza del peligro y la felicidad del suceso, no hay otra que pueda igualarla. Habíale exhortado muchas veces el Rey don Felipe en sus cartas que procurase fixar el pie en la Zelanda, para proporcionar un asilo seguro á la armada que en breve saldria de España. Estaba el Rey persuadido de que no podria sujetar á la Holanda si antes no triunfaba de ella en el Océano. Para llevar adelante este designio pasó á Amberes con Chapin y los principales cabos, y entregó á Dávila una armada bien provista; y envió delante exploradores que reconociesen los vados. El principal objeto

ra apoderarse de las islas de Scaldía y Duvelandia, con la esperanza de recobrar á Walkren. Fueron varios los pareceres de los exploradores y cada uno ponderaba la empresa facil ó dificil segun su carácter, y aun algunos afirmaban que solo podia intentarse por unos hombres desesperados, y que estuviesen resueltos á perecer. Por el contrario, Francisco Marradas y sus compañeros aseguraban que se podia pasar el vado, con tal que hubiese un ánimo que despreciase el peligro. Disputóse con mucho ardor por una y otra opinion en el consejo de guerra; y al fin venció la sentencia de que se debian exponer á los peligros, y pelear con el Océano y con los enemigos, que estaban apoderados de las costas. Fueron pues conducidos en pequeños navíos á Philipisland, llamada asi de Felipe el Bueno, mil y quinientos soldados armados, y doscientos peones, que habian de entrar á pie por el mar, y otros tantos soldados se embarcaron en la armada. Entraron en el mar por el último ángulo de la isla en la menguante de las olas, y le tuvieron muy tranquilo y favorable. En aquella noche, que fue la de la víspera de San Miguel, se vieron en el cielo metheoros extraordinarios, y volar vigas de fuego, como refieren algunos escritores; y alegres con este presagio, aceleraron con grande ánimo su marcha. Iba delante Juan Osorio con los españoles: seguíanles los flamencos y los alemanes, y despues de ellos los peones; y cerraba el esquadron Gabriel de Peralta con sus compañías. Caminaban de dos en dos ó de tres en tres, porque no podian ir muchos juntos por aquel lomo ó banco de arena. Los enemigos habiendo conocido el designio, dispusieron su armada á lo largo para impedirles el paso. Marchaban por medio de ella los españoles prevenidos para la batalla; pero los vados estorbaban que pudiesen llegar de cer-

ca á las manos. No obstante, los enemigos dispararon desde lejos una lluvia de balas al rodeado exército, aunque con muy poco daño, porque la obscuridad no les permitia acertar con los tiros; y procuraban aterrar al soldado con mucho estrépito y gritería. Mas todo esto fue en vano, porque acordándose de su antigua milicia, se encaminaban con mútuas exhortaciones, y despreciando al enemigo aceleraban el paso todo quanto podian. Pero volviendo la acostumbrada marea, se acercaron mas las barcas enemigas, y comenzaron á detenerles la marcha. Desde ellas les tiraban, y los arrastraban con picas y garfios, hiriendo á los que no podian sentar sus pasos. Estos pues, aunque en algunos parages les llegaba el agua hasta el pecho, volvian el rostro adonde era mayor el peligro, y uniéndose quanto podian peleaban acérrimamente entre los innumerables tiros que por todas partes volaban sobre ellos, sin que tuviesen la menor cuenta con su vida, estando obstinadamente resueltos á seguír adelante ó á morir. En tan ciega batalla, y en tan inaudito género de pelea, nada podia el consejo ni la prudencia, y la suerte lo dirigia todo. Isidoro Pacheco cayó muerto á impulsos de una bala de cañon, y algunos pocos soldados rasos por diversos accidentes. Despues que salieron del mar, por el qual habian caminado cinco millas, les sobrevino otro nuevo peligro. Hallábanse en la costa dos mil soldados armados franceses, escoceses y ingleses, que los enemigos habian tomado á sueldo. Habiendo llegado á tierra los españoles, levantaron las manos al cielo y imploraron el auxîlio de la Vírgen Santísima, y del Apóstol Santiago, y aunque mojados todavia y fatigados con el trabajo de la noche anterior, acometieron con increible audacia á aquellas tropas descansadas, yendo delante Osorio con veinte y cinco compañeros,

y aterrados los enemigos, despues de haber hecho una descarga, se pusieron en fuga, y se retiraron á los puestos fortificados. Pero Peralta que cerraba el esquadron, llegó á media noche á lo mas profundo del canal, donde pereció gran parte de los peones, sumergidos por las olas; y habiendo intentado en vano vencer á nado aquel paso, le hizo volver el ímpetu de las aguas con su pequeño esquadron donde habia salido, y llegó á la presencia de Requesens, que ansioso de saber el éxito de la empresa, se habia quedado aquella noche en una altura, y le reprehendió ásperamente porque ignoraba todavia lo acaecido. Pero los vencedores del Océano y de los enemigos en el agua y en la tierra, dieron aviso á la armada de haber arribado á la isla, disparando á este fin unos cohetes, que era la señal en que habian convenido, y sin que llegase á ser sentida de los enemigos, se acercó aceleradamente á fuerza de remo, y desembarcó en la isla las tropas, víveres y municiones. Despues de haber tomado algun descanso volaron por todas partes aquellos intrépidos guerreros, y en breve tiempo se apoderaron de todas las fortalezas, y arrojaron á los enemigos de toda la Duvelandia.

Para pasar á la otra en que se halla situada Zirictea, ciudad fortificada y célebre por su puerto, se ofrecia á la vista un terrible canal de tres millas de ancho, y sus costas estaban llenas de enemigos. Pero Dávila y Mondragon sin aterrarles este peligro, se desnudaron y entraron intrépidamente en el mar siguiéndolos dos mil soldados armados. Con gran fatiga, pero con igual constancia llegaron los nuestros á la otra parte del canal, y los enemigos se pusieron en fuga sin haber dado ninguna prueba de valor. Inmediatamente se apoderaron de los lugares fortificados, de los quales unos estaban abandonados por el miedo, y otros

fueron mal defendidos; habiendo muerto Peralta, que habia pasado con la armada á Duvelandia; y algunos pocos soldados. Con mayor esfuerzo y daño fue tomada la fortaleza de Bommel por la temeridad de los españoles; lo que fue recompensado con la muerte de la guarnicion. Entretanto Arnaldo, señor de Dorp, fortificaba á Ziriczea, habiendo burlado con sus astucias á los realistas. Finalmente exhortado á que se entregase; no quiso dar oidos por la cierta esperanza del socorro, que le habia prometido el de Orange; y para que los soldados del Rey no pudiesen levantar trincheras, abrió los diques, y inundó todo el campo baxo al rededor de la ciudad. No desanimó á los realistas la imposibilidad de levantar las trincheras, y reforzados con las nuevas tropas que les enviaba Requesens, cerraron el puerto para que los orangianos no pudiesen introducir socorros algunos, estando resueltos á expugnar la ciudad por hambre. Mientras que estaban allí detenidos baxo el mando de Mondragon, comenzó el año entre los flamencos á principios del mes de enero, que antes principiaba el dia de Pascua de Resurreccion, cuya costumbre fue anulada por Requesens en pleno sena-
1576. do el año de mil quinientos setenta y seis.

Habiendo sido sitiada mucho tiempo antes por los de Orange con una armada la fortaleza de Crimpen, sitiada á la orilla occidental del Rhin, que en el año antecedente habia sido tomada por Hierges, se halló en este tiempo obligada á entregarse por hambre. Llegaron navíos de España con un socorro de soldados; pero mucho menos de los que se necesitaban para refrenar á los enemigos, que eran dueños del mar. Habiendo llegado Chapin desgraciadamente á los reales de Ziriczea, donde se hallaba el soldado acampado en tierra húmeda y pantanosa, ca-

yó enfermo, y regresó á Amberes para curarse, pero murió en el viage: fue varon no menos valeroso que períto en la ciencia militar. Mondragon capitan el mas intrépido de su tiempo, estrechaba cada dia mas y mas á los ziriczenses, habiendo levantado sus defensas y baluartes en las alturas, sin desanimarle lo riguroso de aquel cielo, y lo mal sano del parage. Habia cerrado todas las entradas, y estaba prevenida la armada contra la fuerza enemiga, y finalmente tenia abundancia de todas las cosas. Pero el príncipe de Orange confiado falsamente de que los soldados del Rey no podrian sufrir á campo raso la crueldad del invierno, determinó socorrer á los sitiados aunque fuese á costa de los mayores peligros. Intentólo muchas veces con varia fortuna, y finalmente el mismo Orange, acompañado de Luis Bussot hombre muy experto en el mar, quiso exponerse al peligro con grande esperanza de vencer. A la verdad en el primer encuentro se mostró favorable la fortuna á los audaces: mas excitados los realistas del gran peligro que corrian, y exhortados con la voz y el exemplo de sus capitanes, renovaron la pelea con todas sus fuerzas. La nave en que iba Bussot que era de extraordinaria grandeza fue destrozada por nuestra artillería, y habiéndola cogido la baxa mar, quedó encallada, y parte de su tripulacion escapó á nado. Bussot pereció con otros muchos sumergido en las aguas por el peso de las armas, y murieron de varias maneras ochocientos soldados de marina. Consternados gravemente los sitiados con esta pérdida, y afligidos tambien con el hambre, se resolvieron al fin á entregar la ciudad que habian defendido por espacio de ocho meses. Prometióse á todos que no se les haria mal ninguno en sus personas; pero en lo demas fueron poco

decorosas las condiciones. Los ciudadanos pagaron doscientos mil escudos por el rescate de sus bienes: fue hecha la entrega el dia treinta de junio, y salió salva la guarnicion conforme se habia pactado.

## CAPITULO XI.

*Muerte del gobernador Requesens; apodérase el senado del gobierno, y se declara contra los españoles. Victoria ganada por estos en Amberes. Júntanse en Gante los estados de Flandes.*

Entre tanto se habia quedado Requesens en Amberes agitado de grandes cuidados é inquietudes por la situacion crítica y calamitosa en que veia aquellas provincias. Los flamencos inclinados á novedades, y ostigados de una guerra tan larga y contínua, conferenciaban entre sí sobre los medios de arrojar de alli á los españoles. Padecia tambien suma falta de dinero para pagar las tropas, ni sabia dónde buscarlo. El Rey no le enviaba ninguno, porque los negociantes que antes lo libraban se excusaron á hacerlo, por el trastorno de sus intereses que les habia causado el decreto del año antecedente, y se hallaba casi arruinado el comercio. Por tanto no solamente no le quedaba medio alguno de poder derrotar al enemigo, pero ni aun de sostenerse. Rodeado pues de estos males, oyó que la caballería habia desertado tumultuariamente por la falta de paga. Penetróle tan altamente esta nueva, que ardiendo en deseos de vengarse, mandó luego á los pueblos que tomasen las armas que les habia quitado el duque de Alba, para rechazar estas injurias, que fue lo mismo que tocar la trompeta para que se encendiese una guerra intestina. Desde alli se volvió á Bruselas para ganar la indulgencia del año Santo, donde le acometió una

agudísima calentura, cuya violencia le quitó la vida en breve tiempo sin que hubiese nombrado sucesor alguno. Su muerte perturbó sobre manera el estado de las cosas de Flandes. El senado tomó las riendas del gobierno, discordando entre sí sus individuos, con mucho daño del público, por sus particulares intereses y pasiones. Negóse á los españoles que habian ganado á Ziriczea la paga de muchos meses que se les debia, y sin pedirla se les dió á los alemanes mandados por Annibal conde de Altems, con facultad de restituirse á su patria. Parecia que la intencion del senado era obligar á los españoles á que la necesidad los dispersase, y tener gratos á los alemanes y á otros que con ocultas maquinaciones habian atraido á su autoridad, para que debilitando las fuerzas reales, y alejando de sí el miedo de las armas, pudiese disponer á su arbitrio del gobierno público. Uno y otro le sucedió á medida de sus deseos, porque el conde de Orbestein se pasó al senado con su legion. Rehusando los españoles obedecer, porque se les negaba la paga, desampararon los reales en número de mil y seiscientos de ellos, y marcharon al Brabante, y desde alli á Alost, ciudad situada entre Bruselas y Gante, para exîgir por fuerza de los habitantes el estipendio que les negaba el senado, no habiendo querido dar oidos al conde de Mansfeld que les ofrecia una parte. Irritados los bruxelenses contra los españoles por las verdaderas y falsas noticias que les dieron de las crueldades de aquellos hombres en Alost, tomaron las armas, y apenas pudieron escaparse Alfonso de Vargas comandante de la caballería española, el licenciado Gerónimo de Roda, y el capitan Romero. Mondragon se hallaba custodiado en Ziriczea por los soldados flamencos. En una palabra era tanto el odio que tenian á los españoles, que

de orden del senado se hicieron reclutas en todo Flandes para arrojarlos de allí. Finalmente, por conspiracion de todas las provincias se tomaron las armas contra todo género de extrangeros notados con el nombre de españoles. Solo la provincia de Luxêmburgo permaneció en su deber con admirable exemplo de fidelidad; y de esta suerte llegó á manifestarse lo que de mucho tiempo antes proyectaban aquellos ánimos. Entraron pues los armados en el senado, y arrebatando á Mansfeld, Barlemont, Asonville, Delrio, Vigli y otros senadores, conocidos por su inalterable fidelidad al Rey, y prudente conducta en paz y en guerra, fueron puestos en prision. El resto del senado declaró por enemigos á los españoles; y maltratados con obras y palabras por los flamencos los que se hallaban en Alost, fueron expelidos de allí con ignominia. Respondió el Rey á las cartas del senado; y como todavia ignoraba las cosas sucedidas, aprobó que hubiese tomado á su cargo la administracion del gobierno. Su presidente Guillelmo de Croy, el duque de Ariscot, y los principales de los senadores se declararon en público por el de Orange, y seguian sus consejos y designios. A instancia del mismo senado se juntaron los estados de Flandes, para que por su autoridad, se atribuyesen á la nacion, como parte de su libertad, todas las prerogativas de que despojaban á su príncipe. De este modo fue combatida asi en la paz como en la guerra la causa real por aquellos mismos que mas principalmente debian defenderla. Pero los españoles, aunque por todas partes se veian rodeados de peligros, no por esto les faltaba el ánimo ni la prudencia. Aventajábase entre todos Dávila, que conmovido de su crítica situacion, los exhortaba á todos á que viniesen á Amberes, habiendo enviado

mensageros á todas partes, para que reuniendo sus fuerzas, se opusiesen á los furores populares, y refrenasen la contumacia de aquella gente irritada contra el nombre Español. Y porque habiendo tomado los pueblos las armas, procuraban impedir tan saludable consejo, temerósos de que juntasen tropas, les fue preciso abrirse camino con la espada. Hizolo asi intrépidamente Vargas, que mandaba mil y doscientos caballos, habiendo hecho desmontar una partida de ellos para que comenzasen la pelea. Habiéndose atrevido Glymes á hacer frente á los españoles con dos mil infantes y ochocientos caballos, se trabó la pelea, y derrotado y puesto en fuga, se encerró dentro de Lovayna con grande estrago de la infantería, y sin que los vencedores hubiesen recibido herida alguna. Concluida felizmente esta accion, pasó á Alost para hacer salir de alli á los sediciosos, á vista del peligro en que se hallaban si perseverasen en sú obstinacion, y se apoyasen en sus fuerzas.

Habiendo salido de Holanda con la misma idea don Fernando de Toledo, llegó á aquella ciudad con la infantería española; pero nada pudo conseguir de aquellos hombres endurecidos en su contumacia, con los quales si no hubiesen sido tan tercos, se hubiera librado del peligro la fortaleza de Gante, que se hallaba sitiada por los flamencos, que era el intento de los capitanes, y de ningun modo hubiera llegado á caer entre sus manos. Destituidos Vargas y Toledo de esta esperanza, se pusieron en camino para Amberes, y en su marcha les llegó la noticia de que sublevados los alemanes en Orbestein con el favor de sus habitantes, y rechazados los españoles hasta Mastrich, se habian declarado por los estados de Flandes sin respeto alguno á la fidelidad que debian al Rey. Aceleraron la marcha quanto pudie-

ron, y ayudados de los españoles, que se habian encerrado en las torres de la puerta de Bruselas, penetraron en la ciudad, no sin derramar alguna sangre de los adversarios. Oprimidos los alemanes con esta repentina invasion, echaron armas á tierra; atribuyeron la culpa de aquella maldad á sus capitanes; y prometieron con juramento que en adelante permanecerian fieles en el servicio de los españoles. Francisco Montesdeoca gobernador de la guarnicion fue sacado de la cárcel, y se apaciguó y compuso la sedicion. Entretanto Romero con un pequeño esquadron derrotó á los flamencos en diversas partes. El conde de Orbestein, Federico Perennoto hermano del cardenal de Granvela, y otros juntaron muchas tropas, y se propusieron expugnar el castillo de Amberes. Los que estaban quietos en Alost, habiendo oido el estruendo de la artillería, movidos del pudor á vista del peligro que corrian sus compañeros, y incitados de un vivo discurso que les hizo Juan Navarrete, á quien habian elegido por su comandante, acudieron al momento á las armas, para socorrer á los que se hallaban en tanto aprieto. Tardaron algun tanto en atravesar el rio Escalda, y mientras le pasaron, llegaron Vargas con la caballería, Romero, Toledo y otros con la infantería, que habian sido llamados por Dávila, y subieron á la fortaleza por la puerta del campo, con grande alegria y regocijo de todos. Domina ésta al Escalda, y está dividida en cinco baluartes que miran á la ciudad, y al campo. Exhortó Dávila á los que venian fatigados á que cobrasen ánimo, y descansasen antes que acometiesen al enemigo, á lo qual se negaron todos juntos, clamando en altas voces que habian de cenar en el infierno, ó en Amberes.

Habian partido de Utrech, Lira, y Alost dos

mil y doscientos infantes españoles, ochocientos alemanes, y seiscientos caballos de diversas naciones. Para rechazarlos les salieron al encuentro nueve mil flamencos y alemanes, habiéndose tambien armado la ciudad. Acometieron los españoles por dos partes mandados por los capitanes Romero y Navarrete, y en un momento de tiempo ganaron las trincheras, y derrotaron á sus defensores. Trabóse el combate en las calles y en la plaza, y los enemigos detuvieron el curso de la victoria en la casa de la ciudad. Disparan contra ella los voluntarios algunos fuegos, y levantando un horrible incendio, fue reducido á cenizas aquel edificio verdaderamente magnífico y hermoso, junto con las casas contiguas con daño incalculable. La caballería fue rechazada por Vargas, y se puso en precipitada fuga, de tal suerte que uno de ellos se arrojó desde las mas altas murallas al foso que estaba lleno de agua; y es muy digno de admiracion que el caballo sacó de alli sano y salvo al caballero. Habiéndose apoderado los españoles de la plaza y de la casa de la ciudad, persiguieron á los esparcidos enemigos, y los hirieron y mataron, sin que se viese otra cosa en todas partes que muertos y heridos, confusion y tumulto. Es fama constante que perecieron siete mil entre soldados y ciudadanos. Al tiempo que el conde de Orbestein se apresuraba á entrar en una lancha, cayó en el rio, y pagó la pena de su perfidia, y algunos otros perecieron ahogados. Perennoto señor de Compiegne, y Havré hermano del duque de Ariscot tuvieron mejor fortuna, pues se escaparon por el rio. Fue hecho prisionero por el español Verdugo en la iglesia de San Miguel el conde de Egmont, hijo del muerto, junto con Capri y Grigñi, como lo afirma Isselt, y tambien lo fueron los principales ciudadanos. De los solda-

dos del Rey solo murieron doscientos. Navarrete pereció al tiempo que subia á la trinchera. Duró despues el saqueo por espacio de très dias, y fue inmenso el botin que sacaron de una ciudad tan opulenta como aquella. No obstante, conservaron los vencedores su honor á las doncellas y á las matronas; pero atormentaron á los habitantes para que descubriesen sus riquezas, compitiendo á portia la crueldad con la avaricia. Finalmente faltando antes la materia que la voluntad de saquear, y cargados los soldados del Rey con el oro, plata, piedras preciosas, y otras cosas de mucho valor, se retiraron á sus quarteles.

Por éste tiempo se celebraba la junta de los estados en Gante, donde de comun acuerdo de las provincias comenzó á tratarse de que la Flandes, acometida y perturbada por todas partes, se arreglase como un cuerpo compuesto de diversos miembros en estado de república, que deberia ser gobernada por sus mismos ciudadanos, sin que se admitiese á los extrangeros á ninguna parte del mando. De este dictámen fueron los orangianos, y se ajustó la alianza, cuyos artículos fueron en suma: que se estableciese la paz entre los flamencos y holandeses: que los pueblos volviesen á su antiguo estado de libertad: que juntando en un cuerpo todas sus fuerzas arrojasen de alli á los españoles; y que despues volviesen á juntarse los estados, para ordenar y arreglar la república, y entretanto no tuviesen fuerza alguna las leyes promulgadas por el duque de Alba contra los sediciosos y hereges; pero que en Flandes no se permitiese otra religion que la cathólica: que en Holanda se observase acerca de la religion lo que estableciesen los estados, y que tambien se estuviese á su decision sobre restituir los castillos, pueblos y armas quitadas al Rey durante la guerra: que los prisione-

ros entre los quales se hallaba el conde de Bossú, se pusiesen en libertad sin rescatè algúno: que se restituyesen los bienes y empleos, y otras cosas de menor importancia, que omitimos por no abusar de la paciencia de los lectores. Todo esto lo confirmó el régio senado, irritado con la noticia de la desgracía de Amberes. Antonio Dalam, que defendia la fortaleza de Gante con solo setenta hombres, despues de un prolixo asedio, y hallándose falto de víveres y municiones, se vió obligado á entregarla el dia diez de noviembre, y fue conducido con la guarnicion á las fronteras de Francia.

## CAPITULO XII.

*Nombra el Rey por gobernador de Flandes á don Juan de Austria. Coloquio de los Reyes don Felipé y don Sebastian en Guadalupe. Viene el Turco con una armada á las costas de la Calabria.*

Noticioso el Rey don Felipe por las cartas de los españoles del estado en que se hallaba Flandes, mandó á don Juan de Austria, que estaba en Italia, que pasase á gobernar aquellas provincias, y que hiciese su viage por Borgoña para llegar quanto antes, y socorrerlas con su presencia. Pero el Austriaco mas cuidadoso de sus cosas que de las del público, porque todavia le inquietaba la ambicion, y oponiéndose á la voluntad de su hermano, pasó desde la costa de Génova á España con dos galeras, á fin de conferenciar con él. Recibióle sin embargo benignamente en el Escorial, donde entonces se hallaba don Felipe; pero acerca de su pretension no sacó otra cosa que vanas esperanzas. Despidióle el Rey con magníficas promesas encargándole que se por-

tase en su gobierno con la mayor suavidad; pues mas con halagos que con la fuerza conseguiria reducir, y sujetar á aquella gente feroz, y que lo demas lo dexaba á su arbitrio, para que el tiempo y la experiencia le enseñasen lo que mas convenia. Mientras tanto, se hicieron rogativas en las ciudades de España por el buen éxîto de una guerra cuyo principal objeto era la conservacion del verdadero culto de Dios, contra los impíos que le profanaban. Emprendió pues su marcha don Juan de Austria de incógnito y en posta; acompañado de Octavio Gonzaga, hijo de don Fernando y dos compañeros. Atravesó la Francia, y en París se hospedó ocultamente en la casa de don Diego de Zúñiga, embaxador de España, cerca del Rey Christianísimo y allí se informó de muchas cosas del estado de Flandes. Desde París marchó á Luxêmburgo, capital de la provincia de este nombre, que se mantuvo fidelísima al Rey donde fue recibido con extraordinario regocijo de todos. Pero lo fue de muy distinta manera en lo restante de Flandes, donde todas las cosas de paz y de guerra se executaban á manera de una república libre sin respeto alguno al Rey, á excepcion del nombre, que por una especie de cortesía suelen tomar en boca los sediciosos, en medio de sus turbulentos conatos. Luego que tuvieron noticia de su venida los estados y el senado, se hallaron en gran manera confusos y turbados, porque sospechaban que llevase órdenes del Rey muy contrarias á sus proyectos. Deseosos pues de la libertad, habian determinado substraerse por qualquier medio de la dominacion de los españoles, consejo á la verdad mas feroz que prudente; y habian hecho muchos esfuerzos para arrojarlos de toda Flandes contra la voluntad del Rey. Ademas de haber reclutado tropas, y,

corrompido á muchos alemanes del exército del Rey, que se sublevaron contra sus cabos, procuraban con fraudes apoderarse de los castillos y plazas fuertes. Con estos artificios, y aun valiéndose de la fuerza, llegó el senado á hacerse dueño de Cambray, Valenciennes, y de otros pueblos fortificados, como si hubiesen sido ganados á los enemigos. Y porque desconfiaban de sus fuerzas enviaron diputados á Inglaterra, Alemania y Francia para implorar auxîlios. La Reyna Isabel ofreció socorrer á los oprimidos flamencos, pero en secreto para que no se creyese que quebrantaba la alianza que tenia contraida con el Rey don Felipe, y les envió una suma de dinero para los gastos de la guerra. Juan Casimiro, de la familia del conde Palatino del Rhin, tomó á su cargo reclutar tropas, con tal que estuviese pronto el dinero para la paga. Como el Rey de Francia no queria implicarse en esta guerra, solicitaron á los hugonotes, y á los del partido del duque de Alenzon, habiéndole dado á entender que acaso se hallaria mejor en Flandes que en Francia al lado de su hermano. Animado de esta esperanza el régio jóven, envió á un noble llamado Burgo al Rey don Felipe, pidiéndole en matrimonio á su hija doña Isabel con los estados de Flandes por dote, para que de esta suerte se conservase á su hija lo que él tenia ya casi perdido. La respuesta del Rey fue: «Que convenia considerarlo maduramente, y no precipitarlo de ningun modo; y que »para casar á su hija debia enviarse antes una embaxada, segun la costumbre régia, á fin de que se »tratase con la dignidad conveniente un negocio de »tanta conseqüencia." Asi lo refiere Herrera, que dice habló en Valencia con el mismo enviado quando se volvia á Francia. Pero ninguna cosa fatigaba tanto en esta empresa al senado y á los estados, como el

juntar el dinero necesario, para sostener tantos gastos. Mandaron pues, que cada uno entregase su oro y plata labrada, á un precio establecido á fin de acuñarla para el uso de la guerra, y no se abstuvieron de los vasos sagrados, y demas alhajas que habia en los templos.

Estas y otras cosas pasaban, quando por consejo del príncipe de Orange fueron enviados diputados á don Juan de Austria con apariencia de obsequiarle, pero en realidad para penetrar si podian, sus mas secretos pensamientos. Recibiólos con benignidad el Austriaco, y se lamentó con ellos largamente de las calamidades de Flandes, manifestándoles el gran sentimiento que por ellas habia concebido el Rey, y de las muchas señales que habia dado de su buena voluntad á los flamencos, y que en prueba de ella queria sacar de alli á los españoles y establecer una buena paz, con toda la conveniencia de los flamencos que fuese posible. Los diputados refirieron esta respuesta en la junta, y no fue oida con gusto; antes por el contrario, teniéndola por una asechanza para sorprehenderlos, no se aplacaron de ningun modo sus ánimos, imbuidos de perversas opiniones. A la verdad no omitia medio el príncipe de Orange para que no se hiciese la paz entre el Rey y los flamencos, la qual preveia muy bien le arruinaria á él, y juntamente á la Holanda. Por tanto hacia todos sus esfuerzos para impedir que se tratase de ella, al mismo tiempo que aparentaba en público ser su principal conciliador. Amonestaba en secreto á los flamencos, por medio de sus confidentes, que se guardasen cuidadosamente de dar crédito á las promesas de don Juan de Austria, porque solo se dirigian á tomar mas completa y segura venganza: que lo que convenia era arrojar antes de todo á los españoles, apoderarse

de las fortalezas y arrasarlas, y restringir con ciertas condiciones la potestad de aquel jóven astuto, de tal modo que nada pudiese hacer contra los flamencos, y que no le diesen parte alguna en el gobierno: que los estados retuviesen la suprema autoridad en todo: que convocasen las juntas á su arbitrio y de ninguna manera tolerasen que se disminuyesen los privilegios é inmunidades de las provincias; y que mas bien debia confiarse el Austriaco á los flamencos, que los flamencos al Austriaco, por lo qual debia entrar desarmado á prestar el juramento. Estas y otras cosas semejantes les sugeria aquel hombre artificioso, y que ausente ó presente, haciendo la guerra ó la paz, no se puede asegurar quando era mas pernicioso. A la verdad, movidos por estas razones los flamencos, confirmaron la alianza de Gante, y formaron otra nueva, para que juntando sus fuerzas y facultades, defendiesen la libertad que habian llegado á adquirir. Viendo pues el Austriaco que los estados y el de Orange se habian convenido entre sí en obrar de comun acuerdo contra el Rey, pedia: que los estados despidiesen tambien su exército: que en adelante tributasen el debido obsequio al Rey y á la religion cathólica; y que deseaba el Rey benignamente que la Flandes fuese gobernada segun la costumbre de los antiguos príncipes, y contribuir para restituirla á su antiguo esplendor. Todo esto se trataba por medio de unas treguas á fin del año, quando Bárbara de Bomberg madre del Austriaco, pasó á Luxêmburgo á visitar á su hijo despues de la muerte de su marido. Desde allí se partió á España y acabó el resto de sus dias en un convento de monjas de Valladolid.

Ardia en deseos de extirpar la secta mahometana el Rey don Sebastian de Portugal, jóven de grande

ánimo y ambicioso de gloria; pero sus fuerzas no eran iguales á sus conatos. Para solicitar pues auxîlios de su tio el Rey don Felipe, pasó al monasterio de nuestra Señora de Guadalupe donde habian convenido juntarse, con esperanza cierta de conseguir de él lo que solicitaba, á fin de pasar quanto antes al Africa y hacer la guerra á los moros. El Rey don Felipe, que por su carácter era detenido, y á quien agradaban mas las cosas prudentes que las prósperas que solo pendian del acaso, oyó con disgusto la propuesta, aunque para sus negocios parecia muy útil la guerra que meditaba el Rey don Sebastian. Comenzó primero á disuadirle de aquella idea con poderosas razones; pero siendo todas en vano, le exhortó despues á que mandase hacer la guerra, pero que no la hiciese en persona, y tampoco pudo conseguirlo. Finalmente viéndole obstinado en su intento, le prometió para el año siguiente cinco mil soldados veteranos y cincuenta galeras, siempre que no pasase mas allá de Luco ciudad de la Mauritania, situada cerca del rio de este nombre, no lejos del parage donde entra en el mar; y con tal que no hiciese el Turco alguna invasion en las costas de Italia. Arregladas estas cosas por los dos Reyes, se despidieron uno de otro.

Por este tiempo habia salido Uluc-Ali con sesenta galeras muy bien equipadas, y habiendo enviado delante una de ellas, para explorar las costas de Italia, se sublevaron los cautivos christianos que iban al remo contra los turcos, y matando á su capitan con otros muchos, introduxeron la galera en las costas de Nápoles. Cayó de repente la armada sobre la Calabria, y infundió mucho terror y espanto; pero las guarniciones de la costa mandadas por el príncipe de Visiñano rechazaron á los piratas hasta sus galeras, habiéndoles quitado la presa. Despues que cesó el

miedo de los turcos, salió de Mecina el marques de Santa Cruz, y pasó á hacer la guerra á las costas de Africa, y habiendo saqueado la isla de los Querquenes, cautivó á muchos bárbaros, para suplir con ellos el número de los remeros. En Villafranca en las costas de Génova sumergió una tormenta seis galeras, que conducian de España por mandado del Rey don Felipe trescientos mil ducados para los gastos de la guerra, los quales yendo encerrados en cofres de madera, pudieron al fin extraerse por la industria de los buzos.

El César Maxîmiliano falleció el dia doce de octubre, oprimido de mal de piedra que padecia contínuamente. Fue príncipe de costumbres muy suaves, de mucho talento para los negocios, y muy instruido en el conocimiento de las lenguas. Sucedióle su hijo mayor Rodulfo, segundo de este nombre, no inferior á su padre en la piedad, y arreglo de costumbres. Despues de diez y siete años que se hallaba preso en Roma fray Bartholomé de Carranza arzobispo de Toledo, fue decidida su causa por el Papa, y solo sobrevivió diez y ocho dias á su sentencia. Sucedióle en el arzobispado don Gaspar Quiroga. Por muerte de Loazes ocupó la silla arzobispal de Tarragona don Bartolomé Sebastian, natural de Aragon, que en el año siguiente falleció repentinamente, y le sucedió don Gaspar de Cervantes natural de Castilla, que antes fue arzobispo de Mecina y de Salerno: tomó posesion hallándose ausente, y fue creado cardenal presbítero por Pio V: adornó á Tarragona con una universidad y otros edificios: publicó las constituciones de aquella iglesia; y finalmente acabó sus dias en diez y siete de octubre del año anterior, llorándole toda la ciudad como á su verdadero padre. Sucedióle el célebre y

sapientísimo don Antonio Agustin, trasladado de la diócesis de Lérida, y tomó posesion de ella por procurador el dia veinte y seis de febrero de este año, y entró en la ciudad el dia diez de marzo.

## CAPITULO XIII.

*Piraterías de los ingleses y franceses en América. Es anunciada la religion christiana á los chinos. Sucesos de las Molucas. Prosiguen las discordias de Francia. Principios de la famosa liga de los grandes de este reyno.*

Gozaba la América de una paz profunda, habiéndose extinguido mucho tiempo antes las guerras civiles y externas; y el Rey don Felipe, como si no tuviera otro cuidado, se dedicaba enteramente á procurar el bien de los indios. Hállanse innumerables decretos suyos, en que manda con todo rigor á los gobernadores de las provincias que no tolerasen en parte alguna á los hereges, judíos, moriscos, cismáticos, ni otras pestes semejantes, para que con sus errores no inficionasen á los naturales del pais, nuevamente convertidos á la religion christiana. En otros muchos les encargó que los tratasen con la mayor blandura, porque su avaricia no se contentaba hasta apurar del todo á aquellos miserables hombres. Pero jamás han sido suficientes las mayores precauciones, ni los preceptos mas severos para desarraygar este vicio tan cruel y tan envejecido. Ponia todo su conato en que fuesen bien instruidos los neóphitos, á cuyo fin exhortaba contínuamente á los obispos, para que con el mayor zelo cumpliesen con su ministerio. En este espacio de tiempo fue perturbada la paz de aquellas costas por el terror que causaban los piratas. El ingles Francisco Draque recogió algu-

nas tropas de su nacion, y con malas artes exercia este infame oficio; y habiendo hecho compañía con otro pirata frances, desembarcó su gente armada cerca de Nombre de Dios, y desde una emboscada robó el tesoro que se conducia de Panamá. La plata que era mucha, y no podia llevarla porque se retiraba prontamente, la enterró en un parage oculto, y se llevó consigo una corta cantidad de oro. Noticiosos de este suceso los panameños, tomaron las armas con toda presteza, persiguieron á los ladrones, y los acometieron y pusieron en fuga. El frances fue herido de muerte, y hecho prisionero, y falleció despues de haber indicado el lugar donde habian escondido el robo. Desenterráronle al punto los españoles, y le llevaron á la ciudad, pero el oro no pudo ser recobrado. En el año siguiente arribó Juan Oxnan á aquella costa con un navío muy bien equipado para llevarse la plata que habia quedado escondida: mas como llegase á saber por los negros fugitivos, llamados Cimarrones, que la habian sacado los españoles, de consejo de los mismos bárbaros construyó dos bergantines en aquellos montes, y los conduxo por espacio de quarenta millas en hombros de ingleses y negros á la costa del mar del Sur. Habiéndolos echado prontamente al agua, pasó á las islas de las Perlas, y saqueó cruelmente á una de ellas llamada Chapera. Robó todas las alhajas sagradas y profanas, y se burló impíamente de las imágenes de los Santos. Saqueó tambien los navíos, y se apoderó de cien mil pesos del buque en que iba Miguel de Eraso. Hubiera sucedido muy felizmente su empresa á este ladron, si no cayese entre las manos de los de Panamá, que le despojaron de todo, y le cogieron preso con sesenta compañeros, sin que se escapase ninguno que pudiese llevar la noticia de

su desgracia. Todos ellos fueron castigados por la inquisicion, y pagaron en Lima la pena de sus sacrilegios.

Los españoles que habitaban en las Philipinas consiguieron una gran victoria de Limaon pirata chino, tomándole en la pelea una buena parte de su armada; y despues de esto cercaron con tropas la fortaleza donde se habia refugiado. Enviaron luego una embaxada á los chinos, á quienes este pirata habia hecho muchos daños, para darles cuenta de tan grato suceso, á fin de adquirirse la benevolencia de una nacion tan opulenta, y establecer con ella comercio. Fueron á esta embaxada algunos misioneros, y entre ellos fray Agustin de Rada del orden de San Agustin, que escribió la relacion de este viage. Recibiéronlos con mucho aparato, y los trataron espléndidamente, segun la costumbre de la nacion, y recíprocamente se hicieron varios regalos. Fuéles anunciado el verdadero Dios y el Evangelio por medio de un fiel intérprete, y se les dexó escrita en lengua china la oracion Dominical, y los preceptos del Decálogo. Observaron los enviados muchas cosas acerca del fausto, y soberbia de aquellas gentes, de sus supersticiones, de la grandeza de sus ciudades, y de otros muchos puntos semejantes. Finalmente no siéndoles posible detenerse allí por mas tiempo, segun el antiguo uso de la nacion, regresaron á Manila con feliz viage.

Sucedió Manuel Vasconcelos á Deza en el gobierno de las islas Molucas; por cuya industria fue el Rey don Sebastian saludado Rey de las Molucas, habiendo sido nombrado heredero de aquellas islas por su Régulo, que falleció en Malaca, y fue llamado Manuel en el bautismo. Poco despues murió tambien Vasconcelos, y su sucesor Sebastian Manchado der-

rotó al Régulo de Gilolό, y le hizo entrar en su deber. Despues de estos sucesos, envió el virrey Noroña con tres navíos á Diego de Mezquita, hombre iracundo y ánimo perverso, á cuyo tiempo el Régulo Ancir fue asesinado por uno de sus parientes, arrebatado por la ambicion de dominar. Su sucesor Aeiro fue degollado por Martin de Pimentel, que sucedió á Mezquita, con quien tuvo algunas discordias, habiéndose escapado Guichioll su hijo, que levantando una fortaleza, comenzó á perseguir á los portugueses, para lo qual hizo con otros Régulos alianza de armas. En lo mas vivo de esta guerra fue tomada á los portugueses la fortaleza de Gilolό, y pasada á cuchillo la guarnicion con Francisco Vello su gobernador. Hicieron muchos daños á su Régulo porque no quiso faltar á la palabra que tenia dada á los portugueses. Ardia la guerra en diversas islas por mar y tierra, estando divididos los naturales en partidos, y se hicieron grandes daños unos á otros. Sobresalió entonces el valor de Gonzalo Pereyra que mandaba en Amboina. Finalmente despues de combatida su fortaleza por espacio de cinco años, y no pudiendo ya los portugueses tolerar por mas tiempo tan cruel asedio, el hambre y otros males que padecian, se retiraron de alli; y abandonando la isla de Ternate, tan adversa para ellos, se refugiaron á Tydore, cuyo Régulo era su amigo, y algunos se derramaron por otras partes. Ayudados con su auxîlio, levantaron alli una fortaleza, y se dedicaron al comercio, haciendo perpétua guerra á los ternatenses. Las cosas de la India y la mutacion de la forma de su gobierno despues de las inmortales hazañas de Atayde, las referiremos juntas y sin interrupcion en los años siguientes.

Volvamos ahora desde lo mas remoto del orbe á

Francia, la que despues de las treguas del de Alenzon se hallaba inquieta, y se temian mayores turbulencias con la fuga del príncipe de Bearne, que se habia escapado con pretexto de ir á caza. Pero el duque de Alenzon á quien habia extraviado la ambicion de dominar, viendo que no se hacia de él ningun aprecio, pues el exército le mandaba Condé, y los hugonotes estaban sujetos á la autoridad del de Bearne, y habiéndosele frustrado sus esperanzas, se inclinó con facilidad á convenir las treguas en una verdadera paz. El Rey y la Reyna madre, que se hallaban consternados se aceleraron á concluirla baxo de ignominiosas condiciones, y con una prodigalidad perniciosa, pretextando el motivo de sacar á aquel régio jóven del campo de los hugonotes; y esta fue la quinta paz hecha con los sectarios, mas dañosa y indecorosa que todas las antecedentes. Entregado el Rey al ocio y á las delicias, y degenerando enteramente de sí mismo, mientras ajusta una paz indecente, por el miedo de una honrosa guerra, vino á caer en otra detestable y muy funesta para él, y se envolvió y implicó en mayores dificultades. Los hermanos Guisas, Enrique Luis, y Carlos hijos del duque Francisco tan esclarecido por su piedad y valor, con otros grandes de la misma casa de Lorena, comenzaron á echar los cimientos de la famosa liga. Entre otras causas era la principal el amor á la nacion francesa, y á la religion cathólica, por cuya defensa y propagacion habian derramado tanta sangre sus piadosos antepasados. Juntábase á esto el terror de los innumerables exemplos de otras naciones, donde la heregía habia trastornado todas las cosas divinas y humanas; y ademas tenian á la vista los males domésticos que por espacio de tantos años habian afligido á la misma Francia. Confundíanse pues de ver

tan abatida la religion, y perseguida por unos hombres que nunca tuvieron otros enemigos que los de Dios. Tales eran los sentimientos del vulgo frances, llenos de una piedad ingénua. Pero aunque en los Guisas hubiese el mismo ardor por la religion, observaban los mas prudentes, que estaba mezclado con la ira, la ambicion, y el miedo, como acontece en casi todas las cosas humanas, en què lo bueno suele estar confundido con lo malo. Como estaban acostumbrados á la corte, y al manejo de los negocios mas graves, llevaban con mucha impaciencia que fuesen nombrados por el Rey los jóvenes nobles á los principales ministerios de la corte, y del reyno, viéndose ellos despojados de estos honores, y aun arrojados de alli con ignominia. Por tanto, aunque al tiempo de formar la liga sagrada alegaban unos pretextos muy especiosos, á saber el obsequio al Rey, la utilidad pública, y el patrocinio de la religion; se sabia muy bien que aquella máquina se dirigia con grande artificio por los adictos de los Guisas contra el Rey y los cortesanos. Finalmente como si los pueblos tuviesen derecho para cuidar del bien público por medio de asociaciones clandestinas, y abusando de la negligencia del Rey, que llamaban paciencia, se apresuraron á dar la última mano á la liga sagrada, con general aprobacion de todos los estados del reyno, y con aquella precipitacion tan propia del carácter frances. El estado eclesiástico se distinguió en promover y confirmar esta obra, asi en las conversaciones privadas, como en sus sermones al pueblo, declamando contra la última paz, que habia hecho tan odioso al Rey, y á sus nuevos cortesanos. Despues de esto, incitados por el exemplo de sus adversarios, que habian pedido socorros á los hereges confinantes, solicitaron el auxilio del Papa, y del

Rey de España para defender la comun religion. Pero los ministros mas prudentes de la curia romana, no ignorando los artificios de los cabezas de la liga, y que su principal objeto era satisfacer su ambicion y deseos de dominar, mas bien que el de defender la fé cathólica; aconsejáron al Papa que procediese en este negocio con la mayor circunspeccion y lentitud, para que su sacrosanta dignidad no fuese acusada de espíritu de partido. Sin embargo movido el Papa de las exhortaciones del cardenal Pelevé adictísimo á los príncipes de la liga, se inclinó á favorecerla; pues qualesquiera que fuesen sus causas, se encaminaba al bien de la religion.

El Rey don Felipe noticioso muy bien de lo que allí se trataba, y del peligro que por aquella parte amenazaba á Flandes, y deseoso de mantener en Francia la religion, que estaba próxima á su ruina, prometió juntar sus armas con las de la liga. A la verdad recibió con tanta mayor voluntad el patrocinio de ésta, quanto á un mismo tiempo defendia la religion, y miraba por sus propias cosas. Mientras tanto, tenia esperanza de dilatar sus dominios si se le presentase ocasion de poder hacerlo, por la perpétua vicisitud de las cosas humanas, en lo qual tienen siempre puestos los ojos los príncipes; y á lo menos acometia al Frances con las mismas artes que le habia acometido por medio del duque de Alenzon. Enrique, pues, aunque al principio pareció que no le daba cuidado alguno la liga, no obstante para disipar el torbellino que le amenazaba, convocó en Blois los estados generales del reyno, á fin de tratar del remedio de los males públicos, persuadido de que se entibiaria el fervor de los que primero se habian declarado por la liga. Esta idea del Rey tuvo mas feliz éxito de lo que podia esperarse. Acudieron á la

junta un gran número de cathólicos, resistiendo concurrir las cabezas del otro partido, y se disputó con variedad de dictámenes sobre el modo de contribuir para los gastos extraordinarios, y sobre los medios de conservar la religion sin el estrépito de las armas, y otras cosas semejantes; y fue tanta la discordia de los estados, y la astucia del Rey, que ni fue establecida la paz, ni decretada la guerra. Acerca de la religion se acordó, que solo la cathólica fuese observada en toda la Francia. Sintiéronlo en extremo los hugonotes, clamando que el Rey habia quebrantado su palabra, y que los habia burlado con la paz últimamente establecida; y para desvanecer Enrique el odio de esta acusacion, la hizo recaer sobre los estados que habian rehusado aprobar, y ratificar las condiciones de la paz. Finalmente los hugonotes incitados por el príncipe de Condé volvieron á tomar las armas; pero fue castigada su audacia por mar y por tierra, habiendo dado el Papa una buena suma de dinero para los gastos de la guerra. Consumidas ya las facultades de los hugonotes, y hallándose estos en tal extremo, que con facilidad se les podria arruinar enteramente, con grande admiracion de todos mandó el Rey de improviso dexar las armas, y hizo con ellos la paz, aunque con mas honrosas condiciones. Los mas zelosos del partido se hallaban arruinados con tantas desgracias, que la admitieron con la mayor complacencia; y habiendo recibido Condé la noticia á la hora de anochecer, mandó que inmediatamente y con hachas encendidas se publicase en Angeliac, donde entonces se hallaba. Corrió la voz de que el Rey habia hecho esta paz con grande artificio, á fin de que si se hallase oprimido por un partido, le socorriese el otro; ó destruidos ambos, pudiese reynar á su arbitrio y no al ageno.

## CAPITULO XIV.

*Don Juan de Austria hace las paces entre el Rey de España y los flamencos. Alianza de los flamencos con la Reyna de Inglaterra.*

Los españoles habian dexado las armas en Flandes por mandado de don Juan de Austria, y por medio del obispo de Lieja, y de otras personas principales, que envió el César con el fin de apaciguar las discordias, se trataba de ajustar la paz. Y para que no se frustrase por la obstinacion de los españoles, dió orden á Dávila para que entregase la fortaleza de Utrech á Bossú, que largo tiempo la habia combatido en vano. Despues de muchos debates de una parte y otra, convino don Juan de Austria en la paz, aunque con condiciones poco favorables al
1577. Rey el dia siete de febrero del año de mil quinientos setenta y siete, y se publicó en Bruselas con suma alegria de todos los buenos, y todos los prisioneros fueron puestos en libertad. Dióse á este tratado el nombre de edicto perpétuo. El Austriaco aprobó tambien la alianza de Gante, contrahida poco antes, afirmando los obispos y otros piadosos y doctos varones que no contenia cosa alguna contraria ni disonante á la religion cathólica. Los principales artículos de la paz fueron, que se mantuviese al Rey el debido obsequio, y el culto de la antigua religion. Este tratado desagradó al príncipe de Orange como contrario á sus intentos, y procuró impedir su execucion con todos los artificios que le fueron posibles. Pero en medio de esto le servia de consuelo el que saliesen de Flandes los españoles, á quienes temia mucho. Al mismo tiempo despidió el Austriaco las guardias de su persona, á fin de remover todo mo-

tivo de sospecha, y recibió guardia de naturales, mandada por el duque de Ariscot; y de esta suerte vino á Lovayna, y se puso voluntariamente en manos de los estados. Fue recibido con muchas muestras de alegria, y procuró conciliarse las cabezas de la sedicion con dádivas, gobiernos y honores. Hubo muchos festines y banquetes con increible regocijo. Recibia cortesmente á todos los que venian á hablarle, y era benigno con los pobres, y afable para con los opulentos. Todos elogiaban sus modales suaves, y su talento en el manejo de los negocios. Procuraba atraer con la clemencia á los que antes habia exâsperado la demasiada severidad. Pero todas estas cosas las interpretaban siniestramente los malcontentos, persuadidos de que esto no era perdonar la venganza, sino dilatarla; y repetian muchas veces que era preciso precaverse de aquel régio jóven, imbuido en las máxîmas españolas. Con estos y otros rumores maliciosos y fraudulentos, no cesaban de sembrar la envidia y la desconfianza.

Entretanto fue entregada al duque de Ariscot la fortaleza de Amberes, para que la custodiase en nombre del Rey, habiéndole prestado juramento de fidelidad. Dispusiéronse los españoles para su marcha, y no pagándoles su estipendio por no tener dinero el erario, lo suplió benignamente el Austriaco, habiendo dado en préstamo á los estados cien mil escudos, los quales no le pagaron despues, con el pretexto de que él habia sido el primero en quebrantar la paz. Salieron al fin los italianos, borgoñones y españoles, á excepcion de algunos pocos que pasaron al servicio del Rey de Francia; y habiendo confirmado el Rey don Felipe el edicto perpétuo, se restableció algun tanto la tranquilidad de Flandes. Por esto el Austriaco de consejo de los grandes pasó á

Bruselas, y entró en la ciudad el dia primero de mayo acompañado del legado del Pontífice, y del obispo de Lieja, fue recibido por los estados con pompa magnífica, (aunque la multitud se mostraba vacilante) y saludado gobernador de Flandes. Pero Aldegunde y otros satélites del príncipe de Orange procuraban entretanto pervertir á los estados, y conmover al pueblo contra el Austriaco, no omitiendo artificio alguno para conseguir su ruina. Fue tentada de varios modos la paciencia de aquel jóven príncipe aun por los mismos á quienes habia colmado de beneficios, y con ánimo fuerte y varonil disimuló todas las injurias que le hacian, á fin de que no se quebrantase la paz ajustada, y adquirir la fama de pacificador de Flandes.

Para establecer por todas partes la concordia, y de acuerdo con los estados, envió al duque de Ariscot al de Orange, á fin de que procurase que se publicára el edicto perpétuo en toda la Holanda. Negóse á hacerlo, y quitándose el sombrero le dixo sonriéndose, que era tan calvo en la cabeza como en el pecho. Y á la verdad correspondian sus hechos con sus palabras, pues al mismo tiempo se apoderaba promíscuamente de los bienes de las iglesias, y de las posesiones de los que habia desterrado de Holanda, y de la Zelanda por su constancia en la religion verdadera, disponia la guerra, y armaba asechanzas al Austriaco, por medio de los muchos confidentes que tenia en toda Flandes. Juzgaba don Juan de Austria que el de Orange no haria cosa alguna por bien, y que era preciso obligarle con la fuerza á cumplir lo pactado; pero á esto se resistieron los estados de Flandes, obstinados en que antes padeciese detrimento la religion, que en tomar las armas contra los estados de Holanda. De aquí se vió

claramente que los flamencos y holandeses se prestaban mútuos auxîlios, como que estaban enteramente entregados á los consejos del príncipe de Orange, sin respeto alguno á la palabra jurada. Hallábase don Juan de Austria flúctuante entre la guerra y la paz; y para salir de sus dudas escribió al Rey don Felipe, dándole cuenta del estado en que se hallaban las cosas, y que procurase enviarle dinero para los gastos. Estas cartas fueron interceptadas por los hugonotes, junto con otras de Escovedo sobre el mismo asunto, y habiéndolas devuelto á Flandes, es increible quánto se irritaron los ánimos de aquellos hombres que tanto procuraba conciliarse, fomentando el de Orange la llama del odio, y de la desconfianza con las voces falsas que hacia correr con escritos, y con todo género de artificios y engaños. Divulgó entre otras cosas, que los españoles se disponian con las armas á reducir á sus socios, y á los pueblos libres á la forma de una provincia tributaria, y de aqui comenzaron los bruxélenses á vituperar al Austriaco, y murmurar de todas sus acciones con el mayor desenfreno. No pudiendo éste tolerar por mas tiempo la desvergüenza de la multitud, y la conveniencia de los estados, que dexaban sin castigo aun á los sospechosos de traicion, se arrepintió de su conducta, y comenzó á buscar un refúgio seguro, no tanto para librarse de sus burlas y desprecios, como para poner en salvo su vida, que se hallaba en peligro. De este modo irritados los unos contra los otros, y llenos de recíproca desconfianza, pusieron la cosa en el peor estado.

Resuelto pues don Juan de Austria a mirar por su propia seguridad, determinó salir de Bruselas, con pretexto de componer una discordia suscitada por los alemanes despedidos, sobre la paga de su estipen-

dio. Luego que se divulgó esta noticia, se sublevó la multitud, y acudió á la puerta con gran tumulto para impedirle la salida. Pero habiendo salido por otra puerta, dexó burlada á la turba, y marchó aceleradamente á Malinas. No se ocultaba al Austriaco que los designios de los malcontentos eran el de entregarse al príncipe de Orange, deseoso de apoderarse de la Flandes, y de abolir la religion cathólica, ó el de quitarle la vida para grangear su favor, como consta de las cartas del mismo Orange, segun afirma Campana. Lo cierto es que los escritores flamencos no niegan que le armaron asechanzas, y que fueron descubiertas por Ariscot, Mansfeld, Barlemont, y otros fieles consejeros. Para librarse pues del peligro, partió á Namur, aparentando que iba á obsequiar á Margarita muger del príncipe de Bearne, que habia venido á tomar las aguas minerales de Spá en el territorio de Lieja; con lo qual creia que los estados no sospecharian ningun perjudicial designio. Tampoco carecia de artificio este viage de Margarita, pues en el camino maniobró mucho á favor del duque de Alenzon su hermano, que codiciaba el dominio de Flandes. Habiendo llegado á Spá don Juan de Austria con buena guardia, y una escolta de nobles, recibió á Margarita con aparato magnífico, y la hizo muchos obsequios. Despues de su partida, se apoderó por ardid y sin estrépito alguno de la fortaleza de Hierges, y descubrió su designio á los nobles que le seguian, manifestándoles un gran número de cartas, que le habian escrito para que se precaviese de asechanzas. Quedáronse con él mas de quarenta de los nobles que le acompañaban, y los demas se volvieron á sus casas con Ariscot y Havré como mas inclinados á los estados.

No tardaron mucho en llegar con víveres los es-

pañoles que militaban en Francia, y los nobles flamencos que le habian quedado, le entregaron con admirable fidelidad todo el oro y plata que tenian para los gastos de la guerra, pues discurrian que ésta sucederia en breve á una paz tan sospechosa. Mandó tambien el Austriaco á Escovedo, testigo ocular y partícipe de sus consejos, que marchase á España á suplicar al Rey don Felipe le diese órdenes positivas de lo que habia de hacer, y le enviase dinero. Escribió varias cartas á los estados, y estos á él, con palabras muy picantes. Atribuíanse unos á otros las causas de la guerra, y en realidad no respiraban todos otra cosa. Llegó Felipe Sega nuncio apostólico, y entregó á don Juan de Austria cincuenta mil escudos que le enviaba el Pontífice para determinado objeto, de que hablaremos adelante. Este pues, hizo grandes esfuerzos con los estados, á fin de componer la discordia; pero todo fue en vano con unos hombres que aborrecian á su Rey, y á la antigua religion; y de allí á poco tiempo partió á España de orden del Papa. Como todo se dirigía á una guerra abierta, se pasaron al partido del Austriaco por influxo de Barlemont, gobernador de la provincia de Namur, las ciudades de Charlemont y Mariemburgo, y tambien los estados solicitaron atraer á sí otras ciudades y fortalezas; pero la mayor parte se mantuvo por el Rey con entera fidelidad. La fortaleza de Utrech, erigida por el César Carlos, fue arrasada hasta los cimientos por consejo del de Orange, y la de Amberes por la parte que miraba á la ciudad, concurriendo inmenso gentío á derribarla.

Llamaron de Holanda al príncipe de Orange, y le declararon conservador del Brabante, y con su acuerdo fueron creados nuevos magistrados, se depusieron muchos senadores, se eligieron otros, y se

trastornaron de arriba abaxo todas las cosas públicas, con mucha indignacion de los grandes. De aqui nacieron discordias y quejas entre ellos mismos, y muchos de ellos, incitados por Ariscot, y para reprimir el desmedido poder de Orange, apoyado en el favor de la plebe, pusieron los ojos en Mathías, archiduque de Austria, hermano del César, con la esperanza de que siendo éste gobernador, mejoraria el estado de las cosas. Finalmente habiendo llamado á este augusto jóven, que aun no pasaba de veinte y un años, se escapó de la corte de Alemania sin noticia de su hermano, y se apresuró á venir á Flandes (así lo dicen los que escribieron las cosas de aquellos tiempos). No pudiendo retraerle de su designio los caballeros que el César habia enviado en su seguimiento, escribió á los príncipes por donde habia de hacer su viage para que le detuviesen; pero habiendo vencido todas las dificultades, llegó al fin sano y salvo á Lira, donde se detuvo largo tiempo, esperando la deliberacion de los estados. Entretanto los amonestó don Juan de Austria, que no obrasen temerariamente, ni confiriesen el mando á este príncipe, á quien el Rey con su supremo poder no habia enviado. El de Orange, disimulando el agravio de que sin saber él cosa alguna hubiese sido llamado Mathías por sus adversarios, no obstante se alegraba en su corazon de su precipitado consejo, el qual interpretaba próspero y feliz á sus intentos, pues ademas de la discordia que creia se originaria inmediatamente entre los príncipes austriacos, se presentaba oportunidad de deprimir mucho la autoridad real, y al mismo tiempo de destruir la religion en medio de aquellas turbulencias. Finalmente Mathías fue declarado gobernador de Flandes, limitando su potestad con ciertas restricciones, y el de Orange por su compañero, para que reynase con

ageno nombre, como tan instruido de las cosas de Flandes, sin cuidar en manera alguna de lo que de esto pudiera juzgar la fama. Pero á fin de disculparse con el Rey, atribuyeron como otras muchas veces, la culpa de todos los males á don Juan de Austria, y le escribieron cartas con insolente descaro, en las que le decian: «que por la benevolencia que tenia á »sus fidelísimos flamencos le rogaban aprobase su »determinacion, y ratificase lo que obligados de la »necesidad habian hecho sin consultarle antes, para »que de este modo quitase á los príncipes confinan»tes la esperanza de invadir á Flandes, como lo de»seaban."

Al mismo tiempo, desconfiados de sus fuerzas, y para estar prevenidos en qualquier evento, imploraron el socorro de sus vecinos, y enviaron á Havré para que tratase con la Reyna de Inglaterra. Inmediatamente contraxeron alianza con ella, para tener ambas partes los mismos amigos y enemigos, y comenzaron desde luego los flamencos á ser socorridos con las tropas y facultades de aquel floreciente reyno. Para disculparse la Reyna de este hecho, le envió al instante una embaxada al Rey don Felipe diciéndole: «que habia creido debia ayudar con socorros á sus »confinantes, porque no podia tolerar que fuesen »oprimidos injustamente. Pero que si retirando al »Austriaco, pusiese en su lugar otro gobernador, »que tratase con mas suavidad á aquella gente, pon»dria todos sus cuidados y diligencia en apaciguar la »discordia, y componer á Flandes con su Rey." Despues le dió muchas quejas del Austriaco, atribuyéndole que habia maquinado muchas cosas contra su vida con María Reyna de Escocia, y tratado con los Guisas de libertar á ésta de la prision, llevando á Inglaterra las armas españolas á fin de casarla con

don Juan de Austria, para lo qual habia ofrecido el romano Pontífice todos sus auxilios. El Rey don Felipe que no ignoraba los artificios de la Reyna Isabel, la correspondió con el mismo incienso cortesano, dándola muchas gracias de que mirase tanto por la seguridad del dominio Austriaco, para que no fuese presa de los príncipes confinantes. Mas á la verdad el uno y el otro tenian otra cosa en su pensamiento, sin embargo de su gran disimulo, como lo manifestó el suceso. Habia mucho tiempo que se tramaba una tela contra la Reyna de Inglaterra para despojarla el Papa del trono, á cuyo fin envió en prendas al Austriaco los cincuenta mil escudos que arriba diximos. Los de Guisa tenian el mismo deseo, persuadidos de que iba en ello el honor de su familia, y el Austriaco ambicioso de mandar, llevaba con impaciencia que por la obstinacion de los flamencos se perdiese la ocasion que se le presentaba; pero al fin no se executó cosa alguna, con gran dolor y pesar de todos.

## CAPITULO XV.

*Envia el Rey tropas á don Juan de Austria. Pasa á Flandes Alexandro Farnesio. Recobran los españoles algunas ciudades. Fórmase en Flandes otro tercer partido. Muerte de don Juan de Austria.*

En España, despues de largas consultas, se ordenó á los gobernadores de Italia que enviasen las tropas á Flandes en esquadrones, y hiciesen reclutas para suplir las compañías, porque muchos soldados habian perecido en los montes del Genovesado, donde permaneció una buena parte de ellos por mandado del Rey. Con su partida salió Italia del cuidado, que la causaba aquella tempestad que la ameanazaba

cerca de los montes. En la Lorena, Borgoña y ciudades inmediatas á Alemania se hicieron reclutas de infantería y caballería, para domar con la guerra á los que no habian podido suavizar la severidad, ni la clemencia. Mientras se disponia la guerra, no cesaban las cartas y diputaciones entre los estados y don Juan de Austria, que se chocaban unas con otras como las olas del mar, y no producian efecto alguno. Tomaron algunos pueblos fortificados, y hubo algunos pequeños encuentros favorables á los estados. Don Juan de Austria habia pasado á Luxêmburgo para recibir las tropas que le llegaban. Vino llamado por el Rey don Felipe, Alexandro, hijo de Octavio de Parma, y fue recibido por don Juan de Austria con muchas demostraciones de alegria; pues ademas del parentesco que tenian, se amaban entre sí, por haber sido en sus primeros años condiscípulos y compañeros en la milicia. Habia fallecido en este año María su esposa, muger de santas costumbres, dexándole dos hijos, que fueron Ranucio y Odoardo. Reducíase el exército á diez y seis mil infantes, y dos mil caballos; y Romero habiendo caido del caballo en el camino, falleció de repente. Los flamencos en número de veinte y cinco mil se hallaban acampados cerca de Namur, pero se retiraron de alli con la fama de la venida de los españoles. Entretanto que levantaban el campo, fue enviado delante Gonzaga con la caballería, y con mil infantes expeditos baxo el mando de Mondragon; y despues de haberlo explorado todo, tuvieron algunas escaramuzas en la retaguardia, adonde los enemigos habian colocado su caballería. Seguíanse en el centro el Austriaco y el de Parma, y cerraba el exército Mansfeld con parte de la infantería, habiendo dexado lo restante en el rio Mosa con su hijo Carlos, que poco antes habia regresado

de Francia con los españoles. Mientras que el primer esquadron escaramuceaba con el último de los enemigos, les acometió por un costado el de Parma con un trozo de caballería, y avivándose la pelea con increible ardor de los españoles; como los flamencos no pudiesen sostener su ímpetu, se dexaron caer sobre su infantería con precipitada fuga, y la abandonaron al vencedor, quien la derrotó, y hizo en ella muy grande estrago. Gonzaga que seguia el alcance, no cesó de herirlos por las espaldas hasta muy entrada la noche. Don Juan de Austria consiguió fácilmente dispersar la infantería, que se hallaba atónita y consternada del miedo. El primer esquadron de los enemigos, que habia llegado sano y entero á Gemblac, dió algunas muestras de querer detener la victoria, y hizo frente á los nuestros; pero habiéndole rechazado las compañías de españoles, se pasó luego al exército del Austriaco. Despues de esto, puede decirse que la accion fue mas una matanza que una pelea, y muchos salvaron su vida en el pueblo. La restante multitud derrotada y fugitiva se escapó cada uno por donde pudo, y desapareció de la vista de los vencedores. En el número de los muertos varian segun su costumbre los historiadores, y parece mas verosímil el cálculo de los españoles, que afirman llegaron á siete mil entre muertos y prisioneros. Tomaron treinta y quatro banderas, y se apoderaron del pueblo, en el que hallaron gran cantidad de víveres, artillería y bagages que habian juntado allí como principal asiento de la guerra. Quedaron prisioneros muchos nobles con Grigñi que mandaba el exército, los quales fueron conducidos á la fortaleza de Namur. Lumé, se escapó de la pelea, y lleno de ignominia huyó á Lieja, donde pereció poco despues de la mordedura de un perrillo. Todo esto acaeció

desde últimos de enero hasta dos de febrero del año de mil quinientos y setenta y ocho. A los escoceses 1578. se les dió libertad baxo el juramento de que no tomarian las armas contra el Rey en un año, y tambien á los flamencos, con tal de que jamás volviesen á tomar las armas. De los españoles fueron muertos nueve solamente, y habiendo Mathias y el de Orange recibido en Bruselas la noticia de tanta pérdida, se dieron prisa á recoger sus bagages y escaparse, y se detuvieron en Amberes.

Despues de este feliz suceso, se derramó por todas partes el terror de las armas españolas. Habiendo arrojado Lovayna el presidio de los escoceses, se sujetó al vencedor, y tambien se entregó baxo de condiciones Philipevilla fortificada y defendida con una poderosa guarnicion. Cayó enfermo don Juan de Austria, y se volvió á Namur, habiendo entregado el exército al de Parma, el qual inmediatamente determinó combatir á Limburgo. Quando se disponia á entrar por la brecha del muro, le abrieron la puerta los habitantes, habiendo pactado que no padecerian ninguna hostilidad, y la guarnicion pasó al sueldo del Rey. Distribuyóse el exército en muchos esquadrones, y en breve tiempo fue recobrado lo restante de la provincia, y muchos pueblos se entregaron por su voluntad. Sichen pagó la pena de su temeridad, habiéndose enfurecido las tropas con todo sexô y edad, sin distincion alguna. Entretanto falleció en Namur Carlos Barlemont, oprimido de su mucha edad y trabajos, y el Austriaco le mandó hacer magníficas exêquias en premio de su lealtad y valor; y le sucedió su hijo el señor de Hierges. Por este tiempo vino de España á los reales para militar segun la costumbre de los nobles, don Pedro de Toledo hijo de don García; tambien llegó de Italia don Lope de Figue-

ropa con un cuerpo de españoles sacados de los presidios; don Alfonso Leyva, hijo de don Sancho virrey de Navarra, á quien seguian muchos nobles, y quatrocientos capitanes veteranos. Su hermano don Sancho iba por teniente de coronel, y don Diego de Mendoza su tio máterno por alferez. Finalmente llegó con dos mil italianos Gabrio Cervellon, que se habia hallado en muchos peligros y batallas. Pero como era imposible retener al exército sin la paga, volvió el correo que despachó don Juan de Austria al Rey don Felipe con trescientos mil ducados recogidos en el espacio de un mes, trayendo tambien varias órdenes. Habia vuelto al campo el Austriaco, y luego que pagó á la tropa su estipendio, la conduxo al enemigo, habiendo removido del senado á muchos que se hallaron desafectos al Rey, y puesto en su lugar á otros de conocida fidelidad, como se lo previno don Felipe. Reforzaron los enemigos sus tropas poderosamente, y se mantenian acampadas cerca de Malinas. Era su general Bossú, que despues de su prision se pasó al partido de los estados, y se habia metido en aquella guarida, mas para sostener la guerra que para hacerla; por lo qual no se movió de su puesto, ni se atrevió á hacer cosa alguna en campo raso, aunque fue provocado muchas veces á la pelea con los clarines. Finalmente se adelantó Leyva por mandado de don Juan de Austria, y con un pequeño esquadron se introduxo entre el campo enemigo y el bosque, y habiéndole salido al encuentro con mucho mayor número de tropas el ingles Nort, se trabó la pelea, que se encendió mas con la llegada de nuevos refuerzos de una parte y otra; pero como el enemigo rehusase combatir á campo raso, puso el Español á su espalda la caballería, y se retiró á sus reales en medio de las inútiles descargas de artillería que le disparaba el ene-

migo desde las trincheras. Aumentáronse sus fuerzas con la venida de los alemanes, que mandaba Casimiro. Este pues, se dice que habiendo recibido dinero de Inglaterra, introduxo en Flandes ocho mil infantes y siete mil caballos, los quales no sirvieron de cosa alguna, pues rehusando obedecer á Bossú, se acamparon separados de sus reales, y faltándoles despues la paga, se negaron absolutamente á todo trabajo. Por otra parte Alenzon, que quanto era mas inepto para mandar, era tanto mas ambicioso, vino á la provincia de Hainault para ofrecer su auxîlio á los estados, á fin de arrojar de Flandes á los españoles, disimulándolo Enrique su hermano, con el designio de apartar de Francia con su comitiva turbulenta á aquel jóven inquieto, y deseoso de trastornarlo todo, y entretener fuera del reyno sus desmedidas esperanzas con el especioso título de Defensor de la libertad de Flandes. Ajustó con los estados ciertas condiciones, las quales disminuian en mucho la potestad y dignidad de Mathías, sin respeto alguno ni vergüenza, con tal que se armase Flandes mas fuertemente, aunque fuese para su ruina. Finalmente para que los hechos correspondiesen á las palabras reduxo á su poder algunas ciudades; y habiendo dirigido la artillería contra Bence, la forzó á la entrega, y en ella por la perfidia de los franceses se cometió un hecho indigno; pues habiéndose dado palabra á la guarnicion de que no se la haria daño alguno fue parte de ella pasada á cuchillo, saquearon las cosas sagradas y profanas sin distincion alguna, y violaron los relicarios donde se conservaban las reliquias de los Santos, sin que en esto tuviese culpa Alenzon, que detestó semejante maldad.

La misma impiedad executaron los orangianos en Amsterdam, ciudad ilustre por su fidelidad. Sitiáronla

por mar y tierra por largo tiempo, y no habiendo recibido el menor socorro, se entregó al fin baxo de honrosas condiciones, en las que ante todo se pactó la seguridad de la religion cathólica; pero habiendo faltado á la palabra que Mathías, Orange y otros grandes habian dado, acometieron de repente los soldados, llenándolo todo de terror y espanto, y en un momento de tiempo fueron profanados los templos y los altares, y saqueadas y destruidas todas las cosas sagradas por aquellos, para quienes en la reforma que profesan no hay cosa alguna santa ni inviolable. No hallaron socorro ni favor en el Archiduque, entregado enteramente á la potestad de los estados, y sujeto á su pedagogo Orange; ántes por el contrario prevaleciendo la impiedad, se concedió libertad de conciencia en todo Flandes. Las iglesias mas principales fueron entregadas á los impíos, quedando los cathólicos reducidos á las mas pequeñas. Los eclesiásticos, magistrados y fieles ciudadanos que rehusaban jurar obediencia á los estados, padecieron las mayores vejaciones, muchos de ellos fueron desterrados, y algunos muertos.

Indignados de esto los grandes Campigni, Hesio, Berghes, Glimes y otros, y para alejar de Bruselas, ciudad régia, aquella peste que se extendia por todo Flandes con grande turbulencia y estrago de los pueblos, presentaron un memorial, que les costó muy caro, pues á excepcion de Capri, que se puso en fuga, todos fueron encarcelados por los de Gante, que habian llegado al extremo del furor, y aprendieron al fin quán mal hicieron en dar al vulgo las armas, que en breve habian de emplear en daño suyo. Las provincias de Hainault y el Artois tomaron tambien la honrosa y heróyca determinacion de defender la piedad con las armas, detestando la comun infa-

mia de los flamencos, que todos eran tenidos por hereges. Irritábanlos ademas sus particulares agravios, pues se veian despreciados por las otras provincias, que disponian de todo á su arbitrio, sin hacer caso alguno de las mas belicosas. Pero como no mirabau con buenos ojos á los españoles, porque asi como los estados tiraban á perder la religion, intentaban aquellos oprimir la libertad, formaron á exemplo de los franceses un tercer partido, que á la verdad, segun el juicio de los mas prudentes, fue causa de que no se perdiese Flandes enteramente. Separándose pues del cuerpo de los flamencos, comenzaron á pelear y á dirigirse por sí mismos, y defender la religion cathólica con grande esfuerzo de los nobles, los quales para conservar su fama escribieron cartas al César, á los Reyes, y á los otros príncipes cathólicos, asegurándoles que querian perseverar constantemente en la debida obediencia al Rey, y que estaban prontos, y preparados á sacrificar gustosamente todos sus bienes, y fortunas por la religion, que habian heredado de sus mayores. Sus tropas, con el pretexto de que no se les pagaba el sueldo, se retiraron de los reales, y se acamparon en el distrito de Gante, á cuyos habitantes aborrecian por haber mudado de religion. Pero don Juan de Austria, que no ignoraba las cosas de los enemigos, conduxo sus tropas á un parage elevado cerca del Mosa, donde fixó los reales el maestre de campo Cervellon, que era muy perito en disponerlos, esperando que tal vez con estarse quieto podria disipar para siempre el grande exército que de todas partes habian juntado los estados.

Crecian cada dia las discordias entre los principales, y ademas eran acometidas las tropas con la peste y con el hambre, porque no se les pagaba su estipendio. Necesitaban cada mes ochocientos mil escu-

dos, cantidad grande en tanta falta de dinero como padecian. Por esto pues inferia no sin razon el Austriaco que en breve se dispersarian. Con efecto, poco despues habiendo sido llamado Casimiro por los de Gante para resistir á los del Hainault y el Artois que los perseguian por causa de religion, marchó con parte de las tropas, á fin de exîgir de ellos la paga, que no le satisfacian los estados. Habiendo pues recibido ciento y setenta mil escudos, fomentó la guerra civil, y pasó á Inglaterra para atender á sus propios negocios. Entretanto fue acometido repentinamente don Juan de Austria de una ardentísima fiebre, cuya fuerza resistió todos los remedios. Recibió con mucha piedad los Santos Sacramentos, y falleció el dia primero de octubre con grande sentimiento del exército. Su cuerpo fue llevado desde el campo con pompa militar á Namur, donde se le hicieron las exêquias reales segun costumbre. Despues fue trasladado á España de orden del Rey por Gabriel Niño en el año siguiente, y colocado en el Escorial junto á las cenizas del César don Carlos su padre. A los principios corrió la voz de que le habian dado veneno; pero los que exâminaron esto con imparcialidad y recto juicio, creyeron que el suspicaz carácter del Rey don Felipe fue la verdadera ponzoña, que agitó miserablemente á aquel excelso jóven hasta que le acabó la vida. Entre otras cosas que toleró con invencible constancia, y que irritaban en gran manera su ánimo ardiente, no podia sufrir con paciencia que el Rey diese mas crédito á las artificiosas cartas de los estados, que á las relaciones muy verdaderas que él le dirigia, y con una importuna clemencia queria don Felipe que se aplacase la discordia con medios suaves, quando ni el hierro ni el fuego eran capaces de quebrantar la obstinacion de los flamencos. De

esto resultaba el verse forzado á tolerar muchas cosas contra su decoro y respeto, por la insolencia de los habitantes de aquellas provincias, los quales fueron tan traidores para con él, como infieles á su Rey. Dexó dos hijas, que fueron doña Ana y doña Juana, las que habia tenido en dos mugeres nobles, la una en España, y la otra en Nápoles. Ambas se educaron en conventos de monjas; pero doña Ana perseveró en esta vida, y doña Juana se casó con un príncipe siciliano. Abrióse la cédula real, y fue declarado gobernador de Flandes el príncipe de Parma. Intentaron los enemigos apoderarse por fraude de Bolduc, pero les salieron vanos sus esfuerzos. Tampoco Arras pudo ser tomada y el autor del intento pagó con la cabeza. Montigni, que mandaba las tropas del nuevo partido, hizo algunos daños á los gandavenses. Viendo el duque de Alenzon que no producian efecto alguno sus ardides, y que el dinero no alcanzaba á los gastos, despidió sus pocas tropas, de las quales parte de ellas arrojó Altaemp de Borgoña adonde habian ido á robar, y adonde algunos soldados fueron muertos por los labradores. Habiéndosele frustrado el proyecto de ocupar por engaño á Mons en la provincia de Hainault, se retiró de Flandes á manera de fugitivo. Finalmente afligido el exército de los estados por la discordia de sus capitanes, y por el hambre y enfermedades que padecia, se deshizo la mayor parte, irritados los flamencos (que se hallaban ya enteramente exhaustos) de que con sus haciendas hubiesen alimentado la cobardía, sin haber executado cosa alguna digna de tan grande exército. El general Bossú murió de una enfermedad á fines del mes de diciembre.

# LIBRO OCTAVO.

## CAPITULO PRIMERO.

*Desgraciada guerra y muerte del Rey don Sebastian de Portugal en Africa. Sucede en el reyno el cardenal don Enrique.*

Para describir la guerra civil y funesta á sus mismos autores, que hizo en la costa de Africa el Rey don Sebastian de Portugal, es indispensable referir sus causas desde mas arriba. Tuvo pues principio de las discordias civiles en que se hallaban complicados los bárbaros. Mahomet hijo de Abdalla, que reynaba en Fez y Marruecos, fue arrojado de sus dominios por Moluc su tio, á quien favorecian los turcos, y refugiándose en el monte Atlas se mantenia de latrocinios. Cansado de este miserable género de vida, envió legados al Rey don Felipe implorando su socorro para recobrar el reyno; pero no habiendo alcanzado de él cosa alguna, y aconsejado por Pedro de Acuña cautivo portugues, recurrió con magníficas promesas al Rey don Sebastian, y conmovió á este jóven de natural vivo, y tan codicioso de gloria, que si no le rogáran, hubiera él rogado al bárbaro. Trabajaron con mucho esfuerzo para disuadirle de esta empresa asi el Rey don Felipe con cartas escritas de su propia mano, y por medio de su embaxador, como su abuela doña Catalina, y el cardenal Enrique su tio; mas todo fue en vano, porque era enemigo de qualquier consejo por prudente que fuera, si no se acomodaba al suyo, dexándose arrastrar del desordenado amor que todos los hombres

tienen á sus propias ideas. El bárbaro suplicante le amonestaba artificiosamente que mandase hacer la guerra, temeroso de que si la hacia en persona, y fuese vencedor le impondria algunas leyes, que no le permitiesen gozar con libertad el recuperado dominio. Habíase cumplido el tiempo del prometido socorro, y el Rey don Felipe prohibió severamente por un edicto que ningun súbdito suyo pasáse en este año al Africa, para ver si con esta amenaza podia retraerle de su intento. Sin embargo, precipitado á su fatal destino por su propio impulso, y incitado por los engaños de sus aduladores, comenzó con gran prisa á principios de este año á llamar veteranos de todas partes, juntar navíos, disponerlos y preparar las armas con la mayor diligencia y actividad. Exîgió dinero á los eclesiásticos con indulto pontificio, y tambien á los nobles con perjudicial exemplo, y entonces se concedió por la primera vez al reyno de Portugal el privilegio de la bula de la Cruzada. Entretanto la Reyna doña Catalina dedicada á las obras de piedad, falleció con gran dolor de todos los portugueses, que la amaron en extremo durante su vida. Mientras se hacian las exêquias, no cesaban los preparativos de la guerra, y acudian soldados de toda España á pesar de la prohibicion del Rey don Felipe. Habiendo arribado por este tiempo un navío con seiscientos soldados italianos, que enviaba el Papa á los irlandeses que peleaban contra la fuerza inglesa en defensa de la religion cathólica, de la qual intentaba separarlos la Reyna Isabel con todo género de crueldades, se conmovió de tal suerte el Rey don Sebastian, que corrió inmediatamente al puerto, y adelantando la paga al capitan del navío Tomás Sterlin, alcanzó que le siguiesen al Africa. Hallábase dispuesta esta máquina por el

Pontífice, y el Rey don Felipe, á fin de acometer con sus mismos artificios á aquella muger astuta, que ofrecia una cosa, y executaba otra, enviando auxîlios á los holandeses, al mismo tiempo que aparentaba conservar la amistad española. Acudieron tres mil alemanes mandados por Tumberg, los que habia obtenido del príncipe de Orange, habiendo enviado hasta Holanda á Sebastian de Acosta, y mil españoles baxo la conducta de Alfonso de Aguilar. Mandó á todos los nobles que se dispusiesen á acompañarle; y le seguian muchos jóvenes de edad floreciente, y esclarecido nacimiento, pero mas adornados de galas cortesanas que de armas. Fueron reclutadas tropas en los campos sin distincion alguna, y embarcadas en los navíos, con mil y quinientos caballos y doce cañones de grueso calibre.

Hallábase el Rey tan impaciente de la tardanza, que se embarcó en la capitana, y le fue preciso esperar ocho dias en el puerto, mientras que se embarcaba el exército en la armada: tanto era el deseo que tenia de perderse. Componíase la armada de siete galeras, y de sesenta navíos grandes armados, y de otros muchos de carga y remeros, y era su almirante Diego de Sousa. La suma total del exército ascendia á quince mil hombres. Llegó la armada á las costas de Africa cerca de Arcilla, cuyo pueblo á ruegos de Mahomet le habia entregado Albazarin su gobernador al de Tanger, para que le tuviese en nombre del Rey don Sebastian en prenda de su fidelidad, y el mismo Mahomet vino contra Moluc, con gran complacencia del Rey, que persuadido de la realidad de las promesas del bárbaro, y de que estaban por él muchos moros, y que inmediatamente volarian al campo portugues luego que viesen sus banderas, no podia contener su gozo.

Tales son los deseos de los hombres que se aceleran á su perdicion juzgando siempre ser verdadero lo que desean. Desembarcadas las tropas, se dispusieron los reales en la misma costa, y entretanto los bárbaros que habitaban en las cercanías llevaron consigo sus mugeres y hijos á lugares mas seguros. A este tiempo llegó Francisco de Aldana con cartas del duque de Alba, en que exhortaba al Rey á que se abstuviese de penetrar en lo interior del Africa, y dirigiese todo el peso de la guerra á Luso, y le envió por regalo la celada y armadura con que el César Carlos entró vencedor en Tunez. Aunque Aldana como hombre muy experto en las cosas de la guerra le amonestaba lo conveniente, no quiso darle oidos, ni los capitanes extrangeros tenian facultad para decir ni executar cosa alguna. Todo lo manejaban y disponian á su arbitrio unos pocos portugueses, que jamás habian visto enemigos. Disputóse en una junta si convendria ir por mar en la armada á Luso, ó por tierra, y estando discordes los principales del exército, se suscitó una grave contienda nacida de la impericia de los aduladores. Creian unos que sería poco feliz el viage en la armada, y los que pensaban con rectitud tenian por mas glorioso lo que era mas seguro. Alfonso de Portugal conde de Vimioso conociendo lo mucho que el Rey deseaba pelear, aplaudia lisonjeramente sus ideas para ganar su favor. Finalmente estando resuelto á seguir los mas precipitados consejos, levantó su campo, y mandó al exército marchar al rio Luso. Mahomet que le habia ofrecido toda el Africa, se presentó con un pequeño esquadron de caballos, y habiendo sacado el enemigo sus tropas de Marruecos, aguardaba al Portugues en la llanura que los moros llaman Tremesenal, que es muy propia para pelear la caballería. Tenia quarenta mil

caballos y ocho mil infantes, sin contar la multitud que habia acudido á la presa.

Los portugueses divididos en tres esquadrones, atravesaron al quinto dia de su marcha el vado de Mucasen cerca del parage donde se descarga en el Luso. En el primer esquadron iban los alemanes, italianos, españoles y voluntarios, y en los siguientes la infantería portuguesa, y la caballería á los costados. Confiado él Rey en solo su ánimo, y sin experiencia alguna de la guerra, era el árbitro de todas las disposiciones, habiendo despreciado á Mahomet, que importunamente le aconsejaba que dilatase la pelea. Pero despues se vió que por muchas razones hubiera sido su consejo el mas saludable. Los moros habian ordenado sus tropas en forma de media luna. Moluc se hallaba en medio de ellas conducido en una silla de manos, porque estaba gravemente enfermo, habiendo conferido el mando de todo su exército á Hamet su hermano nacido de otra madre desigual. Luego que Moluc descubrió el corto número de los enemigos, vuelto á sus soldados los dice: «Hemos »vencido, compañeros mios, los muchos contra los »pocos, los caballos contra los infantes, y en una »llanura; avergoncémonos de que se nos escape de »las manos una victoria tan ilustre; pelead á exemplo »de los varones fuertes, y volved á los reales con la »premeditada palma." Inmediatamente comenzaron los moros la accion con treinta y quatro cañones de artillería. Los portugueses correspondieron, pero tan consternados con el miedo de las balas que volaban sobre sus cabezas, que visto por ellos el fuego enemigo, se echaron á tierra repentinamente. Para evitar el Rey esta ignominia, mandó dar la señal de acometer. El combate fue grande, atroz y sangriento, peleando con mucho valor el primer esquadron,

y porque los moros habian rodeado con su multitud á los batallones portugueses, extendieron sus alas, y á un mismo tiempo combatian por ambas partes, por la frente, y por la espalda. Encendida por todas partes la pelea, como el Rey era de un ánimo tan precipitado, se pasó al primer esquadron donde la refriega era mas atroz. Muchas veces fueron rechazados los moros de aquel puesto, y derrotados con la extraordinaria intrepidez de los christianos; y Moluc para contener con su exemplo la fuga de los suyos, aunque conocia que se le acercaba el fin de su vida, montó en un caballo, y habiendo tomado en la mano un alfange, se metió en la pelea; pero faltándole el ánimo, fue apeado del caballo, y murió inmediatamente entre las manos de sus criados y familiares. Volviéronle á la silla, y fingieron que descansaba, ocultando su muerte como él mismo lo habia prevenido al tiempo de espirar, poniendo un dedo en la boca, para que divulgada esta noticia no se les escapase la victoria de las manos. La multitud desordenada que seguia el campo, al ver que se huian algunas tropas de moros, tuvo por perdida la victoria, y saqueando los bagages de los suyos, se pone en fuga publicando por todas partes que los moros habian sido vencidos con gran pérdida. Hallábase todavia dudosa la victoria, y los extrangeros sostenian con gran valor la batalla habiendo muerto á innumerables enemigos. Pero acometidos furiosamente por nuevos esquadrones de caballería, fueron oprimidos por la multitud de los enemigos, implorando en vano el socorro de sus socios. Los portugueses con pretexto de que el Rey habia mandado que no se moviesen de aquel puesto, rehusaron socorrer á los que se hallaban en tanto peligro, y finalmente cansados y fatigados, perecieron quasi todos con una muerte hon-

rosa, con cuyo estrago, y como si se hubiese perdido el nervio del exército, se inclinó la victoria á los moros.

Habia pasado el Rey al último esquadron, para infundir ánimo á los que ya desmayaban; pero aunque con la voz y con su exemplo procuró animarlos, anunciándoles á grandes gritos la muerte de Moluc, nada pudo conseguir de aquellos hombres que estaban sobrecogidos de espanto, y habiendo arrojado las armas, imploraban la clemencia del vencedor. Aqui cayó Aldana atravesado de una bala, peleando valerosamente, y tambien Aveyro, y otros hombres principales, mientras que con grande esfuerzo procuraban rechazar con la espada al enemigo. El Rey sin hacer caso alguno de la herida que habia recibido en el primer esquadron, y haciendo los oficios de general y de soldado, acudia en la batalla á todas partes cubierto de su sangre y de la agena, y fue tanto su ardor en pelear, que mudó tres caballos con grande admiracion de los suyos. Pero habiendo sido derribada al suelo la bandera real, y muerto el alférez, comenzaron los nobles á volar por todas partes en busca del Rey, y habiendo visto la bandera de Duarte de Meneses que era muy semejante á la real, acudieron á él, y mientras creian que acompañaban á don Sebastian, fue éste rodeado por los bárbaros: el pudor le impidió entregarse: y siguió con su muerte al exército que habia perdido por su temeridad. Todo estaba confuso, y en gran manera revuelto, porque los moros deseaban concluir quanto antes la victoria. Soldados, capitanes, caballos, infantes, carros, banderas, criados y bagages se aglomeraron en un monton, de tal suerte que no podian manejar las armas, ni ponerse en orden de batalla. La fatiga y el cansancio de matar fue sola

la que dió fin á la pelea. Mahomet inventor de la guerra se puso en precipitada fuga, y pereció ahogado al pasar el rio Mucasen, y de este modo, y con exemplo memorable murieron tres Reyes en una sola batalla. El vencedor Hamet noticioso de la muerte de su hermano, mientras que recibia los parabienes de los suyos, fue saludado Rey por el exército (sin hacer mencion alguna del hijo que quedaba) segun la ley de los Xerifes por la que son preferidos los hermanos á los hijos. No podèmos afirmar con certeza el número de los muertos, y la opinion mas verdadera es que fueron seis mil, entre los quales ademas de muchos nobles, perecieron Arias de Silva, obispo de Oporto, y Manuel de Meneses de Coimbra, que con reprehensible exemplo pasaron desde las aras á las armas. La demas multitud fue presa del enemigo, y apenas quedó uno salvo que pudiese llevar la nueva de la derrota. Al dia siguiente despues de la batalla fue hallado entre innumerables muertos por Sebastian Resende uno de los criados de palacio el cuerpo del Rey don Sebastian atravesado con siete heridas, y habiéndole puesto sobre un caballo con los pies y brazos colgando, le conduxo á Hamet, lamentándose todos de tan desgraciada fortuna. Tres cuerpos de Reyes fueron colocados en una misma tienda de campaña. Hamet envió á Alcazarquivir el de don Sebastian para que fuese custodiado: el de Mahomet le hizo llevar por todas partes tendido en una manta para que se extinguiese el afecto que los moros le tenian, y el de su hermano Moluc le hizo enterrar en el sepulcro de sus antepasados. Sousa que se habia quedado en la embocadura del rio Luso echadas las anclas, habiendo oido el estruendo de la artillería, inferia que se daba la batalla, pero estaba indeciso en el partido

que debia tomar; y finalmente luego que supo la desgracia, navegó por la costa ácia Tanger, á fin de recibir en la armada las reliquias del derrotado exército, si habian quedado algunas, y desde alli se hizo á la vela para España lleno de tristeza y melancolía.

El Rey bárbaro entró como en triunfo en Fez, llevando delante de sí al exército vencedor cargado de despojos, y á los cautivos. Sucedió esta batalla el quatro de agosto, dia en gran manera funesto para Portugal, pues en él pereció la flor de su nobleza, y sus fuerzas, y la mayor pérdida fue la de su Rey, jóven en la edad, de excelente índole, y de grandes esperanzas, sin dexar ningun heredero, el qual intentando destruir á los moros, se destruyó á sí mismo, y codicioso del reyno ageno, vino á perder el suyo propio. No habia persona en todo Portugal que no estuviese ansiosa de saber el éxito de la guerra, que se acabó en un solo dia, antes que llegára á oirse que habia comenzado. Luego que recibieron la triste nueva los gobernadores del reyno nombrados por el Rey, don Jorge de Almeida arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazova, Francisco Saa y Juan Mascarénas, comenzaron á divulgar alegres anuncios, temerosos del tumulto del pueblo, y entretanto hicieron venir de Alcobaza al cardenal don Enrique. Con su venida fue publicado el triste suceso como habia pasado, y ciertamente no hubo alguno á quien no alcanzase parte de esta calamidad, y que no tuviese en su familia algun muerto ó cautivo. Tambien tocó á muchos el dolor de las riquezas perdidas; y finalmente todo era tristeza y llanto en Portugal.

Mientras tanto Hamet á fin de asegurarse mejor en el reyno envió embaxadores al Rey don Felipe

para que confirmase con él la paz baxo las mismas condiciones que la habia pactado con su predecesor Moluc. Rehusó don Felipe admitir el cuerpo del Rey don Sebastian que habia mandado Hamet restituirle; pero por medio de Andres Corso que negociaba en África mandó que se entregase en caxa cerrada á Dionisio Pereyra gobernador de Ceuta, y fue puesto en libertad don Juan de Silva embaxador cerca del Rey don Sebastian, que habia sido hecho cautivo en la batalla. Para remunerar el Rey don Felipe al bárbaro, envió al Africa á Pedro Venegas noble cordovés, con regalos que importaban cien mil ducados, para que declarase á Hamet que admitia la paz, y tratase de la libertad de Teodosio duque de Barcelos, el qual poco despues fue conducido gratuitamente, y sin rescate alguno á las costas de Andalucía. En medio de tanta tristeza fue proclamado solemnemente por Rey de Portugal don Enrique, y inmediatamente envió otra embaxada al Africa acompañando con ella presentes de valor de doscientos mil escudos, y consiguieron la libertad ochenta cautivos de la principal nobleza. Confirió el Rey los oficios de palacio, y los empleos del reyno á las personas que le eran adictas, removiendo de ellos á los antiguos que antes le habian despreciado, y vengó siendo Rey los insultos hechos al cardenal de Portugal. Abolió el tributo de la sal, que habia impuesto el Rey don Sebastian, cuya gracia apreciaron en mucho sus vasallos. En este año falleció doña María hija de don Manuel, y de doña Leonor que se mantuvo en el estado de doncella, de costumbres santísimas y de piedad exemplar, hallándose en los sesenta y seis años de su edad. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de nuestra Señora de la Luz de Lisboa, junto al altar mayor, cuyo edificio que es

uno de los mas magníficos y perfectos de Portugal le mandó fabricar á su costa. Tambien murió en Madrid á veinte y uno de septiembre el príncipe de Wenceslao que no pasaba de quince años, hijo del César Maximiliano.

Por este tiempo se descubrió la secta de los iluminados en Lanera, pueblo de Extremadura del orden de Santiago. Los autores de ella fueron ocho sacerdotes, que ardian con deseos de vanagloria, ambicion y liviandad, los quales se jactaban de ser iluminados por la eterna Luz quando estaban alucinados por el espíritu de tinieblas. Dícese que fray Alonso de la Fuente del orden de Santo Domingo, descubrió el engaño que iba echando raices ocultamente entre el ignorante vulgo. Los heresiarcas Alvarez y Chamizo se entregaban á todo género de deshonestidades, fingiéndose santos con ayunos, disciplinas y otras asperezas, y mancharon con su torpe lascivia á muchos jóvenes de uno y otro sexô. A solicitud del Rey don Felipe encargó el inquisidor general el conocimiento de esta causa á don Francisco de Córdova obispo de Segorve, trasladado despues á Salamanca, el qual comenzó desde luego su pesquisa. Puso en prision á los culpados, y habiendo averiguado sus delitos, les impuso el merecido castigo. En otra parte de España resplandecia la luz de una verdadera santidad, habiendo llegado de Italia á Barcelona los religiosos Franciscos, llamados Capuchinos por la capilla puntiaguda con que se cubren la cabeza. En aquella ciudad edificaron el convento de Santa Eulalia Arcangel de Alarcon, y Mateo de Guadix con quatro compañeros, y comenzó á propagarse este instituto por todo el reyno con gran provecho de la piedad christiana. A fin del mes de octubre del año anterior falleció don Diego Covarruvias obispo

de Segovia, y fue enterrado en su iglesia catedral. Oprimida Castilla con tributos sintió en extremo el diez por ciento de alcabala que se la impuso: y ciertamente si conociesen los hombres quán copiosa renta es la economía y ahorros, redundaría el fisco, aun despues de abolidas las mas pesadas cargas. Pero no hay riquezas algunas que puedan saciar la avaricia de sus ministros.

## CAPITULO II.

*Nuevos partidos en Flandes. Sitia el príncipe de Parma á Mastrich. Comienza á tratarse de paz, toma y saqueo de Mastrich.*

En Flandes tomaban nuevo vigor los partidos: sus cabezas eran Mathías, el duque de Alenzon y el príncipe de Orange, los quales agitaban muchos y diversos proyectos sin poner el menor cuidado en las cosas de la religion, antes por el contrario, se formó en Utrech una alianza contra los católicos para defender la libertad de conciencia, siendo su promotor Juan de Nasau hermano del de Orange. Los habitantes del Hainault, y el Artois, con las ciudades confinantes contrataron entre sí otro pacto social y piadoso en favor de la religion de sus mayores, y de la obediencia al Rey. De aqui tuvo orígen una nueva guerra hecha con varia fortuna, y sostenida en diversos lugares, y tambien muchas sediciones, tumultos, maldades, incendios, rapiñas, y en fin un general trastorno. El de Parma aprovechándose de sus discordias, promovia la causa del Rey por medio de Mondragon, y otros capitanes. Los Casimirianos que se hallaban en gran peligro se retiraron á Bolduc, para no caer en manos de los soldados realis-

tas, que volaban por todas partes. Pero no habiendo querido los habitantes darles entrada temerosos de que pusiesen la ciudad al saqueo para pagarse del sueldo que se les debia, y desesperando de poder salvar la vida, enviaron un diputado al de Parma, ofreciéndole que se volverian á Alemania si se les daba dinero. Rióse aquel príncipe al oir esto, y volviéndose al mensagero le dixo: «Marcha y diles, que »mas bien debe recibir dinero el de Parma, que »darlo, para enviár libres á los que en breve van á »perecer." Esta es la respuesta que les dió en público; pero en secreto ajustó con ellos por medio de los capitanes alemanes que tenia en su campo, que marchasen á Alemania, sin recibir daño alguno. De este modo salió intacta de Flandes aquella caballería tan floreciente, y aquella legion tan numerosa, y quedaron muy debilitadas las fuerzas de los enemigos. Despues de esto se ganó una ilustre victoria en Burgerholt, habiendo sido muertos seiscientos de los enemigos con pérdida de solos ocho soldados del Rey. Viendo Casimiro frustradas las esperanzas con que habia pasado á Inglaterra, se volvió á Flandes; y noticioso de la desgraciada suerte de las tropas que habia conducido, se presentó en el senado, y despues que descargó su ira contra los estados con gran libertad de palabras, se retiró á Alemania sin despedirse de nadie.

Habiendo talado el de Parma el territorio de Mastrich, rodeó la ciudad con sus tropas el dia ocho de
1579. marzo de este año de mil quinientos setenta y nueve. Era su gobernador el frances Nuan, capitan valeroso de los hugonotes; pero habiéndole removido, tomó á su cargo la defensa con grande ánimo Sebastian Tapin natural de Lorena, acompañado de Manzano, que desertando de los españoles se habia pasado al

servicio de los estados. La guarnicion se componia de mil y doscientos franceses, escoceses é ingleses. Hallábase en armas la ciudad, y una gran multitud de labradores muy á propósito para pelear y trabajar en las fortificaciones. El de Parma echó dos puentes sobre el rio Mosa, que baña la ciudad, para impedir que la entrasen socorros algunos por la parte superior ni por la inferior, y al mismo tiempo dar comunicacion á sus reales, pues por la parte que va á Colonia (que vulgarmente se llama Wica) había mandado á Mondragon que se acampase con algunas tropas; y él mismo tomó á su cargo el combatir la otra con quarenta y seis piezas de artillería, y con minas subterráneas en las quales pelearon á ciegas á la manera de los andabates con igual arte y valor. Habiendo dirigido una mina contra un baluarte, y incendiándolo con la pólvora que se hallaba oculta, derribó una parte de él; y inmediatamente ocuparon el lugar los españoles mandados por Troncoso. Acudió luego una gran multitud de gente armada, y se trabó una atroz pelea sobre el puesto, en la que fue muerto el mismo Troncoso, Mendoza y Beltran, valerosos capitanes, con algunos pocos soldados. Concluido el combate, no por esto se estuvieron quietos, pues acudieron con presteza á reparar la parte arruinada, en cuya obra trabajaron con mucho esfuerzo las mugeres mezcladas con los peones. Tampoco los soldados del Rey podian estar ociosos, y entretanto llenaron el foso con la tierra y escombros que habian caido de la ruina de las murallas, y se formaron un camino para acometer. Habiendo hecho la señal, pasaron intrépidamente las ruinas del muro y trabaron una pelea en dos parages, que fue muy acérrima y sangrienta. Arrojó el enemigo una gran cantidad de fuegos, que

la industria de los hombres ha inventado y dispuesto para su propia perdicion, y á la verdad quanto mas se reunian para vencer las ruinas, tanto mayor era el número de los heridos, porque ningun tiro se disparaba en vano, añadiéndose á esto el terror que causó la pólvora, que se incendió casualmente con grande estrago de muchos. Perecieron ciento y cincuenta españoles de distincion, y fueron llevados al campo doscientos mortalmente heridos; y de los alemanes y flamencos murieron otros tantos, y tambien algunos nobles italianos, entre los quales se halló Fabio Farnesio pariente del de Parma. Esta pelea que se dispuso sin precaucion, ni consejo, hizo mas cauto al general de alli adelante. No por esto se interrumpieron los trabajos, y fue cercada la ciudad con una trinchera, levantando castillos de trecho en trecho, y á poca distancia unos de otros, y á un mismo tiempo la acometió por muchos parages, privándola de la esperanza de poder recibir socorro alguno, lo qual intentaron en vano Juan Nasau, y el conde de Holach su pariente.

El Rey don Felipe á peticion de los estados habia dado al César facultad para hacer las paces baxo de ciertas condiciones; y por este tiempo se juntaron en Colonia los duques de Terranova y Ariscot, á quienes se nombró por plenipotenciarios. Entretanto que procuraban componer este negocio tan dificil, declararon los estados á los embaxadores del César, que no cumplirian cosa alguna de lo que acordase, si antes no se hacian treguas, y dexasen unos y otros las armas. Respondió el príncipe de Parma. «Que pedian treguas injustamente hallándose en tan »desigual fortuna; que el Rey tenia un exército muy »poderoso; y que la ciudad rebelde se hallaba casi »tomada, y que no pudiéndola libertar del sitio por

»la fuerza de las armas, recurrian finalmente á los »ardides para engañar, y conseguir las treguas con »el pretexto de una paz muy incierta; por lo qual no »convenia en que se les concediesen èn tales circuns»tancias." Otra máquina fue intentada por Mathías, y los estados, esto es, por el príncipe de Orange, á fin de desvanecer de qualquier modo la tempestad que le amenazaba. Comenzaban á fluctuar las cabezas del partido ortodóxó, y á inclinarse al partido del Rey, promoviéndolo Felipe Pardies señor de la Mota gobernador de Gravelinas, que por sus particulares discordias habia desamparado al de Orange. Este pues deseaba tener muchos compañeros que siguiesen su exemplo, para que la religion no fuese arruinada enteramente. Aborrecia á Alenzon, y á los franceses perpétuos enemigos de la patria, y á aquella pestilente sentina de hombres arrojados de Francia por los tumultos que suscitaban en ella. Por tanto no cesaba de exhortar y amonestar á que volviesen á la gracia de un Rey tan clemente, pues baxo de su imperio conservarian íntegra la religion, y estarian á cubierto los bienes, y fortunas de todos. Como estas razones fueron oidas con gusto de muchos, impetró del Rey don Felipe una cédula, en que le daba facultad para componer las cosas, y para tomar prestada una gran suma, y tambien escribió cartas á los grandes llenas de benevolencia, para que depusiesen el temor los que se hallaban acusados de su misma conciencia. Esto conmovió mucho al de Orange, que no omitió ningun cuidado ni diligencia, y se valió de todas las artes buenas y malas para sostener el partido. Finalmente no pudiendo adelantar cosa alguna, hizo relacion de este negocio á la junta de Colonia á fin de impedirlo. Pero como en ella se tratase de restituir la paz á Flandes, nada

podia ser mas grato para los pacificadores que el que una parte se volviese á la amistad y concordia con el Rey. El César aunque al principio lo llevó á mal por haber dado oidos al príncipe de Orange, sin embargo luego que exâminó atentamente el negocio, alabó el consejo del partido cathólico, pues con él seria mas facil concluir la paz, dando la parte mas sana el exemplo de pacificacion. Aqui se echó de ver la astucia fraudulenta de Orange, que á la verdad nunca estaba mas distante de la paz, que quando aparentaba deseos de conseguirla, estando acostumbrado á vestirse de todos semblantes, y colores por la sutileza de su ingenio, por su inclinacion á novedades, y por el ansia que tenia de dominar.

Adelantábase el tratado de la pacificacion por los esfuerzos de Mateo Murla obispo de Arras, de Noircarme, y otros hombres fieles al Rey, y habiendo tenido un congreso en el monasterio de San Vedasto cerca de Arras, se ajustaron al fin las condiciones en veinte capítulos que contenian el edicto perpétuo, y la alianza de Gante, añadiéndose solo algunos pocos artículos. Prometió Mota en nombre del Rey doscientos cinco mil escudos para la paga de las tropas que mandaba Montigui; y habiendo pasado inmediatamente los diputados al campo del príncipe de Parma, que los recibió expléndidamente, le dieron cuenta de su comision. Despues de algunas disputas admitió, y juró el Parmesano las condiciones, modificándolas algun tanto, con grande alegria y regocijo de todos, y con mucha salva da la artillería.

Por este tiempo se hallaban colocados los mas gruesos cañones de batir en la brecha del muro de Mastrich, y sin embargo no daban los enemigos señal alguna de temor. Los nuestros no dexaban dia y noche de velar en todos los puestos, y cuerpos de

guardia, y de pelear quando era necesario, sin cuidado alguno de la vida, y en uno de estos encuentros pereció el conde de Hierges atravesado de una bala. Pero habiendo acometido por las ruinas de los muros, fue vengada su muerte con mucha sangre de los enemigos. Trabóse la pelea en varias partes á un mismo tiempo con extraordinario ardor, cayendo un grande número de enemigos en las ruinas, como si aun despues de muertos quisiesen impedir la entrada. Finalmente habiendo tomado los nuestros el ángulo del baluarte, se refugiaron á otro interior, como á una áncora sagrada en medio de tan gran tormenta, quedando muy consternados con la desgracia de Tapin que fue herido de una piedra, y cayó sin sentido. Pero deseoso el de Parma de conservar la ciudad, les hizo intimar que prefiriesen con una pronta entrega experimentar mas bien la clemencia que la ira del vencedor. Apenas pudo escapar vivo el trompeta de las manos de aquellos furiosos, cuyos ánimos no cesaban de inflamar sus falsos ministros con exhortaciones sediciosas, y estaban obstinados en morir.

Entretanto que se disponia el asalto general para el dia siguiente que era la fiesta de San Pedro, y San Pablo, deseoso Alonso García de saber lo que hacian los enemigos, se introduxo en la ciudad por una parte de la trinchera que no estaba guarnecida, y no halló ninguna centinela despierta, ni ronda alguna; los soldados de los cuerpos de guardia estaban echados por el suelo, en una palabra, todo se hallaba en el mayor descuido; y vuelto á sus compañeros al amanecer, les declaró lo que habia visto. Con esta noticia abrieron mayor brecha, y inmediatamente se apoderaron de la planicie, y otros con escalas subieron á las fortificaciones. Excitados los enemigos con el ruido, no se olvidaron de sí mismos, y aun-

que fueron sorprehendidos, pelearon atrozmente por sus aras y hogares. A la voz que corrió de que habia sido tomada la ciudad, volaron á ella los soldados desde el campo, y no pudiendo los enemigos sostener el ímpetu, afloxó poco á poco la pelea, y á esto se siguió la fuga y la confusa mortandad de los vencidos, á pesar de los esfuerzos de los capitanes para estorbarlo. La ira del vencedor hizo un grande estrago en los que huian por el puente de Wica; otros fueron derribados á tierra por los mas valerosos, otros precipitados al rio, y muchos de ellos muertos. Toda la ciudad presentaba un horroroso espectáculo, y no se veia otra cosa que cadáveres tendidos por las calles, armas, y todo género de instrumentos de guerra, y el suelo cubierto de sangre. Los que estaban en el otro campo con Mondragon habiendo oido el tumulto, acudieron á los muros, derribaron las puertas, hirieron y mataron todo quanto encontraron, y casi toda la guarnicion fue pasada á cuchillo. Tapin fue conducido al príncipe de Parma, y poco despues murió de su herida. Alonso de Solís sacó de la guarida donde estaba oculto á su compatriota Manzano, y habiendo sido sentenciado á pasar por las baquetas de los españoles como deshonra y oprobrio de su nacion, pereció en la carrera. Los ministros calvinistas temerosos del castigo que les esperaba, fueron verdugos de sí mismos precipitándose en el rio. Se asegura que en la pelea y en el último estrago perecieron ocho mil de los enemigos, y mil y quinientos de los del Rey, habiendo durado el sitio quatro meses. Los pocos ciudadanos que habian quedado fueron atormentados por los soldados que corrian al saqueo para que descubriesen sus riquezas, compitiendo en ellos la avaricia y la crueldad, hasta que el príncipe de Parma se lo prohibió

por un edicto. Despachó luego á Mondragon con cartas para el Rey don Felipe en que le daba noticia de la victoria, y convalecido de una enfermedad que habia padecido poco antes, fue introducido en una silla de manos por la brecha del muro en la ciudad, despues de haberla limpiado siguiéndole el exército á la manera de un triunfo. Comenzó inmediatamente á restablecer la abolida religion, ordenó las cosas públicas de la ciudad, y puso en ella guarnicion.

## CAPITULO III.

*Continúan las negociaciones de la paz. Nuevas turbulencias de los hugonotes de Francia. El Rey don Enrique de Portugal trata de nombrar sucesor.*

La fama del estrago de Mastrich causó gran terror en toda la Flandes, y esta victoria inflamó los ánimos. Los cathólicos de Bolduc habiendo tomado las armas, arrojaron de la ciudad á los hereges, y se juntaron á los realistas, cuyo exemplo siguió Malinas, y á una y otra envió socorros el príncipe de Parma. Los esfuerzos de los habitantes de Brujas fueron inútiles, pues se hallaron oprimidos por sus adversarios, que introduxeron en la ciudad algunos soldados armados. Villabruc fue tomada por Fabio Gata napolitano, y derrotada su guarnicion. Cerca de Malinas acometieron una noche los enemigos á las tropas del Rey, y las pusieron en fuga; pero habiendo recogido Olivera parte de ellas, envistió de repente contra el enemigo, que estaba descuidado, y ocupado en la presa, y consiguió el Español una célebre victoria, habiendo hecho prisioneros á mil y quinientos de los enemigos, y seiscientos caballos. No pocos fueron asesinados en los bosques y caba-

ñas por los labradores, que siempre persiguen á los derrotados. Recobróse toda la presa, y muchos despojos de los enemigos, y solo murieron cincuenta de los vencedores. Gozoso el de Parma con esta victoria, dió á Olivera el mando de un esquadron de caballería, porque con su valor y consejo habia enseñado á vencer á un exército vencido, y le dió una patente para que constasen sus hazañas.

Ardia la Frisia en discordias civiles. Los nobles defendian las partes del Rey, y la plebe estaba por los estados, ó por la libertad de conciencia, de tal modo que no sin razon dixo Lipsio en su libro de constancia: «No solo hay entre nosotros partidos, »sino partidos nuevos de partidos. Tales son los de »aqui, tales los que hubo entre los de Hainault, y »Gante." De esto se siguieron derrotas, peleas, y muertes, expugnaciones de lugares fortificados, destruidos, y despues restablecidos. Las cosas del partido real se pusieron en mejor estado por la habilidad del duque de Terranova que atraxo á él con honrosas condiciones al conde de Renneberg gobernador de la provincia.

Despues que en Colonia se disputó largo tiempo sobre las condiciones de la paz, las propusieron por escrito muy equitativas los legados del César, y fueron aprobadas por Ariscot y algunos de sus compañeros; y habiéndose enviado á las ciudades, las recibieron los de Belduc, y despues los de Groninga aunque á pesar de los magistrados, habiéndose sublevado la plebe. Los de Valencienes se juntaron á los de Hainault, y los demas los rechazaron y detestaron. Los estados no dieron respuesta alguna, de lo que se dieron por muy ofendidos los legados. Tal fue el fruto que produxo la junta de Colonia, que se disolvió á los siete meses, echando los estados la culpa

á los españoles, y estos á aquellos de no haberse concluido la paz. Ariscot y sus compañeros que aprobaron al principio las condiciones las subscribieron al fin, y separándose de los estados, cuya mala inteligencia conocian, volvieron á entrar en la gracia del Rey. El duque de Terranova despues de la partida de los legados se detuvo en Colonia de orden del Rey, para hacer volver á la debida obediencia á las ciudades con dádivas y promesas; y finalmente habiendo sido llamado á España, fue hecho virrey de Cataluña en premio de sus hazañas.

Gozoso el de Parma por haber atrahido al partido del Rey á tantos grandes, provincias, ciudades, y exércitos, no cesaba de amonestar á don Felipe con cartas, y mensageros que pusiese todos sus conatos en las cosas de Flandes, ya que caminaban con próspera fortuna. Pero lo que mas cuidado le daba era sacar á los españoles de Flandes, asi por otras causas, como por la lealtad y valor de aquella veterana milicia, con la que esperaba vencer los peligros mas árduos, y sujetar las provincias al imperio del Rey don Felipe con mucha gloria de su nombre. Esto lo pedian los grandes con mucha instancia, segun se habia pactado en las condiciones baxo la palabra real sin que admitiese ninguna excusa, pues ademas del antiguo odio, se interesaba en ello su conveniencia, porque de este modo recaerian en ellos los premios de la milicia, que gozaban los guerreros extraños. No se oponia el Rey don Felipe á este pensamiento; ántes respondió le seria grata la salida de los extrangeros, y á fin de que no hubiese detencion alguna, envió mucho dinero para pagar las deudas.

Entretanto los hugonotes, hombres inquietos, desleales, y habituados á sacar ganancia de la guer-

ra, no pudiendo sufrir por mas tiempo el ocio, pensaron de nuevo en tomar las armas. Por el contrario el Rey Enrique procuraba mitigar su furor con las artes de la paz, y con obras piadosas incitarlos á seguir su exemplo, y aprovechó tanto por este medio, que desde que se hizo la paz se convirtieron muchos mas hugonotes á la religion cathólica, que en todos los años precedentes de guerra, mortandad y sangre. De aqui se ve claramente quán amiga es la verdadera piedad de la tranquilidad, contra el error de aquellos que despreciando la christiana mansedumbre, juzgan que debe propagarse la doctrina de Christo manso Cordero con el terror de las armas. Dedicado pues á estas cosas instituyó el orden de Sancti Spiritus con beneplácito del Pontífice, habiendo abolido el de San Miguel. Fueron creados caballeros de esta nueva orden veinte y seis grandes, y el Rey se declaró por su primer Grande Maestre. Los hugonotes introduxeron sus armas en Aviñon con infeliz éxîto, y despues en las fronteras de España para tomar por asalto á Fuenterrabía; pero en ambas quedaron torpemente vencidos por el valor y vigilancia de los gobernadores. En el territorio de Leon fueron muertos algunos por los cathólicos; hubo correrías y escaramuzas entre unos y otros, y se tomaron algunos pueblos fortificados.

Mientras tanto el Rey don Felipe no omitia cosa alguna á fin de unir á su corona el reyno de Portugal, el que ciertamente no negaban los jurisconsultos portugueses que le pertenecia por derecho de sangre, como hijo de doña Isabel, hija mayor del Rey don Manuel; por lo qual pedia ser declarado sucesor en atencion á la avanzada edad y achacosa naturaleza de don Enrique, para evitar que si fallecia, lo que era muy temible, no se hallase expuesto

aquel floreciente reyno á ser presa de los pretendientes. Don Pedro Giron duque de Osuna, pasó á congratular al Rey don Enrique por su elevacion al trono, y desde Lisboa marchó á Setubal para visitar y consolar á Magdalena su hermana, viuda del duque de Aveyro. Volvió otra vez á la corte, y amonestó á don Enrique que tambien le habia mandado el Rey don Felipe, que en la sucesion del reyno tuviese presente que su derecho era el mas sólido. Llevó á mal don Enrique que con la presencia de tan poderoso pretendiente se le privase de la libertad de elegir; y tambien era molesto á los portugueses por los antiguos zelos y discordias, que habia entre ambas naciones. Por tanto, aunque por su propia voluntad, á causa de sus muchos años, deseaba dexar arreglado el negocio de la sucesion del reyno, sobre lo qual le estrechaban los portugueses, habiendo tomado consejo de algunos pocos, lo dexó para otro tiempo, á fin de que ventilados entretanto los derechos de los pretendientes, pudiese deliberar con mas seguridad y acierto. A la verdad parecia inclinarse por su particular afecto á Catalina hija de Eduardo, nieta de don Manuel, que se hallaba casada con el duque de Berganza. Pero se decia que debia preferirla el Saboyano, nacido de Beatriz hija de don Manuel; y los grandes por emulacion despreciaban al de Berganza. Tambien alegó sus derechos Ranucio hijo de María nacida del mismo Eduardo, habiendo enviado al obispo de Parma para que los reclamase; pero lo hizo de tal suerte que manifestaba hallarse sujeto en todo al Rey don Felipe. No se hizo aprecio alguno de la peticion de Catalina Reyna de Francia, como descendiente de Roberto conde de Boloña, cuyo derecho no solo era antiquado, sino falso. Finalmente Antonio prior de Ocrato, hijo espurio de

Luis hermano de Enrique, y habido en una manceba de padres judíos, y ínfimos mercaderes, no dexaba piedra por mover para apoderarse del cetro, lo que irritó de tal modo á don Enrique, que no solo no declaró Rey á este hombre tan indigno, sino que le mandó salir desterrado.

Al fin para resolver quanto antes este negocio, mandó juntar cortes en Lisboa, y en ellas se acordó citar á los pretendientes, á fin de que cada uno expusiese sus derechos, exceptuando y excluyendo á la madre del Rey de Francia. Y porque se advertia que don Enrique estaba muy cercano al fin de su vida, y á fin de que no padeciese el reyno con la falta de su cabeza, se nombraron en secreto cinco personas que gobernasen en la vacante, hasta que fuese declarado con certeza el sucesor. Eligiéronse ademas once jueces para que decidiesen la causa de la sucesion en caso que Enrique falleciese antes de concluirse el pleyto. Esto á la verdad pareció ridículo á los castellanos, pues con aquel hecho daban á entender los portugueses, que aun despues de la muerte del Rey sobrevivia su jurisdiccion. Tratóse tambien de casar al Rey, á lo qual no se inclinaba aquel viejo todo cubierto de canas, y con un pie en el sepulcro, y todos estos esfuerzos los hacian los portugueses para excluir del reyno á don Felipe: Finalizadas las cortes se vió mas enredado que aclarado el negocio de la sucesion; pues fluctuando entre el odio y el miedo, ni admitian al Rey don Felipe, ni tampoco se atrevian á reprobar sus derechos. Pero éste entretanto solicitaba, prometia, y finalmente se valia de todos los medios para que se declarase por sucesor al reyno sin recurrir al estruendo de las armas; á cuyo efecto nombró por sus ministros á Cristóbal de Moura noble de Lisboa, á Guardiola, Vazquez y Molina, hombres

de mucha probidad y experiencia. No cesaba de enviar embaxadas á don Enrique, manifestándole sus derechos, que habian sido exâminados escrupulosamente en Salamanca y otras partes. Persuadido por el carácter de los portugueses de que no podria obtener cosa alguna sin las armas, procuró disponerlas con mucha diligencia, y habiendo mandado á los gobernadores de Italia que en una armada bien equipada embarcasen el exército, que se componia de españoles, italianos y alemanes, le distribuyó por las costas de Andalucía y otros parages, mientras que llegaba la ocasion de ponerlo en movimiento. Y para que entretanto no turbasen los otomanos la quietud de Italia, ajustó treguas por dos años con Amurates, que tambien las deseaba por igual causa, pues habia declarado guerra á los Persas: estas treguas se propagaron despues por otros tres años por la mediacion de Juan Mariñan noble milanes con utilidad de ambos príncipes. En este año falleció Luis Camoes esclarecido poeta portugues, y valeroso soldado. Hizo su primera campaña en Ceuta, donde perdió un ojo en un combate con los moros. Navegó despues á la India, á la extremidad del Oriente y á la China, habiendo tolerado muchos trabajos y peligros. Finalmente volvió á Portugal, y vivió poco tiempo en el celibato con una mediana fortuna. Los hombres doctos ilustraron sus Luisadas con comentarios, distinguiéndose entre estos los de Faria de Sousa, que son no menos prolixos que eruditos.

## CAPITULO IV.

*Salen de Flandes las tropas extrangeras. Es declarado gobernador el Parmesano. Apodérase con las armas de algunas ciudades rebeldes. Llaman los estados al duque de Alenzon.*

Por este tiempo se hallaba otra vez el príncipe de Parma con el cuidado de despedir de Flandes la tropa extrangera, y pagarla sus sueldos. Comenzó por los borgoñones que eran los mas obedientes, y despues fueron enviados los españoles y italianos, no sin alguna dificultad á causa de su obstinacion, porque no se les satisfacian los estipendios devengados, á los quales se les pagó el resto en la Lombardía. Finalmente los alemanes que eran en mayor número, apenas se les pudo aplacar con parte del dinero que se les dió de contado, y lo demas se les libró para que lo cobrasen en la feria de Francfort. De esta suerte fue sacada de Flandes la aborrecida tropa á fines de mar-
1580. zo del año de mil quinientos y ochenta, y quedó sin fuerzas algunas, como si le hubieran cortado los nervios. En el distrito de Luxêmburgo se detuvo un cuerpo de alemanes no sin daño de su territorio, el que habiendo sido llamado otra vez á los reales, hizo despues heróyeas hazañas. Quedó en el campo la caballería albanesa que mandaba Jorge Basta capitan veterano de experimentada fidelidad, y tambien algunos pocos italianos, para que el exército no se hallára enteramente destituido de caballos. Despues de esto fue llamado el de Parma á Mons por repetidas instancias de los grandes, y le recibieron con pompa magnífica, y habiendo hecho el acostumbrado juramento, fue declarado gobernador de Flandes. Procuró completar las tropas con nuevas reclutas, á cuyos soldados lla-

man Walones los historiadores. Inmediatamente introduxo su exército en el territorio de Cambray donde expugnó algunos pueblos, y consternado de su cercanía el gobernador de la fortaleza de aquella ciudad envió á pedir socorro al duque de Alenzon. Apoderóse éste de la fortaleza, y el gobernador fue arrojado de ella por los franceses (en premio de haberla entregado) y tambien el obispo Barlemont, y todos los demas que rehusaban jurar á Alenzon por señor de Cambray. Hiciéronse la guerra con mucha actividad los walones y barbanzones, y se causaron unos á otros recíprocos daños. Por astucia de Montigni fue tomada Courtray ciudad notable y antigua, asiento de los Centrones. No fue muy duradero el gozo de Nuan por haber obligado á Ninova á entregarse con Egmont y su hermano, que poco antes se habia pasado al partido del Rey; pues muy luego se resarció este daño, habiendo sido hécho prisionero en Anglomunster cerca del rio Mandra el mismo Nuan, y el legado Marquet con muchos nobles por Roberto de Melun, que mandaba la caballería, á quien el Rey habia condecorado con el título de marques de Risbourg, el qual derrotó en batalla, y puso en fuga sus tropas. En uno de estos combates fue hecho prisionero, por engaño de los franceses, Noircarme gobernador de Sant Omer, que acabó su vida en prision, y fue hombre no menos fuerte que fiel al Rey.

Para refrenar á los franceses sitió Risbourg á Cambray, y tuvo con ellos algunos encuentros, que aunque no grandes, le fueron favorables. Fue acusado de traicion Hesio, que se habia pasado al partido del Rey, por haber maquinado muchas cosas con el duque de Alenzon contra su príncipe, y no habiéndose purgado de este crímen, le degollaron en Quesnoy, sin sentimiento alguno de los flamencos que le abor-

recian por sus perversas costumbres. El de Parma adjudicó los bienes de éste á su hermana con mucha alabanza de la benignidad real, que no sacaba ningun lucro para el fisco de la calamidad de sus súbditos. Hallábanse las cosas mas revueltas en los confines de la Frisia y Gueldres. Renneburg sostenia á Groninga mas con el honor que con las fuerzas, despues que derrotó y puso en fuga el socorro que habia enviado con presteza el Parmesano. El duque de Terranova, que se hallaba todavia en Colonia, ocurrió al peligro habiendo dado dinero á Martin Schench varon intrépido, y á otros capitanes muy valerosos. Estos pues reclutaron prontamente algunas tropas, y juntando las de las guarniciones cercanas, y un esquadron de albaneses enviado por el de Parma, marcharon al enemigo. Holach, que tenia sitiada la ciudad, ordenó sus tropas en batalla. Peleóse con el mayor esfuerzo, exhortando los capitanes á los suyos con la voz y con su exemplo, y aunque al principio estuvo indecisa la victoria, se declaró al fin por los realistas, habiendo sido muertos mil y quinientos de los enemigos, con muchos capitanes y algunos pocos prisioneros, y de los del Rey se refiere que solo murieron cincuenta y dos. Aunque Holach se vió despojado de sus reales, reparó sus tropas con grande ánimo para exponerlas otra vez al peligro; pero cayó entre las manos de Renneburg en el mes de agosto, y peleó desgraciadamente: volvió de alli á poco tiempo á fin de borrar la ignominia de las dos pérdidas anteriores, y acometiéndole el mismo Renneburg con igual fortuna, fue derrotado en las lagunas de Bontanges. Gozoso Renneburg con tantas victorias, emprendió con todo esfuerzo expugnar á Steinvich ciudad muy fortificada, valiéndose tambien de la bala roxa que habia sido inventada poco antes en la guerra de los po-

lacos contra los moscovitas por Domingo Ridolfino natural de Camerte, hábil ingeniero. Tuvo freqüentes peleas con la guarnicion, que hizo algunas salidas, y con el ingles Norris, que habia venido aceleradamente con tropas para socorrer á los sitiados, y tomó Renneburg algunos lugares fortificados; habiendo levantado el sitio de Steinvich no tanto por la fuerza de los enemigos, quanto por la obstinacion de sus soldados.

Entretanto el Rey don Felipe habia hecho publicar en Flandes la proscripcion del príncipe de Orange, irritado en extremo de haber padecido tantos agravios de un cliente á quien él y su padre el César habian elevado á las principales dignidades y puestos, que fue lo mismo que abrigar una serpiente en el seno. Mas para que no faltase quien executára la sentencia pronunciada contra él, le prometió al que matase á este malvado veinte y cinco mil escudos de premio, y la nobleza de su familia. Sus multiplicados delitos dieron causa á esta severidad. Habia adelantado tanto con los estados confederados amonestando, y exhortando para que confiriesen á Alenzon el principado de Flandes, y abjurasen al Rey don Felipe, acusándole de que habia arruinado aquellas provincias quebrantando sus leyes, que al fin venció por su importunidad, sin respeto alguno al derecho divino ni humano. Los estados despojándose de todo pudor, enviaron una embaxada al duque de Alenzon, y Aldegunde que era el principal ministro, trató con el Frances acerca del principado baxo de ciertas condiciones, disimulándolo el Rey Enrique su hermano. Llevó muy á mal el archiduque Mathías el precipitado consejo de los estados, y se quejó en sus cartas de que le habian burlado indignamente. Pero habiéndole dado dinero de lo que robaron á las iglesias, para

que pudiera mantenerse con decoro, dexó de quejarse, y dispuso su partida. Habia ya comenzado á debilitarse su autoridad desde el punto que los estados conocieron que no producia efecto alguno su astuto proyecto de introducir la discordia entre los dos Austriacos Aleman y Español, como lo esperaban, habiendo propuesto al primero un premio tan grande. El César Rodulfo, aunque se decia que codiciaba la Flandes, rehusaba implicarse en una guerra. Por tanto, no habiendo dado socorro alguno á su hermano Mathías, y habiéndose purgado de toda sospecha para con el Rey don Felipe, evitó la guerra, y se burló de los estados. Finalmente ostigado Mathías de aquellos hombres, renunció el título de gobernador, y en el año siguiente se volvió á su hermano, sin haber adquirido gloria alguna.

Por este tiempo afligió una gran calamidad á Malinas por la pertinacia de los ciudadanos en no recibir una guarnicion dentro de los muros; pues introducidos en ella los enemigos, no sin fraude de algunos traidores, segun corrió entonces la fama, tuvieron necesidad de pelear en las calles, corriendo al instante á las armas los ciudadanos que permanecian fieles. Luego que fue tomada la ciudad, la entregaron al saqueo del soldado por espacio de un mes, y se distinguió principalmente el furor de los ingleses, que no perdonando ni aun las lápidas sepulcrales, las enviaron á Inglaterra con los demas despojos. De este modo la Flandes por su contumacia contra el príncipe se veia hecha presa de diversas naciones. Habia llegado á Namur la princesa Margarita de Parma, á quien confirió de nuevo el Rey don Felipe el gobierno de Flandes, pues asegurado con la alianza últimamente contraida, se ajustó que dentro de seis meses saldria de Flandes Alexandro Farnesio, y seria puesto en su

lugar otro príncipe de la sangre real. Este proyecto fue obra del cardenal de Granvela, asi por otras causas, como porque la prudencia y mas suave carácter de aquella señora experimentada, eran mas oportunos para gobernar á unos pueblos exâsperados con la guerra. Pero de tal modo habian comenzado los grandes á amar á Alexandro, atrahidos por su valor y humanidad, que les pesaba muy de veras haber propuesto aquella condicion. Por esto pues se anuló á peticion suya el decreto del nombramiento de Margarita, y fue confirmado Alexandro en el gobierno, habiéndole escrito el Rey cartas muy honoríficas. Sin embargo permanecia don Felipe en su resolucion de que la madre gobernase los negocios civiles, y el hijo los militares; pero no llegó á tener efecto alguno, porque Alexandro le hizo presente que esto seria perjudicial á la república, y causa de muchas discordias, no tanto por la emulacion entre él y su madre, quanto por la perversidad de los facciosos, que combatian entre sí mismos por sus opuestas pasiones. No obstante por voluntad del Rey permaneció Margarita en Namur por espacio de tres años, á fin de que no pareciese haber sido llamada en vano, y despues regresó á Italia.

El Pontífice y el Rey don Felipe determinaron enviar á los cathólicos de Irlanda los socorros que les pedian, para mantener la religion contra los calvinistas, que lo trastornaban todo. A este fin envió el Pontífice trescientos soldados mandados por un cierto *Sebastian* condecorado con el título de marques de San Joseph; y á estos añadió el Rey don Felipe otros seiscientos, y gran número de armas de que tenian necesidad, con víveres y dinero para la paga. Arribaron prósperamente á Irlanda en seis navíos, y edificaron el castillo de Smervich muy fortificado por el

arte, y su situacion. Pero temeroso el comandante de que en breve le sitiarian los enemigos, y para que no llegasen á faltarle los víveres, envió cerca de trescientos hombres á España en tres navíos. Habiendo recibido Grey gobernador de la isla, socorros de Inglaterra, comenzó con grande esfuerzo á combatir la fortaleza por mar y por tierra, aunque con poco efecto. Pero San Joseph hombre cobarde, y mas deseoso de la vida que de la honra, se consternó extraordinariamente, y buscaba una guarida donde esconderse. Los españoles y los italianos endurecidos en la guerra, procuraban en vano animarle á la defensa, y al fin con detestable infamia entregó la fortaleza al Ingles baxo de ignominiosas condiciones, poniéndose á salvo él y sus amigos. Habiendo entrado en ella los calvinistas á fines del año, pasaron á cuchillo la guarnicion excepto algunos pocos, y de este modo perecieron tantos hombres valerosos por la cobardía y perfidia de uno solo, y se desvanecieron como el humo las grandes esperanzas que se habian concebido de aquella expedicion.

## CAPITULO V.

*Muerte del Rey don Enrique de Portugal. Discordias sobre la eleccion de sucesor, y guerra que hace don Felipe para defender sus derechos.*

El Rey don Enrique de Portugal se hallaba agitado de muchos cuidados; pero tanto menos adelantaba el negocio de la sucesion, quanto mas lo promovia. Tambien habia declarado su accion á Antonio prior de Ocrato, contra quien se mostró antes tan implacable, en observancia de las leyes que excluyen de la corona á los espurios, y habia convo-

cado cortes en Almeirin, para que en ellas se eligiese por los votos de los estados el sucesor legítimo. Esto fue lo mismo que encender mas vivamente los ánimos inquietos con opuestas pasiones, dando potestad para deliberar á los que no tenian derecho alguno para ello. Aunque se trasladó á Almeirin no pudo asistir á las cortes por su débil salud; mas á fin de evitar enteramente los males que preveia se originarian de la discordia, envió personas que diesen á entender á los vocales que seria muy conveniente conferir el reyno á don Felipe de buena voluntad, para evitar los males de la guerra, y atender al bien del estado. Abrazaron tan saludable consejo muchos obispos y grandes del reyno, que guiados de la razon se inclinaban al Rey don Felipe. Pero el estado general que tenia grande afecto á Antonio, al paso que los buenos favorecian al Rey don Felipe, clamaban mas furiosamente que la corona de Portugal no se conferiria á ninguno por derecho de sangre; y por tanto queria que el Rey mandase que el pueblo usára del derecho que le pertenecia, y que se eligiese por votos. Temeroso don Enrique de la insolencia de estos hombres, y no obstante las reclamaciones de los embaxadores del Rey don Felipe, les concedió para contentarlos el término de dos dias, dándoles potestad para que alegasen las razones por donde constaba pertenecer al pueblo el derecho de elegir Rey. Gozosos los plebeyos con esta condescendencia, y como si ya hubiesen vencido el pleyto, vociferaban públicamente que darian el reyno á otro qualquiera antes que al Castellano. Juntáronse á ellos algunos de la nobleza, y muchos eclesiásticos con don Juan de Portugal obispo de Idaña. Entretanto que para sostener su derecho hacian los plebeyos extraordinarios movimientos, don

Enrique que ni tenia fuerzas, ni ánimo para tolerar tanto peso, falleció á los sesenta y nueve años de edad, en el mismo dia en que nació que fue el treinta y uno de enero, habiendo reynado diez y siete meses. En él acabó la línea masculina de los Reyes de Portugal, que descendia del conde Enrique. Su cuerpo fue sepultado con régia pompa en la iglesia del monasterio de Belen.

Los gobernadores comenzaron á mandar con menos concordia de la que convenia, y los embaxadores pedian con mucho esfuerzo, que confiriesen el reyno á don Felipe, á quien la prerogativa de su nacimiento daba la preferencia sobre los demas, sobre cuyo punto escribieron con grande empeño los portugueses y los extrangeros. Tres de los gobernadores Mascareñas, Saa, y Sousa, favorecian al Rey don Felipe: el arzobispo de Lisboa parecia que se mantenia neutral: y Tello que hasta entonces no se habia manisfestado adicto á ninguno, se declaró por el partido de la plebe. De la discordia nació la dilacion; á esto se juntaba la dulzura de mandar, ni tampoco les faltaban otras causas, como eran la de exâminar los peritos los respectivos derechos, y la de convocar nuevas cortes. Instaban sin embargo los embaxadores castellanos, persuadiendo, exhortando, y prometiendo no solo á todos juntos, sino á cada uno en particular, y ademas de la justicia de la causa, ostentaban la benignidad del príncipe, y les proponian las condiciones con que se habian convenido entre sí ambos Reyes con grande utilidad de la nacion. Pero todo era en Portugal confusion y trastorno, y todo se dirigia por impulso de la multitud, que quanto menos comprehende la dificultad de las cosas, tanto mayor es su insolencia en revolver y perturbar la república. Sostenido Antonio por

esta turba de hombres, solicitaba el reyno con derecho ó sin él, estando resuelto á invadirle si no se le daban. Parecia que los gobernadores tenian el lobo á las orejas, y no trataban cosa alguna de comun acuerdo, desconfiando recíprocamente los unos de los otros. Mas para dar alguna señal del mando, é imperio que tenian, enviaron ciertos hombres á las provincias, para que velasen contra los esfuerzos de los enemigos, no habiéndoles entregado exército alguno, ni dinero para la paga de las nuevas reclutas. Los socorros extrangeros en que tenian grande esperanza, no parecian por ninguna parte. Finalmente ardiendo todos en deseo de guerra, les faltaba lo necesario para hacerla. Por el contrario el Rey don Felipe tenia prevenidas armas, exército, víveres, dinero y armada, y solo se echaba menos un general, porque aun no habia nombrado ninguno. La vigorosa vejez del duque de Alba era justamente preferida á todos, y habia mucha esperanza de que con el valor y prudencia de este hombre célebre se conseguiria fácilmente el intento. Habiéndole pues sacado el Rey de la carcel en que le tenia preso, á causa de las bodas del primogénito, el qual para contraerlas habia quebrantado por consejo de su padre la custodia en que se hallaba, contraviniendo á una orden expresa del Rey, le nombró generalísimo, y le mandó marchar inmediatamente al campo, sin haberle dado permiso para venir á saludarle. Tanta era la confianza que el Rey tenia de su lealtad.

Dispuestas que fueron todas las cosas, pasó á Guadalupe siguiéndole la Reyna, y alli mandó celebrar las exêquias del Rey don Enrique. Llegaron de Portugal los embaxadores Gaspar Casal obispo de Coimbra, y Manuel de Melo, suplicándole que se abstuviese de usar de la fuerza de las armas, has-

ta que los jueces electos decidiesen del reyno, á los quales el Rey les respondió: «que él daba leyes y »no las recibia, y que no se sujetaba al juicio de »ninguno; que procurasen recibirle pacíficamente, »pues queria alcanzar el reyno mas por la equidad, »que por la sangre, y mas por la justicia, que por »las armas, y que no pensasen que lo recibia de »su mano; sino de la de Dios todo poderoso, y por »su propio derecho: que no tenia prevenido el exér»cito para hacerles ninguna injuria, sino para recha»zarla en caso que para su propia ruina deseasen ve»nir á las manos. Finalmente que considerasen, que »los que se entregan son tratados con mas suave im»perio, que los que son conquistados y obligados »con las armas á hacerlo." Partióse de alli despues de haber cumplido sus promesas, y no dió otra respuesta á los embaxadores, aunque en el camino volvieron á instarle; antes bien escribió cartas á los magistrados, exhortándoles á que desistiendo de su contumacia, mirasen por sí á tiempo oportuno.

En Lisboa tomó á su cargo la defensa de la ciudad Tello, que era enteramente adicto al partido del pueblo, y lo primero que hizo fue exigir por fuerza cien mil ducados á los comerciantes para los gastos de la guerra, y recoger otras sumas de varias partes, y entretanto no dexaba de exhortar al pueblo á la defensa de la comun patria, y se dedicaba con mucho conato en reclutar tropas, y en proveer y guarnecer las fortalezas. Por otra parte Antonio prior de Ocrato, que tenia tanta esperanza de alcanzar el reyno, no se olvidaba de sí mismo. Visitaba, rogaba, prometia, y hacia todo lo demas que acostumbran los ambiciosos, y en lo mismo se ocupaban los nobles que seguian su fortuna. Era de admirar el afecto que le tenia la plebe, inclinada siem-

pre á lo peor; mas no le quedaba apoyo alguno en los gobernadores, cuyos ánimos se manifestaban ya inclinados á don Felipe, aunque no se atrevian á declararle el reyno, por temor de que la multitud consternada no acudiese á las armas. Deseaban salir de Almeirin; pero no les era posible hacerlo contra la voluntad del pueblo. Finalmente habiéndose valido de una ocasion que se les presentó, se pasaron á Setubal villa marítima, y fortificada, para poderse poner á salvo en la armada del Rey en caso necesario. Algunos se inclinaban al duque de Berganza, pero con muy poca esperanza, por lo qual aguardaban con tranquilidad la decision de los jueces para tomar despues sus medidas.

En este estado llegó al fin el Rey don Felipe á Badajoz en el mes de mayo: inmediatamente hizo revista del exército, que se componia de tres mil españoles veteranos; siete mil de nueva recluta; quatro mil y quinientos italianos, mandados por Pedro de Médicis hermano del gran duque de Toscana, y tres mil alemanes que conducia su general Gerónimo conde de Londronio. Confició el duque de Alba á don Fernando su hijo el mando de mil y quinientos caballos: nombró maestre de campo á don Sancho Dávila, y á don Francisco de Alava comandante de la artillería. Seguian el exército un gran número de carros, y bestias de carga con los víveres, y municiones de guerra, y marchaban delante los peones para limpiar y reparar los caminos. Dispuestas ya enteramente las cosas, y viendo el Rey don Felipe que cada dia se implicaba mas y mas aquel negocio, y que no habia ningun indicio de que los portugueses desistiesen de su obstinacion, envió con el exército al duque de Alba, y desató ó cortó aquel nudo Gordiano. Yelves y Olivenza se entregaron á Pedro de

Médicis, que se adelantó con las guardias del Rey. De esta suerte todo se hacia facil al Rey don Felipe, pues todos los pueblos estaban descuidados, como acontece siempre en un reyno, que en mucho tiempo no ha tenido guerra. Pareció conveniente dexar por entonces á Evora porque se hallaba tocada de la peste, que se habia extendido en algunos lugares.

## CAPITULO VI.

*Antonio prior de Ocrato es proclamado por Rey de Portugal. Entrada del duque de Alba y conquista del reyno.*

Entretanto habia venido Antonio á Santaren, acompañado de sus amigos, á fin de señalar sitio para levantar una fortaleza. Esta fue la causa que se pretextaba de su venida; pero la verdadera era dar principio á su reynado, apoyado en el amor de sus habitantes. Fue recibido con increible aplauso y regocijo por la multitud, que habia salido á esperarle fuera de las puertas. Alli pues un zapatero que se hallaba sobornado para ello, levantando un pañuelo en la punta de una pica, lo tremoló como una bandera, y en alta voz proclamó á Antonio Rey de Portugal. Siguióle inmediatamente toda la descompuesta multitud, y le saludó por su Rey con tantas demostraciones de alegria, que jamás se habia visto en Portugal cosa semejante. Despues de esto, rompiendo apresuradamente las puertas de la casa de ayuntamiento, introduxeron en ella al nuevo Rey imaginario y de farsa, y juraron en su nombre. Concluida esta comedia, se puso en camino para Lisboa, siguiéndole la multitud desenfrenada. Recibióle el pueblo con extraordinario aplauso en la puerta de Moreyra, y le saludó Rey con igual júbilo que en San-

taren. Fue conducido en derechura al palacio, donde le juraron solemnemente, y enarbolando las banderas en las ventanas, le aclamaron con infinitos vivas. Los magistrados aunque aborrecian esta monstruosa catástrofe, no se opusieron á ella, porque á unos les faltaban las fuerzas, y á otros la voluntad. Siguieron este exemplo otras ciudades, y muchos gobernadores de las fortalezas. El duque de Berganza ni se unia á Antonio, ni á don Felipe, y habiéndose retirado á sus estados, escribió cartas al Rey don Felipe, vendiéndole su derecho al reyno y su auxîlio; los que aquel desechó con generoso ánimo, respondiéndole que á él y á su esposa Catalina, como parienta suya, los trataria con todo género de beneficencia. No pudo Antonio atraer á su partido á los gobernadores, aunque les envió á Francisco conde de Vimioso, por lo qual intentó reducirlos por fuerza, juntando á este fin en los campos una gran multitud de gente armada; pero ellos habiéndose embarcado en un navío con muchos nobles, se huyeron á Ayamonte, pueblo situado en el parage dondo desemboca en el mar el rio Guadiana. Desde alli volvieron á Castro Marin dentro de los confines de Portugal, y declararon á don Felipe por su Rey verdadero, y legítimo por derecho hereditario, y á Antonio por espurio, enemigo de la patria, traidor, y rebelde. El arzobispo de Lisboa asegurado por su dignidad, no se movió de la capital; pero se puso en salvo Tello que se habia hecho odioso á ambas partes. Los embaxadores del Rey don Felipe se escaparon cada uno por donde pudo (habiendo antes regresado á Castilla el duque de Osuna), y llegaron á Badajoz, no sin peligro de la vida por el odio de la plebe.

En este tiempo los de Setubal habian recibido á Antonio con pompa régia y admirable afecto; y aun-

que sus amigos le exhortaban á que hiciese la guerra lejos de la capital, no quiso darles oidos, y se volvió desde alli á Lisboa, confiado en sus tropas y riquezas y en la buena voluntad que le tenian los ciudadanos. Comenzó luego á juntar dinero, que es el principal nervio de la guerra; los hombres mas opulentos eran oprimidos con calumnias, y despojados de sus riquezas: robó el dinero del público, y de los particulares: el oro y la plata se sacaba de los lugares mas escondidos, y se fabricó moneda de extraordinario peso con el nombre de Antonio. Tambien se apoderó de las albajas reales, y no se abstuvo ni aun de las sagradas. Hizo repartir armas indistintamente á buenos y malos, esclavos y libres, sin excluir á los negros, y los frayles díscolos abandonaban sus conventos, y se presentaban armados y á caballo, con escandaloso exemplo. Tal era el insano furor que habia cundido por todas partes.

Por el contrario el Rey don Felipe dirigia todas sus cosas con la mayor prudencia y circunspeccion. Mandó á los grandes de los dominios continantes que armasen á sus súbditos para cuidar por todas las cercanías de que no se introduxesen víveres algunos en Portugal, ni de alli se permitia salir á nadie sin ser registrado. Mientras tanto que los portugueses se hallaban sitiados por todas partes, entró el duque de Alba en lo interior del reyno, y los pueblos y fortalezas se le entregaban inmediatamente. La guarnicion de Setubal se resistió al principio, y se ostentó armada en las murallas. Pero como no hay gente que mas pronto se acobarde que la que defiende una mala causa, luego que vieron dirigirse contra la villa quatro cañones se llenaron de terror, y hicieron la señal de la entrega. El duque de Alba trató bien á los habitantes, habiendo reprimido el militar

desenfreno, y se contentó con el suplicio de algunos pocos. Entretanto el marques de Santa Cruz salió del puerto de Santa María con una armada de sesenta galeras, treinta navíos grandes y algunos pequeños, y habiéndose apoderado de varios pueblos, llegó á Setubal á tiempo que el duque de Alba combatia la fortaleza. Aterrado Mendo de Mota su gobernador, con la duplicada fuerza que le invadia, se apresuró á hacer la entrega, habiendo capitulado la libertad de todos sus bienes. Tomáronse tres navíos en el puerto, que habian sido enviados para el socorro de la fortaleza. Desde allí se embarcó el exército en las naves y algunos pocos caballos, y navegó á Cascaes, donde con ardid y esfuerzo, ó mas bien con feliz temeridad, venció la aspereza del sitio y la superioridad de fuerzas del enemigo, amenazando á una parte y acometiendo á otra, y inmediatamente se hizo dueño de Cascaes, abandonada de sus habitantes. Habiéndose puesto en fuga el exército enemigo, que mandaba Diego de Meneses, se encerró éste en la fortaleza con veinte compañeros, y á la verdad con muy mal consejo, pues dirigiendo contra ella el duque de Alba su artillería para expugnarla, de tal modo aterró á los que se habian encerrado en ella, que como no pudiesen obtener condicion alguna de aquel hombre severo, aunque hicieron la señal de la entrega, abrieron las puertas para vivir ó perecer al arbitrio del vencedor. Meneses que fue hecho prisionero á la entrada de la noche, fue degollado al dia siguiente, y ahorcado el gobernador de la fortaleza con dos compañeros, y los demas destinados al remo en las galeras, para que aprendiesen los portugueses la maldad que cometian en tomar las armas contra su legítimo príncipe. Despues de este suceso, mandó transportar á

Setubal la restante caballería y equipages, víveres y municiones.

Quedó muy consternada Lisboa con la noticia de haber sido tomada la fortaleza, y sin embargo no sabian que hacer aquellos hombres plebeyos é ignorantes, pues toda la fuerza y valor no pasaba de la lengua. Antonio falto de consejo, no se determinaba á cosa alguna; pero animado por las exhortaciones de muchos, resolvió finalmente salir al encuentro al duque de Alba, para tentar la fortuna de las armas. Mandó sentar el campo en un parage oportuno entre Belen y la ciudad, en el qual encerró á la multitud armada, sin querer dár oidos al magistrado de Lisboa, que le persuadia la entrega. Quedóse él en Alcántara en un lugar alto, desde donde vió el estrago del castillo de San Julian, el mas fortificado de todos, al que acometió Alba; pero de ningun modo se movió de alli Antonio para socorrer á los que peligraban. El gobernador de esta fortaleza Tristan Vaz, vencido mas con las promesas, que con la fuerza, vino al campo del duque de Alba, y se apresuró á hacer la entrega por medio de una mugercilla. Desde alli marchó á Caboseco, isla fortificada en la embocadura del rio Tajo, y hallándola desierta por la fuga de su guarnicion, se apoderó de ella. Para entrar en el puerto con la armada, le servia de estorbo la fortaleza de Belen, y los navíos fondeados en medio del rio, y guarnecidos de cañones. Determinó pues combatirla, acercando contra ella su artilleria, y entretanto hubo con el enemigo algunas peleas favorables á los castellanos. Lo primero que hizo fué ahuyentar los navíos con algunas descargas, y destituido de este apoyo, y aterrado el alcayde con la contínua batería, apresuró la entrega para librarse del peligro, y á la verdad no

hubiera evitado la muerte, si no hubiese intercedido por él Antonio de Leyva, á quien estimaba mucho el duque de Alba. El que defendia la antigua torre en la ribera opuesta, la evacuó intimidado de las amenazas del general.

Por este tiempo llegó hasta Badajoz el cardenal Alexandro Riario, á quien enviaba el Papa para apaciguar el tumulto de las armas, porque deseaba que el Rey disputase con razones su derecho, y no con la espada, y que no se encarnizasen los cathólicos unos contra otros. Pero ya llegó tarde, y casi concluida la guerra, y se discurrió mucho sobre su venida. Mas habiéndole detenido con arte el Rey don Felipe, á fin de que no penetrase en Portugal, se volvió sin haber hecho cosa alguna, sea qual fuere el intento de su embaxada.

Pero volviendo á Antonio, tenia éste á la otra parte de Alcántara (rio que toma su nombre de un puente) diez y seis mil hombres cobardes sin disciplina alguna, ni acostumbrados á obedecer; dignas tropas de semejante general, que no sabia suficientemente disponer el exército en orden de batalla, ni colocar los socorros en lugares oportunos; y no obstante publicaba que iba con ánimo resuelto á vencer ó morir, aunque quando llegó el caso, no hizo lo uno ni lo otro. El duque de Alba, habiendo registrado desde cerca el campo aproximó sus tropas, mediando solo entre unas y otras el rio. Luego que dió todas sus órdenes, se sentó en una silla puesta en un lugar alto, para dar desde allí la señal de la batalla. Molestaba Alba con la artillería el campo enemigo, con mas terror que daño; quando se entendió la pelea en el puente donde Antonio habia colocado á los mas atrevidos, y con su valor fueron rechazados los italianos. Pero animados con la llega-

da de Colona, renovaron el ímpetu, y deshicieron y derribaron los parapetos que hallaron delante. Mientras tanto Dávila y don Fernando de Toledo enviaron los esquadrones de caballería, que causaron grande espanto en los enemigos. A este tiempo corrió la voz de que habia sido tomado el puente, y infundió tanto terror en los ánimos de los enemigos, que con precipitada y cobarde fuga caian los unos sobre los otros. Acometieron por la puerta los italianos y alemanes armados de picas, y derribaron á todos los que se ponian delante, de tal modo que mas parecia carnicería que pelea. Mezclado Antonio en la turba de los que huian, llegó á la ciudad con sus principales amigos, y al tiempo de entrar en ella, recibió una herida en la cabeza por el tropel de las armas. Inmediatamente mandó echar de la cárcel á los presos, y se escapó por otra parte acompañado de algunos pocos. El duque de Alba, viendo el feliz suceso de los suyos, dió la señal á la armada, y acometiendo ésta á la enemiga, se apoderó de ella con poco trabajo. El principal cuidado del duque de Alba era, que no padeciese daño ni detrimento alguno la ciudad, lo que le habia encargado el Rey con mucho encarecimiento. Por esta causa se habia adelantado don Fernando á la puerta con la caballería, y habiéndose valido de la estratagema de fingir que temia emboscadas, impidió al soldado el saqueo; pero la licencia militar se derramó en las casas de campo, que son muchas y muy opulentas, y en los arrabales que parecen ciudades; lo que ciertamente no pudo evitarse, ó no puso mucho cuidado en evitarlo el duque de Alba como indulgente con la tropa. Asi corrió la voz, y Escobar que se halló presente, afirma que duró el saqueo por espacio de tres dias. Ni las tropas de marina despues del

saqueo de la armada se abstuvieron de los edificios situados á las márgenes del rio. No obstante conservaron inviolable el respeto á las iglesias y monasterios donde se hallaban custodiadas las alhajas sagradas. Acaeció esta batalla el dia veinte y cinco de agosto, y los historiadores convienen en que no fue muy reñida. De los enemigos murieron poco mas de seiscientos, y casi ciento de los vencedores. Afirmaban algunos que Antonio podia haber sido hecho prisionero en la fuga, si los caballos le hubieran seguido con mas diligencia, y echaban la culpa al duque de Alba, porque deseaba conservar el mando y prolongar la guerra. Otros lo negaban, y refutaban esta calumnia con poderosas razones sacadas de la militar disciplina. Tanta es la malignidad de los hombres, que disputan entre sí sin respeto alguno de la fama agena, ni del bien público. Habiendo salido el magistrado fuera de las puertas de la ciudad, presentó al de Alba las llaves en señal de la entrega, y fue recibido por él con muchas demostraciones de honor. De alli á dos dias llegó la armada de Indias con quatro millones, sin haber tenido noticia alguna de lo que habia pasado. Viperano en su libro *De obtenta Portugalia*, afirma que habia sido conducida á Lisboa por don Alonso de Bazan, que salió al encuentro de ella con sus navíos, lo que me parece mas verosímil. Entró en el tesoro real la parte que le tocaba, y todo lo demas se entregó á los comerciantes á quienes pertenecia.

Encargóse á Dávila el cuidado de perseguir á Antonio, el qual habiendo abandonado á Coimbra, se encaminó á Aveyro. Los habitantes no quisieron recibirle, y intentó en vano tomar la villa por asalto; pero habiendo sido recibido dentro de sus muros por la traicion de algunos, descargó su ira con muer-

tes y robos: Desde alli se escapó, luego que tuvo noticia de que le seguia el enemigo, y llegando á Oporto (que los antiguos llamaron Cale) fue recibido con mucho obsequio, habiéndose puesto en fuga los que aborrecian su nombre. Aumentadas las fuerzas de Dávila con las tropas de socorro, que le habia traido don Diego de Córdova, se acercó á las riberas del Duero, en cuyo paso sobresalió mucho el pronto ingenio y audacia de este varon fortísimo. Causaba terror la anchura del rio y su mucha rapidez: faltábanle barcos para la travesía, y toda la ribera opuesta la ocupaba el enemigo con hombres y caballos; pero habiéndole tomado Dávila algunas barcas, se burló de él, y pasó á la otra parte. Atónitos los portugueses con el terror, y despues de haber perecido algunos de los suyos, se pusieron en fuga. Antonio fue de los primeros, pues luego que recibió el tesoro que habia depositado en aquella ciudad, se huyó con su comitiva á Viana. Entretanto Dávila, habiendo rechazado del rio á los enemigos, acercó mas sus tropas á la ciudad. Al principio procuraron alejarlas de Oporto con su artillería; pero sucediendo á esto la reflexion, y ablandados con las palabras de Dávila, desistieron de su pertinacia, y se sujetaron al imperio del Rey don Felipe. Desde alli envió la caballería para perseguir á Antonio, pero se cansaron mucho tiempo en vano, porque casi todo el pueblo estaba de su parte, y él iba mudando de guaridas, y se disfrazó para no ser conocido.

Despues de la victoria entró el duque de Alba en Lisboa, y á su instancia, y no pudiendo el Rey asistir porque se hallaba gravemente enfermo hicieron los magistrados el juramento de fidelidad. El mayor cuidado que ahora le inquietaba era el reci-

proco odio de las dos naciones, porque los castellanos y portugueses se insultaban furiosamente de palabra, de lo que á cada paso se originaban pendencias y riñas, que solo podian cortarse con la séveridad. Pero el Rey le habia prohibido encarnizarse contra los portugueses, deseoso de conciliar su afecto con la blandura y suavidad. Esto hizo mucho mas arrogantes á los portugueses, y no se abstenian de provocar con todo género de injurias á los castellanos, á quienes se les mandó estrechamente que las tolerasen con paciencia. Mas como irritados de sus agravios, acudiesen algunas veces á las armas, para que no viniesen á parar en un declarado tumulto, mandó el duque reparar la fortaleza antigua, situada en un collado, y metió en ella á la tropa con la artillería y demas instrumentos de guerra. Mientras tanto convaleció el Rey don Felipe por la divina misericordia; pero apenas habia salido de su enfermedad, cayó en otra grave pesadumbre, que le originó la temprana muerte de la Reyna, que falleció de una calentura el dia veinte y siete de octubre con mucho sentimiento de todos. De este modo templa Dios las cosas de los mortales mezclando las alegres con las tristes. Cuidó el duque de Osuna de llevar su cuerpo al Escorial por mandado del Rey, y concluida esta comision fue nombrado virrey de Nápoles, en premio de los servicios que habia hecho en Portugal. Dispuso don Felipe que se restituyesen á Madrid sus hijas y el príncipe heredero don Diego, acompañados del obispo de Córdova y de don Francisco Zapata su mayordomo mayor. Doña María, que era recien nacida, no vivió mucho tiempo, y habiendo arreglado todos sus negocios con la brevedad posible, llegó á Yelves el dia cinco de diciembre, y fue recibido con régia

magnificencia, y con mucha alegría y aplauso del pueblo. El duque de Berganza acudió luego á saludarle, y le recibió el Rey su pariente con mucha esplendidez y humanidad. Visitó despues á doña Catalina su prima, y convocó las cortes del reyno en Tomar para el año siguiente.

## CAPITULO VII.

*Excursiones de los piratas en la América. Viage de Pedro Sarmiento al Estrecho de Magallanes, y sucesos de los portugueses en la India.*

En los años anteriores se habian erigido nuevas sillas episcopales á peticion del Rey don Felipe, cuya piedad se desvelaba tanto por el bien de sus súbditos. De la diócesi de Segorbe se desmembró la de Albarracin en el reyno de Aragon. Habia sido trasladado oportunamente desde Segorbe á Salamanca don Francisco de Soto, que encargado en su viage de hacer la pesquisa contra la perversa secta de los iluminados, de que hicimos mencion arriba, acabó su vida mientras se ocupaba en esta comision. Casi al mismo tiempo fue separada tambien de la diócesi de Zaragoza la de Teruel, ciudad bastante populosa. Los primeros obispos electos para ella no tomaron posesion de esta iglesia. Don Juan de Trillo falleció antes de llegar, y don Juan de Artieda fue trasladado de Teruel á Jaca por justas causas. Sucedió á aquel don Martin de Salvatierra, y á éste don Andres de los Santos. A Soto sucedió en la de Segorbe don Francisco Sanchez, valenciano natural de Morella, varon doctísimo, el qual no cumplió un año entero, habiendo fallecido en el anterior de setenta y nueve, y fue electo en su lugar don Gil Lori, catalan. A fines de

este año falleció Gerónimo Ossorio, obispo de Silves en Portugal que habia adquirido gran fama por su eloqüencia. Tambien murió Gerónimo Zurita, natural de Zaragoza, cuyos escritos, que son muchos ademas de los Anales, han merecido tanto aprecio de los nacionales y extrangeros, que me parece ocioso añadir cosa alguna á sus elogios. Sucedióle en el empleo de chronista de Aragon Gerónimo Blancas, elogiado por don Antonio Agustin en una elegante carta. En el arzobispado de Burgos sucedió á Mendoza don Francisco Pacheco, y por su muerte fue electo don Christóbal Vela obispo de Canarias. El año siguiente sucedió á don Christóbal Roxo arzobispo de Sevilla, el cardenal don Rodrigo de Castro obispo de Cuenca. Promovido Armedo de la diócesis de Mallorca y Menorca á la de Huesca su patria, tuvo por sucesor á don Juan de Vich, valenciano. Cinco años despues falleció el dia nueve de enero don Fernando arzobispo de Zaragoza, hijo de don Alonso, que gobernó lo espiritual y temporal con grande equidad y prudencia, y con admirable opinion de santidad. Erigió muchas iglesias y monasterios, fue muy liberal con los pobres y miserables, y benéfico para con todos. Mandó sepultarse en la capilla de San Bernardo de la catedral, que en mucha parte habia edificado á su costa. Fue electo en su lugar don Bernardo de Fresneda obispo de Cuenca, y por muerte de este don Andres de los Santos trasladado de Teruel, en cuya diócesis le sucedió don Diego Ximenez. El mismo año en que falleció don Fernando de Aragon, murió tambien don Pedro Guerrero arzobispo de Granada, ilustre por su santidad y doctrina, y tuvo por sucesor á don Juan de Mendoza.

Acaeció al mismo tiempo la dichosa muerte de Pedro Navarro natural de Madrid, martirizado con

cruelísimos suplicios por los moros de Marruecos, por la constancia con que predicaba la religion christiana. Refiérense de él cosas admirables, pues habiéndole cortado la lengua hablaba tan clara y distintamente como si la tuviese íntegra, dando gracias á Dios de que le habia hecho partícipe del martirio. Despues le enclavaron de pies y manos; pero porque en este suplicio no cesaba de confesar á Christo, y detestar la perfidia mahometana en que él habia caido, le metieron los moros por la frente un clavo muy grueso. Quitáronle de la cruz, y viendo que aun estaba vivo, le enclavaron por la garganta, y vencedor de tantos suplicios voló á la eterna bienaventuranza. Su cuerpo fue entregado á los christianos á solicitud del embaxador don Pedro Venegas, y sepultado en la capilla de la Virgen donde se celebraban los oficios divinos. Su túnica mojada en sangre, la dividió como reliquia entre los christianos que se hallaban presentes el padre fray Ignacio del orden de la Santísima Trinidad.

En América se hallaba todo tranquilo á excepcion de algunas leves peleas con los confinantes, las quales mas exercitaban que fatigaban á los españoles. Hicieron algunos daños los piratas mandados por su capitan Francisco Drake. Este pues habiéndose hecho á la vela el año anterior en el puerto de Plimouth, corria con quatro navíos las costas de Africa robando todo quanto encontraba. Un prisionero portugues, piloto muy práctico, le conduxo á la extremidad de la América Meridional, y la fuerza de las tempestades le obligó á detenerse y invernar en la bahía de San Julian. Habitan aquella region en extremo fria unas gentes fieras, é incultas que carecen de todo, y es tan estéril el terreno de leña y madera, que se vieron obligados á hacer pedazos

un navío para mantener el fuego. Algunos de los marineros perecieron atravesados con las flechas de los bárbaros. Luego que estuvo el mar tranquilo introduxo las naves en el estrecho de Magallanes, y desde él salió al mar del Sur, donde agitado por una horrible tempestad, que duró quarenta dias, perdió dos naves, porque la vicecapitana volviendo á entrar en el estrecho, se retiró á Inglaterra, y la otra fue sumergida en las olas con toda su gente. Recorrió despues las costas de Chile y del Perú, y robó algunos navíos que se hallaban fondeados en el puerto del Callao, admirándose los españoles de una audacia tan extraordinaria. Dirigióse desde alli á las costas de Panamá, y de la Nueva España donde hizo opulentas presas, y navegó hasta los quarenta y cinco grados del Septentrion entre tormentas y borrascas, no habiendo encontrado el estrecho que buscaba; pero descubrió algunas islas del todo desconocidas, y á la mayor de ellas la llamó Albion por el nombre de su patria. Peleó felizmente en las islas de los Ladrones con sus habitantes medio fieras, y mató á veinte de ellos. Arribó á la isla de Ternate, donde recogió alguna especería, y despues de haber reconocido la de Java, á los dos meses y medio de contínua navegacion, llegó al Cabo de Buena Esperanza. Todos los suyos se hallaron á pique de perecer de sed antes que llegasen á Sierraleona (que los geógrafos creen ser la que Ptolemeo llama el carro de los Dioses). Despues de haber hecho alli agua y leña, y sin haber dexado de navegar, arribó finalmente á Plimouth de donde habia salido, habiendo sobrevivido únicamente la quarta parte de la tripulacion.

Don Francisco de Toledo, que sucedió á Castro en el virreynato del Perú, halló todas las cosas en

mucho abandono y descuido, y no pudiendo evitar el daño recibido, procuró á lo menos vengarle, habiendo despachado del puerto dos navíos. Sin embargo no hicieron cosa alguna, ó por la ignorancia ó por la cobardía de los soldados; y á fin de impedir que volviesen los piratas, intentó cerrar el estrecho, habiendo enviado con otros dos navíos á Pedro de Sarmiento hombre diligente y activo, con Pablo Corso comandante de los pilotos, para que los piratas no quedasen sin castigo de haber intentado invadir el mar del Sur. Llegaron en treinta dias de contínua navegacion á la embocadura del estrecho; pero habiendo sido arrojada de él una de las naves por la fuerza de las tormentas, se volvió al Callao de donde habia salido. La otra en que iban embarcados Sarmiento y Corso entró despues de mucho trabajo en el estrecho, cuya boca tiene sesenta millas. Sus costas llenas de ensenadas entre horribles escollos se estrechan en quatro partes, hasta que solo llega á distar una de otra poco mas de tres millas. Desde el Oriente al Poniente tiene de largo quarenta y quatro millas no rectas, sino con playas tan torcidas ácia el Mediodia, que á los que lo miran de lejos parece tierra y no mar. Su mayor anchura no excede de cincuenta millas, y se dice que está en el grado cincuenta y uno de latitud austral; y en su medio se juntan infinitas aguas con arregladas crecientes, que suben á siete varas de altura. En el refluxo son tan violentas las corrientes que se burlan de los vientos y de los navíos á vela llena, y para que su ímpetu no los arrebate se amarran á lo menos con tres áncoras. Habiéndolo reconocido todo con gran diligencia, y apoderádose de algunos de los bárbaros, que viven en aquellas inhabitables costas, se volvieron á España como les habia mandado el virrey Toledo con próspera navegacion, siendo los

primeros que atravesaron el estrecho de Magallanes con la proa vuelta á nuestro hemisferio. Su intento era el cerrar el mar á los enemigos levantando castillos de una y otra parte en lo mas angosto del canal, y que se transportasen á España las riquezas de la América Meridional por el estrecho, y no por el istmo de Panamá; pero de esto hablaremos en lugar competente.

Cinco años antes habia fallecido Loaysa arzobispo de Lima, y fue electo en su lugar Toribio Mogrovejo, varon ilustre por su santidad y zelo apostólico, que entró en su diócesis el año de mil quinientos ochenta y uno. El virrey don Francisco de Toledo se dedicó con la mayor actividad á arreglar todas las cosas concernientes al gobierno civil. Visitó todo el reyno del Perú, se instruyó muy por menor del estado, frutos y producciones de cada provincia, y formó unas ordenanzas que con justa razon le adquirieron el título de Numa Americano. Pero es mas facil dictar remedios que ponerlos en práctica. Intentó desgraciadamente subyugar con grandes fuerzas á los indios chiraguanos muy distantes de Lima, que causaban muchos daños á sus confinantes, y habiendo sido vencido y derrotado, se volvió con ignominia y pérdida á aquella ciudad. Tampoco en Chile gozaban mucha prosperidad los españoles, porque la audacia de los bárbaros crecia con la desidia de los nuestros.

Regresó Atayde á Lisboa desde la India donde hizo grandes hazañas, y fue recibido con mucho aplauso. Dividióse en tres gobiernos todo el imperio portugues en aquellas partes. Antonio Muñiz fue nombrado gobernador de Malaca, y de todo lo que se comprende desde el reyno de Pegú hasta la China: Antonio de Noroña diverso del antecedente, obtuvo

con título de virrey desde el Cabo Guardafú hasta Ceilan y Francisco Barreto todo lo demas que se extiende al Occidente en las costas de Etiopia, porque un hombre solo no podia sostener tanto peso. Muñiz no marchó á su gobierno, con pretexto de que no se le daba lo necesario para la guerra, por lo qual no cesó de enviar al Rey quejas contra Noroña, y finalmente sin habérsele formado causa le arrojó de la India de orden del Rey, y le sucedió en el mando, y habiendo regresado Noroña á Portugal acabó su vida en breve tiempo por el pesar que le causó esta ignominia. Muñiz se portó con Leonisio Pereyra, que fue nombrado para aquel remoto gobierno, del mismo modo que Noroña con él, pero con muy distinta suerte: tan varios son los consejos de los hombres que hacen aquello mismo que reprueban en otros. Fue sitiada Malaca por los javanes, y despues por el Rey de Achen enemigos quotidianos, pero sin fruto alguno: antes bien con mucho daño y estrago de hombres y navíos, y con gran gloria de Vega que tomó á su cargo la defensa en aquel caso tan repentino. En las Molucas todo sucedia desgraciadamente: perecieron muchos navíos auxîliares, armas y provisiones de guerra junto con muchos hombres, y fueron asesinados los Reyezuelos por algunos malvados que vagaban por todas partes. Pimentel fue acometido y muerto por los javanes vengadores de sus delitos, y Gonzalo Pereyra que habia consentido en la muerte de uno de los Reyezuelos, murió en el mar afligido por la tristeza de tantas pérdidas. Las cosas no podían hallarse en peor estado quando se hizo á la vela en Lisboa el nuevo virrey Lorenzo de Tavora que murió en el viage, y habiéndose abierto la cédula real, fue declarado virrey Diego de Meneses que sucedió á Muñiz.

En este tiempo no acaeció cosa alguna digna de memoria, y solo hubo algunos combates con los piratas. Fue enviado otra vez á la India el mismo Atayde conde de Atougía, para que pusiese remedio á tantos males. El valor y actividad de Pablo de Lima refrenó la licencia de los piratas, y declaró la guerra á Hidalcan, el qual pidió la paz y le fue concedida, pero no duró mucho tiempo. Entretanto arribó Francisco Barreto á su gobierno de las costas de Etiopía, y pasó con tropas por orden del Rey á reconocer las minas de oro que alli habia. En todo hubiera sido feliz este hombre, no menos experto en los negocios civiles que en los militares, y que habia sido virrey de la India, si no se lo hubiese estorbado el padre Francisco Montesclaros Jesuita, á cuyo consejo le mandó el Rey que se sujetase en esta expedicion. Emprendió Barreto contra su dictámen un viage por un camino asperísimo en que padeció increibles trabajos, y peleó prósperamente con los cafres. Salióle el Jesuita al encuentro en Castro Sena donde se trabajaban unas minas de oro, y habiendo reprehendido con mucha acrimonía á Barreto, le mandó desistir de lo comenzado; lo que á la verdad era muy ridículo, quando él mismo habia sido el autor de aquella vana empresa y de tantas calamidades. Finalmente el disgusto de esta contradiccion causó la muerte en dos dias á aquel hombre ilustre con tantas hazañas. Su cuerpo fue conducido á Lisboa, y mandó el Rey que se le hiciesen magníficas exéquias. Fue declarado sucesor en las cédulas reales Vasco Fernandez, y obligado por el mismo Jesuita á retirarse de allí, volvió á Mozambique las tropas con descrédito de su fama. Pero aconsejado por los mas prudentes portugueses á que recobrase su obscurecido honor, intentó nuevamente aquella empresa

por mejor y mas facil camino, despues de haber removido al pedagogo que regresó á Portugal. Mas habiendo sido engañado por la perfidia de los cafres, á quienes venció algunas veces en varios combates, aterrado del trabajo que costaba el beneficio de los metales, se volvió finalmente á Mozambique, despues que se le acabaron los víveres, dexando á Antonio Cardoso para que explorase aquellas regiones con doscientos soldados, todos los quales perecieron á manos de los cruelísimos cafres.

## CAPITULO VIII.

*Entrada del duque de Alenzon en Flandes. Toma de Tornay por el de Parma. Felices sucesos en la Frisia.*

Las cosas de Flandes se enredaban mas y mas cada dia, habiendo llamado el príncipe de Orange con repetidas cartas al duque de Alenzon á fin de dar nuevo fomento al incendio que lo consumiese todo. Decia pues que era preciso animar al partido, consternado con la última victoria del Rey don Felipe, juntando quanto antes las tropas auxiliares. Pero Alenzon no podia enviarle socorro alguno, por hallarse la Francia agitada con las guerras civiles, que habia encendido la cruel pertinacia de los hugonotes. A uno y otro les era muy sensible que se dilatasen los socorros, quando su faccion se hallaba tan abatida. Montigni habia causado muchos daños á los de
1581. Gante y á principios del año de mil quinientos ochenta y uno derrotó la caballería de los franceses en Cambray. Despues de esto Altipenni se apoderó de Breda, que era las delicias de la familia de Nasau, habiendo antes tomado por asalto la fortaleza. A estos males se juntaba la fortuna del conde de Renneberg

que en el territorio de Groninga habia quebrantado de tal suerte las fuerzas de los enemigos, que no se atrevian ya á hacerle frente. Pero en medio de la carrera de sus victorias, este varon no menos belicoso que erudito en las lenguas griega y latina, murió de una calentura con grave sentimiento de los realistas. Fue sustituido en su lugar por el príncipe de Parma el español Francisco Verdugo, que desde niño se habia criado en Flandes.

Como el de Orange se hallaba tan escaso de fuerzas, procuró animar á los suyos con la astucia. Despues de haber abjurado la obediencia al Rey don Felipe, renovó la iconomaquia ó destruccion de las sagradas imágenes, y prohibió que se celebrasen los divinos oficios, imponiendo penas á los contraventores. Fueron borradas y abatidas las armas y insignias de los Reyes de España, despedazados sus sellos y abrogados todos sus empleos, como si la heregía y el nombre Español no pudiesen caber juntos en Flandes. Con estos artificios sostenia á los suyos, mientras que llegaban los socorros de Francia, con los quales confiaba que su partido seria igual, ó superior en fuerzas al de los españoles. Entretanto el duque de Alenzon que estaba impaciente por llegar á Flandes, hacia los mayores esfuerzos para extinguir las discordias de Francia; y finalmente por su mediacion, y la de la Reyna madre apaciguó la guerra que poco antes se habia renovado, á fin de que arregladas las cosas domésticas, le quedase lugar para turbar las estrañas.

Hallábase Cambray muy próxima á ser tomada por la cruel espada del hambre, quando retirándose de alli con prudente consejo las tropas del Rey, introduxo Alenzon en esta ciudad un poderoso exército. Despues tomó á los flamencos algunos pueblos fortificados de áquel territorio, y los aseguró con

gente y víveres. Pero hallándose falto de dinero para la paga del estipendio, y desertándosele á cada paso los soldados, volvió con el exército á Francia, y pasó á Inglaterra para promover las reales nupcias que codiciaba mucho, no menos que la Reyna madre, con el objeto de alejar á Isabel de los hugonotes, que se hallaban orgullosos con su auxîlio, y asegurar á su hijo la dignidad real, que segun la posicion de las estrellas, le habia pronosticado un astrólogo. La Inglesa que tenia otras miras, disimulaba artificiosamente con el designio de intimidar al Rey don Felipe con la alianza de los franceses, y entretener al de Alenzon para que no invadiese la Flandes, y que no llegase ésta á unirse al imperio frances. De este modo se engañaban recíprocamente las dos Reynas, atendiendo cada una á su propia conveniencia. Pero habiendo sido recibido Alenzon con real magnificencia, y obsequiado con todo género de fiestas y regocijos, no solo dió pábulo á los discursos del vulgo, sino tambien á los de aquellos que ponen todo su conato en escudriñar los arcanos de los príncipes. Y á la verdad, de tal modo sobresalía entre los pretendientes en el favor de la Reyna, que trocaron entre sí de anillos, en señal de esperanza del futuro casamiento. Mas la Reyna que se vendia á muchos, no se entregaba á ninguno, y unas veces se manifestaba apasionada, y otras desdeñosa, mudando de semblante, segun le acomodaba á sus intereses. El príncipe de Orange acostumbrado á sacar partido de las cosas que le ofrecia la casualidad, hizo correr la voz de que se efectuaban las bodas; con cuyo rumor inspiró tanto ánimo á los flamencos confederados, que se persuadieron se juntarian las fuerzas de ambos reynos para arrojar de aquellas provincias al Español.

Entretanto Risbourg y Mansfeld tomaron varios

pueblos con la espada del hambre, que expugna lo mas fuerte, y el príncipe de Parma habiendo arrojado á los enemigos del campo de Tornay, puso sitio á la ciudad. Cuéntase ésta entre las mas fortificadas, y tomó su nombre de las sesenta y ocho torres que adornan y guarnecen sus murallas. Fue en lo antiguo asiento y capital de la nacion de los nervios, gente muy belicosa. La fortaleza erigida por Enrique VIII Rey de Inglaterra, está situada sobre el rio Escalda que baña la ciudad. Hallábase ausente de ella el príncipe de Espino su gobernador, que habia ido á poner asechanzas á Gravelinas, y no habiéndolo conseguido, perdió á Tornay. Tomó á su cargo el defenderla su muger Felipa Lalane matrona de varonil ánimo, que hallándose continuamente expuesta á los peligros, fue herida en un brazo. Las balas arrojadas contra la ciudad abrieron sus muros por dos partes, y habiendo pegado fuego á las minas, pelearon muchas veces en las brechas; pero al fin se entregó baxo de condiciones, y salió de allí la guarnicion con los predicantes hereges, que habian acudido de todas partes, como á una sentina de iniquidad. Luego que el príncipe de Parma restableció la religion y el gobierno, tomó en esta ciudad quarteles de invierno, y recobró las alhajas de las iglesias que los hereges se habian llevado; enviando á este efecto la caballería. En la Frisia sucedia todo prósperamente baxo la conducta de Verdugo, el qual á fines de septiembre venció á los enemigos en batalla junto con los tenientes Billi y Tasis; los despojó de su campo y bagages, y se escaparon muy pocos que llevasen la noticia de la derrota, entre los quales fueron heridos Norris y Nassau. Estas son las cosas mas memorables que acaecieron este año en Flandes.

A últimos del antecedente fueron despedidas de Portugal las tropas italianas, y enviadas á los navíos como si ya se hubiese concluido la guerra. A la verdad las fortalezas en Africa se habian sujetado voluntariamente al Rey don Felipe; pero los portugueses llevaban á mal su dominio, y estaban dispuestos á substraerse de él, si se les presentase ocasion de poder hacerlo. Ademas de esto Antonio prior de Ocrato se mantenia todavia oculto, á fin de tomar el partido que le sugiriese el estado de las cosas; y ciertamente era tanto lo que le amaba la gente del pueblo, que aunque ofreció don Felipe ochenta mil ducados por su cabeza, y declaró pena de muerte contra los que le recibiesen ú ocultasen, no hubo ninguno que se moviese á denunciarle, á pesar de tan grande premio, ni tampoco los aterraron tan severas penas para no recibirle y ocultarle. Habia atraido Antonio á su partido las islas que Briet llama Flandricas por el nombre de su descubridor, y otros Terceras, á excepcion de la de San Miguel; por lo qual no estaba de tal manera concluida la guerra, que se pudiesen despedir con seguridad las tropas, especialmente habiendo muerto muchos alemanes y españoles, y restituídose otros muchos á sus casas enriquecidos con la presa; y los que habian quedado baxo de las banderas, estaban muy exásperados de la importuna severidad de los consejeros que comisionó el Rey para entender de las quejas que daban los portugueses contra los cabos del exército, acusándolos de que habian procedido con mucho desenfreno. Murmuraban con grande insolencia en sus corrillos contra el Rey y sus ministros, porque querian castigar á los que en pocos dias habian sujetado un reyno entero, quando por el contrario debian recibir un donativo por sus heróycas hazañas y trabajos. Estas y otras cosas pro-

serian con militar licencia; pero habiéndose reconocido las cuentas del estipendio de las tropas, y exâminadas otras cosas de poca conseqüencia, y no habiendo los comisionados citado á ninguno en justicia, se apaciguaron aquellos clamores.

El Rey don Felipe que se habia propuesto atraer con beneficios el afecto de los portugueses, estaba confiado en que podria mantener el reyno con pocas fuerzas, por lo qual se mostraba muy indulgente; para conciliarse por este medio el amor de aquella gente, opulenta y valerosa. Finalmente, despues que visitó á doña Catalina, muger del duque de Berganza, pasó á Tomar villa situada entre Santaren y Coimbra, para congregar cortes del reyno en el monasterio del orden Militar de Christo. Celebróse allí la primera sesion el dia diez y nueve de abril, en la que confirmó con juramento los privilegios, inmunidades y prerogativas; y recíprocamente le juraron á él, y á su hijo don Diego, como heredero del reyno, habiendo comenzado el duque de Berganza, y su hijo el duque de Barcelos, á quienes abrazó al tiempo que se inclinaban para besarle la mano. Muchas de aquellas cosas que habia prometido al principio, en caso que le recibiesen sin tumulto, las concedió ahora con gran beneficio de la nacion; pero condescendió á todas sus peticiones, que así en público como en particular eran muy excesivas. Confirmó al de Berganza en el empleo de general de la caballería, y le condecoró con el Toyson de Oro. Juzgaban algunos que debia suprimirse la universidad de Coimbra, alegando para ello razones no despreciables; lo que llevó tan á mal, que antes por el contrario la recibió baxo su proteccion. Dió el hábito de las órdenes de Caballería á algunos procuradores de las ciudades, á otros les señaló rentas

anuales, y á otros les hizo regalos de dinero, para que ninguno saliese de su presencia sin algun beneficio. Concedió títulos de condes á Francisco Sala y Fernando de Noroña, á aquel de Matusiños, y á éste de Liñares; pero siendo infinitos los memoriales que le entregaban, dexó al arbitrio de don Antonio Piñeyro obispo de Leiria, y Christóval de Mora el conceder gracias. Sin embargo no estaban los nobles satisfechos de la régia liberalidad, porque codiciaban cosas mayores; por lo qual se quejaban mucho de la parsimonia del Rey, y de la mala voluntad de sus ministros.

Concluidas las cortes, se puso en camino don Felipe para Lisboa, y se detuvo en Almada, situada al frente de aquella ciudad, de la que la separa el rio Tajo mientras se disponia el aparato del triunfo. Entretanto, y para refrenar á los isleños de las Terceras, que estaban muy insolentes, envió con quatro navíos y tropas á Pedro de Valdés, y para que al mismo tiempo protegiese á los habitantes de San Miguel, y recibiese los navíos que venian de la India, habiéndole prohibido que emprendiese cosa alguna contra las otras islas, antes que se le juntasen mayores tropas, que en breve le seguirian. Pero executó lo contrario de lo que se le habia mandado; porque ya fuese para ganar de antemano el honor de la victoria, ó incitado por una ocasion, que le parecia oportuna, acometió á los habitantes de la Tercera, y tuvo una desgraciada pelea. Ellos pues, instruidos por un frayle del orden de San Agustin, pusieron delante del primer esquadron una tropa de toros feroces, y habiéndolos agarrochado, los soltaron repentinamente contra los castellanos, á los quales los desordenaron y derrotaron con grande estrago, y con tanta crueldad que no perdonaron á ninguno. Fueron

muertos quatrocientos, y de los portugueses menos de treinta. Habiendo llegado cerca de las islas la armada de Indias, y recibido una noticia muy confusa del estado de las cosas de Portugal, mientras el comandante deliberaba sobre el rumbo que debia tomar, se conjuraron los marineros por el deseo de ver á sus mugeres é hijos; y volvieron las proas ácia Lisboa. Encontróla Lope de Figueroa, que mandaba la segunda esquadra de la armada real, que iba á juntarse con la de Valdés, y se admiró de la negligencia de este hombre, pues le dixeron los portugueses que no le habian visto en parte alguna. Finalmente, habiéndola despachado á Lisboa, llegó á las islas, y á vista de la pérdida de Valdés, y de que los enemigos se hallaban mas fortificados de lo que se habia creido, se volvió con su compañero á las costas de Portugal. Valdés fue puesto en prision; pero habiéndose aplacado el Rey en breve tiempo, le mandó dar libertad. Antonio que se habia escapado en un navío de la Enclusa á Francia, envió despues á las islas un esquadron de soldados, habiéndolas dado esperanzas de que dentro de poco tiempo pasaria él con una poderosa armada. La de la India llegó felizmente á Lisboa, y su comandante fue recibido con mucha benignidad por el Rey, el qual habiendo atravesado el rio, entró en la ciudad á últimos de junio con magnífico triunfo, y muchas demostraciones de regocijo, estando vestidas las paredes con tapicerías, pinturas y otros adornos, y las calles con arcos de trecho en trecho. Fue conducido por los magistrados baxo de un pálio de oro á la iglesia catedral, y despues de haber dado gracias á Dios, se transfirió al palacio real acompañado de toda la nobleza, y con grande aplauso y alegria del pueblo.

## CAPITULO IX.

*Alianza de los estados con la Reyna de Inglaterra. Declaran á Alenzon duque de Brabante. Prósperos sucesos del príncipe de Parma.*

Aumentáronse al Rey don Felipe los cuidados con la extensión de su imperio; porque al paso que se hacia mas temible á otros con la union de Portugal á Castilla, era consiguiente que temiese á aquellos que le temian. Por tanto, temerosos los estados confederados de Flandes, y la Reyna de Inglaterra de que no podrian resistir á su excesivo poder, si no se le oponian con sus fuerzas reunidas, formaron una nueva alianza mas estrecha, á la que subscribieron Alenzon y la Reyna su madre con varios pretextos. Rezeloso el Rey don Felipe de que una tormenta tan formidable vendria al fin á descargar en sus dominios, se quejó por medio de su embaxador al Rey de Francia, de que Antonio prior de Ocrato fuese favorecido y tratado honoríficamente en su reyno, y de que el duque de Alenzon se hubiese sublevado públicamente para invadir la Flandes, sin respeto alguno á la paz jurada; y finalmente, que de ningun modo se refrenaba á los franceses, que molestaban las fronteras de Flandes, y que si estas no eran hostilidades, le preguntaba, ¿quáles lo serian? A esto el Rey Enrique atribuyendo la culpa á la Reyna madre, cuya autoridad era muy grande en Francia, le respondió: que Antonio habia sido recibido por la Reyna su madre, como un súbdito calamitoso; pues afirmaba ella que tenia derecho de disponer del reyno de Portugal, como lo habia asegurado su embaxador Urbano de San Gelais, que envió á esta

fin, y que podia hacerlo sin intervencion del Rey don Felipe, porque no se lo prohibia ningun artículo de la paz concertada. Que no habia podido impedir los intentos de Alenzon, sin embargo de que prohibió por un edicto á los franceses que no siguiesen sus banderas, ni hiciesen daño alguno en los dominios del Rey Cathólico; y que debia atribuir á la malicia de los tiempos, y á la insolencia de sus súbditos el que no fuesen obedecidos sus mandatos. Pero el Rey Enrique, aunque parecía desaprobar públicamente las expediciones del hijo, y de la madre, no le pesaba el que las tramasen, pues por medio de ellas salian de Francia todas las personas que turbaban el estado, y se aligeraba el reyno de este gravoso peso. A estos cuidados del Rey don Felipe se añadió el de haber llegado Vluc-ali á Argel con sesenta galeras, porque aunque no se habia cumplido el tiempo de las treguas, como es tan inconstante la palabra de los bárbaros quando se les presenta alguna esperanza de utilidad particular, era temible que intentase alguna empresa, que turbase mas y mas la quietud pública. Pero aunque corrian estos rumores, sin embargo despues de haber arreglado los negocios del Africa, no intentó cosa alguna que se dirigiese á quebrantar las treguas. Entretanto transigió el Rey don Felipe con el César acerca del principado de Final, habiendo enviado á Italia á don Juan Manrique, el qual introduxo en la fortaleza una guarnicion de españoles, que la tuviese á nombre del César, y despidió la de alemanes, pagándoles su estipendio.

Hallábase todavia Alenzon en Inglaterra con la vana esperanza de las bodas. La Reyna á quien entre otras cosas no agradaba la persona, ni el carácter de este jóven, le despidió de sí con dudoso semblan-

te con un espléndido acompañamiento de nobles, y algunas compañías de gente armada, habiéndole dado quatrocientos mil escudos para reclutar caballería en Alemania, á fin de que mantuviese la guerra, y inquietase al Rey don Felipe. Llegó á Flesinga el dia
1582. diez de febrero de mil quinientos ochenta y dos. Desde alli pasó á Midleburg, y finalmente á Amberes, donde fue recibido con suma alegria habiéndose adornado todas las calles de la ciudad, que no perdonó gasto alguno para festejarle. Habiéndole conducido con gran pompa al palacio, prestó el juramento que se le pedia, y tomando las insignias del gobierno, fue saludado duque de Brabante. Los habitantes de Hainault y el Artois veian claramente que con sus fuerzas no podian sostener el extraordinario peso de esta guerra, por lo qual sentian mucho la falta de los españoles. Alegrábase en su interior el de Parma; mas para no alejar de sí á los grandes, acostumbrados á disfrutar los premios de la milicia, se manifestaba neutral, hasta que ablandados y atraidos aquellos por Risbourg, con quien trataba muy familiarmente, y habiéndolo consentido despues de bien exâminado el negocio, avisó al Rey con secreto que convenia volviese á Flandes el soldado español, porque sin él serian vanos é inútiles todos sus esfuerzos contra tantos enemigos, y que ademas dispusiese dinero para la paga, pues por su defecto habia perdido en el año antecedente las mejores ocasiones. El Rey don Felipe, deseoso de adquirir el reyno de Portugal, parecia haber olvidado la guerra de Flandes, que con admirable arte y valor sostuvo el príncipe de Parma.

Por este tiempo se hallaban los confederados llenos de llanto y consternacion por la desgracia del de Orange, que en el dia diez y ocho de marzo, en

que cumplia años el duque de Alenzon, estuvo muy próximo á perecer á manos de Juan de Jáuregui natural de Bilbao. Este pues armado de una pistola cargada con dos balas y de un puñal, presentó á Orange un memorial despues de la alegria de un convite, y mientras se ocupaba en desdoblarlo, le disparó el tiro á la cara, y le pasó del carrillo izquierdo al derecho por baxo de la oreja, arrancándole dos dientes, y sin haberle hecho herida alguna en la lengua. Inmediatamente sacó el puñal con su ensangrentada mano (pues se le habia reventado el cañon de la pistola por la demasiada pólvora, hiriéndole el dedo pulgar) para atravesarle el corazon. Pero habiendo sido Jáuregui detenido por uno de los guardias, le acometió con una hacha, y acudiendo otros al ruido le mataron con veinte heridas. Levantó Holach á Orange que estaba tendido en el suelo, y llevándole á su quarto, le puso en manos de los médicos. Divulgada esta noticia por toda la ciudad, se convirtió en llanto toda su alegria, y no faltó mucho para que el pueblo, inclinado siempre á creer lo peor, descargase su ira contra el duque de Alenzon y los franceses, como cómplices ó autores del hecho, sospechando que los calvinistas repetian la funcion de San Bartolomé, y que comenzaban la mortandad por el de Orange, para que faltando éste, pudiese reynar mas firmemente en Flandes. Lo cierto es que corrieron mucho riesgo, pero los protegió el de Orange, cuya palabra imploró Alenzon con mucha sumision, enviando una carta á los magistrados, (porque le impedia hablar la ligadura de la herida) en que les aseguraba que los franceses no habian tenido parte alguna en aquella maldad, de la que fueron acusados como cómplices dos flamencos uno de ellos religioso Dominico llamado Timerman, y ambos pa-

decieron el último suplicio. El de Parma solicitó en vano á las ciudades, habiendo enviado á todas las inmediatas sus reyes de armas, porque habia corrido la voz de que el de Orange no moriria de aquella herida, y en efecto convaleció, despues que estuvo algunos dias de peligro.

A este mismo tiempo se juntaron las tropas de Alenzon en las fronteras del Artois, y fue tomada por fraude la ciudad de Lens; pero acudió luego el de Parma y los rodeó por todas partes, para que los ladrones no se escapasen con la presa, y en breve tiempo la recobró y se entregó el pueblo. No les fue mas favorable la fortuna en el asalto de Namur, pues apenas tuvieron lugar para ponerse en fuga, habiendo abandonado su artillería. De este modo comenzaron los franceses ignominiosamente sus empresas, que fueron para ellos el pronóstico de una desgraciada guerra. Pero el de Parma despues de explorar bien todas las cosas sitió de repente á Odenarda, á cuyo fin envió delante á Risbroug con la caballería. Habia fortificado Nuan la ciudad con nuevas obras, y tambien servia de grande estorbo el rio Escalda que la baña, y se habia derramado por los campos, para levantar trincheras. Por esto pues fue preciso mudar mas de una vez las baterías, y en tan prolixo y porfiado ataque trabajó infinito el arte y la fuerza. Finalmente los enemigos para no verse expuestos á padecer las últimas extrèmidades, hicieron la entrega á los tres meses, con las mismas condiciones con que se entregó Tornay, á la vista de Alenzon que habia venido con tropas para socorrer á los sitiados. Tomaron los enemigos por engaño á Alost donde los cathólicos de aquel territorio habian juntado sus riquezas como en lugar seguro, con grande infamia de la guarnicion, y á fin de borrarla

se apoderó por ardid de la fortaleza de Gaasbek.

Por este tiempo llegaron á Flandes á últimos de julio cinco mil españoles, y quatro mil italianos, y fueron recibidos por el de Parma y el exército con extraordinaria alegria. A estos se añadieron quatrocientos ingleses, la mayor parte cathólicos, y muchos nobles (cuyo número aumenta un autor flamenco) á quienes trató con mucho obsequio el de Parma, para atraerse por medio de ellos á muchos veteranos de la misma nacion. Poco despues recobró á Lira por una estratagema de Lichfeld Sempil noble escoces, habiéndole abierto la puerta los mismos centinelas engañados; y acometiendo por ella los soldados del Rey, que estaban en emboscada, se apoderaron de la ciudad sin derramar sangre alguna. Los de Alenzon habian puesto sus reales cerca de Dunkerque, fortificada por la naturaleza y por el arte. Componíase su exército de diez mil infantes, y dos mil y quinientos caballos, y se decia que le daba el Rey su hermano cincuenta mil escudos mensuales para la paga, fuera de lo que le enviaba la Reyna madre de su propio peculio. El de Parma, que ardia en deseos de dar la batalla, acercó sus reales al rio, pero la rehusó el enemigo; y solo hubo algunas correrías, y ligeras escaramuzas con varia fortuna. Disponia ya echar algunos puentes al rio, para acometer á Alenzon, quando éste levantó su campo, y marchó á Gante, y á fin de que no pareciese que huia de la batalla, hizo correr la voz de que era llamado por sus habitantes, por ser necesaria su presencia para la inauguracion. Sin embargo no pudo evitarla del todo, habiéndole seguido las tropas del Rey por la espalda. Pero los carros que pusieron por barreras, y la artillería que disparaban contra ellos desde los muros de Gante, impidió que en aquel dia no quedasen derro-

todas las tropas de Alenzon. Mientras tanto el de Parma tomó de grado, ó por fuerza varios pueblos fortificados, y los aseguró con guarniciones. El castillo de Cambresis no le costó trabajo alguno; pero en Ninova adquirieron mucha fama los soldados pues á la verdad se hallaron mas cerca de padecer hambre los sitiadores que los sitiados; por haber prohibido Enrique que se introduxesen víveres algunos en Flandes. Por esto pues conduxo su exército á quarteles de invierno cerca de Bruselas, hallándose fatigado con la escasez y enfermedades. Biron traxo de Francia algunas tropas de socorro, y las desembarcó en Dunkerque; en ellas se contaban tres mil esguízaros, y tres mil y quinientos infantes y caballos franceses. Despues de haber executado Verdugo grandes hazañas, y vencido á Holach en batalla, no pudo tomar á Lockèm, porque se lo impidieron los franceses; pero se apoderó de Streinvich, que Renneberg no pudo expugnar con un dilatado sitio, habiéndola escalado con el favor de las tinieblas de la noche. Fueron tomados de una y otra parte algunos pueblos fortificados, y otros acometidos en vano, y uno de ellos fue Lovayna. Despues que Montigni dió muchos exemplos de heróyco valor, murió de una coz que le tiró un caballo, y en la última hora amonestó eficazmente á sus hijos, que perseverasen constantemente en la religion cathólica, y en el obsequio y obediencia del Rey.

Por este tiempo comenzaba Alenzon á disgustarse de aquel precario mando, cuya autoridad tenian realmente los estados. Irritábale ademas la pertinacia de los flamencos, porque no habia podido conseguir de ellos que si moria sin hijos, se uniesen las provincias al reyno de Francia. Esto á la verdad jamás lo pensaron los flamencos, pues le habian llamado pú-

blicamente para que les defendiese su libertad, y no para que los sujetase á su imperio. No temian menos el orgullo frances que la severidad española, y su designio era suscitar la discordia entre uno y otro, para ser espectadores de la guerra sin peligro suyo. Asi pues, Alenzon para no hacer el papel de príncipe de comedia, y no pudiendo sufrir la ignominia que el príncipe Mathías habia tolerado por tan largo tiempo, comenzó á discurrir en su ánimo, que nunca obtendria un verdadero mando si no se valía de la fuerza, á lo qual le instigaba Juan Bodino su secretario, hombre de refinada astucia.

En Italia no sucedió cosa alguna memorable. El marques de Mondejar fue removido del gobierno de Nápoles, porque habia caido en algunos defectos. Sucedióle don Juan de Zúñiga que se hallaba de embaxador en Roma. Concluyó las grandes obras que Mondejar habia comenzado en el puerto; y en su lugar fue nombrado don Pedro Giron duque de Osuna, que llegó á Nápoles en este año. Los escritores italianos dicen que fue poco grato á la nobleza por su fausto y arrogancia intolerable; pero fue tambien severo vengador de los delitos, sin respeto ni acepcion alguna de personas.

## CAPITULO X.

*Derrota de la armada del prior de Ocrato en las islas Terceras. Concilio provincial de Toledo.*

No podian los portugueses acostumbrarse á sufrir el mando de sus émulos los castellanos, y la real beniguidad y blandura, con que todos eran tratados, no aplacaba la fiereza de sus ánimos, lo que molestaba en extremo al Rey don Felipe. Juntábase á esto la

pertinacia de los isleños, y la rabia que tenian de hacer mal; pues incitados por su crueldad encarcelaron sin distincion alguna á muchos eclesiásticos y seculares de probidad conocida. Los jesuitas fueron los mas perseguidos, y habiéndoles tapiado las puertas con cal y canto, los sepultaron vivos en su colegio. No cesaron de acriminar la conducta del gobernador Cipriano Figueredo, hasta que consiguieron que Antonio le removiese, y envió desde Francia para sucederle á Manuel de Silva con amplísimos poderes. El Rey don Felipe se hallaba todavia fluctuante entre los opuestos dictámenes de sus ministros, y no habia determinado cosa alguna acerca de las islas Terceras. Mas habiendo llegado á su noticia que en Francia se disponia una armada, mandó juntar navíos, reclutar tropas, y preparar todo lo demas necesario para la guerra, encargando al marques de Santa Crúz el cuidado de dirigirlo todo. Este pues, salió inmediatamente con treinta y ocho navíos que estaban fondeados en el rio Tajo; pero no llegó el caso de que se le juntase en el viage otra esquadra que se disponia en Andalucía. A mediados de julio habia llegado á la isla de San Miguel la armada francesa, que se componia de mas de sesenta naves, siendo su almirante Felipe Estrozi, y Mr. Brisac su teniente. Mandaba las tropas Beaumont, y habia acudido mucha nobleza, por ser los franceses por su natural carácter tan inclinados á las armas, y á los peligros.

Luego que desembarcó el soldado corrió inmediatamente al saqueo. Está la ciudad situada en un pequeño promontorio, y por la parte Occidental la domina una fortaleza; y deseoso Antonio de apoderarse de ella, á fin de sujetar enteramente las islas á su dominio, envió delante algunos que tanteasen á

la guarnicion, y como no respondiese cosa alguna favorable, determinó combatirla. Pero inmediatamente mudó de parecer, habiendo visto la armada española, en la qual juntándose los principales cabos para deliberar, fueron varios sus dictámenes. Venció al fin el de los que juzgaban que se debia pelear; porque habiendo llegado al punto de no poder evitarse el combate sin mengua de la honra española, se resolvieron á vencer ó á morir con honor. Tambien los capitanes franceses deseaban la batalla, por la esperanza que tenian de vencer, antes que se juntase toda la armada española, aunque algunos comandantes de navíos fueron de opuesto parecer. A la verdad era muy desigual la suerte, pues debian pelear dos navíos de los enemigos con cada uno de los españoles, y si la batalla era desgraciada, se seguia á estos mucho mayor daño; pues ademas de la pérdida de las islas, habia el peligro de perder á Portugal, que se sublevaria inmediatamente, luego que viese triunfantes las banderas de Antonio. Los franceses no podian temer otro daño que el de la pérdida de algunos pocos navíos y tropas. Finalmente, estando resueltos unos y otros á pelear, se pusieron en orden de batalla; pero habiéndose afloxado el viento, impidió la calma el combate. El dia siguiente solo hubo algunas escaramuzas, en que fue sumergido un navío frances. El tercero se separaron por una tormenta dos navíos de la armada española, y no pudieron volver á juntarse. Finalmente el dia de Santa Ana, estando todo dispuesto, acometieron al enemigo. Presentáronse los primeros el almirante Santa Cruz, Figueroa, y Bobadilla; y les salieron al encuentro Estrozi, Brisac, y otros que los seguian. Trabóse una atroz pelea, en que se consumió una inmensa cantidad de pólvora y balas: pero la artille-

ría española como era mas gruesa, hizo tanto daño dentro de breve tiempo en los navíos enemigos, que dos de ellos se retiraron muy maltratados. El que mandaba Brisac se sumergió por la mucha agua que hacia, y él se salvó en una lancha. El marques de Santa Cruz tomó la Capitana peleando: Figueroa echó á fondo dos navíos: Bobadilla y Eraso quebrantaron de tal suerte el ímpetu de los enemigos, que no se atrevian á pelear de cerca. Sucedió una cosa admirable, y fue que un capellan que se habia hallado en muchas expediciones, concibió tanto terror en su ánimo, que se le encontró muerto sin herida alguna en el navío en que peleaba Figueroa. En suma Oquendo, Garugarza, Benisia, Cardona, Pardo, Guevara, Viveros, Bastida, Villaviciosa, y los demas capitanes pelearon tan intrépidamente, que ganaron una ilustre victoria de los enemigos. Habiéndose trasladado á Estrozi desde su Capitana á la Española, murió luego de las heridas, y á los dos dias falleció tambien el conde de Vimioso que iba en el mismo navío, y Beaumont pereció en la pelea. Fueron hechos trescientos prisioneros, y entre estos ochenta nobles, de los quales treinta eran ilustres por los estados que poseian. Sumergiéronse ocho grandes navíos, con dos mil hombres que los defendian. Del resto de la armada, parte se volvió á Angra donde se hallaba Antonio, que no concurrió á la batalla, y parte se huyó á Francia con Brisac. De los españoles murieron doscientos, y habiendo conducido mas de quinientos heridos á Villafranca pueblo de la isla de San Miguel, fallecieron la mayor parte. Mandó Santa Cruz que fuesen desembarcados alli los prisioneros con una guarnicion de gente armada, y les impuso la pena del último suplicio como á piratas, enemigos públicos, y perturbadores de la paz

firme, é inviolable que habia entre los Reyes de España y Francia. Estremeciéronse al oir esta sentencia los mismos españoles, clamando que era una indigna atrocidad despojar de la vida y de la honra á unos valerosos soldados, y á unos varones nobles. Conmovidos con estas voces algunos de los cabos españoles, intercedieron con Santa Cruz por la vida de aquellos infelices, á los que respondió que el Rey de Francia tenia decretado que se castigasen con pena de muerte los que tomasen las armas contra el Español. Los nobles murieron en un cadahalso levantado en medio de la plaza, y el vulgo de los soldados fueron ahorcados en diversos lugares no sin lágrimas de los españoles, que detestaban tanta crueldad.

Entretanto hizo Santa Cruz reparar sus buques, y navegó con ellos á la isla del Cuervo para recibir los que venian de la India, y habiendo recibido solo dos de ellos, se volvió á Lisboa á causa de que se embravecia el mar, y fue recibido por el Rey con muchas señales de alegria. Pero al mismo tiempo habia gran fermentacion en la isla Tercera, porque los partidos estaban muy enfurecidos, y á cada paso ocasionaban discordias y riñas. Antonio por medio de sus confidentes se dedicaba á juntar dinero, con buenas y malas artes y astucias; y no habia persona alguna que tuviese seguros sus bienes entre tantos lobos, ni muger por honesta que fuese, que pudiera libertarse de sus liviandades, á las que se abandonaba con el mayor desenfreno. Finalmente despues de cometer muchas maldades, se retiró desde alli á Francia, con la vana esperanza de que en adelante tomarian mejor aspecto sus cosas.

Las ciudades de Aragon llamaban al Rey don Felipe para que celebrase cortes en aquel reyno; pero

le retardó su jornada la inmatura muerte de don Diego príncipe jurado de las Españas. No es posible explicar el grave dolor que le causó á su padre esta desgracia, porque solo le quedaba don Felipe que se hallaba enfermizo, y era de tan débil complexîon, que se creia no podria vivir mucho tiempo. No obstante despues de haber hecho rogativas por la salud de su hijo, convocó cortés del reyno de Portugal para que los estados le jurasen por su sucesor. Por este tiempo falleció en Lisboa el duque de Alba consumido por una fiebre lenta á los setenta y quatro años de su edad. Asistióle en su última hora el venerable fray Luis de Granada del orden de Santo Domingo, varon insigne en piedad y doctrina, como lo manifiestan sus escritos tan estimados por los hombres piadosos y sabios. Visitóle el Rey con mucha humanidad, y trató con él de las cosas del estado; pero sin embargo, no manifestó en su muerte señal alguna de dolor, aunque tenia muchas causas para sentirla, por los extraordinarios méritos de tan gran varon, con quien puede decirse que fue sepultada en España la ciencia militar. Fue nombrado en su lugar Carlos de Borja duque de Gandía, hombre de mas bondad, pero muy inferior á su antecesor en el talento, y en la experiencia.

El dia quatro de octubre de este año pasó de esta vida á la eterna en Alba, la gloriosa virgen Santa Teresa de Jesus, despues de haber restaurado el primitivo instituto de los Carmelitas, y fundado treinta y dos conventos. Escribió su vida fray Diego de Yepes del orden de San Gerónimo, confesor del Rey don Felipe, y obispo de Tarazona, el qual afirma que su doctrina se la inspiró el Espíritu Santo, y la iglesia la llama celestial en la oracion de su oficio. El Rey don Felipe mandó que los originales de sus li-

bros se colocasen en la biblioteca del Escorial entre los de San Agustin, y San Juan Chrisóstomo; y las mas cultas naciones de Europa los han traducido en sus lenguas. Finalmente fue canonizada por el Papa Gregorio XV. En el año antecedente, y en el dia nueve de octubre murió tambien el venerable fray Luis Beltran en Valencia, donde nació y se educó, y habiendo obrado Dios muchos milagros por su intercesion, mereció ser puesto en el número de los Santos por Clemente X. En el mismo año falleció con grande opinion de santidad el arzobispo de Santiago don Francisco Blanco, y fue sepultado en el colegio de los padres de la Compañía de Jesus, que él mismo habia edificado. Fue electo en su lugar don Juan de Lerma, que vivió poco tiempo, y á éste sucedió don fray Alonso de Velasco obispo de Osma. En el obispado de Tortosa fue nombrado don fray Juan Izquierdo del orden de Santo Domingo; y habiendo fallecido despues de algunos años, le sucedió don Juan de Teres, promovido de la diócesis de Elna. En este año se celebró en Toledo un concilio provincial, al que concurrieron siete obispos, dos abades, y fue su presidente don Gaspar de Quiroga, y asistente del Rey don Gomez Dávila marques de Velada. Distinguiéronse en él fray Alonso de Velasco que fue trasladado entonces de Osma á Santiago, y don Francisco Sarmiento obispo de Jaen. Entre los procuradores de las iglesias concurrió don García de Loaysa, ilustre por su sabiduría y santidad, á quien despues nombró el Rey don Felipe para maestro del príncipe su hijo, y se establecieron en este concilio muchas cosas piadosas, y útiles al bien espiritual de los fieles.

## CAPITULO XI.

*Reforma del Calendario por el Papa Gregorio XIII. Intenta en vano Alenzon apoderarse del dominio de Flandes. Victorias de las armas españolas.*

Entre las cosas memorables acaecidas en este tiempo, fue una la correccion del Calendario publicada por el Papa Gregorio XIII, y nos parece digna de referirla, tomándolo desde su orígen. Numa Pompilio, á imitacion de los griegos, añadió cincuenta dias al año de Rómulo, que constaba de trescientos y quatro, para que los frios del invierno no concurriesen en los meses del estío: este número no convenia con el curso del sol, ni con los movimientos de la luna, por lo qual necesitaba intercalacion; y de tal manera se erró en ésta algunas veces, que llegó el año á tener quatrocientos sesenta y tres dias. Julio César fixó el año solar que de su nombre se llamó Juliano. Este pues, quarenta y cinco años antes de la era christiana tomó el año solar, ó trópico (porque los antiguos comenzaban á observarle desde el punto trópico) y segun el dictámen de Sosigenes matemático Alexandrino, instituyó el año civil de trescientos sesenta y cinco dias con la quarta parte de otro. Pero como advirtió que sobraba esta quarta parte, añadió un dia mas á cada quatro años despues de veinte y tres de febrero, en que concluian los terminales, y se contaba dos veces el veinte y quatro. Mas teniendo el año solar astronómico once minutos menos del año tomado por Julio César, con el transcurso del tiempo alteró el principio del año; y el equinocio de primavera que en tiempo de Julio César caia cerca del veinte y quatro de marzo,

fue preciso retrocederle, á causa de que se numeraba mas tiempo del que realmente habia corrido. Por lo qual, en el año trescientos veinte y cinco despues del nacimiento de Christo, en que se celebró el primer concilio Niceno, fue observado por los matemáticos de Alexandría que el equinocio de primavera caia á veinte y uno de marzo, y como de aquel pequeño error resultase el adelantarse diez dias, vino al fin á caer en el dia once de marzo, y por consiguiente el año Juliano que al principio se habia creido fixo, se descubrió que era incierto. Por tanto, deseoso el Papa Gregorio de reducir los equinocios á los tiempos del concilio Niceno, para que á un mismo tiempo se celebrase la Pasqua, segun su decreto, habiendo oido á los mas célebres astrónomos del orbe christiano, y especialmente al padre Christóval Clavio Jesuita doctísimo en esta ciencia, cercenó por su dictámen aquellos diez dias, mandando que el dia que seguia al quatro de octubre de
este año de mil quinientos ochenta y dos no se lla- 1582.
mase quinto, sino décimoquinto, y de este modo fixó el asiento del equinocio verno eclesiástico en el dia veinte y uno de marzo, ya cayese ó no el equinocio en aquel dia. Ademas, para que los once minutos numerados en el calendario Juliano no retrasasen el equinocio, estableció que cada quarto año fuese bisiesto; y asi despues del año de mil y seiscientos bisiesto, debian ser comunes los tres siguientes centésimos, y bisiesto el de dos mil, quitando un dia de cada uno. La razon de esto es clara segun la doctrina de Clavio; porque aquellos once minutos constituyen un dia entero en el espacio de ciento treinta y tres años, y sacando de cada centésimo un dia, éste se añade al quarto centenario, para que lo que se quitaba á las tres centurias fuese final-

mente restituido á aquel. Mandó el Papa á los príncipes cathólicos hiciesen observar en sus dominios esta correccion, y Alenzon la estableció en la parte de Flandes en que mandaba. Rehusáronla algunas ciudades, y príncipes hereges, sin otro motivo que el de haberla hecho el sumo Pontífice; pero esto no es de admirar en unas gentes tan bien halladas con el error.

No podia ya Alenzon tolerar por mas tiempo el mando precario que tenia, y formó el proyecto de subyugar la Flandes por fuerza ó por ardid, y libertarse de qualquier modo de la dependencia de los es-
1583. tados. A principios del año de mil quinientos ochenta y tres acometió esta empresa tan aventurada, y mandó que se acercasen las tropas á los arrabales de Amberes, con pretexto de una expedicion contra los realistas. Tenia ademas seiscientos domésticos, dice un grave autor, tan famosos por sus maldades, como por su nacimiento, y dispuestos á emprender qualquiera hazaña. Preparadas todas las cosas en secreto para salir de la ciudad á la hora del medio dia, envió delante trescientos calvinistas, que le esperaban ordenados en dos filas en la puerta y en el puente, y llegándose á ellos como que estaban instruidos del intento, señalándolos la ciudad con la mano, les dice, vuestra es Amberes; y inmediatamente hizo con el sombrero otra señal á las tropas, que se hallaban dispuestas alli cerca. Al momento los caballos mataron á los centinelas, se hicieron dueños de la puerta y de las fortificaciones inmediatas, y volvieron la artillería contra la ciudad; y avisados los otros seiscientos caballos con la señal de una granada encendida, y con una acelerada carrera de Alenzon, penetraron tambien en la ciudad con grandes gritos. Acometieron tres mil infantes contra las cercanas puertas,

y porque tenian mayor guarnicion que la acostumbrada, no pudieron tomarlas. Excitados los ciudadanos con el tumulto, y con el sonido de la campana, que se tocó al instante á rebato, dexaron la comida, corrieron á las armas, y cerraron las calles con cadenas. Mataron á muchos de los franceses, y volviendo la artillería contra el campo de estos, impidieron la entrada á los demas que venian. Fue grande la mortandad de los enemigos, de los quales se escaparon pocos, y se preservó la ciudad por el valor de sus habitantes, con pérdida de solos ciento, aunque los heridos fueron muchos mas. De los franceses entre caballos ó infantes perecieron mas de mil y quatrocientos, y entre ellos doscientos y cincuenta nobles. Tal fue el éxito que tuvo el precipitado intento de Alenzon, comenzado con perfidia, y concluido con mucho daño suyo. Tampoco tuvo mejor fortuna en Ostende, Neuport y Brujas; pero cayeron baxo de su dominio Dendermunda, Dunkerque y Dixmunda. Rechazado y puesto en fuga Alenzon, se disculpó por cartas con los de Amberes lo mejor que pudo, asegurando á los estados que estaria siempre sujeto á ellos si le admitian en su gracia; pero siendo tan reciente la herida, solo servian los halagos para aumentar el dolor. La Reyna de Inglaterra, el Rey Enrique y el príncipe de Orange á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron reconciliarle con los estados. Finalmente despues de varias negociaciones se convinieron en que se restituyesen los nobles prisioneros en Amberes, y los bagages, y que los franceses volviesen á los estados las ciudades tomadas, á excepcion de Dunkerque, adonde se retiró Alenzon para ponerse en salvo.

El príncipe de Parma procuró aprovecharse quanto pudo de las discordias de los enemigos; recobró á

Endovi de manos de los franceses, que molestaban el territorio de Bolduc; envió á Mondragon y Mota con parte de las tropas contra Alenzon, y con el resto marchó contra Biron general experimentado, y de gran nombre entre los franceses. Pelearon con todas las fuerzas en campo igual, y el valor de los combatientes hacia dudosa la fortuna de la batalla, pero al fin se declaró la victoria por los españoles, que con mucha pertinacia siguieron á los enemigos fugitivos hasta las murallas de Estemberg: conduxeron á sus reales treinta banderas, habiendo sido muertos tres mil franceses, y pocos de los nuestros, entre los quales fue uno Carlos de Meneses que peleaba en el primer esquadron. Hallándose Biron enfermo de una herida, embarcó en los navíos las reliquias de su exército, y se hizo á la vela con mucha pérdida é ignominia. Siguióle Alenzon que se hallaba sitiado por Mondragon y Mota, embarcándose antes que fuese cercado por mar, y llegó á la presencia de su hermano lleno de confusion. La ciudad sitiada se sujetó al poder de los vencedores, y quedó en ella una guarnicion de españoles y flamencos mandados por Francisco de Aguilar, capitan intrépido de la escuela del César Carlos. Recobró el de Parma á Neuport, y otras ciudades, y Altipeni con feliz audacia escaló y tomó á Estemberg, Alost fue entregada al de Parma por los ingleses, á causa de que no se les pagaba su estipendio, y habiéndoseles satisfecho segun el convenio, los recibió en sus reales. Juan Bautista Tassis tomó á Zutfen con pérdida de solos dos soldados, cuya ciudad fue despues sitiada en vano por Holach. De este modo sucedian prósperamente en este año las cosas de Flandes.

El Rey don Felipe, despues de haber hecho las exêquias á don Enrique en la iglesia de Belen, don-

de habia mandado colocar el cadáver del Rey don Sebastian traido del Africa, y los de otros veinte príncipes portugueses, se volvió á Lisboa. Celebró allí cortes de todos los estados, y á propuesta de don Alfonso Castelblanco obispo de Algarve, fue jurado don Felipe príncipe de Asturias. El cardenal Alberto archiduque de Austria, nuncio perpétuo como dice Chacon, fue nombrado gobernador del reyno, y le dió el Rey por consejeros á don Jorge de Almeida arzobispo de Lisboa, Pedro Alcasova y Miguel de Moura, y se publicaron entonces algunos nuevos decretos. En Oporto se erigió una audiencia, cuyos jueces pasaron de Lisboa, con grande utilidad y conveniencia de sus habitantes. Habia venido á Portugal la Emperatriz María, viuda de Maximiliano para visitar al Rey don Felipe, que en breve debia regresar á Castilla, y se adelantó ella llevando consigo á Juliana de Alencaster hija del duque de Aveyro, y finalmente siguiendo el exemplo de su padre el César Carlos, se encerró con Margarita su hija en el convento de las Descalzas Reales que habia fundado en Madrid doña Juana su hermána. El Rey don Felipe, despues de haber distribuido á los portugueses mas dones y gracias que ninguno de sus predecesores, se puso en camino el dia once de febrero, alegrándose unos, y sintiéndolo otros segun sus diversos afectos. Por este tiempo falleció el duque de Berganza dexando por sucesor de sus opulentos estados á su hijo el duque de Barcelos. Tambien murió don Sancho Dávila, de la coz que le tiró un caballo, despues que con vergonzosa superstición se habia entregado á un soldado, para que le curase con encantos. Fue ciertamente hombre muy experto en la ciencia militar, y ganó muchas victorias.

## CAPITULO XII.

*Vuelven los franceses con otra armada á las islas Terceras: Redúcelas el Rey don Felipe á su obediencia. Guerra en Alemania.*

Las islas de Cabo Verde fueron saqueadas por unos piratas franceses, acompañados de algunos portugueses, siendo el principal de estos Manuel Serrada, y ademas corrió la voz de que se disponia una armada en Francia para divertir las fuerzas de España, con la esperanza de recuperar á Flandes, de lo qual no desistia Alenzon aun despues de su fuga. Movido de esta noticia el Rey don Felipe, mandó al marques de Santa Cruz, que habilitase la armada quanto antes le fuese posible, para sujetar las islas Terceras, á fin de que en adelante no hubiese nuevo motivo de hacer la guerra por ellas. Ocupaba la Tercera Manuel de Silva hombre de malvado carácter, y de una crueldad y rapacidad extrema; y de las demas no se hacia aprecio alguuo. Su guarnicion se componia de mil franceses é ingleses, y de tres mil portugueses divididos en compañías. Esta isla que es la mayor de todas, y da su nombre á las demas, se halla fortificada por todas partes por la naturaleza y por el arte: su circunferencia es de quarenta millas, y se extiende á lo largo desde el Oriente al Occidente. Habiendo arribado la armada francesa, desembarcó en ella mil y doscientos soldados que mandaba Mr. de la Xata caballero de Malta. Las cartas del Rey y de la Reyna madre á los magistrados en que les hacian promesas, confirmaron en gran manera sus ánimos. Entretanto se hizo á la vela en el Tajo el marques de Santa Cruz con su armada, que se componia de mas de sesenta navíos grandes. Entonces navegaron por primera vez en alta

mar doce galeras con velas quadradas, y un tercer mástil en la popa y dos galeazas, y la seguian treinta y cinco buques de carga. Luego que llegó esta armada á la Tercera, envió Santa Cruz un decreto del Rey en que se concedia á todos el perdon de sus delitos; y habiéndole recibido Silva con mucho desprecio, lo ocultó amenazando al correo si lo publicase, para que los portugueses no prefiriesen la paz á la guerra, si llegaban á saber que no tenian que temer pena alguna. Dió Santa Cruz vuelta á toda la isla, y viendo la pertinacia de sus habitantes, se acordó en un consejo de guerra desembarcar las tropas en el puerto de las Molas. Mientras que se executaba, mandó el gobernador tocar las trompetas en diversas partes, y fingir acometidas, á fin de distraer y dividir las fuerzas de los enemigos. Desembarcó la tropa por la noche en una costa llena de escollos muy áspera, y defendida con tres fortalezas, y arrojó de allí las guarniciones, habiendo muerto pocos de los nuestros junto con un capitan y un alferez. Silva, luego que oyó el sonido de una campana, que habia puesto en lo alto de los montes para avisarle del peligro, acudió con un poderoso esquadron al socorro de los que se hallaban en aprieto. Trabó pelea con los soldados del Rey que ocupaban aquellos puestos, alternando en ella por algun tiempo la fortuna, hasta que finalmente se dirimió por el hambre, sed y cansancio de los combatientes, quedando algunos muertos de una y otra parte. La noche siguiente se huyeron vergonzosamente los portugueses á lo mas áspero de los montes, y viéndose el Frances desamparado de ellos, se retiró tambien al monte al amanecer, para poner en salvo á los suyos. Fatigados los soldados del Rey con la falta de agua, ocuparon el lugar, que habia desamparado el enemigo donde habia mucha abundancia, junto con

el pueblo de San Sebastian, y despues que tomaron algun descanso, marcharon á Angra capital de la isla, y en el camino se quedaron algunos muertos por el ardor del sol y la falta del agua. Hallaron la ciudad abandonada de sus habitantes, y la fortaleza de su guarnicion, y se emplearon tres dias en sacar la presa. Las tropas navales tomaron y saquearon inmediatamente la armada enemiga, habiéndose puesto en fuga su tripulacion. Componiase de treinta navíos franceses y portugueses, y la presa no fue de mucha importancia, á excepcion de mil y quinientos cautivos. Los habitantes fueron llamados de orden del general, y se volvieron poco á poco á sus casas. Desde el momento en que Silva conoció el peligro que corria procuró ponerse en salvo, pero los portugueses estaban muy atentos á impedirle la fuga, aunque al fin se escapó disfrazado.

Habiendo perdido el Frances la esperanza de recobrar la isla, escribió cartas á don Pedro de Padilla, que habia militado con él en Malta, á fin de que le alcanzase permiso del general para retirarse con honrosas condiciones. Tratóse en el consejo de guerra, y fueron de parecer los capitanes, que se perdonase á los franceses, pues militaban baxo la autoridad real, como constaba de las cartas y despachos que se les hallaron; pero las condiciones no fueron honrosas, pues se impuso á los franceses que viniesen á los reales, y entregasen las armas, banderas y demas instrumentos de guerra, y que se retirasen con las espadas ceñidas. Vino Mr. de la Xata á saludar al general, y fue recibido por él con mucha humanidad y cortesía. Habiendo llegado don Pedro de Toledo con parte de la armada á la isla del Fayal, que se hallaba asegurada con una guarnicion de franceses, envió á Gonzalo Pereyra, hombre de probidad y habitante de la misma

isla, para que noticiase á Antonio Guedes comandante de aquellas tropas, lo que habia pasado en la Tercera, y le persuadiese á la entrega. Recibióle Guedes con tanta indignacion, que sin respeto alguno de la persona que representaba, le llenó de improperios, y le mató cruelmente por su propia mano. Sospechoso Toledo de lo que habia sucedido, á vista de que no volvia Pereyra, desembarcó en la isla, y peleó con el enemigo, que inmediatamente se retiró á la fortaleza, no teniendo fuerzas suficientes para resistir á los soldados del Rey, y hizo la entrega con la misma condicion que sus socios de la Tercera. Pero no dexó Guedes de pagar su atroz maldad, pues Toledo le hizo cortar las manos, y colgarle en la horca atado por el brazo. Fue saqueada la isla en pena de su obstinacion, habiendo quedado en ella para su custódia doscientos hombres mandados por Antonio de Portugal, y finalmente, despues de arregladas todas las cosas, se volvió Toledo á la Tercera: Valderrama pasó de orden del general á la isla Graciosa, y don Hugo de Moncada á las islas de Pico y Cuervo, y las obligaron á obedecer. Intentó Silva muchas veces ponerse en fuga; pero en vano, y al fin fue descubierto por una negra, y conducido al general; el qual mandó hacer una grande hoguera en la plaza y quemar la moneda que se habia sellado con el nombre de Antonio. Despues que Silva dió muchas señales de arrepentimiento y penitencia de las maldades que habia cometido, le cortó la cabeza un soldado aleman, y fue enclavada en un madero, en el mismo lugar en que él habia mandado poner la de Melchor Alfonso por su fidelidad al Rey, como si el cielo hubiese tenido cuidado de que él pagase en el mismo lugar la pena de su delito. Padeció tambien Serrada igual suplicio por haber robado y saqueado las islas de Cabo

Verde, y fueron ahorcados otros de los mas delinqüentes. Uno de estos fue Amador de Vieira, enviado por el Rey don Felipe para asegurar en su obediencia á los que se manifestaban afectos suyos; pero habiendo sido traidor, delataba á Silva como víctimas para que fuesen sacrificadas, á todos los que descubria fieles al Rey. Fueron puestos al remo los franceses que habian sido presos antes del convenio, y los demas que se entregaron despues se enviaron á Francia con entera fidelidad. Finalmente, habiendo dexado alli una guarnicion de dos mil soldados baxo la conducta de don Juan de Urbina hombre diligente é intrépido, regresó Santa Cruz con su armada victoriosa á las costas de Andalucía. En toda España se dieron gracias á Dios por tan señalada victoria, y hubo fiestas públicas con gran regocijo de todos los pueblos.

En Alemania se suscitó de una torpe causa una nueva é impensada guerra, en la que necesariamente se halló implicado el Rey don Felipe, como tan acérrimo defensor de la religion católica. Habia levantado la llama Gebhardo de Truches, arzobispo de Colonia, que habiéndose dexado arrastrar de la lascivia, se precipitó despues en la impiedad, y acudió á las armas para defender tan mala causa. Trató con excesiva familiaridad á Inés de Mansfeld bastarda de esta casa, y monja de singular hermosura, y llegó á tal extremo de demencia que la sacó de su convento, y se casó con ella abjurando la antigua religion. No pudo tolerar tan escandalosa maldad el cabildo de los canónigos de su iglesia, aunque habia ganado á algunos de ellos para su ruina, y parecia que aprobaban su locura. Asi pues, habiendo decaido aquel hombre de su dignidad por las leyes eclesiásticas y civiles, eligieron en su lugar al obispo de Lieja Ernesto hijo de Guillelmo duque de Baviera, con grande aplauso de

todos los buenos. Pero Truches, habiendo tomado las armas, é implorado el socorro de los príncipes, lo llenó todo de terror y tumulto, despreciando las amenazas del César, y las excomuniones del Papa. Casimiro Palatino conduxo un exército á las fronteras para socorrer á su amigo, á quien todos los demas abandonaron. Carlos conde de Aremberg llevó socorros á los católicos por mandado del Rey don Felipe, habiéndole dado el de Parma quinientos infantes. Por otra parte Fernando hermano de Ernesto llevó tambien tropas, que juntas con los flamencos, comenzaron la guerra contra el sacrílego, la qual fue hecha con varia fortuna. Para concluirla contribuyó mucho el decreto del César en que amenazó con la proscripcion á los que patrocinasen á Gebhardo. Con esta amenaza, y con la falta que tenia de dinero, retiró Casimiro el exército, sin haber hecho cosa alguna memorable. Pero ni aun esto le fue permitido impunemente, pues habiéndole seguido Aremberg, pasó á cuchillo aquella tropa de hombres perversos, que habian pegado fuego al monasterio de Tuitz. Llegaron despues nuevos socorros de Flandes á las órdenes de don Juan Manrique, y fue recobrada Bona ciudad situada cerca del Rhin, que defendia Carlos hermano de Gebhardo, y á él mismo le entregaron sus soldados por una corta suma, y fue puesto en prision á últimos de enero de mil quinientos ochenta y 1584.
quatro. Finalmente habiendo sido tomados algunos pueblos fortificados, y no pudiendo ya permanecer con seguridad en parte alguna del dominio de Colonia el casado arzobispo, habiendo enviado delante á la fortaleza de Dilemburg á su ninfa, con la presa que habia robado de las iglesias, se retiró á Güeldres, donde con las promesas de Holach y Nuenar concibió grandes esperanzas de que tomarian mejor

aspecto sus negocios. Pero le sucedió todo lo contrario, pues Fernando y Manrique, que perseguian á su exército, le alcanzaron en el territorio llamado de Burg, y le derrotaron de tal suerte, que solo ochenta se escaparon á un bosque inmediato. En medio de tanto estrago de los enemígos, solo murieron diez y siete de los católicos. La presa que hicieron fue opulenta, y se recobró toda la Westfalia. Finalmente Gebhardo se fue con su Inés á Delf á refugiarse de su antiguo huésped y amigo el príncipe de Orange.

## CAPITULO XIII.

*Entréganse algunas ciudades de Flandes. Muerte de los príncipes Alenzon y Orange. Nombran los estados por sucesor á su hijo Mauricio.*

No cesaba entretanto el de Orange de persuadir, exhortar y hacer todos sus esfuerzos para que los estados volviesen á llamar al duque de Alenzon, y todo esto lo hacia por su propia conveniencia; pues habia exîgido de él la posesion de la Holanda para sí y sus sucesores por derecho de feudo, cuya esperanza se le frustraba si no le llamaban. Mas fueron en vano todos sus artificios, porque las ciudades marítimas habian penetrado sus verdaderos designios, y que posponia el bien público á sus particulares intereses, por lo qual no pudo conseguir sus deseos. El príncipe de Parma, habiendo tomado algunas fortificaciones y erigido otras, sitiado los caminos y cerrado los rios, impedia á un mismo tiempo la entrada de los víveres en muchas ciudades, y como los que pretendian conducirlos fuesen muy molestados por las guarniciones que tenia distribuidas, llegaron ya al extremo de sentir la escasez y el hambre. Por esto pues los de Ipres,

deponiendo su obstinacion, abrieron las puertas al de Parma, pactando antes que no padecerian ninguna hostilidad. Los de Gante y Brujas, obligados por la necesidad, se inclinaban á la paz, á cuyo efecto enviaron diputados al de Parma que se hallaba en Tornay; pero el suceso no fue igual, pues los de Brujas, como mas modestos, recibieron la paz que se les concedió. Su guarnicion que se componia de diez compañías de escoceses, pasó al Rey de España, y fue recibida en el campo con honrosas condiciones. Los de Gante, quebrantando el tratado, desecharon las condiciones de la paz, y propusieron al de Parma nuevas peticiones muy excesivas, de cuya insolencia irritado aquel príncipe, mandó á los diputados que se retirasen de su presencia, amenazándolos con castigo si volviesen. Luego que fue descubierto este negocio se excitó un gran tumulto en la ciudad, y como los calvinistas eran mas poderosos, arrojaron fuera de ella á los católicos. Campigni que estaba alli detenido por las antiguas sospechas, ó mas bien por sus discordias con el de Orange, fue puesto en la cárcel con otros muchos con grande peligro de su vida, y llegó á tal extremo la locura de los de Gante, que trataron de llamar á Alenzon, sin contar en nada con los estados. Pero ya era tarde, puesto que éste habia fallecido en aquellos dias de una enfermedad en el castillo de Thierry á los treinta años de su edad, jóven desgraciado en las prendas de cuerpo y alma, y poco favorecido de la fortuna. Casi en los mismos dias Guillelmo conde de Berghes, se pasó con sus hijos al partido del Rey, habiendo dexado la provincia de Güeldres, que gobernaba á nombre de los estados.

A estas desgracias de los rebeldes se juntó la muerte del de Orange, asesinado en Delft por Baltasar Gerardo natural de Borgoña. La Reyna madre de

Francia habia enviado á este jóven, para que diese noticia al de Orange de la muerte del duque de Alenzon. Permaneció alli algunos dias, y fue despedido; pero fingiendo habérsele olvidado alguna cosa, volvió al palacio al tiempo que el de Orange se levantaba de la mesa, y habiéndose acercado á él como para hablarle, le tiró un pistoletazo al corazon, y le dexó muerto, poniéndose en fuga inmediatamente. Pero habiendo sido cogido por los guardias que acudieron al tumulto y gritería, le entregaron al verdugo, para que le diese tortura, y fue tanta su constancia y fortaleza en los crueles dolores, que dexó atónitos á los mismos que le atormentaban. Su cabeza fue clavada en un palo, y dice un escritor de aquel tiempo, que se mostró á la vista de los que la miraban mucho mas hermosa de lo que era en vida. El cadáver de Orange fue sepultado con gran pompa. Era éste un hombre sin fé, sin probidad, y sin religion. El fraude y la ambicion le dominaban, y el deseo de conseguir lo que se proponia en su ánimo, le hacia traspasar todas las reglas de la justicia y equidad. Su aspecto era mejor que su talento. Sabia admirablemente el arte de disimular y fingir aun con sus amigos, y finalmente estaba manchado con todos los vicios. Mauricio su hijo mayor, á quien tenia custodiado en España el Rey don Felipe, fue declarado gobernador de la Flandes confederada, y Holach por su teniente. En vano rogaron al Rey de Francia que recibiese baxo de su proteccion las provincias confederadas, habiéndoselo disuadido don Bernardino de Mendoza embaxador del Rey don Felipe en la corte, el qual amenazó con una cruel guerra á Enrique, que en aquel tiempo fluctuaba entre los hugonotes y los cathólicos de la liga, de tal suerte que apenas podia sostener su dignidad real. Como este intento no sur-

tiese efecto alguno, se dirigieron los estados á la Reyna de Inglaterra, temerosos de las fuerzas españolas; porque el de Parma, orgulloso con tantas victorias, y reforzado con tres regimientos de Portugal, y algunas compañías de italianos, en que se hallaban muchos nobles voluntarios, amenazaba formidablemente á sus cabezas. Por este tiempo habia comenzado á sitiar á Amberes ciudad fuerte, habiendo cerrado el puente del Escalda para impedir la entrada de víveres. Mientras que se trabajaba con valor en las obras del sitio, corrió prontamente con parte de las tropas, expugnó á Dendermunda, despidió sin armas á la guarnicion, multó á los habitantes en sesenta mil escudos, y habiendo dexado alli á Juan de Ripa valeroso español, con un poderoso trozo de gente para la custodia de la ciudad, se volvió á los reales. Siguióse á ésta la entrega de Vilvordia, y de alli á poco la de Gante, sitiada por Antonio Olivera. La obstinacion y maldades de los ciudadanos fueron castigadas con gravosas condiciones, las que acaso hubieran sido mas duras, por la muerte de Juan Embisio hombre de los mas principales, y de otros que deseaban la paz, si no hubiese intervenido Campigni, á quien sacaron de la cárcel el qual pidió por ellos, olvidándose de las antiguas y recientes injurias. Aplacado el de Parma por sus ruegos, los multó no obstante en trescientos mil escudos de oro, y mandó que reparasen la fortaleza, y á los calvinistas que volviesen á la antigua religion, ó saliesen de la ciudad, segun el decreto del Rey. Puso en ella una guarnicion de walones, mandada por el mismo Campigni. En la Frisia prosperaba Verdugo con sus hazañas. Defendió á Zutfen con admirable constancia, y mandó el de Parma al conde de Aremberg y á Manrique que acudiesen á socorrerle, despues de haber concluido con tanta felici-

dad la guerra en los dominios de Colonia. Con la fama de su venida, los enemigos que tenian doble número de tropas baxo el mando de Holach y Nuenar, se pusieron en ignominiosa y precipitada fuga. Estas son las cosas acaecidas en Flandes.

En la América Septentrional fue descubierta por Valtero Raleig la Virginia, á la qual dió este nombre en obsequio de la Reyna de Inglaterra, á quien sus súbditos atribuyeron la gloria de la virginidad. Pocos años antes se divulgó la fábula del descubrimiento de las Batuecas en el reyno de Leon, y en los estados del duque de Alba. Ignórase el nombre del descubridor, y solo se cuenta que cierto noble de la familia del duque de Alba se huyó á aquellos lugares, por el miedo de haberse descubierto una mala amistad que tenia con una criada. Añaden otras cosas, segun la costumbre del vulgo para hacerlo creible; pero todo es un delirio. Algunos autores no vulgares lo han asegurado, remitiéndose á los archivos y chrónicas de los Carmelitas descalzos, siendo asi que en ellas no se encuentra ni una sola palabra sobre esta materia, como lo afirma el padre fray Joseph de Santa Teresa en su chrónica carmelitana, tomo III, libro X, capítulo XIII.

## CAPITULO XIV.

*Viages al estrecho de Magallanes. Descubrimiento del estrecho de Lemayre. El Rey don Felipe es jurado en todos los dominios portugueses de la India.*

Deseoso el Rey don Felipe de impedir las correrías de los piratas en el mar del Sur, y habiendo oido el dictámen de Sarmiento y Corso, que como

ya diximos, reconocieron el estrecho de Magallanes, fue uno de sus cuidados el guarnecer con castillos sus entradas. Algunos de los mas prudentes, á quienes consultó, les parecia que esto no produciria fruto alguno, y creian que se perderia la obra y el gasto, porque el arte y la industria de los navegantes se burlaria de las fortalezas. Pero como los Reyes son vehementes en sus deseos, y á fin de precaver todos los sucesos á que se hallan expuestos los grandes imperios, mandó disponer una armada, y conducir en ella los materiales para levantar los castillos. Equipáronse con efecto veinte y tres navíos bien provistos de todo, y confirió el mando á don Diego de Valdés, dándole por compañeros á Sarmiento y Corso. Desde el principio fue desgraciada la navegacion, pues habiéndose levantado una tormenta al tiempo que entraba en alta mar, fue arrojada á Cadiz, perdiéndose tres navíos con parte de sus tripulaciones. Desde alli corrió hasta las islas de Cabo Verde, y pasó al Brasil, donde invernó desde abril hasta principios de octubre: pero luego que volvió á salir al mar le arrojaron las tempestades á la isla de Santa Catalina, y se perdieron otros navíos con su gente. Tres de ellos que fueron muy maltratados, los entregó á Andres Eguino para que los conduxese al rio Janeyro, y otros tres á Alfonso de Sotomayor para que subiese con ellos al rio de la Plata hasta Buenos Ayres, mandándole que en el término de veinte dias penetrase por tierra á Chile, adonde iba de gobernador, lo que se hizo con dictámen de Corso, á fin de que no se expusiese á los peligros del estrecho. Habiendo llegado Alfonso á su destino, con su esquadron de gente armada, peleó con felicidad venciendo mas de una vez á los rebeldes; y de aquellos tres navíos solo llegó uno al rio Janeyro con-

ducido por Pedro Diaz piloto portugues. Eguino acometió á dos navíos ingleses en el puerto de San Vicente, y los puso en fuga; pero perdió uno de los suyos que se sumergió en el mar. Entretanto Valdés rechazado muchas veces del estrecho por la fuerza de los furiosos vientos, como si indignado el Océano de que intentase echarle grillos se hubiese conjurado con ellos para perderle, volvió con su armada al puerto de San Vicente sin haber hecho cosa alguna. Habiendo levantado alli un castillo para quitar á los ingleses el deseo de freqüentarle, dexó en él á Tomás Garro con cien soldados de guarnicion. Desde San Vicente navegó al rio Janeyro, adonde habia arribado de España Diego de Abreu, enviado por el Rey con cinco navíos de socorro. A peticion de Fructuoso Barbosa, que mandaba en aquellas partes, marchó contra los franceses obstinados en molestar las costas, y los puso en fuga, lo que no habia podido conseguirse hasta entonces. Tomóles quatro navíos cargados de palo de Brasil, arrasó hasta los cimientos la fortaleza que habian levantado en el puerto de Parayva, edificó otra en parage oportuno, y la aseguró con una guarnicion de ciento y cincuenta soldados, y un gobernador castellano; y finalmente en este año se volvió á Sevilla de donde habia salido. Su teniente Diego de Ribera tomó á su cargo el continuar la empresa, aunque no con mayor fortuna, pues habiendo reparado algunas naves, se dirigió al estrecho, y venció el primer canal con felicidad; pero habiéndose levantado un terrible viento fue rechazado con mucha violencia, y arrojado á la alta mar. Quatro veces hizo en vano la misma tentativa, y persuadido en fin de que era una temeridad pelear contra los hados, que se le mostraban tan adversos, desembarcó á Sarmiento en la costa

Septentrional, cuyo gobierno se le había confiado, con trescientos soldados, y todas las provisiones necesarias, y le dexó dos navíos. Despues de esto le arrebataron los vientos al Océano, y arribó con tres navíos al rio Janeyro, y desde allí navegó á Sevilla, habiendo consumido tres años en aquella expedicion. Fundó Sarmiento una ciudad con el nombre de San Felipe, la creemos que subsistió poco tiempo, pues en parte alguna se hace mencion de ella.

En el siglo siguiente, y en el año de mil seiscientos diez y nueve, con la fama del nuevo estrecho, navegaron á él con dos navíos de orden del Rey los hermanos Bartolomé, y Gonzalo Nodales gallegos, á quienes acompañó Diego Ramiro natural de Xátiva en Valencia, hombre muy docto en las matemáticas, para que escribiera todo quanto observase en aquella navegacion. Dió motivo á esta empresa Jacobo Lemayre hijo de Isaac, natural de Amberes, el qual quatro años antes exploró lo interior del mar del Sur, y no sin fruto, pues descubrió un estrecho á los cincuenta y quatro grados, que tomó el nombre de Lemayre por su descubridor. Creyóse entonces que habia muchas islas ácia el Mediodia, muy separadas unas de otras, y que todo lo demas era un vasto, é inmenso Océano. Despues de varios sucesos llegó Ramiro al deseado estrecho el dia de San Vicente, y habiéndole reconocido le dió este nombre: á una de sus puntas llamó Xátiva, y Farillones á las islas que habia en la parte opuesta, señalando algunas de ellas con los nombres de sus compañeros. En el dia octavo de la luna, en que á la hora de las tres acaece el fluxo del mar en las costas de España, observó que en la misma hora sucedia el refluxo en aquellas costas Antárticas. Navegó Ramiro hasta los sesenta y tres grados, donde

la luz del dia dura veinte horas; y no debemos omitír que se encontraron alli unos árboles, cuya corteza tiene el sabor de pimienta. Entabló comercio con los habitantes de aquella region, dando y recibiendo cosas de muy poco valor, y se entendian por señas y movimientos. Andan los naturales desnudos sin cubrir parte alguna de su cuerpo; la tierra es en extremo fria y estéril, y aun produce muy mal los frutos propios que en ella se cultivan. En la navegacion de Lemayre se refiere que los flamencos descubrieron los Laros, llamados asi por la semejanza que tienen con los Cisnes, cuyo sabor es muy delicado: y que los españoles descubrieron leones que son unos peces á quienes se da este nombre, porque son muy parecidos á aquellos animales asi en la figura como en el rugido y ferocidad. Saltaron á tierra, y habiéndolos acometido, fueron muertos muchos de ellos, cuyas pieles traxéron á España en prueba de la verdad de su relacion. Finalmente á los diez meses entraron en el puerto de Lisboa de donde habian salido causando á todos grande admiracion; y se manifestó claramente quán vanos eran los esfuerzos y gastos que hizo el Rey don Felipe para cerrar el estrecho de Magallanes.

Gobernaba otra vez la India Luis de Atayde conde de Atougia, á quien escribió cartas el Rey don Felipe haciéndole muchas promesas, en premio de haberle reconocido en aquellas rémotas regiones; pero ya habia fallecido á principios del año de mil y quinientos ochenta y uno, con gran fama de valor, y de ánimo intrépido en los peligros. Fue declarado su sucesor Fernando Tello, habiendo abierto la real cédula don Juan Ribeyro obispo de Malaca, y presidente del consejo. Este pues, avisado por las cartas de los gobernadores de Portugal del estado de

las cosas, y habiéndole mandado el Rey que continuase en el gobierno, juró solemnemente á don Felipe en la iglesia catedral de Goa el dia tres de septiembre, segun se le habia ordenado, y de este modo se sujetó á su imperio toda la India, y tambien las demas posesiones que los portugueses tenian en el Oriente, á cuyo fin envió Gonzalo Ronquillo gobernador de Filipinas al padre Alonso Sanchez Jesuita á la isla y plaza de Macao situada en la China. Con su talento y buenos oficios consiguieron que esta colonia jurase fidelidad al Rey don Felipe, con cuyo motivo se celebraron alli grandes fiestas. El primer virrey de la India, electo por el nuevo Rey fue Francisco Mascareñas, que con su heróyco valór habia arrojado de Chaul á Nizamaluc, y le condecoró con el título de conde de Santacruz. Llegó á Goa con una armada de cinco navíos, y desde luego persiguió y castigó á los piratas que infestaban aquellos mares, pero en esta expedicion murieron algunos hombres de mucho valor.

Hallábase Ormuz molestada de los enemigos, y la defendió con feliz suceso su gobernador Gonzalo de Meneses, que habiendo juntado sus tropas con las del Reyezuelo, les tomó su importante fortaleza de Xamel. En vano intentó el Rey de Achen invadir á Malaca, no habiendo sacado otra cosa que ignominia y pérdida. Gil Mascareñas hizo tambien algunos daños al Zamorin. Incendió en gran parte á Calecut, y algunos pueblos de su territorio, con cuya pérdida se vió obligado á pedir la paz. Levantóse una fortaleza en Panane en lugar de la de Chale, que el Zamorin habia tomado; pero la paz duró muy poco tiempo. El año de mil quinientos y ochenta y tres llegó á Goa el R. P. fray Vicente de Fonseca del orden de Santo Domingo, electo sucesor

del arzobispo don Enrique de Tavora. Orgulloso Gil con la victoria ganada á los bárbaros, y descuidando temerariamente de su vida, fue muerto por ellos, aunque despues quedaron vencidos, y pagaron la pena de este atentado.

Mientras que ardia la guerra en las Molucas, el gobernador de Filipinas don Santiago de Vera envió al capitan Juan Ronquillo con diez fragatas para socorrer al gobernador de Tidore, que se hallaba muy estrechado por los bárbaros. En tiempo del virrey Duarte de Meneses, que sucedió á Mascareñas, acudió Pedro Sarmiento desde Filipinas con quatro navíos para socorrer á los portugueses, que estaban muy apurados y habiendo juntado las fuerzas, pelearon con el tirano de Ternate con igual fortuna. En vano se intentó el tomarles la fortaleza; pues de tal modo se habian endurecido con las contínuas guerras aquellos bárbaros afemiuados, y la hacian con tanta inteligencia que no parecian inferiores á nuestras tropas. Peleóse muchas veces en Mozambique con los cafres, que habiendo salido de su país en gran número, talaban todo quanto encontraban. Las cortas fuerzas de los portugueses no eran suficientes para rechazar á tanta multitud de enemigos. Hiciéronles algunos daños, y los recibieron tambien de ellos, pero no hubo accion alguna memorable. Gonzalo Camera almirante de la armada se portó en muchas ocasiones con tanta imprudencia y cobardía, que los enemigos le despreciaron y dexaron de ser temidas las armas portuguesas. Los demas sucesos los referiremos en los años siguientes.

# LIBRO NOVENO.

## CAPITULO PRIMERO.

*Emprende el Parmesàno cerrar el Escalda. Esfuerzos de los sitiados para resistirle, entrégase la ciudad, y otras de Flandes.*

El príncipe de Parma llevaba adelante con admirable industria la grande obra de cerrar el rio Escalda, y causaba terror á los de Amberes, que al principio se burlaban de esta empresa. En las dos márgenes del rio habia grandes diques para contener su ímpetu, y cerca de ellos levantó dos castillos que defendiesen las entradas del puente; uno en la parte de Ordan, y otro en la de Calloo, pueblos inmediatos situados entre la ciudad y el mar. El puente era de madera, y en medio de la corriente tenia sesenta barcas apoyadas sobre tablones, siendo su longitud de mil trescientos cincuenta pies. Por la parte superior, y por la inferior le guarnecian muchas naves con valerosas tropas, cuyos mástiles estaban armados de puntas de hierro, para rechazar á los buques enemigos, en caso que los sitiados hiciesen alguna tentativa por la ciudad, ó los holandeses por el Océano. En el puente y castillos habia colocados noventa y siete cañones con sus cuerpos de guardia y artilleros, y tambien estaban prevenidas algunas fustas para ocurrir subsidiariamente á qualquier encuentro. Tan árdua como ésta era la empresa de impedir la entrada de víveres en Amberes. Entretanto emprendió el Parmesano otra obra de un trabajo verdaderamente ímprobo. Tilino hijo

de Nuan impedia la navegacion desde Gante, habiéndose apoderado de la embocadura del Escalda sobre Amberes, y levantado en aquel parage una pequeña fortaleza. Abrió pues el Parmesano un foso de catorce millas de largo desde el rio Moer de Gante al Escalda, mas abaxo del puente, y para que no pudieran introducirse en él los holandeses á interceptar los víveres, construyó un castillo en la parte donde el foso entra en el Escalda, al qual llamaron los españoles la union, y Parma al foso en memoria de su autor. Poco despues fue Tilino hecho prisionero y encerrado por largo tiempo en la fortaleza de Tornay, en pena de las molestias que habia causado. Al mismo tiempo se apoderó Holach de Bolduc por un descuido de sus habitantes; pero animados estos por Altipenni, que casualmente se hallaba en esta ciudad, convalecido algun tanto de su dolencia, le arrojaron de alli con mucha pérdida é ignominía. La armada holandesa habia venido á Liló con el designio de acometer al puente, en caso que el de Parma excitado del peligro, sacase de alli las guarniciones de los bolduquenses; mas el éxîto de esta tentativa no correspondió á las esperanzas. Mientras tanto talaba y destruia todas las cercanías de Bruselas Jorge Basta, hombre de esclarecida fidelidad y valor, que mandaba la caballería albanesa. Con sus ardides y vigilancia se apoderaba de todos los convoyes de víveres, y los ciudadanos llegaron ya á tal extremo, que á cada paso se caian muertos de hambre. Una muger de la plebe que tenia muchos hijos, arrebatada de un furor rabioso al oir sus contínuos clamores, les dió á todos un veneno, y despues le bebió ella misma, para libertarse quanto antes de las congojas de una muerte tan prolongada. Vencidos pues con el hambre los bruselen-

ses se entregaron á Farnesio el dia doce de marzo de mil quinientos ochenta y cinco, y habiendo pues- 1585.
to una guarnicion en la ciudad, arregló las cosas sagradas y civiles lo mejor que pudo, segun las órdenes del Rey. De alli á poco tiempo Nimega, ciudad principal de la provincia de Güeldres, situada en el rio Vaal, habiendo arrojado de sí á los ministros calvinistas, volvió á su debér con grande alabanza de los ciudadanos cathólicos, que para conseguirlo se expusieron á mucho peligro.

En Ambéres preparaba algunas naves incendiarias el italiano Federico Jambelli, hombre de carácter cruel y perverso, que aborrecia con odio mortal á los españoles, á causa de que en la corte del Rey don Felipe habia sido despreciado su arte de fabricar nuevas máquinas de guerra. Tenia dispuestas entre otras naves, quatro barcas con gruesas vigas, cuyas concavidades fabricadas en forma de bóveda las llenó de una extraordinaria pólvora, que él mismo habia compuesto, y de balas de hierro, de cadenas muy gruesas, y de otras cosas semejantes, para dispararlas por todas partes, y encima de todo puso unas grandes piedras, para aumentar la violencia de los fuegos, y el estrago de los realistas. Habiéndolas arrojado por el rio abaxo, las seguian otras trece ardiendo entre las tinieblas de la noche, no sin deleyte de los que las miraban, mezclado con el terror del mal que temian. Las mas de ellas reventaron en varias partes con poco ó ningun daño; pero la mayor de todas rompió las amarras del puente, y se detuvo en la parte Occidental. A este tiempo el alferez español Vega, conmovido del mal que amenazaba, exhortó con muchos ruegos al de Parma, que desde el inmediato castillo daba órdenes á todas partes, que se retirase de alli,

lo que con efecto hizo inmediatamente. Reventó la barca con tan horrendo estallido, que parecia hundirse todo el cielo. Siguióse al trueno un espeso nubládo de piedras, y de otras materias, que causó un miserable estrago en los soldados, y deshizo una parte del puente. ¡Cosa admirable! Un jóven de los que acompañaban al de Parma fue arrebatado vivo á la ribera Oriental del rio, y solo sacó una herida en un hombro. La violencia del fuego arrojó á algunos al rio y á las naves; y finalmente aquella mortífera barca salida del infierno consumió á mas de quinientos hombres. Risbourg fue encontrado el dia siguiente sin cabeza. Gaspar Robledo portugues, señor de Billi por haberse casado con una noble flamenca que tenia este título, fue descubierto despues de algunos meses enclavado á una viga del puente, y fue conocido por el collar de oro. El de Parma despues de haber volteado como un torbellino, cayó en tierra herido en la cabeza, junto con el marques del Basto, y Gaston Espínola; pero habiendo recobrado el sentido, acudió al puente, y animó á las tropas que estaban consternadas. Hizo luego reparar con los primeros materiales, que pudieron encontrarse, la parte destrozada del puente y el castillo, para que la armada enemiga que se hallaba prevenida con los víveres, no pudiera introducirse por las ruinas en la ciudad. Sucedió la cosa á medida de sus deseos; porque como los que iban en ella no descubriesen entrada alguna por donde pudiesen pasar, no se movieron de su puesto, persuadidos de que la empresa de las incendiarias no habia producido el efecto que se esperaba. De este modo quedaron burlados los enemigos, y dieron tiempo para reparar los daños que habian hecho; y entretanto que se trabajaba en esta obra con mucha actividad, llamó el

Parmesano las guarniciones inmediatas, y hizo conducir la artillería, con la qual aseguró mas y mas los lugares fortificados. Nombró á Basto general de la caballería, y no omitió cosa alguna para precaverse, habiéndole hecho mas cauto el anterior peligro. Como los enemigos se veian enteramente excluidos del rio, rompieron su presa, y haciéndole correr por el campo del Brabante, intentaron una nueva navegacion á Amberes; pero les servia de estorbo la trinchera fortificada por los realistas, que atravesaba desde Convestein hasta la entrada del Escalda, y mientras no la superasen, eran inútiles todos sus esfuerzos. Emprendiéronlo con efecto Holach y Justino de Nassau, aunque con grave daño suyo, habiendo perdido muchos soldados y quatro navíos. En este lance sobresalió mucho el valor de Gamboa, Ortiz, Padilla, y otros, que rechazaron á los enemigos hasta sus navíos.

Los sitiados enviaron catorce barcas contra el puente; seis de estas cargadas con pólvora, y las demas solo ardian por la parte exterior. Las proas de ellas iban armadas de anchas segures, y sierras para que hiciesen pedazos todo lo que encontrasen delante del puente. La principal barca navegaba con una vela debaxo de la quilla, para que extendida y impelida con el agua, fuese conducida en derechura al medio del puente, lo qual fue invencion de un aleman discípulo de Jambelli. Pero ocurrió á este daño el valor y presencia de ánimo de Tork ingles cathólico, que volando por todas partes con buques armados, echaba los garfios á las naves incendiarias, y á fuerza de remeros las atrahia á las orillas, y alli las amarraba con las áncoras, para que no pudiesen hacer daño alguno al puente. Mas no pudiendo acudir á un mismo tiempo á todas las na-

ves, ó porque las fuerzas de las suyas no eran suficientes para resistir al ímpetu de algunas de ellas; la que llevaba la vela extendida por baxo de agua, atravesó el puente que se desarmó (porque desde la pérdida anterior le mandó hacer levadizo el de Parma) sin mas daño que el de llevarse una de las mesas en que se apoyaba, y habiéndola seguido las otras, reventaron lejos de alli sin haber hecho el menor estrago, antes bien con mucha risa de los que las miraban. El último esfuerzo que hicieron fue un navío de forma y grandor enorme armado con gruesa artillería, y con mil y quinientos granaderos, y los sitiados estaban tan confiados del buen éxîto de esta máquina, que la llamaban el fin de la guerra. Habiendo roto los diques del Escalda, la introduxeron en los campos inundados, y al principio causó algun terror y daño á los realistas, arruinándoles con un contínuo ataque el castillo, situado en la cabeza Oriental del puente. Pero habiendo correspondido con su artillería los que defendian aquel puesto, sacaron de alli el navío, para que no fuese enteramente sumergido, y mientras maniobraban para ello se encalló de tal manera en un baxo, que ni aun alijándole de su mucho peso, no fue posible moverle con fuerza alguna. Finalmente viendo los enemigos que estas máquinas no les aprovechaban cosa alguna para su principal intento, y confiados en el valor de los soldados, determinaron pelear á fuerza abierta, para socorrer á la afligida ciudad. Asi pues, acometieron repentinamente con multitud de navíos á la trinchera de Convestein, que era la que les impedia la navegacion, expugnándola unos por Liló y otros por Amberes; y habiendo echado delante quatro navíos cargados de pólvora, reventaron cerca de la trinchera y arrojaron de su pues-

tó á los soldados del Rey. Embistieron por aquella parte los mas audaces de los enemigos, y rechazaron á los que ya se hallaban aterrados. Pero dentro de breve tiempo volvieron en sí los realistas, se animaron con mútuas exhortaciones, y cortaron la trinchera. Escapóse Holach á la ciudad en un pequeño buque por una abertura, que no era capaz de dar paso á navíos mayores, y habiendo anunciado la victoria, fue recibido con mucha alegria de los habitantes, la que luego se convirtió en tristeza, viendo que no correspondia el suceso á la esperanza, y el mismo Holach se retiró avergonzado de la ciudad.

Entretanto habiendo recobrado el ánimo los españoles, pelearon intrépidamente, y quedaron muertos Padilla, Chaves y otros hombres fortísimos. Acudieron por diversas partes á su socorro Juan del Aguila, Mondragon, Capissuchi, y otros capitanes, cada uno con una escogida tropa de los suyos. El de Parma hizo venir prontamente de la ribera opuesta doscientos españoles con Viveros, y un capitan veterano, y peleaban en la misma trinchera en un parage tan estrecho, que apenas podian extenderse los esquadrones. Los enemigos, encubiertos con la tierra que habian amontonado, combatian con mucho valor, y defendian el puesto que habian ganado. Pelearon con sumo teson por espacio de hora y media entre los torbellinos de las balas que volaban de los navíos por una parte y otra; y habiendo ganado los españoles la trinchera de tierra movediza, que habian levantado los enemigos, peleáron cuerpo á cuerpo á pie firme. Ya no se veia otra cosa que muertos, quando llegaron á su socorro las tropas de mar, que sufrieron algun tiempo el ímpetu de los soldados del Rey. Pero habiéndolo renovado con mucha

griteria, exhortándolos con la voz, y el exemplo Agustin Romano, valeroso capitan del tercio veterano de Velasco puso en fuga á los enemigos, obligándolos á retirarse con gran confusion y pérdida á sus navíos. Fueron tomados dos de estos por algunos españoles, que los persiguieron á nado, llevando las espadas en la boca, y no pudieron apresar mayor número, porque al tiempo del refluxo se apresuraron los holandeses á volver al rio. Los navíos de Amberes que estaban á la otra parte de la trinchera, y fueron mas descuidados en retirarse, quedaron encallados en los baxos. Apoderáronse los realistas de veinte y ocho naves, y quatro se sumergieron despedazadas por la artillería. Dícese que en esta pelea murieron dos mil y quinientos de los enemigos, y setecientos de los realistas, la mayor parte españoles é italianos, siendo menor el número de los heridos. A la verdad en este dia combatieron con increible valor, no solo los españoles, sino tambien las tropas auxiliares de otras naciones. La trinchera, que habia sido arruinada por diversas partes, fue reparada con admirable prontitud por los vencedores, con los materiales que pudieron encontrar, con céspedes, y con los cuerpos de los que habian muerto. El conde de Mansfeld medio quemado con un barril de pólvora que se encendió por casualidad, introduxo á remolque en el Escalda el navío ó maquina, que llamaban el fin de la guerra, y le presentó al Parmesano con otros navíos de los enemigos.

La cruel hambre que se aumentaba cada dia comenzó á domar la obstinacion de los de Amberes, pues Aldegunde habia ya apurado todos sus ardides para mantenerla. Y como ya se hablaba libremente en los corrillos, y se veian asomos de una sublevacion, pasó él mismo á los reales con pretexto de

tratar de las condiciones para la entrega de la ciudad; pero en realidad sin otro fin que el de engañar y ganar tiempo. Sus artificios le aprovecharon muy poco; porque habiéndolos conocido el de Parma, envió la caballería á los campos de Amberes y Malinas, y mandó segar todos los trigos, y conducirlos á los reales, para quitar al enemigo la esperanza de sustentarse. Con efecto Malinas se halló en breve obligada á la entrega, habiendo sido tomados los castillos de su territorio; con cuyo exemplo, y no pudiendo ya los de Amberes tolerar mas tiempo tan largo encierro, comenzaron á tratar sériamente de la entrega de la ciudad. Refiérese que entretanto aprovechándose los holandeses de la marea, y de un favorable viento, habian intentado destruir el puente con naves incendiarias, pero que fueron vanos sus conatos; y que los realistas celebraron con una descarga de su artillería las inútiles tentativas de los enemigos. Por este tiempo Egmont y Nuan fueron llamados, y puestos en libertad, despues de un largo cautiverio. El de Parma recibió en los reales con aparato magnífico el Toyson de oro que le envió el Rey don Felipe, y hubo banquetes y regocijos con este motivo; juntándose tambien la alegria de haberse entregado la ciudad, despues de muchos debates de una parte y otra acerca de las condiciones. Estas fueron honrosas, y se firmaron á fines del mes de agosto. El de Parma fue recibido por los ciudadanos con extraordinaria pompa, acompañándole los principales del exército, y Ariscot, Egmont y otros muchos de la grandeza flamenca. Restableció con gran zelo y cuidado la religion cathólica, que estaba quasi extinguida, y dexó una guarnicion de alemanes y walones baxo el mando de Verpi. Nombró á Campigni gobernador de la ciudad, la que

fue multada en quatrocientos mil escudos. Concedió á los ingenieros Barroci y Plati los materiales del destruido puente en premio de sus buenos servicios, y pagó su estipendio á los soldados. Mandó que inmediatamente se reparasen los diques del Escalda, arruinados en muchas partes por las injurias de la guerra, y porque el alojamiento de las tropas era gravoso á los ciudadanos, reedificó á peticion de ellos mismos la parte de la fortaleza que mira á la ciudad, y habia sido destruida en un tumulto, y puso á Mondragon por comandante de ella.

## CAPITULO II.

*Continúan las victorias de las armas del Rey en Flandes. Muerte de Gregorio XIII, y eleccion de Sixto V. Sediciones de Nápoles.*

Mientras que los realistas tenian sitiada á Amberes, hubo en diversas partes varios encuentros, entre los quales fue memorable uno de la caballería, en el que el marques del Basto derrotó y puso en fuga un gran número de enemigos. Mota intentó en vano y con pérdida suya apoderarse de Ostende, plaza marítima de comercio, y otro tanto sucedió á los enemigos en las ciudades inmediatas de Nieuport y Lira. Schenk se pasó al partido de los estados, irritado con el príncipe de Parma porque para el gobierno de Güeldres habia preferido á Altipenni. Puso en libertad á Nuenar que habia sido vencido en una batalla. Verdugo y Tassis su teniente rechazaron de una vez de la Frisia á Juan de Nassau, despojándole de su campo; pero si el cielo no hubiese mirado por los españoles, hubieran resarcido los enemigos abundantemente este daño con la astucia de Holach, que ha-

biendo abierto las compuertas del rio Mosa, le arrojó sobre las legiones veteranas, que poco antes habian venido de Portugal, y se hallaban acampadas en la isla de Bomel. Consternados los españoles con tan grande y tan repentino peligro, transportaron la artillería y equipages á Emplio y los lugares mas elevados, porque la fuerza de las aguas lo ocupaba todo de tal suerte, que parecia el campo un ancho mar. Sobrevino despues Holach con su armada conducida por la abertura de la presa del rio, y les hizo intimar que depusiesen las armas y su ferocidad, y que se le entregasen á discrecion, pues no podrian evitar la muerte, aunque se volviesen páxaros. Pero aquellos varones fuertes, á pesar de que se hallaban sorprehendidos, despreciaron al mensagero y prepararon sus armas contra el enemigo, procurando juntar la fuerza con el ardid. Mas como no tenian de donde pudiera venirles socorro sino del cielo, encontró un soldado cavando por casualidad cerca de la iglesia de Emplio una imágen de la Concepcion con tan vivos colores como si acabára de pintarse. Fue grande el concurso de los soldados: conduxeron el quadro á la iglesia con militar pompa, y imploraron con mucho fervor la proteccion de la Vírgen. Hallábanse en estas angustias, habiéndoseles acabado los víveres á los cinco dias, y atormentados cruelmente por la fuerza del frio, quando en la víspera de su festividad, que era el siete de diciembre, se levantó de improviso un terrible viento que comenzó á helar aquella mole de aguas. Viendo esto Holach, y temeroso de hallarse sitiado por el hielo, quando sitiaba á los españoles, retiró de alli sus naves, irritado en extremo con el dolor de la perdida presa, y habiéndose vuelto al rio Mosa, se libertó del peligro que le amenazaba. Pero aun fue mayor milagro el que sucedió despues, por-

que inmediatamente que se retiró Holach, comenzó á ablandar el tiempo y á deshacerse los hielos, con cuyo divino auxîlio Mansfeld el hijo y los demas habitantes inmediatos de Bolduc enviaron algunos navíos que sacaron de allí á los españoles, trayendo estos la imágen de la Vírgen, á la que atribuian el haber salido libres de aquel aprieto. Estos son los sucesos que acaecieron entonces en Flandes.

Habia determinado el Rey don Felipe pasar á Zaragoza, donde los negocios de aquel reyno exîgian su presencia; pero quiso que antes jurasen los castellanos á su hijo. Executóse esta funcion en la iglesia de San Gerónimo de Madrid en un domingo del mes de noviembre, en que celebró de pontifical el cardenal Quiroga, y libre de este cuidado, se puso en camino á principios de este año. Acompañáronle muchos ministros del consejo real, con el cardenal de Granvela y mucha comitiva de grandes; y luego que llegó á Zaragoza, apresuró quanto antes las bodas de su hija doña Catalina, doncella muy hermosa que habia prometido á Carlos Filiberto duque de Saboya, hijo de Filiberto, difunto algunos años antes. Arribó éste á Barcelona al tiempo señalado, y fué recibido y obsequiado con mucho esplendor por don Juan de Zúñiga conde de Miranda, virrey de Cataluña. Desde allí pasó en posta á Zaragoza con algunos pocos nobles, siguiéndole sus cortesanos con viage mas lento; y en el mismo dia en que entró en la ciudad se celebraron los desposorios, y en el siguiente los casó el cardenal de Granvela. Empleáronse algunos dias en fiestas y regocijos públicos, y los grandes compitieron entre sí en magnificencia y adornos. Despues de estas fiestas, acompañó á los novios hasta Barcelona con algunos de los principales, y en aquella ciudad hizo su entrada

de noche, á fin de que no pareciese que sujetaba su dignidad á las costumbres de una nacion, que de ellas es en extremo zelosa. Embarcáronse los novios en las galeras españolas, que mandaba don Martin de Padilla, y despues en las de Doria, y llegaron felizmente á Niza. Este matrimonio fue muy afortunado por su numerosa prole. Desde Barcelona marchó el Rey á las cortes de Monzon con su hija doña Isabel y el príncipe; y en ellas juraron los estados del reyno de Aragon al príncipe. Los catalanes y valencianos fueron despedidos inmediatamente, despues que se decidieron sus peticiones, y hubo grandes contiendas con los aragoneses, que reclamaban la mas rigorosa observancia de sus fueros. Oprimido el Rey de una enfermedad, luego que hubo convalecido, se apresuró á salir de Zaragoza antes de concluir las cortes; y habiéndole seguido los aragoneses, se finalizaron los negocios que quedaban pendientes. Baxó por el Ebro á Tortosa, y desde allí fue por tierra á Valencia, donde pasó gustoso el invierno.

Por este tiempo arribaron á Lisboa los embaxadores de unos Reyes de las islas del Japon en el mar de la China, que se habian convertido al christianismo, y venian á Roma á tributar su obsequio y obediencia al sumo Pontífice. En el camino visitaron al Rey don Felipe, quien los trató con gran generosidad, y habiendo llegado á Roma cumplieron con la comision que traian, y de alli á poco tiempo murió el Papa el dia ocho de abril á los ochenta y quatro años de su edad. Su cuerpo fue sepultado en una capilla edificada por él, donde se ve su estátua; y á los diez y seis dias fue declarado sumo Pontífice Felix Peretti cardenal de Montarco, religioso Franciscano, que en su coronacion se llamó Sixto, quinto de este

nombre. Trató á los embaxadores con mucho amor, y despues de haberlos regalado magníficamente, salieron de Roma para recorrer la Italia. En todas partes fueron recibidos con mucho honor, causando á todos grande admiracion lo extraño de sus costumbres, trage y lenguage; y habiendo regresado á España á tiempo que el Rey don Felipe se hallaba todavia en Monzon, ademas de otros obsequios, los regaló unos vestidos muy ricos, y dinero para el viage, y se encaminaron á Lisboa. Desde alli se embarcaron en una nave muy equipada, que mandó prevenir el cardenal Archiduque; y finalmente llegaron sanos y salvos á su patria el año de mil quinientos ochenta y nueve, habiendo gastado siete años en tan larga peregrinacion.

En Portugal dos falsos Sebastianes, hombres de lo mas baxo de la plebe, suscitaron por este tiempo algunas turbulencias, creyendo muchos, ó fingiendo creer que vivia el Rey don Sebastian. El uno de ellos que era muy sencillo, y le habia incitado á esta ficcion mas la malicia agena que la suya propia, fue condenado á galeras. El otro se descubrió que era un embustero y traidor, y pagó en la horca su maldad junto con sus cómplices. Omitimos otros sucesos de igual naturaleza, cuya narracion no es de grande importancia. En el año sesenta y ocho de este siglo sucedió á don Gregorio Gallo primer obispo de Orihuela, que fue trasladado á Segovia, don Tomás Asion, de una noble familia valenciana, el qual falleció por este tiempo, y tuvo por sucesor á don Christóbal Robuster. El cardenal Baronio al año de trescientos y catorce prueba que Orihuela fue en lo antiguo silla episcopal; y lo mismo afirmó antes que él Antonio Beuter en su crónica, y que permaneció hasta la invasion de los árabes. En la diócesis

de Segorbe sucedió á Lori don Martin Salvatierra obispo de Albarracin, y tomó posesion dos años antes de éste.

Deseoso el Rey don Felipe de propagar la fé christiana en las islas Filipinas, mandó al padre Alonso Sanchez, que acababa de llegar de aquellas regiones, que pasase á visitar al Papa, como lo hizo, y habiéndole instruido del estado de la christiandad en tan remotas islas, amplió la autoridad del obispo de Manila, á causa de la distancia, concediéndole facultades para dispensar en muchas cosas el rigor de los cánones. Su primer obispo fue fray Domingo Salazar del orden de Santo Domingo, que tomó posesion el año ochenta de este siglo. El mismo Rey don Felipe pidió al Papa obispo para los christianos del Japon, y nombró al padre Sebastian Morales Jesuita, que se hallaba en Unchal, capital que fue de la isla de la Madera; pero murió en el viage en Mozambique. En su lugar fue nombrado don Pedro Martinez, á quien se le dió por coadjutor don Luis de Cerqueyra natural de Coimbra, con derecho para sucederle en el obispado.

Desde la muerte violenta de Pedro Farnesio ocupaba la fortaleza de Plasencia una guarnicion de españoles, y Octavio habia hecho por largo tiempo los mayores esfuerzos con el César Carlos para que se la restituyese, pero todos fueron inútiles porque no se fiaba de él, despues que se habia pasado al partido francés. Finalmente, por este tiempo se la restituyó el Rey don Felipe, á lo qual contribuyeron mucho las ilustres hazañas de su hijo Alexandro en Flandes, y los beneficios que habia hecho á Campigni, hermano del cardenal de Granvela, y corrió entonces la voz de que en esto solo habia seguido el Rey el dictámen del cardenal, sin noticia alguna de los demas

ministros del consejo de Italia. En el virreynato de Nápoles sucedió á Mondejar don Juan de Zúñiga teniente de gran prior de Castilla, y á éste el duque de Osúna despues que regresó de la embaxada al Rey don Enrique de Portugal. En su tiempo se sublevó la plebe napolitana con pretexto de haberse encarecido algun tanto los granos en aquella ciudad, no porque la cosecha hubiese sido escasa, sino por la mucha cantidad de trigo que se extraxo para Aragon, adonde el Rey habia determinado pasar. El pueblo enfurecido, y siempre dispuesto á creer lo peor, atribuyó la culpa al electo Juan Vicente Estarache. Al tiempo pues, que iba al ayuntamiento para poner remedio á este desorden, se arrojó sobre él la multitud desenfrenada, y arrastrándole por las calles con muchas injurias y baldones, le mataron y le despedazaron en tan menudas partes, que apenas pudieron recogerlas sus parientes para darlas sepultura. El virrey procedió con negligencia en los principios del tumulto; pero despues procuró abastecer la ciudad, y guarnecerla con gente armada, para que no volviese otra vez á suscitarse nuevo alboroto. Mas para no dexar sin castigo la audacia popular, fueron muchos puestos en prision, y á los mas culpados se les dió tormento. Exâminada que fue esta causa con mucho cuidado, padecieron treinta personas la pena de muerte; otros cincuenta y ocho fueron condenados á galeras, y algunos pocos enviados á destierro. La demas multitud fue echada de la cárcel sin imponerles pena alguna; y finalmente se concedió perdon general á todos los que se habian ausentado de la ciudad para evitar el castigo, permitiéndoles que se volviesen á sus casas.

Con la muerte del duque de Alenzon se levantaron nuevos tumultos en Francia. La alianza de armas establecida ocho años antes con los españoles con el

pretexto de defender la religion, fue renovada este año en el castillo de los Guisas llamado de Joinville, y á esta liga dieron el nombre de Santa. Concurrieron á ella en nombre del Rey don Felipe don Juan Bautista Tasis, y Juan Moré caballero de Malta, frances de nacion, hombre activo y de mucho talento para los negocios; y las cabezas principales del partido cathólico, á saber, los cardenales de Borbon y de Guisa con los príncipes de la casa de Lorena, que eran muy opuestos á los hugonotes. La causa de acelerar esta junta fue, que segun el dictámen de los médicos no podia tener sucesion el Rey Enrique, con lo qual se iba acercando mas al trono de Francia el príncipe de Bearne. Temian mucho los cathólicos, que si éste llegaba á reynar, seria destruida en Francia la verdadera religion; y para evitarlo acordaron que llegando el Rey á morir sin hijos, fuese nombrado gobernador del reyno el cardenal su tio con exclusion del de Bearne. Excitado el Rey con los escritos que se publicaron en defensa de la liga, y despues con el tumulto de las armas, que se disponian vigorosamente, se irritó mucho contra los confederados, por el desprecio que hacian de su dignidad: pero no obstante se unió á ellos por la mediacion de la Reyna su madre. Tambien contribuyó mucho á los intentos de la liga la excomunion pronunciada por el Papa Sixto V hombre de carácter fogoso, contra los príncipes de Borbon, inficionados de la impiedad, de los quales el príncipe de Condé falleció á principios del año siguiente en Angeloi, con no pocas señales de haber muerto envenenado. De esta suerte, de la antigua y descuidada sociedad de armas, se levantó como de las cenizas de un fuego escondido, una repentina llama, que por espacio de algunos años afligió

á la Francia. A la verdad el Rey don Felipe ademas del deseo de conservar la religion cathólica, parecia que queria vengarse de los daños, que con detestable fraude le habia causado el Frances por medio de Antonio de Borbon y del duque de Alenzon.

## CAPITULO III.

*Socorre la Reyna Isabel á los estados confederados. Toma de varias plazas por los españoles. Correrías del pirata Drake en las costas de América.*

Los estados confederados de Flandes, que no habian podido obtener socorros del Frances contra el Español, los consiguieron de la Reyna de Inglaterra, prometiéndola que se sujetarian á su arbitrio, á cuyo fin la enviaron una embaxada. Temian los ingleses que si llegase á concluirse la guerra de Flandes, se vengarian los españoles de los agravios que hasta entonces habian disimulado. Por tanto, creian conveniente abatir en Flandes la potencia española, tan formidable á toda la Europa despues que habia reunido á su imperio el reyño de Portugal, y prevaleció el dictámen de que debia fomentarse la guerra externa, y alejarla todo lo posible de Inglaterra. Rehusó la Reyna Isabel admitir el principado de Flandes, que la ofrecian los embaxadores, porque aquella muger astuta y prudente procuraba mas bien conservar los dominios que poseia, que adquirir otros nuevos. No obstante, la diéron en rehenes á Flesinga, la fortaleza de Ramekens y Brill, y puso en ellas guarniciones inglésas. Transportáronse á Flandes cinco mil infantes y mil caballos, para que militasen á expensas de la Reyna; y mandaba estas tropas Roberto Dudley conde de Leicester.

Este pues, pasó á aquellas provincias acompañado de mucha nobleza á principios de mil quinientos ochenta y seis. Pero no aterrando de ningun modo al 1586.
príncipe de Parma este nuevo enemigo, y persuadido de que seria un hecho glorioso á su fama el tomar á Grave ciudad situada sobre el rio Mosa, fortificada con muros y una buena guarnicion, encargó esta empresa á Mansfeld el Jóven. Habiendo cerrado éste el rio con un puente, estrechaba el sitio, y acudió Holach á socorrer á los sitiados. Hubo algunos combates muy sangrientos en la misma entrada del rio, y no pudiendo recibir socorros por tierra, soltaron los diques del rio, y introduxeron víveres en pequeños buques. Sintiólo mucho el de Parma, como si ésto hubiese sucedido por culpa de Mansfeld; y noticioso de que Leicester habia marchado con nuevas tropas para hacer levantar el sitio, salió él mismo de Bruselas con un fuerte esquadron, á fin de detener el ímpetu del Ingles. Luego que llegó el de Parma, derribó con su artillería parte de los muros, y despues del primer asalto, en que faltó muy poco para apoderarse de la plaza, aterrada su guarnicion, capituló la entrega, y salió á vista del mismo Leicester. Tambien cayeron en poder de los realistas otras muchas plazas de una y otra márgen del Mosa; y finalmente Venloó, la mas fuerte de todas, habiendo rechazado de allí á Schenk que venia á su socorro. Su muger y su hermana fueron enviadas honoríficamente con toda su familia; y se repartió entre los soldados la rica presa que habia juntado Schenk en todo el tiempo de la guerra.

Entretanto el Parmesano, movido de los ruegos de Ernesto arzobispo de Colonia, conduxo sus tropas á Nuys, que habia sido tomada por Nuenar, mas por ardid que por la fuerza, renovando la guerra de

Gebhardo de Truches. En su expugnacion dieron los españoles exemplos de valor muy dignos de alabanza, si no hubieran manchado la victoria con su crueldad; y los imitaron los italianos, que con igual furor no perdonaban á nadie. Los capitanes encerraron en los templos á las mugeres, niños y viejos, para que no fuesen muertos promiscuamente. Tampoco perdonó la muerte á los que saltaban desde los muros, pues la caballería los perseguia por todas partes. El gobernador de la guarnicion, que se hallaba enfermo de una herida que habia recibido en una pierna, fue ahogado en la cama en que estaba. Entregaron al arbitrio del vencedor trescientos hombres armados que se hallaban dentro de la torre; y corriendo contra ellos los españoles, hicieron una cruel carnicería, á pesar de las reclamaciones de Altipenni. Con este castigo fue vengada la burla, que hicieron al de Parma, pues habiendo fingido llamarle como para entregarse, dispararon contra él desde los muros una lluvia de tiros. La presa se distribuyó entre los soldados, y hubiera sido opulenta, á no haber perecido la mayor parte reducida á cenizas. La guarnicion que se componia de dos mil hombres fue pasada á cuchillo, y murieron otros tantos ciudadanos. Despues de esta victoria recibió el de Parma solemnemente en los reales de mano del obispo de Vercelli, y se puso en medio de Ernesto, y Juan duque de Cleves, el sombrero y la espada bendita que le habia enviado el Papa; á cuyo fin se preparó con la sagrada Eucaristía, y hubo en todo el campo mucho regocijo. Tambien se tomaron algunos lugares fortificados, que servian de estorbo para sitiar á Rhimberg, donde se habia refugiado Schenk con un poderoso cuerpo de gente armada; y no pudiendo llevar adelante esta empresa, porque le llamaba el peligro de Flandes,

procuró cerrar la ciudad, habiendo puesto una guarnicion permanente en la isla del Rhin, y en otros puestos fortificados.

A este tiempo Mauricio hijo de Orange, se habia apoderado de Axel asaltándola una noche, y acometió en vano á Hulst. Del mismo modo Leicester, despues de haber rechazado á las tropas reales de ciertos parages, habia determinado combatir á Zutphen, socorrida con víveres por Basto, y despues por el mismo príncipe de Parma, sin que el Ingles se moviese de sus reales, aunque fue provocado á la pelea. Pero de alli á poco tiempo se volvió á Inglaterra llamado por la Reyna, con mucho disgusto y queja de los estados, sin haber hecho cosa alguna memorable. El Rey don Felipe no pudiendo ya tolerar que la Reyna se burlase de él con una paz fraudulenta, prohibió el comercio entre España é Inglaterra, que fue como un preludio de la futura guerra; pero á la verdad fue intempestivo este golpe, no teniendo prevenidas tropas ni armada, y como los Reyes pecan muchas veces para mal de sus súbditos, pagaron la pena de esta precipitada discordia en muchas partes de tan dilatado imperio, que estaban sin resguardo, y muy expuestas á invasiones.

El pirata Drake abordó á las costas de Galicia á fines de agosto del año anterior; pero causó poco daño, habiendo sido rechazado de alli por las guarniciones que estaban prevenidas. Pasó despues con veinte navíos á las islas Canarias, donde padeció un grave infortunio; el qual resarció con la presa que hizo en las islas de Cabo Verde, cuya capital Santiago fue saqueada por su gente. Navegó desde alli á la isla de Santo Domingo, y se puso á la vista el dia once de enero. Era su gobernador don Christóbal Ovalle presidente de la audiencia, el qual quedó tan

consternado luego que vió la armada, que no acertaba á resolver el partido que deberia tomar. Finalmente, habiendo vuelto en sí, se puso en precipitada fuga por el rio arriba, y lo mismo hicieron los habitantes, escapándose cada uno por donde podia sin pudor alguno. Aumentaba el miedo el que la ciudad solo estaba en parte rodeada de murallas, y luego que desembarcaron los ingleses, la entraron á saco. Parte de ella fue reducida á cenizas; la artillería la conduxeron á sus navíos, y á costa de veinte y cinco mil pesos se consiguió que el pirata no acabase de destruir la ciudad. Entretanto murió Ovalle oprimido con el dolor de la desgracia, y de la ignominia. Concluida tan felizmente esta empresa, levantó Drake áncoras, y navegó á Cartagena. Su gobernador don Pedro Fernandez, aunque avisado del peligro, se portó del mismo modo que Ovalle. Mandaba allí dos galeras don Pedro Vique noble valenciano y esclarecido por sus muchas hazañas. Este pues, en medio de aquella consternacion y de la angustia del tiempo, levantó una trinchera para cerrar el paso del puerto á la ciudad, y mientras tanto escondieron los habitantes sus caudales en lugar seguro. Entraron los ingleses al puerto, y habiendo llegado á tierra, acometieron los puestos fortificados. Al primer asalto echaron á huir sus defensores, sin moverles cosa alguna el exemplo y las voces del capitan, que peleaba intrépidamente. Renovóse no obstante el combate dentro de la ciudad, exhortándolos Vique á obrar con valor, mas no pelearon con el esfuerzo que debian por sus aras y sus hogares. Derramáronse despues los enemigos al saqueo de la ciudad, arruinaron la iglesia, y se llevaron la artillería, municiones y pólvora que hallaron. Finalmente, por intercesion del obispo y de los principales vecinos, y habiendo re-

cibido el pirata ciento y siete mil pesos de la caxa real, se abstuvo de pegar fuego á la ciudad. Determinó desde allí pasar á Jamayca para tomarla; pero le rechazaron las tormentas, y la preservaron sus Santos tutelares y patronos. Llegó tarde á la Habana porque ya estaba todo prevenido para recibir á Drake, habiendo corrido la voz de su venida; por lo qual dexando á un lado aquel puerto, se dirigió á la Florida. Destruyó la villa de San Juan cerca del rio de San Agustin, que aun no se hallaba fortificada, y se pusieron en fuga algunos pocos españoles. Finalmente, despues de haber saqueado aquellas costas, se restituyó á Inglaterra á la salida del verano. Para castigar á este pirata, mandó el Rey don Felipe á don Alvaro de Flores que navegase con una armada de veinte navíos, mas no pudo alcanzarle; porque persuadido Drake de que seria perseguido, se retiró prontamente, con gran pérdida de su gente, á quien el clima causó muchas enfermedades que le despoblaron la armada. Luego que llegó don Alvaro á Cartagena, procuró reparar la ciudad, que se hallaba medio arruinada, y recoger á los habitantes, que andaban dispersos en los bosques por el miedo de los enemigos. Don Alonso de Bazan persiguió con felicidad á los piratas moros, habiéndoles apresado muchos navíos, y una galera muy magnífica.

A principios de este año falleció en Ortoña Margarita duquesa de Parma, madre de Alexandro Farnesio, matrona digna de inmortal alabanza por su virtud, y por su prudencia, que resplandeció principalmente en el gobierno de Flandes, y á los siete meses murió tambien Octavio su marido en Parma; cuyos ciudadanos juraron á Alexandro por su legítimo príncipe, y heredero de aquellos estados, habiéndole enviado á

este fin diputados á Flandes. En Madrid falleció el cardenal de Granvela, condecorado con muchas dignidades y empleos de la corte. Fue un hombre de grandes talentos, y los mas prudentes solo echaban menos en él un ánimo mas suave. Sus huesos fueron trasladados á Besanzon al sepulcro de su padre. Sucedióle el cardenal Quiroga en la presidencia del consejo de Italia. Tambien murió en Tarragona don Antonio Agustin, sapientísimo en el derecho, y en todo género de literatura. Publicó las constituciones de aquella iglesia, y fue sepultado en ella en una capilla magnífica que habia hecho erigir. De su asombrosa erudicion, solo diré lo que en el epitafio de su sepulcro se halla escrito: *Oraculum terrestris sapientiæ.* Sucedióle don Juan Teres catalan, trasladado de la diócesis de Tortosa, el qual dió á luz otros cinco libros de constituciones. En el año siguiente entró en su lugar en la silla de Tortosa don Juan Bautista Cardona obispo de Vich. Nombró el Rey por ayo del príncipe don Felipe al marques de Velada, en lugar de Zúñiga teniente de gran prior de Castilla, que poco tiempo antes habia fallecido. Su sobrino don Juan hijo de su hermano que se hallaba virrey de Cataluña, pasó á Nápoles á suceder al duque de Osuna. En Roma falleció á los noventa y quatro años de su edad Martin Azpilcueta, llamado vulgarmente Navarro por su patria, hombre muy sabio entre los jurisconsultos españoles, y de costumbres santísimas. Fue muy amado de los Reyes, y de los Papas, y dexó ilustres monumentos de su doctrina, que andan en manos de todos los hombres doctos: su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Antonio de los Portugueses, donde se colocó su estátua sobre el sepulcro. En el mes de abril del año siguiente se trasladaron de Flandes á España las re-

liquias de Santa Leocadia, y fueron colocadas con insigne pompa, y magnificencia en Toledo, patria de esta ilustre mártir, asistiendo á la procesion el Rey, y toda su corte.

## CAPITULO IV.

*Suplicio de María Estuardo Reyna de Escocia. Sitio y toma de la Enclusa por el Parmesano. El Rey don Felipe se dispone á hacer la guerra á los ingleses.*

A principios del año de mil quinientos y ochenta y siete caminaban las cosas de Flandes con mucha prosperidad. Recobró el Parmesano las ciudades guarnecidas, y las fortalezas que tenian gobernadores ingleses, comprando unas, y entregándosele otras sin pacto alguno. En algunos fue mas poderosa la avaricia que la fidelidad, y en otros el conocimiento de la justicia unido á la piedad cathólica. Aquellos como hombres venales fueron aborrecidos de todos: pero los últimos pasaron al sueldo del Rey, y se portaron siempre con valor y honradez. Irritados los flamencos confederados con el dolor de estas pérdidas, maldecian el nombre ingles de palabra y aun por escrito, y de aqui se originó la ira contra ellos, atribuyéndose mutuamente, no sin razon, maldades y crímenes. Entretanto María Estuardo Reyna de Escocia, vendida pérfidamente por sus mismos súbditos, incitados de la pasion á la nueva secta, fue condenada á muerte por Isabel su parienta, aunque no tenia derecho alguno sobre ella. Sirvieron de delitos verdaderos las calumnias que aglomeró por todas partes; pues al que quiere obrar mal, jamás le faltan pretextos para hacerlo. Finalmente despues de veinte

1587.

años que estuvo encerrada en una prision, fue conducida al suplicio entre las lágrimas y lamentos de sus domésticos, y con exemplo memorable y funesto de la infelicidad humana, la cortaron la cabeza. Su cuerpo embalsamado y encerrado en una caxa de plomo, fue sepultado junto al de la Reyna doña Catalina de Aragon. Jacobo su hijo muy desemejante á su madre, se pasó á los hereges, y despues poseyó el trono de toda la gran Bretaña. A la verdad se admiraron todos, y con mucha razon, de que los príncipes hubiesen dexado impune tan grande injuria hecha al decoro real, especialmente el Frances que tenia tantos enlaces con la Reyna María. El hijo que era todavia muchacho, y estaba sujeto al arbitrio de los grandes, no pudo hacer mas que derramar lágrimas. Entre las causas de la guerra, movida por el Rey don Felipe, refieren muchos la venganza de tan horrible atentado, lo que no disputo.

El Parmesano despues que juntó sus tropas, y para molestar á los enemigos con algun señalado golpe, habia determinado acometer á la Enclusa, ciudad muy fuerte por la naturaleza y por el arte, situada entre Ostende y Flesinga, cuya empresa parecia muy árdua á los cabos que consultó sobre ella. Mas para el valor y prudencia de Alexandro no habia cosa alguna dificil, ni inaccesible. Para impedir la entrada de víveres cerró el canal con un puente, y habiendo acercado su artillería, comenzó á batir las obras exteriores, y despues que se apoderó de ellas, dirigió todas sus fuerzas contra la ciudad. A este tiempo se dexó ver el conde de Leicester con una armada, en que conducia nuevas tropas de Inglaterra, y habiéndolas desembarcado, intentó abrirse camino con la fuerza para llegar al pueblo. Pero acudió luego el Parmesano con un escogido esquadron, y le

detuvo el paso, no atreviéndose el Ingles á aventurar una batalla, y con un consejo mas cauto, que noble, se retiró á sus navíos, y desde allí á Ostende lejos del peligro. Tampoco hicieron cosa alguna los de Flesinga con una nave incendiaria que enviaron contra el puente, que se hallaba valerosamente defendido por los españoles. Finalmente apuradas las fuerzas y los ardides, Arnaldo Groneveld comandante de la guarnicion, para evitar que los habitantes llegáran al último extremo, si los soldados del Rey entraban en la ciudad con espada en mano, la entregó solemnemente baxo las condiciones acostumbradas, y se retiró de allí con el resto de las tropas, y sus bagages. Asegurada y guarnecida que fue la ciudad con un valeroso trozo de españoles, se nombró por su gobernador á Juan Ripa que estaba en Dendermunda. Entretanto Holach, para retraer al Parmesano de su comenzado intento, ponia emboscadas á Bolduc, acometiendo á Engel pueblo cercano. Acudió Altipenni al auxîlio de los sitiados; trabóse la pelea en la orilla del Mosa, y disparando los navíos de los enemigos desde el rio, fue herido gravemente Altipenni en la garganta. Llevaronle á Bolduc, y se dirimió el combate con igual daño de ambas partes; pero murió dentro de poco tiempo, y fue entregada Engel por Fabio Regina con honrosas condiciones; y por haber sido esta pérdida muy sensible á los cathólicos, mudaron los enemigos el nombre de Engel en el de Creve Coeur., tomado de la lengua francesa.

Adquiria cada dia nuevo aumento la discordia entre los holandeses é ingleses, é irritado Leicester de la inconstancia de los estados, pues trataban de coartarle el mando que le habian dado, se disponia á obligar por la fuerza á aquella nacion refracta-

ria á que executase sus mandatos, tomando el exemplo del duque de Alenzon; á cuyo fin puso los ojos en Leiden para dar principio á su empresa. Mas como esto se descubriese luego por los flamencos, fue tan grande el odio que se atraxo, que faltó poco para que no tomasen las armas. Noticiosa la Reyna de lo que pasaba, llamó á Leicester, que ya estaba ostigado de aquellos hombres, y de sus negocios; y finalmente á principios del año siguiente dexó el mando, con muy poca fama de su persona, y murió poco despues. Pero á fin de desembarazarse Isabel de una guerra sangrienta, en que conocia iba á implicarse, pidió á Federico II Rey de Dinamarca, que se interpusiese como medianero, y reconciliase al Rey don Felipe con los estados confederados. Respondiéronle estos, como consta de sus mismas cartas, que no solo la pacificacion, sino el hacer mencion de ella les era perjudicial. El Parmesano recibió con mucho honor á Juan Ranzoni embaxador de Dinamarca, y envió al Rey don Felipe sus cartas, en que pedia se concediese á los flamencos la libertad de conciencia. Contestó don Felipe al Dinamarques, dándole muchas gracias por sus oficios para reconciliar la paz, de que él se hallaba muy deseoso; pero que no podia tolerar que se alterase cosa alguna de la antigua religion, y que en todo lo demas le hallarian facil y clemente. Despidió el de Parma al embaxador con todo obsequio, pero fue preso en el camino, y habiéndole despojado, y enviado á la Haya, abrieron los estados las cartas que llevaba. Llegó este atentado á noticia del Rey, y para que no quedasen sin castigo los holandeses de haber quebrantado el derecho de las gentes, mandó embargar un grande número de sus navíos, y no los dexó salir hasta tanto que sus maestres le pagaron treinta mil escudos.

La Reyna Isabel temerosa de la guerra que la amenazaba, pues corria la voz de que se disponia en España una armada para invadir la Inglaterra, envió á Drake con una esquadra de veinte y cinco navíos para que se informase de todo, prohibiéndole, segun quiso persuadirlo, que hiciesen hostilidad alguna. Pero sucedió muy al contrario; pues habiendo llegado á Cadiz á últimos de abril, reduxo á cenizas veinte y seis navíos que estaban anclados en el puerto, y se abstuvo de acometer la ciudad, por haber acudido á rechazarle el duque de Medina Sidonia, con un valeroso trozo de gente. En las islas Terceras apresó un navío de Juan Trigueiro, ricamente cargado de muchas mercaderías del Oriente, y irritado el Rey don Felipe con estos agravios, decretó al instante la guerra, que hasta entonces habia dilatado, para que la Reyna se arrepintiese alguna vez de haber abusado tantas de su paciencia. Dió aviso de este intento al Papa por medio del conde de Olivares su embaxador en la corte romana, y le ofreció su Santidad un millon para los gastos, luego que los españoles pusiesen el pie en Inglaterra. Mandó á los gobernadores de Italia que juntasen navíos, reclutasen tropas, y dispusiesen todo lo demas necesario para la guerra; á fin de que todo se hallase pronto para unirse en el lugar que habia señalado. Tambien hizo armar navíos en Portugal, Vizcaya, y Andalucía; y finalmente se hicieron nuevas reclutas en toda España, y todo se preparó con la mayor celeridad. Dió el Rey aviso en secreto al Parmesano de sus intentos, mandándole cuidase mucho de que no se traslucíese cosa alguna en el público, para que comenzase la guerra antes que llegase á oidos de la Reyna contra quien se dirigia. Esta pues, sospechosa de lo que la amenazaba, se disculpó de lo que

habia executado Drake, alegando que lo habia hecho sin su orden, y que solo le mandó reconocer los puertos, porque corria la voz de que se disponia en España una numerosa armada para acometer á la Inglaterra; por lo qual estaba pronta á dar satisfaccion, y á renovar las negociaciones de la paz, enviando á este fin sus diputados á Flandes. Pero entretanto disponia su armada, y fortificaba la isla con guarniciones, dando bien á entender que con sus ofertas solo procuraba ganar tiempo. El Español usaba con ella de igual astucia, mientras hacia sus preparativos en Flandes, y en España, y mútuamente se engañaban uno á otro.

Llegaron al de Parma dos legiones de Italia, y otras dos de España, mandadas por don Antonio de Zúñiga, y don Luis de Peralta catalan. Juntáronse tambien un gran número de flamencos, alemanes, borgoñones de caballería, é infantería. De la principal nobleza acudieron voluntariamente á esta guerra don Rodrigo de Silva duque de Pastrana, don Juan de Mendoza marques de Hinojosa, Juan de Médicis hermano del duque de Florencia, Amadeo del de Saboya, y otros hombres ilustres en nacimiento y hazañas, incitados de la fama de tan esclarecido general. Fabricábanse navios para transportar las tropas, armas, municiones, y todo lo demas que se necesitaba en una guerra tan vasta y complicada. Aunque el Parmesano procuró atraer á sí al Rey de Escocia, no pudo conseguirlo, porque atendia mas á su conveniencia que á su decoro. La Reyna ajustó nueva alianza con los holandeses: en cuya virtud recibió de ellos veinte navíos muy bien equipados, y el resto de su armada fue destinada para infestar las costas de Flandes. El marques de Santa Cruz promovia en España los aprestos, y como no estuviesen tan pron-

tos como queria el Rey, recibió á aquel general, que habia ganado tantas victorias, con una aspereza que no convenia á sus muchos méritos, los quales deberian ser recompensados con otro premio, y habiendo vuelto á su casa muy penetrado con el picante discurso del Rey, le acabó la vida la tristeza con grave sentimiento del mismo Rey. Tal fue la opinion de los hombres de aquellos tiempos, y la que en sus escritos han propagado hasta los nuestros. En su lugar fue nombrado el duque de Medina Sidonia ilustre por sus progenitores, pero que no tenia la ciencia naval necesaria para tan importante guerra.

## CAPITULO V.

*Envia la Reyna Isabel diputados á Flandes para tratar de la paz, pero sin efecto. Sale de España una poderosa armada contra Inglaterra, y padece repetidas desgracias.*

A principios del año de mil quinientos ochenta 1588.
y ocho habian pasado á Flandes los diputados ingleses baxo la seguridad de la fé pública para tratar de la paz; y los recibieron Aremberg, Campigni, Ricardot y otros hombres principales, enviados al mismo fin por el Parmesano. Hospedáronse en unas tiendas de campaña entre Ostende y Neuport; y comenzaron su negociacion con mucha lentitud, ó por mejor decir se engañaban unos á otros. Los ingleses pedian cosas exhorbitantes, siendo una de ellas la libertad de religion de las provincias confederadas. Esto era muy ridículo, pues su misma Reyna no lo permitia en Inglaterra, y fácilmente fue refutado con sólidas razones. Mientras tanto que aqui perdian el tiempo, esperaba ya la armada es-

pañola la estacion oportuna para navegar en el mes de mayo, y habiendo finalmente dado la vela, comenzó desde luego á padecer desgracias. Levantóse una horrible tempestad en el cabo de Finisterre, que maltrató y dispersó los navíos, y apenas arribó á la Coruña la tercera parte de ellos; pero habiéndose aplacado poco á poco la fuerza de los vientos, entraron las demas naves en otros puertos de Galicia. Inmediatamente que se mostró el mar tranquilo volvió otra vez á salir, y llegó á dar vista á Inglaterra. Componíase la armada de ciento y treinta navíos grandes de todas clases. Iban en ellos muchos nobles y voluntarios, y el total de las tropas ascendia á veinte y ocho mil doscientos noventa y tres hombres. El teniente de Medina Sidonia era don Martin Recalde hombre muy experto en la ciencia del mar. Con la noticia de la venida de la armada se disolvió el coloquio, y se retiraron los ingleses, perdiéndose enteramente la esperanza de la paz. Llevaba Medina Sidonia órdenes para ocupar las entradas del canal entre Calcs y Dowres, donde recibiria las tropas que tenia prevenidas el de Parma, y que por el rio Támesis se encaminase á Londres, como si no hubiese tempestades, ni enemigos que lo impidieran. Habiendo juntado consejo de guerra en la Capitana, se disputó en él, que seria una cosa muy conveniente tomar un puerto de la isla (y habian puesto los ojos en el de Plimouth cercano, donde estaba una parte de la armada enemiga) para que si se hallasen forzados á retirarse por los vientos, ó por alguna desgracia de la guerra, tuviesen prevenido un asilo seguro, y al mismo tiempo debilitar las fuerzas del enemigo, quemando y destruyendo aquella parte de su armada, que estaba alli fondeada. Pero el duque de Medina Sidonia se resistió á este intrépido conse-

jo, afirmando que no haria cosa alguna fuera de lo que se le mandaba, temiendo que si la empresa fuese desgraciada, le acusarian de haber faltado á las órdenes. Obstinado pues en este parecer, perdió la ocasion de un feliz suceso, que no volveria á presentársele, y dexó á un lado á Plimouth con grande alegria de los enemigos, que á vista de aquella poderosa armada estaban temerosos por la desigualdad de fuerzas.

Navegaba la armada ordenada en forma de media luna, mandando el ala izquierda don Pedro de Valdés comandante de la esquadra de Andalucía, y la derecha don Miguel Oquendo comandante de la vizcayna. El general, habiendo llamado á sí á don Diego de Flores, hombre muy sabio en la Astronomía y Náutica, ocupaba el centro de la armada. La de los ingleses que era menor, (porque aun no se habian juntado todos los navíos) pero dirigida con mas arte y velocidad, salió de Plimouth llevando por general á Carlos Havard conde de Norfolk y por su teniente á Francisco Drake, y acometió á la española por la espalda, disparándola desde lejos una infita lluvia de balas. Entretanto que sostenian algunos ligeros combates entre las tinieblas de la noche, comenzó á arder el navío de Oquendo, ya por acaso ó por fraude del comandante de su artillería, que era flamenco, de los quales iban muchos en la armada atrahidos del estipendio. Acudió al momento Valdés al socorro; pero entretanto que auxîliaba á su compañero, fue rodeado por los navíos enemigos con admirable presteza y vencido por Drake, le conduxeron á Inglaterra como primicias de la victoria. Mientras duraba el combate con Valdés, se sacó del navío de Oquendo una gran cantidad de dinero, que conducia para los gastos de la guerra, y se transpor-

tó con los soldados á otras naves, y lo demas se abandonó á la presa de los enemigos. Nicolás de Isla, que peleaba valerosamente, fue despedazado por el mástil que le cayó encima, y habiéndose sumergido su navío, salió á nado su gente á las costas de Francia. Al dia siguiente quiso Medina Sidonia tomar á Virgth isla cercana á Inglaterra; pero se lo impidió otra armada que salió de Londres, siguiéndole Drake, y Havard con la suya. Peleó con una y otra desde lejos, porque los ingleses rehusaban acercarse; pues como eran tan diestros en todas las maniobras que se requerian, y los buques españoles eran tan pesados, los rodeaban fácilmente en los parages de poco fondo, y los acometian con su artillería sin perder tiro. Concluida esta larga pelea con la venida de la noche, echó anclas la armada española cerca de Calés. Fueron y vinieron correos al Parmesano para que juntase las tropas que tenia prevenidas, y que ascendian á veinte y seis mil infantes y mas de mil caballos, cuya mayor parte embarcada en los navíos de carga en Neuport y Dunkerque, esperaba la escolta de la armada para hacerse á la vela. Afirmaba Medina Sidonia que no podia acercarse mas sin riesgo de inevitable naufragio en una costa tan llena de baxos; y el Parmesano decia que los navíos de carga no podian entrar en alta mar sin un manifiesto peligro á vista de la armada enemiga, que sitiaba los puertos, pues carecian de artillería gruesa para resistirla, como destinados únicamente al transporte de las tropas, y no para el uso de la guerra. Uno y otro tenian razon, y ninguno podia executar las órdenes del Rey, y de este modo se frustran las que se dan para lugares distantes, quando en las cosas de la guerra es preciso muchas veces tomar consejo de los accidentes fortuitos.

Entretanto se pasó el dia, y los ingleses echaron aquella noche ocho brulotes á los navíos medio derrotados y deshechos en la anterior pelea, que aterraron con su vista á los españoles, que se acordaban de la desgracia de Amberes, y todo lo llenaron de tumulto y confusion. Mandó Medina Sidonia levar las anclas para evitar el estrago del fuego, pero al tiempo que se apresuraba á huir de aquel mal presente, cayó de improviso en otro no menor, levantándose una tempestad, que en un momento dispersó toda su armada. Al otro dia acometieron los ingleses á los navíos dispersos: renovóse la pelea, y á un mismo tiempo hicieron grandes estragos el combate y la tempestad. Pero era mucho mas cruel la guerra que hacia el mismo mar, que la de los navíos entre sí; y no es posible ponderar el horror que causaba el ver á un mismo tiempo combatir las olas, los vientos, los hombres y las naves. Finalmente habiendo perdido Medina Sidonia la esperanza de juntar las tropas, como le era mandado, porque se lo impedian los ingleses, que no cesaban de pelear, la armada holandesa que no se apartaba de las costas de Flandes, y la horrible tormenta, determinó volverse á España con su armada muy disminuida. Habia perecido en Calés una galera napolitana, con muerte de su capitan Hugo de Moncada. El navío portugues en que iba Toledo, combatido por los holandeses, y agitado de una tormenta se sumergió, y fue á fondo cerca de Flesinga, y salieron á tierra la mayor parte de sus tropas junto con el mismo Toledo. Pimentel sostuvo por largo tiempo el ímpetu de la armada holandesa, con un navío americano muy bien equipado, hasta que habiendo sido muertos sus defensores, vino á caer en manos de los enemigos con algunos pocos nobles. El duque de Me-

dina Sidonia para no exponerse otra vez á los peligros del canal, tan famoso por las tormentas, y el ímpetu recíproco de las olas dirigió la proa ácia el Septentrion para dar vuelta á las islas; y entre horrorosas tempestades, y espantosos peligros, superó la Escocia, las Orcadas y la Irlanda, en cuya isla se le hicieron pedazos diez navíos. Pereció Alfonso de Leyva, que desde Sicilia habia venido con las galeras á esta infausta expedicion. Alfonso de Luzon con muchos de sus compañeros, fue conducido á Inglaterra, y fue mas favorable la fortuna de los que arribaron á las costas de Escocia y Dinamarca, de donde pudieron restituirse á España sin daño alguno. Oquendo, y Recalde fallecieron apenas llegaron, el uno á San Sebastian, y el otro á la Coruña. Medina Sidonia con parte de la armada salva entró en el puerto de Santander, y desde alli se retiró á su casa, no menos enfermo de cuerpo que de espíritu. Los historiadores discordan mucho sobre el número de los navíos perdidos. Unos lo disminuyen por vergüenza, y otros lo aumentan por odio, y nada puede asegurarse con certeza. No obstante, nos persuadimos que la mayor parte de la armada volvió á las costas de España. Dícese que el Rey no mudó la voz, ni el semblante quando le dieron la noticia de la pérdida, y que solo respondió: «Yo no envié la ar»mada á pelear contra las tempestades, y las iras »del mar, sino contra los ingleses." En aquel mismo dia libró cincuenta mil ducados para curar á los enfermos y heridos, dando gracias á Dios por haberle conservado parte de la armada, y como tan heróyco imitador de la fortaleza romana, prohibió por un edicto el luto, que habia vestido España por tan grande calamidad.

El Parmesano empleaba en Flandes todo su ta-

lento y fuerzas contra los estados confederados. Intentó en vano tomar por ardid á Bergop-Zoom, ciudad muy fortalecida, habiéndole faltado á la palabra el Ingles autor de la traicion; pero se vengó de los daños recibidos y de la perfidia, poniendo guarniciones en los lugares oportunos, y quitando con ellos á los enemigos la libertad de hacer presas. A fines del año anterior se habia apoderado Schenk de Bona, y consternado Ernesto con esta pérdida, y no quedándole fuerzas suficientes para recuperar la ciudad, fortificada por sí misma, y con una poderosa guarnicion, estaba resuelto á capitular con Schenk baxo de qualesquiera condiciones, antes que exponerse al peligro de perder toda la provincia. Pero noticioso de esto el Parmesano, como era tan zeloso de su fama y decoro, le envió á decir que no tratase cosa alguna con un enemigo que inmediatamente seria arrojado de alli. Al mismo tiempo mandó al príncipe de Chimai hijo del duque de Ariscot, que marchase á Bona con parte del exército. Fue atacada la ciudad con el mayor esfuerzo, y despues de largos combates, se entregó á Ernesto baxo de condiciones, y habiéndola asegurado con una guarnicion, nombró por su gobernador á don Juan de Córdova. Intentó despues Mansfeld el padre con parte de estas tropas combatir á Vachtendonck ciudad bien guarnecida de la provincia de Güeldres. Entonces se vieron por la primera vez las bombas; cuya invencion se debe á un habitante de Venloo, y que disparadas desde unos morteros de bronce, hacian horrible estrago en los edificios con gran terror y daño de los enemigos; y es de admirar, que no haga mencion de esto don Carlos Coloma. Peleóse atrozmente en la brecha del muro, donde se derramó mucha sangre, y quedó herido el mismo gobernador, y viéndose des-

pues enfermo, entregó la ciudad á principios del año siguiente, baxo de condiciones poco decorosas.

## CAPITULO VI.

*Turbulencias de Francia. Hace el Saboyano la guerra en Italia. Concilio provincial en México. Terremoto de Lima, y otros sucesos memorables de la India Oriental.*

En Francia continuaba la guerra con mayor furor, habiéndose aumentado mucho el poder de los Guisas con la accesion de las fuerzas reales. Por el contrario, socorrian á los hugonotes la Reyna de Inglaterra, y algunos príncipes de Alemania, los quales enviaron á Francia un exército de quarenta mil hombres, mandados por el general Bullon. Entregó el Rey sus tropas al duque de Joyosa, y le mandó que marchase contra el príncipe de Bearne, y encargó á Guisa que con las de los confederados, á las que habia juntado el Parmesano seis mil infantes y mil y quinientos caballos, acometiese á los alemanes, esperando que estos le oprimirian con su número y multitud. Entretanto, rodeado el mismo Rey Enrique con valerosas tropas, aguardaba el éxîto de estas expediciones para unir sus fuerzas, y declararse por el partido mas poderoso. Aborrecia en secreto al duque de Joyosa desde que se habia pasado á los de la liga, y ardia en ira contra Guisa, desde que renovó la alianza contra su voluntad, y estaba dispuesto á vengar la injuria hecha á su dignidad real, si se le presentase ocasion de hacerlo. Joyosa peleó desgraciadamente con el de Bearne, y quedó muerto en la batalla con mucha pérdida de unos y otros. Pero Guisa aunque muy inferior en

fuerzas, acometió con denuedo á los alemanes derramados en la Francia, unas veces por la espalda, otras por los costados, y otras frente á frente, sin dexarlos descansar de dia ni de noche; de tal suerte que los quebrantó extraordinariamente. Juntáronse á esto las enfermedades nacidas de la inclemencia del cielo, y del exceso en la comida y bebida, las quales aumentándose mas cada dia, se retiraron á su patria por gran fortuna las tristes reliquias de este exército, que en su entrada habia causado terror y espanto. El general Bullon falleció á su regreso en Ginebra.

Esta victoria fue muy perjudicial á Guisa, por el excesivo afecto que se concilió de todos los franceses, que levantaban su nombre hasta el cielo, y le llamaban á boca llena el libertador de la patria, el vengador de la religion y el terror de los enemigos. Por el contrario, se desenfrenaban todos largamente contra el Rey, llamándole incapaz para el gobierno, floxo y afeminado, por lo qual deberia cortársele el cabello, y encerrarle en un monasterio. Tales eran las conversaciones y discursos que se oian en los corrillos, con lo que irritado gravemente el Rey, intentó refrenar esta insolencia, que si no la precavia á tiempo, vendria á parar en una conjuracion: á este fin envió á París soldados armados, pero los parisienses suscitaron un tumulto, y los arrojaron fácilmente de la ciudad. Mas temiendo con razon que esto no quedaria sin castigo, se acogieron los principales al patrocinio de Guisa. Este pues, eludió con un ambíguo discurso la prohibicion del Rey de no entrar en París, y habiendo mudado de camino, siguiéndole solo siete criados, llegó finalmente á esta ciudad con mayor confianza que prudencia. Desconfiado el Rey del afecto del pueblo,

que veía tan inclinado á Guisa, llamó á los suizos para mayor seguridad de su persona, y para tener en ellos una guardia mas fiel. La Reyna madre hizo todos sus esfuerzos para aplacar al hijo, y para halagar á Guisa, no ignorando que el actual estado de las cosas amenazaba una total ruina, quando podia mas un solo noble desarmado que el Rey de Francia armado. Con su industria y maña se apaciguaron los ánimos, y ajustaron una recíproca concordia. Inmediatamente se sosegó el tumulto por la autoridad del de Guisa, y depuso el pueblo las armas, manchadas algun tanto con la muerte de los soldados; y los suizos fueron luego despedidos de la ciudad, con grande aplauso de los habitantes que aclamaban á Guisa.

Entretanto el Rey triste y melancólico, revolvia en su interior la insolencia del vulgo, la poca seguridad que tenia en aquella ciudad, donde reynaba el de Guisa, y quál seria el objeto y fin de sus designios; y no pudiendo sufrir ya por mas tiempo esta ignominia, pensó ponerse en fuga secretamente por una puerta falsa de palacio. Despues de esto, creciendo el odio con el miedo, no se ocupaba en otra cosa que en proyectos funestos contra los Guisas. Procuró disimularlos con gran cautela, hasta que al fin rompieron en los estados generales de Blois, donde con vergonzosa perfidia hizo matar al duque, y al cardenal de Guisa, faltando á la fé, y palabra pública; y á esto se añadió la maldad de haber dado una orden impía para quemar sus cuerpos. No se puede ponderar el trastorno, y general perturbacion que causó este atentado. Al momento que las ciudades tuvieron noticia de él, comenzaron á sublevarse contra la autoridad real; á unirse con los de la liga; y á tomar las armas, habiendo concebido tanto odio con-

tra el Rey, que suprimieron su nombre en los edictos y decretos, y derribaron y ultrajaron sus estátuas. El Papa le excomulgó por haber violado la sagrada púrpura; no solo con la muerte del cardenal de Guisa, sino tambien con la prision del cardenal de Borbon, y del arzobispo de Leon. Los parisienses que eran los que mas aborrecian al Rey, recibieron con extraordinario regocijo á Carlos duque de Mayena, hermano menor de los Guisas, y como si estuviese vacante el trono, le nombraron los estados por regente. A qualquiera parte que se volvia Enrique, no encontraba sino enemigos; pues por un lado tenia contra sí á los hugonotes, á quienes perseguia con la guerra, y por otro al de Mayena y á los confederados cathólicos, que estaban resueltos á no fiarse de alli adelante de un hombre perjuro; pero sobre todos sus adversarios se distinguian los parisienses, con quienes intentó en vano reconciliarse, disculpándose del hecho. Viéndose pues en el mayor conflicto, se juntó á los hugonotes, á cuyo fin envió al príncipe de Bearne algunas personas, que le persuadiesen lo mucho que convenia á ambos el unir sus fuerzas contra el comun enemigo. Con este hecho, ademas de la infamia que se atraxo, faltando á la causa de la religion, se tramó su misma ruina, y sumergió á la Francia en una lamentable calamidad. La Reyna su madre, como si adivinase, le anunció las desgracias que en breve habian de sucederle, y falleció de alli á poco tiempo, consumida de la tristeza. Esto es lo principal que acaeció entonces, pues el referirlo todo por menor no es propio de nuestra obra, ni de la brevedad que nos hemos propuesto.

Habia ya largo tiempo que todas las cosas se hallaban tranquilas en Italia, hasta que comenzó á turbarlas el Saboyano, que tomó las armas contra los

genoveses; pero no pudo apoderarse de la ciudad, porque se lo impidió el Frances. Intentó en vano, por dos veces, tomar por fraude á Carmañola capital del marquesado de Saluces; y por este tiempo se le cumplieron sus deseos, y reduxo á su dominio todo aquel estado con el auxîlio de un valeroso esquadron de españoles que le envió el duque de Terranova, gobernador de la Lombardía. Los historiadores afirman que le incitó á tomar las armas el deseo de arrojar de Italia á los hugonotes; pero muchas veces ocultan los príncipes sus miras ambiciosas con pretextos de justicia ó de religion. Por este tiempo, á instancias del Rey don Felipe canonizó el Papa solemnemente al Beato Diego, del orden de San Francisco, cuyo cuerpo se conserva en Alcalá de Henares con mucha veneracion de los fieles. El dia señalado para su festividad, que fue el trece de noviembre, recitó el Papa la oracion que él mismo habia compuesto, en la qual, como dice un autor, parece que indicó la humildad de su nacimiento en aquellas palabras: *Concede propitius humilitati nostræ*, como que era verdadero amador del christiano abatimiento, aun en la mas alta dignidad. No obstante, como fue hombre de extraordinario espíritu, dió muestras de magnánimo príncipe, mucho mas de lo que podia esperarse de la humilde fortuna en que habia nacido, y se habia educado. Procuró con inexôrable severidad expeler de todos sus dominios á los ladrones, asesinos, desterrados, enemigos de la quietud pública, y finalmente á todos los malhechores. Adornó la ciudad con monumentos desenterrados de la mas remota antigüedad. Levantó con feliz osadía, delante de la Basílica Lateranense, el obelisco que estaba sepultado en el circo máxîmo, donde le colocó Constancio hijo del gran Constantino, como

refiere Ammiano. Trasladó á la plaza de la iglesia de San Pedro, y dedicó á la Santa Cruz otro obelisco que estuvo en tiempos antiguos en el circo Vaticano de Cayo y Neron: y finalmente erigió el tercero en Santa María del Pópulo. La brevedad de su pontificado le impidió perfeccionar otras muchas cosas que tenía proyectadas. Falleció don Juan de Mendoza arzobispo de Granada, y fue electo en su lugar don Pedro de Castro, hombre muy docto, y defensor acérrimo de la libertad eclesiástica.

En América sucedieron por este espacio de tiempo pocas cosas dignas de memoria. El concilio de México celebrado el año de mil quinientos ochenta y cinco por el arzobispo don Pedro de Contreras, con asistencia de seis sufragáneos, mandó celebrar con octava solemne la fiesta de San Joseph esposo de la Santísima Vírgen María, que en otro sínodo de treinta años antes habia sido declarado patron del reyno de México, y se decidieron otros muchos puntos concernientes á la disciplina eclesiástica, y reforma de las costumbres, todo lo qual confirmó el Pontífice Sixto en el año siguiente. El Rey don Felipe envió entonces á aquel nuevo mundo once religiosos Carmelitas de la nueva reforma de Santa Teresa, á los quales se les dieron las ruinas del templo de San Sebastian, cerca de la ciudad de México, para que fundasen un convento, y se aumentó mucho en aquellos paises la piedad christiana con el buen exemplo de estos religiosos. A primeros de julio del año de ochenta y seis acaeció un terremoto en el Perú, que continuó por espacio de quarenta dias, con grande estrago de los edificios, no quedando en Lima ninguna casa intacta. Consternados los habitantes, abandonaron la ciudad, y á esto se siguió una pestilente enfermedad, que se extendió hasta las costas de Chile, y una horrible

hambre, originada del descuido de los campos, con cuyos males perecieron innumerables personas. Al mismo tiempo para colmo de miserias Tomás Candisch pirata ingles, habiendo atravesado el estrecho, saqueó y incendió los navíos, y hizo otros muchos daños.

Llegaron á Lisboa las naves de las Indias, opulentamente cargadas con muchas mercaderías. A peticion de los portugueses estableció el Rey don Felipe una audiencia en Goa, para la qual nombró diez oidores muy doctos. El arzobispo don Vicente no pudiendo tolerar por mas tiempo el desenfreno de los portugueses, entregados á todo género de vicios, renunció su dignidad, y murió en la navegacion quando regresaba á Portugal. Pablo de Lima, varon muy esforzado, se apoderó de Yor ciudad muy rica, situada no lejos de Malaca á grado y medio sobre el Equador, y derribó sus murallas, y no falta quien dice que fue reducida á cenizas. Entraron en parte de la presa cerca de mil piezas de artillería, y dos mil y doscientos buques que estaban fondeados en el rio. Tambien sobresalió mucho en esta expugnacion el valor de Antonio de Noroña. El Rey de Achen intentó muchas veces invadir á Malaca, y el de Ceylan á Columbo, pero uno y otro con igual desgracia. Por este tiempo tuvo aquel sitiada á Malaca por espacio de siete meses; mas con la voz que corrió de que venia Pablo con la armada, se apresuró á levantar el sitio. El de Ceylan combatia á Columbo con grandes fuerzas, y la defendia Juan de Brito con algunos pocos portugueses naturales del pais. Acudiéronle socorros de diversas partes: el bárbaro sin conmoverse por esto, perseveró en su empresa por seis meses seguidos, hasta que con la llegada de Pablo, y de Sousa Coutiño, cuyo valor habia experimentado en otras

ocasiones con grave daño suyo, levantó el sitio, y se retiró de allí con silencio. A principios de mayo de este año falleció el virrey Meneses, y habiéndose abierto la cédula real, fue declarado por su sucesor Manuel Coutiño, que habia adquirido mucha fama con sus hazañas. Emprendió Pablo su navegacion á Portugal, y naufragó en las costas de Africa; pero habiendo escapado de aquel peligro, falleció poco tiempo despues este hombre, que fue uno de los mas célebres de su edad. El pirata Alibet que hacia muchos daños á los portugueses en Mombaza, fue apresado con quatro galeras por Tomás hermano del virrey, el qual auxiliado despues por los bárbaros musimbaros, sujetó á los habitantes de aquellas costas, y regresó á Goa vencedor en mar y tierra, y fue recibido con magnífica pompa. El prisionero se convirtió al christianismo, y finalmente murió en Lisboa.

## CAPITULO VII.

*Desgraciadas empresas de Flandes. Antonio prior de Ocrato acomete á Portugal con una armada inglesa. El Rey Enrique es asesinado. Turbulencias de Francia.*

1. El año de mil quinientos ochenta y nueve fue 1589. abundante de expediciones desgraciadas. El conde de Egmont combatió con mucho esfuerzo á Goets de orden del príncipe de Parma, y no pudo tomarla. Tampoco Mauricio pudo conservar á Gertrudemberg, aunque se hallaba sitiada por todas partes, para que no pudiesen entregarla al de Parma los ingleses que la presidiaban, los quales irritados con los estados, porque no les pagaba su estipendio, habian pactado la entrega al de Parma baxo de cierta suma. Mauricio

arrebatado de la ira, mandó batir los muros con la artillería, y acometió por la brecha; pero fue rechazado con pérdida por los ingleses, y con la voz que corria de la venida del de Parma, se embarcó en los navíos, con la misma celeridad que habia venido, y habiéndose deteriorado su salud, marchó á tomar las aguas de Spá por consejo de los médicos. Entretanto no hubo mas que ligeros encuentros, que mas bien exercitaron que fatigaron al soldado. El marques de Varambon, natural de Borgoña gobernador de Güeldres, acometió sin fruto alguno á Rhimberg, pero peleó prósperamente con Schenk, que habia acudido á socorrer á los que se hallaban en aprieto; y se dice que fue ganada la victoria por el valor de las tropas napolitanas. No tardó Schenk en desquitarse de los daños que le hicieron los realistas, pues derrotó á Patton que poco antes habia desertado de los ingleses, llevándose el dinero destinado á la paga de las tropas, para entregarlo á Verdugo. Mas no le duró mucho á Schenk la alegria de la victoria, y de la presa. Embarcóse en el rio Vahal, y antes de amanecer quiso entrar en Nimega; pero rechazado al rio por los habitantes, y tropas de la guarnicion, se embarcó en su navío, el qual se abrió con el peso de los muchos que huian de la muerte, y se sumergió en medio de la corriente, y de esta manera pereció aquel hombre tan belicoso, y despreciador de los peligros, pero muy desenfrenado en la ira, y en el vino. No mucho despues Nuenar su compañero de armas, murió abrasado por un barril de pólvora que se incendió casualmente. Varambon peleó desgraciadamente con el ingles Francisco Ver; y Rhimberg fue socorrida por el vencedor con todas las previsiones necesarias. Pero finalmente despues de un largo sitio fue ganada con la paciencia por Carlos Mansfeld, y restituida el

año siguiente al arzobispo de Colonia; el qual por medio de sus legados dió muchas gracias al de Parma, por haber recobrado con su auxîlio y consejo los dominios que tenia perdidos. Estas fueron las cosas mas dignas de memoria que sucedieron en Flandes.

En Inglaterra se disponia una poderosa armada para daño de la América; pero á instancias y ruegos de Antonio prior de Ocrato, mandó la Reyna que se dirigiese contra las costas de Portugal. Esperaba pues aquella princesa, que con la presencia de Antonio, y á vista de las banderas inglesas, se animarian los portugueses á sacudir el yugo y dominacion de los castellanos, que sufrian con tanta impaciencia; y de este modo con las fuerzas de una provincia opulenta suscitaria á poca costa una gran guerra al Español, al mismo tiempo que con sus astucias fomentaba la de Flandes, para que el Rey de España no pudiera acometerla en su misma casa. Habiendo penetrado don Felipe el artificioso designio de la Reyna, envió á Lisboa al conde de Fuentes hombre muy experto en los negocios de la paz y de la guerra, con un escogido esquadron de gente armada, á fin de que mantuviese en su deber á los portugueses en caso necesario, y procurase rechazar á los enemigos de aquellas costas. Ademas de esto, con la noticia que se divulgó de la guerra, acudieron socorros de todas partes, y un gran número de voluntarios, deseosos de dar pruebas de su valor.

Don Juan de Padilla marques de Cerralbo, obtenia el gobierno del reyno de Galicia, adonde primeramente arribó el enemigo con la codicia de hacer presas. Componíase su armada de setenta navíos, que conducian catorce mil soldados, al mando de Enrique Noris general de mucha experiencia. Habiendo desembarcado en el puerto de la Coruña, acometie-

ron á la ciudad que no estaba muy guarnecida, y intentaron en vano el asalto por la brecha del muro, de donde fueron rechazados con una sangrienta pelea. En esta ocasion resplandeció el heróyco valor de una gallega, llamada María Pita, pues viendo que descaecian de ánimo los hombres, oprimidos por la multitud de los enemigos, arrebató á un soldado su espada y rodela, y les dixo á gritos: « Buen ánimo, »compañeros mios, seguidme y tomad exemplo de »mí, porque en nuestras manos está pendiente el »honor del nombre Español. " Dicho esto, acometió á los enemigos con increible audacia, y incitados de ella los soldados, se reaniman sus fuerzas, y despues de un atroz combate, rechazaron al enemigo de la brecha del muro con grande estrago. Un autor de aquel tiempo asegura que perecieron mil y quinientos ingleses, y entre ellos un hermano de Noris. Desesperado pues de tomar la ciudad, descargaron su ira contra el arrabal; y despues de haberle saqueado, y incendiado, se retiraron á los navíos, y levantando las anclas desaparecieron inmediatamente. Aquella muger tan heróyca, cuyo valor conservó la ciudad, fue premiada por el Rey con el sueldo de alferez.

Pusiéronse los enemigos á la vista de Peniche, villa pequeña de Portugal, y poco guarnecida, y al momento se apoderaron de ella. Desde alli se encaminaron á Lisboa con sus tropas en orden de batalla, y habiendo puesto sus reales en un parage oportuno, poco distante de la ciudad, esperaban la sublevacion de sus habitantes, y que les diesen entrada; en lo qual les confirmaba Antonio, fiado en la palabra de algunos de sus partidarios. Pero el cardenal gobernador mandó ajusticiar á los mas fanáticos Antonianos, que clandestinamente incitaban al pueblo á to-

mar las armas, con cuyo suplicio aterrados los malcontentos, prefirieron la quietud á una ruina inevitable. Los nobles y ciudadanos honrados se mantuvieron por el Rey con sincera é inviolable fidelidad. El conde de Fuentes impedia á los ingleses que hiciesen correrías, teniéndolos encerrados por todas partes con la caballería. Hubo algunas leves escaramuzas favorables á los españoles; pero no pelearon en batalla, porque el Ingles se mantenia en su campo muy fortificado. Drake que mandaba la armada, tomó á los alemanes ocho navíos cargados de trigo en el puerto de Cascaes, junto con la fortaleza por la cobardía del gobernador, que pagó con su cabeza. No intentó Drake penetrar en el rio Tajo, de lo qual le culpó Noris. Tenia Bazan cerrada la entrada con diez y ocho galeras, defendidas por las fortalezas, y finalmente viendo el Ingles despues de ocho dias, que no habia esperanza de cumplirse las promesas de Antonio, se retiró á Cascaes, habiendo recibido algun daño en su retaguardia. Incendió la fortaleza, y la arrasó con pólvora hasta los cimientos, y se hizo á la vela para Inglaterra, sin haber conseguido lo que se proponia en esta expedicion.

No con mayor fortuna intentó el Saboyano apoderarse de Ginebra, auxîliado por el Rey don Felipe con valerosas tropas, sacadas de la Lombardía y de Nápoles. Alegaba aquel sus antiguos derechos, y al Rey don Felipe le movia el deseo de restablecer la religion cathólica, y esperaban que Dios favoreceria la buena causa; pero sucedió todo lo contrario, tal vez en castigo de los pecados de los nuestros. Inmediatamente acudieron los suizos de las cercanías á socorrer á los sitiados. Hubo primero treguas, y despues de concluidas, algunos combates de poca importancia. Finalmente se introduxo una peste en el

campo, cuyos estragos, y el daño que le causaban los sitiados con sus salidas, obligaron al Saboyano á retirarse sin haber hecho cosa alguna.

Mucho mas desgraciado fue el Rey Enrique en el sitio de París con un grande exército, habiendo juntado sus tropas con las del príncipe de Bearne. Deseaba con mucho ardor vengarse de las anteriores injurias, y decia que sin derramar mucha sangre no podia curarse el frenesí de sus habitantes. Hallábase ya la ciudad en la mas crítica situacion; todo estaba dispuesto para dar el asalto en los arrabales, y esperaba apoderarse de ellos en breve tiempo, junto con la ciudad, pues el miedo habia entorpecido de tal suerte á sus moradores, que desconfiados de poder librarse, corrian mas bien á esconderse que á tomar las armas. Era grande el pavor y consternacion de la multitud, quando se mudó la escena por el delirio, y temeridad de un hombre despreciable. Jacobo Clemente religioso Dominico, muy conocido de todos los suyos por su declarada estupidez, entró en el campo, y dixo que tenia que hablar al Rey en secreto, y entregarle unas cartas. Lleváronle con efecto, muy de mañana á la presencia de Enrique; retiráronse todos como lo habia pedido, y al tiempo que hacia el ademan de entregarle las cartas que llevaba prevenidas, le metió un cuchillo por el vientre con tan grande fuerza, que penetró hasta el mango. Levantó el Rey el grito, y se sacó el cuchillo de la herida, y con gran presencia de ánimo, le clavó en la frente de aquel malvado. Acudieron al ruido los domésticos y cortesanos que acabaron de matar al traidor, y arrastrando su cadáver por los pies le despedazaron con quatro caballos, y despues le reduxeron á cenizas. En la primera curacion dieron los médicos alguna esperanza de vida, ó porque lo creian asi, ó

porque convenía creerlo. Pero habiéndole sobrevenido una calentura con cruelísimos dolores, y conociendo que se le acercaba su muerte, llamó al príncipe de Bearne, le declaró heredero del reyno, y le amonestó que si deseaba salvarse á sí mismo, y á la patria, volviese quanto antes al gremio de la iglesia cathólica. Inmediatamente fue proclamado Rey por el exército Enrique IV, de este nombre, y Enrique III, despues de haber recibido los Santos Sacramentos, falleció con muchas señales de arrepentimiento, siendo el último Rey de la casa de Valois. De tan delgado hilo como éste pende la salud y opulencia de los mortales, en las que tanto confian como si no pudiesen perderlas. Ignórase todavia quien fue el autor, ó incitador de tan horrible maldad. Libres ya los parisienses de aquel grave peligro, y de comun acuerdo de los de la liga saludaron por Rey de Francia al cardenal de Borbon tio del príncipe de Bearne, con el nombre de Carlos X, y porque se hallaba preso desde la muerte de los Guisas, nombraron por su vicario al duque de Mayena, estando muy confiados de que el cielo favorecia su causa. El de Bearne levantó su campo, y se retiró de alli muy cuidadoso, persuadido de que en tan diversos afectos y creencia no era facil encontrar el camino de restablecer la tranquilidad y bien público. De aqui el Rey don Felipe, que tenia los mismos enemigos que Dios, se vió implicado necesariamente en una triple guerra con los holandeses, ingleses, y el Frances, á cuyos conatos creyó debia oponerse con detrimento de la Flandes, ademas de las grandes sumas de oro, que habia dado á los de la liga, á quienes recibió baxo de su proteccion.

## CAPITULO VIII.

*Sucesos de Flandes. Envia el Parmesano á Egmont con un socorro á Francia. Alianza de España con los cantones suizos cathólicos.*

1590. A principios de marzo del año de mil quinientos y noventa causó Mauricio á los realistas un grave daño con la toma de Breda, ciudad muy fortificada, habiéndose burlado con ardid de los italianos que la guarnecian. Tres de los principales pagaron con la cabeza la pena de su descuido. Francisco Vintimilla, que temia el último suplicio, se libertó de él por su poca edad, y fue despedido del exército. En vano se esforzó el de Parma en recuperar la ciudad perdida, habiendo sido llamado de alli por el peligro de los de Nimega, contra cuya ciudad habia dirigido Mauricio sus armas; y ya que no pudo otra cosa levantó una fortificacion en la ribera opuesta del rio, con grande incomodidad de los habitantes, á quienes impedia el uso de la navegacion y del campo. A la verdad el jóven Mansfeld hubiera estorbado á Mauricio esta obra, si no le hubiese llamado el Parmesano, que recibió orden del Rey para marchar aceleradamente á Francia con el exército. Hallábanse en tal estado las cosas de los de la liga, que caminaban á su total ruina si no se les socorria. El Parmesano en virtud de la alianza, mandó á Egmont que llevase auxîlios al duque de Mayena, y estos se componian de mil y ochocientos caballos muy bien equipados, que era lo que más necesitaba. Fortificado con estos y otros socorros movió su exército contra el de Bearne, que retenia en su partido á los cathólicos, con la esperanza de que mudaria de religion. Finalmente despues de varias tentativas, se

ordenaron en batalla los dos exércitos, cerca del pueblo de Juria: y habiéndose trabado el combate entre la caballería, pareció que al principio se inclinaba la victoria á los confederados, porque los flamencos en el primer ímpetu hicieron mucho estrago en los enemigos. Pero mudándose la fortuna de la pelea fueron derrotados, y puestos en fuga por la infantería francesa, que desde luego se puso en accion. El conde de Egmont quedó muerto con algunos pocos caballos, y en la batalla no se derramó mucha sangre, ni perecieron en ella muchos mas de los vencidos, que de los vencedores. Los alemanes fueron tratados cruelmente como que eran desertores; muchos de ellos perecieron ahogados en las corrientes de un rio cercano, y el resto de las tropas se dispersó por varias partes.

Despues de esta desgraciada batalla vino á París el duque de Nemours para animar á los ciudadanos, y que no desfalleciesen con el terror, pues no tardó mucho tiempo en sitiar con sus tropas el de Bearne aquella capital para domarla por hambre. Marchó el duque de Mayena á Flandes á conferenciar con el Parmesano, en quien parecia se hallaban puestas las esperanzas, y las fuerzas de la liga. Habláronse pues en Condé, y no volvió Mayena muy satisfecho, porque cuidadoso el Parmesano de las cosas de Flandes, le hacian poca impresion las desgracias agenas. Pero al paso que éste procedia con lentitud, y tibieza en la causa de los de la liga, tanto mayor era el zelo y ardor con que la abrazaba el Rey don Felipe, porque un ánimo excelso no sabe contenerse en estrechos límites, y tanto mas creia asemejarse á Dios, quanto mayor cuidado ponia en el bien de mayor número de hombres. El Parmesano dirigia únicamente todos sus desvelos á los negocios

de Flandes, y esperaba recuperar quanto antes para el Rey todas aquellas provincias, con inmortal fama de su nombre, y por tanto sentia que una nueva guerra le interrumpiese la victoria que tenia concebida en su ánimo. Tampoco sus fuerzas eran suficientes para hacer cara á tantos enemigos; por lo qual temia perder una y otra empresa con mucho descrédito suyo. Mas el Rey don Felipe miraba la cosa baxo de otro aspecto. Decia que convenia defender en Francia la religion verdadera, porque si se arruinase aquel reyno, sucederia lo mismo en Flandes, que por todas partes se hallaba agitada de perversas opiniones: que España no estaba muy remota del peligro; y que si Dios no miraba por su causa, la misma capital del mundo christiano se abrasaria dentro de breve tiempo en supersticiones: que aboliran la verdadera piedad: que debia poner cuidado en evitar estos males, pues el cielo se lo habia inspirado, dándole al mismo tiempo tantas riquezas para que el imperio sostuviese á la religion; y que ademas de esto era muy propio del decoro de su nombre socorrer á sus socios en tanto aprieto, aun con peligro y daño de sus propios bienes. Confirmado pues en esta idea, habia pedido dinero á España y América con el título de don gratuito para los gastos de la guerra, y se recogieron fácilmente seis millones de ducados. Mandó tambien reclutar sesenta mil hombres, habiéndoles concedido varias inmunidades para que acudiesen armados, adonde los llamase el peligro de fuera, á causa de que la España en un rompimiento súbito no podia ser socorrida por sus continantes, pues no tenia ningunos que mirasen por ella. Al mismo tiempo para quitar á la Francia el apoyo de los suizos, y apropiársele á sí mismo, procuró hacer alianza con los Cantones que se mante-

nian en la religion cathólica. Recibieron aquellos hombres con admirable regocijo la amistad de tan gran príncipe, habiendo enviado á España al coronel Lucio con algunos nobles capitanes para ajustar las condiciones. Tratólos el Rey honoríficamente, y les regaló entre otras cosas, collares de oro engastados en piedras preciosas. Esta fue la primera vez que se vieron en España diputados de aquella nacion belicosa; los quales despues de concluido el tratado á medida de sus deseos se restituyeron alegres á su patria.

Pero volvamos al Parmesano: habíale mandado estrechamente el Rey don Felipe, que juntando un poderoso exército, marchase quanto antes á Francia, habiéndole facilitado dinero para la paga por medio de los banqueros, y le escribió que confiaba en la bondad de la causa, y en la prudencia de tan gran general, que llenaria el colmo de sus anteriores victorias, y que la fama de haber conservado á París haria su nombre esclarecido en todas las naciones: que convenia tanto retener á la Francia en la iglesia cathólica, no menos que á él la conservacion de Flandes, por lo qual dexase por entonces este cuidado, y lo abandonase á la providencia. El Parmesano, aunque forzado, comenzó á mover sus tropas ácia las fronteras de Francia, dexando á Mansfeld el viejo el gobierno interior de Flandes, segun se lo habia mandado el Rey, y las pocas fuerzas que le entregó mas eran para rechazar la guerra, que para hacerla. El duque de Mayena se adelantó con presteza á Condé, noticioso de las órdenes del Rey don Felipe, y juntó sus tropas con las del Parmesano. En aquella ciudad recibió cartas de los parisienses sitiados, en que le decian, que sino apresuraba su marcha vendria mas bien á los funerales

que al socorro de la ciudad, que estaba muy próxima á espirar. El de Bearne habia cerrado de tal suerte todas las entradas, que comenzaron á faltar todos los alimentos, y el hambre hacia los mayores estragos, obligándolos á usar de las comidas mas desusadas y repugnantes, y no obstante permanecian aquellos hombres en su inflexibilidad, estando obstinados á padecer con increible paciencia todo género de calamidades, y aun la misma muerte antes que abrir las puertas al Rey herege. Hemos referido esto brevemente, y como de paso para que eternamente sea celebrada la constancia de aquella nacion ínclita en la defensa de la religion.

En situacion tan calamitosa sirvieron de grande auxîlio el duque de Nemours gobernador de la ciudad, los embaxadores del Pontífice, y de España, Enrique Cayetano, y don Bernardino de Mendoza, y otros varones principales, con cuyos socorros se mantuvieron firmes los parisienses. Hacian todos los dias rogativas, votos y promesas al cielo, y mas de una vez imploraron la clemencia del enemigo, para que sin menoscabo de la religion se compusiese aquella discordia; pero fueron vanos todos estos esfuerzos. Entretanto se introduxo en la ciudad una gran cantidad de víveres por la parte de los reales, que se hallaba mas descuidada, á cuyo fin se adelantó el duque de Mayena hasta Meaux con parte de las tropas. Consumiéronse en breve estas provisiones, y volvió otra vez el hambre con mucha mas fuerza que antes, como si mas bien se hubiese irritado que apagado con aquel socorro. El Parmesano se iba acercando, y con la fama de su venida inmediatamente levantaron los enemigos su campo con imponderable dolor del de Bearne, que se veia forzado á perder de entre las manos la ciudad capital

del reyno, despues de haberla reducido á tal extremo de hambre, que apenas podria sustentarse por espació de quatro dias. Asi lo creian los principales cabos del exército, que se juntaron en consejo de guerra. Su designio era que rechazando de alli al Parmesano, y obligándole á retroceder con los socorros que conducia, se volviesen otra vez al campo hasta que los parisienses se viesen forzados por la necesidad á entregarse. Pero sucedió muy al contrario de lo que habian pensado, porque el Parmesano se burló del de Bearne, despues de haberle alejado de las murallas de la afligida ciudad. Puso sus reales entre Meaux y París: siguiéronse algunas escaramuzas entre la caballería, y se exploraron uno á otro sus fuerzas; que en realidad no eran muy desiguales. Farnesio sobresalia en la infantería, y Borbon en la caballería; pues se dice que aquel tenia ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y éste veinte mil hombres y siete mil de caballería muy esforzada. Los generales eran iguales en la ciencia militar, el uno algo mas reparado y circunspecto, el otro mas audaz y despreciador de los peligros, y ambos esclarecidos con muchas victorias.

Habiendo el Parmesano ordenado sus tropas, divulgó la voz de que daria la batalla, á vista de que el enemigo le provocó á ella el dia antes, enviando al duque de Mayena un cartel por medio de un rey de armas; pero en su interior pensaba otra cosa muy diversa. Colocó en la frente la fuerza de la caballería al mando del marques de Rhenti; al duque de Mayena en el centro con la infantería española, italiana y alemana y veinte cañones de campaña á los costados de la infantería y caballería francesa, y encomendó la retaguardia á Mota con dos legiones de walones, y otras dos compuestas de alemanes y

suizos, añadiendo algunos esquadrones de caballos. Mandó á Rhenti que ocupando las alturas fingiese baxar muy despacio; y que se detuviese de trecho en trecho, como si dispusiera sus tropas en orden de batalla, para pelear con el enemigo que ocupaba la llanura. Este aspecto de combate llenó de alegria al de Bearne que lo deseaba en extremo; pues como era superior en la caballería, se lisonjeaba ya de la victoria, peleando en campo llano abierto. Pero mientras que el Parmesano entretenia á los enemigos con la falsa esperanza de la batalla, mandó de improviso detenerse á Mayena que en otro collado estaba ordenando el centro del exército, y sonriéndose descubrió la catástrofe de la escena, y dispuso marchar por la izquierda ácia Lignac, por donde habia facil entrada para socorrer á París. Habiendo mudado de esta manera la formacion del exército, el centro se convirtió en vanguardia, la retaguardia en centro, y la vanguardia que mandaba Rhenti que sabia los designios del Parmesano, quedó ahora de retaguardia. Finalmente para impedir que el enemigo no la molestase, dispuso por los bosques tiradores españoles, que recibiesen con una lluvia de balas al que intentase perseguirlos. Al principio se admiró el de Bearne de la tardanza; pero viendo despues que se aclaraba y desvanecia la nube de hombres que ocupaba las alturas, conoció que habia sido burlado, y despachó la mitad de la caballería contra los que se retiraban, asi para vengarse del engaño, como para explorar los desïgnios de aquella marcha. Pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, y los franceses no sacaron mas fruto que heridas é ignominia.

Llegó pues el exército por la noche á Lignac, ciudad situada á la márgen del rio Marne, y inme-

diatamente fueron tomados los arrabales. Al amanecer del dia siguiente principiaron los soldados á cavar la tierra, levantando trincheras á toda prisa, colocando la artillería en todas las entradas, y guarneciéndose con la caballería contra qualquiera invasion. Al mismo tiempo desde la ribera opuesta comenzaron á batir los muros de la ciudad, teniendo por medio el rio. El estruendo de la artillería hirió el ánimo del de Bearne, el qual bramaba sin saber que hacerse, pues ni hallaba medio de socorrer á los sitiados, ni por donde acometer contra los reales sin una conocida pérdida suya, y veia que se le escapaba París de entre las manos, y que á su presencia era vencida y expugnada Lignac. Finalmente se resolvió á socorrer á los que se hallaban en tanto peligro; y conociendo que era necesario apresurarse, hizo montar á la infantería en las ancas de los caballos, y la envió por diversas partes del rio. El mismo en persona, para servir de auxîlio á los suyos, marchó por un camino mas largo al puente de Gornay con un valeroso esquadron de caballos. El Parmesano habiendo atravesado el rio por un puente que hizo levantar algo mas arriba, mandó á sus tropas que diesen el asalto. Pelearon muchas veces, y finalmente fue expugnada la ciudad á fuerza de armas, hiriendo y matando á vista del de Bearne, el qual torció las riendas al caballo, y lleno de ira y de indignacion, se volvió á su campo por el mismo camino que habia traido. Los vencedores despues de tomada la ciudad se derramaron al saqueo: los viejos, mugeres y niños fueron conservados en las iglesias, y quedó prisionero con muchos nobles el gobernador Lafin, que habia dado pruebas de un heróyco valor en defensa de la ciudad. Esta victoria costó muy poca sangre á los vencedores, habiendo muerto so-

los ocho, pero hubo muchos heridos, y de los enemigos perecieron novecientos.

## CAPITULO IX.

*Entrada del príncipe de Parma en Paris. Vanos esfuerzos del de Bearne para apoderarse de esta ciudad. Vuélvese el Parmesano á Flandes con su exército.*

Despues de este suceso, movió el de Parma su exército ácia París, donde se introduxo una inmensa cantidad de víveres con inexplicable alegria y aplauso de sus habitantes, como cada uno puede considerarlo por sí mismo. Porque aunque despues de levantado el sitio y saqueado el campo enemigo, en el que con la prisa de la retirada se habia dexado mucho trigo, y ademas se conduxo mucho de otras partes para remediar el hambre, no era sin embargo tanta la abundancia, que los libertase para lo venidero del miedo de la necesidad. No debemos omitir en este lugar la piedad memorable de Christóbal Lori noble valenciano, que buscando entre las ruinas de las iglesias de los arrabales las reliquias de los Santos arrojadas con desprecio por los hugonotes, las recogió y procuró que fuesen colocadas en parages decentes. Para aliviar el de Bearne la escasez que padecian sus tropas con el saqueo de los reales, y resarcir de alguna manera la anterior ignominia, atravesó el rio, y durante las tinieblas de la noche arrimó las escalas á los muros, persuadido de que los ciudadanos abandonando las centinelas estarian entregados al sueño. Pero le salieron vanos sus esfuerzos, pues habiéndolo descubierto los parisienses, porque los correos de una parte á otra estaban en

continuo movimiento, doblaron con mayor cuidado las centinelas, y rechazaron fácilmente al enemigo. No por esto desfalleció su ánimo con el desgraciado éxîto de la empresa; antes bien haciendo juicio de que los ciudadanos pasado el peligro se entregarian descuidados al sueño, mandó arrimar otra vez las escalas con gran silencio en lo mas profundo de la noche. Ya el suceso iba á corresponder á sus esperanzas, pues ninguno se les oponia, quando acudieron los jesuitas que hacian la ronda por aquella parte; gritaron al arma, y al enemigo, y arrojaron de las escalas á los que subian por ellas. Finalmente habiendo acudido prontamente los soldados y la plébe armada, rechazaron de alli al de Bearne. Coloma nombra por autor de esta hazaña á Francisco Suarez, otros á Juan Lorino, y otros á ninguno. Perdió el de Bearne la esperanza de conseguir cosa alguna por fuerza, á vista de que la fortuna se oponia á todas sus empresas, y desistiendo al fin de exponerse á nuevos peligros, despidió el exército, habiéndose reservado un valeroso y expedito esquadron para ocurrir á qualquier encuentro. Tambien muchos nobles de la liga se retiraron del campo á sus casas, porque no podian ya tolerar los gastos.

El Parmesano despues de haber obligado á entregarse los pueblos circunvecinos, á fin de que asi por tierra como por el rio, estuviese libre el comercio de la ciudad, descansó algunos dias en París, donde habia sido recibido con régia magnificencia, alegria, y aplauso de todos los estados. Desde alli se dirigió contra Corbeville ciudad situada á la orilla del rio Sena, bien guarnecida con muros, y un foso lleno de agua, y asegurada con una valerosa guarnicion que mandaba su gobernador Rigaud hombre intrépido y de una fidelidad inviolable. Durante su ex-

pugnacion padeció el exército falta de las cosas mas necesarias, porque el duque de Mayena y los parisienses le proveian con mucha escasez. Finalmente habiendo dado el asalto, y atravesado el foso por un puente de madera, pelearon atrozmente unos y otros, como por sus aras y hogares; y despues de un sangriento combate se vieron enarboladas en los muros las vencedoras banderas de los españoles y walones, mientras que los italianos incitados del exemplo de sus compañeros, penetraron por otra parte, con estrago de los suyos y de los enemigos. Caminaban los vencedores sobre montones de cuerpos muertos, y se derramaron por la ciudad á matar y saquear quanto encontraban. Rigaud cayó muerto peleando valerosamente, y atravesado de muchas heridas, y no puede disimularse que la victoria fue cruel; pero en medio de tan desenfrenada licencia respetó el vencedor las iglesias, y muchos libertaron su vida en ellas. El Parmesano entregó el pueblo á Mayena con escrupulosa integridad, contentándose por único premio con la gloria de esta hazaña.

Despues que proveyó suficientemente á la seguridad de los parisienses arrojando de alli á los enemigos, y habiendo introducido víveres para seis meses, movió Farnesio sus tropas disminuidas algun tanto con los males de la guerra, y se puso en camino para Flandes. Marchaban los esquadrones ordenados siempre para la pelea, como si caminasen por pais enemigo, y rodeados con la multitud de los carros, á fin de evitar qualquiera repentina asechanza. A últimos del otoño, y no lejos de las fronteras de Flandes, se le puso á la vista la caballería enemiga, ordenada en batalla, y instruido el Parmesano de su número, la opuso un fuerte esquadron que la acometió, acelerándose el exército á llegar al parage

destinado para sentar los reales, mientras que unos y otros hacian algunas escaramuzas. Comenzaron los nuestros felizmente la pelea, y encendiéndose mas con la llegada de los flamencos, rodearon á Biron el jóven, que fue el que aconsejó al de Bearne esta tentativa, y habiéndole muerto el caballo, se vió obligado á pelear á pie, y defenderse, no tanto con las armas, quanto con la aspereza del sitio. Volaron los compañeros para sacar del peligro á aquel ilustre jóven; y por la otra parte Rhenti, y Chimai introduxeron en la pelea seiscientos caballos corazas. Al mismo tiempo Idiaquez y Cayetano aceleraron el paso con sus legiones para mezclarse en el combate. Conmovido el Rey del peligro que corrian los suyos, envió prontamente dos mil caballos con el duque de Longueville contra los españoles, y apenas tuvieron tiempo de libertar á Biron; el qual habiendo montado en un caballo volvieron la espalda los enemigos, y con la venida de la noche se dirimió la accion. Dícese que perecieron en la pelea sesenta franceses, y que muchos mas fueron ahogados en el rio, y su pérdida hubiera sido mayor, si les hubiese durado mas el dia á los vencedores. Finalmente luego que llegaron á Guisa, pelearon otra vez en la retaguardia, aunque el combate fue ligero por la desigualdad de las fuerzas, y temeroso el Rey de esto, procuró retirarse quanto antes, despues del primer choque, para no pagar la pena de su inconsiderada audacia. Despues de esto entregó Farnesio á Mayena quatro mil infantes y quinientos caballos, mandándoles que invernasen en el territorio de Rheims, para que defendiesen el nombre de la liga contra las fuerzas de sus enemigos; y desde alli se restituyó á Flandes colmado de gloria y de victorias.

Pero en estas provincias halló las cosas en muy

mal estado; porque auxîliado Mauricio por la Reyna de Inglaterra con dinero y tropas, y aprovechándose de la ausencia del Parmesano para promover sus conquistas, llevó á todas partes impunemente el terror de sus armas. Habiéndose apoderado de las fortificaciones levantadas para la defensa de las fronteras, se disponia ya á tomar las principales fortalezas. Acometió primero con asechanzas á Nimega, levantando á este fin una fortificacion en el rio Vaal, y Verdugo que se hallaba muy falto de todas cosas, se resistia á sus esfuerzos todo quanto podia, junto con Manuel de la Vega. Sus soldados despues de haber hecho heróycas hazañas en lo mas crudo del invierno, estrechados por su extrema pobreza, y irritados por la severidad del coronel, se sublevaron contra él, y le amenazaron con la muerte incendiando con pólvora la tienda donde descansaba. Los habitantes de Venloo en la provincia de Güeldres, se cansaron de sufrir las rapiñas y maldades de los italianos, que habian quedado de guarnicion, y habiéndolos engañado con un ardid, y intimidado despues á los alemanes, arrojaron de la ciudad á unos y otros; pero se mantuvo ésta fiel al Rey como lo afirma Coloma. Los holandeses se apoderaron tambien de dos fortalezas en los confines del Brabante, y acometieron desgraciadamente á Dunquerke, habiendo sido rechazados por la guarnicion al mar, y á los navíos, y despojados de su campo y bagages. Tal era el aspecto de las cosas de Flandes.

## CAPITULO X.

*Continúa la guerra en Francia. Muerte del Papa Sixto V y de Urbano VII, y eleccion de Gregorio XIV. Muerte de algunas personas ilustres.*

Entretanto habia muchos movimientos en varias partes de Francia. En la Guyena defendia la religion cathólica el duque de Joyosa sucesor de su hermano, que poco antes habia sido muerto en Courtray. El Rey don Felipe le envió de socorro á Narbona, dinero y tropas no despreciables, entre las quales se contaban mil catalanes, mandados por Hortensio Armengol. En una armada de quarenta navíos habian arribado á Blavet en la baxa Bretaña, quatro mil y quinientos españoles, baxo el mando de don Juan del Aguila, los que habiéndose juntado con las tropas de Manuel de Lorena duque de Mercoeur, arrojaron á los hugonotes de muchos lugares. El Saboyano vino con un exército á la Provenza, y fue recibido en Aix con el mayor regocijo por sus habitantes, que eran muy zelosos cathólicos; con cuyo exemplo se sujetaron á su autoridad otras ciudades. Al mismo tiempo molestaba con hostilidades á los ginebrinos, por medio de Amadeo su hermano bastardo. Esta guerra se hizo con varia fortuna, y en ella sobresalió mucho el valor del capitan español Antonio Olivera. Luego que don Felipe penetró los designios de estos príncipes, les suministraban escasamente los socorros; por lo qual solo envió al Saboyano tres mil españoles y trescientos mil escudos de oro, para que haciendo la guerra en diversas partes, dividiesen las fuerzas de la Francia, y evitasen que reunidas en uno, fuesen suficientes para arrebatar el cetro. El duque de Mayena daba claros

indicios de que aspiraba al reyno; porque despues de la muerte de Carlos de Borbon, á quien los de la liga habian aclamado Rey, obedecian únicamente á Mayena, y lo gobernaba todo á su arbitrio. Llevaba esto á mal el de Lorena, que derivando su antiguo derecho desde Carlo Magno, y el moderno en caso que se aboliese la ley Salica, alegaba que debia recaer el reyno en el hijo del marques de Pontmouson, como nacido de Claudia hermana de Enrique III. Tambien representó su accion el Saboyano, como hijo de Margarita, hermana de Enrique II, á cuyo fin envió una embaxada al parlamento de Grenoble, que no produxo efectò alguno. Tampoco los embaxadores del Rey don Felipe, que se hallaban en París, querian derramar sin esperanza de lucro las riquezas del Oriente y del Occidente, y alegaban el derecho de la infanta doña Isabel. Pero como por la prohibicion de la ley Salica no podian alcanzar el reyno, habian pensado reclamar la Bretaña que estaba exênta del vínculo de aquella ley, como que poco tiempo antes se habia unido á la corona de Francia por Claudia heredera de aquel principado, que estuvo casada con Francisco I. El de Lorena, y el Saboyano tenian otros proyectos, en caso que les saliesen fallidas las esperanzas del reyno. El primero recuperar á Metz, y el principado de Sion; y el segundo apoderarse de la Provenza, y del territorio inmediato á la Saboya, para lo qual no dexaban de alegar razones. De esta manera, ademas de la heregía, era combatida la Francia por diversas partes, y se hubiera despedazado entre muchos; si Dios no mirase por ella. El Pontífice aunque por medio de su nuncio habia gastado trescientos mil escudos en sublevar á París, se oponia á los designios de los confederados, y recibia con agradable sem-

blante á los ministros del de Bearne, esperando tal vez que si cesaban las contiendas de emulacion, se convertiria al gremio de la iglesia.

Entretanto le acometieron unas tercianas, y el dia veinte y siete de agosto falleció este varon de ánimo tan grande, que apenas cabia en todo el orbe. Adornó á Roma con tantos edificios, calles, y otras obras, entre los quales se cuenta la biblioteca Vaticana, que mas bien parece haberla restaurado que renovado. No obstante depositó en el castillo de San Angel inmensas riquezas, que se conservan quasi intactas hasta nuestros tiempos, fuera de las rentas que dexó señaladas para varios objetos, y doscientos mil escudos destinados para ocurrir á la carestía de granos. Canonizó á San Hermenegildo, Rey de España, y compuso su oficio, que despues adornó Urbano VIII con himnos elegantísimos. Su cuerpo fue colocado en un sepulcro provisional en la iglesia Vaticana, y desde alli se trasladó á Santa María *ad Præsepe*. Su estátua que estaba puestá en el Capitolio, fue derribada una noche; por lo qual decretó el senado, que en adelante no se erigiese estátua á ningun Pontífice en vida. Despues de una vacante de diez y nueve dias, y por voto unánime de todos los cardenales, fue declarado sumo Pontífice Juan Bautista Castanea genoves, que tomó el nombre de Urbano VII. Pero duró poco la alegria, pues falleció doce dias antes que recibiese la tiara; y habiendo confirmado su anterior testamento, dexó sus bienes para dotes de doncellas pobres. Su cuerpo fue sepultado en San Pedro, y á los dos meses y ocho dias fue electo en su lugar el cardenal Nicolás Sfondrato milanes, que se coronó el dia ocho de diciembre, y fue llamado Gregorio XIV. Este pues, arrebatado del zelo de la religion, se ciñó dos espadas contra

el de Bearne, porque excomulgó á sus sequaces, y envió contra él un exército para juntarle al de los confederados.

En España falleció Ambrosio de Morales varon insigne por su grande erudicion. Continuó felizmente la elegantísima crónica de Florian de Ocampo; y al mismo tiempo Esteban Garibay compuso su historia de España, y de uno y otro se aprovechó mucho Mariana, como lo afirma don Nicolás Antonio. No es justo que pasemos en silencio á Bernardino de Miedes, el qual despues que peregrinó por muchas provincias de la Europa, fixó su morada en Valencia y obtuvo el arcedianato de Morviedro. Habiendo sido electo obispo de Albarracin en lugar de don Gaspar de Figueroa, que habia sucedido á Salvatierra, falleció á fin del año anterior, el quarto de su episcopado. Escribió varios libros con mucha elegancia, entre los que sobresale la vida de don Jayme Rey de Aragon, y fue sucesor don Alonso de Gregorio. El obispado de Córdova se confirió á don Fernando de la Vega y el de Tortosa, despues de la muerte de Cardona á don Gaspar Pontero, natural de Morella en el reyno de Valencia. En el mes de octubre fueron conducidas á Barcelona dos galeras argelinas por un genoves renegado de la religion christiana que se apoderó de ellas, habiendo tramado en secreto una conjuracion con los remeros, y asesinó por la noche á los turcos que las defendian. Los regalos que en ellas iban para el Sultan, se regularon en doscientos mil escudos. Tanto valió á este hombre su audacia, que adquirió libertad y riquezas para sí y para los compañeros de su hazaña, junto con una fama inmortal, si se hubiese sabido su nombre. El otoño fue muy pestilente en Castilla, especialmente en los campos, donde cundieron mas las

enfermedades por la intemperie del cielo y la fuerza del contagio que causó grandes estragos, ó porque era incurable, ó por la falta de remedios. Siguióse á este mal una gran desolacion y carestía.

## CAPITULO XI.

*Recobra el de Bearne algunas ciudades. Sucesos de Flandes. Vuelve el Parmesano á Francia con sus tropas. Muerte de los Papas Gregorio XIV y Inocencio IX, y eleccion de Clemente VIII.*

A principios de la primavera de este año de mil quinientos noventa y uno tomó el duque de Mayena 1591. algunos pueblos entre los quales fue uno Chateau-Thierry. Despues de la partida del Parmesano, recobró el de Bearne con una admirable celeridad las ciudades que estaban mal guarnecidas por los confederados. Entretanto juntaba este príncipe auxîlios de todas partes, aspirando á ocupar el trono de Francia por medio de los mayores peligros. La toma de Blavet inquietaba á la Reyna de Inglaterra por ser desde allí tan corta la travesía á la isla de Vight, y de ésta á la gran Bretaña. Deseosa pues de arrojar de aquel puesto á los españoles, envió al de Bearne seiscientos caballos de socorro; los quales juntos con Nuan, que habia sido llamado desde Flandes para hacer allí la guerra, se oponian á los esfuerzos del duque de Mercoeur. Pero en breve fue muerto éste en el ataque de la fortaleza de Lamballe, habiéndole herido en la frente una bala que rechazó del muro. Los sucesos de esta guerra fueron varios, y en ella dieron los españoles ilustres exemplos de valor. Despues que el Saboyano se apoderó de la Provenza, navegó á España para tratar con el Rey don Felipe sobre las cosas

de la guerra, y regresó con dinero y mil españoles. El virrey de Nápoles conde de Miranda, le envió una legion napolitana mandada por el capitan Trevici. Pero la fortuna que al principio se mostraba mas favorable de lo que podia desearse, comenzó á retroceder por la inconstancia de los marselleses, y por la infelicidad de Amadeo que tuvo con Lesdigueres un desgraciado combate. El duque de Nemours tenia la Borgoña por los confederados, habiendo rechazado á Aumont que combatió en vano por largo tiempo á Autun. El de Bearne recibió de Inglaterra cinco mil infantes, y una gran suma de dinero por mano del conde de Essex, y en Alemania reclutó diez mil infantes, y cinco mil caballos por la actividad y diligencia de Turena príncipe de Bullon, y marchó á las fronteras de Lorena para recibirlos.

El de Parma tenia muchas cosas que le impedian ponerse en movimiento con la prontitud necesaria. Mauricio habia tomado á Zutfen, mas por astucia que por valor, pero Deventer le habia costado mayores esfuerzos. No pudo Guillelmo tomar á Groninga que se hallaba defendida por Verdugo, el qual inutilizó los deseos de los traidores, que por medio de secretas inteligencias intentaban entregar la ciudad al enemigo, y el destierro fue la pena de su perfidia. Juntó el Parmesano sus tropas para acudir al socorro, y exhortó á los soldados contumaces de Vega, que estaban quietos en las ciudades opulentas del Brabante; y aunque rehusaron obedecer, sin embargo para no manifestarse del todo ingratos á un general tan bueno, le dieron palabra de que en caso necesario, defenderian la provincia del Brabante, que se hallaba desnuda de guarniciones; lo que llevó á bien el Parmesano disimulando la ofensa. Mientras se detenia en Güeldres donde se le juntó Verdugo con sus pocas tropas,

vino inesperadamente de Italia Ranucio su hijo, deseoso de aprender con su padre los primeros rudimentos de la milicia, y su hermano Eduardo recibió del Papa Gregorio la sagrada púrpura, á solicitud del Rey don Felipe. Incitado por los ruegos de los habitantes de Nimega, movió su campo, y acometió á una fortificacion levantada por Mauricio el año anterior, que incomodaba mucho á la ciudad. Envió delante la caballería italiana para que desde un parage seguro explorase á los enemigos; pero haciendo lo contrario de lo que se le habia ordenado, trabaron batalla con el enemigo, y persiguiéndole en su fuga, sin precaucion alguna, se precipitó en una emboscada donde fue oprimida por una lluvia de balas, y quedaron quatrocientos entre muertos y prisioneros, segun refiere Herrera.

A este mismo tiempo volvió de España Idiaquez enviado por el de Parma al Rey don Felipe, para que le instruyese del estado en que se hallaban las cosas de Francia y Flandes, y traia cartas en que le mandaba continuase la guerra de Francia, omitiendo enteramente la de Flandes, á excepcion de lo que fuese necesario para rechazar la fuerza. Inmediatamente retiró la artillería, y atravesó el rio Vahal, con admirable pericia militar, sin que el enemigo se moviese de su campo. Mientras que se juntaban los socorros, pasó á tomar las aguas minerales de Spá por consejo de los médicos, para curarse de la hidropesía que padecia, encargando á Verdugo el cuidado de defender la Güeldres. Mauricio embarcó repentinamente sus tropas y conduciéndolas á Hulst, obligó á esta ciudad á entregarse baxo de condiciones, no sin fraude de traicion, hallándose ausente su gobernador, como corrió entonces la voz. Para socorrer á los sitiados ó vengarse de los sitiadores, acudió acelerada-

mente Mondragon desde Amberes con un valeroso esquadron, y mil soldados de la legion de Vega; pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, habiéndose retirado Mauricio en los navíos, despues de su feliz empresa. Desde alli, habiendo vuelto las proas, se dirigió al Vahal, y cercó con tropas á Nimega defendida con una corta guarnicion, pues sus habitantes rehusaron admitir una poderosa que les habia ofrecido el Parmesano. Hicieron estos luego la señal de la entrega, porque los holandeses les daban esperanzas de que solo mudarian de príncipe; pero habiéndose entregado la ciudad, faltaron á su palabra, segun su costumbre, saqueando y profanando los templos, y desterrando la religion cathólica. Entretanto se hacian secretas maquinaciones, convirtiéndose el valor en ardides, y se intentó en vano ganar con dinero las ciudades fortificadas. Habiendo regresado el Parmesano de las aguas de Spá, recibió en Bruselas á los embaxadores del César, á quienes trató espléndidamente, y les hizo muchos presentes, noticioso de las intenciones del Rey don Felipe; pues habia hecho árbitro al César para componer la paz con las provincias confederadas. Recibieron pues del Parmesano las condiciones propuestas en el senado de Flandes, y para pasar á Holanda pidieron que los estados prometiesen cumplirlas, á lo que les fue respondido; que ellos estarian pacíficos en sus casas si el Rey don Felipe dexase de provocarlos: que no se fiaban de la paz española ofrecida por ellos en nombre del César pues era engañosa; y que por tanto desistiesen del cuidado de la pacificacion, cuyo solo nombre les era muy desagradable. Con esta respuesta tan perentoria y terminante se desvanecieron en humo los artificios españoles; pues á la verdad, su designio era adormecer á los holandeses, y acome-

ter á la Francia con todas las fuerzas para conseguir de este modo lo que no podian alcanzar de buena voluntad.

Habiendo recibido el Parmesano el dinero en letras, iba enviando delante á las fronteras las tropas con la artillería y bagages. Habian ya venido las pontificias, que eran muy poderosas mandadas por el duque de Monmartre, á las que don Rodrigo de Toledo, y don Luis de Velasco juntaron en el camino dos legiones de españoles, y solo esperaban al Parmesano que se hallaba detenido por no haber recibido todavia á los alemanes que tomó á su sueldo, y por la necesidad de despachar otros negocios. Entretanto el duque de Mayena acudió á Paris, á fin de apaciguar los tumultos suscitados en aquella ciudad, pues comenzaba á formarse un tercer partido de cathólicos inclinados al de Bearne, que se llamaba el de los Políticos, el qual debilitaba sin duda las fuerzas de la liga. Pero el mayor cuidado eran los diez y seis jurados que cuidaban del gobierno de la ciudad, y estaban opuestos á Mayena por la emulacion del mando. Estos pues, se esforzaban á trastornar la autoridad del parlamento con tribunicios furores, y Mayena buscaba una causa para proceder contra ellos. Presentósele muy oportuna con la muerte del presidente del parlamento Bernabé Brison, hombre de gran doctrina, y de otros dos consejeros, á quienes aquellos hombres turbulentos hicieron quitar la vida en un tumulto; midiendo la magnitud de su fortuna por la licencia que tenian para cometer excesos. Habiendo sido presos nueve de los mas culpados, quatro de ellos fueron ahorcados, y uno puesto en libertad, á ruegos de la duquesa de Mompensier, y los demas se escaparon.

Despues de arregladas las cosas interiores, se puso

en acelerada marcha á los reales, á fin de detener el ímpetu del de Bearne, que habiendo tomado á Noyon con otras ciudades, y recibido nuevos socorros, amenazaba á Reims. Libertóla Mayena del peligro, caminando sin descansar dia y noche con la caballería francesa, y las legiones españolas, hasta que entró en los arrabales. Destituido de la esperanza de tomar la ciudad, mandó el de Bearne á Biron, que marchase prontamente á Ruan, otra de las fortalezas de la liga, y comenzase el sitio. Este era el deseo de la Reyna de Inglaterra, porque temia que los españoles que habian fixado el pie en la Bretaña, se derramasen por aquellas costas contra su isla, con mayor daño que el que le hacia Diego Brochero con sus galeras desde la cercana Blavet. Finalmente, fue dirigida allí la principal fuerza de la guerra, con grande esperanza de tomar aquella ciudad opulenta. Mientras levantaba las trincheras, recibió los socorros que le enviaban los holandeses en una armada; á saber, tres mil infantes, trescientos caballos, y la artillería con mucha cantidad de pólvora. Monmartre que mandaba las tropas pontificias, llevaba á mal la tardanza del Parmesano, el qual movido de sus instancias, vino al fin á Francia, dexando á Mansfeld el cuidado de defender á Flandes, del mismo modo que en el año anterior. Con la llegada del duque de Mayena, compuso un exército de diez y ocho mil infantes, y seis mil caballos, sin contar los socorros introducidos en Reims para su mas segura guarnicion. La desconfianza del de Mayena era tanta, que apenas pudo el Parmesano conseguir la fortaleza de la Fera para custodiar en ella sus bagages, la que aseguró con quinientos alemanes, dando solemne palabra de que concluida la necesidad de la guerra, la restituiria íntegra y salva. Despues que celebró la fiesta de la Natividad

de nuestro Señor Jesu-Christo, movió su campo, habiendo juntado á sus tropas ochocientos caballos corazas, y la legion de Vega que habia cobrado su estipendio, y se apaciguó con el mando de su nuevo coronel Alfonso de Mendoza, porque el Rey habia promovido á Vega, que era aborrecido del soldado, al gobierno de Porto Hercole.

En este mismo tiempo falleció el Papa Gregorio XIV á los diez meses, y diez dias de su pontificado, que fue muy trabajoso, y lleno de aflicciones, y mandó sepultarse en San Pedro en la capilla Gregoriana. Habiéndole pedido el Rey don Felipe, por medio de su embaxador el duque de Sesa (porque Olivares pasó al gobierno de Sicilia), que le concediese parte de los bienes de las iglesias para los gastos de la guerra, se lo negó redondamente, y tambien á los confederados de Francia, que le pedian lo mismo con mucha instancia. Parecióle mejor á este hombre tan amante de la justicia y equidad, levantar un exército á su propia costa para pelear contra los hereges, que el que se disminuyesen mas las rentas eclesiásticas que ya se hallaban muy extenuadas con las rapiñas de los hugonotes, y con las anteriores concesiones. El dia treinta de octubre fue electo en su lugar con votos unánimes Antonio Fachineto de la casa Felsina de Bolonia, y se llamó Inocencio IX. Pero apenas comenzó en su gobierno á minorar los tributos impuestos por Sixto V (que eran muy pesados) y á aliviar á la afligida plebe, quando le acometió una calentura, que le acabó la vida en el dia treinta de diciembre. Despues de celebradas sus exêquias segun la costumbre, á los treinta dias de vacante fue declarado sumo Pontífice por voto de todos los cardenales Hipólito Aldobrandi Florentino, que en su coronacion se llamó Clemente Octavo de este nombre.

## CAPITULO XII.

*Causa del secretario Antonio Perez. Don Alonso de Vargas pasa á Zaragoza con tropas para apaciguar los tumultos.*

En este año se suscitaron tumultos en Aragon con pretexto de sus privilegios y inmunidades, y fue la causa Antonio Perez secretario del Rey don Felipe, hombre erudito, audaz, y de grande espíritu. Habia once años que se hallaba encerrado en una prision de orden del Rey por atribuírsele la muerte de Escobedo, la qual afirmaba haber sido dispuesta por el mismo Rey, pero ocultaba cuidadosamente el motivo. Corria la voz de que habia pervertido con malos consejos á don Juan de Austria, fomentando sus ambiciosos deseos de reynar, con mucho disgusto del Rey don Felipe. Lo cierto es que á éste no fue desagradable la nueva de la muerte de Escobedo, como que habia sido muerto con justa causa. Añadian otros que Antonio Perez habia interpolado las cartas del Rey, que se acostumbran escribir en cifra, y que habia revelado los secretos del estado. Los que estan hechos á escudriñar las interioridades de la corte, lo atribuian á la ribalidad nacida entre el mismo Perez, y el Rey por el amor de una dama muy noble; y que por esta causa se habia convertido en odio el extraordinario afecto que le tenia el Rey don Felipe. Estas y otras cosas proferian los hombres ociosos en sus corrillos, mas por conjeturas voluntarias, que porque estuviesen instruidos de la verdad. Decian tambien que el Rey habia manifestado que era el hombre mas perverso de todos, y que habia cometido contra él tales delitos y maldades, quales no habia cometido ningun otro súbdito con su prín-

cipe; y que convenia ocultarlas en el silencio, para que su publicidad no perjudicase á la fama de muchos. Finalmente este negocio estaba obscurecido con tantas fábulas, que fácilmente me inclino al dictámen de aquellos que creen que jamás se ha descubierto en él la verdadera causa. Pero Antonio Perez, que como era de ingenio tan vivo, conjeturaba con fundamento que su vida estaba en peligro, se puso en fuga en la primavera del año anterior, siendo cómplice del hecho Francisco Mayorano genovés, con cuyo auxîlio fabricó en Sigüenza unas llaves falsas, y abrió las puertas de la prision, por el estúpido descuido de los que le custodiaban. Lo que se dice de que se huyó disfrazado con el vestido de su muger, y otras cosas semejantes son meros cuentos pueriles. Conmovió esto gravemente el ánimo del Rey, el qual hizo todo quanto pudo para prenderle, lo que con efecto se consiguió, pero no como convenia, pues fue causa de varias turbulencias; porque habiendo sido aprehendido en Zaragoza, y puesto en la cárcel con su socio Mayorano, protestó que se presentaba al tribunal del Justicia mayor. Este magistrado era muy semejante á los ephoros de Lacedemonia, ó á la potestad tribunicia de Roma tan amada de la plebe, de lo qual trata Mariana al principio del libro octavo. El que se acoge á su patrocinio queda inhivido de la potestad real, y no puede ser condenado hasta que su causa se exâmina escrupulosamente.

Defendia en aquella ciudad los pleytos y derechos del Rey don Felipe don Iñigo de Mendoza, conde de Almenara. Pedia éste que pudiera ser creado virrey de Aragon un extrangero, pero lo resistian los aragoneses, alegando su fuero, en que se prohibe admitir al gobierno á ningun extraño. Mientras que se ocupaba en esto con mucho empeño, segun

las órdenes del Rey, con la esperanza de obtener el mando en premio de su trabajo si el Rey ganaba la causa, procuró asegurar con centinelas á Perez para que no se escapase. Este hecho como contrario á los fueros, y á la pública libertad, lo llevó muy á mal la plebe, que ya se hallaba irritada contra Almenara por el pleyto que seguia, el qual les parecia injusto. De aqui se originó que habiéndose sublevado, le maltrató, y encarceló antes que pudiera ser socorrido, acusándole de que habia quebrantado las inmunidades de la nacion, y de alli á poco tiempo murió en la cárcel, mas por el dolor de la ignominia, que por las heridas que habia recibido. Pidieron los inquisidores que se les entregasen los reos con pretexto de que tenian correspondencia con el de Bearne enemigo de la religion; lo que habiéndose executado, se irritó mucho mas el pueblo por la sospecha de que aquello era un engaño. Recurrió pues á las armas, y cercando las casas de los inquisidores, pidieron con terribles gritos que se restituyesen los presos al tribunal del Justicia mayor, si no querian que derribasen sus casas, y verse obligados con daño suyo á obedecer á la plebe. Para contener á esta turba de hombres furiosos, pidieron por escrito á los inquisidores el arzobispo don Andres Bobadilla, don Jayme Ximenez obispo de Teruel, que se hallaba con el cargo de teniente de gobernador, y otras personas principales, que por un efecto de su prudencia, restituyesen los presos, á fin de impedir que el público padeciese mayores males en aquella conmocion de los ánimos. Obligados pues por la necesidad, entregaron los presos al tribunal del Justicia mayor, y inmediatamente se aplacó el tumulto.

Quando pareció que ya estaba todo muy sose-

gado, los magistrados escoltados con gente armada, volvieron los reos á los inquisidores, sin que ninguno se atreviese á resistirlo. Pero de repente corrieron á la plaza Gil de Mesa, con algunos compañeros, y levantando el grito, volaron los tiros por el ayre, cayendo muertos algunos ciudadanos honrados, que se habian juntado á los magistrados, y escapándose los demas llenos de consternacion. En este momento quitaron los grillos á Antonio Perez, y Mayorano, y se pusieron en fuga acompañados de sus amigos, y habiendo atravesado los montes se refugiaron en Francia. Gozosa la plebe con tan feliz suceso, se congratulaban mútuamente unos á otros por haber asegurado su libertad por medio de la fuerza; pero en breve tiempo se convirtió la alegria en un terrible miedo y consternacion. El Rey pues, para vengar estos atentados, hizo entrar por Aragon el exército que tenia dispuesto para enviar á Francia, habiendo prevenido antes á los magistrados y corregidores de las ciudades que no executaria hostilidad alguna, y que solo se dirigia contra los sediciosos de Zaragoza. A la verdad en las órdenes que habia dado á don Alonso de Vargas comandante del exército, le mandaba que no se encarnizase, ni trabase pelea alguna con la multitud, aunque fuese provocado á hacerlo; que no matase á los que se le opusiesen, y que solo los atemorizase con el estruendo de la artillería, y que finalmente se abstuviese de las armas todo quanto le fuese posible. Habia muerto el Justicia mayor don Juan de Lanuza, hombre respetable, y muy docto en la jurisprudencia, y le habia sucedido su hijo del mismo nombre, que aun no tenia veinte y siete años cumplidos quando tomó la potestad. Arrebatado pues del ardor juvenil, y de las instigaciones de algunos hombres perversos, escribió cartas á las ciudades, y les

mandó que hiciesen levas para defender la libertad de la nacion, y el sagrado derecho de la apelacion á su tribunal; pero no solamente no le enviaron soldados, sino que castigaron su temeridad con una respuesta picante. Teruel y Albarracin fueron las únicas que favorecieron á los sediciosos. Finalmente instaron los de Zaragoza, amenazaron á Lanuza, y le obligaron á salir á campaña, á tiempo que ya se arrepentia de lo que habia comenzado.

La mayor parte de la ciudad se hallaba habitada por una turba de hombres del campo, gente feroz en fuerzas, insolente, y agena de toda razon. A principios de noviembre se puso en marcha la multitud con su capitan, que iba delante de este exército, el qual se componia de mil y quinientos hombres, sucios y mal vestidos. Escapóse Lanuza luego que tuvo ocasion de hacerlo, y se retiró donde vivia su madre, y lo mismo hicieron don Fernando de Aragon duque de Villahermosa, y don Luis de Urrea conde de Aranda, que residian en Zaragoza, para que no se creyese que estaban inficionados del popular delirio. Viéndose privada de su capitan aquella descompuesta multitud, y llena de miedo con la cercanía del enemigo, se dispersó inmediatamente, y temerosos algunos del peligro que corria su vida, se huyeron á Francia. Vargas fue recibido cerca de la ciudad por los magistrados, y por los nobles y honrados ciudadanos, con el obsequio que le era debido, y le conduxeron al hospedage que le tenian prevenido. Aragon y Urrea fueron acusados de falsos delitos, y enviados á Castilla; y uno y otro murieron en el año siguiente; y para que su buena fama no padeciese detrimento, declaró el Rey despues de bien exâminada la causa, que no habian cometido crímen alguno contra la magestad real. Lanuza fue

preso, y degollado en medio de la plaza, murmurando muchos que aquello se hacia no por la razon, sino por la fuerza, y que se habia introducido el exército en la ciudad contra toda ley, y derecho. El cuerpo de Lanuza fue sepultado con magnífica pompa, segun el Rey lo habia mandado, como que al mismo tiempo que castigaba la culpa, queria que fuese honrada la persona del magistrado: otros fueron ajusticiados en diversas partes, cuyo castigo recordó á los demas que estaban olvidados de su deber, que es muy temible el enojo de los Reyes, y graves sus iras. Los que se habian refugiado en Francia, habiendo juntado un esquadron de gente armada, atravesaron las cumbres de los montes cubiertos de nieve, que parecian inaccesibles, y entraron en Aragon á principios del año de mil quinientos noventa y dos. Ar- 1592.
máronse los montañeses tumultuariamente para resistirlos, y tuvieron algunas peleas. Acudió luego Vargas con un ligero esquadron de soldados, y mataron á algunos de los rebeldes, á otros pocos hicieron prisioneros, entre los quales Jayme Lanuza, y Francisco de Ayerve pagaron con las cabezas la pena de su rebelion. Los demas se ignora quiénes eran. En Xaca se levantó una fortaleza de orden del Rey para defender las fronteras, y se aseguraron con fortificaciones las gargantas de los montes.

## CAPITULO XIII.

*Sitio de Ruan por el de Bearne. Acude el Parmesano á socorrerla; y felices sucesos de este príncipe en Francia.*

A principios de este año marchaba el Parmesano para socorrer á la célebre ciudad de Ruan, la que

defendia Andres marques de Villars, varon no menos fuerte que prudente. En el camino hubo un próspero combate con la caballería de la guarnicion de Noyon, comenzado por las tropas del Parmesano que iban delante, las quales hicieron sus esfuerzos para impedirla volver á la ciudad, y mataron y hicieron prisioneros á muchos, siendo pocos los que se libertaron por la fuga. Esta próspera escaramuza fue tenida por un feliz agüero. El de Bearne con la noticia de la venida de sus enemigos, dispuso un plan de operaciones distinto del que practicó el año antecedente en París. Dexó á Biron con la infantería en los reales cerca de la ciudad; y él mismo marchó con la caballería para salir al encuentro al Parmesano. Los historiadores varían mucho en el número de las tropas; pero me parece Coloma mas digno de fé que todos, como testigo ocular, y que participó de los peligros, el qual asegura que fueron quatro mil caballos, á los que seguian dos mil dragones, que en caso necesario se desmontan y pelean con arcabuces de mayor tamaño que los demas. El Parmesano marchaba, segun su costumbre, rodeado y cerrado su exército con dos mil carros. En el camino hubo una pelea eqüestre en Aumale, acometiendo de repente el de Bearne sobre los farnesianos, que iban delante en el primer esquadron, deseoso en extremo de explorarlo todo, y se incendió un atroz combate, acudiendo á unos y otros prontos socorros. Los franceses fueron puestos en fuga, y estuvo á pique de ser hecho prisionero el de Bearne, que quedó herido en los riñones por una bala; pero habiendo sido muertos muchos de su esquadron, pudo él escaparse del peligro. La herida fue leve, y se la curaron en el bosque inmediato á Aumale. Esta ventaja no conmovió en manera alguna al Par-

mesano para mudar el tenor de su marcha, porque se recelaba siempre de asechanzas en una tierra enemiga, que no tenia explorada. Pero á la verdad si se hubiese resuelto á llevar adelante la victoria, y siguiendo su caballería por atajos á los que huian, les hubiesen cortado el paso, acaso se hubiera concluido de una vez la guerra, pues aun procediendo con mas circunspeccion de la que era necesaria, se vió tan apurado el de Bearne para poner en salvo su persona. Creyóse tambien entonces, que los franceses confederados que peleaban en el primer esquadron, se habian abstenido de tirar, y que de industria habian afloxado en la pelea para dar tiempo al Bearnense de huir, y quitar á los españoles la gloria de hacerlo prisionero. Entretanto fue saqueada Aumale, y tomado Castelnou, y hubo freqüentes escaramuzas: en una de las quales fue hecho prisionero el conde de Saligni, uno de los de la liga, que con inconsiderada audacia persiguió á los enemigos; pero fue puesto en libertad á costa de treinta mil escudos.

Habiendo llegado cerca de Ruan, oyó el Parmesano los pareceres de sus capitanes sobre lo que deberia hacerse, y ocultó cuidadosamente lo que tenia determinado executar, para que no llegase á noticia de los enemigos, como le habia sucedido muchas veces. Antes de amanecer envió por medio del enemigo, entre las legiones inglesa y escocesa mil y doscientos hombres escogidos. Eran estos españoles, walones, y alemanes, todos veteranos, y acostumbrados á arrostrar todo género de peligros, los quales llegaron salvos á la ciudad, á pesar de los enemigos que encontraban en el camino. Animado el marques de Villars con este socorro, dispuso inmediatamente una salida, para llevarse la houra de

haber libertado á la ciudad del peligro. Hizo la señal al rayar el dia, y saliendo por tres puertas los infantes, y caballos bien armados, acometieron al campo enemigo. Hieren y matan, y le ponen en fuga por todas partes: en breve tiempo arruinan sus trincheras, inutilizan sus minas, arrojan parte de su artillería al foso, y clavan la restante; pegan fuego á la pólvora, saquean las tiendas de campaña, y finalmente se llevan la presa impunemente, y sin resistencia. Acude Biron al tumulto con los suizos, y en el mismo campo se traba una atroz pelea, en la que el mismo Biron quedó herido en un muslo. Villars recogió á todos los suyos, y juntándolos en un esquadron, volvió triunfante á la ciudad, donde fue recibido con general aplauso y alegria. Perecieron en esta accion ochocientos de los enemigos, y de los vencedores menos de cincuenta. Trastornadas de esta suerte en un momento las obras de muchos dias, descaeció en gran manera la empresa de los enemigos, y noticioso el Parmesano del feliz suceso, deseaba perseguir á los ya consternados, para dar fin á la guerra. Pero el duque de Mayena, y los franceses eran de muy opuesto dictámen, porque aborrecian su propia victoria, no menos que la de los enemigos. Si vencia el Español, temian que el patrocinio se convirtiese en imperio, y que se verian forzados á recibir las leyes que quisiesen darles; y si vencia el de Bearne, temian la destruccion de la liga, y de la religion cathólica, y se habian propuesto tomarse tiempo para ocurrir al remedio de uno y otro mal. El de Mayena se oponia á los designios de Farnesio, por el deseo que tenia de conservar el mando; cuyo término, y el de la guerra seria uno mismo, y pasaria despues á los españoles como vencedores. Con la misma idea el marques de Villars

pedia el oro español, y rehusaba el hierro, y esta era la cantinela de todos los franceses, como lo dice un autor de aquel tiempo. Por tanto Farnesio, aunque sentia que la arrancasen de las manos la victoria, para conformarse con las intenciones del Rey don Felipe envió quinientos walones con dinero á Ruan, en cuya conservacion ponian los franceses todos sus cuidados. A la llegada del de Bearne al campo con la caballería, se renovó la expugnacion, y hicieron los sitiados muchas salidas, y pelearon con varia fortuna. El Parmesano fue llamado por Villars que al principio estaba muy orgulloso; pero despues no podia ya resistir la pertinacia del enemigo, y habiéndose puesto en marcha, á fin de abril con la celeridad posible, atravesó á pie el rio Somma por la parte donde entra en el Océano, tomando este atajo para coger desprevenido al enemigo. Conmovido el de Bearne con la noticia de su venida, levantó el sitio, y ganando tiempo con algunas escaramuzas de la caballería, para apartarse de alli con seguridad, se retiró con sus bagages á lugares quietos.

Entró Farnesio en la ciudad con los principales capitanes, en medio de los aplausos y enhorabuenas de los habitantes, que le miraban como á un libertador de su patria venido del cielo. Tenia intencion el Parmesano de seguir á los fugitivos, y obligarlos á la batalla, y del mismo modo pensaban los españoles, italianos y flamencos con algunos franceses, y entre ellos el duque de Guisa, que en el otoño anterior pudo descolgarse por el muro de la torre en que se hallaba preso, y habia venido á los reales. Pero se oponia á esto el duque de Mayena, y otros muchos con fatal discordia, no queriendo desistir en cosa alguna de su antigua idea. Finalmente se hacia la guerra por uno, y la dirigia otro, lo que

era un grande absurdo, pero necesario entonces para contener en la alianza á los franceses. Convinieron por último en arrojar á los enemigos de Caudebec, fortaleza situada mas abaxo de la ciudad en la orilla de Sena, á causa de que molestaban mucho á los habitantes, impidiéndoles el comercio del mar. Lo primero que hicieron fue alejar de alli con una lluvia de balas á la armada holandesa, habiéndose entregado la Capitana, para no ser enteramente sumergida. Pero mientras que Farnesio se ocupaba con cuidado en exâminar la situacion de la ciudad, y la parte donde podia colocar la artillería, fue herido con una bala en el brazo derecho, y perdiendo la bala su ímpetu se quedó encerrada dentro de la misma herida. Este golpe no le conmovió cosa alguna, y continuó en pie, señalando el lugar oportuno para batir la fortaleza, hasta que corriendo la sangre por el vestido, se manifestó á todos que estaba herido el general. Sin embargo, ni su hijo ni los grandes que le rodeaban pudieron conseguir con sus ruegos y súplicas que se retirase, hasta que concluyó lo que tenia comenzado. Echóse en la cama mas afligido con los dolores de la cura, que con la misma herida, y para extraer la bala le hicieron tres incisiones en el brazo. Habiéndole sobrevenido despues una leve calentura, encargó el cuidado de las tropas á su hijo, á quien dió excelentes lecciones, y confirió el mando superior al duque de Mayena. El dia siguiente á las primeras descargas de artillería, se aparecieron en el muro banderas que indicaban querer rendirse los sitiados, y con efecto se concedió libertad á la guarnicion, segun pactaron, y el pueblo fue saqueado. Pero el de Bearne, habiendo llamado tropas de todas partes, juntó un exército muy numeroso, y marchó al punto para oprimir al de los confederados, que se

hallaba detenido en aquel ángulo. Con esta nueva fueron varios los pareceres, segun la costumbre, siendo muy opuestos los designios de Farnesio, y los de Mayena y los franceses, á excepcion del duque de Guisa, que asistiendo al Parmésano, era de dictámen que el exército debia pasar el rio, y acampándose en una tierra abundante, vencer con la paciencia á las tropas del de Bearne, que en breve tiempo se dispersarian por la falta de dinero, y por no presentárselas ocasion de pelear. El duque de Mayena, para que Ruan no llegase otra vez á verse en las anteriores angustias, afirmaba que no convenia apartarse de Caudebec, el que una vez conservado se retenia aquella importante ciudad, y sin él se perderia inmediatamente con grave perjuicio de la liga, y con mucha mengua de su nombre y fama. Esto decia en público; pero en su interior tenia otros cuidados de su particular utilidad, que le exhortaban á conservar la region de la otra parte del rio, de la que sacaba copiosas rentas, y las que le faltarian si acampándose en ella el exército, causase sus acostumbrados estragos. Asi lo dice un autor muy ageno del espíritu de partido. Sin embargo, el Parmesano se vió precisado á seguir su dictámen, á pesar del peligro de la hambre que amenazaba, por hallarse rodeados por todas partes de la caballería enemiga. Finalmente habiéndose acercado un exército á otro en Caudebec, tenian á todas horas contínuas peleas, con tal obstinacion, que hubo alguna en que combatieron por espacio de diez horas seguidas. Hallábanse no obstante, mas gravemente afligidos los confederados por la falta que tenian de víveres, y forrages, pues por tierra les impedia la entrada la numerosa caballería de los enemigos, y por el rio la armada holandesa, y les tenian tan cerrados los pasos, que

el de Bearne envió cartas á todas partes, jactándose de que tenia en su mano la victoria, y que no se le escaparian de alli los españoles, si no volaban como páxaros, ó si no se convertian en peces, y se precipitaban al rio ó al mar. Pero despues que el Parmesano reprimió su jactancia con algunos prósperos combates, se burló de él con una astucia admirable, y atravesó el rio á su propia vista, sin que nadie se lo impidiese. Habiendo pues hecho transportar á la otra orilla ochocientos walones de la legion de Barlota, levantó inmediatamente un baluarte, y le fortificó con artilleria para que los holandeses no pudiesen molestar con su armada á las tropas que pasaban el rio. Levantó otro baluarte en la parte de acá, y confió su defensa á mil y doscientos soldados de la legion de Bosú. Desde Ruan fueron conducidos rio abaxo navios de todos géneros para el transporte, y llegaron en breve tiempo. En ellos se embarcó primero la caballeria francesa mandada por Aumale, con la artilleria y bagages, y en la noche que precedia al veinte de mayo, fue enviada delante la caballeria flamenca por el puente de Ruan. Al rayar el dia dos mil y quinientos infantes y caballos, al mando de Appio Conti, y Capisuchi se dispusieron en forma de batalla, del mismo modo que lo hacen los que provocan al enemigo á la pelea, á fin de engañar á los que los miraban. Entretanto eran transportados por el rio los soldados con los equipages y artilleria en los buques, que iban y venian con admirable celeridad. Parte de ellos eran conducidos, parte estaban en la ribera esperando á que volviesen los navios para pasarlos, y parte cargando á los que ya habian llegado, sin que cesase un punto la maniobra. Quando llegó esto á noticia del de Bearne, que estaba acampado á la otra parte de los cerros,

dícese que derramó lágrimas al oir que se le habia escapado el exército enemigo. Mandó al instante á la caballería que corriese á impedirle el paso: y él mismo llevó consigo los esquadrones de coraceros; pero los tiros que disparaban los soldados de Bosú, y volaban por todas partes, les retardaban la marcha. Viendo el de Bearne que era inútil el seguirlos, mandó detener su carrera á los caballos, y se dedicó á batir con la artillería el baluarte de Bosú. Uno y otro fue en vano, porque entretanto se habian ya retirado de alli los bosuvianos, llevándose todas sus cosas. No pudo el de Bearne colocar la artillería contra el rio tan pronto como convenia, porque Ranucio apostó en la otra márgen mil arcabuceros que impedian con sus tiros subirla al cerro; y mientras que la conducen por un rodeo mas largo, habia embarcado Ranucio todo el tren con pólvora, de tal suerte que quando comenzó á disparar el enemigo, navegaba ya tan lejos el último esquadron que apenas podian alcanzarle los tiros. Pero excitada la armada holandesa con el tumulto, salió al encuentro á los que atravesaban el rio para impedirles que saltasen á tierra; mas no llegaron á trabar pelea, porque aterrada con las balas que volaban contra ella desde el baluarte de Barlota, y con el encuentro de las lanchas cargadas de tiradores escogidos, volvió las proas antes de acercarse mucho, y se retiró adonde habia venido, sin haber dado la menor prueba de valor. Desde alli se puso en acelerada marcha el Parmesano con su exército, y dexó á Mayena con una valerosa guarnicion para la defensa de Ruan. En el camino tomó y saqueó varios pueblos y aldeas de los hugonotes, incendió á Neoburg, y al quarto dia llegó al puente de Charenton con admirable presteza, habiendo talado y destruido lo que dexaba á la

espalda, sin que pudiera evitarlo el de Bearne, que para perseguirle envió inútilmente tropas por el puente de Arc, con muy ligero daño de los que se detuvieron.

Pasó el Parmesano el rio Sena cerca de París por un puente de barcas que hizo construir; y dexando en aquella ciudad mil y quinientos españoles de socorro extraordinario, llegó á Chateau Thierri. Concedió á los soldados quince dias de descanso, y habiendo llegado entretanto el dinero de Flandes, les pagó su estipendio; mas para que no se dixese que huia, expugnó á Epernay, ciudad situada sobre el rio Marne, y taló y destruyó los campos. Mientras que el viejo Biron combatia esta ciudad para recobrarla, fue muerto por una bala de artillería, que casualmente le hirió en la cabeza. Perdieron con efecto los confederados á Epernay, pero ganaron á Vervins y Crespy por medio de condiciones pacíficas, lo que se debió al valor é industria de Capisuchi, á quien habia encargado el Parmesano el mando de las legiones, que dexó para socorro de los confederados. Hizo general de todo el exército á Appio Conti, que despues que Monmartini se retiró á Italia, mandaba las pocas tropas pontificias; pero le previno que se sujetase á las órdenes y consejos de Mayena, que se hallaba enfermo en Ruan. A su hijo Ranucio le mandó volviese á Italia, para evitar los desórdenes que pudieran acaecer en su ausencia, si llegaba á faltar por alguna desgracia. Despues de arregladas estas y otras cosas conduxo á Flandes el resto del exército, y se puso en camino á las aguas de Spá por hallarse su salud muy deteriorada, asi por su antigua enfermedad de la hidropesía, como por la reciente herida.

# CAPITULO XIV.

*Guerra en la Provenza y otras partes de Francia. Muerte de Farnesio en Bruselas. Derrota don Alvaro Bazan una armada inglesa.*

Ardia tambien la guerra en otras provincias de Francia, especialmente en la Provenza, cuyas ciudades se inclinaban al partido de la liga. Valeta adicto al de Bearne habia sido muerto en el asalto de Rocabruna atravesándole una bala por las sienes. Acudió inmediatamente Lesdigueres, que se hallaba cerca, y por medio de ocultas negociaciones se apoderó de Antibo. Rechazó al Saboyano á la otra parte del Var, y no cesó de perseguirle hasta que le obligó á entrar en Niza. Volvió el Saboyano á atravesar el Var con nuevas tropas, y habiendo puesto en fuga á Lesdigueres, tomó varios pueblos, y entre ellos á Antibo, cuyos habitantes fueron saqueados en pena de su perfidia. Noticioso el duque de Epernon de la muerte de Valeta su hermano, marchó sin dilacion á la Provenza con sus tropas, y recobró á Antibo sin que le costase sangre alguna, por la cobardía de la guarnicion. El duque de Nemours gobernador de Leon, hacia la guerra en el territorio de Aviñon á Lesdigueres, que se habia retirado allí, como á su propia provincia, porque no podia avenirse con el duque de Epernon. El de Nemours se apoderó de Viena con el auxilio de Olivera. El Saboyano continuaba la guerra en la Provenza con pocas esperanzas por haber mudado de partido los marselleses, y Lesdigueres le obligó á retirarse, presentándose en medio del invierno á las puertas de Turin. El duque de Joyosa perseguia á los hugonotes en la Guyena, donde difundió por todas

partes el terror de sus armas; pero entretanto que combatia á Villamour en el Languedoc, fue acometido repentinamente á mediados de octubre por dos enemigos, esto es, por las tropas de Monmorenci, y por los sitiados, que hicieron una salida con Temines su gobernador. Consternados los cathólicos con tan súbita invasion, y destituidos del auxîlio de la caballería, que se habia alejado mas de lo que convenia, fueron derrotados y dispersos. El de Joyosa cayó con otros muchos en el rio Tarne, y pereció ahogado en sus corrientes, con grave sentimiento de los tolosanos, de quienes era muy amado. De sus dos hermanos el uno cardenal, y el otro religioso Capuchino, el primero rehusó el mando de las armas, y el segundo obligado por los ruegos de los cathólicos, y por las órdenes de sus prelados, mudó el hábito penitente en la cota de malla para defender la religion en aquella provincia. En la Bretaña succedian con mas felicidad las empresas de los confederados; pues habiendo juntado sus tropas los príncipes de Conti, y de Dombes, pusieron sitio á Craon ciudad muy grande y fortificada en los confines de la provincia de Mayne. Pero procedian con tanta lentitud que el duque de Mercoeur tuvo tiempo de recoger tropas, y llamó tambien á los españoles de Blavet, para acudir con socorros á los sitiados. Luego que el de Dombes tuvo noticia de que se acercaba pasó las tropas á la otra parte del rio Udon á fin de juntarse con el de Conti para recibir al enemigo. Descuidóse para mal suyo en no cortar el puente, ó tal vez aquellos á quienes lo habia mandado, y habiendo pasado por él los caballos franceses y la infantería española, acometieron desde el camino contra los enemigos que marchaban delante, y los derrotaron, siendo mas bien una carnicería y una fuga, que una

batalla. Perecieron setecientos en esta desgracia, y fue mucho mayor el número de los prisioneros. Tomáronles toda la artillería, y conduxeron los vencedores á su campo treinta y cinco banderas, habiendo reducido á su obediencia muchos pueblos. Los alemanes fueron enviados libremente, despues de haber hecho juramento de que en adelante no tomarian las armas contra el duque de Mercoeur. Boisdaufin quebrantó de tal manera á los ingleses, que de todos ellos apenas escaparon doscientos con vida. En la Lorena prosperaba el de Bearne, habiendo sido hecho prisionero Sthenai por el duque de Bullon, y derrotadas las tropas de este general.

El príncipe Mauricio se aprovechó en Flandes de la ausencia de las tropas del Parmesano, y sacó á campaña las suyas, cuyo número aumentó quanto pudo. Sin embargo no pudo tomar á Utrech por escalada, habiéndose descubierto sus asechanzas. Combatió con la fuerza, con ardides, y con todo género de máquinas á Steinvik, que con una corta guarnicion defendia Antonio Coquelli flamenco, hombre activo y de extraordinario valor, á quien socorrió Verdugo con algunas tropas y una corta porcion de pólvora. Pero estas fuerzas no eran suficientes para hacer levantar el sitio. Los presidiarios dieron admirables exemplos de intrepidez, ya peleando en la brecha del muro, y ya en las salidas que hicieron, con increible estrago de los enemigos por espacio de quarenta y quatro dias que duró el sitio, como refiere Coloma. Finalmente faltando la pólvora, y habiendo quedado solo trescientos soldados sanos, hicieron la entrega baxo de honrosas condiciones. Despues de esto hubo en la Frisia muchas desgracias, y tambien se perdió Covordi, aunque Verdugo intentó en vano introducir socorros en ella. Sirvieron de algun con-

suelo los pueblos fortificados, que Mondragon habia tomado á los enemigos, y reprimió las incursiones que hacian por los campos. Habiendo regresado el Parmesano á Bruselas, se irritó mucho con los dos Mansfeld y Campigni, atribuyéndoles la culpa de los adversos sucesos, y á este último le mandó salir desterrado. Causábale no poca inquietud, la obstinacion de los soldados, que no querian obedecer porque no se les pagaba su estipendio, por lo qual no podia acudir al socorro de la Frisia. Este mal afligió muchas veces al Parmesano, con grave detrimento del estado. Informó pués al Rey por sus cartas de la situacion de las cosas y de su poca salud, y que convenia que le nombrase sucesor porque deseaba dar una vista á sus propios dominios. No obstante, á fin de disponer los preparativos de la guerra para el año siguiente, pasó á Arras esforzándose á disimular, ó á vencer con heróyco valor la flaqueza de su cuerpo. Finalmente mientras se ocupaba con el mayor conato en aquel objeto, le faltaron repentinamente las fuerzas, y se agravaron en extremo sus males. Recibió los Santos Sacramentos con gran devocion, y abrazando y besando la imágen de Christo crucificado, espiró tranquilamente el dia dos de diciembre este varon digno de ser alababado eternamente por su piedad, por su valor, por su talento y por las hazañas que obró en defensa de la religion cathólica. Su cuerpo fue embalsamado y conducido á Bruselas, y despues de habérsele hecho las exêquias reales, fue trasladado á Parma al sepulcro de sus mayores.

Por este tiempo ardia la Italia en latrocinios, aunque el Papa hizo todos sus esfuerzos para extinguirlos. El mismo cuidado inquietaba al conde de Miranda virrey de Nápoles, que habiéndose valido del valor y actividad constante de Adriano Aquavi-

vá conde de Conversano, libró de aquella perversa gente á la Basilicata, donde hacia mayores estragos. Juan de Vintimilla apaciguó con singular prudencia el tumulto suscitado por la plebe de Siracusa, y Mesina, por la falta de pan que padecian.

El Rey don Felipe no pudo asistir en persona á las cortes de Aragon que habia convocado en Tarazona, á causa de su poca salud. Comenzóse á tratar en ellas á propuesta del arzobispo Bovadilla de la correccion de las leyes porque el Rey habia alcanzado de la nacion que el arzobispo de Zaragoza presidiese como su vicario, el qual cayó enfermo por aquel tiempo, y murió en la misma ciudad de Zaragoza. Llegó despues el Rey con el príncipe don Felipe su hijo, y mientras tanto que se exâminaban en las cortes los negocios pendientes, pasó á Pamplona donde los navarros juraron al príncipe. Mandó concluir las fortificaciones, que habia comenzado en aquella ciudad el virrey Vespasiano Gonzaga, que en el año anterior falleció en Sabioneta, habiendo dexado una hija por su heredera. Volvió el Rey á Tarazona, y despues de arregladas las cosas pertenecientes al gobierno público, despidió las cortes, y se volvió á Castilla, habiéndole dado los reynos de la corona de Aragon setecientos mil ducados por donativo gratuito. En el arzobispado de Zaragoza sucedió á Bovadilla don Alonso de Gregorio, varon insigne en piedad y doctrina, trasladado de la diócesis de Albarracin. Nombró el Rey por Justicia mayor á don Juan Campo, hombre muy docto en las leyes; y quiso que en adelante fuesen jurisconsultos los que exerciesen este empleo, y elegir á su arbitrio el virrey de Aragon, aunque fuera extrangero, pues no habia ningun fuero que lo probibiese.

Desde el año anterior infestaba los mares una

armada inglesa de cincuenta navíos, y defendia las costas de España don Alonso de Bazan con otra armada algun tanto superior, y el qual se habia adelantado hasta las islas Terceras, para recibir y proteger los navíos que venian de América. Luego que se puso á la vista de los ingleses, y creyendo estos que aquella era la presa tan deseada de las Indias, dispusieron sus buques en orden de batalla y salieron al encuentro. Adelantóse el vice-almirante Ricardo Campbell con inconsiderada audacia; pero pagó pronto la pena, habiendo sido rodeado por los españoles, y apresado con su navío, y murió en breve de las heridas, que habia recibido. Alegres los españoles con este feliz principio, acometieron intrépidamente á la armada enemiga, los derrotaron y pusieron en fuga, y no cesaron de pelear y perseguirlos hasta que llegó la noche. Recibió despues Bazan la flota americana, y la conduxo con prosperidad á las costas de España. Como en el año anterior no habian podido conseguir sus deseos los piratas ingleses, volvieron otra vez en este año á correr los mares. Apresaron un navío de la India estimado en un millon de pesos, y habiéndole conducido á Inglaterra, dexaron siete navíos para perseguir á los demas, con esperanzas de mayor ganancia, si se los presentasen delante. Pero sucedió al contrario, porque habiéndolos visto Bazan, los acometió y apresó, y resarció en alguna manera el daño recibido.

## CAPITULO XV.

*Sublevacion de Quito. Victorias de Alonso de Sotomayor en Chile. Progresos y conquistas de los españoles en las islas Filipinas.*

Gobernaba el Perú don Fernando de la Torre, que poco tiempo antes fue condecorado por el Rey con el título de conde del Villar, en cuyo tiempo se habian ya abolido muchas cosas útiles, establecidas con gran prudencia por los anteriores virreyes, porque la malicia de los hombres pugna siempre contra las leyes. Sucedió á Torre don García de Mendoza tan célebre por sus hazañas en la guerra de Chile, y procuró con mucha vigilancia corregir y enmendar lo que necesitaba de remedio. Toda la América, excepto el Perú pagaba al Rey la alcabala, que es una especie de contribucion que trae su nombre de la lengua árabe, y don García la introduxo en aquel reyno con suma prudencia, para ocurrir á las necesidades del estado, aunque no sin disgusto de los españoles. Los de Quito se resistieron á pagarla, llevando muy á mal que el Rey los cargase de tributos, y acudieron á las armas incitados por Alfonso Bellido hombre de perverso carácter, y amigo de turbulencias, el qual de alli á poco tiempo fue asesinado á traycion. Su muerte encendió mas furiosamente la sedicion, que en vano se habia creido poder apaciguar con ella; pues habiendo acometido la plebe de improviso á la casa del ayuntamiento, donde se hallaban los magistrados, se salvaron por medio de la fuga, y les sirvió de asilo el convento de San Francisco. Noticioso don García de este suceso, determinó salir inmediatamente al encuentro de estos furores populares, para que con la dilacion no creciese su audacia, y envió á Pe-

dro de Arana hombre capaz y activo, con un esquadron de gente armada. Este pues, luego que llegó á Quito, emprendió componer aquel negocio tan dificil, y enredado por la obstinacion y temeridad de los culpados. Pero habiéndose valido de las amenazas junto con el terror de las armas, abandonaron muchos sus malos intentos, y obligó á otros á ponerse en fuga. Finalmente prendió á los mas turbulentos, y les impuso diversos suplicios, y de este modo hicieron por fuerza lo que no quisieron de buena voluntad.

Por este tiempo Alonso de Sotómayor que como arriba diximos habia salido del rio de la Plata, llegó á Chile por regiones desconocidas á los españoles, y halló todas las cosas en gran confusion y desórden, por la guerra que habian suscitado los bárbaros. Tenian estos á Valdivia con poca esperanza de poder resistirlos, pero los venció Sotomayor en batalla. Castigó severamente á los mas atrevidos, y taló sus campos con todo género de hostilidades. Mandó á Lorenzo Mercado que con un esquadron de ciento y sesenta españoles, y con los indios amigos marchase contra los confinantes, que habian vuelto á tomar las armas, y él mismo se encaminó con quatrocientos caballos al valle de Arauco. Mandaba á los rebeldes Alonso Diaz nacido de una india, y habiendo trabado combate, fue éste hecho prisionero, y los bárbaros se dispersaron en la fuga, quedando muy maltratados con Gerónimo Fernandez, que tambien era mestizo. Peleó Sotomayor muchas veces prósperamente con los chilenos, y aseguró con fortificaciones y tropas las gargantas de los montes, con lo qual refrenó á los bárbaros, para que no pudiesen hacer tantos daños. Y porque era imposible contenerlos con tan pequeñas fuerzas, le envió don Garcia doscientos y veinte soldados para aumento de la guarnicion. Con

estas nuevas tropas levantó en el valle de Arauco una fortaleza que llamó de San Ildefonso; quebrantó y sujetó completamente á aquellos rebeldes tan feroces y indóciles al yugo, y desde alli pasó al valle de Tucapel, donde hizo la guerra por largo tiempo á sus belicosos habitantes. En el año antecedente de mil quinientos y noventa y uno murió sin hijos don Diego marques de Cañete, y le sucedió su hermano don García en los estados, con cuyo título le nombraremos de aquí adelante.

Referiremos ahora sin interrupcion las cosas acaecidas en Filipinas, para que de este modo puedan retenerse con mas facilidad. Miguel de Legaspi descubridor y pacificador de las islas, sujetó á sus naturales con las armas y con su prudencia. Habia fijado su asiento en Cebú; y desde alli envió á la isla de Luzon algunos españoles y indios, al mando del capitan Martin Goytia. Este pues, peleó con el mahometano Regiamora, y tomó á Manila, que era la ciudad principal, y despues de esta victoria se sujetó la mayor parte de la isla al imperio de los españoles. Trasladóse á ella Legaspi, persuadido de que aquella ciudad opulenta por sus frutos terrestres, y por el comercio del mar, seria la mas ventajosa para establecerse los españoles, y procuró guarnecerla con fortificaciones, para que los piratas ó los naturales inquietos no pudiesen invadirla. Edificó una colonia en el puerto de Vigan, á la que dió el nombre de Fernandina, y despues sujetó otras islas, y finalmente en el año de mil quinientos setenta y quatro falleció este varon digno de eterna alabanza. Habiéndose abierto las cédulas reales fue declarado por sucesor Guido Lebezar, que continuó con mucha actividad y diligencia la empresa comenzada por Legaspi. Defendió intrépidamente á Manila, sitiada por el

pirata chino Limaon con setenta navíos grandes, y habiéndole obligado á levantar el sitio, persiguieron los españoles su armada, y la derrotaron y incendiaron en el rio de Pangasinan, y el mismo Limaon se escapó del peligro, poniéndose en fuga con algunos pocos navíos. Por muerte de Lebezar, sucedió en el gobierno Francisco de Sande, el qual sujetó con algunos favorables combates la isla de Camarines, y erigió en ella una colonia llamada Cáceres, que sirviese como de fortaleza. Reconoció la isla de Borneo una de las mayores del Oriente, y le sucedian las cosas con toda prosperidad; pero las enfermedades que comenzaron á cundir entre su gente, le impidieron permanecer en un suelo tan nocivo. Al tiempo que regresaba á Manila, sujetó en el viage la isla de Jolo, y habiendo arribado despues á Mindanao, estableció comercio con sus naturales, y extendió prodigiosamente el dominio español. Sucedióle en el mando Gonzalo Ronquillo que edificó y pobló la villa de Arévalo en la isla de Panay, y dió grande aumento al tráfico que se habia entablado con los chinos. Arrojó á fuerza de armas de la isla de Luzon á un pirata japon que se habia fortificado en ella, y fundó la ciudad de la Nueva Segovia. Envió á Gabriel de Ribera para que diese vuelta á Borneo, y llevó socorros por orden del Rey á Asambuja capitan de los portugueses, que habiendo perdido á Ternate se sostenia con mucho trabajo en Tidore. Por muerte de Gonzalo le sucedió su hijo Diego, que socorrió en otra ocasion á los portugueses. Por este tiempo se erigió en Manila la audiencia real, y fue nombrado presidente don Santiago de Vera. Este pues, socorrió con diez navíos á Asambuja que habia implorado su auxîlio. Esta armada, que mandaba Juan Ronquillo como refiere Faria, ademas de haber conducido todo

lo necesario para la guerra, venció á los isleños de Jolo en una batalla naval, y les tomó sus navíos. Tal es la ferocidad de aquellos bárbaros, que uno de ellos se entró por medio de una lanza con que un castellano le habia atravesado el cuerpo para herirle con una hacha, teniendo mas deseo de vengarse que de vivir. Sujetó Vera á los luzonios rebeldes, y los obligó con la guerra á obedecerle, y levantó en Manila una fortaleza que llamó la Vírgen María Capitana. Hallándose mas embarazados los negocios con la audiencia real que antes de establecerla, fue suprimida en virtud de las eficaces instancias del padre Alonso Sanchez Jesuita, que como arriba diximos, fue enviado como diputado de las islas al Rey don Felipe. Despues fue nombrado gobernador don Gomez Marin, á quien se le dieron quatrocientos soldados, y navegó con don Luis de Velasco virrey de Nueva España, y en la administracion de su gobierno se portó como un verdadero padre de los pueblos. Embarcóse en la Nueva España, y en el año de mil quinientos y noventa arribó don Gomez á Manila. Como era aficionado á obras rodeó la ciudad con muros de piedra, y fabricó la iglesia catedral de piedra quadrada. Mandó construir galeras para defender aquellas costas, que de contínuo se hallaban molestadas por los piratas chinos y japones, y aun hizo fundir cañones de bronce. Entretanto Taycosama tirano del Japon declaró al Español, por medio de un embaxador que le envió, que debia pagarle un tributo por la posesion de las islas. Pero don Gomez le despidió con una picante respuesta, y reprimió la arrogancia del bárbaro, diciéndole: «Vé, y dile á Taycosama, que los españoles estan acostumbrados á recibir tributos, y no á pagarlos. Que haga primero la prueba del valor español, y si le venciese en la guerra, trátele enton-

„ces como se trata á los vencidos." Despues de esto se hizo á la vela con una grande armada para recobrar á Ternate, que habian perdido los portugueses, pero habiendo conspirado contra él en el viage los remeros chinos, le asesinaron, y se desgració la empresa comenzada. Los chinos se huyeron al instante en una galera muy hermosa que conducia al gobernador, y Luis su hijo tomó posesion del mando, hasta que fue nombrado sucesor.

En Lisboa se hizo á la vela con cinco navíos Matías de Alburquerque, y llegó sano y salvo á Goa. Su antecesor Coutiño pereció en su vuelta á Portugal con su muger y familia, habiéndose hecho pedazos el navío. Observóse, que en el espacio de quince años perecieron por varias desgracias veinte y dos navíos en la carrera de la India. Pero estos lamentables exemplos no alejan á los mortales del deseo de peligrar, arrebatados de la cruel ambicion de enriquecerse. El virrey envió á Andres de Mendoza con una armada de veinte navíos contra Ceylan, donde se habia encendido la guerra. Tomó á los enemigos algunas naves, y les derrotó otras. Despojó al pirata Catimuza de la armada de galeras, que tenia en la embocadura del rio Cardiva, y no hizo poco en escaparse él á nado. Apresó otra armada en Manar; y habiendo saltado á tierra, peleó en ella, obligó al Rey á ponerse en fuga, y mató á su hijo mayor. Confirió el reyno de Janapatan á un hermano del muerto, habiendo despojado de él á su padre. Por este tiempo Andres de Santiago, y Pedro Fernandez gobernadores de Sena y Tate, pelearon desgraciadamente con los cafres. Pedro fue muerto con sus compañeros, y apenas pudo Andres escaparse. Pedro de Sousa gobernador de Mozambique acudió á vengar el daño, y recibió otro no pequeño. Inundó de sangre á Qui-

loa, que habia sido entregada á los enemigos por sus pérfidos habitantes, en odio de los portugueses. En Melinda, Mendo de Vasconcelos con treinta portugueses, y algunos naturales derrotó á los bárbaros, que estaban muy feroces con sus anteriores victorias, y hizo en ellos tal estrago, que apenas escaparon ciento con su Régulo de toda aquella multitud. Este era en el Africa el estado de las cosas. Cerca de Chaul pelearon los portugueses con los bárbaros, y hicieron en ellos gran mortandad, á costa de muy poca sangre de los vencedores; pero en Ceylan fue Lope de Sousa muy desgraciado. El virrey envió otra vez á Mendoza hombre muy valeroso y afortunado, con una armada contra los enemigos. Tomó al Zamorin tres navíos, y es imponderable lo opulenta que fue esta presa. Tambien se apoderó en un combate de la armada de los piratas malabares, y habiendo arribado á Columbo en Ceylan, reduxo á su deber y sujetó á los naturales, que se habian sublevado contra el gobernador portugues. Esto es lo mas notable que acaeció por este tiempo en aquella remotísima parte del orbe.

# LIBRO DÉCIMO.

## CAPITULO PRIMERO.

*Pretendientes á la corona de Francia. Conferencias de los partidos. El príncipe de Bearne se convierte á la religion cathólica.*

El año noventa y tres de este siglo es mas memorable por haberse tratado en él de la paz, que por los sucesos de la guerra. De la diversidad de afectos 1593.

é intereses se originaban muchas dificultades para concluirla; porque la ambicion de muchos que aspiraban al trono de Francia, hacia mas implicado un negocio, que por sí mismo lo era mucho. Parecia solicitar con mejor derecho el cardenal Carlos de Vandoma, primo del de Bearne, y se le juntaba el favor del partido que él mismo habia formado mucho tiempo antes. Agregábanse á esto los deseos del Papa, y de los cardenales, que tenian por muy decoroso fuese elevado al trono un cólega suyo: y favorecia notablemente su causa la condicion jurada por los de la liga, despues de la muerte del cardenal de Borbon, por la que se obligaron á no admitir al cetro de Francia á ninguno que no profesase la verdadera religion. Pero el Rey don Felipe le era muy opuesto porque habia sido educado entre calvinistas; y se inclinaba mucho al hijo del duque de Lorena; asi por su religion, como por el beneficio que resultaba á España. Asi pensaba al principio; mas considerando despues el mucho dinero, y sangre española que se habia derramado en Francia, dirigió sus miras á doña Isabel su hija, pidiendo que fuese admitida á la sucesion del reyno, ya por el derecho de sangre, ó por libre eleccion de los estados. No lo rehusaban los grandes de Francia, con tal que eligiese esposo dentro del mismo reyno, al qual debia admitir por su consorte en el trono y en el tálamo, dentro del término de un año. Por el contrario los que aborrecian la dominacion extrangera; temerosos de que por la inconstancia de las cosas humanas llegase á suceder que la Francia se juntase á España, llevaron tan á mal que se hiciese mencion del archiduque Ernesto, y de Alberto, que juraron no recibir en Francia príncipe alguno extrangero. Pero Tasis bien instruido de las cosas de este reyno, persuadia á don Lorenzo de Fi-

gueroa duque de Feria, y á don Iñigo de Mendoza, que habian llegado poco tiempo antes, que promoviesen la causa de doña Isabel con esperanza de buen éxito: que lo que convenia era derramar dinero, acercar tropas á Francia, y sobornar á los grandes con regalos, principalmente á los del partido de Lorena; y que con estos artificios, y con el favor del cardenal Placentino nuncio apóstólico, que era muy afecto á los españoles por el zelo de la religion, se prometia que todas las cosas sucederian segun sus deseos. De otro modo pensaba el duque de Feria en este negocio, conforme á las ideas del Rey don Felipe, que eran de no hacer el menor gasto ni regalo mientras los estados no declarasen el reyno á su hija, pues no queria comprar á tanta costa una vana esperanza. Que lo que importaba era obligar á los confederados con la falta de socorros, y reducirlos á su dictámen, quitándoles el apoyo del oro; y tenia por cierto que consentirian en él, para no dexarse oprimir de sus enemigos, y perder sus particulares intereses, junto con la reputacion de la liga. Pero el duque de Mayena que habia congregado contra su voluntad la junta de los estados, habiendo penetrado el designio del duque de Feria, procuró con todo esfuerzo impedir que en ella se resolviese cosa alguna, y comenzó á enredarlo todo, á fin de causar á los españoles el mismo dolor que él padecia. Finalmente las cosas se hallaban ya en la situacion mas peligrosa, porque ninguno queria ceder de su empeño. En igual conflicto se hallaba el de Bearne, pues los cathólicos que seguian su fortuna le amenazaban de abandonarle, si no se convertia en breve al gremio de la iglesia cathólica. Habíales prometido que lo haria á tiempo determinado, y habiéndose pasado éste sin cumplirlo, trataba mal á los cathólicos, por cuya causa estaban

irritados con él, y se decia tambien que habian comenzado á dirigirse cartas unos cathólicos á otros, exhortándose recíprocamente á la concordia, en lo qual trabajaba el duque de Mayena, aunque lo negaba en público. Penetraron los españoles estos ardides, y se quejaron á él con grande acrimonía de palabras; pero despues de graves contiendas y dicterios, no pudiendo ninguno sostener su partido sin el auxîlio del otro, y para que no se destruyese la liga, se reconciliaron al fin por mediacion de Tasis el duque de Feria, y el de Mayena, que eran los principales cabezas. Para asegurar esta amistad con mas estrecho vínculo, fueron entregados al de Mayena veinte y cinco mil escudos en dinero de contado, y doscientos mil en asignaciones, y el generalato de las tropas que mandaba Carlos Mansfeld. Juntáronsele á estas las pontificias que se hallaban muy disminuidas, y las francesas, con las que habiendo batido vigorosamente á Noyon, se vió forzada á entregarse.

Entretanto que esto pasaba, fue muerto en desafio Appio Conti, por Latembrin coronel de la legion alemana, y los soldados de ésta fueron despedidos del exército, y se volvieron á su patria. Al mismo tiempo tuvieron una junta los bearneses, y los confederados en Suren, con el deseo de atraerse unos á otros cada uno á su partido; pero todos se mantuvieron constantes en sus ideas. Los políticos prometieron que el de Bearne abrazaria de buena fé, y por su propia voluntad la religion de sus mayores: mas los confederados remitieron al sumo Pontífice el conocimiento de esta causa; y por último nada se hizo, aunque se descubrió el medio de dirigir el negocio, y de aqui adelante se trataron unos á otros con mas blandura. Deseaba el de Bearne hacerse cathólico; pero no podia tolerar que le forzasen á ello. Los

hombres doctos que concurrieron á la conferencia, le estrecharon con poderosas razones, y hallándose fluctuante y dudoso, acabó de determinarle Villeroy varon muy prudente y sincero entre los de la liga, el qual trabajó mucho en reconciliarle con Mayena, dándole á entender libremente el peligro en que se hallaba, si persistia en su obstinacion. Representóle pues, que si era creado Rey el cardenal de Borbon, inmediatamente se retirarian de su campo los nobles, y se pasarian al príncipe cathólico; y que si se confería el cetro á doña Isabel, recaerian contra él las fuerzas de los españoles, juntas con las de los confederados, sin que le quedase esperanza alguna de apaciguar la discordia. Finalmente con estas y otras razones, y sobre todo con la inspiracion de la divina gracia, se resolvió á mudar de religion. Mientras tanto disputaban los confederados en sus conferencias, y fueron mal recibidas las proposiciones del duque de Feria, Mendoza y Tasis, porque los franceses rehusaban apartarse de la ley Sálica, que en otros tiempos se habia intentado anular, y siempre sin fruto, y con mucho derramamiento de sangre. El duque de Mayena no se movia á cosa alguna para adelantar este negocio, por el mismo fin que los otros, ademas de la emulacion que le causaba el de Guisa, á quien el Rey don Felipe habia declarado por esposo de su hija. Por esto pues, destituido de la esperanza del reyno, que habia concebido en su ánimo, y creyendo que doña Isabel casaria con su hijo se pasó al cardenal de Borbon, no por el deseo que tenia de hacerle Rey, sino por el de impedir la junta de los estados. Añadióse á esto el decreto del parlamento, para que procurase que no recibiese detrimento alguno el estado, el qual corrió la voz de que habia sido formado por el mismo. Finalmente pudo tanto con sus artificios y

con la grande autoridad que tenia entre los suyos, que la mayor parte de los que se habian juntado para deliberar, dieron gracias al duque de Feria, y se excusaron de elegir Rey, hasta que con mayores tropas y fuerzas de la España pudiesen establecer en la posesion del reyno, y defender al que nombrasen. De este modo eludieron la máquina de los españoles, que vino á ser inútil. Pero el de Bearne, para no perder su fama, habiendo juntado las tropas acometió y tomó á Dreux con su fortaleza. Despues de esta victoria, se dedicó sériamente á mudar de religion, para que no se creyese que lo hacia forzado, sino espontáneamente, pues siendo vencedor abrazaba la religion cathólica. Instruido pues en sus dogmas y doctrina, y á pesar de las reclamaciones de los ministros hugonotes, fue recibido en la iglesia de San Dionisio por el arzobispo de Bourges, y absuelto de las excomuniones, sin intervencion del Pontífice, con extraordinaria alegría de todos los que se hallaban allí presentes, y el dia veinte y cinco de julio participó de la sagrada comunion. Prorogáronse hasta fin del año las treguas pactadas antes por tres meses, sin embargo de la oposicion de los españoles, unidos al nuncio apostólico.

Al mismo tiempo trataba el duque de Mayena con los del partido del de Bearne, de componer la guerra civil; con tal que consintiese el Pontífice, y aprobase lo hecho, y envió legados á España que pidiesen á doña Isabel para su hijo mayor, no hallándose todavia apagada en su pecho la esperanza de obtener el reyno, que se hallaba en él muy arraygada. El Rey don Felipe declaró á la verdad que le agradaba el yerno, y prometió su hija, segun la costumbre de aquellos que se inclinan á la parte donde descubren mayor lucro. Llevólo muy á mal el duque

de Feria, y sus compañeros que conocian bien á aquel hombre, y temian mucho que se convertiria de amigo en enemigo, si convenia á su interes, y de tal manera le aborrecian, que hay quien asegura que trataron entre sí de matarle. Oponíase tambien el Pontífice, amonestando que era muy conveniente que doña Isabel casase con un príncipe de la sangre de Borbon, para que con mas facilidad se extinguiese la guerra civil. Este consejo le trastornó la ambicion que nunca abraza lo que es bueno, sino lo que es útil; pero todos estos proyectos se desvanecieron en breve tiempo como el humo.

## CAPITULO II.

*Sucesos de Flandes. Muley Xequi hijo del Rey Mahomet, recibe en Madrid el bautismo. Muerte de San Pasqual Baylon.*

Al paso que se disminuia en Francia la autoridad de la liga, tomaban mejor aspecto las cosas del de Bearne, pero las de Flandes se hallaban en mal estado. A fines del año anterior llegó el conde de Fuentes, enviado por el Rey con despachos en que mandaba que el viejo Mansfeld gobernase á Flandes hasta que nombrase á alguno de los príncipes de la sangre real. Pero agravado aquel con sus muchos años, y con la falta que padecia de lo necesario porque el Rey don Felipe temia empeñarse en gastos, apenas podia hacer cosa alguna. Para impedir las excursiones de los enemigos, y por consejo del conde de Fuentes, restituyó la severidad de la disciplina militar, segun la habia establecido el duque de Alba, aboliendo el comercio de la guerra. Intentó Mauricio combatir con un pequeño esquadron á Ger-

trudemberg, ciudad fortificada, y Mansfeld se descuidó en socorrer á tiempo á los sitiados. Habiendo recibido Mauricio nuevas tropas, fortificó cuidadosamente su campo de tal modo, que fue inútil el socorro que llevó Mansfeld, y despues de algunas escaramuzas, desconfiando de conseguir su empresa, se retiró de allí con mucha ignominia; la qual aumentó mas queriendo borrarla, pues fue rechazado de Crevecour, con la inundacion de su territorio, á causa de que intentaba acometer esta fortaleza para poner en salvo á los de Bolduc. Despues de quatro meses de sitio, en cuyos ataques murieron dos gobernadores, obligó al fin Mauricio á la ciudad á que se entregase, y salió libre la guarnicion, baxo de honrosas condiciones. Felipe y Guillelmo de Nassau habian introducido cada uno sus tropas, aquel en el territorio de Luxêmburgo, y éste en la Frisia; pero acudiendo Barlemont con un esquadron de gente armada, rechazó de allí á Felipe. Mucho mas trabajo tuvo Verdugo con Guillelmo, el qual manteniéndose en sus reales muy fortificado, despues de haber talado los campos, no quiso aceptar la batalla que le presentaba Verdugo, auxîliado con las tropas que le habia enviado Mansfeld. Despues de esto sitió á Covord, y no pudo tomarla, y finalmente conduxo por el invierno al Brabante las tropas muy deterioradas. Mondragon arrojó al enemigo que habia venido á saquear el territorio de Vasa, y en esta ocasion fue muy celebrado el valor de Alonso Idiaquez, que se introduxo en el campo enemigo con un pequeño esquadron, y le obligó á retirarse á los navíos, quedando muertos muchos, y otros ahogados en el rio. Las tropas españolas, walonas y italianas de las provincias de Artois y Hainault se sublevaron y rehusaron la obediencia á sus cabos, por-

que no se les pagaba su estipendio; lo que fue no pequeña causa de las pérdidas padecidas en este año. El conde de Fuentes exâminaba con mucho cuidado las cuentas del tesoro público, que se hallaba enteramente exhausto; y como el Rey no enviaba dinero, no podia mantener al soldado, ni tampoco hacer la guerra.

En España se disponia una armada extraordinaria para llevar socorro á los cathólicos de la Guyena, que se hallaban muy necesitados. Habian fortificado á Blaya en la desembocadura del rio Garona, y la defendia Mr. de Lusan, hombre intrépido y activo, que para resistir á los esfuerzos de Matignon gobernador de Burdeos, solicitó el auxîlio de don Felipe, y habiéndosele concedido envió en el mes de mayo diez y seis navíos muy bien provistos, al mando de Juan de Lizarza. En su navegacion apresó cinco naves inglesas, y persiguió otras que se refugiaron en la fortaleza de Ruyan. Combatia Matignon á Blaya por mar y tierra con seis navíos ingleses, y con las fuerzas de su provincia; pero los ingleses luego que vieron la armada que venia contra ellos, levantaron inmediatamente las anclas, y se pusieron en fuga, y á uno de ellos, para no ser apresado, le pegaron fuego sus defensores, con cuyo incendio perecieron dos de los españoles. Cayó en el mar Adriano Brancati, y se ahogó sumergido por el peso de sus armas. Despues de haber desembarcado por la noche los víveres, que era lo que principalmente hacia mas falta á los sitiados, acometieron á los navíos franceses que estaban en el rio, y los maltrataron con algunas descargas pasageras. Finalmente concluyó con buen éxîto esta empresa, y se restituyó la armada á España, y en el camino se apoderó de otro buque ingles. Volvió otra vez Lizarza con seis navíos,

y habiendo comunicado sus designios con los sitiados, penetraron por la noche con espada en mano en los reales enemigos, y hicieron en ellos una gran mortandad. En aquella confusion perecieron ochocientos franceses, y solo quarenta quedaron prisioneros; y se asegura que en esta accion se portó heróicamente don Antonio Manrique, á cuya prudencia, y al valor de los españoles se debió la victoria. Habiendo hecho levantar el sitio, tomó Lizarza una galera en el rio, y regresó con la armada íntegra y salva á las costas de Vizcaya.

Muley Xeque hijo de aquel Mahomet que pereció al pasar el rio Mucasen en la desgraciada batalla del Rey don Sebastian, fue educado en España donde habia quedado en rehenes, y recibió en Madrid el sagrado bautismo. El Rey don Felipe le hizo caballero del orden de Santiago, y le señaló rentas para que pudiera mantenerse con decencia, y habiendo celebrado capítulo del Toyson de oro, condecoró con el collar de esta Orden á los duques del Infantado y Escalona, y á Pedro de Médicis hermano del gran duque de Florencia. El corto número de tropas, que habia quedado en Aragon desde el anterior tumulto, fue sacado de alli por orden del Rey, á fin de libertar á sus habitantes de aquella molestia. Mas para refrenar la licencia de la plebe, se reparó un antiguo edificio, cercano á la ciudad, en forma de castillo; y habiéndolo guarnecido, y fortificado con gente armada, contuvo en su deber á aquellos hombres inquietos. El Rey don Felipe, como tan entregado á las obras de piedad, envió á Zaragoza á don Gomez de Velasco con treinta mil ducados, para que los emplease en dotar doncellas, socorrer á pobres y otros objetos semejantes. De esta suerte dió gracias á Dios aquel piadoso príncipe por

haberse apaciguado el tumulto. Don Beltran de la Cueva duque de Alburquerque, sucedió en el gobierno de Aragon á don Miguel de Luna conde de Morata, y de alli adelante no acaeció cosa alguna que turbase la tranquilidad pública. Don Christóbal Robuster, obispo de Orihuela, renunció por este tiempo su dignidad en Roma, adonde habia pasado para defender los derechos de ella, despues que la obtuvo cinco años; y en el mes de marzo siguiente le sucedió don Joseph Esteban, que celebró el segundo sínodo, porque Gallo habia congregado el primero. Salvatierra obispo de Segorve, fue trasladado á Ciudad Rodrigo, y tuvo por sucesor á don Juan Bautista Perez valenciano, que habiendo sido hecho canónigo de Toledo por el cardenal Quiroga, en premio de su insigne doctrina, fue elevado el año anterior á la dignidad episcopal, á pesar de haberlo resistido con christiana humanidad. En el dia diez y siete de mayo del mismo año pasó de esta vida á la eterna en Villa Real, pueblo del reyno de Valencia, San Pasqual Baylon Franciscano descalzo, varon ilustre por su santidad y milagros, los que habiendo sido solemnemente aprobados, fue beatificado por Paulo V., y finalmente canonizado por Alexandro VIII. Su cuerpo se conserva en la misma villa con piadosa veneracion de los fieles que de todas partes concurren á visitarle.

## CAPITULO III.

*El príncipe de Bearne es coronado Rey de Francia con el nombre de Enrique IV. Ernesto archiduque de Austria es nombrado gobernador de Flandes. Guerra en Saboya.*

Cansados ya los franceses de la guerra civil, deseaban en gran manera la paz, y incitados de ella comenzaron á inclinarse al de Bearne. Este pues recibió la corona en Chartres con todas las ceremonias acostumbradas, y fue proclamado Rey de Francia con el nombre de Enrique IV con grande alegria y regocijo del inmenso gentío que acudia de todas partes. Pasábanse al nuevo Rey en tropas los hombres mas ilustres de los partidos confederados despues de removido el estorbo de la heregía. Recibia á todos con mucha humanidad, y los atrahia con regalos, rentas y gobiernos; y apresurándose todos á adelantarse los unos á los otros, cayeron poco á poco las fuerzas de la liga, y se disminuyó su autoridad, que apenas se sostenia por el Pontífice y el Rey don Felipe. Desertaban tambien de ella las ciudades, principalmente las de Leon, Meaux, Orleans y Bourges; y finalmente París cabeza de la liga, se entregó á Enrique por medio de Brisac, á quien habia dexado Mayena para su custodia; y entró en ella el dia veinte y dos de marzo de mil quinientos noventa y quatro. El duque de Feria y sus compañeros, con los españoles, walones y alemanes que estaban de guarnicion, fueron despedidos sin molestia alguna, y se retiraron á los confines de Flandes. El nuncio pontificio irritado de la ligereza de los franceses en el abandono de la liga, sin haber contado en cosa alguna con la Santa Sede, se retiró de París; pe-

ro mientras disponia su viage á Italia, murió de una enfermedad. Aumale, Rosny, San Pol y otros persistian constantemente en la liga. El duque de Guisa mató con su propia mano al conde de San Pol hombre respetable por sus años y por su extraordinaria pericia militar, habiéndole excitado á esta atrocidad mas la inconstancia de su carácter, que otra alguna causa. Poco despues, á persuasion de su madre, se pasó Guisa á Enrique no sin recompensa, y á cada paso le vendian los nobles su fidelidad, atendiendo solo á sus particulares intereses, y despreciando enteramente lo que de ellos pudiera juzgar la fama.

Por este tiempo se hallaba el duque de Mayena en el condado de Soissons muy ageno de reconciliarse con Enrique, aunque veia que sus mismos parientes le desamparaban á él y á la liga, y que cada dia iba á menos su autoridad. Tambien se reconcilió con Enrique el duque de Lorena, y por medio del teniente Bassompierre sacó sus tropas del campo de los confederados, y se pasaron al sueldo de Enrique. En el Papa no quedaba esperanza alguna de socorro, porque mantenia en Ungría la guerra contra el Turco; con cuyo pretexto se substraxo de la liga, para que no se creyese que mas bien fomentaba la guerra civil, que defendia la religion. Los españoles viendo casi deshecha la alianza, estaban resueltos á abandonar las vanas esperanzas de la Francia, y dirigir sus cuidados á las cosas de Flandes, para recuperar sus dominios y su fama, que tanto habia padecido con las anteriores pérdidas. Llegó á tiempo muy oportuno Ernesto archiduque de Austria, llamado por cartas del Rey don Felipe para encargarse del gobierno de Flandes, y fue recibido por los españoles y flamencos con el mayor obsequio y regocijo.

El duque de Mayena que habia venido á Bruselas para saludarle, conferenció con él sobre la causa comun, y acordaron que juntando sus tropas, sostuviesen la autoridad de la liga hasta que se viese claramente lo que decidia el Pontífice acerca de las cosas de Francia.

Entretanto no cesaba Mauricio de hacer hostilidades: Intentó tomar por fraude á Utrech, habiendo echado rio abaxo un navío cargado de soldados como otro caballo Troyano; pero no le salió la empresa como pensaba. A fines del año anterior acometió con grande esfuerzo á Groninga, y la tomó baxo de condiciones. De esta desgracia fue causa la pertinacia de los habitantes en no admitir una guarnicion, porque tanto temian á los soldados como á los enemigos. Otro de los males fue la contumacia de las tropas, que no querian moverse de sus quarteles sin que primero no se les pagase su estipendio, y no habia dinero alguno, ni pudo sacarse un real á los negociantes de Amberes, aunque salia por fiador el mismo Ernesto. Finalmente se sublevaron y se echaron á robar, saquear y molestar los campos con todo género de injurias, sin modo ni término. El obispo de Lieja puso gente armada en los confines de su territorio para que no le invadiesen; pero habiéndola derrotado aquellos foragidos, los alejó con dinero, ya que no pudo con la fuerza de las armas. Ajustóse el negocio en quince mil escudos, y habiéndolos recibido, se abstuvieron de hacer ninguna violencia. Viendo Ernesto que no podia reducir por otro medio estos ladrones, determinó perseguirlos con la fuerza, y mandó á don Luis de Velasco que marchase contra ellos con un selecto esquadron de españoles, y los tratase como á enemigos. Acometiólos en Sichen donde se hallaban encerrados, y no

pudo arrojarlos de allí, aunque se trabó una atroz pelea, en que fue derramada mucha sangre. No obstante desconfiados despues del lugar y de sus fuerzas, huyeron á Breda é imploraron la proteccion de los enemigos. Mandó Mauricio que no los recibiesen dentro de los muros de la ciudad; pero que se les socorriese con humanidad con todo lo necesario. Un autor asegura, que habiendo seguido el consejo que les dió Mauricio, ofrecieron sus servicios á Enrique. Estas cosas sucedieron á fin del año, y á principios del siguiente aplacados por Ernesto, volvieron á su deber. Mansfeld padre y hijo juntaron algunas tropas no despreciables, y arrojaron del territorio de Luxêmburgo á los franceses y holandeses, que habian venido de comun acuerdo á aquellos parages, para que haciéndose dueños de la provincia, impidiesen el paso á los socorros que venian al Español de Alemania y Italia.

En el mes de mayo habia Ernesto enviado cartas á los estados confederados, para ver si podria encontrarse algun medio de conciliar la paz con honrosas condiciones. Pero trabajó en vano con unos hombres que estaban persuadidos de que con la guerra se mejorarían cada dia mas sus cosas, asi públicas como particulares. La respuesta que le dieron fue poco decente y muy soberbia, segun su costumbre. Viendo Ernesto que los holandeses despreciaban la paz, y que los franceses disponian la guerra, no cesaba de escribir á España que no tenia soldados ni dinero para una sola guerra, y mucho menos para dos; por lo qual le enviase el Rey uno y otro, si no queria que la Flandes fuese oprimida por la multitud de sus enemigos, y que se perdiese de una vez, y para siempre con grave daño y mengua de la familia Austriaca. Pero derramada la guerra en regio

nes tan distantes, apenas podia resolverse á tiempo lo conveniente, y mucho menos acudir á ella con dinero y tropas. Establecióse otra nueva alianza entre el Rey don Felipe y el duqué de Mayena, con la condicion de que el Rey suministrase el dinero, y que Mayena hiciese la guerra baxo de sus órdenes, sin que tuviese compañero en el mando; y que todo lo que ganase en ella lo cederia al Rey de Francia, que habia de elegirse al arbitrio de los confederados. Enrique por el contrario, deseoso del descanso, convidó por medio de sus cartas á la paz á los estados de Artois y de Hainault, y las exhortó á que procurasen disuadir en quanto les fuese posible al Rey don Felipe del deseo de continuar la guerra; pero no le respondieron cosa alguna los estados, aunque Ernesto á quien consultaron les habia dado potestad para hacerlo. A la verdad por aquella parte se habian separado en este año con igual fortuna; pues el jóven Mansfeld tomó á los franceses la importante fortaleza de la Chapele situada en los confines, y Enrique á costa de muchos asaltos y combates recuperó á Leon.

En otras partes continuaba la guerra con mayor fervor que antes. En la Bretaña sucedian las cosas con prosperidad; pero concordaban poco los españoles y el duque de Mercoeur: aquellos por la razon arriba explicada, pedian que se devolviese esta provincia á doña Isabel; y éste pretendia que le pertenecia por los derechos de su muger, por quien peleaba; y de esta discordia se originó una desgracia. Los españoles para excluir á los de Brest del Océano levantaban una fortaleza en parage oportuno; y Mercoeur lo llevaba muy á mal, porque no podia tolerar que se aumentasen sus tropas. No podemos negar que su número crecia demasiado, pues

poco antes habian llegado de Aragon cinco mil soldados. Aun no se hallaba guarnecida esta fortaleza, la qual defendia con quatrocientos soldados Tomás Pujadas hombre de grande ánimo, quando la sitió de improviso Aumont, reforzado con un socorro de los ingleses. Los sitiados rechazaron por ocho veces con admirable intrepidez el asalto de los enemigos en la brecha del muro, y no se movió un paso Mercoeur para socorrer á los que se hallaban en tanto peligro. Aguila capitan de los españoles habia acercado la infantería, porque carecia de caballería; pero no habiendo sido socorridos por uno ni por otro, despues de quarenta y cinco dias de combate, murieron peleando los pocos que habian quedado vivos, con una muerte digna de ánimos españoles, matando en la última pelea á seiscientos de los enemigos. Por este tiempo falleció el cardenal de Borbon, y se creyó en el vulgo que le habian dado veneno, cuya muerte atribuye muchas veces la fama á los grandes príncipes.

Ardia cruelmente la guerra en las fronteras de Saboya. Olivera socorria en todo lo posible á Viena, que se hallaba sitiada por los franceses; y habiendo acometido á estos don Jorge Manrique con la fuerza de sus tropas, libertó á la ciudad del peligro. Lesdigueres habia fortificado á Briquerac no lejos de Turin, la que emprendió combatir el Saboyano auxiliado con los socorros de los españoles. Mandaba á estos don Pedro de Padilla gobernador de la fortaleza de Milán, y don Alonso Idiaquez á mil y quinientos caballos, para lo qual fue llamado de Flandes, y substituido al marques del Basto que habia fallecido poco antes. Habiéndose dado el asalto por la brecha del muro medio arruinado, cayó peleando valerosamente don Gabriel Manrique, hijo

del duque de Náxera; mas no pudo ser tomada la fortaleza. Volvieron otra vez á dar nuevo asalto, y consternados entretanto los que se hallaban de guardia en la trinchera, con una imprevista salida de los enemigos, les volvieron las espaldas y se pusieron en fuga. Acudió el Saboyano al tumulto, y tomando en la mano una pica, les dixo: «¿A dónde huis »compañeros mios? volved la cara contra el enemi»go, que yo iré delante." Inmediatamente volvieron contra el enemigo que estaba muy alegre con la victoria, y le obligaron á encerrarse dentro de sus muros. Lesdigueres juntó con la mayor celeridad un exército de siete mil hombres para socorrer á los sitiados; y en el camino se le entregó baxo de condiciones el castillo de San Benito; pero aunque acercó á la ciudad sus reales, no se atrevió á pelear, porque conocia la desigualdad de fuerzas, y se retiró con sus tropas. Los sitiados habiendo perdido la esperanza del socorro, se apresuraron á entregarse quanto antes con favorables condiciones. Despues de esto recobró Idiaquez el castillo de San Benito, y arrojó á los franceses de los Alpes. Desde alli se trasladó la guerra á la Borgoña, adonde inmediatamente acudió Mayena, para conservar aquella provincia que le era muy fiel, y librarla de las armas y secretos designios de Enrique. Encendióse alli despues con mayor furor la llama de la guerra, que por una y otra parte se sostuvo con grandes fuerzas.

# CAPITULO IV.

*Arribada de una armada turca á las costas de Italia. Intentan los holandeses navegar al Oriente por el Océano Septentrional. Piratas ingleses en las costas de América.*

Causó gran terror en las extremidades de Italia la llegada de una armada Otomana. El almirante de ella que tenia el sobrenombre de Cigala era siciliano renegado hijo del pirata Visconti, que habiéndole tocado de la presa de Modon una doncella christiana de singular hermosura, á quien dió el nombre de Lucrecia, se casó con ella. De este matrimonio nació Scipion, el qual habiendo sido hecho cautivo por los turcos, abrazó la secta de Mahoma, y llegó á ser almirante. Este pues conduxo la armada á las costas de Italia para saquear y robar; y como no produxese efecto el engaño que habia tramado contra Syracusa, pasó á Régio que estaba desamparada de sus habitantes. No pudiendo tampoco satisfacer sus deseos de hacer presas, reduxo á cenizas una gran parte de la ciudad, y hubo algunas escaramuzas con la caballería, en las que perecieron muchos de los bárbaros; y los demas se vieron obligados á retirarse á sus galeras. Los holandeses, y los ingleses deseosos tambien de saquear, navegaron á diversas partes. Aquellos con quatro navíos formaron la empresa de penetrar por el Océano Septentrional al Oriente, y apoderarse por este atajo de las riquezas de la India. Pero despues de una calamitosa y larga navegacion se volvieron á su patria sin haber hecho cosa alguna. Esto mismo han intentado despues muchas veces, aunque siempre en vano; y aun en nuestra edad el año setenta del siglo anterior nave-

garon estos hombres hasta los ochenta grados con grande audacia, y sin fruto alguno. Los ingleses dirigieron su rumbo ácia el Mediodia para invadir las costas de América. El conde de Cumberland destruyó un pueblo en la isla de la Trinidad, y habiendo pasado al continente, arruinó en gran parte á Santa Marta. Despues que hizo muchas presas, llegó á la Habana, y cerró el puerto; mas no se atrevió á intentar cosa alguna contra aquella ciudad fortificada, y solo tomó un navío, habiéndose escapado la tripulacion. A su regreso incendió otro navío de la India en las islas Terceras. Ricardo Aquins navegó con tres navíos al estrecho, y habiendo arribado á las costas del Brasil, donde perecieron de enfermedades muchos de sus compañeros, quemó una de sus naves; otra fue rechazada del estrecho por una tormenta, y se volvió á Inglaterra; y la tercera, que estaba muy bien equipada, atravesó por fin el mar del Sur. Era gobernador del rio de la Plata don Fernando Zárate, el qual noticioso de los intentos del pirata, avisó inmediatamente del peligro al marques de Cañete virrey del Perú. El pirata saqueó y despojó cinco navíos en el puerto de Valparaiso, y se llevó uno de ellos para que su piloto Francisco Bueno le dirigiese en la navegacion: los demas los rescataron sus dueños por la suma de dos mil pesos. El marques de Cañete mandó armar sin dilacion tres navíos, nombrando por comandante de ellos á don Beltran Castro hijo del conde de Lemos, capitan de grande fama; pero no pudo alcanzar en su fuga al pirata, por habérselo impedido una tempestad, que le arrojó al puerto del Callao de Lima, donde quedó una de las naves muy maltratada, y con las otras dos determinó seguirle. Habiéndole alcanzado en la ensenada de San Mateo, trabó con él combate, pe-

ro la noche los separó, y al dia siguiente se renovó la pelea con mas ardor. Uno de los navíos españoles, aunque no de mucha fuerza, aseguró con los garfios al Ingles, y saltando en él nuestros soldados, pelean con el enemigo á pie firme como si fuera en campo raso. Juan de la Torre soldado veterano, derribó en tierra á Aquins, que estaba armado de hierro de pies á cabeza. En otra parte del navío peleaba Castro intrépidamente; y rechazó á los enemigos, que viéndose ya del todo perdidos, arrojaron las armas y imploraron la clemencia del vencedor. El navío apresado con su tripulacion fue conducido á Panamá, para curar á los heridos, y reparar los buques españoles, y desde alli navegó Castro al Callao, donde desembarcó noventa y tres ingleses, que eran los únicos que habian quedado con vida. De los españoles murieron treinta y dos, y los heridos no llegaron á este número. Aquins fue llevado á España, y despues de algunos años consiguió libertad á instancias de Castro, que le habia dado palabra de solicitarla.

Habiéndose conjurado tantos enemigos contra el nombre Español, y como no alcanzase el tesoro real para defender con las armas un imperio tan vasto, puso el Rey don Felipe la mira en las grandes riquezas que habia dexado el arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, el qual falleció el dia veinte y dos de noviembre sin haber hecho testamento, porque se lo prohibió el Pontífice. No pudo el Rey obtener de éste la suma total, que se dice ascendia á un millon de ducados, y se dividió en tres partes, una para el Rey, aplicada para los gastos de la guerra; otra se empleó en obras pias por direccion del Pontífice; y la tercera se la reservó á sí mismo, que como se hallaba implicado en la guerra de Hun-

gría contra el Turco, dedicaba á este objeto todo quanto podia recoger. En lugar de Quiroga fue nombrado arzobispo de Toledo el cardenal Alberto de Austria, y en el año siguiente tomó posesion por procuradores. Como le era necesario restituirse á Castilla, se estableció en Portugal una forma de gobierno aristocrático, para lo qual fueron nombrados don Miguel de Castro arzobispo de Lisboa, Juan de Silva conde de Portalegre, Francisco Mascareñas de Santa Cruz, y Eduardo Castelblanco de Saboga, y por secretario á Miguel de Moura, para que extendiese y autorizase los decretos, ínterin que el Rey enviase un príncipe de su familia para gobernar aquel reyno. En Castilla se vió una cosa admirable y un juguete muy extraño de la naturaleza, pues el dia veinte y seis de octubre se secó de repente el rio Carrion que baña á Palencia, y se agotó de tal manera por espacio de diez horas, que se podia andar á pie enxuto, quando antes llevaba una inmensa cantidad de agua. Creyóse comunmente que habia tomado otro rumbo por conductos subterráneos, de lo qual era prueba que en el pueblo de Paredes, distante doce millas de Palencia, cuyo terreno es muy árido, se llenaron entonces los pozos, y aun algunas casas se arruinaron por los cimientos. Dícese tambien que cincuenta y dos años antes acaeció otro fenómeno semejante.

## CAPITULO V.

*Declara el Rey de Francia la guerra al de España. Muerte del príncipe Ernesto, gobernador de Flandes. Y sucesos de aquellas provincias.*

Como las fuerzas de la liga se iban minorando

cada dia, declaró Enrique la guerra al Español, á fin de extinguir enteramente el partido doméstico. Temia que los franceses dexasen las armas despues de estar acostumbrados por tan largo tiempo á la guerra; y para que no tramasen contra él alguna cosa, creyó conveniente ocuparlos en una guerra extrangera. Ademas de esto rezelaba tambien que irritados los hugonotes con el dolor de que habia abjurado la secta de Calvino, formasen algun nuevo partido, como ya corria la voz de que lo proyectaban. Para reconciliar pues los ánimos de los franceses, que se hallaban divididos unos de otros con la guerra civil, procuró descargar su ira contra los españoles, á quienes declaró solemnemente la guerra el dia veinte de enero del año de mil quinientos no- 1595.
venta y cinco, enviando á este fin sus reyes de armas á las fronteras de Flandes. El Rey don Felipe refutó en un escrito como iniquas las causas que alegaba el Rey Enrique, refiriendo los beneficios que habia hecho á los Reyes de Francia, y que con sus tropas y facultades habia sostenido aquel reyno quando estaba más próxîmo á su ruina. Pero como estas reflexîones hacian poca fuerza á los ingratos, determinó hacer por su parte la guerra con todo vigor, y defender y proteger á los cathólicos, á quienes amaba como hijos obedientes de la santa iglesia. Estas y otras cosas las apoyó con sólidas razones; y despues que pelearon con los escritos, vinieron á las armas con grande esfuerzo.

El duque de Mayena se habia trasladado con sus tropas á la Borgoña, donde en otros tiempos habitaron los sequanos, porque Biron intentaba apoderarse de aquella provincia con la fuerza, y con los ardides. Pero al mismo tiempo don Juan de Velasco gobernador de la Lombardía introduxo en la alta

Borgoña, que fue el asiento de los heduos, ocho mil infantes y dos mil caballos, y impidió que cayese en poder del enemigo. Habiendo solicitado Biron que acudiese Enrique á socorrerle, envió á toda prisa un exército por la Champaña, que se derramó en la Borgoña. Entretanto que sitiaba las fortalezas de Dijon, hizo adelantarse á la caballería, para que explorase la situacion del campo enemigo, y el número de sus soldados. Pero advertido por la fuga, y por las heridas de los caballos, de que los españoles estaban mas cerca de lo que pensaba, envió á Biron delante para exâminar sus puestos, y vino á caer de repente sobre ellos al tiempo que salian de un bosque, y habiéndose trabado pelea, fue herido el mismo Biron en la cabeza y se puso en fuga, sirviéndole de refugio el pueblo inmediato. Noticioso Enrique del peligro que corria, marchó prontamente en persona con un esquadron de corazas, y se renovó otra vez el combate, en el que tal vez hubiera perecido, si no hubiesen acudido luego á socorrerle ochocientos caballos que estaban á la espalda. Libre ya de este peligro, se retiró de alli el Rey Enrique, no queriendo Velasco seguirle con su exército, como se lo pedia Mayena con muchas instancias, como que en esto se aventuraba sus propias tropas.

Despues que Velasco recobró los pueblos de la Borgoña pertenecientes al dominio español, rehusaba exponerse al peligro de una batalla decisiva, asi por otras causas, como porque se fiaba poco de Mayena, pues habia llegado á descubrir que por medio de Juniu, en quien tenia Enrique mucha confianza, trataba en secreto de hacer con él la paz, posponiendo todo lo demas. Viendo Mayena que el Español desconfiaba de él enteramente, y que Enrique le ofrecia un lugar seguro para retirarse, donde trata-

rian de las condiciones, habiéndo fingido una expedicion ácia Dijon, sacó del campo sus pequeñas tropas, y se retiró á Chalons, segun tenia concertado, para tratar de concordia con Enrique con utilidad suya, teniendo tambien noticia de que el Papa estaba inclinado á recibir á éste en su gracia.

Persuadido el Frances de que el Español quedaba falto de fuerzas con la separacion de Mayena, el qual habia entregado á Enrique por fraude las fortalezas de Dijon, puso en movimiento sus tropas, para no retirarse de alli sin haber tentado la fortuna de una batalla. Pasó al fin Enrique el rio Saona por el descuido de los españoles, y amenazaba á los reales donde estaba quieto Velasco cerca de Gray, cuyo pueblo habia recobrado poco antes con el de Vesoul; porque cuidadoso únicamente de guardar la provincia, no queria precipitar sus operaciones. Hubo algunas escaramuzas entre la caballería, y habiendo caido Idiaquez del caballo quedó prisionero; pero en breve fue puesto en libertad por la suma de veinte mil escudos. Finalmente por la mediacion de los suizos, que por su antigua amistad favorecian á los borgoñones, se suspendió la guerra en aquella parte, dando ellos palabra de que no tomarian las armas contra uno ni otro príncipe. Dispuestas de este modo las cosas, marchó Enrique á Leon, y Velasco conduxo su exército á la Lombardía, habiendo dexado con algunas tropas á Idiaquez, para que cuidase de aquellos pueblos.

Mientras tanto Ernesto fue acometido de una calentura, y de la gota, y falleció en Bruselas el dia veinte de febrero á los quarenta años cumplidos de su edad: príncipe esclarecido por su piedad, y de costumbres muy santas; pero mas propio para los negocios de la paz que para los de la guerra. Al fin de

su vida trasladó el gobierno en el senado; segun la intencion del Rey don Felipe, quien mandó que le presidiese el conde de Fuentes. Este pues como era cuidadoso y activo, despues de haber hecho las exêquias á Ernesto, recobró inmediatamente por medio de Mota la fortaleza de Huy en el territorio de Lieja, que los holandeses habian tomado por fraude á su obispo. Repartió algun dinero á los soldados, que no querian obedecerle, y habiéndoles prometido que les pagaria quanto antes el resto que se les debia, los reduxo fácilmente á su deber. Arrojó Verdugo del territorio de Luxêmburgo á Bullon y Nassau que habian vuelto á invadirle; y esta fue la última hazaña de aquel varon tan esclarecido, pues murió poco tiempo despues, y le sucedió Mondragon. Mandó el conde de Fuentes á Varambon que acometiese á Longuevilla, que desde Dorlans molestaba las fronteras de las provincias de Hainault y Artois; y hizo marchar á Chimai contra Balane, tirano de Cambray que abandonando el partido de la liga, se habia pasado á Enrique, y unos y otros se hicieron recíprocos daños. Entretanto llegó á Bruselas el duque de Pastrana, acompañado de un refuerzo de tropas, con el qual sitió á Castelet, que al fin capituló su entrega, asegurándole con una guarnicion, y le entregó á don Luis del Villar para que le custodiase.

Al mismo tiempo era combatida con mayor esfuerzo la fortaleza de Ham. Su gobernador Gomeron habia pactado la entrega por veinte y cinco mil escudos, que le entregó el conde de Fuentes, pero como aquel no cumpliese su palabra, consiguió éste por un ardid apoderarse de él, y de dos hermanos suyos, y los puso en prision. Los españoles y napolitanos guarnecian la ciudad, y para arrojarlos de alli Orvillers hermano del preso, entregó la fortale-

za á Humerez. Este pues acometió á los españoles que estaban bien prevenidos, y cayó muerto en la pelea; y los nuestros para alejar al enemigo, pegaron fuego á las casas inmediatas. Suscitóse entre las llamas un nuevo género de combate, que duró por espacio de catorce horas, y rechazados al fin los españoles, se mantuvieron firmes en los arrabales, y hicieron la señal de la entrega; pero no habiéndoseles admitido ninguna proposicion, fueron quasi todos pasados á cuchillo. Sangro, Caraciolo, Olmedo y otros que quedaron prisioneros, fueron encerrados en la fortaleza, y no habiéndose mudado su ánimo con la mudanza de fortuna, intentaron una hazaña muy memorable. Es cierto que no consiguieron apoderarse de la fortaleza, matando á sus centinelas como lo tenian proyectado, pero á lo menos se pusieron en libertad; porque temeroso Orvillers del ímpetu de aquellos hombres desesperados, si llegasen á tomar las armas, les abrió la puerta de la fortaleza, y les permitió irse libres. Su padre que estaba muy cuidadoso de la vida de los otros hijos, que el conde de Fuentes tenia presos, le ofreció la fortaleza por el rescate de ellos. Admitió la condicion, amenazándole que si cometia algun fraude contra la promesa, se vengaria con la muerte de sus hijos. En dos dias de marcha vino desde Castelet á Ham para entregarse de la fortaleza; pero Orvillers que con una misma llana queria blanquear dos paredes, aterrado de su venida, se escapó de alli. Noticioso de esto Serrabal, que se hallaba cerca, voló al momento con las tropas que tenia consigo, y se apoderó de la fortaleza: manda salir de ella á una muger principal que alli estaba, y disparó su artillería contra el campo de los españoles. Irritado en extremo Fuentes con tan impensado suceso, y clamando que se le habia faltado á la pa-

labra, mandó cortar la cabeza á Gomeron, y envió á sus dos hermanos al castillo de Amberes para mayor custodia. Y para que no se dixese que habia movido en vano sus reales, tomó sin gran dificultad la fortaleza de Cleris en el rio Somma.

## CAPITULO VI.

*Sitia el conde de Fuentes á Dourlans, y la toma. Acomete á Cambray: Sublevacion de sus habitantes contra el gobernador, y se entrega al Español.*

Proyectaba en su interior el conde de Fuentes apoderarse de Cambray ciudad muy fortificada por sus muros, y por su poderosa guarnicion, cuya empresa parecia á primera vista temeraria y arriesgada, quando apenas igualaba el número de sus tropas á las que habia dentro de la ciudad. Pero en este negocio no menos le favoreció su prudencia que su valor y felicidad. Serviále de grande estorbo Dourlans ciudad cercana y bien guarnecida; y habiendo descansado algunos pocos dias, conduxo de repente sus tropas contra ella, á persuasion de Aumale y Rosny, que del partido de la liga se habian pasado al servicio de España. Sospechoso de este intento Bullon, que estaba acampado en las cercanías, introduxo en la ciudad socorros de infantería y caballería; mas no por esto desistió Fuentes de su empresa, y habiendo formado el sitio, comenzó á batir los muros con la artillería. Dirigia las obras Mota, y acercándose un dia al foso para reconocerle fue herido en el ojo derecho, y falleció de esta desgracia: hombre insigne en fidelidad y valor, de lo qual habia dado muchas pruebas y exemplos. En su lugar fue nombrado Rosny por maestre de campo. Comenzaba la guarnicion á

hallarse en peligro, y los muros estaban ya arruinados por varias partes, quando llegó Bullon con tropas para hacer levantar el sitio. El conde de Fuentes dexando parte de las suyas para la seguridad del campo, le salió al encuentro con las demas, y se trabó la batalla, que fue muy favorable al Español; pues quedó muerta la infantería, como dice un autor frances, y la caballería fue obligada á ponerse en fuga con algun estrago. Cayó el duque de Villars, que poco tiempo antes habia sido elevado á la dignidad de almirante, y fue muerto por mandado de don Juan de Contreras, á fin de dirimir la discordia suscitada entre los soldados sobre la pertenencia del prisionero. Sintiólo mucho el conde de Fuentes, y el que le cortó un dedo para sacarle el anillo de diamantes que en él tenia, pagó con la cabeza su maldad. Quedaron muertos muchos nobles con Serrabal, y algunos prisioneros á costa de muy poca sangre de los españoles. Acaeció esta pelea en la víspera de la festividad del apóstol Santiago, y en su narracion varían alguna cosa los escritores.

Continuaba Fuentes el asedio de la ciudad, y habiendo penetrado en la fortaleza Hernan Tello Portocarrero, capitan intrépido, siguiéndole los españoles, invadió despues el pueblo, cuya guarnicion fue pasada á cuchillo, y algunos de sus habitantes. Con esta pena se vengaron los españoles del estrago que padeció la guarnicion de Ham. Dávila refiere que perecieron mas de trescientos nobles, y seiscientos soldados, de los quales muchos se libraron de la muerte, refugiándose en los templos, y fue saqueada la ciudad. Quedó en ella una guarnicion, y se nombró por su gobernador á Tello, en premio de la hazaña que habia hecho en aquel sitio. Levantó de alli su campo el conde de Fuentes, inspirando un gran terror

á las ciudades comarcanas, pues tan pronto marchaba ácia una parte, y tan presto á otra; y entre estos diversos movimientos se encaminó con diez mil hombres á Cambray, y la sitió repentinamente á mediados de agosto. Muchos de los capitanes reprobaban esta empresa, temerosos de que tendria un fin desgraciado, y que perderia en ella su fama; pero no obstante perseveraba en su propósito, y levantaba trincheras al rededor de la ciudad, para suplir con ellas el corto número de sus tropas, hasta que llegasen las que le habian prometido del Hainault y Artois. Estas provincias le ofrecieron auxîliar con todas sus fuerzas en esta expedicion, porque ademas de la necesidad de contribuir á ello, no podian tolerar las vexaciones que contínuamente les hacia la guarnicion de Cambray. Compadecido pues de la miserable situacion de estos pueblos, y deseoso de remediar sus calamidades, alejando de alli á tan importuno enemigo, tomó á su cargo esta árdua empresa con pocas fuerzas, pero con grande ánimo. Luego que se divulgó la noticia del sitio, el duque de Nevers, que gobernaba en aquellas partes, mandó á su hijo el duque de Rovergue jóven de muy pocos años, que llevase socorro á los de Cambray. Este sin aterrarle la grandeza del peligro, cumplió con esta orden, y por la parte menos fortificada de los reales introduxo en la ciudad cien caballos, habiendo perdido otros. Poco despues, y entretanto que se juntaban las demas tropas con los peones y artillería de batir, Domingo Vic capitan de mucho nombre entre los franceses, llevó á Cambray quinientos caballos, y amenazó por una parte y entró por otra, burlándose de Landrían, que con setecientos caballos y trescientos walones se hallaba acampado en aquel parage. No pudo Vic evitar la

pelea, en la que habiendo perdido ciento y desmontádose los demas, los introduxo en la ciudad mientras que los walones recogian los caballos.

Entretanto setecientos caballos que se hallaban ociosos en Tillemont, porque no se les pagaba su sueldo, deseosos de volver á la gracia del conde de Fuentes, se vinieron por su propia voluntad á los reales, y á la verdad á tiempo tan oportuno, que con la noticia de su venida desistió Bullon del intento de socorrer á los sitiados, á cuyo fin habia juntado tropas. Mientras tanto era combatida Cambray con la artillería, con minas, y con todas las otras máquinas inventadas para la ruina de las ciudades; quando consternados los habitantes con el peligro, y incitados por el odio que tenian á Balane, que en lugar de la moneda de oro habia hecho acuñar moneda de cobre, se sublevaron repentinamente; y corrieron á la puerta para entregar la ciudad al Español; y por medio de Esteban Ibarra les concedió permiso el conde de Fuentes para proponer sus condiciones. Balane no se atrevió á salir de la fortaleza, temeroso de la multitud tumultuada contra él; pero su muger que era de ánimo varonil, llevando una pica al hombro, se presentó al pueblo, para ver si podia por algun medio retraerle de su intento. Hízole un largo discurso en que empleó todo género de afectos para ablandarle, mezclando tambien las súplicas y ruegos; mas todo fue en vano con aquellos hombres obstinados, y resueltos de antemano á sacudir el yugo de qualquier manera que fuese. Pidióles Vic tiempo para pactar por el soldado, y viendo que nada podia conseguir de la multitud, que rezelaba algun engaño en sus palabras, retiró aceleradamente la guarnicion á la fortaleza, para que no fuese oprimida por los españoles. Habiendo

reconocido los graneros, vió que solo habia víveres para pocos dias, porque aquella muger avara, que exercia los cargos de su marido, los habia sacado inoportunamente, por lo qual á la primera insinuacion y mensagero que envió el conde de Fuentes para que se le entregase la fortaleza, exhortó á Balane que se acomodase al tiempo, y que saliese de alli con la mejor condicion que le fuera posible. De esta suerte el dominio de la ciudad, adquirido por la crueldad y sostenido con malas artes, lo perdió al fin Balane por su cobardía y avaricia. Su muger, que fue no pequeña causa de este mal, llevó con tanta impaciencia su desgracia, que improperando al marido su floxedad de ánimo, se acostó en cama, y se dexó morir sin tomar remedio ni alimento alguno. Tanto pudo en aquella muger ambiciosa el amor del mando presente, y el dolor de su futura ignominia, que mas quiso morir en la fortaleza, que verse despojada de ella. Sucedió en el gobierno Luis Barlemont obispo muy digno de la misma ciudad, que habia estado muchos años desterrado de ella, y fue recibido á su vuelta con general aplauso y alegria de los ciudadanos. Estos pues, para no verse otra vez obligados á capitular sobre su libertad con los franceses, solicitaron voluntariamente que su ciudad quedase sujeta al dominio del Rey don Felipe conservándola sus inmunidades, y desde entonces quedó incorporada á los estados españoles de Flandes. Los habitantes celebran todos los años, por voto solemne el dia en que se entregaron al Español, que fue el ocho de octubre. Nombróse por gobernador de la fortaleza á Agustin Mexía, para que la custodiase con la tropa de su mando, y quedó en la ciudad una guarnicion de dos mil alemanes.

## CAPITULO VII.

*Absuelve el Papa de la excomunion al Rey Enrique. Reconcílianse con éste la mayor parte de las ciudades y grandes de Francia. Enrique y Mauricio hacen la guerra al Rey de España.*

El Rey Enrique habia pasado desde Borgoña á Leon para curarse de la enfermedad que padecia, y mientras se detuvo en aquella ciudad, conmovido el sumo Pontífice de las súplicas de los embaxadores, y habiendo examinado la causa, le absolvió solemnemente con grande aplauso y regocijo del pueblo romano, de la excomunion que Sixto V habia fulminado contra él. Trabajó mucho en este negocio el cardenal Toledo, ya por su afecto á Enrique, ya por su piedad, ó ya finalmente para grangear por tan loable medio á la Compañía de Jesus cuyo instituto profesaba, el amor y benevolencia de aquel Rey, y no cesó de rogar y exhortar al Papa hasta que consiguió su absolucion. Pero antes de resolverse en una cosa de tanta conseqüencia, envió á Francisco Aldobrandi hijo de su hermano, al Rey don Felipe para que le expusiese las razones que le movian á absolver al Rey Enrique, y al mismo tiempo implorase sus socorros contra el Turco, que en la Ungría amenazaba á toda la christiandad, y habiéndole recibido espléndidamente, le respondió en pocas palabras: «Que »al sumo Pontífice pertenecia el cuidado de que no »padeciese perjuicio ni detrimento alguno la iglesia »cathólica; por lo qual debia zelar con gran diligen»cia que el reyno de Francia no se separase del co»mun sentir de los fieles: pues si la Francia se preci»pitaba en la heregía, arrastraría fácilmente con su »exemplo á otras provincias: que movido él por esta

»razon, y para que no se arruinase enteramente la »religion cathólica, se habia dedicado á defenderla »con las armas en Francia á costa de tanta sangre es»pañola y de tan inmensas sumas: que deseaba con»tribuir á la guerra de Ungría para reprimir á los »turcos; pero que las muchas guerras que necesitaba »sostener en tantas partes contra los enemigos de »Dios, le impedian socorrer á aquella nacion piado»sa, tan oprimida por los infieles con la liberalidad »que quisiera; y que sin embargo no perdonaria gasto »ni trabajo alguno para aliviarla en quanto lo permi»tiesen sus fuerzas." Con efecto en este mismo año cumplió su palabra habiendo enviado á Ungría socorros de infantería y caballería baxo del mando de Carlos de Mansfeld, el qual despues de haber executado heróycas hazañas, falleció en Comara, adonde se habia retirado enfermo desde el campo: varon no menos perito que observante de la disciplina militar.

El Rey Enrique convaleció en Leon de su enfermedad, y habiéndose retirado de allí, recibió la nueva que tanto deseaba de su reconciliacion con el Pontífice, en lo que dió muchas pruebas de su verdadera piedad. Siguióse á esto una gran mutacion de cosas, pues el duque de Mayena y los demas de la liga se apresuraron á venir quanto antes á abrazarle. Joyosa consiguió reducir á su obsequio á Tolosa con todo lo demas de la provincia, y desde los reales se volvió á los cláustros. Mercoeur estaba al principio fluctuante; pero despues por medio de su hermana, que habia sido muger de Enrique III ajustó treguas, y las prorrogó mas adelante, no omitiendo el Rey cosa alguna para atraerse el amor de todos, porque sabia manejar con admirable artificio las voluntades. Al duque de Nemours le costó muy caro su pertinacia, pues mientras que recurrió á Velasco en la Lombardía

para implorar su socorro, le quitó Monmorenci á Viena y sus fortalezas por medio de secretas inteligencias, cuyo exemplo siguieron otras ciudades de aquella provincia. Volvió Nemours á Francia, y no hallando en ella donde poder poner el pie con seguridad, le acometió una melancolía tan grande, que le causó la muerte. El Saboyano despues de haber recobrado á Cavorsio dexó las armas, y quiso mas bien abrazar las treguas que le ofrecia Enrique, que defender la causa del Rey don Felipe su suegro, como estaba obligado por la alianza, segun la costumbre de los que prefieren su conveniencia á la fidelidad de su palabra. Desamparado de esta suerte por todos el Rey don Felipe, tuvo despues por enemigos acérrimos á los que poco antes habian sido sus confederados. Antonio prior de Ocrato murió en París reducido á una extrema indigencia, sin que nadie se compadeciese de él, por su carácter ingrato con los que le habian favorecido. En los años siguientes casó su hijo Manuel con la hija del príncipe de Orange, cuya pobreza procuraron aliviar los estados de Holanda, señalándole una corta renta. A fines del año cercó Enrique con tropas la fortaleza de Fera, estando resuelto á vencer con la paciencia la constancia de los españoles. Por otra parte á persuasion suya acometia Mauricio las fronteras de Flandes para distraer las fuerzas del conde de Fuentes, poniéndole en la necesidad de acudir al socorro. Con este ánimo determinó expugnar á Grol en el condado de Zutphen; pero aterrado con la venida de Mondragon y sus tropas, levantó el sitio. Este pues se acampó en el rio Lippa, no lejos del campo de Mauricio, á fin de estorbarle sus designios. Hubo algunas peleas entre la caballería, alternando la fortuna los sucesos prósperos y adversos, y á primeros

de septiembre se dieron una cruel batalla, en que vencieron los españoles mandados por don Juan de Córdova. En ella fueron hechos prisioneros Felipe y Enrique de Nasau; aquel murió de sus heridas en la misma noche, y éste consiguió su libertad á costa de dinero. Finalmente entre muertos, prisioneros y ahogados en el rio, pereció todo aquel exército, escapándose algunos pocos por el vado. De los españoles murieron solamente diez y nueve, y pocos quedaron heridos, y fueron parte de la presa quatrocientos caballos. Otro golpe recibieron los holandeses en Lira, la que tomó por un repentino asalto entre las tinieblas de la noche Harengier gobernador de Breda. Alfonso de Luna que no podia resistir con sus pocas tropas á la multitud de los enemigos, se apoderó de una puerta y la fortificó, y inmediatamente envió á pedir socorros á Amberes y Malinas. Los holandeses como si nada tuvieran que hacer, se derramaron al saqueo, sin cuidar en manera alguna de guarnecer la plaza. Luego que los de Amberes recibieron la noticia, acudieron al momento con algunos pocos españoles, y juntándoseles en el camino un esquadron de los de Malinas, entraron en el pueblo por un parage facil, y acometieron con grande ímpetu contra los enemigos ocupados en recoger la presa: huyeron por todas las calles, y llenos de pavor saltaron unos por los muros, y en fin todos se escaparon por donde cada uno pudo. Fueron muertos en aquella confusion trescientos soldados rasos, y muchos de los principales, y fueron prisioneros doscientos; y á los habitantes se les restituyeron con fidelidad las cosas, que les habian quitado los enemigos. Coloma asegura que Harengier se escapó, y que volvió á Breda con solos ochenta compañeros. Estos son en suma los sucesos acaecidos en Francia y Flandes.

En este año se resarció el mal que los turcos habian hecho antes. Patras ciudad de la Morea, saqueada por Doria en otro tiempo, fue acometida por don Pedro de Toledo quando se celebraba la feria, y padeció un grave infortunio. Este pues arribó á las costas de Turquía con veinte y quatro galeras, y habiendo desembarcado sus tropas, se apoderó repentinamente de la ciudad con mucho estrago de los turcos y judíos, que habian concurrido al mercado. Dícese que importó la presa quarenta mil escudos, sin contar los esclavos. Cigala que se hallaba en una ensenada cercana, aunque era superior el número de sus galeras, no quiso moverse. Despues de concluida felizmente esta empresa, voló Toledo á Mecina con su armada y exército íntegros y sanos. Habia ya largo tiempo que se hallaba en España Muley-Nacer tio de aquel que poco antes habia recibido el bautismo, y excitado de la ambicion de reynar pasó al Africa, á pesar de las exhortaciones del Rey don Felipe para que no lo hiciese. Pero como los moros son de carácter inconstante, y de poca fidelidad, luego que llegó al Africa se juntó á él una grande multitud, y confiado en ella no rehusó entrar en batalla con el Rey de Fez hijo de Hamet, estando resuelto á perderle ó perecer. Quando ya tenia quasi asegurada la victoria, fue vendido y abandonado de sus infieles socios, y cayó muerto peleando valerosamente, prefiriendo una muerte honrosa á un ignominioso destierro. Falleció en este año Amurates Sultan de los turcos, y le sucedió en el imperio su hijo Mahomet, tercero de este nombre, que subió al trono derramando la sangre de su hermano, segun la detestable costumbre de aquella nacion.

Fue creado gran maestre de Malta el gobernador de Amposta don Martin Garces natural de Barbastro

en Aragon, el qual corrigió muchas cosas, desordenadas por la negligencia de su predecesor. En el virreynato de Nápoles sucedió al conde de Miranda Enrique de Guzman conde de Olivares, hombre verdaderamente estóico, que con el mayor cuidado se dedicaba al bien público. Su antecesor se halló muy próxîmo á perecer en su regreso á España, por una cruel tempestad que le dispersó la armáda. Tomó tierra cerca de Barcelona con inmenso trabajo de los remeros; y las galeras despues de haber sido agitadas muchos dias arribaron á varias partes de Europa y Africa, habiendo naufragado algunas. En Irlanda continuaba el ruido de las armas, porque los isleños rehusaban obedecer á la Reyna por causa de religion, y tuvieron algunos combates ya prósperos, y ya adversos con la guarnicion inglesa. Procuró el Rey don Felipe enviarles dinero y armas de todos géneros, que era lo que mas necesitaban, para socorrer á aquellos hombres tan beneméritos de la religion cathólica, y hacer al mismo tiempo á la Reyna todo el mal que le fuese posible; pues ademas de otros agravios que le habia hecho, impidió con sus artificios que fuesen sujetados de una vez los holandeses rebeldes. Erigió en ciudad á Valladolid, donde fue establecida en este año silla episcopal, cuyo honor le merecia por haber nacido en aquel pueblo; y fue su primer obispo don Bartolomé de la Plaza. En este invierno crecieron extraordinariamente los rios por la continuacion de las lluvias, y causaron graves daños en muchas partes. El rio Guadalquivir que pasa por Sevilla, salió de madre y se derramó por los campos, y aun dentro de la misma ciudad con grande estrago de los edificios, y muerte de algunos de sus habitantes.

## CAPITULO VIII.

*Pasa á Flandes de gobernador el cardenal Alberto. Toman los españoles á Calés y su fortaleza. Sublevacion de Marsella. Sitio y toma de la plaza de Hulst.*

Prevenidas ya todas las cosas para la navegacion del cardenal Alberto, á quien el Rey don Felipe habia nombrado gobernador de Flandes, se embarcó en Barcelona en una armada muy lucida, que se componia de veinte y seis galeras. Conducia ésta tres mil hombres armados para suplemento de las tropas, y la navegacion fue muy favorable. Desde las costas de Génova marchó á la Lombardía y á la Borgoña, donde Idiaquez le entregó las tropas que tenia prevenidas, y se restituyó á Milán. Finalmente habiendo llegado Alberto á Luxêmburgo le salieron al encuentro los duques de Pastrana y de Feria, el conde de Fuentes, y mucha nobleza de toda Flandes. Fue conducido á Bruselas con magnífica pompa, y entró en la ciudad el dia once de febrero de mil quinientos noventa y seis, habiendo espirado una hora antes el de 1596.
Pastrana que mandaba la caballería, dexando un hijo de muy corta edad. El cardenal llevó consigo á Felipe hijo mayor del príncipe de Orange, para restituirle á su patria y á sus dominios. Pero los estados de Holanda teniéndole por sospechoso é imbuido en las artes y máxîmas de España, le prohibieron por un edicto entrar en su territorio. Entretanto fueron vanos los esfuerzos que hicieron los franceses para hacerse dueños de Arrás rompiendo sus puertas, porque excitados los que se hallaban de centinela con el ruido de los enemigos, corrieron á las armas, y descargaron sobre ellos una lluvia de balas, que los obli-

gó á retirarse. Mas para no dexar de hacer algun daño, se ocuparon en talar los campos, y recogieron una rica presa. Convidó Alberto á los Estados Unidos á una conferencia para tratar de la paz. Algunos dicen que le dieron una mala respuesta y otros que ninguna.

El conde de Fuentes despues de haber entregado el mando de las provincias y el exército, partió á Génova para volverse á España colmado de gloria, por las muchas hazañas que habia executado. A la verdad aunque España ha sido tan fecunda de hombres esclarecidos, no tuvo en este tiempo ninguno que se le aventajase. Poco antes habia fallecido á los noventa y un años de su edad Christóbal de Mondragon natural de Vizcaya, hombre de inmortal fama, que se halló en casi todas las batallas, que hubo en Flandes desde la llegada del duque de Alba, en las quales y en todas las demas ocasiones sobresalió su heróyca intrepidez y fidelidad al Rey. Su vigor era tan grande que se mantuvo en los reales hasta los últimos dias de su vida, y venció en ellos al enemigo. Los sitiados en Fera se hallaban tan escasos de víveres, que estaban muy próximos á ser vencidos por el hambre, y temeroso Alberto de esta desgracia, envió para socorrerlos á Jorge de Basta capitan valeroso con diez compañías de caballos, que conducian á los sitiados sacos de harina atados con cuerda calada. Sucedió prósperamente esta empresa, y habiendo entrado en la fortaleza por la parte que tenian mas descuidada los enemigos, se burló Basta de ellos, y por distinto camino del que habia traido se restituyó con sus tropas á Cambray.

Entretanto juntó Alberto doce mil infantes y tres mil caballos, y al parecer se encaminaba á Fera para hacer levantar el sitio; y esto es lo que creia

el vulgo. Con esta noticia se apresuró Enrique á venir al campo con nuevas tropas, porque tenia deseos de dar batalla. Pero eran otros los designios de Alberto, porque habiendo enviado delante con el primer esquadron á Rosny, que era el autor del proyecto y el mismo que le executaba, tomó de paso el puente de Nicul. Inmediatamente se apoderó de Risbanc puesto fortificado en la entrada del puerto, para que no se introduxeran por el mar socorros algunos en Calés, que era adonde se dirigia. Finalmente luego que llegó Alberto con el resto de las tropas, colocó la artillería contra la ciudad, y resolvió combatirla. Penetrado altamente Enrique con esta noticia, y como era tan activo y cuidadoso, corrió allá con las tropas dexando en el campo á Monmorenci, á quien poco antes habia nombrado general de la caballería, y llamó en su áuxîlio las naves de los confederados; pero ni lo uno ni lo otro produxo efecto alguno, porque los franceses consternados á la vista de la brecha del muro, entregaron la ciudad y se refugiaron á la fortaleza, habiendo prometido que la entregarian del mismo modo si no recibian socorros dentro de seis dias; lo que intentaron en vano los holandeses y aun recibieron algun daño, y Enrique envió desde Bolonia en algunos pequeños buques un esquadron de soldados al mando de Campañol, lo que en realidad solo era socorro en el nombre. Estos pues, habiendo sido introducidos de noche en la fortaleza, quitaron la bandera que estaba puesta en señal de la entrega, y se renovó otra vez la pelea. Dieron los españoles el asalto por la brecha, que ya habian abierto en el muro, y los rechazan los franceses con grande ánimo. Volvieron á ordenarse los esquadrones, y teniendo por cosa ignominiosa el vencer tarde, repitieron el asalto sin esperar á que se les diese la señal,

y habiendo muerto á Bidosan gobernador de la fortaleza, penetraron en ella con espada en mano, é hicieron grande estrago en todos los que encontraron. Finalmente se abstuvieron de herir y matar, porque sus cabos les prohibieron que continuasen la carnicería de los vencidos. Un historiador frances afirma que perecieron setecientos, aunque no sin derramar sangre de los vencedores, entre los quales quedó muerto el conde Pacioti director de la artillería. Los viejos, niños y mugeres se libertaron del furor del soldado retirándose á la iglesia, en la qual y en lo mas escondido de las casas fueron hechos prisioneros muchos soldados y capitanes, y el mismo Campañol. El botin que se recogió en la ciudad y en la fortaleza fue muy considerable, y todo se repartió á la tropa: y se encontró un gran número de cañones de artillería, y una extraordinaria cantidad de municiones y víveres. Habiendo enviado un rey de armas á Ham y Guines situadas en la cercanía, hicieron la entrega inmediatamente. En los campos se hizo tambien una rica presa; y fue puesta una guarnicion en Calés, siendo su gobernador don Juan de Rivas.

Alberto acometió al momento á Andres Plaza distante nueve millas, situada en un lugar alto y muy fortificada. Para suplir su guarnicion habia introducido en ella el conde de Belin mil y quinientos soldados, que hubieran sido un gran socorro, si el ánimo y valor fuese igual á su número. Juan de Texada se apoderó por asalto de los arrabales con un esquadron de españoles, y mató ciento y cincuenta de los enemigos. Combatidas despues de esto las fortificaciones con quarenta y dos piezas de artillería, y agotada el agua del foso por las minas, se llenaron de tal terror los sitiados, y aun el mismo Belin, que inmediatamente ofreció entregarse á Rosny á pesar

de la oposicion de los otros capitanes. Hecha pues la entrega, salieron de la ciudad Belin y la guarnicion con muy honrosas condiciones en premio de su pronta rendicion, y se entregó á Domingo de Valverde con un escogido trozo de gente para que la custodiase. Belin fue acusado de cobardía, y corrió peligro de perder la cabeza, habiéndosele formado causa, pero se libertó por el favor de una dama á quien amaba mucho Enrique. Este pues en el mismo dia en que perdió á Andres, recobró á Fera, despues de un cruelísimo sitio de siete meses. Las condiciones de la entrega fueron honrosas, y Enrique despidió á la guarnicion y á su comandante Osorio con muchas demostraciones de benevolencia.

Por este tiempo hubo una sublevacion en Marsella suscitada por dos magistrados, que llamaron al Español por medio de diputados para entregarle la ciudad. Pasó al momento Dória con sus galeras, echó el ancla delante de la misma boca del puerto, y desembarcó alguna tropa para auxîliar á los conjurados. Acudió luego el duque de Guisa con algunas compañías de caballos, y salieron al encuentro á la puerta los dos magistrados para impedir la entrada. Uno de ellos fue muerto por Pedro Libert, y el otro se retiró á la ciudad y renovó el tumulto; pero siendo sus fuerzas desiguales para resistir al de Guisa, que ya se hallaba dentro, se puso en fuga con sus cómplices y con los españoles, escapándose cada uno por donde pudo. Doria levantó las anclas y se retiró á Génova, despues de haber perdido doscientos hombres en varios accidentes adversos; y desvanecida de esta suerte la conjuracion, no pudo el Rey don Felipe hacerse dueño de aquella opulenta ciudad. Pero volvamos ahora á Flándes.

Despues que Alberto dió aquel golpe á la Francia,

meditaba el dirigir sus armas contra los holandeses, y habiendo oido el dictámen de los principales cabos del exército, algunos eran de parecer que debia comenzarse la guerra por Ostende, y otros se oponian á ello, por ser una empresa muy árdua. Finalmente determinó marchar á Hulst, ciudad situada entre lagunas, cerca de la boca del rio Escalda, y fortificada diligentemente. Sacó de alli Mauricio parte de la guarnicion, cuidadoso de conservar á Breda, á la que al parecer amenazaba Alberto, habiendo enviado delante un esquadron de sus tropas. Pero burlándose de este modo de las precauciones de Mauricio, se encaminó á Hulst, y comenzó á batirla acérrimamente. Los soldados sediciosos que se habian retirado á Tillemont, habiendo recibido ahora el dinero que se les debia de su estipendio, volvieron á su deber, y inmediatamente fueron enviados á Italia. En el sitio de esta ciudad vencieron y arrostraron las tropas reales los mas grandes peligros con un valor digno de eterna memoria: tuvieron muchos combates con el enemigo, que hacia freqüentes salidas, la mayor parte por la noche, y peleaban en las aguas y en el cieno, que alli es muy profundo por la naturaleza de aquel suelo. Destruidas ya las fortificaciones exteriores de la ciudad, se reunieron todas las fuerzas, y era combatida despues con mas vigor. En lo mas fuerte de la accion, hallándose Rosny escribiendo en su tienda, vino una bala perdida, y le arrebató la cabeza, con gran sentimiento de los españoles, á quienes era muy útil el talento y actividad de este hombre fortísimo, en los negocios de mayor momento; y mandó Alberto que se le hiciese magníficas exéquias en Bruselas. Fue frances de nacion, y no lorenés como creen algunos: llamábase Christiano de Saviñi, y era de ilustre familia; pero mucho mas escla-

recido por su piedad y pericia militar. Finalmente subieron los españoles á lo mas alto de los muros, y desconfiando el gobernador Jorge Everardo conde de Salm de poder resistir por mas tiempo, hizo al instante la señal de la entrega. Inmediatamente se suspendieron las hostilidades, y se ajustaron las condiciones; con las quales se puso en libertad á la guarnicion. Encargóse el mando de la ciudad á Bysi con un valeroso esquadron para su custodia; y á poco tiempo intentaron los holandeses apoderarse de ella por fraude; pero les salió vano su designio. Despues envió Alberto parte de las tropas contra los franceses, que aprovechándose de la ausencia de los españoles, molestaban con freqüentes excursiones á las provincias de Hainault y Artois, y los hizo perseguir, para que no quedase sin castigo su audacia. Peleó desgraciadamente Varambon con Biron en un combate de la caballería, y quedó prisionero; pero en breve fue puesto en libertad á costa de cierta suma de dinero; y en este año hubo otras pequeñas escaramuzas con los franceses, y los holandeses con varia fortuna, las que no hay necesidad de referir aqui por menor.

## CAPITULO IX.

*Invasion y saqueo de Cadiz por los ingleses. Envia el Rey don Felipe una armada contra Inglaterra. Estragos de los piratas en las costas de América.*

Por este tiempo habia pasado Bullon á Inglaterra á fin de concluir la alianza que Enrique deseaba hacer con los ingleses, como ya la habia ajustado con los holandeses, para hacer la guerra á España, y alejar de los confines de Francia á aquel enemigo tan

importuno y molesto, y vengar en estos reynos las pérdidas que él habia padecido en el suyo. Con este intento comenzaron los confederados á hacer los preparativos, no ignorando que en las costas de España todo estaba abandonado, pues confiados los españoles en la serenidad de su actual fortuna, como que gozaban de la paz en lo interior de sus reynos, y orgullosos con sus grandes hazañas, habian llegado al extremo de no temer cosa alguna, lo que quasi siempre es indicio de una próxîma calimidad. Para oprimir pues á los que se creian tan seguros, enviaron una armada de ciento y cincuenta navíos bien provistos como dice Herrera, mandados por el conde de Essex, que sin hacer hostilidad alguna navegó con ellos hasta Cadiz, emporio de todo el comercio de América, para que el golpe fuese mucho mas sensible. Hallábase en el puerto una flota cargada de mercaderías, próxîma á hacerse á la vela á aquel nuevo mundo. En la ciudad no habia un general de guerra, ni una suficiente guarnicion de tropas, y todo el pueblo se reducia á marineros, comerciantes, esclavos y criados. Tambien estaba ausente el obispo don Antonio Zapata, en cuyo valor y prudencia tenian mucha confianza; y finalmente todo se hallaba desprevenido, y en mal estado.

Luego que llegó la armada enemiga, se trabó un combate naval, que duró por espacio de cinco horas contínuas, y fueron apresados dos navíos grandes de los españoles, otros reducidos á cenizas, y otros perecieron estrellados contra las peñas, que en todos componian diez y nueve. Despues de tan feliz empresa en el mar, saltaron á tierra los enemigos en un esquadron numeroso, y acometieron á la ciudad. Hicieron pedazos la puerta, y levantando el grito, entraron dentro, y pelearon con gran confusion en las

calles, y mucho mas furiosamente en la plaza. Rechazados al fin los españoles armados, se dispersó la multitud indefensa, y cada uno se puso en fuga por donde pudo. Siguióse á esto la entrega de la fortaleza sin necesidad de usar de ninguna fuerza, pues fue tanto el terror de todos, que les faltó enteramente el ánimo. Derramáronse los vencedores por toda la ciudad, y saquearon y robaron sin distincion de lo sagrado ni profano, precipitándose en todo género de excesos y maldades. Por todas partes no se veía ni oía otra cosa que llantos, suspiros, pavor y desolacion, como acontece en una ciudad tomada por asalto. El duque de Medina Sidonia juntó aceleradamente la caballería que pudo, ocupó el puente que une la isla á la tierra firme, y rechazó al enemigo con grande esfuerzo, mandando pegar fuego á los navíos que habian quedado. Las iglesias fueron incendiadas y maltratadas por los ingleses, y asi estos como los holandeses se valieron del fuego para destruir la ciudad. Hay autor que afirma que el daño que hicieron se reguló en mas de doscientos millones. Despues que embarcaron la presa en los navíos, y no creyéndose seguros, si se detenian alli por mas tiempo, levantaron anclas y se hicieron á la vela para continuar sus estragos en las costas de Portugal; y habiendo llegado á Faro, pueblo célebre por su puerto, le saquean inmediatamente. Lleváronse á Inglaterra los principales habitantes, asi eclesiásticos como seculares en lugar de rehenes hasta que les entregasen el dinero que les habian pedido; y luego que recibieron la suma de ciento y veinte mil pesos, los pusieron en libertad.

Por este tiempo se hallaba el Rey don Felipe gravemente enfermo en Azeca, y habiéndole llevado desde alli á Toledo, recobró alguna mejoría. Luego

que convaleció le noticiaron la desgracia de Cadiz; y ardiendo en deseos de borrar aquella ignominia, mandó á don Martin de Padilla adelantado de Castilla, que dispusiese una armada en Portugal y Vizcaya para invadir á Inglaterra; y habiendo equipado en breve tiempo ochenta navíos, se hicieron á la vela de Lisboa en estacion contraria, esto es, en el dia diez y nueve de octubre. Con efecto inmediatamente que entraròn en alta mar, se embraveció el Océano con una tormenta tan furiosa, que arrojó la mitad de los buques á las costas de Galicia; otros muchos se hicieron pedazos, y el resto arribó con mucha dificultad á los puertos inmediatos. Perecieron no pocos hombres sumergidos en las olas, y se tuvo por un gran beneficio del cielo el que no hubiese perecido la armada entera con todas las personas que iban en ella. Los navíos que habian ido de socorro para el conde Tiron, que hacia la guerra en Irlanda contra los ingleses, llegaron felizmente, mas tampoco hicieron estos cosa alguna de grande importancia. A todos estos males se juntó el de la peste que en unos buques de comercio navegó á España desde Flandes, donde habia comenzado á propagarse. Descubrióse primeramente en el puerto de Santander, y desde alli fue cundiendo por otros pueblos. En medio de tantas calamidades, sirvió de mucho alivio la flota de Nueva España, que llegó poco despues de haberse retirado la armada enemiga de nuestras costas, lo que ciertamente fue una especie de prodigio, pues los ingleses tenian cerrados todos los mares.

Desde el año anterior recorrian otras armadas suyas las costas de América. Gualter Raleigh pirata de extremada perfidia, llegó con la suya á la isla de la Trinidad, donde mató en un convite á algunos españoles, quebrantando la palabra que les tenia dada,

y se llevó consigo al gobernador Antonio Berrio cargado de prisiones. Pasó despues al continente, y aunque hizo muchas invasiones en varias partes, no consiguió fruto alguno, antes fue rechazado con pérdida. No obstante llenó de terror á muchos pueblos, y obligó á sus moradores á ponerse en fuga. Incendió á San Sebastian de los Reyes, porque no le daban el dinero que habia pedido; y habiendo dexado alli á Berrio, se retiró con alguna presa. Para preservar de este mal las costas de tierra firme, envió el marques de Cañete virrey del Perú á Alfonso de Sotomayor con algunas tropas y artillería. Este pues, que era hombre muy experto en la ciencia militar, ocupó los puestos mas oportunos, y dirigido por Antoneli ingeniero de Génova, levantó á la ligera algunas fortificaciones para impedir al enemigo la entrada en Panamá. Entretanto Drake y Aquins padre de Roberto, que fue apresado en el mar del Sur el año anteeedente, se dirigieron á las islas Canarias con una armada de veinte y seis navíos con intencion de saquearlas; pero el gobernador Pedro Alvarado, con el auxîlio del obispo don Fernando Figueroa y de los clérigos y frayles, les estorbó saltar á tierra. Noticiosos estos por los prisioneros del designio que tenian los enemigos de pasar á América, enviaron al instante un aviso para que los españoles de aquellas costas no se hallasen acometidos de improviso. Llegó este mensagero tres dias antes que la armada enemiga, y con la fama que corria de los designios de estos piratas, fueron enviados de España cinco navíos muy bien equipados (mientras se disponia otro mayor número): en aquellos iba por comandante don Pedro Tello noble sevillano, y sirvieron de un poderoso auxîlio, y mucho mas con la esperanza de nuevo socorro. A la verdad se portaron con grande actividad, pues habiendo apresado en

el viage un navío enemigo, se adelantaron á Puerto-Rico, adonde los piratas tenian vueltas las proas. Con este refuerzo el gobernador don Pedro Coronel hombre intrépido y animoso, peleó valerosamente con los enemigos, y los rechazó del puerto y de la isla. Pereció Aquins de un balazo de cañon que alcanzó á la Vice-Almiranta, y tambien murieron en los combates setecientos ingleses, segun se aseguró entonces. Uno de los navíos españoles se incendió casualmente, y perecieron en él doscientas personas. Desde alli navegó Drake al continente, y recorrió sus costas con alguna utilidad; pero se abstuvo de acometer á Santa Marta y Cartagena ciudades fuertes por sus muros, y valerosas guarniciones. A principios de este año desembarcó ochocientos hombres armados en el puerto de Nombre de Dios; apoderóse del pueblo que tenia poca defensa, y despues de haber profanado sus iglesias, envió su gente á robar los campos; mas no quedaron sin castigo habiéndoles acometido los españoles y los negros desde una emboscada.

Al mismo tiempo Diego de Amaya y Pedro de Quiñones fortificaban las angosturas de los montes inmediatos al rio Chagre, para que el enemigo no pasase del Isthmo y saquease á Panamá, adonde por algunos negros desertores tenia noticia de que se habia juntado una inmensa cantidad de plata, transportada de otros muchos pueblos. Con efecto los ingleses marcharon á Panamá, pero rechazados tres veces intrépidamente por los españoles en la tierra y en el rio, desistieron al fin de la empresa con pérdida suya. Drake pues, que habia intentado con treinta barcas superar el rio Chagre, cuya navegacion le impedian los árboles y estacas, descargó su ira contra Nombre de Dios. Reduxo á cenizas el pueblo; y mientras se disponia á hacer otra invasion, murió en

Portobelo de una enfermedad, y su cuerpo fue arrojado al mar. Muchos de sus compañeros perecian de disentería. Despues se introduxo la discordia entre ellos, y no teniendo hombres suficientes para guarnecer los navíos, echaron quatro de ellos á fondo. Sucedió á Drake en el mando Tomás Vasquertild por eleccion de la armada, y habiendo tenido algunas peleas con los españoles, en las que la fortuna no se le mostraba muy favorable, levantó anclas y tomó el rumbo ácia Cartagena.

Por este tiempo salió de España para la América don Bernardino de Avellaneda con una armada de veinte y dos navíos en que conducia tres mil hombres armados, y noticioso del curso que llevaban los enemigos, determinó seguirlos para vengar las injurias, pero solo peleó desde lejos con las últimas naves, porque los ingleses deseaban mas huir que combatir. Seguíalos pertinazmente el Español de dia y de noche, y les tomó dos navíos, uno de los quales se incendió por el descuido de los nuestros. A la verdad es muy gravoso el cargo de mandar, pues muchas veces dan mas que hacer al general sus propios soldados, que los enemigos. Finalmente luego que puso en fuga al Ingles por el canal de Bahama se volvió Avellaneda á la Habana para reparar su armada, y habiendo recibido la flota de Nueva España, que conducia dos millones de pesos, regresó á España con feliz navegacion á últimos de septiembre. De toda la armada de los enemigos se supo despues que solo volvieron á Inglaterra ocho navíos.

## CAPITULO X.

### *Navegacion de Alvaro de Mendaña por el mar del Sur á las islas de Salomon, con otros sucesos de la América y de la India Oriental.*

Alvaro de Mendaña que en los años anteriores habia descubierto en el mar del Sur las islas de Salomon, emprendió por este tiempo una expedicion mas trabajosa con quatro navíos, para establecer en ellas una colonia. Acompañábanle doscientos y ochenta hombres armados, la mayor parte con sus mugeres y hijos. El principal piloto era Pedro de Quiros, hombre muy hábil en la astronomía y náutica; y habiéndose hecho á la vela en el Perú el dia diez y seis de junio del año de noventa y cinco, se apartó muy poco del Equador en su navegacion. A la primera isla que descubrió la dió el nombre de la Magdalena, y tenia quarenta millas de circuito, y se creyó que distaba diez grados del Equador, y quatro mil millas del Perú. No lejos de ella hay otras tres que Alvaro llamó las Mendozas. Sus habitantes son muy robustos, y andan enteramente desnudos, y pintados de gualda segun la costumbre de los antiguos ingleses. Las mugeres se aventajaban en hermosura, su cabello es rubio, y se cubren desde la cintura abaxo; y los frutos que produce la tierra son de un sabor muy exquisito, y es grande su abundancia. En estos parages se detuvo muy poco tiempo, y despues de una navegacion de mil y seiscientas millas, se descubrieron otras islas. En una de ellas hay un monte que con grande estrépito y violencia arroja llamas, que al parecer quieren llegar hasta el cielo, y no se perciben de dia por el espeso humo que las rodea. Los naturales son muy negros y de horrible aspecto. El

calor es muy fuerte en estas regiones, y su sequedad se hace increible en medio de tan vasto Océano. Mientras que los navíos estaban anclados, el Vice-Almirante que reconocia aquellas playas, se les perdió de vista, y no pudo saberse la causa ni su paradero.

Llegaron despues á una isla que Alvaro honró con el nombre de la Cruz, la que juzgó Quiros que tendria quarenta millas de circuito. Su cacique que se llamaba Melope vino inmediatamente á los navíos, y trocó su nombre con Mendaña, lo que entre los bárbaros es una muestra de grande benevolencia, y una prenda muy segura de fidelidad permanente. La ignorancia de la lengua impedia tratar con ellos; pero aquella amistad duró muy poco en costumbres tan diversas. Estos bárbaros eran muy diestros en el manejo de las flechas, cuyas puntas son de hueso, porque carecen de hierro; y habiéndose atrevido á molestar con ellas á los huéspedes, les correspondieron con sus armas de fuego. Consternados los isleños extraordinariamente con tan espantoso ruido, desampararon sus habitaciones, y se huyeron á los montes, no atreviéndose despues á exponerse á nuevo peligro, ni á fiarse de los españoles. Creció el odio con la maldad de un soldado, que sin causa alguna mató al cacique, y no pudo aplacarse aun con el suplicio del culpado. Sin embargo se señaló el lugar para establecer la nueva poblacion: comenzóse la obra; pero fue interrumpida por la perversidad de los soldados, que con detestable contumacia no querian responder quando eran llamados para darles las órdenes. A esto se siguió una sedicion fomentada por Pedro Manrique, que con otros dos compañeros pagó con la cabeza la pena de su delito. Comenzaron tambien á padecer enfermedades originadas de varias

causas, ademas de lo extraño que era aquel clima para los españoles, que particularmente se hallaban acometidos de una especie de locura. En medio de tantas calamidades, y reducido Mendaña á una extrema debilidad, murió este varon no menos piadoso que prudente. Isabel Barreto su muger le sucedió en el derecho de establecer la Colonia, habiendo encargado la continuacion de esta empresa á Lorenzo su hermano, el qual de alli á pocos dias falleció de la pequeña herida que le hizo una flecha en una rodilla. Destituida Isabel del auxîlio del hermano, determinó salir de la isla en el mes de noviembre, y mandó embarçar en los navíos á todos los enfermos y sanos, abandonando la Colonia que habia tenido tan infausto principio, y navegaron ácia la isla de San Christóbal. La falta de víveres se suplió con la presa que hicieron en los campos, y principalmente con carne salada de puerco, que alli es muy abundante. Pero como todas las cosas eran adversas en esta expedicion, no pudieron encontrar la isla aunque la buscaron por largo tiempo; y se vieron en la necesidad de dirigir las proas á las Filipinas. Esta navegacion se podia hacer en veinte dias, y como sus navíos estaban tan maltratados, apenas les quedaba lugar para conseguirlo. Padecieron increibles trabajos y peligros en este viage, y muchos perdieron la vida. Añadióse á esto que dos navíos pequeños despreciando las órdenes de su Capitana, tomaron diverso rumbo por haber desconfiado de poder salvarse, y despues se supo que habian perecido con casi todas las personas que iban en ellos.

La nao Capitana, aunque tan maltratada que necesitaba dos bombas continuas para desaguarla, y todo el velámen estaba hecho pedazos, proseguia su carrera con grande alabanza de Quiros. Parecióle que

era preciso tomar algun descanso en las islas de los Ladrones; pero apenas pudo escaparse aquel jóven español de las manos de un bárbaro que queria comérsele, porque estos isleños eran antropóphagos y medio fieras, y muy codiciosos de beber sangre humana. Fue pues indispensable huir de tan ingratas playas, y para que no llegasen á faltar del todo los víveres, se distribuian muy parcamente. Llegaron al fin á Manila, y algunos perecieron por haberse entregado con exceso á la comida, despues de una hambre tan cruel. Luego que Quiros regresó al Perú para conducir á Isabel, navegó desde allí á España, y pasó á Roma, donde fue tratado con mucha benignidad por el Papa, quien elogió mucho sus ilustres hazañas. Finalmente el año quinto del siglo siguiente comenzó á explorar lo interior del mar del Sur; pero habiendo caido enfermo, no pudo penetrar hasta donde habia proyectado, por lo qual se vió obligado á volverse al Perú de donde habia salido. Descubrió con la Capitana algunas islas y regiones desconocidas y muy extensas, y se dice que arrebatado de las costas por una borrasca, navegó mas de tres mil millas ácia el Occidente, hasta que arribó á las Filipinas. Es digno de admiracion que habiéndose descubierto esta parte del orbe, se ignore todavia quiénes son sus habitantes, quando por la parte del Océano Septentrional se ha navegado y reconocido hasta los ochenta grados.

Gobernaba el Perú, como ya diximos, el marques de Cañete. Este pues sujetó á fuerza de armas aquellas naciones ferocísimas, que no pudo subyugar el virrey Toledo, y se hallan derramadas en las montañas que se extienden entre Charcas y el rio de la Plata, habiendo enviado con tropas á Pedro de Ulloa capitan intrépido, que concluyó con felicidad

esta empresa, en la que tuvo que vencer grandes trabajos y dificultades. Removidos de alli los bárbaros, quedó libre la comunicacion con Santa Cruz de la Sierra, y desde alli con los demas pueblos situados sobre el rio de la Plata. Puso el mayor conato en aliviar al Rey don Felipe que se hallaba apurado con tantos gastos, y parece increible las cantidades de plata que le envió en diversos tiempos á costa de muchos desvelos; y finalmente habiendo entregado el mando á don Luis de Velasco, que despues de haber gobernado con mucha rectitud el reyno de Nueva España, fue nombrado su sucesor, navegó á España en una flota, que conducia un millon y novecientos mil pesos, cuya suma contribuyó mucho pública y privadamente para aliviar la calamidad de Cadiz. El dia veinte de julio de este año de noventa y seis falleció en Nueva España Gregorio Lopez natural de Madrid, varon ilustre por la austeridad de su vida, y por la fama de santidad.

En el año antecedente navegó á la India don fray Alexo de Meneses del orden de San Agustin, arzobispo de Goa, nombrado sucesor de don Matheo á los treinta y un años de su edad, hombre verdaderamente santo; que con el deseo que tenia de propagar la religion christiana, visitó la costa del Malabar con increibles trabajos y fatigas, como referiremos mas adelante. Por este tiempo no acaeció guerra alguna memorable en aquellas regiones. En las Molucas se hallaban los portugueses muy próximos á su total ruina, por el odio implacable de los bárbaros, y porque no tenian suficientes fuerzas para sostener una guerra tan formidable. No obstante la sostuvo Mendoza, que habia llegado á estas islas con una pequeña armada, con un valor y constancia dignas de eterna alabanza. Pero ya es tiempo de que

desde el Oriente. volvamos á seguir el hilo de los sucesos de Europa.

## CAPITULO XI.

*Muerte de Alfonso duque de Ferrara, y discordias de Italia con este motivo. Los españoles se apoderan de Amiens. Toma Mauricio algunas ciudades de Flandes.*

A fines de este año corria la voz de que se preparaba guerra en Italia. Los venecianos y los príncipes comenzaron á hacer reclutas, á reparar sus fortalezas, y asegurarlas con mas poderosas guarniciones, y á disponer todo lo demas necesario, para no hallarse desprevenidos si de aquella chispa se suscitaba algun incendio. La causa de esta conmocion era el principado de Ferrara, pues en el mes de octubre habia fallecido el duque Alfonso sin dexar sucesion alguna; por lo qual segun el derecho establecido, volvia otra vez el principado á la silla apostólica, de quien le habian recibido sus predecesores. Estos le gozaban como un feudo, y una de las condiciones era, que á falta de su legítima sucesion se restituyese al dominio y potestad del Papa. Incitados los de Ferrara por el amor que tenian á la casa de Este, y sin respeto alguno á los derechos del Pontífice, proclamaron por duque á César nieto de Alfonso Primero, y hijo bastardo de Alfonso II, el qual contra toda justicia le habia nombrado por su sucesor y heredero. No pudo el Pontífice tolerar este agravio, y habiendo fulminado excomuniones contra César y sus sequaces, tomó al instante contra él las armas. Conociendo César la desigualdad de sus fuerzas, prometia poner en seqüestro el principado en manos del

Rey de España, y sujetarse á lo que éste decidiese; pero el Papa no queria aceptar ninguna condicion, afirmando que no recibiria la ley de hombre alguno, y le amenazaba con la guerra, si voluntariamente no le restituyese el principado. El Rey don Felipe por medio de su embaxador en Roma intercedió con el Papa á favor de César, y hacia por él otros buenos oficios; pero se abstuvo con cuidado de recurrir á las armas. Pedia César que este negocio se determinase por los trámites comunes del derecho, y el Pontífice sostenia que no le competia accion alguna, segun lo dispuesto por las leyes. Despues de muchos debates inútiles de una y otra parte, y estando ya muy próximo el rompimiento, los de Ferrara que al principio estaban tan orgullosos, decayeron de ánimo, por el temor de la guerra que veian tan cerca. Destituido César de este socorro, y no auxiliándole ninguno de los príncipes, entregó el principado al Pontífice con honrosas condiciones. Inmediatamente pasó el Papa á Ferrara con grande acompañamiento, alivió al pueblo del peso de los tributos, y finalmente con halagos y beneficios se concilió el amor de todos los ciudadanos, y les hizo muy suave el dominio pontificio.

Por este tiempo falleció el cardenal Francisco de Toledo Jesuita natural de Córdoba, varon de singular doctrina, como lo manifiestan sus obras, y su cuerpo fue sepultado en Santa María en un túmulo de mármol. Para apartar el Rey don Felipe á Sigismundo de Polonia de la amistad con los ingleses, envió á don Francisco de Mendoza almirante de Aragon, haciéndole presente que con el trato de aquella nacion se inficionaban de la heregía los habitantes de Dantzic, ciudad célebre por su puerto; por lo qual juzgaba que convenia mucho á la religion cathólica

prohibir á los ingleses el comercio en aquella famosa plaza, para que los polacos tan adictos á la verdadera piedad, no se precipitasen en la heregía. Tambien pidió al Rey de Polonia que juntase sus armas y fuerzas con las del César, y el Papa contra el Turco, para alejar de las fronteras de la christiandad á un enemigo tan cruel. Con el mismo designio habia enviado el Pontífice sus legados á Sigismundo; pero no se pudo conseguir lo uno ni lo otro, á pesar de lo mucho que trabajaron los embaxadores, porque los polacos juntos en la dieta pedian cosas muy exôrbitantes. Viendo Mendoza que todos sus oficios eran inútiles, se retiró á Alemania para conferenciar con el César, segun las órdenes que tenia del Rey don Felipe, y desde allí se encaminó á Flandes, donde comenzó con mal principio el año de mil quinien- 1597.
tos noventa y siete.

El conde de Vare, general de las tropas del Rey, perdió por su negligencia una batalla entre Tournut y Arental, y un autor asegura que él mismo pereció en ella. Murieron dos mil soldados, la mayor parte alemanes y napolitanos, y solo ciento de los enemigos; y hallándose Mauricio superior en fuerzas, acometió á la fortaleza de Tournut, que se le entregó por capitulacion. Gozoso con esta victoria, y con el fruto de ella se llevó á la Haya treinta y ocho banderas, y entró con pompa semejante á la de un triunfo. Pero el daño recibido aqui por culpa del general flamenco se recompensó con usura por la actividad y talento de un español, habiendo sido tomada por Hernan Tello Portocarrero la opulenta ciudad de Amiens situada sobre el rio Somma. Este pues, quando gobernaba á Dorlans tuvo aviso por un dumoulin desterrado de aquella ciudad del descuido con que sus habitantes hacian las centinelas, y le exhortó con

muchas razones á que se apoderase de ella por medio de algun ardid. Luego que determinó poner en obra este proyecto, envió á registrar las puertas de la ciudad al capitan Francisco de Arcos, disfrazado de labrador, en cuya fidelidad é industria tenia mucha confianza. Comunicó su designio al príncipe Alberto quien lo aprobó, y le envió de socorro un valeroso esquadron para que lo llevase á efecto. Un dia al amanecer envió delante un carro cargado de paja, para detenerlo en la puerta á fin de que no pudieran cerrarla: seguian despues los principales del esquadron, disfrazados en rústicos, llevando sus armas escondidas en los vestidos, y habiéndose hecho dueños de la puerta, y matando á las guardias, dieron la señal en que estaban convenidos, y acudió al instante el mismo Portocarrero, que se hallaba escondido con la infantería y caballería detras de las paredes de una iglesia arruinada, y entra en la ciudad con su esquadron en orden de batalla. El conde de San Pol su gobernador, viéndose destituido de guarnicion á causa de que los habitantes habian rehusado admitirla dentro de los muros, se puso en fuga, y le siguieron las matronas nobles, llevándose consigo todo el dinero y vestidos que podian. Un autor dice que el soldado se abstuvo del saqueo, pero Coloma y Bentivollo aseguran lo contrario. Ocuparon inmediatamente los puestos fortificados, y hallaron en los almacenes una inmensa cantidad de víveres y municiones de todo género, que Enrique habia juntado en aquella ciudad, como principal asiento de la guerra. Dió Alberto á Francisco de Arcos una compañía de caballos en premio de su accion; y mandó á Juan de Guzman que marchase prontamente con otras cinco, para mayor seguridad de la guarnicion.

Conmovido Enrique en extremo con la noticia

de haber sido tomada esta ciudad, mandó á Biron juntar aceleradamente tropas por todas partes, y que cerrase todo quanto le fuera posible las entradas de Amiens. Penetró no obstante Guzman hasta la puerta, sin que le sintiesen los enemigos; pero excitados los franceses al ruido de las trompetas, se pusieron á toda prisa en marcha al rayar el dia, rodearon al Español, y se trabó una sangrienta pelea. Los que estaban de guardia en los muros disparaban al principio balas gruesas para alejar al enemigo; pero despues se les mandó cesar, para que no tirasen contra sus camaradas, que se hallaban mezclados con los enemigos. Mas Fernando Deza, que hacia la centinela en la orilla del foso con doscientos españoles, deseoso de dirimir el combate, mandó tirar promíscuamente contra los que peleaban; pero no por esto se movian los franceses, aunque se veian acometidos de las balas, hasta que rompiendo Montenegro con la caballería, los alejó de alli, y se retiraron á su campo, y el Español entró en la ciudad con dinero para la paga de las tropas, y con el ingeniero Federico Paccioti hermano de aquel que habia muerto en Calés.

Los franceses para pagar á los españoles en la misma moneda, y abrirse camino para expugnar á Amiens, marcharon contra Dorlans, y en medio de las tinieblas de la noche intentaron tomarla, aplicando sus escalas al muro, pero le salieron vanos sus intentos, y fueron rechazados con pérdida. Entretanto Portocarrero sostenia contínuas escaramuzas con los enemigos, y los alejó de tal suerte de los muros, que mas parecia que él tenia sitiados á los franceses, que no el que estos le sitiasen á él. Finalmente vino el mismo Enrique en persona á sus reales el dia siete de junio con escogidas tropas y mucha nobleza; y sin embargo no por esto se entibió la actividad de Porto-

carrero; que en un pequeño cuerpo tenia un excelso ánimo, y era muy astuto, intrépido, y de gran pericia en la ciencia militar. Peleó muchas veces felizmente en batalla reglada en los mismos reales enemigos, y alguna vez el Rey para socorrer á los suyos, que se hallaban en aprieto, se apeó del caballo, y tomando una pica se juntó él mismo á los que peleaban, clamando á grandes voces que se trataba de defender la honra del nombre frances, porque Enrique era no menos diestro general que valeroso soldado. Alberto como se hallaba tan escaso de dinero, le era muy dificil juntar tropas, y las suplia con nuevas reclutas hechas en Alemania y en Italia. Los genoveses, de cuyas riquezas se valió España por largo tiempo para mal suyo, habian aumentado las usuras; de lo qual indignado gravemente el Rey don Felipe, mandó que se les entregasen sus capitales, y les rebaxó considerablemente el interes que tanto codiciaban. Aunque por esta causa se decia haberse retirado muchos banqueros, no faltaron otros que contentándose con aquella corta ganancia, libraron á Flandes por letras una gran suma de dinero.

Fue convocado todo el exército para juntarse en Doaay, y luego que llegó Alberto con los principales cabos, se puso en marcha contra el enemigo. Contábanse en él veinte mil infantes y quatro mil caballos. El Frances tenia caballería doblada, y su infantería no era mucho menor que la española. Entretanto se peleaba en la ciudad con todo género de máquinas, y aun en las minas subterráneas. La guarnicion hacia freqüentes salidas de la plaza, en una de las quales fue hecho prisionero Guzman peleando valerosamente. Un alferez que intentó librarle acometiendo á los enemigos, no hizo mas que acelerarle la muerte, pues los franceses le pasaron á cuchillo

para que no se les escapase. A la mitad de septiembre se presentó Alberto á la vista, y consternados con su llegada los franceses, que estaban acampados por aquella parte, desampararon torpemente el puesto, y se pusieron en fuga. El terror de los enemigos llevó á los españoles hasta cerca de su campo, y pedian con mucho esfuerzo que se diese la batalla, pues solo siendo vencedores querian volver á Flandes. No obstante mandó Alberto detener su ímpetu, por consejo del duque de Ariscot y de Mendoza, á quien habia nombrado general de la caballería en lugar del duque de Pastrana. Tenia pues premeditado abstenerse de pelear, y introducir solo en la ciudad mil y quinientos soldados. Para ocultar Enrique la ignominia de los suyos, mandó á la caballería ligera que detuviese al Español, mientras los capitanes recogian la infantería fugitiva, y asegurasen el frente de los reales con la artillería. Poco antes habia perecido Portocarrero, cuyo valor é industria sostenia la posesion de aquella ciudad francesa. A tiempo que este Tydeo español pasaba el puente del foso, fue atravesado de una bala disparada del campo frances, y su muerte fue muy sentida de las tropas, de quienes era muy amado y querido. Los mismos escritores franceses levantan hasta el cielo sus hazañas, porque el verdadero valor no carece de alabanza aun entre los enemigos. Quán grande fue el de este varon fortísimo en la última de sus empresas no hay necesidad de ponderarlo, y sólo diremos que ningun capitan español dió tanto que hacer al Rey Enrique, inutilizándole á cada paso todos sus intentos. En su lugar fue nombrado por voto de los soldados Gerónimo Carafa conde de Montenegro; pero Alberto para no malgastar inconsideradamente las fuerzas de Flandes en la defensa de una ciudad sola, que habia de res-

tituirse al Frances quando se hiciese la paz, pues á solicitud del Pontífice se trataba ya de ella por medio de fray Buonaventura Calatagiron general de los Franciscanos, que por aquel tiempo habia venido al campo, se retiró con sus tropas, habiendo perdido una buena ocasion, que jamás volveria á presentársele. Pero estas y otras cosas, que discurren los soldados en sus tiendas de campaña, las desprecian los generales que solo atienden á lo principal de sus designios; y sin embargo veo á cada paso que los historiadores transmiten á la posteridad estas conjeturas militares, como si fueran de grande importancia. Muchas veces intentó el Frances trabar pelea en la retaguardia, y no pudo conseguirlo, aunque era mucho mas fuerte su caballería, y al fin sin haber hecho daño alguno, desistió de seguir al Español, admirándose del valor y disciplina de su infantería.

Entretanto los sitiados no recibieron alivio alguno con la llegada de las tropas, pues combatian incesantemente de dia y de noche de tal suerte, que parecia una contínua pelea. Tanto era el deseo que tenian los franceses de recobrar la ciudad antes que llegasen las tropas auxiliares, y se aumentase la guarnicion, que ya se hallaba muy disminuida, temiendo que en este caso seria necesario comenzar de nuevo, y que perderian el trabajo de tantos meses. Finalmente habiendo intimado á Montenegro la entrega, le concedió Enrique tiempo para consultar á Alberto, que se habia retirado á la provincia de Artois, y consintiéndolo éste al cabo de algunos dias entregó la ciudad baxo de condiciones muy honrosas; despues de lo qual no hicieron unos ni otros cosa alguna memorable, á excepcion de haber expugnado Mendoza la fortaleza de Montulin.

Hallábase Mauricio no menos falto de dinero que

Alberto, porque los zelandeses rehusaban pagar las contribuciones impuestas extraordinariamente para sostener los gastos de la guerra; pero despues de acérrimas contiendas y de muchas disputas inútiles, se vieron obligados á hacer lo que se les mandaba. Luego que Mauricio hubo vencido este escollo, creyó que debia aprovecharse de la buena ocasion que le presentaba el hallarse las fuerzas españolas ocupadas en la guerra francesa. Saliéronle vanas sus primeras tentativas en la Frisia y el Brabante, donde intentó apoderarse de Venloó y Steinvic por fraude, el que si no produce efecto al tiempo oportuno, fácilmente es rechazado por la fuerza. Tomó Mauricio por capitulacion á Rhimberga ciudad del elector de Colonia, que se hallaba con guarnicion real, habiéndola combatido vigorosamente; y despues á Meurs, la que entregó Andres de Miranda con honrosas condiciones, obligado por la falta que tenia de todas las cosas necesarias. Tomó tambien Mauricio otras plazas fortificadas, de tal manera, que no quedaba ya al Español cosa alguna que defender en la otra parte del Rin.

## CAPITULO XII.

*Envia el Rey don Felipe otra armada contra Inglaterra, y es derrotada por una tormenta. Los ingleses acometen á las islas Terceras. Paz de Vervins entre España y Francia.*

En España se reparaba la armada que habia derrotado el Océano; y el conde de Fuentes comenzó á fortificar á Cadiz y sus playas, y asegurarlas con guarniciones, para que los ingleses no hiciesen daño alguno en ellas, pues corria la voz de que vendrian

con una armada muy poderosa. Hiciéronse en Italia nuevas reclutas, y fueron transportadas á Andalucía en las galeras de Doria. A la verdad se procedió con mucha lentitud en disponer la armada, que habia de llevar la guerra al dominio ingles. El Rey don Felipe agravado con los muchos años, y molestado con la enfermedad habitual de la gota, habia repartido los cuidados del gobierno entre el príncipe don Felipe, y los principales de la corte; y todas las cosas caminaban con el Rey á su decadencia. El adelantado Padilla se hizo á la vela el dia diez y siete de octubre, quando ya no era tiempo oportuno para navegar. ¿Qué habia de suceder á una armada entregada á las olas en la mitad del otoño? Arrebatada pues de una furiosa tormenta, fue arrojada á las costas de Galicia, y hubiera perecido toda entre los escollos, si no hubiesen mirado por ella los Santos tutelares de España. Finalmente entró muy derrotada y con trabajo en el puerto de la Coruña, y otros inmediatos.

La armada inglesa, mandada por el conde de Essex, navegó de las costas de España á las islas Terceras, agitada tambien y quebrantada por una tormenta, como afirma un autor. En la isla llamada de San Miguel, que defendia Gonzalo Coutiño, hombre intrépido y activo, se consumió mucha pólvora por una parte y otra. Villafranca que habia sido abandonada de sus habitantes, fue reducida á cenizas; y habiendo arribado los enemigos al Fayal y Pico, hicieron tambien en ellas algun daño. Una de sus naves que se separó de las demas, encontró con seis navíos americanos, y se retiró de ellos con la mayor presteza que pudo, volviendo á juntarse con las otras. Luego que recibieron esta noticia, se hizo á la vela toda la armada para apresar los seis navíos;

pero ya era tarde, pues entretanto arribaron todos á la Tercera, y fondearon al pie de la fortaleza, y viendo los ingleses perdida la esperanza de la presa, se retiraron de alli tristes y con las manos vacías. Mandaba la flota americana don Gutierre de Garibay, y su teniente Francisco Corral caballero de Malta, con cuya industria, y el auxîlio del cielo fueron preservados los navíos y diez millones de pesos que conducian.

Los holandeses, que despues de haber padecido innumerables trabajos, por dar crédito á las aserciones de los antiguos escritores Cornelio Nepote, Pomponio Mela, y Plinio, no habian podido penetrar por el mar Glacial al Oriente, arribaron al fin á la India por el Occidente y Mediodia, siguiendo el curso ordinario de los portugueses. Padecieron alli varias adversidades, pero en este año volvieron á su patria muy alegres con grande cantidad de pimienta, habiendo allanado la navegacion del Oriente, la que despues freqüentaron demasiado, con grave daño de los portugueses. Esta es la suma de su primer viage á la India; pero se halla tanta diversidad entre los autores en referir los hechos y los tiempos, que no me atrevo á afirmar quál de ellos merece mayor crédito. A la verdad una de las principales obligaciones del que compone una historia, es el concordar á los historiadores que le han precedido, los quales dando crédito sin discernimiento á unas y otras narraciones, mas bien obscurecen la historia que la ilustran.

A fines de este año falleció doña Catalina hija del Rey don Felipe, muger del Saboyano, y afortunada en su numerosa prole: fue tan grande el sentimiento de su marido, que estuvo muy á los últimos de su vida. Luego que hubo convalecido, se determinó á hacer la paz con el Frances, á la que hasta

entonces se habia resistido. Tres años antes murió Ximenez, obispo de Teruel, y sus cenizas fueron trasladadas á la iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde habia fabricado una hermosísima capilla. Su sucesor don Francisco Valle, trasladado de la diócesis de Caller en Cerdeña, no llegó á tomar posesion de su nuevo obispado, habiendo muerto antes. Sucedióle don Martin Terreros obispo de Albarracin, varon no menos docto que piadoso. En este año falleció con grande opinion de santidad don Pedro de Corbuna natural de Fonz en Ribagorza, digno entre otras cosas de eterna memoria, por haber emprendido á costa suya la fundacion de la universidad de Zaragoza, de cuya empresa no desistió aunque fue electo obispo de Tarazona. Sucedióle fray Diego de Yepes religioso del orden de San Gerónimo. Finalmente murió tambien don Juan Bautista Perez obispo de Segorbe, con mucho sentimiento de sus habitantes, por las admirables virtudes de este grande hombre. A los dos años fue electo en su lugar don Feliciano de Figueroa canónigo de Valencia.

Incitado el Pontífice del deseo de que se acabasen los males de la guerra, apretaba todo lo posible la conclusion de la paz, de que ya habia comenzado á tratarse. Luego que conoció que el Rey Enrique estaba inclinado á ella, le envió por su legado á Calatagiron para que promoviese este asunto; y dexándole en buen estado, vino á España con el mismo objeto, y fue recibido con mucha humanidad por el Rey don Felipe, quien oyó con agrado el discurso que le hizo. Ambos príncipes tenian á la verdad iguales deseos de ajustar la paz, porque cada uno tenia en ello mucho interes. Enrique se dolia de ver destrozada la Francia con una guerra tan implicada y continua;

y aunque deseaba en extremo arreglar el gobierno público, que estaba muy trastornado, se lo impedia la confusion de las armas. Ademas de esto, tramaba nuevas maquinaciones el partido de los hugonotes, y si llegaba éste á tomar las armas, como corria la voz, se renovarian todos los anteriores males, y nuevas guerras y partidos. El Rey don Felipe se veia cercano al sepulcro por sus enfermedades y su vejez, y posponiendo todos los otros cuidados, solo deseaba dexar la paz á su hijo. Ademas de esto, habia prometido á Alberto su hija doña Isabel muy amada, señalándola en dote la Flandes; y si primero no se componia la guerra, servirian aquellos estados mas de carga, que de beneficio á los nuevos esposos: por lo qual concordaba admirablemente en el negocio de la paz la voluntad de ambos príncipes. Asi pues, habiendo despedido el Rey don Felipe al legado pontificio, le dió cartas para Alberto en que le concedia facultad para tratar de las condiciones con el Frances. Acordaron que los ministros plenipotenciarios se juntasen para sus conferencias en Vervins, ciudad de la Galia flamenca. Acudió alli Alexandro de Médicis nuncio apostólico en la corte del Rey Enrique, y Calatagiron, intérprete de la voluntad de los dos príncipes; de cuyo ingenio sublime, excelso, y capaz para los grandes negocios, se valió en esta ocasion para superar las graves dificultades que ocurrian, no menos que de la autoridad, talento, y humanidad del nuncio. Sin embargo, no cesaban entretanto las hostilidades. Intentaron recíprocamente apoderarse con ardides de los pueblos fortificados, aunque en vano, porque todos los defendian con gran cuidado; pero hacian incursiones en los campos, con las quales se mantenian las tropas, porque no se les pagaba su estipendio. Los espa-

ñoles se sublevaron en Chatelet, y rompiendo toda subordinacion, rehusaron obedecer á sus cabos, y aun algunos sin temor ni vergüenza prometieron á Monmorenci abrirle las puertas. Pero mientras que éste se aceleraba á marchar con tropas, fue descubierta la traicion por los que no habian sido cómplices en ella; y se puso á los culpados la pena capital que merecian, como deshonra y oprobrio de la nacion española. A principios del mes de mayo se pusieron por escrito las condiciones de la paz, contenidas en treinta y cinco capítulos, y los principales eran, que se tuviesen por firmes, y válidas las condiciones de la paz ajustada en el Cambresis el año de mil quinientos cincuenta y nueve: que se restituyesen recíprocamente las ciudades tomadas por unos y otros en la guerra; y que fuesen puestos en libertad, sin rescate alguno, todos los prisioneros, sin excepcion de los que se hallaban destinados á galeras. El Rey don Felipe restituyó á Calés, Ardres, Dorlans, Montulin, Capelle, Castelet, y despues á Blavet en la Bretaña, habiendo arruinado todas sus fortificaciones; y Enrique con desigual trueque le restituyó la plaza de Charolois, porque el Rey don Felipe estaba resuelto á hacer la paz baxo de qualesquiera condiciones. Enrique reclamaba obstinadamente el marquesado de Saluzes, que el Saboyano habia unido á sus dominios, sin admitir sobre esto transacion alguna. No hallándose medio de componer este negocio, fue nombrado el Papa por árbitro para decidir la controversia dentro del año. El Rey de Francia ratificó y juró la paz en París en el mes de
1598. junio de este año de mil quinientos noventa y ocho, estando presentes el duque de Ariscot, Mendoza, Velasco, Richardot y Bautista Tasis. En Bruselas la firmó Alberto archiduque de Austria, hallándose presente

Biron, á quien para este efecto (dice un historiador frances) se le confirió la dignidad de duque, y par de Francia, y Bellievre, y Sillery consejeros del Rey. Compitieron unos con otros á porfia en el esplendor y magnificencia, en la numerosa turba de criados, y en los exquisitos y costosos adornos que llevaban. La alegria y regocijo de los pueblos fue extraordinaria, por el deseo que tenian del descanso, viendo sepultada la cruel guerra, junta con las causas que la originaron. Manteníase todavia el duque de Mercoeur en la Bretaña, fluctuante entre la guerra y la paz; pero habiéndole permitido el Rey don Felipe tomar el partido que mas le conviniese, despidió á los españoles con sus equipages. Recibióle despues en su gracia Enrique por el favor de unas señoras de la corte, y se pasó al servicio del César; y en la guerra de Ungría con el Turco dió admirables exemplos de su valor, y pericia militar. Los ingleses y los estados confederados llevaron muy á mal el verse abandonados tan pronto por el Rey Enrique, y habiéndolos llamado éste para tratar de la paz, no quisieron comparecer, y prefirieron continuar la guerra, que duró por largo tiempo.

## CAPITULO XIII.

*Renuncia el Rey don Felipe el condado de Flandes en su hija Isabel para casarla con el archiduque Alberto. Derrota de los holandeses. Expedicion de don Francisco de Toledo al Africa.*

Deseoso el Rey don Felipe de acelerar el casamiento de su hija doña Isabel con Alberto, renunció en ella el condado de Flandes con la Borgoña y el Charolois; pero aquel cauto viejo puso muchas con-

diciones, á saber: que si su hija llegase á morir sin sucesion, volviese el principado de Flandes al dominio de España: que sus sucesores habian de profesar la religion cathólica, y defenderla con todas sus fuerzas; y que el que no lo hiciera perdiese el principado, añadiendo la fórmula del juramento que habian de hacer al tiempo de tomar posesion, concebida en estos términos. «Yo juro sobre los Santos »Evangelios, que hasta el último aliento de mi vida »profesaré constantemente, y creeré fiel y firme»mente la sacrosanta fé cathólica que tiene, enseña »y predica la santa iglesia cathólica y apostólica, »madre comun y maestra de todas las iglesias, y pro»curaré en quanto esté de mi parte que sea tenida, »enseñada y predicada por mis súbditos. Asi Dios me »ayude, y estos Santos Evangelios." Los demas capítulos obligaban de tal modo á los futuros príncipes, que no podian contratar, ni promover alianza alguna sin el consentimiento del Español; y finalmente les mandaba que en todo estuviesen sujetos á su voluntad. Tenia el Rey don Felipe muchas causas que le movian á la renuncia de Flandes: la primera el amor de su hija predilecta, que no le permitia tolerar que quedase sin estados propios: la segunda la quietud de los flamencos, estando persuadido de que ninguna cosa era mas oportuna para retraerlos de la guerra y del deseo de novedades, y contenerlos en su deber, que la presencia de sus príncipes solicitada por ellos con tanto ardor; y finalmente la conveniencia de su hijo, á quien libraba de aquel cuidado, y al mismo tiempo á la España de una guerra interminable, que tanto habia apurado sus fuerzas.

Habiendo recibido el archiduque Alberto cartas de doña Isabel, en que le mandaba que tomase en

su nombre posesion de Flandes, fue saludado por su esposa príncipe de aquellos dominios, y prestó y recibió el acostumbrado juramento. Antes de esto devolvió Alberto al Papa con mucho respeto, por medio del obispo de Besanzon las insignias pontificales del arzobispado de Toledo, y la sagrada púrpura, disculpando la necesidad de las nupcias por el bien y comodidad pública. Sucedióle en la silla arzobispal don García de Loaysa, que habia sido ayo y maestro del príncipe don Felipe. Este fue el premio y merced de su trabajo; pero la alegria fue poco durable, pues falleció en el mes de febrero del año siguiente, y fue electo en su lugar don Bernardo Roxo de Sandoval, por el favor del duque de Lerma, de quien hablaremos adelante. Llamó Alberto á Andres cardenal de Austria obispo de Constanza, hijo del César don Fernando, para que gobernase la Flandes en su ausencia; y habiendo sido enviados de España en la armada cinco mil soldados de nueva recluta, baxo el mando de don Sancho de Leyva para suplir las compañías que faltaban, y quinientos mil ducados para la paga, entregó á Mendoza el exército que habia juntado, compuesto de mas de veinte mil infantes, y dos mil y quinientos caballos, y le mandó marchar con él á Güeldres.

Luego que Alberto dió orden en las cosas de Flandes, que estaban en parte arregladas, y en parte trastornadas, por las freqüentes sublevaciones de las tropas, á causa de que no se les pagaba su estipendio, cuyo desorden si no se hubiera remediado á tiempo, habria producido grandes males en las ciudades donde se hallaban de guarnicion, aceleró su viage á Praga, para tratar con su hermano el César sobre sus negocios domésticos. Desde alli debia conducir á España á Margarita hija del archiduque Car-

los, para casarla con el príncipe don Felipe, y celebrando él las contratadas nupcias con doña Isabel, volverse á Flandes en compañía de su nueva esposa, como lo tenia dispuesto el Rey don Felipe, que se veia muy próxîmo al sepulcro, y queria dexar bien establecida su familia. Seguian á Alberto Aumale y Orange, condecorados por don Felipe con la dignidad de grandes de España en premio de sus méritos, y tambien Egmont, Barlemont y otros de la principal nobleza, con grande comitiva de criados.

Oprimidos los holandeses en este tiempo con varias calamidades, y apurados con una guerra tan contínua, llevaban muy á mal las contribuciones, y ademas temian que hallándose desamparados del Frances, recaeria sobre ellos todo el peso de la guerra. Por tanto se inclinaban sus ánimos á la paz, y fácilmente se hubiera conciliado á no estorbarlo aquellos hombres que con sus engaños y artificios fomentaban, y sostenian la guerra á costa de la felicidad de los pueblos, para no perder la autoridad y poder que con ella habian adquirido, los quales á fin de que no se creyese que habian desmayado por la mudanza del Frances, acometieron á Cronemberg con grande esperanza de tomarle rompiendo sus puertas. Pero les salieron vanos sus intentos, por la vigilancia y valor de la guarnicion. Entretanto recibieron otro doloroso golpe, habiendo derrotado Hermano conde de Bademberg su caballería entre Bona y Colonia, donde la mayor parte quedó muerta ó prisionera. No era su fortuna mas favorable en el mar, pues en las costas de Noruega perdieron en una tormenta mas de sesenta navíos ricamente cargados. Los que habian enviado á la India arrebatados del atractivo del lucro, se dispersaron por otra tempestad en las costas de Inglaterra. El navío Vice-

Almirante padeció naufragio, y otro quedó destrozado y enteramente inútil, con cuya pérdida se interrumpió aquella navegacion, con grave detrimento y perjuicio de los negociantes. Ademas de esto eran afligidos con tantos y tan graves daños por los españoles, que corrian por todas partes con sus navíos, y por los piratas de las costas de Flandes, que no se atrevian ni aun á salir á la pesca, sin obtener antes pasaporte de los gobernadores reales.

Entretanto Mauricio conociendo sus pocas fuerzas, no se atrevia tampoco á hacer frente á Mendoza, que habiendo pasado los rios Mosa y Rin, se habia propuesto con sus armas destruir y desterrar de aquel territorio la heregía. Apoderóse de los pueblos fortificados, de unos por fuerza, y de otros por voluntaria entrega, y aun tomó á Rimberg por capitulacion, habiendo incendiado antes su almacen de pólvora con grande estrago de los habitantes y edificios. Arrojó de todas las partes adonde llegaba á los predicadores de la heregía, (porque era hombre de insigne piedad) y habiendo puesto en su lugar sacerdotes cathólicos, mandó al exército vencedor que tomase quarteles de invierno en dominios extraños, reclamándolo los pueblos de Alemania, que consternados acudieron á las armas para vengar este agravio. El cardenal Andres entretenia con esperanzas á los soldados sediciosos, pues por ningun medio podia entonces juntar dinero, en lo qual trabajó mucho, y finalmente habiéndoles pagado su estipendio, mudó las guarniciones de unas plazas á otras, y se apaciguó la conmocion de los ánimos.

Sobresalia mucho en la Irlanda la audacia y el valor del conde Tiron. Los ingleses, á quienes derrotó no pocas veces, temian que ganase tiempo para llamar la armada española, que tantas veces habia

sido arrojada por los vientos de aquellas costas, y juntar sus fuerzas con los cathólicos. Para impedirlo pues, de qualquier modo, y alejar con algun provecho los socorros españoles, dispusieron una armada de diez y seis navíos muy bien equipados y provistos. Confióse el mando de ella al conde de Cumberland, el qual apresó todo quanto se le puso delante, sin distincion alguna de amigos ni enemigos, y especialmente molestó á los negociantes holandeses, que con permiso del Rey don Felipe conducian granos á Portugal, cuyo reyno se hallaba por aquel tiempo afligido con la peste y con el hambre. Habiendo hecho Cumberland un desembarco en Cascaes, taló y saqueó sus campos. Desde alli pasó á Lisboa, y deseoso de la presa, echó las anclas delante de la barra del rio Tajo, y no presentándosele ninguna, ni sacando fruto alguno de su detencion en aquellas riberas, se retiró de alli para poner asechanzas á la flota que venia de América. Pero sus esperanzas no fueron mas felices en este año que en el antecedente, porque mientras tanto que él la aguardaba en el Tajo, entró en el Guadalquivir, y arribó á Sevilla prósperamente. Frustrado el pirata de esta esperanza, navegó á la América con su armada, y habiendo tomado el puerto de Nile, donde hizo alguna presa, se retiró á Inglaterra. Francisco Coloma tuvo orden de salir á perseguirle con una armada, mas ya era tarde; y se perdieron los gastos y el trabajo.

Para refrenar á los piratas moros, fue enviado al Africa don Francisco de Toledo con veinte y cinco galeras. Recorrió aquellas costas sin utilidad alguna, y habiendo desembarcado sus tropas, tomó por fuerza el pueblo, y le incendió y destruyó, á pesar de haber acudido la caballería mora para vengar esta

injuria, y volviendo á embarcar en orden su gente con la presa que habia hecho, se retiró prontamente al Estrecho de Gibraltar. Los javeques de los piratas hacian contínuos daños en nuestras costas, y nunca se habia puesto el competente remedio. Desde Cadiz hasta los montes Pirineos tenian los españoles atalayas y guarniciones para impedir los desembarcos de los piratas, enemigos molestos y contínuos, que impidiéndonos la navegacion causaban increibles perjuicios á nuestro comercio marítimo; por lo qual se trasladó quasi todo el tráfico á los franceses, que podian sulcar impunemente estos mares, por la amistad que tenian contrahida y renovada muchas veces con los moros. Sea esto dicho para que no se culpe á los nuestros de desidiosos y opuestos al comercio y á la navegacion, y para que velen sobre esto los que deben hacerlo.

La venida de la armada otomana causó en este año gran consternacion en las costas de Italia; pero el conde de Olivares, y el duque de Maqueda vireyes de Nápoles y Sicilia, procuraron con el mayor cuidado que no padeciesen daño alguno. Régio se hallaba fortificado con obras, y con una poderosa guarnicion, y don García de Toledo y don Pedro de Leyva habian juntado las galeras napolitanas, y sicilianas á fin de hacerse prontamente á la vela adonde les llamase el peligro. Dispuestas de este modo las cosas con grande expectacion de todos, arribó Cigala con una armada de quarenta galeras, y habiendo dado libertad á un español de los que remaban, le envió al duque de Maqueda, que se hallaba en Mecina, pidiéndole permiso para hablar á su carísima madre, pues deseaba con ansia llegar á sus brazos, y que la recompensa de este beneficio seria el abstenerse de hacer daño alguno en los dominios de

España. Concedióselo con mucha benignidad y cortesía el duque de Maqueda, pero con mucha cautela, y recibiendo rehenes para evitar qualquier oculta asechanza. Fue pues conducida Lucrecia madre de Cigala, en dos galeras con dos hijos, una hija, y sus pequeños nietos, y con exquisitos presentes de manjares delicados, y fue recibida por su hijo con increibles demostraciones de amor entre lágrimas y sollozos. Despues de haberse saludado recíprocamente, y reiterado muchas veces los abrazos, se sentaron á la mesa, y para aumentar la alegría del convite no cesó de disparar la artillería. Concluido este regocijo, regaló Cigala espléndidamente á todos los que acompañaban á su madre, y se retiró con su armada cumpliendo fielmente su palabra. Navegó desde allí á la isla de Gozo, pero fue rechazado con ignominia y pérdida por el valor de su guarnicion, digna ciertamente de eterna memoria, y despues se restituyó á Constantinopla.

Habia decidido el César la controversia sobre el principado de Final, que duró muchos años entre el marques Careto y sus habitantes, que rehusaban obedecerle; y habiendo muerto por este tiempo el marques cargado de años, y sin dexar sucesion, determinó antes vender aquel principado. Inmediatamente los genoveses pusieron en él la mira para unirle á sus inmediatos dominios, y ya tenian prevenido el dinero, pero se adelantó el Rey don Felipe por medio de su embaxador en la corte del César, á cuyo arbitrio estaba el principado. Venció al fin el Rey de España, y se le adjudicó á título de feudo, para que los españoles que arribasen allí por mar tuviesen libre el camino á la Lombardía, y á los demas estados de la casa de Austria.

Por estos tiempos buscando Sebastian Lopez un

tesoro en un sepulcro cerca de Granada, descubrió unas planchas de plomo escritas, y unos huesos y cenizas de doce mártires, segun manifestaban las inscripciones. Divulgóse la fama de este hallazgo, que causó gran conmocion en los ánimos, y todos lo creian verdadero con sencilla piedad. Estos monumentos eran de los principios del imperio de Neron, y de los primeros años de la iglesia, y se creian descubiertos por un singular beneficio divino. Concurrieron en procesion los ciudadanos de todas clases y estados, para venerar aquel lugar enriquecido con tan celestial tesoro, y haciendo votos y oraciones, y segun la costumbre del vulgo, calificaron por cierto lo que todavia necesitaba de exámen. Acudió á la cueva el arzobispo don Pedro de Castro, y reconociéndolo todo, recogió las reliquias, y entregó á algunos hombres doctos las láminas escritas en lengua española y árabe, mucho mas recientes en España que el tiempo á que se referian, para que las exâminasen; de lo qual se originó una gran discordia entre los ciudadanos; porque los hombres sábios las juzgaban falsas y escondidas por algun impostor, y otros arrebatados de una ciega piedad, tenian aquellos huesos por verdaderas y genuinas reliquias de mártires, y por consiguiente decian que debian ser veneradas. Finalmente se remitió este negocio al Papa para que lo decidiese, y desde entonces se dió el nombre de Sacro Monte al parage de donde habian sido desenterradas.

## CAPITULO XIV.

*Enfermedad y muerte del Rey don Felipe: carácter y virtudes de este Monarca. Es proclamado Rey el príncipe don Felipe su hijo.*

En este estado se hallaban las cosas, quando el Rey don Felipe consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota, á que se le juntó la hidropesía, parecia que no podia vivir mucho tiempo. Conociendo pues que se acercaba su último dia, quiso que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitacion del camino le pondria en peligro de morir, respondió: «yo mismo seguiré mis »funerales hasta el sepulcro." Cincuenta y tres dias estuvo postrado boca arriba y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacian fervorosas rogativas por su salud. Lavaba freqüentemente las manchas de su alma por medio de la confesion, protestando que queria descargar su conciencia, y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad, y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el santo Sacramento de la Extrema-Uncion, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los cruelísimos dolores que sufria, que parecia estar enagenado de

todo sentimiento. Mandó á su hijo y heredero del reyno que se hallase presente á este acto: «para que »entre la magestad y elevacion peligrosa del trono »se acordase que era mortal, y que llegaria el dia »en que se viese en el mismo lance; por lo qual de»bia tener siempre á la vista el exemplo de su pa»dre, para que él mismo lo practicase quando se ha»llase en igual estado.” Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma de los vínculos y lazos del cuerpo, y sobre la estrecha cuenta que habia de dar al Juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande entereza de ánimo. Dos dias antes de morir llamó á su presencia al príncipe don Felipe y á la infanta doña Isabel, á quien siempre habia amado en extremo, y les echó su bendicion, haciendo con la mano la señal de la cruz. Encargóles con el mayor cuidado que guardasen, y defendiesen la religion cathólica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reyno, y para vivir santamente. Despues arregló y dispuso el orden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. En esto tenia ocupados enteramente todos sus pensamientos, y conservaba una tranquilidad y entereza de espíritu nada comun en aquel trance. Hizo tambien que le llevasen á su quarto el atahud en que debia ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante, para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Finalmente quando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un crucifixo que su padre el César Carlos tuvo en su mano al tiempo de espirar, y teniéndole en la dies-

tra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Vírgen María, que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. Sus últimas palabras fueron que moria cathólico y obediente hijo de la iglesia romana. Luego que dexó de hablar volvió los ojos al crucifixo que tenia en su mano, y de este modo espiró tranquilamente el domingo trece de septiembre al amanecer, hallándose en los setenta y un años de su edad, á la que se dice que no llegó otro de los principes de la casa de Austria.

Verdaderamente fue un gran Rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fue modesto, prudente, grave, piadoso, y tan amante de la verdad, que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza. Fue mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma, lejos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado pues desde niño á la corte, y al exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su natural y por su educacion al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la magestad régia no debia sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Temia ademas otras causas que le retrahian de la milicia personal, pues la dilatada extension de su imperio, que abrazaba las dos extremidades del orbe, exîgian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir

y arreglar muchas cosas así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre, y sus contínuas guerras en paises remotos, se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente los excelentes generales que se educaron en las campañas del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningun modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpétuas contra los enemigos de la religion cathólica, y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. Fue muy diestro en encubrir sus defectos con tanta modestia y gravedad, que inspiraba en los ánimos de todos la mayor reverencia á su persona. La perspicacia de su talento le adquirió el renombre de prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal, y algo de mas suavidad en su trato. La piedad fue la virtud que sobresalió en el Rey don Felipe, de la qual dexó á cada paso ilustres monumentos en tan vasto imperio. Edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tantos, que seria obra muy prolixa el referirlos por menor. Procuró que se estableciesen algunas nuevas diócesis, y que la de Burgos se erigiese en arzobispado. En el Escorial, la mas admirable de todas sus obras, expendió veinte millones. Enriqueció la biblioteca con libros muy exquisitos. Hizo imprimir la sagrada Biblia en Amberes, con mucha hermosura y magnificencia, valiéndose para esta empresa de Benito Arias Montano, varon de singular doctrina, de cuya obra si emprendiese hablar, excederia los límites de la brevedad que me he propuesto en esta historia, por lo que remito al lector á los prolegómenos de ella,

para que conozca su grandeza y el aprecio que merece. Estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó se recogiesen en él las escrituras y documentos públicos, asi sagrados como profanos, que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiasen con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reynos. Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios expulsos de sus diócesis, y á todos los cathólicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo que España era el hospicio y asilo de todos quantos padecian por causa de religion. Reprimió con mucha severidad, y aun extinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes. Mandó á los consejeros que vistiesen la toga, para que este trage los conciliase la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos, que con excesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fue aficionado al estudio de la matemática, de la historia, y de la filosofía moral. La estatura de su cuerpo era regular, y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y rasgados, en que se manifestaba la magestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente todo su exterior era venerable y lleno de decoró.

Despues de celebradas sus exêquias entre lágrimas y gemidos, fue encerrado su cadáver en una caxa de plomo sin embalsamarle ni tocarle, como él lo habia mandado, y se colocó en el panteon real. Don Felipe su hijo escribió en el mismo dia al sumo Pontífice, dándole noticia de la muerte de su padre, y le rogó con muchas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. Concluido el funeral se restituyó el Rey á Madrid, donde se celebraron magníficas exêquias con insigne pompa por el alma de su difunto padre. Tambien se hicieron en todos los dominios de España, y aun en muchas partes de Europa, cuyos príncipes no podian olvidar los beneficios que de él habian recibido. Cumplido que fue el novenario, se mudó el luto en alegre gala y espléndido adorno, y en el domingo once de octubre fue proclamado Rey de las Españas don Felipe Tercero de este nombre, tremolándose los pendones segun la costumbre de la nacion. El nuevo Rey eligió por su primer ministro para que le ayudase en el gobierno á don Francisco de Sandoval marques de Denia, y habiéndole elevado al grado mas alto de favor y autoridad, le condecoró con el título de duque de Lerma. Inmediatamente comenzó el Rey á mudar los empleados en la corte; y porque con la larga enfermedad de su padre se hallaban abandonados muchos negocios, dirigió todos sus cuidados á poner el debido remedio.

El reyno de Portugal padecia escasez de granos á causa de que con la anterior guerra habia decaido mucho el cultivo de los campos. Tratóse despues de su alivio, y al mismo tiempo se aplicaron medios oportunos para que no se propagase mas la peste que afligia á la Andalucía. Deliberóse tambien sobre la guerra para vengar las injurias que habian hecho los

ingleses, y á este fin se hicieron en el invierno los preparativos de naves, armas y tropas, para llevarla en el primer buen tiempo á las costas de Inglaterra; pero fueron vanos estos grandes conatos, pues las fuerzas de España se disminuian mas cada dia. Con mayor actividad se trataba entonces de las bodas del Rey, que debian celebrarse en Valencia, para lo qual escribió don Felipe á los magistrados unas cartas llenas de benevolencia, y esta noticia causó extraordinario regocijo en toda la ciudad. Acudió á ella doña Juana de Velasco viuda del duque de Gandía, que estaba nombrada por camarera de la Reyna, acompañándola Carlos su hijo, jóven de excelente índole.

Entretanto se puso en camino la esposa Margarita con María su madre, que era hija del duque de Baviera, y muchas damas de la principal nobleza de Flandes, y la acompañaba Alberto con una espléndida comitiva. Luego que llegó á Trento, recibió la triste noticia de la muerte del Rey don Felipe. Vistióse al instante de luto, y despues de celebradas las exêquias reales, volvió á continuar su viage. Habiendo entrado en el territorio veneciano, fue festejada por el senado con todo género de obsequios, á los que correspondió ella con muchas señales de gratitud, y con régia magnificencia. Vinieron los diputados de Milán, que eran hombres muy ilustres, con su gobernador Velasco, y grande comitiva de nobles lombardos, y españoles para ofrecerla sus respetos; y acompañándola estos y los ministros venecianos, llegó á los confines de Mántua, donde fue recibida con magnífica pompa, y ostentosa opulencia por el duque Vicente Gonzaga. Desde alli embarcándose en el Pó en una nave ricamente adornada, pasó á Ferrara donde la esperaba el Pontífi-

ce. Salieron de la ciudad diez y nueve cardenales, acompañados de muchos nobles, para recibirla, y darla el parabien, y la conduxeron al palacio pontificio con grandes demostraciones de obsequio. Despues de haber besado el pie al Papa, dió éste un convite magnífico á la Reyna, á María su madre, y á Alberto, sirviendo á la Reyna Velasco, y los duques de Gandía y de Sesa. Finalmente el domingo quince de noviembre dexó el luto, y habiendo vuelto á vestirse de gala, pasó con gran pompa y extraordinario concurso de gentes á la iglesia catedral, adonde se habia adelantado el Papa. Celebró misa pontifical, y en ella Alberto, que tenia los poderes del Rey don Felipe, dió la mano en su nombre á Margarita, doncella muy hermosa que se hallaba en los catorce años de su edad, echándoles la bendicion el mismo Pontífice. Despues de esto se acercó al altar el duque de Sesa, que era embaxador del Rey cerca del Papa, y le presentó las cartas de doña Isabel, en que prometia casarse con Alberto, y tambien se celebraron en el mismo acto solemnemente los esponsales de éste. El Pontífice regaló á la Reyna la rosa de oro, que él mismo habia bendecido, y despues se entregó toda la ciudad á fiestas y regocijos, para divertir y obsequiar á la Reyna. En aquel dia comieron los príncipes con el Pontífice, con la misma esplendidez y opulencia con que los regaló en el convite anterior, y por la noche se juntaron en palacio sesenta matronas de las mas nobles, y formaron un bayle de máscara, pero con mucha compostura y honestidad, y con gran complacencia de todos los concurrentes. Hubo tambien comedias, y otros espectáculos alegres, en que los ferrarienses dieron pruebas de su magnificencia. Desde alli pasaron á Mántua donde habia extraordi-

narios preparativos de grandeza, y concurrió una increible multitud de gentes. Pasados nueve dias, marcharon por Cremona á Milán, donde fue recibida la Reyna con tanta magnificencia, que excedió y superó aquella ciudad á todas las demas. Entre los arcos de triunfo que la adornaban, erigieron uno de mármol para perpétua memoria, trabajado con admirable artificio, y adornado de estátuas y inscripciones elegantísimas; y finalmente no perdonaron trabajo ni gasto alguno para festejar á la Reyna, y manifestar en todo su grandeza. Hubo juegos de cañas y parejas, en las que los nobles lombardos vestidos con exquisitas galas, hicieron ostentacion de su destreza. Visitaban los príncipes las iglesias y monasterios con admirable piedad, y con laudable exemplo se ocupaban contínuamente en actos de religion.

Entretanto que esperaban el tiempo oportuno de la primavera para navegar, pasó el Saboyano á Milán para cumplimentar á la Reyna, y despues de satisfacer á los deberes de la urbanidad, se detuvo alli algunos dias. Creyóse entonces que habia tratado en secreto con Alberto algunos negocios de grande importancia; pero no debemos referir aqui los rumores vanos y fútiles que corrieron en el vulgo. Los demas príncipes, y ciudades libres enviaron tambien sus diputados para obsequiar á la Reyna; y el César la dió el parabien por medio de su legado Adam Urcabestein. El reyno de Nápoles le envió una espléndida embaxada, cuyo principal ministro era César Dávalos, trayéndola regalos muy preciosos, cuyo valor llegaba á cincuenta mil escudos. Permanecieron en Milán sesenta y cinco dias mientras pasaba lo rigoroso del invierno, y desde alli partió la comitiva á Pavía, y despues á Génova; y en todos

los pueblos por donde transitaba fue recibida con la mayor alegria, y obsequio. El dia diez y ocho de 1599.
febrero de mil quinientos noventa y nueve se embarcó en la armada de Doria que estaba prevenida á este fin, y siguiendo las costas, navegó á Marsella con trabajo, porque todavia se hallaba el mar enfurecido con los vientos del invierno. Deseoso el duque de Guisa, que gobernaba aquella provincia, de congratularse con el Rey de España, convidó á los príncipes á que parasen en la ciudad, para descansar de las fatigas del mar, y con efecto, habiendo salido á tierra los obsequió extraordinariamente, y aun les envió las llaves de las puertas. Agradeciéronselo mucho los príncipes; pero rehusaron cortesmente el hospedage que les ofrecia, disculpándose con la necesidad que tenian de acelerar el viage. La navegacion fue lenta, por la contrariedad de los vientos, y habiendo pasado el golfo de Narbona con gruesa mar, continuó la armada costeando las playas de Cataluña con mas apacible temporal, y finalmente llegó sana y salva á Vinaroz, pueblo situado en la extremidad del reyno de Valencia.

## CAPITULO XV.

*El Rey don Felipe celebra en Valencia su casamiento con Margarita de Austria, y el archiduque Alberto con la princesa Isabel, y fiestas con este motivo.*

Las reales bodas habian desterrado de España el luto; y en sus preparativos no se omitió gasto ni trabajo alguno. Los valencianos siempre zelosos en el obsequio de su Rey, comenzaron con grande actividad á disponerlo todo, para que en aquella fiesta no

faltase cosa alguna al adorno y al regocijo. A este fin limpiaron y repararon los caminos, previnieron hospedages, y compusieron magníficamente la puerta que conduce al palacio real. Poco tiempo antes habian levantado algunos parapetos de piedra de sillería para contener el rio, pues en el año de ochenta y uno entró en la ciudad con tanto ímpetu, que arruinó parte de sus muros. Mientras se ocupaban con mucho ardor los valencianos en estas cosas, partió el Rey de Madrid á mediados de enero con doña Isabel su hermana, acompañándole el duque de Lerma, y el conde de Lemos nombrado virrey de Nápoles, y otros muchos nobles. Recibiéronle á la entrada del reyno los magistrados, y el arzobispo don Juan de Rivera, que tambien habia salido á su encuentro para darle el parabien, y vino á Xátiva, donde entró debaxo de un pálio de oro, siguiéndole doña Isabel en una carroza de seis caballos. Las calles estaban muy adornadas, y con magníficos arcos, y todas las paredes vestidas con tapicerías y telas de seda, de que es muy abundante aquel territorio. Fue conducido á la iglesia mayor, y despues de haber hecho oracion en ella, se encaminó al palacio que le tenian prevenido con admirable ornato. Al dia siguiente subió á la fortaleza, y se disparó la artillería en señal de regocijo. Desde Xátiva pasó á Denia convidado por el duque de Lerma, á quien pertenece aquel pueblo, y le hizo muchos presentes. Visitó la ciudad y la fortaleza, y se embarcó muchas veces por diversion en una hermosísima galera de dos órdenes de remos. Mientras que aguardaba allí á su esposa Margarita, fue obsequiado y festejado extraordinariamente con los juegos que hizo la nobleza valenciana, y con espectáculos y otras fiestas. Vino despues á Oliva villa opulenta,

y desde alli pasó á Cullera, situada en la desemboeadura del rio Xúcar, de donde navegó á Valencia por aquella amena ribera con doscientos barcos. Desembarcó á quatro millas de la ciudad, y salió al camino inmensa multitud de sus habitantes.

El dia siguiente, que era el diez y nueve de febrero, comió en el convento de religiosos Franciscanos llamados de Jesus, extramuros de Valencia; y despues de haber asistido á vísperas, le besaron la mano los inquisidores, y el arzobispo con todo su cabildo, y finalmente los oidores de la audiencia, y todos los demas que tenian empleos públicos. En la puerta de San Vicente que mira al Mediodia, fue recibido el Rey debaxo de un pálio de tela de oro, que llevaban alternativamente los magistrados y los grandes. Iba delante el duque de Lerma montado en un generoso caballo, llevando la espada desnuda. Seguia doña Isabel conducida en una carroza con grande acompañamiento de nobles, y rodeada de alabarderos y guardias españoles y alemanes, que con mucho trabajo apartaban del paso al inmenso gentío. Habiendo entrado de este modo en aquella hermosísima ciudad, con grande aplauso del pueblo, se dirigieron á la iglesia catedral, llevando el Rey don Felipe á su diestra á doña Isabel, y luego que hicieron oracion, salieron por la puerta que va al palacio real, y pasando el puente, llegaron á su hospedage adornado con extraordinaria magnificencia. La innumerable multitud de luces que guarnecia las ventanas convirtieron aquella noche en claro dia, y se disparó inmensa cantidad de fuegos artificiales. Las diversiones, y regocijos continuaron por espacio de muchos dias. Hubo máscaras en las que corrió el Rey disfrazado, y tambien asistió con la infanta doña Isabel á los bayles de señoras nobles.

una cinta de oro, que resplandecia con piedras de inestimable valor. Habia subido en una hacanea blanca con silla de oro, y muy hermosos arreos. Saliéronle al encuentro una increible multitud de hombres, mugeres y muchachos de uno y otro sexô, y estában llenas las calles, las murallas y aun los tejados, por el deseo que todos tenian de verla. Iba delante el conde de Benavente, con la nobleza valenciana exquisitamente vestida. Levantáronse muchos arcos triunfales con multitud de versos latinos y españoles, en que sudaron los ingenios, porque en aquel tiempo florecian muchos hombres doctos; y de trecho en trecho habia unos carros que figuraban grandes peñascos, y en ellos coros de ninfas, que danzaban al son de la música, y otras muchas invenciones muy varias y agradables. Escoltaban á la Reyna ocho grandes, y llevaban el pálio de oro los oidores y su regente Dimas Pardo. Seguíase María de Baviera su madre, la princesa doña Isabel, y la duquesa de Gandía camarera mayor con doce damas todas á caballo con jaeces de plata, llevando al lado cada una de ellas un noble para su custodia. Por toda la carrera estaban las paredes cubiertas con mucha pompa de preciosas telas, pinturas y otros adornos; y para que no faltase cosa alguna al deleyte, se quemaban en todas las calles aromas exquisitas, y habia admirables conciertos de voces é instrumentos músicos. Verdaderàmente no habian visto los nacidos unas fiestas tan ostentosas; ni en que mas sobresaliese la alegria pública y particular, y la magnificencia de los valencianos excede á toda ponderacion. Finalmente se encaminó con grande orden toda esta pomposa comitiva, en medio de infinitos aplausos, á la iglesia catedral, siguiéndose los grandes vestidos con las mas ricas y costosas galas, y

compitiendo unos con otros en la lucida multitud de criados que los acompañaban. En la puerta llamada de los Apóstoles se levantó un puente de madera, adornado con tapicerías texidas con hilo de oro; y habiendo dexado en este lugar el pálio, se apeó la Reyna, y dándola el Rey el brazo, lo mismo hizo Alberto con doña Isabel. Entraron en la iglesia donde hicieron oracion, y á la hora de las ocho se dió principio á la misa nupcial, que celebró el arzobispo; y hacia de maestro de ceremonias el obispo de Orihuela. Fueron los padrinos Alberto y doña Isabel, y en todo este tiempo resonó en la iglesia una armoniosa música. Despues celebró tambien el nuncio Camilo Cayetano, y desposó á Alberto con doña Isabel, siendo sus padrinos el Rey y la Reyna. Concluida la funcion, comenzó la comitiva á marchar al palacio. El Rey y Alberto iban á caballo, y la Reyna y todos los demas en carroza, y llegaron á las diez. Cenaron en tres mesas distintas, en una los novios, en la segunda los prelados, y en la tercera los grandes. La opulencia, variedad y delicadeza de los manjares se puede juzgar por todo lo demas que hemos referido. Acabada la cena, se dió principio al bayle segun la costumbre, comenzando los novios con sus esposas, y siguiendo despues los grandes con las matronas y doncellas nobles, y todos danzaron con mucha honestidad y compostura, y con grande aplauso y complacencia de todos los concurrentes. Al dia siguiente se celebró la fiesta de San Vicente Ferrer con extraordinario concurso del pueblo; porque los valencianos tienen singular devocion y afecto á su Santo compatriota, y la procesion fue muy lucida. Viéronla los príncipes con mucha piedad y regocijo, á cuyo fin se encaminó por delante de palacio, aunque no era esta su acostumbrada carrera.

## CAPITULO XVI.

*Continuacion de las fiestas de Valencia. Pónense en camino Alberto y Isabel para Barcelona, donde se embarcan para Italia. Es jurado el Rey en Barcelona.*

Por este mismo tiempo pasó á Madrid María de Baviera, deseosa de ver á la Emperatriz María, y á Margarita su hija, que mucho tiempo antes se habia encerrado en el monasterio de las Descalzas, para dedicarse enteramente á Dios. Acompañáronla por obsequio en este viage muchos nobles valencianos y castellanos, y desde Madrid partió á Barcelona, para restituirse á Italia en la armada. Entretanto continuaban en Valencia las fiestas y regocijos, para divertir y obsequiar á los Reyes y á los príncipes. Habiendo ido estos un dia á la universidad, fueron recibidos con espléndida pompa por el rector Christóbal Frigola, y los catedráticos de todas las facultades. Halláronse presentes á unas conclusiones; y Blas García profesor en retórica, hombre docto y de grande eloqüencia, los congratuló con una oracion que compuso de repente. Las damas valencianas convidadas por el magistrado de la ciudad, se juntaron en un pórtico muy adornado, y de hermosa arquitectura que domina á la plaza para festejar á la Reyna. Asistió ésta con el Rey y los príncipes acompañados de muchos nobles y grandes, entre los quales sobresalian el de Lerma, Benavente, Alburquerque, Náxera, Gandía, Infantado, Orange y Aumale, todos con grande esplendor. Del mismo modo concurrieron las señoras que servian á la Reyna, preciosamente vestidas y adornadas con ricas joyas. El gobernador tenia dispuesto un refresco en que se sir-

vieron innumerable variedad de dulces y pastas en bandejas de oro, habiéndose olvidado enteramente la antigua frugalidad, porque ya en aquel tiempo habia llegado el luxo á lo sumo en todas las cosas, y el deseo de agradar á los príncipes, movia á aquella nacion á trastornar los límites de la sobriedad, que les es tan propia. Servíanse tambien con la misma profusion todo género de helados. Juntóse á esto una excelente y numerosa música, y entretanto se quemaba toda suerte de aromas, que derramaban por todas partes una fragancia deliciosa. Hubo finalmente un bayle hasta muy entrada la noche, en el qual se aventajaron las damas valencianas por su destreza y donayre. Corriéronse toros y cañas, para que no faltase cosa alguna al regocijo de los príncipes. El Rey don Felipe condecoró con el collar del Toyson de Oro á Alberto, á Doria y su hermano el príncipe de Molfeta, y el duque del Infantado obsequió á los nuevos caballeros con un espléndido convite. Y como todos deseaban festejar á los Reyes, Doria que estaba al ancla con doce galeras, dispuso un banquete en la capitana, y dió á los príncipes una comida muy exquisita y opulenta, que hizo muy agradable el estruendo de la artillería, la armonía de la música, y la hermosísima vista del mar. Despues de esto, se embarcó el conde de Lemos para Nápoles, y á principios de mayo se despidió el arzobispo de Sevilla y algunos de los grandes, y se restituyeron á sus casas. Mientras tanto se empleaban los príncipes en visitar con mucha piedad los monasterios de religiosas y las iglesias, haciendo oracion en ellas. Finalmente habiéndose despedido de los magistrados de la ciudad, se pusieron en camino para Barcelona el dia quatro de mayo, haciendo el viage alternativamente por mar y por tierra.

En Tarragona permanecieron tres dias, y los obsequió espléndidamente el arzobispo don Juan de Teres. Cerca de Barcelona salieron á tierra obligados por una tormenta, y se encaminaron á Monserrate; donde se detuvieron otros tantos dias, y hicieron presentes de alhajas de plata de mucho peso á la Vírgen, que se venera en aquel santuario. Entraron al fin en Barcelona, y fueron recibidos con tanta magnificencia, que no es posible ponderarla. María se volvió luego á Madrid, y habiéndose despedido los príncipes entre muchas lágrimas y recíprocos sollozos, se separaron unos de otros, y el dia ocho de junio se hicieron á la vela Alberto y Isabel en las galeras. El Rey y la Reyna quedaron muy tristes con su partida; pero disimularon en público el dolor que cada uno tenia, para no turbar la alegria del público, que se manifestaba tán gozoso con su presencia. Pero habiendo recibido la noticia de que los príncipes habian llegado felizmente á Génova, se dieron á Dios solemnes gracias en todas las iglesias, y se hizo una procesion por toda la ciudad, á que asistió el mismo Rey, con grande acompañamiento de nobles.

Celebró despues cortes por espacio de treinta dias, en los que se arreglaron muchas cosas concernientes al bien público, y prestaron los catalanes el juramento de fidelidad al Rey, y éste por su parte el de conservar los privilegios é inmunidades de la nacion, concediéndola tambien muchas gracias. Parecióle que debia abstenerse por entonces de pasar á Aragon, pues por la parte que confina con Cataluña habia muchas enfermedades, y el tiempo era incómodo para caminar, por lo rigoroso de los calores del estío. Habian quedado en Barcelona diez galeras, y enviando delante sus equipages por tierra, se embar-

có en ellas el Rey con parte de la comitiva para evitar el incómodo viage por tierra desde Tarragona á Tortosa, cuyo territorio es por su naturaleza desierto y seco, y lleno de peñascos y ásperas montañas. Volvió pues á Valencia, y los magistrados le pidieron y suplicaron que celebrase cortes en aquella ciudad, á lo qual no condescendió, disculpándose con los grandes calores del verano; y dexando á un lado todas las cosas, se retiró á Denia á persuasion del duque de Lerma para gozar de la alegria del mar. El gobernador envió de regalo á la Reyna veinte y quatro caxas de todos tamaños, llenas de todo género de confituras, asegurándola que aquel pequeño don era muy inferior á su voluntad. Concurria el Rey con freqüencia á la pesca de los atunes, y mató muchos de ellos por su mano con increible deleyte. Dedicábase con mas gusto á los espectáculos, á la caza y otras diversiones, que á los cuidados del gobierno, cuya culpa la atribuian al duque de Lerma.

Los aragoneses, á quienes habia dado palabra de celebrar cortes, le enviaron diputados para solicitar que lo cumpliese, y al mismo tiempo llegaron otros de Castilla, suplicándole que se restituyera quanto antes á Madrid, donde era necesaria su presencia para el despacho, y expedicion de los negocios. Despues que empleó treinta dias en sus diversiones, se puso en camino, y pasó por Valencia en secreto. En Morviedro fue obsequiado magníficamente, y habiendo llegado por Teruel á Zaragoza, salieron á recibirle el virrey duque de Alburquerque, y los magistrados, con grande alegria y aplauso del pueblo. Mandó el Rey que se quitasen de los lugares públicos, y se diese sepultura á las cabezas de los que habian sido ajusticiados por causa de la sedicion anterior, lo qual fue en extremo agrada-

ble á todos los aragoneses, como tan zelosos de su honra. Colmó de honores á algunos de la principal nobleza, y perdonó á los que padecian destierro, queriendo que se borrase del todo la memoria de las cosas pasadas. Visitó los templos con muchas muestras de piedad, y despues de algunos dias, hizo en la iglesia catedral el juramento de guardar las inmunidades de Aragon, y ellos por su parte el de fidelidad y obediencia. Arreglados algunos negocios, sobre los quales se disputó con mucho ardor entre los ministros del Rey, dió palabra de que quanto antes celebraria cortes en Monzon, segun la costumbre de sus predecesores, pero que no podia diferir el restituirse á Castilla, donde le llamaban muchas cosas urgentes. Finalmente se puso en camino á largas jornadas, se detuvo algo en el Escorial por complacer á la Reyna que deseaba ver aquella magnífica obra, y desde alli regresó á Madrid. La relacion de estos viages la escribió Felipe Gaona noble valenciano, como testigo ocular, pero muy prolixamente, aunque con verdad, que es lo principal de la historia. Su manuscrito lo hemos leido no sin fastidio, pues parece que se propuso abusar de la paciencia de los lectores. Gaspar de Aguilar poeta célebre trató el mismo asunto en versos castellanos.

## CAPITULO XVII.

*Prosigue la guerra de Flandes. Llegan Alberto y doña Isabel á aquellas provincias. Sitia Mauricio á Neuport con un grande exército.*

Mientras que dentro de España todo respiraba alegria y regocijo, continuaba la guerra en Flandes con mucho furor. Habiendo sacado Mendoza en tiem-

po oportuno sus tropas á campaña, despues de otras varias tentativas que hizo, acometió de repente y con grande esfuerzo á la isla de Bomel, y tomó á Crevecour sin derramar sangre alguna, por la cobardía de su guarnicion. Estos felices principios le infundieron ánimo para emprender cosas mayores, y entretanto que las disponia, prohibió el cardenal Andres por un decreto, que se habia acordado en España, el comercio por tierra y por mar entre los flamencos y holandeses, porque habia manifestado la experiencia que con el permiso de negociar se aumentaban las riquezas de los rebeldes. Despues habiendo recibido de los banqueros de Amberes una gran suma de dinero, enviada de España en letras de cambio, se apresuró á venir á los reales. Quejóse al Frances en vano de que contraviniendo á las condiciones de la paz últimamente ajustada, no habia procurado retirar como debia, los seis mil soldados con que socorrió á los holandeses. Habia tambien otros indicios de la falta de sinceridad del Rey Enrique, pues disimuló con vergonzosa conivencia las tentativas de Bullon y Balane contra Philipebourg y Cambray. Mendoza pues, tenia resuelto en su ánimo apoderarse de Bomel, ciudad bien fortificada, y de toda la isla, que toma de ella su nombre, impidiendo á los enemigos la navegacion de los rios; pero emprendió esta obra mas tarde de lo que convenia, pues entretanto que se detuvo en hacer algunos preparativos, noticioso Mauricio del designio del Español, tan perjudicial á los estados confederados, acudió prontamente con muchas tropas, y habiendo introducido un poderoso socorro, hizo insuperable una empresa que por sí misma era muy dificil. Echó tambien algunos puentes en los rios, y los reales enemigos estaban muy próximos á la ciudad; y como se hallaban tan cerca-

nos unos de otros, eran freqüentes y quotidianos los combates, salidas y emboscadas que se armaban recíprocamente, y la artillería nunca estaba ociosa. Hallábase en Bolduc el cardenal con sus cortesanos; el qual habiendo conocido la dificultad de expugnar la ciudad, mandó levantar el sitio, y que en un parage oportuno se erigiese una fortaleza para alejar del rio á los enemigos. Encargó el cuidado de esta obra á don Luis de Velasco hombre intrépido y activo, y se echaron los cimientos en el confluente de los rios Mosa y Vahal, á seis millas de distancia de Bomel; siendo el arquitecto un ingeniero aleman muy hábil en su arte. Procuraba Mauricio impedírselo con los contínuos tiros de su artillería, y Velasco le correspondia con la suya, habiendo gastado unos y otros mucha pólvora y balas, y derramado no poca sangre. Trabajaron y pelearon los nuestros con gran teson de dia y de noche, á pesar de que la artillería enemiga les disparaba incesantemente desde el rio, y mudaron muchas veces su campo. En esta contienda se pasaron quatro meses enteros, y al fin se concluyó la fortaleza, á la que se dió el nombre de San Andres, y habiéndola provisto de todo lo necesario, fue encargada su defensa al flamenco Nicolas Catrici soldado de mucho valor, con una guarnicion de ochocientos hombres.

Concluido esto se volvió el cardenal muy alegre á Bruselas; pero se le presentó á Mendoza otra dificultad, porque los alemanes incitados por los holandeses á vengar la injuria que en el año anterior les hizo Mendoza en tomar por fuerza quarteles de invierno en su territorio, habian juntado un exército de veinte y cinco mil infantes y quatro mil caballos, para arrojar á los españoles de Resa ciudad del ducado de Cleves, que determinaron combatir,

llevando por su general al conde de la Lipa. Defendíala don Ramiro de Guzman hombre muy valeroso y esclarecido, por las muchas campañas que habia hecho de capitan y de soldado, y á quien Mendoza habia enviado algun socorro conociendo el peligro en que se hallaba. Componíase la guarnicion de la ciudad de solo mil y quinientos soldados veteranos, entre los quales estaban mezclados algunos flamencos y borgoñones, y habiendo hecho una salida contra el campo de los enemigos, reconocieron que habia en ellos mas aparato que valor. Pusieron los nuestros en fuga las centinelas, y clavaron parte de la artillería, y la demas la conduxeron á la ciudad con grande ignominia y mengua de los alemanes. Juntóse á esto una sublevacion que acaeció entre ellos, y levantando el sitio, se retiraron apresuradamente, y recibieron algun daño en la retaguardia, y de este modo fue comenzada y concluida la guerra á un mismo tiempo. Finalmente con la llegada de Alberto fue restituida la ciudad al duque de Cleves, y cesó por aquella parte el miedo de los enemigos.

Pasó doña María á visitar la santa casa de nuestra Señora de Loreto, y desde alli se encaminó á Alemania su patria, y Alberto y doña Isabel vinieron á Flandes por la Saboya y la Borgoña. El dia seis de septiembre fueron recibidos en Bruselas con régia magnificencia; y habiéndose allanado las dificultades que se originaban de los privilegios de la nacion, los juraron primeramente en Lovayna, y despues en las otras provincias, y ellos mútuamente prometieron la observancia de las inmunidades. Los principios del principado fueron infaustos con las sediciones militares, que deshonraron en gran manera el exército; y en el año primero del siglo siguiente 1600.

cometieron los alemanes y walones la detestable maldad de entregar por dinero á Mauricio la fortaleza de San Andres, que habia costado tanta sangre y fatigas. Un autor flamenco dice que fue vendida en ciento veinte y cinco mil escudos de oro, y para colmo de su perversidad, llevaron las banderas al campo enemigo, con grande oprobrio de aquellas dos naciones: siendo la causa de tan lastimosa pérdida el no haberles pagado á tiempo su estipendio, y no es posible ponderar lo mucho que con esto ganaron los enemigos. El cardenal, despues de haber conferenciado largamente con Alberto sobre el estado de las cosas, se retiró á su obispado de Constanza.

En Bruselas se juntaron los estados para tratar del remedio de los males de Flandes, y se compusieron algunas controversias que habian sobrevenido con los holandeses. Aunque los embaxadores que el César habia enviado á Alberto trabajaron para arreglar lo esencial del gobierno de las provincias, no pudieron hacer cosa alguna, porque los estados se oponian á los mas saludables consejos. Tal es el atractivo de la libertad, que los que una vez la gustaron no pueden ya tolerar la servidumbre, aunque se expongan á perder todos los demas bienes. Y á la verdad desde el año anterior, ademas de los daños que padecieron por tierra, les hizo otros muchos por el mar Federico Espínola, que con algunas galeras invadía contínuamente sus costas. Tambien se trató con la Reyna de Inglaterra de ajustar la paz, á cuyo fin se juntaron en Boloreda los plenipotenciarios, pero con igual efecto; porque aquella muger astuta estaba persuadida de que la convenia fomentar la guerra de Flandes, pues si por falta de sus auxîlios quedaban oprimidos los estados confe-

derados, se volveria entonces contra ella todo el peso de las armas. Disponíalas Mauricio con gran diligencia para dar á la Flandes un terrible golpe, y habiendo conducido en la armada un exército de quince mil infantes y dos mil y quinientos caballos, sitió por mar y tierra á Neuport, apoderándose de los puestos fortificados de las cercanías antes que pudiesen ser socorridos; porque los soldados rehusaban obedecer á causa de que no se les pagaba su sueldo, y esta obstinacion habia puesto las cosas en el mayor peligro. Los españoles fueron los únicos que volvieron á su deber, y se juntaron, aunque con trabajo, doce mil infantes, y mil y doscientos caballos. Alberto y doña Isabel salieron cerca de Gante al encuentro de los que caminaban al socorro, y su presencia y exhortaciones infundieron increible valor en los ánimos de los españoles. En el primer encuentro los esquadrones de la avanguardia recobraron los puestos fortificados con no poco estrago de los enemigos; y despues incitados con la voz y el exemplo de sus capitanes, acometieron con furor á Ernesto de Nasau, que ocupaba las lagunas con dos mil infantes y algunas tropas de caballería para detener á los españoles; y fue tal su ímpetu, que en breve espacio de tiempo derrotaron aquella guarnicion, y quasi toda fue pasada á cuchillo.

A vista de tan felices principios, se determinó al fin provocar al enemigo á una batalla decisiva, siendo autor de este dictámen Claudio Barlota, hombre intrépido, pero de inconsiderada audacia. Decia pues, que para conseguir una completa victoria convenia aprovecharse del ardor de los soldados, porque si se llegaba á entibiar, se perdia la buena ocasion que tenia en las manos; por lo qual, despues de darles algun descanso, debian marchar contra el enemigo,

que se hallaba consternado con la anterior pérdida. Muy de otro modo pensaba Gaspar Sapena valenciano, hombre de grande experiencia, y fue de dictámen que se debia primero explorar los designios del enemigo, tentar sus fuerzas, y obligarle con astucia á retirarse, sin aventurar la fortuna de una batalla. Pero habiéndose tenido por perjudicial el consejo de Sapena, aunque le seguian algunos de los mas prudentes capitanes, marcharon contra el enemigo, que era superior por la situacion, y por el número de sus tropas y artillería. Trabóse el combate, y los nuestros pelearon desgraciadamente. Alberto que volaba á todas partes con la cabeza descubierta, para ser conocido por los suyos, recibió en ella una herida. Mendoza fue hecho prisionero mientras peleaba intrépidamente, y estuvo largo tiempo encarcelado: tambien lo fueron Sapena y Villar, y el primero murió de las heridas, con otros muchos nobles que se esforzaron en sostener el combate, cuya pérdida fue muy sentida del exército; y al segundo le guardaron los enemigos para cangearle. Prohibió Mauricio perseguir á los fugitivos, por no exponer sus tropas, que estaban muy debilitadas, á las tinieblas de la noche. El número de los muertos fue casi igual de una y otra parte, como afirma Bentivollo.

Alberto marchó á Brujas donde se juntaban las reliquias del exército, y desde alli á Bruselas, con tanta confianza de ánimo, que no desesperaba de poner en buen estado las cosas. Entretanto Velasco introduxo en Neuport víveres y tropas con extraordinaria presteza; por lo qual perdiendo Mauricio la esperanza de tomar la ciudad, embarcó el exército en sus naves, y se retiró á Holanda, sin haber sacado otro fruto de la victoria que un gran número de prisioneros nobles. Antes de apartarse de alli, inten-

tó tomar una fortificacion, que tenia el nombre de Isabel; mas tambien le salieron vanos sus esfuerzos, acudiendo prontamente al socorro Barlota con un fuerte esquadron; pero mientras abria una trinchera para molestar desde su puesto al enemigo, y obligarle á retirarse, fue herido en la cabeza con una bala de plomo, y cayó muerto este hombre intrépido, y amante de los peligros. Por este mismo tiempo se hicieron unos á otros algunos ligeros daños por mar y tierra, que no son dignos de referirse por menor. Espínola con quatro galeras y los navíos corsarios de Dunkerque corrian el Océano, y causaban á los enemigos graves molestias. Finalmente reduxo Alberto á su deber á las tropas contumaces, pagándoles todo el sueldo que se les debia; y aumentando su exército con nuevas reclutas, puso sitio á Ostende, á fin de alejar á Mauricio de Rimberga, pero no correspondió el suceso á sus deseos; porque esta última ciudad se entregó baxo de honrosas condiciones, y quitado este estorbo quedó libre á los enemigos el paso del Rhin. Ostende fue largo tiempo combatida valerosamente por Alberto, y al fin se recobró en los años siguientes, por el valor y admirable constancia de los españoles.

## CAPITULO XVIII.

*Guerra en la India Oriental entre los portugueses y holandeses. Conversion á la iglesia cathólica de los malabares nestorianos.*

Tampoco descansaban las armas en las remotas regiones de Oriente, porque á la obstinacion de los bárbaros se juntaron las armas holandesas, por lo qual creció el fuego de la guerra, que fatigó mu-

cho tiempo al Español en aquellas costas. Atribuíase la culpa de todo á la avaricia portuguesa, que habia subido el precio de la especería, contra lo que tenia ordenado el prudentísimo Rey don Manuel. Ofendidos de esto los holandeses, que son unos hombres dedicados principalmente al tráfico y comercio, quisieron mas bien ocupar con las armas aquellas afortunadas islas, y apoderarse de sus frutos, que adquirirlos á costa de dinero y de ruegos. Contribuyó tambien mucho el odio que tenian contra los castellanos, originado de tan prolongada guerra, para no dexar pasar la ocasion que se les presentaba de hacerles daño con utilidad propia. Habia llegado á Goa el nuevo virrey Francisco de Gama conde de Vidigueyra, quando comenzaba á decaer el dominio portugues en aquellos paises, porque abandonando la profesion militar, solo pensaban todos en enriquecerse. Por este tiempo poseian los portugueses á Ceilan, pues habiendo muerto sin hijos Juan Pandar señor de esta isla, que habia recibido el bautismo, nombró por su heredero á don Felipe Rey de Portugal. Tomó posesion en su nombre Gerónimo de Azevedo gobernador de la isla; y esta herencia sirvió mas de daño que de utilidad porque se siguieron de ella guerras mas graves é implacables. Entretanto se hacia la guerra con dos armadas: una de ellas derrotó los navíos holandeses; y la otra peleó con menos prosperidad contra los piratas de la costa del Malabar, por la ignorancia de su almirante Luis de Gama hermano del virrey. Habian causado muchas pérdidas al Zamorin, y á los portugueses, siendo el capitan de los piratas Cunial Marca hombre de obscuro nacimiento, que despues fue muy célebre por sus maldades. Habiendo juntado sus fuerzas Gama y el Zamorin, emprendieron arrojarle de la península, que

tenia bien guarnecida. Fernando de Noroña le cerró en el invierno con su armada la entrada de víveres; pero se echaba menos un general para esta guerra, y todos pusieron los ojos en Mendoza con esperanza cierta de que con su valor y prudencia borraria la anterior ignominia. Finalmente fue nombrado general, y en el verano siguiente peleó de tal modo por mar y tierra, que desconfiando el pirata del lugar que ocupaba, y de sus armas, se entregó voluntariamente con la fortaleza al Zamorin, que habia venido al campo, y éste lo puso uno y otro sin excepcion al arbitrio de Mendoza. Mandó arrasar inmediatamente la fortaleza; la armada de los piratas fue reducida á cenizas, y Cunial degollado poco despues en Goa, declarando al tiempo de llevarle al suplicio, que no era otra la causa de su infortunio, que el haber profanado indignamente los vasos y vestiduras sagradas de los christianos que habia robado. Omitimos otros sucesos, que por su poca importancia no hay necesidad de referirlos.

En las Molucas se hallaban los portugueses muy próxîmos á una total ruina, siendo causa de este mal su descuido y el desprecio que hacian de sus enemigos. Con la negligencia de los unos creció la audacia de los otros; y de esta chispa se encendió aquel fuego, que se extendió por todo el Oriente, y faltó poco para que no pereciese el imperio lusitano. De esta suerte por una leve causa se trastornan los reynos y provincias. Para evitar esta ruina envió el gobernador de Filipinas don Pedro de Acuña doscientos castellanos á las islas Molucas; pero no se pudo recobrar la fortaleza de Ternate, aunque pelearon prósperamente contra los bárbaros. Habiendo arribado los holandeses con otra armada, se apoderaron de la isla de Amboino, que defendia Gaspar de

Melo, el qual fue puesto en prision, y se le formó causa; y para libertarle su muger de la ignominia que temia, le dió á beber un veneno.

Los bárbaros incomodaban tambien á las islas Filipinas. Esteban Rodriguez de Figueroa intentó con mal principio sujetar á Mindanao isla muy grande habitada por mahometanos, y tuvo desgraciado éxîto su empresa, pues perdió la vida en ella, habiéndosele salido de la cabeza el morrion en una pelea, lo que fue causa de su muerte, y su teniente Juan de Eguiara no pudo conservar lo que habia conquistado. Por este tiempo vino de gobernador á las islas don Francisco Tellez, y le acompañó el nuevo arzobispo fray Ignacio de Santivañez del orden de San Francisco. Restablecióse la audiencia real, que algunos años antes se habia suprimido, y fue nombrado Tellez por su presidente, y por oidores Antonio Morga, Christóbal Almazan, Alvaro de Zambrano, y Gerónimo de Salazar. Los mahometanos hacian mas bien latrocinios que verdadera guerra; y se introduxeron en la nueva Segovia, juntos con los piratas del mar, para arrojar de alli á los christianos; pero aunque estaban muy orgullosos por sus fuerzas, los sujetó Pedro de Chaves á costa de inmensas fatigas.

Volaba por las costas del Oriente la predicacion de la divina palabra con mucho aumento de la christiandad. Taicosama tirano del Japon intentó abolirla, movido de ciertas sospechas que le sugirió un apóstata, y irritado porque no le obedecian, mandó quitar la vida al padre fray Pedro Bautista del orden de San Francisco de la mas estrecha observancia, con otros compañeros suyos, los quales fueron crucificados y atravesados con lanzas. Tambien fue declarada guerra á la heregía en las regiones de la costa del

Malabar. Los que habitaban en las montañas se habian apartado mucho de la doctrina cathólica, por haberlos imbuido en sus errores los obispos nestorianos. Este cuidado inquietaba á los obispos portugueses, y don Jorge Temudio obispo de Cochin trabajó mucho en refutar á aquellos falsos pastores, y pudo conseguir que los indios no admitiesen los obispos que enviaba el patriarca de Babilonia. Dedicóse tambien á la misma obra fray Alexo de Meneses, de la noble familia de este nombre, arzobispo de Goa, y religioso Agustino, varon verdaderamente santo y muy zeloso por la propagacion del Evangelio. Este pues, habiendo recibido una bula del Papa Clemente VIII, con amplísimas facultades, comenzó á visitar lo mas áspero de aquellos parages, con innumerables trabajos: padeció infinitas molestias, por la obstinacion de aquellos hombres feroces que le persiguieron indignamente, y aun le amenazaron con la muerte, si no se abstenia de predicar la doctrina cathólica. Pero habiendo muerto el obispo Abraham inficionado de la heregía nestoriana, á quien estaban sujetos, y convertídose su vicario á la comunion romana con poderosas razones y autoridades de la Escritura, aunque los pueblos sentian mucho abrazar la doctrina de San Pedro, que creian distinta de la que habian recibido del Apóstol Santo Tomás, y en la que habian sido educados, insistió mas fuertemente fray Alexo en su predicacion, y combatió con mayor fuerza sus errores. Pero viendo que los frutos no correspondian al trabajo, emprendió otro camino este varon no menos prudente que piadoso. Conferenció á solas con los principales sacerdotes, separándolos de la turba, y los instruyó en la verdadera doctrina, habiéndoles descubierto sus errores con admirable eloqüencia. Hecho esto como de-

seaba, convocó un concilio en Diamper, pueblo célebre, y comenzó á celebrarse con increíble concurso el domingo veinte de junio de mil quinientos noventa y nueve, y habiendo abjurado en él la heregía los sacerdotes malabares, se dedicaron con gran zelo á establecer la doctrina cathólica los mismos que al principio habian sido los mas ardientes en combatirla. Siguieron este exemplo los pueblos, que fácilmente se inclinan á la parte donde los guian sus superiores: y por este medio con el auxîlio divino se extirpó la supersticion que se hallaba tan arraygada; se mejoraron las costumbres de los indios, fueron quemados los libros en que se contenian los errores; se restituyó la verdadera piedad, y se tributó el debido obsequio y obediencia al romano Pontífice. Tantos fueron los bienes que produxo el zelo y cuidado infatigable de este varon religioso. Diego Simoens, gobernador de Tate, hizo muchas hazañas entre los cafres, y el Rey de Monomotapa le permitió beneficiar unas minas de plata, despues que ajustó con ellos la paz en premio de los socorros que le habia dado contra sus enemigos. El virrey Gama se hizo odioso á los portugueses, y se restituyó á su patria con tan feliz navegacion, que se asegura que en todo el viage llevó tendidas las velas, y fue nombrado por sucesor Ayres de Saldaña.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

